

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE FILOSOFÍA

Departamento de Historia de la Filosofía



TESIS DOCTORAL

**Imaginario y mentalidades del dominicano a través del
refranero**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Alejandro Arvelo Polanco

Director

Manuel Maceiras Fabián

Madrid, 2012

Sumario

Introducción.....	5
-------------------	---

Capítulo I

Conducta, creencias y mentalidades

1.1 La noción orteguiana de <i>creencia</i> , antecedente de la teoría de las mentalidades.....	18
1.2 El ámbito de las creencias y el paradigma intencionalista.....	22
1.3 Esquemas, creencias y mentalidades.....	25
1.4 La mentalidad, la identidad social y personal y los límites de la libertad.....	26
1.5 Identidad, nacionalismo y mentalidades. A propósito de la noción de mentalidad de Gaston Bouthoul.....	36
1.6 El concepto de mentalidades en Michel Vovelle. Elementos que aporta a la presente investigación.....	47

Capítulo II

La concepción de la persona

2.1 Idea del yo y conciencia del otro.....	57
2.2 Los dominios de Dios, del destino y de los otros en la configuración del yo.....	60
2.3 De la conciencia de ser a la entronización del individuo y de los intereses de fracción.....	72
2.3.1 El acento individualista de la conciencia ingenua.....	76

Capítulo III

La amistad: punto de inflexión entre el impulso individualista y la vocación para la vida en común

3.1 Sociabilidad y moral.....	84
3.2 La palabra, cifra de identidad.....	86
3.3 El saludo y los géneros de la amistad.....	92
3.3.1 Amigos, conocidos y personas.....	99
3.4 El universo inter-personal como principio de cohesión social.....	102
3.5 Encrucijada, reto y respuesta.....	104

Capítulo IV

Jerarquía de los entes e imaginario colectivo

4.1 Mitología, sistema de creencias e imaginario.....	110
4.1.1 Prevalencia de la divinidad.....	114
4.2 Santoral, sincretismo y mentalidad.....	125
4.3 A medio camino entre lo divino y lo humano.....	132

Capítulo V

Imaginario, universo simbólico e instalación histórica

5.1 Los tres sillares del imaginario.....	141
5.2 Del ámbito de la palabra al orbe del sentido... la pregunta por el <i>qué es</i> ser de los dominicanos.....	144
5.2.1 Lengua, religión e identidad.....	152
5.3 Religión y ambigüedad social a través de nuestra historia republicana.....	161

Capítulo VI

La mirada en el espejo: el propio ser en perspectiva

6.1 Auto-percepción e identidad.....	171
6.2 Las formas elaboradas del imaginario, El refranero y la mentalidad del dominicano medio.....	174
6.2.1 El paso del imaginario colonial al imaginario nacional.....	177
6.2.2 Entre el pesimismo y el realismo. ¿Falta de fe o conciencia de lo posible?.....	181
6.2.3 Los intereses de fracción: <i>prisiones de larga duración</i>	186
6.2.4 La percepción de la <i>intelligentsia</i> : con un costado en la Sociología y otro en la Filosofía.....	195
6.2.4.1 La comunidad imaginada: la tesis de la Gran Familia.....	199
6.2.4.2 La dicotomía civilización o barbarie.....	201
6.2.4.3 Excepción, anomalía y arritmia histórica.....	205

Capítulo VII

El estereotipo apologético y la conciencia ingenua: ¿divergencia o complementariedad?

7.1 La república encomiable.....	214
7.1.1 La hospitalidad, una virtud entre otras.....	218
7.2 La delgada línea entre la autocrítica y el denuesto.....	224
7.3 El discurso de la condena	231
7.3.1 Refranero, pesimismo e imaginario.....	239

Capítulo VIII

La estructura lógica de la mentalidad el dominicano medio

8.1 <i>Estructura</i> , una noción vinculante.....	245
--	-----

8.2 El modo de pensar del hombre común y las formas elaboradas de la conciencia.....	250
8.2.1 La propensión generalizadora y el punto de vista interaccionista.....	260
8.2.2 Analogía, inducción y sagacidad.....	269
8.2.2.1 Los meandros de la sagacidad el peso específico de una noble herencia.....	273
Conclusiones.....	279
Apéndice I: Formulario para la elaboración de una lista de los refranes de uso frecuente entre los dominicanos del presente.....	281
Apéndice II: Repertorio de los refranes tabulados y organizados por orden alfabético.....	283
Apéndice III: Circular del 14 de noviembre de 1824, de Jean Pierre Boyer, en la que prohíbe la escritura de los actos públicos en español.....	330
Bibliografía.....	332

Introducción

Sentido y horizonte de la investigación.- La presente tesis es un intento de intelección de la estructura mental del dominicano medio. En tal sentido, pone de manifiesto que el conjunto de hábitos mentales subyacentes a su modo de ser se aviene con la cosmovisión occidental del mundo y de la vida; y, de manera particular, con la manera de concebir e interpretar la realidad subyacente a la mentalidad del orbe hispano-parlante. Muestra, asimismo, que el conjunto de constantes perceptivas que nos son propias, que se remontan a los orígenes mismos de nuestro idioma, han sido un factor coadyuvante de nuestra voluntad de ser y permanecer a través de la historia. De dónde provienen aquellos hábitos mentales y estas constantes perceptivas, es justamente una de las cuestiones que pretende resolver el presente esfuerzo de intelección. El cuerpo de creencias que nos constituye llega a nosotros a través del ambiente espiritual en que nos desenvolvemos; pero, sobre todo, por medio de la lengua. El idioma es el más dinámico de los factores de cuantos inciden en el proceso de modelación del alma colectiva y del carácter de las personas. Al aprender a hablar, topamos con el genio de la familia de pueblos a que pertenecemos al tiempo que interiorizamos su manera de entender el mundo. Con la lengua heredamos una interpretación de la realidad. De ella proviene el caudal de ideas mediante las cuales vivimos la vida; la de cada cual, la de todos los días.

A la aprehensión de ese rimero de ideas básicas de nuestra conciencia ingenua está dedicado este estudio. Ahora bien, no todas las nociones que vagan por el idioma tienen la misma potencialidad para incidir en el modo de ser de un pueblo o de una individuo. Esa capacidad está reservada a aquellas ideas que son tenidas como indubitables. La búsqueda de certidumbres es, por otra parte, un movimiento espontáneo de la vida consciente, una necesidad sentida e inmanente. Aquello que se *crea* tiene el empuje de una ley para quien lo asume como tal, sea cierto o no. Los seres humanos precisan más de creencias que de verdades; de costumbres y rituales, más que de sistemas lógicamente estructurados. Con que sean eficaces es suficiente; esto es, bastará con que le ayuden a hacerse a la existencia con un repertorio de presuntas evidencias a las cuales remitirse ante cualquier pregunta o novedad con la que tope en el decurso de su diario vivir. Esas posiciones iniciales, que constituyen el centro de ataque por excelencia de la filosofía, son los datos primarios del universo de la conciencia

ingenua; lo que en aquélla es punto de partida para el ejercicio del criterio y para la reflexión, es en ésta punto de llegada o conclusión. Por donde una comienza, la otra termina. Ahora bien, este texto no busca convertir en materia de cogitación filosófica los esquemas y suposiciones mediante los cuales los dominicanos viven, deciden, sueñan e imaginan el pasado o el porvenir, sino, antes bien, hacerlos patentes, y filiar sus conexiones internas y con sus patrones de comportamiento.

Junto a la conducta visible de los dominicanos subsiste una conducta mental y, por ende, no visible que aquí denominamos *estructura lógica*, de la que nos ocuparemos especialmente en el capítulo final. El conjunto de ideas-fuerza que de ésta emerge se encuentra en continuo proceso de influencia recíproca. Lo usual es que la conciencia ordinaria se remita a las estructuras de pensamiento y a los patrones de conducta para saber a qué atenerse durante la tarea de hacer la vida día a día. El sistema de convicciones, de un hombre o una nación, modela su *modo de ser*; esto es las pautas básicas hacia las que se desplaza su pensamiento y, por ende, sus tomas de decisiones, y su voluntad. El dominicano promedio da por sentado que las frases y expresiones de que se vale en sus diálogos, aprendidas y repetidas de generación en generación, máxime el habitante de la campiña y sobre todo cuando aconseja, constituyen verdades irrefragables. No sabe, no tiene por qué saberlo, que las estructuras de pensamiento correspondientes a esas estructuras lingüísticas tienen una dilatada andadura. Una persona medianamente enterada del decurso histórico de la literatura en lengua española advertirá que es posible encontrar buena parte de ellas en algunos de nuestros clásicos, como *El Libro de buen amor*, de Juan Ruíz (1330); *La celestina*, de Fernando de Rojas (1499); *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de La Mancha* y las *Novelas ejemplares*, de Miguel de Cervantes y Saavedra (1605, 1613); y, *El arte de la prudencia* y *El criticón*, de Baltasar Gracián (1647, 1651), entre otras.

Pero también en las más antiguas compilaciones de refranes existentes en el idioma que nos es propio: *Refranes que dicen las viejas tras el fuego*, de Iñigo López de Mendoza, Marqués de Santillana (1499); *Libro de refranes*, de Pedro Vallés (1549); *Refranes o proverbios*, de Hernán Núñez (1555); *Refranes*, de Francisco del Rosal (1560); *La Filosofía vulgar*, de Juan Mal Lara (1568); el *Tesoro de la lengua española* (1611), de Sebastián de Covarrubias; y, el *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*, de Bernardo Correas (1627), entre otros. Muchos de estos decires tienen

su fuente a su vez en los modos de expresión de griegos y latinos, como ya en época temprana hizo notar Jerónimo Martín Caro y Cejudo en su obra *Refranes y modos de hablar castellanos, con los latinos que les corresponden y la glosa de los que tienen necesidad de ella* (1675). Esta línea de pensamiento es refrendada y emulada en el presente por los trabajos de Víctor José Herrero Llorente con su *Diccionario de expresiones y frases latinas* (1980); Eduard Valentí et Neus Galí en su *Aurea dicta. Dichos y proverbios del mundo clásico* (1987); y, de Jesús Cantera Ortiz de Urbina y su *Refranero latino* (2005). Cabe pensar, pues, que primero fue el refrán, la expresión. La reflexión se lleva a cabo mediante conceptos, pero la comunicación realiza mediante oraciones, así sean unimembres. Una frase con sentido, con gracia y con ritmo tiene la posibilidad de proyectarse en el tiempo, de sobrevivir al paso de las eras sucesivas. En el habla popular han abrevado, por diferentes motivos, pensadores y artistas de la palabra desde tiempos inmemoriales hasta el momento actual. Pero también ellos han hecho aportes al arca común, como bien subraya Delfín Carbonell Basset (2002) acaso excesivamente. No obstante, cuál sea el origen de una paremia o de un conjunto más o menos amplio de sentencias populares es poco relevante para los propósitos de la presente investigación. Lo verdaderamente significativo es cuáles de éstas hacen parte del sistema de creencias del conglomerado social cuya mentalidad se estudia.

Por cuanto, esta tesis se ha realizado conforme a los siguientes *Objetivos*:

Generales:

- Determinar si existe en nuestra lengua algún antecedente conceptual de la noción de mentalidades que aplicó la Escuela de los Anales al estudio de los comportamientos colectivos.
- Precisar si las creencias básicas del orbe iberoamericano de naciones provienen de la civilización grecolatina, o de cualquier otro modelo de civilización.

Específicos:

- Establecer cuáles son el contenido y la extensión que adquieren los principales temas de la cosmovisión occidental en la conciencia ingenua del dominicano de los tiempos que corren.
- Aclarar, en la medida de lo posible, el momento en que el criollo se convierte en sujeto activo de la historia dominicana, y el rol desempeñado en tal sentido por la Iglesia y el genio de nuestra lengua.
- Especificar la trabazón existente entre las formas elaboradas de la conciencia ingenia y la conciencia ingenua a propósito de la visión de sí mismo que tiene el dominicano, y el rol desempeñado en este sentido por el refranero, específicamente por aquellos adagios que son considerados por sus usuarios como verdades absolutas;

para alcanzar cada uno de los cuales me he prevalido de la siguiente

Metodología.- Lo primero ha sido echar una ojeada a su historia y, por tanto, a su condición geopolítica, con las miras puestas en mi tema de interés. “La geografía y la cronología son los ojos de la historia”, dejó escrito Marco Tulio Cicerón. Advertí al pronto los datos inmediatos, entre ellos el hecho de que el archipiélago antillano está compuesto por veintidós Estados. Sólo tres de las naciones que allí existen pertenecen al orbe cultural iberoamericano, incluida la puertorriqueña, objeto de un proceso de sistemática aculturación que lleva ya más de un siglo, dentro y fuera de su espacio vital (Cfr. Negrón de Montilla, 1990; Beirne, 1976; Moncada, 1986). Enclavadas en una frontera imperial, como denominara Juan Bosch al Caribe (1991: 11-43), las otras dos no han estado exentas de tutelas, influjos y perturbaciones. La nación dominicana, por ejemplo, en un lapso de ciento cuarenta y tres años (1822-1965), fue objeto de tres interrupciones violentas de su decurso institucional por dos naciones pertenecientes a familias culturales distintas a la suya, durante intervalos de veintidós, ocho y un años, respectivamente.

Sin embargo, a pesar de las peripecias históricas, hay un fondo común de verdades generalmente aceptadas, que se ha mantenido vigente a través de los tiempos y

que constituye el núcleo duro del patrimonio tangible e intangible de los dominicanos, que a su vez tiene mucho que ver con la lengua que hablamos y con la religión que profesamos. Desde entonces me propuse averiguar cuáles son esas prisiones de larga duración (*longe durée*), según la expresión afortunada de Ferdinand de Braudel, de la cual me sirvo a lo largo de todo el texto. Como en la República Dominicana también fueron compuestas en fechas tempranas obras abundantes en díceres o adagios como *Las quincuagenas de la nobleza de España*, de Gonzalo Fernández de Oviedo (1556) y *Antiaxiomas morales, médicos, filosóficos y políticos. O impugnaciones varias en estas materias, de algunas sentencias admitidas comúnmente como verdaderas*, de Fernando Díez de Leiva (1682); y existen esfuerzos señeros de compilación, durante la redacción de esta tesis me he remitido a ellos una y otra vez, sobre todo a los del segundo bloque, a los fines de descubrir continuidades y discontinuidades en los ámbitos de nuestras creencias, esquemas mentales y patrones de conducta.

La encuesta sociolingüística realizada a propósito de esta investigación de tesis y sus antecedentes. - Los trabajos de recopilación sistemática del patrimonio paremiológico son relativamente recientes en la República Dominicana. Los más antiguos datan del año 1940, y corresponden al capítulo VI de *El español en Santo Domingo*, de Pedro Henríquez Ureña, y a *Del refranero criollo*, de José Agustín Puig y Rodríguez, respectivamente. A estas seguirán cuatro obras dignas del mayor encomio, tanto por su riqueza como por el orden y la sistematicidad con que fueron hechas, sobre todo las cuatro primeras: el *Refranero criollo*, de Emilio Rodríguez Demorizi (1950); *5600 refranes y frases de uso común entre los dominicanos*, de José Antonio Cruz Brache (1978); *Del vocabulario dominicano*, también de E. Rodríguez Demorizi (1983); *Sarna con gusto no pica. Proverbios e idiotismos dominicanos y quijotescos*, de Elvira Angélica Cross Frías (1995); y, el *Diccionario de refranes*, de Margarita Vallejo de Paredes y Alexandra Paredes de Fernández (2002). De estos últimos, por lo menos los dos primeros, reclaman como fuente primordial el habla popular, la lengua en su fluencia y dinamismo, aunque también abrevan en otras fuentes. A los fines de poder determinar cuáles de los refranes al uso entre los dominicanos medios constituyen creencias, y cuales de éstas aún perviven como parte de su estructura mental, me dispuse a realizar mi propia recolección, directamente. Elaboré un formulario (Apéndice No. 1 de la presente tesis) en el que los únicos datos relativos a la identidad personal que se requiere a los colaboradores son: edad, lugar de nacimiento, de residencia y de crianza,

así como su nivel académico y su ocupación. A fin de asegurar una mayor riqueza, espontaneidad y honradez en las respuestas, no se les pidió colocar sus nombres.

Durante cuatro años apliqué dicho cuestionario, contentivo de seis preguntas básicas, orientado a recoger los refranes más usados o mejor conocidos por los dominicanos de edades comprendidas entre los dieciocho y los cincuenta años. Las preguntas 2, 3 y 4 son las de mayor interés para los fines de la presente investigación (“cite tres refranes que le parezcan *completamente verdaderos*” (CV); “tres que le parezcan *verdades a medias*” (VM); “tres que le parezcan *absolutamente falsos*” (AF)), pero, sobre todo, las dos primeras, y, aun más, la primera. A partir de los adagios así recopilados me he propuesto filiar el rimero de creencias básicas de los dominicanos del presente, ayudado de periódicos, programas radiales y televisivos, las letras de los merengues y canciones que mayor favor del público han alcanzado, pero siempre tengo como telón de fondo los refraneros antes mencionados. El resultado de esa búsqueda fue el siguiente: un total de cuatrocientos sesenta y cinco (465) formularios llenos, que, luego, tabulé cuidadosamente, para determinar los índices de frecuencia en cada uno de los renglones mencionados, que alcanzan unas cuarenta y siete páginas (Apéndice No. 2). Procuré que cada una de las regiones del país estuviera representada en la muestra, si bien no se trata de una encuesta en sentido estricto. En la Región Suroeste fueron aplicados ciento treinta y ocho (138) formularios; en la Línea Norte, ciento sesenta y uno (161); en el Distrito Nacional, punto de confluencia de las diversas demarcaciones del país, doscientos cincuenta (250); y, en la Región Este, noventa y siete (97). Con estas esquivas de la mente social dominicana se procura reconstruir su visión del mundo, poniendo el mayor énfasis, como es de esperarse, en las constantes históricas y en la permanencia de los bloques de creencia que traspasan épocas y acontecimientos sin mayores variaciones.

El objeto de esta investigación, como es fácil colegir, es bastante modesto. No se ocupa de la lengua en sentido general, y ni siquiera del fondo de experiencia que la acompaña. Remite a un aspecto bien diferenciado de ésta: el refranero, en un espacio-tiempo bien delimitado, la República Dominicana del presente, y aún del refranero. Sólo una parte constituye materia eminente de consideración: el subconjunto de aquellos que, en virtud de que sus usuarios los asumen como *absolutamente verdaderos*, tienen la posibilidad de afectar de manera determinante su modo de pensar, su voluntad y su

comportamiento. ¿Qué cosa es una persona o una colectividad si no su *modo de ser*: su sistema de convicciones y su manera de actuar; vale decir, su forma de insertarse en el mundo y de instalarse en la historia? Soy consciente de que el refranero no es la única causal de la índole de una persona, una nación o una familia de naciones. Su capacidad para generar realidades humanas deberá ser correlacionada con otras manifestaciones de la vida social. De esa manera, se comprenderán, asimismo, mucho mejor su lugar y sus alcances. Lo que sostengo es que a partir de aquél es posible acercarse a la identidad social y cultural de los dominicanos, a condición de no renunciar, así sea como recursos accesorios, a las luces que a semejante tarea prestan el pasado y otras manifestaciones culturales de carácter popular, como las coplas, las fiestas, las leyendas y las adivinanzas. El modo de ser de pueblos e individuos, tiene que ser abordada, por fuerza, de manera diacrónica y con pleno sentido de la totalidad. El sendero no puede ser otro que el de tratar de comprender la actualidad sin desligarla del pasado y en correlación, como queda explicado en el capítulo I. Ya lo dejó sugerido José Gaos, siempre nos movemos en dos tiempos, y la tercera posibilidad es determinada por disposición de las otras dos.

Modo en que fueron aprovechados los cursos doctorales y otras fuentes en la estructuración de la presente tesis doctoral.- Esta apostilla también es aplicable a la relación del autor de estas líneas con la tradición intelectual a la que pertenece, en la que quedan incluidos, obviamente, buena parte de los maestros —de ayer y de hoy, directos e indirectos— que ha tenido la gracia de tener, muy específicamente en el programa doctoral que culmina con la presente investigación de tesis. Se encontrará por todos lados la presencia eminente de Ortega y Gasset, el afán de precisión aristotélico y la duda metódica cartesiana; pero, también, de la noción de “investigación tipo dominio” que el Dr. Emilio García García aplica al estudio de la mente, y que abarca un rimero amplio de factores e implicaciones de orden sociológico, lingüístico, filosófico, neurofisiológico y antropológico. Como dejó escrito el abate Dinouart, hace ya doscientos cuarenta años, “No se puede explicar un conocimiento exacto de ciertos hechos sin explicar al mismo tiempo otros, con los que mantienen relaciones esenciales” (1999: 47). Igualmente útil al presente esfuerzo de intelección devino cuanto aprendí acerca del paradigma intencionalista, durante aquel curso en torno al “Desarrollo de la Inteligencia y Gestión del Conocimiento”, de marzo de 2003, modelo que entra en escena “cuando tratamos al objeto, animal o persona como un agente racional e

inferimos sus creencias, sentimientos y deseos y predecimos su conducta a partir de ellos” (García, 2001: 9-10). En este estudio se pretende descubrir, justamente, a través del refranero al uso —particularmente de aquellas paremias a las que se les concede un valor de verdad absoluto— los principales trazos de la concepción del mundo del dominicano medio, y delinear los vínculos que con ellas guardan sus acciones y reacciones típicas; vale decir: su mentalidad y, por lo tanto, su identidad social y cultural, su *modo de ser*.

Se sigue, pues, que cosmovisión y mentalidad serán, para los propósitos de esta investigación, términos intercambiables (*Cfr.* Maceiras, 2002: 183), pues “no hay razón desligada o separada de la tradición y de la creencia, de la experiencia cotidiana y del lenguaje” (*Ibid.*: 71). De hecho, una de las constantes del curso “Lenguaje, identidad personal y socio-cultural” (diciembre de 2002), fue hacer patente el nexo existente entre el sistema lingüístico, las ideas troncales vigentes en determinada sociedad y sus usos y costumbres, colectivas e individuales: “la lengua es la vértebra estructural tanto del pensamiento en general, como del entendimiento entre interlocutores y no menos de la convivencia cultural y social, elevándose a condición de posibilidad de la sociedad misma. (...). Una lengua ya consolidada en la que un individuo nace, en la que adquiere la visión de sí mismo y del mundo no es sólo expresión de sus pensamientos puesto que ella ha ido dando forma primordial a su modo de pensar y de analizar, tanto el ámbito subjetivo como el objetivo y absoluto, sin poder determinar hasta qué hondura ontológica, las lenguas ‘prejuzgan’ la orientación del pensamiento y de la acción” (Maceiras, 2002: 114-115).

En el tercer capítulo, por ejemplo, al estudiar las modalidades del saludo entre los dominicanos encontraremos que ciertos gestos amistosos guardan estrecha relación con el militarismo tradicional de nuestro país, o acaso con las intervenciones militares norteamericanas padecidas por éste en el curso del siglo XX (Pérez, 2000: 259-260). La preocupación por ese tipo de asuntos surgió a la sombra de las intervenciones del Dr. José Miguel Marinas en torno al vínculo existente entre el discurso y los patrones de comportamiento públicos contemporáneos, durante las jornadas tituladas “La manipulación del lenguaje en la cultura del consumo” (enero de 2003). Específicamente, el día 13 se refirió a cómo la percepción del cuerpo en la visión del hombre ordinario, e incluso en el refranero común, empalma punto por punto con la

función asignada al cuerpo por los mecanismos institucionales de la sociedad de consumo. Pero, huelga decirlo, el único responsable de las aspiraciones de aplicación y proyección de estas enseñanzas es el autor de estas líneas; que en los fastos del quehacer filosófico, no menos que en los del civismo y el juicio de los prudentes, rige el principio del carácter intransferible de la responsabilidad por las secuelas que se deriven de los desplazamientos de la voluntad

Estilo de trabajo, influjos y nociones básicas o de partida. - El punto de llegada ha sido el siguiente: unas trescientas páginas, profusamente apoyadas en citas y referencias de pensadores de ayer y de hoy, dominicanos y en otras latitudes nacidos, a los fines de ser leal a influjos y puntos de encuentro con la propia tradición; pero, ante todo, por un cierto sentido de la dignidad y de la nobleza, pues, como ha dejado escrito Ortega y Gasset en las *Meditaciones del Quijote*, “Para el escritor hay una cuestión de honor intelectual en no escribir nada susceptible de prueba sin poseer antes ésta”. Seguí a pie juntillas el consejo de mi Director de Tesis de que el proceso de investigación semeja una mesa de trabajo en la que, luego de escuchar los puntos de vista y argumentos de los interlocutores que han tomado parte en el diálogo, cumple a quien conduce la conversación, establecer las relaciones y las diferencias, y sacar las conclusiones que fueren menester. En unas ocasiones he logrado conjugar las posiciones de mis invitados en una sola; en otras, he contrapuesto unas y otras; y, hubo momentos en los que no estuve de acuerdo con ninguno de ellos, pero el imperativo de honestidad intelectual me ha compelido a colocar, junto a mis glosas, comentarios e intentos de refutación, la reproducción *in extenso* de los textos de referencia. De esa manera, queda garantizada al lector la posibilidad de forjarse su propio juicio en torno a la cuestión de que se trate. El presente informe de investigación consta de ocho capítulos con sus correspondientes apartados y secciones, redactados con las miras puestas en que puedan ser leídos y comprendidos sin necesidad de recurrir constantemente al aparato crítico y referencial que aparece al pie de página.

Cinco son las nociones básicas sobre las que descansa este trabajo: *mentalidad*, uno de los ejes transversales del texto, pero cuyo mayor énfasis se encontrará en los tres capítulos iniciales; *imaginario colectivo*, fundamental en el desvelamiento de la jerarquización metafísico-teológica de la visión del mundo del dominicano promedio (tarea que es afrontada en el capítulo siguiente), y, especialmente, en la prosecución de

las diferentes percepciones que de sí mismos, de su decurso histórico y de sus perspectivas, formuladas tanto desde las barras de la conciencia ingenua como desde las bancadas de las formas elaboradas de la conciencia, que son abordadas en los capítulos penúltimo y antepenúltimo; *universo simbólico*, de una notable fuerza interpretativa de la conexión entre la religiosidad y el advenimiento del modo de ser de la correspondiente nación, estudiada en el quinto capítulo; y, finalmente, *estructura lógica*, a lomos de la cual se emprende el propósito de ver las diferentes manifestaciones de la mentalidad en estudio en su trabazón interna, como sistema, lo que implica, entre otras cosas, el descubrimiento de los principales esquemas u operaciones mentales por las que se desplaza la mente ordinaria tanto en la búsqueda de certidumbres como en su aplicación a los casos concretos. Otras, como las de *percepto*, *esquema mental*, *prisiones de larga duración (longe durée)*, *vigencia*, *estructura mental*, *modo de ser*, *mente social* y *alma colectiva*, de alguna manera están contenidas en aquéllas o, al menos, sugeridas. De todos modos, cada una de ellas es debidamente delimitada en el lugar que corresponde.

Conceptualización y distribución por capítulos.- En el capítulo inicial se procura aportar una cierta consistencia teórica *ad limine* al trabajo y delimitar la noción de *mentalidad*. Un punto de partida significativo en este empeño es la noción orteguiana de *creencia*, nunca antes valorada desde esta perspectiva; pero el principal referente lo aporta Georges Bouthoul. La noción de *esquema* con que opera Edward de Bono también contribuye a la determinación teórica del tópico. En menor medida, lo propio podría decirse con respecto a Michel Vovelle, e incluso a los *idola* baconianos. La mentalidad, conjunto de ideas-fuerza a partir de las cuales se configuran las actitudes, las disposiciones y los esquemas de comportamiento de pueblos e individuos, incita a un replanteamiento del problema de la libertad, de la cuestión del papel de la ideología en el desenvolvimiento y desenlace de los procesos sociales, e incluso a ensayar una que otra conjetura en torno al porvenir de la familia hispanoamericana de naciones. La consideración de los tópicos específicos de la mentalidad del dominicano medio, se inicia en el segundo capítulo, comenzando por la unidad básica del sujeto social, el yo: el individuo, va a dar con la percepción de los otros sujetos, sociales e individuales, e incluso de las entidades trascendentes. A seguidas, en el capítulo III, me planteo la identificación de las condiciones de posibilidad del encuentro con el otro, dado el énfasis en la individualidad puesto de manifiesto en el capítulo inmediatamente anterior.

Hecho lo cual, me aplico a fondo en el engarce del sistema de creencias con el imaginario metafísico, y de éstos con la divinidad. De manera que, al cerrar el capítulo IV, queda al descubierto cuál es la jerarquía de los seres con que opera nuestro hombre ordinario, desde Dios y los hombres hasta los seres intermedios y las meras cosas.

El capítulo V explora el impacto lógico de esa apuesta proto-metafísica en el universo simbólico de los dominicanos, específicamente en su forma religiosa. Se presta atención especial al modo en que la lengua y la religión coadyuvieron a la emergencia del criollo como sujeto activo de la historia de la nación, y a la manera en que una cierta imagería ha modelado determinados haces de nuestra instalación histórica. El capítulo finaliza con una apelación al modelo teórico de la “ambigüedad social de la religión”, planteado por D. Manuel Fernández del Riesgo, a guisa de explicación de los patrones de conducta social de la Iglesia en la República Dominicana. Esa mirada panorámica es, en el capítulo VI, proyectada sobre la manera en que los dominicanos se han percibido a ellos mismos, tanto desde el costado de los intelectuales como de las personas comunes y corrientes, en el entendido de que la manera en que una nación se percibe incide de manera significativa en su modo de instalación en el mundo. Se discute la expresión de “Gran Pesimismo Dominicano”, que para algunos estudiosos de la historia de las ideas constituye escuela, y se llega a la conclusión de que no existe tal pesimismo, no al menos en los pensadores tradicionalmente colocados bajo ese dosel. Tienen los representantes de una sociedad la potestad de influir de manera sustancial sobre las masas, sin lugar a dudas, pero también suele acontecer lo contrario, como queda de manifiesto en el penúltimo capítulo, en que, de alguna manera, se da continuidad al asunto de la autopercepción de los dominicanos, pero en otro tono y a otro compás. Si en aquél se pone el énfasis en los cuestionamientos a su modo de ser, en este procura poner en costexto voces propicias, para descubrir que, en uno y otro casos, se trata de imágenes mentales, percepciones y representaciones no entidades, y ni siquiera de verdades.

El capítulo VII muestra, en efecto, que las imágenes edulcoradas del modo de ser de los dominicanos no son ni más ni menos válidas que las que se pretenden sus opuestas. Pero una diferencia es evidente: si hay que hablar de pesimismo en las formas elaboradas de la conciencia, antes que en algunos clásicos del siglo XIX y la primera mitad del XX, es de razón que se los busque en el último cuarto de éste, específicamente

entre 1987 y 2005, donde sí encontraremos un pesimismo neto con expresión intelectual bien definida y perfectamente identificable, pero cuyas fuentes primordiales muy encontraron inspiración y apoyo en el refranero tradicional dominicano, como se intenta mostrar allí. Con ese capítulo se cierra la andadura analítica iniciada en el segundo capítulo de esta obra. Así como el primero procura una cierta teorización en torno a la noción de mentalidad, y, por tanto, una aproximación sintética a la cuestión, el capítulo de salida se propone aprehender los mecanismos secretos del funcionamiento de la mente social dominicana. De estos recursos muy probablemente ni los propios usuarios tengan plena conciencia; justo ahí reside el trabajo del investigador. Ya lo decía Aristóteles, la realidad gusta de ocultarse. Si en los capítulos comprendidos entre el primero y el último nos ocupamos de los atributos y de los estados de la mentalidad del dominicano medio, en el VIII nos hacemos cargo de su *substantia*, de lo que está debajo, lo que subyace a la fenoménica de su sistema de creencias. Las mentalidades son, en efecto, sistemáticas por partida doble: en el ámbito de su estructura lógica y en el ámbito de sus manifestaciones vitales —es decir, como conducta social o individual—, pero no así como estados o atributos, en que suelen dar paso a la contradicción, como también se pone de manifiesto en este capítulo.

El influjo de la mentalidad salva las barreras de la racionalidad y de la ideología, y conecta directamente con la voluntad de pueblos e individuos. Su influjo sobre el modo de ser no está mediado por el conocimiento ni por la verdad. En este texto encontrará el lector, entre muchas otras cosas, una sutil invitación a preguntarse de nuevo cuáles son las fuerzas motrices de la acción humana. Desde Sócrates hasta los ilustrados, desde Eugenio María de Hostos hasta Juan Bosch, por ejemplo, lo habitual es que se postule a modo de principio que quien conoce el bien o lo correcto actuará de manera bella de ver, adecuadamente. Sin embargo, si hemos de dar crédito a algunas de las derivaciones lógicas de la presente tesis, sólo en los casos en que el saber deviene creencia adquiere la potestad de afectar la conducta de las sociedades en su conjunto, de sus subsectores y miembros componentes. Las mentalidades son, en tal sentido, previas y transversales a las ideologías, aparte de que estas últimas, si bien son concepciones del mundo como aquéllas, su horizonte es mucho menos abierto, pues los pilares de su disposición son, en última instancia, de orden particularista. Las mentalidades en sí mismas no pertenecen a la esfera del ejercicio del criterio, como tampoco las ideologías que sólo lo hacen valer con respecto a la doctrina contraria. Pero las primeras ni

quiera parcialmente lo hacen, hasta el punto de permitir la contradictoriedad en su interior. La cohesión del sistema de las creencias que nos constituyen se actualiza mediante su adhesión a la vida (de un hombre, un pueblo o una familia de naciones). Dejó escrito D. Pedro Laín Entralgo que “la lengua es la patria del alma”; salvando las debidas distancias, me atrevería a arriesgar el remedo siguiente: la mentalidad es la patria de la voluntad, y ésta la de nuestros patrones básicos de conducta. La mentalidad es, pues, uno de los signos capitales para establecer el diagnóstico de una sociedad.

De esta Introducción puede concluirse que nuestra tesis se inscribe en el contexto de la corriente analítica que otorga gran importancia antropológica al lenguaje común y usual, porque en él se expresan los hechos más relevantes de la experiencia humana. La referencia inicial de esta orientación se sitúa en las ideas del “segundo Wittgenstein”, con influencia decisiva en Austin y Searle.

Como es sabido, el “primer Wittgenstein”, en su *Tractatus Logico-Philosophicus*, publicado en 1921, sostiene que “*Los límites de mi lenguaje* significan los límites de mi mundo” (Trad. cast., E. T. Galván, Madrid, Alianza, 1973, prop., 5.6, p. 163). En consecuencia, el orden lingüístico prefigura las posibilidades del mundo, con influencia determinante sobre los propios hablantes. Si esta es la conclusión sintética del “primer Wittgenstein”, nuestra tesis se sitúa en mayor proximidad a su segunda etapa, la de sus *Investigaciones Filosóficas*, obra publicada en 1953, en la que el lenguaje se vincula a los usos y necesidades comunicativas del locutor: el lenguaje es como una caja de herramientas que pueden ser usadas para fines distintos, según conveniencias variables (Trad. cast., Barcelona, Crítica, 1988, p. 27, §11). Con otra analogía, usar el lenguaje es como transitar por la misma ciudad, pero con barrios y lugares muy diferentes, con connotaciones urbanísticas, estéticas, sociales, etc., heterogéneas (*Ibid.*, p. 31, §18.). Eso mismo sucede con nuestro lenguaje: lo usa el campesino, el albañil, el mecánico, el químico, el médico, el matemático y el poeta. Todos recurren a una lengua común, pero de hecho en sus lenguajes las palabras van adquiriendo significados según el uso que cada cual le otorga. En consecuencia, la forma lingüística adquiere **competencia comunicativa**, esto es, se hace efectiva mediante significados vinculados al uso, incardinados en las “forma de vida” del locutor y de su comunidad lingüística.

El “segundo Wittgenstein” es continuado por la conocida como *Filosofía del lenguaje usual*, en particular por la obra de John L. Austin, *How to do things with words* (Oxford, Clarendon Press, 1962. Trad. cast., *Cómo hacer cosas con palabras*, Barcelona, Paidós, 1982), que se sustenta en el principio general según el cual los “actos de habla” son aquellas proposiciones que dotan de valor comunicativo a la intencionalidad subjetiva del hablante. Sus tesis son reinterpretadas por John R. Searle, para quien los “actos de lenguaje” son las proposiciones que, con el enunciado lingüístico (locución), alcanzan a transmitir la intención del sujeto hablante (ilocución) y los efectos que pretende alcanzar con el enunciado (perlocución), haciendo efectiva su dimensión pragmática (*Speech Acts*, Cambridge Univ. Press, 1969. Trad. cast., *Actos de habla*, Madrid, Tecnos, 1990).

Adentrarnos críticamente en esta tradición analítica habría superado nuestras posibilidades, pero nuestra intención puede situarse en su contexto. En relación a Wittgenstein, por entender los refranes como “instrumentos de uso y utilidad variables”, en el ámbito de una comunidad lingüística. En proximidad a Austin y Searle, nuestra tesis pretende poner de manifiesto que en el refranero la fuerza del enunciado proposicional condensa las intenciones subjetivas del hablante, con sus pretensiones comunicativas y orientaciones prácticas o pragmáticas.

I

Conducta, creencias y mentalidades

1.1. La noción orteguiana de *creencia*, antecedente de la teoría de las mentalidades

El término *mentalidad* es aceptado como parte del léxico general de la lengua española en el siglo XX. *Mente*, de la que procede, sin embargo, ya aparece en el *Universal vocabulario en latín y en romance*, de Alonso Fernández de Palencia, publicado en Sevilla, en 1490.¹ *Creer* y *creencia* tienen una historia de uso que se remonta hasta el *Cantar del Mío Cid* (1140) y a las obras de Gonzalo de Berceo (1220-1250). En Ortega y Gasset, la noción de *creencia*, como se verá más adelante, tiene un sentido equivalente al de *mentalidad*. Tres decenios más tarde, Julián Marías despliega, mediante la idea de *vigencia*, un esfuerzo de intelección del estrecho vínculo existente entre mente, voluntad y conducta en el que el concepto de *creencia* queda confinado a la condición de componente o tipo peculiar de *vigencia* (1993: 150), aunque no llega a relacionarlo con la teoría de las mentalidades. Sin embargo, los diccionarios al uso en nuestra lengua aún no recogen la acepción orteguiana de *creencia*, que, además de ayudar a la comprensión de costados completos de nuestra psicología social, constituye un antecedente directo de la teoría de las mentalidades.

Por éste y por muchos otros motivos, razón es que la conciencia crítica de América y de España encamine también hacia el interior de nuestra cultura las vislumbres del alma. Gratos hallazgos le aguardan. Poco o nada tiene que echar de menos esta porción de humanidad, con relación a sus homólogas occidentales (gala, teutona, anglosajona), desde el punto de vista de la creación y formulación de hábitos, artefactos, conceptos y paradigmas hoy de uso corriente entre los habitantes del planeta. Empero, es menester entrar en dinámica posesión de ellos; hacernos a la costumbre de

¹ Cfr. Corominas *et* Pascual (1997: IV, 41).

girar sobre nosotros mismos, antes de dar por hecho la tutela y la condición de modelos de nuestros pares, como con frecuencia sucede.

El concepto de mentalidad en cuanto conjunto de ideas-fuerza a partir de las cuales se configuran las actitudes, las disposiciones y los esquemas de comportamiento de una persona, un grupo, una nación o un conjunto de naciones culturalmente afines, hizo época en la Francia de la segunda mitad del siglo XX. No sin razón, pues comporta, como se verá más adelante, una reserva metodológica de primer orden desde el punto de vista político-estratégico y espiritual, sobre todo en una época como la nuestra en que con tanta insistencia se habla de interculturalidad, de alteridad, de reconocimiento y de identidades múltiples. Ahora bien, si, por unos instantes, ponemos entre corchetes los términos, advertiremos que, poco antes de que arribásemos a la primera mitad del siglo veinte, dicho concepto hizo vida entre los costados de nuestra familia cultural. En efecto, en época tan temprana como 1935, la noción de creencia adquiere en Ortega ribetes definitivos.

Acontece en luminoso pasaje, en el que el filósofo toma como elemento de contraste a las ideas. Las decisiones y preferencias de los seres humanos parten siempre, a su juicio, de un conjunto de certidumbres básicas, de las que no siempre son conscientes, pero en razón de las cuales piensan, actúan o deciden qué hacer y qué no hacer. Aun en aquellos casos en los que las personas no toman, explícitamente, una decisión es porque, de hecho, han decidido *no decidir*; o mejor dicho, abandonarse al reflujo de sus esquemas mentales previos. A nadie está dado llegar a ser lo que tiene que ser, si «no posee algunas convicciones sobre lo que son las cosas en su alrededor, los otros hombres, él mismo. De ahí que el hombre tenga que *estar* siempre en alguna creencia y que la estructura de su vida dependa primordialmente de las creencias en que *esté*» (1971a: 10). El refranero, como se verá más adelante, es uno de los proveedores por excelencia de esquemas, valores y convicciones de pueblos e individuos. Si se lo enfoca como totalidad, se advertirá que, en cierto sentido, también participa de la falta de espíritu de sistema sugerida por el vitalista español a propósito de las creencias, como queda entrevisto en el capítulo final del presente volumen.

Para conocer las orientaciones básicas de un ser humano o de un conjunto de personas, en lo espiritual y en lo conductual, nada tan certero como asomarse al

entramado de valores, preferencias y estimaciones que pueblan su mundo interior, pues de ello dependen en buena medida sus acciones, sus silencios, sus reacciones, sus gustos y sus abstenciones u omisiones: “El diagnóstico de una existencia humana —de un hombre, de una época, de un pueblo— tiene que comenzar filiando el repertorio de sus convicciones. Son éstas el suelo de nuestra vida (...). Las creencias son lo que verdaderamente constituye el estado del hombre” esc. cit..² Si bien no se integran en un sistema por completo coherente, no por ello carecen de concierto ni deja de haber entre ellas grados y derivaciones: “la pluralidad de creencias en que un hombre, un pueblo o una época está no posee nunca una articulación plenamente lógica (...). Las creencias que coexisten en una vida humana, que la sostienen, impulsan y dirigen son, por lo menos inconexas” (p. 10). *Cfr.* F. Braudel, 1991: 141.

Pero esta condición sólo afecta el plano estrictamente mental. Del hecho de que haya disparidad entre dos o más creencias, a menos que sean troncales o básicas, no se siguen necesariamente rasgos ni gestos de inconsistencia en los ámbitos de la instalación histórica o de la vida biográfica a ellas vinculadas: «Inarticuladas desde el punto de vista lógico o propiamente intelectual, tienen siempre una articulación vital, *funcionan* como creencias apoyándose unas en otras, integrándose y combinándose. En suma, que se dan siempre como miembros de un organismo, de una estructura. Esto hace, entre otras cosas, que posean siempre una arquitectura y actúen en jerarquía. Hay en toda vida humana creencias básicas, fundamentales, radicales, y hay otras derivadas de aquéllas, sustentadas, sobre aquéllas y secundarias. (...) El hecho de que (...) aparezcan en estructura y con jerarquía permite descubrir su orden secreto y, por tanto, entender la vida propia y la ajena, la de hoy y la de otros tiempos» (p. 12).

Ahora bien, el conocimiento de las causales del sistema de preferencias de que se es portador, desde el cual cobra sentido la cotidianidad de cada quien, es una posibilidad que es preciso conquistar. No siempre se es consciente de por qué se estiman unas cosas, personas o actitudes, y otras no. La estimativa parte de un conjunto de creencias del que es depositario todo ser humano, pero del que no siempre se tiene un

² Páginas adelante vuelve Ortega, como al desgair, a redondear la noción: «La creencia no es, sin más, la idea que se piensa, sino aquella que además se cree. Y el creer no es ya una operación del mecanismo “intelectual”, sino que es una función del viviente como tal, la función de orientar su conducta, su quehacer (...). Así podemos decir ahora: el diagnóstico de una existencia humana —la de un hombre, de un pueblo, de una época— tiene que comenzar filiando el sistema de sus convicciones y para ello, antes que nada, fijando su creencia fundamental, la decisiva, la que porta y vivifica todas las demás» (Ortega y Gasset, 1976: 11-12).

dominio cabal, ni siquiera de su estrato más inmediato. Tiene el ámbito de las creencias, conforme a lo sugerido, algo así como dos niveles: el de las básicas y el de las secundarias. De las primeras, a penas sospechamos su influjo y su existencia, de las otras por lo menos alguna intuición o pseudo-conciencia presentimos. De las ideas, por el contrario, quien las tiene, es siempre consciente de su posesión y de sus alcances, prácticos o intelectuales.

La creencia es una idea, pero no una idea cualquiera, sino una idea con rango de convicción y, por lo tanto, con vocación de influjo en nuestro modo de concebir el mundo o de percibirnos o de mirar a los demás, que incide, por tanto, en el modo de entender el rol, la misión y el sentido incluso de la propia vida. El rimero de las creencias constitutivas marca el compás de la cosmovisión de personas y porciones enteras de la humanidad, ya sean naciones o familias de naciones, y aún de etapas históricas completas. La aprehensión del sistema de creencias, fundamentales o accesorias, aprovecha a la comprensión de la condición humana; esto es, de la manera en que las personas conocen la realidad y elaboran sus preceptos o nociones operativas.

Hace, por lo tanto, de recurso hermenéutico al servicio de una teoría general del conocimiento o de la significación. Pero también de herramienta apropiada para la comprensión del modo de ser y de las perspectivas de grupos e individuos. La presente investigación es un intento de desentrañar la identidad de los dominicanos a partir de la estimativa que, en el transcurso de los siglos, ha ido dejando como sedimento el uso repetido del refranero castellano, hasta el punto de convertirse en el proveedor por excelencia de los esquemas y valores desde los cuales actúan, sueñan y se insertan en la vida social, y aun en el orden mundial en marcha en los tiempos que corren. Se verá asimismo, que los dominicanos, también han hecho sus contribuciones al patrimonio paremiológico común.

El planteamiento de Ortega contribuye a la aprehensión de este peculiar sistema: la vida humana, perfecto conjugado entre pensamiento, convicciones y comportamiento, así en lo biográfico como en lo social: “Las creencias, mero repertorio incongruente en cuanto son sólo ideas, forman siempre un sistema, en cuanto efectivas creencias” (1976: 11), pues de lo que se trata, según llevamos dicho, es de determinar cuál es el sistema de creencias básicas del dominicano medio, a partir del refranero. Vale decir, de ese

conjunto de rasgos que jalonan su identidad. Ahora bien, ¿cuáles son las formas posibles en que se puede abordar un sistema? ¿Encaja la visión de Ortega y Gasset en alguno de los posibles paradigmas o patrones de enfoque de la teoría de las mentalidades?

1.2. El ámbito de las creencias, el paradigma intencionalista y las prisiones de larga duración *longue durée*

El problema de la relación entre las actitudes y los comportamientos humanos, por una parte, y el conjunto de creencias de un pueblo, por la otra, ha de ser abordado mediante una «investigación tipo dominio» (García García, 2001: 9). Sus supuestos e implicaciones abarcan desde aspectos de orden filosóficos y antropológicos hasta lingüísticos, neurofisiológicos y sociológicos. El modo adecuado para afrontar nuestro tema es, pues, de carácter sistémico. Amando De Miguel, también comparte el punto de vista del abordaje multidisciplinario del modo de ser de una sociedad a través del refranero, en el que, a su criterio, «deben colaborar las distintas ciencias sociales» (2000:28). En un ensayo autobiográfico de 1972, Fernand Braudel evalúa el propósito de una célebre revista fundada por Lucien Febvre y Marc Bloch, en 1929, centro de irradiación por excelencia de los estudios de las mentalidades en Francia, con las siguientes palabras: «Lo que los *Annales* reclamaron (...) fue una historia cuya investigación se extendiese a las dimensiones de todas las ciencias del hombre, a la «globalidad» de las citadas ciencias del hombre, y que, en cierto modo, se apoderaría de ellas para reconstruir sus propios métodos y su verdadero dominio» (1991: 21).

Tres son los modelos explicativos desde los que se suele intentar el conocimiento de todo rímico de hechos, fenómenos o cosas: su configuración ontológica, su estructura de funcionamiento, su intencionalidad. La primera posibilidad remite a la componente *stensa* o física del sistema; la segunda, a su *modus operandi*, pues se centra en la funcionalidad de su diseño; la tercera, «se da cuando tratamos al objeto, animal o persona como un agente racional e inferimos sus creencias, sentimientos y deseos y predecimos su conducta a partir de ellos» (García García, 2001: 10). Viceversa: si partimos de los canales o esquemas estructurales modelan sus acciones, silencios u omisiones, podríamos llegar a determinar las principales vetas de

su mentalidad, de su peculiar sistema de creencias. Tal es el sendero que se sigue en el desarrollo de la presente investigación.

Algunos seres humanos suelen disponer de un sistema propio de creencias. Es el caso de las recias personalidades políticas y de los pensadores que en todo tiempo y lugar suelen aparecer. Pero lo común es que el común de las personas participe de un conjunto amplio de supuestos, aspiraciones, prejuicios y condicionantes unitivos básicos en razón de los cuales entienden su mundo y se perciben a sí mismos, se relacionan con los demás hombres y pueblos, y afrontan los retos de su cotidianidad.³ En cada época hay un conjunto de vigencias sociales a partir de las cuales es posible acceder a la estructura mental de las sociedades que de ella participan⁴. Ser moderno o ser actual equivale de alguna manera a interiorizar unos valores y unos presupuestos, y proceder en consecuencia, pues «el hombre vive dentro de un sistema de vigencias, entre las cuales las básicas son las creencias en el sentido estricto del término orteguiano» (Marías, 1993: 55). Véase, también, p. 127.

Muchas de estas vigencias son creaciones de un momento histórico dado, y con él sucumben; otras se hallan disueltas en la atmósfera cultural y, a propósito de determinadas condiciones, encuentran ambiente propicio para extender su dominio desde un pueblo a otro u otros pueblos; o, simplemente, son parte de la memoria común de una familia cultural, que se desplaza lo mismo a través de escarpadas montañas que de desconocidos mares⁵. Cuando se da este último caso, es preciso proceder al estudio

³ Bouthoul (1971^a: 29): «Si, como Descartes, decimos “pienso, luego existo”, cabe añadir, desde el ángulo de la psicología social: *Yo pienso, pero con una mentalidad determinada y en relación con ella*. Yo no puedo imaginarme sin mi mentalidad. Es una parte integrante de mí mismo, y yo no puedo concebir mi yo sin ella». Cfr. Braudel (1991: 143-144): «No me gusta el humor de lord Keynes, el admirable economista: ‘En la larga duración, dice, todos nosotros estaremos muertos’. Extraña forma de no comprender nada, puesto que la larga duración (como la corta y la media) nos acompaña, no cesa de acompañarnos: la cocina a la que estoy habituado y de la que, en el fondo soy prisionero, ¿de dónde no viene? La lengua que hablo, en la que pienso, ¿no tiene siglos tras ella? Mi forma de vivir y de creer también nació hace siglos; empeñado incluso en querer pensar libremente, no me liberaré, en verdad, de una herencia cristiana que sigue estando a mi alrededor, que me sorprende, que me acompaña y que incluso me asiste...».

⁴ Marías (1993: 26): «Una sociedad está definida por un sistema de vigencias comunes —usos, creencias, ideas, estimaciones, pretensiones—; no basta con agrupar a los hombres de cierta manera para obtener una sociedad; si dentro de una agrupación arbitraria rigen distintos repertorios de vigencias, hay más de una sociedad; si, por el contrario, las mismas vigencias tienen vigor más allá de la agrupación elegida, la sociedad efectiva extiende sus límites fuera de los que se había fijado».

⁵ Braudel (1992): «Viajes de hombres; pero con ellos viajaban también sus bienes, los bienes culturales, los usos diarios y los más inesperados. No cesan de desplazarse, acompañando al hombre» (t. II, 145-146). «Sería inconcebible una civilización que no exportase con sus hombres sus maneras de pensar y de vivir (...). Para una civilización, vivir es, a la vez ser capaz de dar algo y de recibir, de tomar prestado algo.

de grandes bloques temporales para ir reconstruyendo, a partir de acontecimientos o de hechos triviales en apariencia, la trama de valores y concepciones, a partir de las cuales cobran sentido las acciones y omisiones de los hombres. Es lo que el historiador francés Fernand Braudel ha denominado prisiones de larga duración o playas de *longe durée*⁶, que ha servido de punto de partida a Michel Vovelle en la delimitación del concepto de mentalidad al que nos referiremos más adelante en este capítulo, y que atraviesa el presente trabajo de tesis de principio a fin como una espada de fuego.

Gaston Bouthoul es otro de los autores que se ocupan de la cuestión de las mentalidades, pero a partir de otras fuentes, vale decir: de una tradición diferente, como son las nociones de «pensamiento colectivo», de G. Tarde, y de «síntesis concomitantes», de E. Durkheim (Bouthoul, 1971a: 29. *cfr.* 5-11). En unos y otros casos, incluido obviamente el enfoque orteguiano, el *modo de ser*, esto es la manera de pensar, de actuar, de elegir, de aspirar o de reaccionar de pueblos e individuos, aparece como determinado, consciente o inconscientemente, por el tipo de mentalidad que comportan; es decir, por el sistema de convicciones *absolutamente verdaderas*, válidas a toda prueba, desde siempre y hasta siempre. Todo hecho, toda situación son vividos, siempre, a partir de un cierto rimero de deseos, reservas o percepciones previas. A la caza de esa suerte de plantillas mentales, que nos evitan la incertidumbre y nos permiten saber a qué atenernos, se dirigen naturalmente tanto la mente social como la individual. Diríase que es una suerte de automatismo de la mente dejada a su arbitrio. Tal puede ser el fundamento neurofisiológico de la existencia de las mentalidades. Buena parte del quehacer de nuestro entendimiento está orientado, incluso al margen de nuestros

Tomar prestado es más difícil de lo que parece; no todos pueden tomar prestado de manera sabia y servirse del instrumento adoptado tan hábilmente como su dueño original» (t. II, pp. 150-151). *Cfr.* 1991: 137, 139.

⁶ *Ibid.*: «Desde lo alto del observatorio de las civilizaciones, la vista alcanza, debe alcanzar, muy lejos, hasta las regiones de la noche de la historia e incluso más allá» (t. II, p. 165). Véase también: I: 17, 23; II: 142, 166, 329-330; 1991: 138. En un ensayo de 1982, al volver sobre el tema, escribe: «más que el cambio, ¿no es lo esencial de lo social, su “esencia”, diría Martín Heidegger, lo que dura, lo que perdura, lo que se mantiene obstinadamente en su sitio, herencia del pasado que cruza el tiempo presente como la quilla de un navío hiende el agua movediza del mar? En una sociedad polimorfa, ¿cuáles son las reservas que perduran en nuestros cambios? ¿Cuáles son su biología profunda, sus condiciones de base, sus apremios, su ritmo respiratorio? Esa búsqueda de lo *permanente*, de lo *cuasi-permanente*, es lo que caracteriza el *estructuralismo* de los historiadores de la Escuela llamada de los *Annales*, que nada tiene que ver con el *estructuralismo* sofisticado, de moda entre los cultos de París en el curso de los años sesenta. Y creo que esa búsqueda debería ser, paradójicamente, la preocupación mayor de cualquier política del cambio. Es contra la inercia de esos bloques establecidos contra los que choca la acción querida o incluso inconsciente de los gobiernos» (1991:132-133). *Cfr.* pp. 18, 127, 144-145, 152-156; y, Ariès (2000: 16-17, 23, 100, 125, 151).

deseos, a la elaboración de esquemas de pensamiento a los cuales remitirse en presencia de hechos novedosos y de situaciones semejantes.⁷ O, para decirlo con la fuerza que adquiere en el particular estilo de Èmile Chartier, mejor conocido como Alain: «Aprender a no pensar es una parte, y no la menor, del arte de pensar».⁸

1.3. Esquemas, creencias y mentalidades

Las mentalidades encuentran en la natural tendencia de la mente a estructurar esquemas una cantera madre a partir de la cual diseñarse, re-componerse y enriquecerse. Los esquemas, con el paso del tiempo, de las generaciones y de las eras sucesivas, van perdiendo de manera paulatina el vínculo que los unía a determinadas vivencias, percepciones, experiencias. Se van alojando de manera sutil en los intersticios de la cultura, y muy especialmente de la lengua: el más vigoroso de los factores de la cultura. Se convierten en una suerte de precipitado pseudo-consciente, o inconsciente, al que luego se remite la mente para dar respuesta a los retos permanentes que la vida en relación plantea. Más que con un saber del tipo «si... entonces...», se corresponde la mentalidad con el conjunto de saberes e informaciones de carácter semi-formalizado que en la psicología contemporánea se conocen como memoria procedimental: «es un saber cómo», y memoria declarativa, la cual «es un saber qué», en razón de que «almacena el conocimiento sobre el mundo» (García García, 2001: 137).

A ello hay que agregar la existencia de otras dos vetas componentes del conjunto de supuestos y prenociones que conforman a las mentalidades, los tópicos de orden ontológico: qué son las cosas, qué es el hombre, qué es el mundo, qué es el más allá,

⁷ De Bono (1993): «¿Cuál es el propósito esencial del pensamiento? El propósito esencial del pensamiento es abolir el pensamiento. La mente trabaja para encontrar sentido en la confusión y la incertidumbre. La mente trabaja para encontrar en el mundo exterior esquemas familiares. En cuanto reconocemos un esquema de este tipo, la mente se desplaza hacia él y lo sigue, seguir pensando es innecesario. No difiere de la conducción de un coche. En cuanto llegas a una carretera que te resulta familiar, puedes dejar de mirar el mapa, de usar una brújula, de pedir indicaciones, y hasta de leer las señalizaciones. De alguna manera, nuestro pensamiento es una búsqueda perpetua de estos caminos familiares que hacen innecesario el pensamiento» (p. 38). «Una vez que se ha formado un esquema, la mente ya no tiene que analizar o clasificar información. Todo lo que necesita es información suficiente como para poner en funcionamiento el esquema. Entonces, la mente sigue el esquema automáticamente, de la misma manera que un conductor sigue un camino que le es familiar» (p. 45). «Es necesario que seamos conscientes de que el objetivo del pensamiento es buscar estos esquemas familiares para después dejar de pensar mientras los recorremos» (p. 55). *Cfr.* Guix, 2005: 78.

⁸ Barrère *et* Roche (1999: 118).

etc., y los esquemas troncales del tipo cómo ocurre ésto o aquéllo, y por qué. No importa cuánto de ingenua, absurda o caprichosa tenga la respuesta que en cada caso se ofrezca. Lo que cuenta es que se la cree fielmente y que, por ende, determina en buena medida la identidad de pueblos y personas: su *modo de ser*, las matrices básicas de su manera de pensar y de comportarse. Son parte inherente del sí-mismo, de la propia mismidad; de lo que se es, se piensa y se hace. Sistema de creencias y mentalidad son, pues, momentos de las vigencias sociales predominantes en determinada época en función de las cuales se forjan la estructura mental, el sistema de valores y el abanico de convicciones de cuantos actores y espectadores interactúan en una sociedad⁹. Las vigencias sociales, las creencias y las mentalidades sólo devienen tales en la medida en que adquieren la capacidad de incidir sobre la voluntad de grupos e individuos.

1.4. La mentalidad, la identidad social y personal y los límites de la libertad

La voluntad es el referente inmediato de las acciones, omisiones y reacciones de los seres humanos. Incluso en aquellas personas reputadas como rigurosamente racionales, sus ideas, conceptos y reflexiones sólo adquieren la capacidad de afectar su voluntad e influir de manera determinante en su comportamiento en la medida en que devienen creencias¹⁰. La mentalidad conecta de manera directa con la voluntad. Provee los esquemas a través de los cuales se desplazan los modos de pensar, de sentir y de percibir que suplen de forma y concierto a nuestras voliciones, piedra de toque de nuestras actitudes. Los conceptos de mente y de mentalidad se identifican hasta fundirse, en tal sentido, como ha sido entrevisto por García García, al pasar revista a los modelos y teorías de la mente que en la actualidad prevalecen: «Otro significado de

⁹ Marías (1993: 104-105): «Una sociedad está definida por la comunidad de ciertas vigencias *básicas*, es decir, que determinan la conducta en sus rasgos generales. (...) los rasgos de conducta que interesan son los que afectan a la *convivencia*; respecto a ellos, las vigencias tienen que ser comunes dentro de una sociedad, y si no, no hay sociedad, la convivencia es difícil o imposible». Véase, también, *Ibid.*, 106: «Una trama, pues, de vigencias básicas coincidentes constituye una sociedad; el área determinada por esa coincidencia marca su extensión; las fronteras de una sociedad quedan trazadas por el imperio de un sistema de vigencias comunes», pues «una sociedad no es primariamente un conjunto de hombres o un territorio determinado, sino que está definida por ciertas vigencias comunes» (p.103).

¹⁰ Marías (1987: 192): «Las ideas no pueden ocupar el lugar de las creencias. En la vida del más creador de los pensadores, las creencias ocupan el puesto decisivo. Pretender *vivir de ideas* es una idea desdeñable, falsa. La función de las ideas es suplir la deficiencia de las creencias o resolver sus conflictos o afrontar su iluminación allí donde las creencias no han llegado o han entrado en crisis». En efecto, como bien dice Nietzsche, «los cambios de opinión no cambian el carácter de un hombre» (1999: 38), pero sí los cambios de creencias.

mente es el de mentalidad o modo de concebir la realidad, de pensar, sentir y comportarse en el mundo, así se habla de mentalidad primitiva, mágica, religiosa, moderna, científica, etc.» (2001: 80), postura coincidente con las de sendos representantes de las escuelas fenomenológica y de la Psicología humanística, C. Rogers y J. Brugental, reseñadas antes por el mismo autor. En el primer caso a propósito de uno de los tipos del conocimiento subjetivo¹¹; en el segundo, al fijar las líneas del programa de investigación correspondiente.¹²

La asunción de la existencia de la mentalidad como agente desencadenante de la voluntad, en tanto que mediación entre nuestras estructuras mentales y determinadas matrices de comportamiento, no excluye, sin embargo, la posibilidad de la libertad individual. La libertad es un valor relativo: alude al índice de autonomía de una persona o un conglomerado con respecto a otros que les son afines y al pie quebrado que en cada caso aportan la naturaleza o las circunstancias. Ahora bien, la mentalidad, al suministrarle el marco de su desplazamiento, sugiere en cierto modo su contenido, su horizonte, el modo de percibir aquélla, y de actualizarla en cuanto creencia o en cuanto vigencia social. En efecto, la libertad, individual o colectiva, se ejerce siempre desde una cierta mentalidad. Hay ideas y actitudes que, sencillamente, no son posibles ni concebibles a la luz del propio sistema de convicciones, y que, si en algún momento aparecen ni pasan a ser objeto de preocupación o cuestionamiento, sino que son rechazadas sin remisiones. Esta especial condición del estudio de las mentalidades trae aparejada una cierta dificultad, en razón de que el interesado tendría que «transformarse en testigo de aquello mismo de lo que es actor». Pero si llega a lograrlo, advertirá que «que en la vida cada uno se maneja con una enorme cantidad de prejuicios; que actúa según opiniones de las que ha decidido (sic) no hablar, ni someterlas a juicio, o inclusive que están consagradas por un cierto matiz carismático que las hace indiscutibles» (Romero, 1987: 13).

La mentalidad está constituida, precisamente, por ese conjunto de supuestos y presunciones que en todo espacio y momento se da como enteramente válido o

¹¹ García García (2001: 71): «(...) los comportamientos de las personas dependen de sus procesos mentales, creencias y pensamientos, deseos, proyectos, valores».

¹² *loc. cit.*: «Las investigaciones con palomas, ratas, perros y monos no pueden ofrecer claves para comprender la mente humana, las creencias y pensamientos, los sentimientos y valores que regulan el comportamiento humano».

verdadero, hasta el punto de cerrar por completo la posibilidad de la actitud, el hecho o la opción contrarios: «es el elemento más resistente de nuestro yo. No podemos cambiar de mentalidad a voluntad. Nos pueden obligar a efectuar actos contrarios a nuestras convicciones, imponernos una conducta o hacernos manifestar simulacros de una creencia. Pero no se nos puede imponer la creencia propiamente llamada, puesto que *la convicción es un hecho involuntario*. Por la fuerza o con amenazas se puede vencer, pero jamás convencer. Así, nuestra mentalidad es una condensación interiorizada de la vida social. Es indestructible desde fuera y muy difícil de empañar desde dentro. *Nuestra mentalidad se impone entre el universo y nosotros como un prisma*. Es, para usar la expresión kantiana, la forma *a priori* de nuestro conocimiento. Determina en un ancho margen nuestras convicciones, nuestras clasificaciones, e influye sobre todas las elaboraciones consecutivas (...) el yo es, con harta frecuencia, escurridizo, sujeto a la distracción, y el campo del pensamiento enteramente consciente es muy exiguo. Entre la realidad *noumenal* y la subjetividad individual, sólo un supuesto permanente presenta cierto grado de fijeza, porque *es el resultado de la experiencia de todos*: nuestra mentalidad, a través de la cual pasan todas nuestras percepciones a la entrada y todas nuestras elaboraciones ‘a la salida’ de nuestro ‘yo’» (Bouthoul, 1971a: 32-33).

Aparte de mostrarnos la estrecha trabazón existente entre creencias y mentalidad, este pasaje de Bouthoul sugiere cómo ésta última determina incluso las decisiones, más íntimas y personales del individuo, (elección de pareja, número de hijos, amigos, profesión, idea del yo, etc.), y así como sus filiaciones, identificaciones y rechazos.¹³ El influjo que ejerce sobre la persona el conjunto de ideas-fuerza generalmente aceptado en una sociedad es tal que el peso de su determinación puede alcanzar incluso al ámbito de las reacciones biológicas. Náuseas, alergias, disneas, nerviosismos y cefalalgias pueden perfectamente deberse a la presencia, real o inminente, de eventos contrarios o no previstos en la mentalidad de una persona. Ahora bien, no todo en los seres humanos es determinación social. La verdad del sujeto está en la mezcla; vale decir en la específica forma que sus perceptos y aptitudes se conjugan con los valores sociales (familiares, publicitarios, religiosos, e incluso políticos) dominantes en su espacio-tiempo histórico, si bien la masa mayor y más significativa

¹³ Cfr. Romero (1987: 52): «una mentalidad es, en definitiva, un sistema coherente de opiniones, que abarca todos los campos posibles y que espontánea o sistemáticamente se transforma en respuestas acerca de los más diversos interrogantes».

permanece intacta al ser introyectada por él: «Existe una estrecha relación entre nuestra mentalidad y nuestro organismo físico. Nuestras creencias y nuestros gustos suscitan reflejos condicionados y reacciones viscerales. Los actos que nuestra mentalidad reprueba provocan inhibiciones orgánicas. Así, un alimento que nos parece impuro o simplemente malsano (...) provocará náuseas con perturbaciones parecidas a las del envenenamiento (...)» (Bouthoul, 1971a: 33).

Las mentalidades son impactadas por el índice de libertad media de la época, las ideas dominantes, los mitos, las leyendas y los esquemas de larga duración ambientes en determinada cultura, el sistema educativo —sobre todo, cuando está intencionalmente orientado—, las acciones (culturales, políticas, artísticas) de gran impacto, y aun por aquellas instituciones y personalidades que de una u otra manera contribuyen a la formación de la concepción del mundo del ciudadano común. Las mentalidades son, pues, entidades procesuales, en constante enriquecimiento, pero sometidas a una inercia verdaderamente sorprendente, como hemos visto más arriba a propósito de la percepción de la estructura social, de Fernand Braudel, que también comparte el historiador argentino José Romero.¹⁴ Si bien conservan siempre una suerte de núcleo permanente, capaz de atravesar los siglos sin ser objeto de modificaciones, y a partir del cual se estructuran la mayoría de las ideas-fuerza subsidiarias o accesorias, no son realidades hechas de una vez y para siempre, sometidas al estatismo o al absoluto, cual las esferas platónicas, como se verá a finales del presente capítulo, al estudiar la concepción que sobre el tópico comporta Michell Vovelle, en lo cual coincide por demás con Philippe Ariès. Son pasibles de cambio e influencia, siempre que se proceda conforme a los parámetros adecuados, con la paciencia y la circunspección indispensables, y siguiendo el orden pertinente.

Cumple a la conciencia crítica, a la dirigencia política, a los educadores y a los forjadores de opinión pública en general, ocuparse a profundidad del tópico en nuestros países iberoamericanos, para sugerir o contribuir tanto a su preservación como a la

¹⁴

Romero (1987: 141-142): «Lo típico de los fenómenos de mentalidad es que son infinitamente más lentos que todos los demás procesos. Es mucho más fácil hacer una revolución social que cambiar los prejuicios de un adulto; de allí que la educación de las jóvenes generaciones constituya un problema crucial para cualquier revolución».

introducción de los cambios necesarios para nuestra permanencia como tales, en el espacio y en el tiempo, lo mismo que con miras a nuestro avance hacia mejor. Razón es, pues, que conservemos cuanto podamos nuestras metas estratégicas, y que las traduzcamos en objetivos de mediano y largo alcances de nuestros respectivos sistemas educativos, e incluso de nuestras actividades diplomáticas. Más allá de las banderías políticas interiores y de sus particulares apetencias, los intelectuales orgánicos de nuestras sociedades y de nuestra familia de naciones tienen ante sí la tarea de ocupar los espacios a ellos reservados, de asumir la tarea de pensar la gran nación iberoamericana como un todo, como rectos, buenos y conscientes *pater familias*. Las afinidades entre las mentalidades iberoamericanas permiten hablar con propiedad de la existencia de una sociedad iberoamericana, o, al menos, de la familia iberoamericana de naciones, pues como dice con razón Gastón Bouthoul, «Formar verdaderamente parte de una sociedad es *compartir sus angustias, sus entusiasmos y sus repulsiones*» (1971a: 33). De modo parecido se pronuncia J. Marías: «las vigencias sociales, es decir, el repertorio — vitalmente sistemático— de usos, creencias, ideas, estimaciones colectivas, proyectos compartidos que (...), constituyen una sociedad, lo que se puede llamar, sin degradar esta expresión, un *pueblo*» (1976: 260).¹⁵

Una vez que se ha comprobado que no hay, en los países que se hallan a la cabeza de la historia del mundo en los tiempos que corren, una conciencia *ecológica* de la condición humana, tendente a procurar el reconocimiento y aun la defensa de la diversidad cultural, e incluso genética de la humanidad, cabe a cada familia étnica hacer lo que corresponda, a los fines de que cada uno alcance a permanecer en su ser, sin cerrarse por ello a los cambios necesarios, sino, más bien, orientándolos conforme en la medida de las demandas atinentes a cada caso. No es, precisamente, el reconocimiento de las diferencias lo que mueve hoy a los costados activos y a quienes detentan el poder

¹⁵

Nueve años más tarde, J. Marías introducirá matices en la delimitación de la noción de pueblo, que convendría no pasar por alto (1985: 303-304): «Un pueblo es un repertorio de formas de vida en que los individuos están instalados, donde las trayectorias de las vidas singulares encuentran su cauce. Las clases llamadas ‘populares’ por antonomasia funcionan como tales, con normalidad, precisamente cuando no constituyen por sí solas el pueblo, sino que son su fracción principal y de mayor volumen; quiero decir cuando el pueblo está integrado por la convivencia de esas clases con las demás». De un modo un tanto parecido se pronuncia D. Miller, al proponerse examinar «lo que distingue las identidades nacionales de otras identidades, aquello que queda implicado cuando describimos una comunidad particular de personas como una nación. (...)». El primer punto merecedor de atención, reconocido ampliamente por aquellos que han reflexionado con seriedad acerca de la materia, es que las comunidades nacionales están constituidas por creencias: las naciones existen cuando sus miembros se reconocen entre sí como compatriotas, y creen compartir características relevantes» (1997: 38-39).

en las grandes naciones, sino, más bien, la exclusión y la intolerancia. De poco o nada han servido las apuestas de la filosofía de la interculturalidad. Se obvia paladinamente cuánto pierde el género humano no ya con cada tribu o nación que desaparece, sino, incluso, con cada ser humano que fenece. Incluso, no es extraño escuchar hablar de «daños colaterales» para referirse a la eliminación física de personas y grupos de personas.

Hagamos pues, lo que nos corresponde, o la historia se nos vendrá encima cuando menos lo esperemos, con sus corolarios de abuso, absurdos e irracionalidades; acabará por barrer nuestras capacidades de poner y disponer de nuestros patrimonios, natural e intangible, y, con ello, también del mundo inmenso de posibilidades, de lo que pudimos ser y no fuimos. ¿Qué nos hace pensar que alguna vez no nos tocará a nosotros? Cumple a cada quién captar los signos de los tiempos. Los seres humanos significamos y trascendemos en la medida en que lo hacen nuestras patrias respectivas, y viceversa. No hay por qué resistirse al cambio, ni por qué depositarse, impertérritos, en las aras de otras culturas y de otras mentalidades, máxime cuando se es depositario de un modo propio de ser, cual es el caso de España y de la América de habla castellana, e incluso portuguesa.¹⁶ Bien que valen para nosotros aquellas indicaciones que en respectivos tiempos lanzaron al aire Menelao, en el Canto XVII de *La ilíada*, procurando persuadir a Euforbo,¹⁷ y Aquiles, en el Canto XX, anhelante de convencer a Eneas.¹⁸

Introducir una nueva matriz de comportamiento de un pueblo o en una persona no es tarea que se logre operando de manera directa sobre sus efectos, sino, más bien, sobre la actitud que la enmarca y posibilita. Las actitudes son los componentes activos de la voluntad, que sólo cambia al compás de las lentas estructuras mentales que le sirven de cobijo y referente. El cambio de las mentalidades sólo puede darse dentro o al

¹⁶ Marías (1985: 412): «Si algo merece llamarse un “mundo” es el Mundo Hispánico. La lengua común (el español es por lo menos ‘traslúcido’ para los brasileños, es leído normalmente por grandes minorías); una historia compartida durante tres siglos; formas sociales, costumbres, lecturas, creencias, estilos de vida; impresión de estar ‘en casa’ en cualquiera de los países, posibilidad de entenderse a media palabra. Todo eso que no existe en tan alto grado ni siquiera dentro de cada uno de muchos países extensos, no digamos entre grupos amplios de ellos, es la realidad inmediata, evidente, en el Mundo Hispánico».

¹⁷ Homero (1970:282): «El insensato sólo se da cuenta de su mal cuando ya ha llegado».

¹⁸ *Ibid.*: 334: «Tan sólo los necios no se dan cuenta del daño hasta que les ha alcanzado».

impacto de hechos traumáticos, y aún así no hay que esperar sino que los mismos afecten costados específicos. Lengua, religiosidad, folklore e historia son las columnas sobre las que se asienta la mentalidad de un pueblo o familia de naciones. Relativizar, modificar o disminuir el valor de aquellas, a favor de otras o de ninguna, es ya una manera de iniciar la labor de trastocar la particular concepción del mundo, los hábitos mentales y culinarios, el orbe de las percepciones y las aspiraciones, los usos y costumbres de sus miembros. De esa manera se van dejando abiertas las ventanas hacia la modificación del curso de su voluntad, en lo social y en lo personal. A la confluencia de cuanto se relaciona con el comportamiento, la mentalidad, el índice medio de libertad y a los esquemas básicos de desplazamiento de la voluntad, fuente por excelencia de todo desplazamiento conductual, bien podría dársele el nombre de *identidad*.

La voluntad no es un órgano especializado al modo de la glándula pineal (García García, 2001: 26). Es, antes bien, el punto de encuentro entre el sistema activo de convicciones, de un pueblo o de un individuo, y sus comportamientos respectivos. Es medio, canal a través del cual se impactan recíprocamente creencias y conductas (quehaceres, percepciones, omisiones, reacciones e iniciativas) desde las más elementales, como las relacionadas con las necesidades denominadas «fisiológicas» por Maslow (García García, 2001: 70), hasta las más complejas, como las de orden lógico o verbal, o las que tienen que ver con las necesidades de autorrealización. Este *modus operandi* bien podría constituir un legado evolutivo, pero sus contenidos están mediados por la lengua, por las vivencias –históricas, individuales–, y aun por la manera en que la una o las otras se posicionan en la mente de cada quien, como dejó sugerido, de algún modo, Epicteto (1995: 42, 63, 66).¹⁹ Sólo en la medida en que los estereotipos resultantes devienen esquemas conductualmente significativos, pueden reputarse como componentes de pleno derecho de la mentalidad.

Según Edward de Bono, los esquemas básicos de la mente humana se forman partir de las percepciones, y éstas a su vez son inteligidas a través de los esquemas con

¹⁹

a) «Los demás no tienen el poder de herirnos. Incluso si alguien nos injuria o nos golpea, o si nos insultan, siempre es nuestra elección considerar lo que sucede como ofensivo o no. Si alguien nos irrita, es sólo nuestra propia respuesta lo que nos irrita. Por consiguiente, cuando alguien parezca provocarnos, recordemos que es sólo nuestro juicio del incidente lo que nos provoca»; b) «Son nuestras esperanzas y temores los que nos arrastran, y no los acontecimientos en sí mismos»; c) «¿Qué es un acontecimiento “bueno”? ¿Qué es un acontecimiento “malo”? No existe una cosa semejante!»

que mejor encuadran.²⁰ En este punto, la noción de *esquema* y el concepto de mentalidad, en el sesgo que toma en las obras de F. Braudel, G. Bouthoul y M. Vovelle, toman distancia. Un conjunto de esquemas vendría a constituir algo así como una estructura mental, trátase de sujetos o de colectividades. Tal es el vínculo entre esquemas y mentalidad. ¿Dónde reside la diferencia? En la percepción de Braudel, Vovelle y Bouthoul, los sistemas de creencias prevalecientes en un espacio-tiempo determinado no necesariamente tienen su origen en sus particulares percepciones o conjunto de acontecimientos y vivencias de orden histórico en que han participado sus miembros de manera directa. Pueden provenir de un ámbito extraño a sus particulares experiencias, como pueden ser la cultura común o de referencia —como la greco-latina en el caso de Iberoamérica— o la lengua. Los acontecimientos históricos significativos para un conglomerado dejan, de alguna manera, su huella en el medio común de expresión, y afectan de esa manera, accesoria o sustancialmente, los naturales desplazamientos del alma colectiva, y, por extensión, en sus hábitos y costumbres e, incluso, en el folklore.

La historia también es un factor de primer orden en la constitución de la mentalidad de un pueblo, más allá incluso del advenimiento de etapas o rupturas de carácter epocal. Las masas, en lo atinente a su conducta y a su modo de conciencia, se parecen punto por punto a las formas infantiles de la mentalidad. Dos ejemplos podrían, quizás, ilustrar esta proposición. Una misma veta de la conciencia colectiva de España y de la República Dominicana parece emerger como síntesis de sus respectivas experiencias colectivas en el siglo XX: la renuncia a las acciones colectivas de hecho para dirimir diferencias de tipo político-ideológico. En la primera, la fuente es básicamente interna, aunque igual de trágica y desgarradora: la guerra civil; *básicamente*, porque no excluyó del todo la participación de algunas de las potencias epocales: Italia, Alemania e Inglaterra, hasta el punto de que no ha faltado quien entienda que aquellos acontecimientos y su desenlace fueron algo así como el tubo de ensayo de lo que, luego, vendría a ser, la denominada segunda guerra mundial. Las tensiones vividas por España a raíz de la muerte de Franco bien pudieron, sin aquélla experiencia traumática de por medio, desembocar en una nueva guerra civil y hasta en

²⁰

«El objetivo de la percepción es permitir la formación de esquemas y después usarlos. Como se ha sugerido antes, el objetivo del pensamiento es encontrar el esquema familiar, eliminando así la necesidad de pensar más» (Bono, 1993: 50).

una nueva dictadura, con su correspondiente secuela de crímenes, exilios y cerrazones, pero esta vez fue otro el derrotero.

El pueblo español parece haber adoptado como una de sus vigencias la aceptación de la monarquía constitucional y la vía del diálogo inter-sectorial e inter-partidario para dirimir sus diferencias. La vida de la nación española del presente, y aún los críticos más acendrados del establecimiento, dan por supuesto este hecho. No todo es discutible, y ello es parte del doblón de lo aceptado. Es *un dato de la realidad*, para el ciudadano medio español de los tiempos que corren. Constituye, por común, un elemento unitivo de la identidad española de nuestro tiempo, aunque no explícito, pues es parte de su estructura mental subconsciente o *mentalidad*. Es, diríase, como si, desde el remoto pasado, plena de luz aquella expresión que, según se dice, le susurró el Cardenal Borja a Felipe IV: «La guerra, Señor, es el remedio de las cosas que no tienen remedio» (Marías, 1976: 143). O la de aquel soberano que hizo acompañar su abdicación de la frase «Me interesa regir a España, pero más me interesa España».

La historia de la República Dominicana está teñida de sediciones, golpes de Estado y dictaduras desde su emergencia a la vida independiente. Las invasiones e intervenciones militares de otros países, básicamente Haití y Estados Unidos, constituyen otra de las vetas características de su desenvolvimiento. La sociedad dominicana del presente sigue estando tan dividida como la española de principios de la centuria del veinte, o como ella misma entre la segunda mitad del siglo XIX y el primer cuarto del XX. Pero parece haber renunciado a la manigua como medio para la sucesión de grupos, socios y partidos en el control de los estamentos del poder político. Las intervenciones armadas estadounidenses (1916-1924, 1965), que dejaron, en un caso y en el otro, gobiernos títeres, que, consecuentemente, se ocuparon de aplicar sus dictados de persecuciones, ostracismos y asesinatos selectivos, mal que nos pese, en algo han influido en este cambio de marcha. En términos psicológicos primarios, estos hechos históricos protagonizados por Estados Unidos en desmedro de nuestra soberanía podrían ser conceptuados como castigos o descompensaciones de gran alcance como respuesta a ciertas conductas impropias asumidas inconscientemente por nuestros actores políticos, periodísticos e intelectuales. A diferencia de España, en nuestro caso las referencias causales han tenido su origen en las políticas estadounidenses de

expansión mundial, de las que Centroamérica y el archipiélago del Caribe son sólo momentos.

Amplios sectores de los hacedores de opinión en la República Dominicana de la actualidad tienen como referencia casi obligada a la gran nación norteamericana, en lo judicial, en lo político, en lo económico, en lo administrativo, etc., y algunos hasta llegan a sentir y a expresar que aquel país y el nuestro son «socios», «amigos», etc. Muchos de nuestros jóvenes se devanan los sesos estudiando inglés e imitan los usos y tradiciones norteamericanas, indicio de que están bailando al compás de una danza que se aviene bien con los propósitos y estrategias de gobierno planetario por aquellos liderado. Así, al menos, lo deja entrever el consejero para la seguridad nacional de Estados Unidos desde 1977 hasta 1981, en un libro tan memorable como elocuente.²¹

Costados completos de la población dominicana, líderes comunitarios y de partido, intelectuales e ideólogos han terminado no sólo cediendo doblones enteros de nuestra soberanía política y económica a quienes perciben como una suerte de padre o hermano mayor, a quien se quiere y se teme al mismo tiempo, pues protege, castiga, defiende, orienta y maltrata con inusitada saña conforme a la necesidad del momento, aunque a partir de la lógica de su propia conveniencia geopolítica. Es esta una matriz de comportamiento bastante típica de hijos criados en hogares en los que la violencia, el

²¹ Brzezinski (1998: 36-37) «La dominación cultural ha sido una faceta infravalorada del poder global estadounidense. Piénsese lo que se piense de sus valores estéticos, la cultura de masas estadounidense ejerce un atractivo magnético, especialmente sobre la juventud del planeta. Puede que esa atracción se derive de la cualidad hedonística del estilo de vida que proyecta, pero su atractivo global es innegable. Los programas de televisión y las películas estadounidenses representan alrededor de las tres cuartas partes del mercado global. La música popular estadounidense es igualmente dominante, en tanto que las novedades, los hábitos alimenticios e incluso las vestimentas estadounidenses son cada vez más imitados en todo el mundo. La lengua de internet es el inglés, y una abrumadora proporción de las conversaciones globales a través de ordenador se origina también en los Estados Unidos, lo que influencia los contenidos de la conversación global. Por último, los Estados Unidos se han convertido en una meca para quienes buscan una educación avanzada. Aproximadamente medio millón de estudiantes extranjeros entran cada año en los Estados Unidos y muchos de los mejor preparados nunca vuelven a casa. Es posible encontrar graduados de las universidades estadounidenses en casi todos los gabinetes ministeriales del mundo» (pp. 34-35). «A medida que la imitación de los modos de actuar estadounidenses se va extendiendo en el mundo se crean unas condiciones más apropiadas para el ejercicio de la hegemonía indirecta y aparentemente consensual de los Estados Unidos». «Los Estados Unidos están situados (...) en el centro de un universo interconectado, un universo en el que el poder se ejerce a través de la negociación constante, el diálogo, de la difusión y de la búsqueda de consenso formal, pese a que el poder, en el fondo, se origine en una única fuente: en Washington D. C. Y es allí donde debe jugarse el juego del poder, y jugarse según las reglas internas estadounidenses. Quizás el mayor cumplido que el mundo hace a la centralidad del proceso democrático en la hegemonía global estadounidense es el grado en que los países extranjeros se involucran en las negociaciones políticas domésticas estadounidenses. En la medida de lo posible, los gobiernos extranjeros procuran movilizar a aquellos estadounidenses con quienes comparten una identidad especial étnica o religiosa».

maltrato y la vejación devinieron notas características. Lo propio puede decirse de la tendencia de los dominicanos, hembras y varones, a apegarse con más fuerza cada vez a aquellas parejas que les maltratan, les son infieles o les quieren mal. Pero a más de todo esto, el dominicano medio, también parece haber adoptado la palabra democracia como uno de los referentes básicos de su estructura mental a la hora de ocuparse de las cuestiones de orden político-social. Ni ésto ni aquéllo es discutible; es parte del *modus vivendi* pseudo-consciente en razón del cual estructura sus opiniones, ordena sus experiencias cotidianas y enmarca el orbe de sus aspiraciones. En suma, su concepción del mundo, su filosofía práctica.

1.5. Identidad, nacionalismo y mentalidades.

A propósito de la noción de mentalidad de Gaston Bouthoul

Así como para Alain el propósito por excelencia pensamiento es la provisión de perceptos, y para De Bono, mediante la percepción y el razonamiento lo que se pretende es el establecimiento de ciertos esquemas procedimentales desde los cuales operar, comprender el mundo y entrar en dinámica relación con los demás, consigo mismo y con las circunstancias, para Bouthoul «La mentalidad (...) constituye el principal objetivo del pensamiento. Es el verdadero sujeto de la psicología social» (1971a: 30). Independientemente de las ideas y de las representaciones individuales, de continuo sometidas a los vaivenes y veleidades propios de cada sujeto, «subsiste una especie de residuo psicológico irreductiblemente estable, hecho de juicios, conceptos y creencias que, en el fondo, tienen la adhesión de todos los individuos de una misma sociedad» (*loc. cit.*). En efecto, una mentalidad es siempre un sistema complejo de verdades indubitables (creencias, vivencias, esquemas y estructuras mentales), que expresa la concepción del mundo, a través de la cual se filtra la percepción de la totalidad de lo real. En los capítulos que siguen se procura, justamente, abstraer, a partir de los refranes tenidos por los dominicanos como *absolutamente verdaderos*, los principales ribetes su visión protofilosófica.

En efecto, como afirmara, con razón, Don Enrique Tierno Galván, «Una parte considerable del saber occidental se ha configurado según ‘dichos’, esto es, modos breves y resumidos de expresarse que, buscando el fundamento, delimitan y aclaran lo

que hay de positivo o negativo en el pensamiento o en la conducta. (...). Son muchas las reflexiones dogmáticas de los antiguos filósofos que se han convertido con el tiempo en la abreviatura clarividente de una opinión, que sirve de apoyo y referencia al discurso en la conversación, como aquella frase aristotélica que afirma que ‘la naturaleza odia el vacío’» (Valentí, 2008: 9). En la República Dominicana, por ejemplo, ha acontecido lo propio a) con el conocido filosofema orteguiano «Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella, no me salvo yo» (Ortega y Gasset, 1984a: 77), del que, por cierto, sólo se repite, a modo de verdad indubitable, la primera parte, con lo cual se cambia completamente el sentido del planteamiento original, tornándolo de crítico en justificativo; b) con las siguientes frases de José Martí: «Hacer es la mejor manera de decir» y «Un hecho vale más que mil palabras»; e incluso c) con una parte de los dos versos iniciales del segundo cuarteto de la «Vida de Santo Domingo de Silos», de Gonzalo de Berceo, sustituyendo las primeras cuatro palabras («Quiero fer una prosa») por el imperativo «Háblame» «en román paladino / en cual suele el pueblo hablar con su vecino» (Sainz de Robles, 1964: 268), para indicar al interlocutor que lo que dice no se entiende.

Las variaciones en los gustos, los recelos y los rechazos que se advierten entre los grupos componentes de una sociedad a penas conllevan diferencias marcadas en el plano de sus esquemas básicos. Pertenecen al orden de lo propio o de lo accidental; nunca de lo que es esencial a la mentalidad, en cuanto fondo común de verdades, modos y maneras. Los intelectuales orgánicos –que constituyen, casi siempre, la mediación natural entre los ideólogos y la conciencia crítica de una nación–, bien harían si tomaran para sí la tarea de velar por el mantenimiento de un marco unitivo básico en el que confluyan las diversas percepciones y aspiraciones particulares.²² A los ideólogos compete la tarea de aportar el conjunto de puntos de vista de los agrupamientos de los que son voceros o interpretes; de los filósofos y librepensadores es la responsabilidad de hacer de conciencia crítica de su nación y de «funcionarios de la humanidad», conforme a la expresión feliz de E. Husserl. Descuidar ese ejercicio de salvaguarda del patrimonio común deja abierta la posibilidad a la desaparición o a la absorción de una sociedad por otra –cultural, económica o militarmente más fuerte, o simplemente

²² Bouthoul (1971a: 35): «dentro de la vida social, existe un perpetuo intercambio entre los individuos, los diversos círculos y sub-grupos de la sociedad. La mentalidad “general” constituye, especialmente en las sociedades complejas, una especie de resultante expresando su *equilibrio* entre estas diversas influencias».

diferente, pero con los medios técnicos eficaces—. Si se desvanecen los vínculos intangibles que vinculan a las personas, los partidos y las organizaciones que informan la sociedad, disminuyen sus perspectivas de permanencia y de trascendencia.

El afán de diferenciación y el particularismo sólo devienen valiosos en la medida en que mantengan intocadas las estructuras unitivas básicas de la sociedad de referencia. Este tópico es de vital importancia para aquellas sociedades que, como la dominicana, se hallan sometidas al embate propagandístico de los usos y hábitos mentales de alguno de los centros de absorción contemporáneos, a más de encontrarse ubicada en una de las zonas geo-estratégicamente prioritarias a propósito de la meta de gobierno planetario de uno de ellos, pues «cuando en el seno de un mismo grupo se constatan grandes divergencias, es posible inferir de ellas que aquella sociedad se halla en vías de escisión o de transformación» (Bouthoul, 1971a: 31). Hoy se insiste, acaso con mayor énfasis del que aconseja el buen criterio, en la preeminencia de la diferencia, y de las identidades múltiples,²³ acaso para evitar la cercanía semántica con el «ser en tanto que ser», el substancialismo post-aristotélico y la *entidad* latina, por la carga de fijeza que comportan. Mas, si nos detenemos un poco, al pronto se advertirá que, sin dejar de reconocer la diversidad de concepciones y modos de ser individuales, y aun regionales, es posible encontrar un determinado número de invariantes semánticos, perceptuales y de comportamiento, que permiten hablar con propiedad de una cierta identidad social no sólo con respecto a la sociedad dominicana, sino, incluso, con relación a una familia de naciones, la comunidad iberoamericana.

Las entidades positivas o individuales —humanas, formales, naturales— existen, sin lugar a dudas, pero también las que Aristóteles denomina, en *Categorías* (2b, 5), entidades primarias, aunque no se nos muestran sin previo ejercicio de intelección,²⁴ pues «de no existir las entidades primarias, sería imposible que existiera nada de lo demás: pues todas las demás cosas, o bien se dicen de ellas como de sus sujetos, o bien están en ellas como en sus sujetos».²⁵ De hecho, las entidades secundarias o particulares

²³ Tal el caso, por ejemplo, de Bernard Lewis (2000) y de Héctor Díaz Polanco (2009: 141-146).

²⁴ También en esto tuvo razón Heráclito, para quien la esencia de las cosas rara vez es patente: «A la naturaleza le agrada ocultarse» (García Bacca, 1972: 96), expresión que, luego, hará suya el estagirita.

²⁵ Aristóteles (2000: t. I, 35).

sólo devienen comprensibles, a su juicio, a partir de aquéllas (*loc. cit.*, 10), pues, «lo universal existe de suyo mientras que lo accidental no existe por sí mismo, sino simplemente como atributo de un ser particular» (1977: t. I, 106), sin que por ello deje de reconocer que «la identidad es una especie de unidad de ser, unidad de muchos objetos, o de uno solo tomado como muchos» (*loc. cit.*), con lo cual, como tantas veces en la obra del sabio de Estagira, queda abierto el sendero alternativo; esto es, el de que se pueda considerar como legítima la posibilidad de que los particulares también tengan existencia autónoma y puedan, en consecuencia, hacer de punto de partida para el descubrimiento de las entidades primarias.

El modo en que en el presente informe de investigación se plantea la relación entre las mentalidades y la identidad incluye ambas posibilidades, aunque en la aprehensión de la mentalidad del dominicano y su relación con el refranero se procede de la parte al todo. El ámbito de la búsqueda de la identidad no es espacio para la exclusión y la intolerancia, sino para la integración y el reconocimiento. Cada ser humano, ciertamente, es irreductible; pero «nadie puede recluirse en la ciudadela de la propia intimidad, bajo pena de autocondena a perecer de inanición biológica y espiritual» (Maceiras, 2007: 26). La persona no tiene otra opción que salir al encuentro con otro; y como desplace la vista en torno advertirá sin tardar que hay entre sí y los demás una serie de notas concordantes que lo acercan o le asemejan sin remedio a sus congéneres; es la mirada del otro lo que nos salva y nos completa.²⁶ Lo singular, lo particular y lo universal no se excluyen, no constituyen compartimientos estancos: «una particular adscripción cultural no implica forzosamente rechazar otras pertencencias con las que seguramente se tienen muchos horizontes en común» (Díaz Polanco, 2009: 143).

Como ha hecho notar un filósofo contemporáneo, la identidad personal, grupal, regional o nacional «es siempre algo concreto, algo particular (aunque por supuesto siempre ha de satisfacer también criterios morales», pero, eso sí, en modo alguno,

²⁶ Maceiras (2007: 26): «Los otros no son profanación de lo personal ni motivo para el asedio; sin el mutuo reconocimiento el mundo humano no habría empezado ni podría continuar. Si la convivencia acrecienta las ambigüedades, también sutura controversias, provee ambiente propicio a la satisfacción porque los méritos no se agotan en su autor, enseña el dominio de sí y el aprendizaje para obras compartidas. En fin, del ser-con-los-demás el individuo recibe la confirmación de su identidad, acompañada por la alerta reflexiva». Cfr. Vovelle (1985: 305): «Mi dignidad pasa por el respeto que le conceden los otros, supone el derecho a la vida y a la existencia en sus formas más ambiguas: la seguridad, por supuesto, y el respeto a la integridad física (...). El respeto a mi dignidad, tal como lo impongo a los otros, supone el que yo tengo hacia el ejercicio de la virtud».

separables: «De nuestra identidad hablamos siempre que decimos quienes somos y quiénes queremos ser. Y en esa razón que damos de nosotros mismos se entretejen elementos descriptivos y evaluativos. La forma que hemos cobrado merced a nuestra biografía, a la historia de nuestro medio, de nuestro pueblo, no puede separarse de la imagen que de nosotros nos ofrecemos a nosotros mismos y ofrecemos a los demás y conforme a la que queremos ser enjuiciados, considerados y reconocidos por los demás» (Habermas, 1994: 114-115; Cfr. Maceiras, 2002: 231). Luego, tomando como punto de partida las respectivas identidades parciales es completamente posible acceder a la identidad del pueblo, de la nación o de la familia de naciones en cuyo interior han sido posibles cada una de aquéllas.

Nuestro referente será, como ha quedado sugerido, el Estado-nación dominicano, sin cerrar la apertura a otros modos más complejos de organización política, y sin excluir los elementos componentes, sino, antes bien, estructurando los costados de de la psicología social del dominicano medio de nuestro tiempo y de algunos de sus sujetos representativos de la nación correspondiente. El fundamento del *nuevo* orden internacional sigue siendo el Estado-nación, conforme a lo establecido en el segundo artículo de la Carta de la Naciones Unidas, especialmente en sus numerales 1, 3, 4 y 7.²⁷ Dos son, allí, las nociones claves: el Estado y la nación; los sujetos o los actores predilectos de aquella declaración de intenciones de 1945. No se sigue, claro está, que no existan otros costados identitarios. Como ha quedado entrevisto, etnias e individuos son portadores de esquemas y valores que comparten con otros conjuntos sociales más amplios. De lo que aquí se trata es de detenerse en un punto medio: ni la humanidad, la supra-nación ni el individuo, sino el Estado-Nación dominicano. De ese modo, evitamos la *reductio ad absurdum* y el *regressus ad infinitum*.

²⁷

Estos enunciados rezan como sigue: «La Organización está basada en el principio de la igualdad soberana de todos sus Miembros» (artículo 1); «Los Miembros de la Organización arreglarán sus controversias internacionales por medios pacíficos de tal manera que no se pongan en peligro ni la paz y la seguridad internacionales ni la justicia» (artículo 3); «Los Miembros de la Organización, en sus relaciones internacionales, se abstendrán de recurrir a la amenaza o al uso de la fuerza contra la integridad territorial o la independencia política de cualquier Estado, o en cualquier otra forma incompatible con los Propósitos de las Naciones Unidas» (artículo 4); y, «Ninguna disposición de esta Carta autorizará a la Naciones Unidas a intervenir en los asuntos internos que son esencialmente de la jurisdicción interna de los Estados, ni obligará a los Miembros a someter dichos asuntos a procedimientos de arreglo conforme a presente Carta (...)» (O.N.U., 1998: 6-7).

La advertencia lanzada por Kant, en «Idea de una historia universal en sentido cosmopolita», un texto de 1784, tiene hoy tanta validez como en el momento mismo de su formulación: «En la actualidad los Estados se hallan entre sí en una tan delicada relación, que ninguno puede perder su cultura interior sin padecer enseguida en poder e influencia sobre los demás» (1985: 59). De modo, pues, que cabe volver las vislumbres del alma hacia el centro del propio pecho; esto es, tornar a hacernos las preguntas elementales de *qué, cómo y quienes* somos, así en sentido restringido (nación, subcontinente) como en los términos mancomunales en proceso de estructuración. Los proyectos comunitarios (supra-estatales o supra-nacionales), tan a la orden día en nuestra época, darán más y mejores frutos llamados a permanecer si parten del conocimiento de los modos de ser y de instalarse en la historia de sus pueblos componentes; vale decir, de sus mentalidades respectivas e irreducibles. Las experiencias de los desmembramientos, en época reciente, de la Unión Soviética y de lo que hasta hace unos años se conoció bajo el nombre de Yugoslavia guardan algunas enseñanzas dignas de ser tomadas en cuenta por las personas interesadas en estos asuntos. En el proceso de construcción de la mancomunidad iberoamericana de naciones, es el principio soberanía parcial el que padece mengua, no las ideas-fuerza llamadas a motorizar las acciones de las sociedades componentes.

Para países en la especial condición de la República Dominicana, el cosmopolitismo sin cautela podría conllevar el peligro de la neo-colonización política, cultural y económica, pero igual se puede atenuar si se conocen los resortes del alma colectiva que le es propia. A lomos del discurso mundialista de continuo cabalga el fantasma de la dominación. La amistad, las alianzas y las fusiones, como entrevieron en sus respectivos momentos Aristóteles (1998: 152), Cicerón (1997: 114, 134) y Maquiavelo (1983: 51-58), sólo son posibles entre iguales. Yerran quienes hacen suyos y difunden en los países latinoamericanos, por ejemplo, los preparados ideológicos globalizacionistas como la panacea definitiva, presuntamente inexorable por demás, de todos nuestros males y disfunciones sociales.²⁸ (Es de justicia anotar sin embargo, así

²⁸

Cfr. Díaz-Polanco (2010: 21-23): «Contrario a lo previsto años atrás, el llamado proceso de globalización no está provocando la homogeneidad sociocultural; por el contrario, va acompañado de un notable renacimiento de las identidades en todo el mundo (...), cada vez con más frecuencia los conflictos políticos, que giran como torbellinos impelidos desde abajo por disputas económicas y choques que tienen que ver con el control de territorios y recursos, emergen teñidos de diferencias socioculturales o, al menos, algunos de sus protagonistas aparecen con ropajes identitarios (...). La globalización es esencialmente etnófaga»; por contra, de la mano de Zygmunt Bauman, es posible afirmar que 'la *identidad* se ha convertido en un prisma a través del cual se descubren, comprenden y examinan todos los demás aspectos

sea de pasadas, que en los últimos años, sobre todo después de las incursiones militares atlánticas en oriente medio, la brújula pan-ideológica occidental ha colocado como causal de las inconsistencias institucionales del mundo no desarrollado a la corrupción. El discurso público que presentaba a la denominada globalización como una ley natural se haya de capa caída en estos preciso instantes).

Si del principio de las grandes nacionalidades hay que hablar, como una de las notas diferenciales del presente, no nos vendría mal remitirnos a los fastos de las mentalidades. Los iberoamericanos participamos de un patrimonio común al cual remitirnos a la hora de avistar el porvenir: nuestra lengua; y una de sus constantes históricas es, justamente, el refranero, que se remonta a los inicios mismos del idioma común a unos trescientos treinta millones de hablantes, de unos veinte países en los que figura como lengua oficial. Entre las fuentes más antiguas de su *Refranero general ideológico español*, Luis Martínez Kleiser (1993: XXIX) cita la obra *Los libros de cetrería*, de Pedro López de Ayala, publicada en 1386, y *Refranes que dicen las viejas tras el fuego*, del Marqués de Santillana, dada a la estampa en 1499.

A penas cuatro siglos separan el libro de López de Ayala de las Glosas Emilianenses y de las más antiguas jarchas del cancionerillo mozárabe, los más antiguos testimonios escritos en romance ibérico de que se tiene noticia (Sainz de Robles, 1964: 235-236); y sólo unos doscientos cincuenta años del *Poema de Mío Cid* (c. 1140), «el más antiguo monumento de la lengua escrita y de la literatura castellana» (*Ibid.*: 237). Pero se da por descontado que mucho antes de que lengua y refranero accediesen a la forma escrita ya tenían una larga andadura en el habla cotidiana de los antiguos hispanos. De hecho, buena parte del refranero español, como llevamos dicho y como se pone de manifiesto en los capítulos finales de esta obra, tiene su origen en sus homónimos griego y latino. La sola lectura del *Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* (1605) y de las *Novelas ejemplares*, de Cervantes, bastarían para hacernos conscientes, por una parte, de la filiación hispánica del refranero dominicano, pero también de que el refranero y costados completos de la mentalidad iberoamericana responden a lo que, según hemos visto, Fernand Braudel denomina *playas o prisiones de larga duración* (*longe durèe*).

de interés de la vida contemporánea. Las cuestiones establecidas del análisis social se están refiriendo y renovando para ajustarse al discurso que ahora gira en torno al eje de la *identidad*”.

El idioma es síntesis de experiencias y conocimientos, pero también fontana de prejuicios, injustificadas aprensiones, jerarquías y valores de los que no siempre es consciente el conjunto de sus hablantes. Las palabras suelen estar cargadas de valores (De Bono, 1993: 117-118). Bouthoul entiende, sin embargo, que la lengua no constituye un factor determinante de la mentalidad y, por tanto, del tipo de civilización a que se pertenezca²⁹ pero es evidente que en ello está descaminado. F. Bacon³⁰, entre muchos otros pensadores de los cuales da constancia M. Maceiras (2002), por el contrario, sugiere otro modo de conciencia: el idioma constituye una de las fontanas básicas de la configuración de esquemas perceptivos, proyectivos y de pensamiento. La lengua es uno de los constitutivos básicos de las mentalidades. La historia particular de naciones y familias de naciones suele dejar su impronta en el modo concreto que toma un idioma al ser asumido por la comunidad que se hace a la vida ataviada de sus recursos y herramientas.

Palabras, estructuras y expresiones devienen momentos componentes a partir de los cuales se puede acceder a la esquemática básica de una sociedad. Por esta vía es posible identificar un conjunto de valores y perceptos básicos correspondientes a una civilización, esto es: de una familia cultural de naciones; y, al propio tiempo, avistar el conjunto de valores, correlacionados con aquéllos, y del Estado-nación de que se trate. El aprendizaje de una lengua no es un quehacer aséptico. Al traspasarla a la generación siguiente, la generación de partida lo hace *con* y *desde* una escala de estimaciones de la que, no necesariamente tiene cabal comprensión. Aun el orden sintáctico de la lengua comporta una cierta jerarquía axiológica y una esquemática de la que participan las mentes a partir de ella diseñadas³¹; ni qué decir del refranero, *summa* de la sabiduría popular y de la experiencia de los siglos de pueblos, civilizaciones y familias de naciones. Con el idioma heredamos una interpretación de la realidad.

Bouthoul tiene razón empero, cuándo sitúa la mentalidad en la base de las sociedades y del sentido de pertenencia a ellas. Ahora bien, a diferencia de lo que

²⁹ Bouthoul (1970: 31): «Se puede pertenecer a una misma raza, ser contemporáneos, hablar una misma lengua y ser geográficamente vecinos a pesar de pertenecer a civilizaciones distintas».

³⁰ Bacon (1984: 48-50), aforismos 59-60.

³¹ Lakoff *et* Johnson (1998: 170-173).

acontece con la noción orteguiana de creencia, el autor francés hace confluir en el concepto de mentalidad elementos tanto de orden racional como factores pertenecientes al orbe del sistema de convicciones, en cuanto canales por medio de los cuales se desplaza la sensibilidad individual, esa «especie de residuo psicológico irreductiblemente estable» que, en su opinión permea a toda la sociedad.³² Una sociedad sólo *es* en la medida en que comporta una serie de esquemas comunes que sobrepasan a las diferencias personales, clasistas y generacionales, capaces, incluso, de sobrevivir a los cambios políticos y tecnológicos a través de las eras subsiguientes. Es en función de ello, no del lugar en que se vive o se ha nacido, ni del color de la piel, la sangre o el ascendiente familiar, que se ha de determinar la pertenencia o no pertenencia a determinada nación, tipo de civilización, como pueden ser, pongamos por caso, la dominicana y la hispanoamericana.³³

Toda sociedad humana, por elemental que sea, es siempre heterogénea. Está integrada por un conjunto más o menos amplio de sectores, clases, estratos y grupos de intereses (profesionales, sociales, económicos, políticos, intelectuales, etc). Bouthoul asume para el estudio de las mentalidades de las sociedades complejas, la técnica de los círculos concéntricos «uno encerrando al otro, según su grado de generalidad», a cada uno de los cuales «corresponde una parte de nuestra mentalidad susceptible de variar según sus leyes propias» (1970: 94). Da por hecho la existencia de las mentalidades y de la mentalidad *in generis*, a la cual es posible acceder, a su juicio, por el método de exclusión de las cualidades adjetivas y secundarias de cada una de las mentalidades componentes. La mentalidad de una civilización, de una familia de naciones, de una cultura, está constituida precisamente por ese substrato común cuya variación no está sometida sino a aquellos cambios que la afectan de manera estructural y significativa.³⁴

³² Bouthoul (1971a: 31): «Desde el punto de vista del sujeto pensante, o sea de la persona, nos parece que la mentalidad tendría que ser definida de la manera siguiente: un conjunto de ideas y de disposiciones intelectuales integrada en el mismo individuo, unidas entre ellas por razones lógicas y relaciones de creencias».

³³ Bouthoul (*loc. cit.*: 30-31): «Una sociedad es, esencialmente, un grupo de personas de mentalidad análoga. (...) Pertenecer a una sociedad significa esencialmente poseer su mentalidad. (...) Ni el alejamiento ni el exilio bastan para cambiar de mentalidad, ni siquiera al cabo de varias generaciones».

³⁴ Bouthoul (*op. cit.*: 94): «Es procediendo por eliminación que se llega a unas características forzosamente muy generales de la mentalidad global, es decir, la que caracteriza una civilización o, por lo menos, una cultura lo suficientemente amplia. Esta mentalidad corresponde, sobre todo, como hemos visto, al sentido común, a las ideas y a los valores más fuertemente arraigados en nuestro inconsciente, aquellos que están menos sujetos a las fluctuaciones de las modas, de los ciclos y de los ritmos». En torno al *sentido común*, había dicho más arriba, que «en cada sociedad, está constituido por las ideas y los juicios de valor generalmente admitidos» (p. 33).

G. Bouthoul prefiere el término *mentalidades* en lugar del genérico *mentalidad*, término que reserva a los bloques amplios de civilizaciones³⁵, respecto a las cuáles preconiza a causa de la influencia disociadora de los adelantos técnicos y mediáticos de nuestro tiempo; «la desaparición total de nuestra vida particular y folklórica» (1970: 101). Si aplicamos este planteamiento a Iberoamérica, que es nuestro género próximo conglomerado de los pueblos, bien podríamos llegar a la conclusión de que el amplio orbe de sus usos, sus costumbres y su particular manera de ver el mundo y enfrentar a la naturaleza, no constituyen *stricto sensu* una civilización, sino son uno de los múltiples círculos concéntricos de la civilización occidental, cuyas aristas primordiales nos remiten a la Grecia y a la Roma originarias. Pero es innegable que nuestro modo de ser posee ribetes propios. Por cuanto, a mi ver sí tiene sentido hablar de una mentalidad iberoamericana. Los iberoamericanos no sólo somos una civilización distinta a la gala, a la africana, a la anglosajona, a la oriental y a la mediorienta, sino que constituimos una Cultura, un modelo de cultura. Esta investigación está consagrada a estudiar el modo específico que en la República Dominicana ha tomado en el curso de los siglos este conjunto a la vez tangible e intangible de valores, ideas y creencias.

Existen marcadas diferencias entre las naciones nord-europeas continentales, los anglosajones y los países mediterráneos, en términos de sus respectivos modos de concebir, la sociedad, lo sagrado y lo profano, e incluso la moral y la técnica, factores cardinales a todo sistema armónico de creencias, actitudes y comportamientos institucionalizados (Bouthoul, 1971a: 96, 110). Lo propio podría decirse respecto a las actitudes relativas al tiempo, las posesiones, la familia, la amistad, el trabajo y al sentido de la vida, en todo lo cual la lengua y la religión entre nosotros predominantes han dejado su huella inexorable. La América Hispánica es depositaria de una estructura mental propia que tiene mucho en común, como se verá, con la mentalidad española, en razón precisamente de que compartimos tramos enteros de nuestra historia, la misma religión, la misma lengua.

³⁵

Bouthoul (*idem.*, 73): «Siendo la mentalidad la resultante global de todos los conocimientos y de todas las experiencias científicas e históricas de una civilización, ella es la manifestación más representativa de la misma».

En los hombres y mujeres que encarnan la *paideia* de determinada sociedad (ideólogos, intelectuales, dirigentes políticos, periodistas, locutores, profesores, líderes religiosos), en los «representativos» en la terminología de E. Durkheim, se halla una de las claves del mantenimiento y de la variación de las mentalidades, al interior de un país, de un conjunto de naciones culturalmente afines, o de un bloque amplio de sociedades pertenecientes a una misma civilización. Otros medios de aprehender el estado y el contenido de determinada mentalidad son el conjunto de los conocimientos a disposición de las multitudes, y los ideales de las mayorías (Bouthoul, 1971a: 57), tanto como las vigencias grupales y las creencias individuales de que suelen ser portadores los ciudadanos medios.³⁶ Este último es el sendero que seguiremos a lo largo de la presente tesis. A partir del conjunto de las convicciones de los dominicanos, subyacentes en aquellos refranes que por verdades innegables tienen, nos proponemos aprehender el estado actual de sus creencias; vale decir, de su mentalidad.

Los conocimientos e ideales de que es depositaria una sociedad, las representaciones mentales de los sectores que la componen y las creencias generalmente aceptadas no siempre son creaciones originales suyas. Son tomados en préstamo a sus homólogos coetáneos y contemporáneos, asumidos o tomados del legado común. Quienes los transmiten y los asumen no siempre son conscientes de que lo hacen en razón de que, a más de los anchos canales del folklore, la lengua y la religión, estos valores y estos saberes suelen hallarse como de incógnitos alojados entre los intersticios de los elementos secundarios o terciarios de la cultura, como los rituales mortuorios, las peregrinaciones, los cuentos populares o el refranero. De modo, pues, que para una mejor comprensión de la mentalidad es indispensable el abordaje diacrónico, como sugiere Fernand Braudel, a través de extensos períodos, de manera que puedan ser establecidas las correspondientes semejanzas, las discontinuidades y las eventuales novedades.

³⁶

Bouthoul (1971a: 35): «El estudio de la mentalidad debe hacerse a un mismo tiempo desde un ángulo estático y desde un ángulo dinámico porque, dentro de la vida social, existe un perpetuo intercambio entre los individuos, los diversos círculos y subgrupos de la sociedad».

1.6. El concepto de mentalidades en Michel Vovelle.

Elementos que aporta a la presente investigación

En Gaston Bouthoul, la variable temporal es un componente adjetivo; en Michel Vovelle, el factor tiempo constituye una de las aristas básicas en la comprensión del tópico, pues «la historia de las resistencias remite a la historia del movimiento» (1985: 255). Para él, «hay toda una serie de rasgos que sólo pueden aprehenderse tanto en sus estructuras como en su evolución inconsciente» (*idem.*: 36) que nos permiten descubrir «el tesoro de una identidad preservada, las estructuras intangibles y arraigadas, la expresión más auténtica de los temperamentos colectivos; en una palabra, lo más valioso que tienen» (*Idem.*:16). Entre esos rasgos estructurales, verdadero ejemplo de resistencia de larga duración, se encuentran los refranes o proverbios (Romero, 1987: 16), y aun, en sentido general, «los dichos y expresiones populares, en la medida que constituyen estereotipos que tienen una amplia circulación en numerosos sectores de la sociedad y reflejan cómo el pueblo se valora a sí mismo y sus actitudes diversas».³⁷ La tradición oral (proverbios, cuentos, relatos, canciones, rimas, adivinanzas) constituye una fuente de acceso de excepción a la mentalidad (Vovelle, 1985: 141).

A propósito, Charlotte Sophie Burne, llega a la conclusión de que si bien «los proverbios no han sido tenidos muy en cuenta (...) merecen un cuidadoso estudio, ya que no representan ideas olvidadas que sobreviven en la práctica, sino los puntos de vista reales de quienes los usan, su filosofía práctica de la vida, sus principios de acción», pues «El carácter racial y nacional se revela en los proverbios» (1997: 281). No por acaso, el dominicano Carlos Larrazábal Blanco ve en «la paremiología un capítulo aparte del folklore de los pueblos» (Cruz Brache, 1978: IV); y Gramsci incluye este último entre los determinantes primordiales de lo que él llama «filosofía espontánea».³⁸ Según De Clercq, la moral de los Baluba (esta es, la respuesta a preguntas del tipo «¿Qué piensan que está bien? ¿Qué creen que está mal? ¿Qué aconsejan y qué

³⁷ J. Ibarra en su ensayo “Algunos métodos y fuentes para la historia de las mentalidades”, en Academia Dominicana de la Historia, *Homenaje a Emilio Cordero Michel* (2004: 230).

³⁸ Gramsci (1978: 11): «hay que empezar demostrando que todos los hombres son ‘filósofos’, definiendo los límites y las características de esta ‘filosofía espontánea’, propia de todo el mundo, es decir, la filosofía contenida: a) en el lenguaje mismo, que es un conjunto de nociones y de conceptos determinados y no sólo de palabras gramaticalmente vacías de contenido; b) en el sentido común y en el buen sentido; c) en la religión popular y, por consiguiente, en todo el sistema de creencias, de supersticiones, de opiniones, de modos de ver y de actuar que se incluyen en lo que se llama ‘folklore’».

condenan? ¿Quién es a sus ojos una persona respetable y qué conductas no aprueban?») encuentra «respuesta en los *dichos* y proverbios y dichos populares y también en los cuentos con moraleja» (Burne, *loc. cit.*). El sendero seguido en esta investigación es un tanto distinto. No asumo como fuente apropiada para el estudio de la mentalidad —dinámico conjugado entre moralidad y concepción del mundo— el refranero in *generis*, sino sólo aquellos que integran el sistema de creencias de los dominicanos.

El uso no es condición suficiente. No todas las máximas de orden populares tienen la potestad de incidir sobre la conducta de sus usuarios, sino tan sólo aquellas que al constituir convicciones, vale decir; verdades incontestables, devienen esquemas o estereotipos. Pero la afirmación que habitualmente es atribuida a Francis Bacon de que «el genio, la agudeza y el espíritu de una nación describenlo sus refranes» y la de Ramón Emilio Jiménez (1975: 382), de que «Los refranes condensan la filosofía del pueblo que los usa» y contienen «la más valiosa expresión del alma popular», conservan toda su radical validez a condición de que la nación sea entendida más como una unidad más cultural que política, en el primer caso, pues amplios costados del refranero dominicano proceden de su homónimo español. En el segundo, puesto que la Filosofía, además del componente práctico, tiene otros momentos, como el explicativo y el especulativo, queda abierta la posibilidad de que algunos de estos preceptos de extracción popular determinen algunas proposiciones racionalmente argumentadas por uno que otro filósofo, científico u hombre de razón en sentido general, y que correspondería a lo que F. M. Cornford denomina la «filosofía no escrita» (1974).³⁹ En el capítulo final volvemos, como se verá sobre ese tópico.

³⁹

El prologuista, en procura de precisar la noción de *filosofía no escrita*, de Cornford, reproduce: a) el siguiente fragmento de la lección inaugural de 1931 del filósofo inglés: «Si dirigimos la mirada por debajo de la discusión filosófica, nos encontramos con que su curso está, en gran medida, gobernado por supuestos que, rara vez o nunca, se mencionan. Me refiero a ese trasfondo de concepciones corrientes que comparten todos los hombres de cualquier cultura dada y que nunca se mencionan porque están consideradas como garantizadamente obvias» (1974: 7-8); b) una cita de A. N. Whitehead de que el propio Cornford se vale en conferencia pronunciada en la Universidad de Oxford: «Al criticar la filosofía de una época no ha de dirigirse la atención hacia aquellas proposiciones intelectuales cuyos exponentes sienten que explícitamente deben defender. Existirán ciertos supuestos fundamentales que los adherentes a cada uno de los sistemas de esa época ya dan inconscientemente como válidos» (*ibid.*: 85); y, c) un trozo del prefacio de *Thucydides Mythistoricus*, de 1907: «En todas las épocas la interpretación común del mundo de las cosas está controlada por algún esquema de presupuestos insospechados y que nadie pone en duda; y la mente de cada individuo, por más que pueda pensar que tiene poco en común con sus contemporáneos, no es un compartimiento insularizado, sino más bien un estanque que está dentro de un medio continuo —ese ambiente que baña su lugar y tiempo—. Tal elemento siempre es, por supuesto, difícilísimo de detectar y analizar, precisamente porque es un factor constante que subyace a todos los caracteres diferenciales de muchas cabezas» (*ibid.*: 8). Como dice el abate Dinouart, en época tan lejana como 1771 (1999: 92): «será muy raro que haya personas capaces de juzgar de forma uniforme y sana (...), y de apartar de sus juicios todas las impresiones que podrían recibir de la fantasía o de los prejuicios».

Hay, asimismo, una corriente de opinión —que se remonta a uno de los parlamentos que Cervantes pone en boca de Don Quijote— que tiende a poner el énfasis en la presunta condición de verdad indubitable o «evangelio chiquito» del refrán.⁴⁰ Aquí nos interesan su eficacia social y humana; sus resonancias volitivas y conductuales antes que su veracidad, su validez, e incluso la frecuencia con que determinada paremia es utilizada aunque no deja de servirme de la remisión a la frecuencia como indicio de la constancia. Lo que cuenta es cuánto creen los sujetos que aquello que afirman constituye una verdad inconvencible. De hecho, el sentido original de la voz griega paremia (*paroimía*: proverbio, refrán) es «dicho que se oye por los caminos» (Soto Posada, 1997); y aunque «La palabra ‘refrán’ es una voz que asimiló nuestro idioma de la francesa *refrain*, significando originalmente ‘estribillo’, de donde se derivó su acepción actual de ‘proverbio’ por lo habitual que era que el estribillo de muchas canciones estuviera formado por expresiones proverbiales» (Doval, 1997: III), en ambos casos resalta el hecho de que una de las características más socorridas de las máximas de orden popular es su uso masivo.⁴¹

La presente investigación se basa en aquellos dichos y expresiones populares de uso común que constituyen estereotipos; y de manera muy especial en aquellos refranes que son tenidos o considerados como *absolutamente verdaderos, completamente falsos o verdades a medias*, por un conjunto apreciable de dominicanos de los tiempos que corren, en el entendido de que aquello que se *crea o se rechaza sin apelación*, afecta la voluntad, la manera de pensar y los patrones de conducta, el modo de ser, de grupos y

40

Cervantes (1969: 154): «Paréceme, Sancho, que no hay refrán que no sea verdadero, porque todos son sentencias sacadas de la misma experiencia, madre de las ciencias todas, especialmente aquel que dice: Donde una puerta se cierra otra se abre». Antes de Cervantes, Blasco de Garay, refiriéndose a los refranes, había sostenido, en 1549, que «El uso confirma ser verdaderos» (Ruiz Villamor *et* Sánchez Miguel, 1999: 20); y, posteriormente, Don Enrique Tierno Galván afirmará que, si bien «El *dicho* no formula una ley; describe o señala lo que parece indudable según la común opinión» (Valentí, 2008: 9), ello así pues, a su juicio, «los adagios, apotegmas, máximas, sentencias, proverbios o *dicta*, contienen algo más que opiniones pasajeras»; enseñan «algo que parece permanente y valioso en el orden de las ideas o del comportamiento, que nos induce a la conciencia de que «hay modelos de conducta que se repiten inexorablemente y también ciertas ideas que permanecen en cuanto expresan verdades inalterables»; hasta el punto de que el reconocimiento de que «‘no hay opinión sin dichos’, nos permite descubrir un primer estrato de opinión que se afianza en sí misma configurando sus criterios comunes en dichos que en castellano llamamos refranes. (...) Si no existe educación literaria académica, los dichos suelen ser refranes, proverbios o sentencias que no provienen como decíamos de un texto que correspondía a un contexto» (*ibid.*: 9-10).

41

Cfr. Ruiz Villamor *et* Sánchez Miguel (1999: 19): «Aunque etimológicamente procede del término occitano o provenzal refrán, ‘estribillo’, el refrán es un enunciado que ha caracterizado desde antiguo el habla de los españoles».

personas, pero sin renunciar a los testimonios del pasado, a la manera que se encuentran en las recopilaciones disponibles de refranes, anecdóticos y alusiones al refranero.⁴² El propósito es aprehender la mentalidad del dominicano medio en tanto que «conjunto de principios, creencias, conocimientos, valoraciones, etc. La mentalidad se parece punto por punto a la misa que cada día nos es cantada desde el hondón del alma por aquel preste pobre «que más la sabía por uso que por sabiduría» de que nos habla Gonzalo de Berceo en el noveno de los *Milagros de Nuestra Señora* (Sainz de Robles, 1964: 266); es el conjunto de «cosas que damos por sabidas» de que habla Xavier Guix que, por demás, determinan el alcance y el perfil de nuestra manera de concebir y de interpretar el mundo que el ejercicio del criterio, la paciencia y el carácter conceptual separan de la Filosofía *stricto sensu*.⁴³

Ahora bien, aquellos refranes que son tenidos como verdades indubitables no son las únicas causales del comportamiento. La voluntad humana se pone en movimiento por múltiples de razones: miedo, rutina, conveniencia, e incluso por meros impulsos intuitivos y pulsionales. Nos importan de manera primordial de aquéllas actitudes que guardan correlación con alguna expresión o frase proverbial de tipo

42 A tal efecto, durante cuatro años, quien esto escribe aplicó un cuestionario —que es incluido como apéndice al final del presente informe de investigación— en el que se pedía a los colaboradores no revelar sus nombres sino sólo su edad, su nivel académico, su lugar de nacimiento, el lugar donde creció, su ocupación y el lugar donde vivía al momento de llenar el formulario, que tiene seis preguntas básicas, orientadas a recoger los refranes más usados o mejor conocidos por los dominicanos de edades comprendidas entre los dieciocho y los cincuenta años de edad. Las preguntas 2, 3 y 4 son las de mayor interés para nuestros propósitos —«Cite tres refranes que le parezcan completamente verdaderos»; «tres que le parezcan verdades a medias»; «tres que le parezcan absolutamente falsos»—, pues, a partir de ellos, será filiado el rimero de creencias básicas de los dominicanos del presente, sin dejar de tomar en cuenta, en mayor o menor medida, los periódicos, los programas radiales y televisivos, las letras de los merengues y canciones que mayor favor del público han alcanzado, los intersticios y los grandes desplazamientos de nuestra historia, pero siempre con las paremias como centro. El resultado fue un total de cuatrocientos sesenta y cinco formularios llenos, que, luego, fueron tabulados cuidadosamente, buscando determinar los índices de frecuencia en cada uno de los renglones mencionados. Cada una de las regiones del país está debidamente representada en la muestra, si bien no se trata de una encuesta en sentido estricto; en la Región Suroeste fueron aplicados 138; en la Línea Noroeste, 161; en Santo Domingo, punto de confluencia de las diversas poblaciones del país, 250; y, en la Región Este, 97. Aparte del auxilio encontrado en varias recopilaciones de refranes —de República Dominicana, de España y de los restantes países de Iberoamérica— como de dominicanismos e hispanoamericanismos, muchas investigaciones lexicográficas y folklóricas, y unos que otros manuales de Antropología y de Psicología Social, que también me han prestado su sabiduría.

43 Guix (2005: 65): «Tal vez valga la pena tomar una cierta distancia de nuestra propia sociedad y atrevernos a observarla, darnos cuenta de cuantas cosas damos por sabidas. ¡Es por ahí por donde se cuelan muchas creencias!». Véase, también, Vovelle (1985: 197): «Invitar a la reflexión es prohibirse una conclusión prematura».

popular.⁴⁴ Por tanto, sólo nos ocuparemos, de una parte del patrimonio paremiológico hispanoamericano: aquellos que afectan las acciones, reacciones y el modo de pensar del dominicano promedio. Las afirmaciones de J. Cantera Ortiz de Urbina de que «la inclusión de una paremia (...) no significa que nos identifiquemos con su significado y hagamos nuestra su intención», puesto que, en su criterio, «el paremiólogo ha de actuar como notario que da testimonio de la existencia de la paremia, aunque en algunas ocasiones no comparta su filosofía» (2005: 9), en su primera parte, se aplica punto por punto a la tarea aquí asumida. Respecto a la segunda, no propiamente, puesto que en cada caso se hará referencia sólo a aquellos refranes que son capaces de orientar el modo de ser de pueblos y sujetos sociales.

El modo de ser incluye, los modos de conciencia como los desplazamientos de la voluntad en tanto que antesala de la acción. La mentalidad es justamente ese complejo de «representaciones, pero también prácticas y comportamientos conscientes o inconscientes» (Vovelle, 1985: 8), porque «no las perciben los hombres que las viven» (*Idem.*: 214). El refranero, en tanto venero aprovisionador del imaginario, deviene punto de partida, que será a cada paso contrastado, comparado, correlacionado con algunos de los pasajes de nuestra historia, las manifestaciones folklóricas, de los testimonios de dominicanos y extranjeros, del pasado acerca de determinados componentes de nuestra manera concreta de insertarnos en la historia, de los, los refraneros de otros países, e incluso de algunas obras emblemáticas por su riqueza paremiológica.⁴⁵ Pero lo que se busca en todo caso es, según la atinada expresión de Vovelle, «perforar el muro de silencio de quienes jamás escriben» (2000: 118); es decir, de «las masas anónimas, las que no han podido pagarse el lujo de una expresión individual, por poco que fuera, literaria» (1985: 31), pero que no por ello dejan de albergar convicciones y puntos de vista acerca de cada uno de los temas que han ocupado a los filósofos desde la antigüedad clásica hasta nuestros días.⁴⁶

⁴⁴ Cfr. Guix (Op. Cit.: 109): «Una actitud no es algo que exista, sino que se infiere a partir de conductas observables. Así, las actitudes nos permiten presuponer una coherencia entre lo que decimos, pensamos y sentimos y la manera cómo nos comportamos». Más aún: de encontrar los reforzamientos necesarios, suele acontecer que «Aquello que empezó con una actitud favorable, una buena predisposición, se va convirtiendo en un principio irrenunciable de tu vida» (*idem.* 110).

⁴⁵ Entre los que Cervantes pone en boca de Sancho, J. Bergua (1998: 7-12) plantean que 189 proverbios son de extracción popular.

⁴⁶ En tal sentido, Bouthoul (1971b: 98-99) plantea que «Toda mentalidad comprende tres cuadros principales: 1. Una *cosmología*, es decir, el conjunto de las explicaciones que definen la comprensión y la interpretación

1.7 El concepto de mentalidades de Michel Vovelle

Para Michel Vovelle, la historia de las mentalidades —que Gaston Bouthoul agrupa en tres grandes bloques: la mítica, la dogmática y la experimental (1971b: 99-101)— es la historia de las visiones del mundo, entendida ésta como «historia de las actitudes, de los comportamientos y de las representaciones colectivas inconscientes» (1985: 12)⁴⁷, cuya vocación de permanencia es tan significativa como la fuerza de inercia de las estructuras mentales y de comportamiento que Braudel llama *playas, trampas o prisiones de larga duración*, y a la que me remitiré con frecuencia en las páginas que siguen.⁴⁸ De manera, pues, que en el caso de Vovelle, lo mismo que en el

del universo (...). 2. Una *técnica*, es decir, el conjunto de los conocimientos que se refieren a los medios de actuar sobre la materia, comprendiendo, incluso, las técnicas ilusorias, como la magia. 3. Una *moral*, es decir, el conjunto de los valores sociales que se refieren a las relaciones con los demás hombres y con los poderes superiores: la jerarquía, los ritos sociales, las reglas del derecho, de la educación y los comportamientos religiosos», pero «Junto a esos cuadros permanentes existe cierto número de *actitudes inseparables de la vida social*. Son verdaderas *categorías* en el sentido filosófico de la palabra, que existen en todos, pero también con contenido y significación diferente. Son: lo *sagrado* y lo *profano*; los *comportamientos religiosos* con el concepto de sacrificio, ascetismo, penitencia, consagración, sacerdocio, etc.; los *símbolos* y los *mitos*; los valores y la *jerarquía*; la categoría de amigos y de enemigos, que juega un papel fundamental en la relación entre los individuos de la sociedad; y, finalmente, la *coacción* y todas las formas sociales de la “organización del miedo” que se derivan».

⁴⁷ Cfr. Maceiras (2002: 183).

⁴⁸ Braudel (1991: 145-146): «Es histórico lo que cambia, y es histórico lo que no cambia. Una revolución tan profunda como la francesa no cambió todo de la noche a la mañana en nuestro país, le faltó mucho. Lo importante es que el cambio debe llegar a un acuerdo con el no-cambio. (...). En verdad, el cambio se adhiere al no-cambio, sigue sus debilidades, utiliza sus líneas de menor resistencia. (...). En este terreno de las profundidades, resulta irrisorio decir que el hombre hace la historia: la sufre. (...). ¿No denunciaron él (Romain Goupil) y otros el ‘poder’ para apropiarse de él? ¿No eligieron por blanco la jerarquía no para poner todo patas arriba, sino para subir ellos mismos la escalinata? Y todo con una inconsciencia total. El poder, una trampa de larga duración. La revolución, una crisis que hierva, pero con demasiada frecuencia dura poco tiempo. Un poco de paciencia, y la revolución pasa...». Al leer estos planteamientos no puede uno menos que recordar, así sea de pasada, aquellas frases luminosas del Camus de *El hombre rebelde*, un texto de 1951 (treinta y un años antes de que los citados ensayos de Braudel fueran dados a la estampa): «El revolucionario es al mismo tiempo rebelde, o si no ya no es revolucionario, sino policía y funcionario que se vuelve contra la rebelión. Pero si es rebelde, acaba por levantarse contra la revolución. De tal forma, que no progreso de una actitud a otra, sino simultaneidad y contradicción que crecen sin cesar. Todo revolucionario acaba en opresor o en hereje. En el universo puramente histórico que ellas han elegido, rebelión y revolución desembocan en el mismo dilema: o la policía o la locura. (...). La revolución absoluta suponía, en efecto, la absoluta plasticidad de la naturaleza humana, su reducción posible al estado de fuerza histórica. Pero la rebelión es, en el hombre, la negación a ser tratado como cosa y a ser reducido a la simple historia. Es la afirmación de una naturaleza común a todos los hombres, la cual escapa al mundo del poder. La historia, ciertamente, es uno de los límites del hombre, en este sentido el revolucionario lleva razón. Pero el hombre, en su rebelión, pone a su vez un límite a la historia» (Camus, 1981: 784-785); o aquel aforismo de Vovelle: «¡Destierren lo sobrenatural, volverá al galope!» (1985: 312); y, más cercano a nosotros, lo que acerca de los mismos tópicos afirmara Don Enrique Tierno Galván: «¿Qué queda, no obstante, de la pretensión implícita de los *dicta*, de enunciar verdades siempre vigentes, proveer ejemplos siempre útiles o referir a opiniones especialmente seguras? Yo creo que mucho por no decir todo en lo que en el orden psicológico toca a las relaciones de convivencia y de modo particular a aquello que se refiere a la lucha, conquista o conservación del poder sobre las cosas o sobre los demás. En estos órdenes el ser humano ha cambiado poco y es observación que pertenece al conocimiento común que el desarrollo industrial, técnico y tecnológico ha avanzado muchísimo más de prisa que nuestros hábitos mentales psíquicos. Mental y psicológicamente somos hasta ahora gente antigua que construye y utiliza instrumentos, en general, absolutamente modernos» (Valentí, 2008: 18-19). El propio Bouthoul se expresa de manera parecida: «las reglas y los conceptos actuales del derecho internacional son los mismos que en

de Bouthoul, prevalece la paradigma intencionalista en lo referente a la relación mente-mundo. Las estructuras mentales epocales jamás dejan de ser; antes bien, se mutan y transmutan indefinidamente, a fin de garantizar su sobrevivencia, así sea bajo el ropaje de un gesto, de un silencio, o del hueco que al desaparecer deja una vigencia cuando ya es a penas un vestigio.

Cualquier persona dotada de un mínimo de sensibilidad puede «descubrir, en esos recuerdos que se resisten, las estructuras intangibles y arraigadas, la expresión más auténtica de los temperamentos colectivos» (*ibíd.*:16). El énfasis mayor de Vovelle no reside en la mentalidad *in generis*, como ocurre con Bouthoul; a diferencia de éste, tampoco se detiene en los grandes conglomerados humanos, como los tipos de civilización. Su preocupación se orienta hacia el ámbito de ciertas franjas comunitarias muy bien delimitadas que estudia durante dilatados tramos de tiempo: «Un conjunto complejo que impone esta investigación en la larga y aún muy larga duración, porque sólo allí se puede expresar y percibir ese ‘entrelazamiento de los tiempos’ (...) en el que se expresa la dialéctica entre los diferentes niveles (...); esta historia en la *longe durée* (...) reflejo de una aventura colectiva, conoce sus mutaciones, en términos de crisis de la sensibilidad colectiva» (1985: 99).

En una palabra, «la historia de las mentalidades, en toda la complejidad de los mecanismos que permite analizar, sigue siendo la clave de la historia social», a su juicio (*ibid.* 100), y, por ende, de la historia presente y de las posibilidades de permanencia de un conjunto social dado, toda vez que no obedece a una determinación fija e inmediata de la realidad, sino que, antes bien, contribuye a modelarla, y a orientar de manera decisiva «la supervivencia en la muy *longe durée* de las representaciones colectivas, fuera de toda presión inmediata de los condicionamientos que han hecho nacer esas actitudes» (*idem.* 245. *Cfr.* Vovelle, 2000: 116, 118). El sendero que abre Vovelle me parece en este sentido, muy adecuado para el estudio de las mentalidades en las múltiples regiones, sub-regiones y diversas porciones nacionales de humanidad que

tiempos de Tucídides y Grotius. Entonces como hoy, la última sanción es la guerra, *ultima ratio regis*. Pero entonces se hacía con espadas, alabardas y mosquetes. Dicho de otra forma, el utilaje mental es mismo, pero las armas destructoras —la fuerza bruta y los instrumentos del «animal-sociedad»— han llegado a ser monstruosas. La humanidad es como un gigante con cabeza de niño. Uno no sabría relacionar la ingeniosidad de las máquinas con lo absurdo de los fines que consiguen» (1971b: 117). *Cfr.* Guix, 2005: 37-38.

integran el costado iberoamericano del mundo occidental, como la República Dominicana, en razón de que deja abierta la posibilidad de entender las mentalidades como constantes y como proceso, sin excluir la posibilidad de sucesivos cambios y enriquecimientos, y de que la misma opere, concomitantemente, como cifra de identidad, autonomía y resistencia.

A diferencia de la ideología, que expresa los valores, esquemas y matrices conductuales de una clase, la mentalidad es siempre un elemento vinculante entre las diversas capas que conforman una sociedad. Pero, al igual que aquélla, exhibe dos niveles: uno que se orienta hacia las representaciones; y otro que tiene que ver con las prácticas y con los comportamientos. Sea como fuese, «esos estereotipos tienen una vida resistente, y una eficacia real» (1985: 9. *Cfr.*, también, p. 8). La mentalidad es unidad en la diversidad. Por cuanto, nociones tales como las de «ideología», «cultura de élite» y «cultura popular», de puro parciales, comienzan a ceder parte de su fuerza y de su aceptación frente a este nuevo enfoque (*Ibid.*: 122), en tanto que los conceptos de «imaginario» e «inconsciente» colectivos se posicionan cada vez mejor como herramientas al servicio del análisis y de la comprensión de tan elusiva realidad.⁴⁹ La racionalidad sólo deviene fuerza social en la medida en que afecta a la estructura subconsciente y, por ende, a las actitudes y reacciones reflejas del conglomerado.

Para el conjunto de ideas-fuerza a través de las cuales expresan de manera parcial, consciente o inconscientemente, sus puntos de vista, anhelos e intereses, cada uno de los agrupamientos, sectores o estamentos de una sociedad aplica mejor la noción de ideología que la de mentalidad. Más allá o más acá de los intereses de fracción y su expresión quintaesenciada, hay en toda sociedad, una suerte de fondo común de

49

«Pero entonces, si todo un amplio sector de la vida de los hombres que nada tiene de fútil se inscribe en el marco de estas representaciones, o de estas herencias inconscientes, si desde el dominio de las actitudes esenciales —la vida, el amor, la muerte— hasta el de las opciones colectivas, parece regir toda una parte de nuestros comportamientos, hay que inclinarse pues ante Philippe Arriés: el inconsciente colectivo existe y lo hemos encontrado» (1985: 93). «El inconsciente colectivo al que se refiere no está definido en términos que nos remitirían al psicoanálisis —a Jung tal vez en este caso— ni según los criterios de una antropología inspirada en Lévi-Strauss. Es una noción que quiere ser, y él lo dice, mucho más empírica, y remite a la autonomía de una aventura mental colectiva que obedece a ritmos y causalidades propias» (p. 15). *Cfr.* p. 86. «En un primer nivel, el concepto de mentalidad (...) integra lo que no está formulado, lo que sigue siendo aparentemente 'insignificante', como aquello que permanece muy enterrado en el nivel de las motivaciones inconscientes» (p.15), «perpetuándose luego aún más allá de la conciencia clara que los hombres tengan de ella» (p. 244), como una «carga de recuerdos que pesan muy fuertemente, aunque de manera inconsciente» (p. 251). «La mentalidad colectiva se presenta de esta manera constituida por estratificaciones inconscientes de la memoria; inconscientes, pero operativas» (p. 252).

verdades que, de alguna manera, hace de elemento vinculante de sus componentes, activos y pasivos, y de puente entre sus diversos tramos históricos, grupos y estamentos.⁵⁰ *Sub-yace*, casi siempre como sostiene Vovelle. Para acceder a esa instancia del alma colectiva es preciso extender la mirada más allá de lo que el primer golpe de vista alcanza, prestar oídos a silencios u omisiones, arrimarse a la estructura mental subconsciente por senderos no convencionales, como es el camino que aquí se emprende a partir del capítulo siguiente. La mentalidad es, pues, el sistema de creencias a partir del cual se configuran los hábitos mentales y las acciones sociales típicas de los miembros de una sociedad.

El refranero dominicano es una cantera abierta donde se anidan esos valores y esas creencias. Su estudio crítico, analítico y sistemático nos sitúa en la vía del *qué es ser* de los dominicanos medios, que son la mayoría absoluta de la población, nos pone al corriente de cómo, de cuáles son las ideas que constituyen principios activos capaces de poner en movimiento sus sentimientos y su voluntad sin que medie un proceso complejo de pensamiento. Hay refranes, dichos y expresiones que van de boca en boca entre ellos, independientemente de roles, distinguos o condición social, y que son los modelos a partir de los cuales se informa su visión del hombre y de la sociedad, y se relaciona consigo mismo y con sus congéneres. Parejas con los refranes de ayer corren las expresiones típicas de las nuevas circunstancias, que permiten hacer un diagnóstico de hacia dónde se está desplazando su mentalidad («porta mí», «ah, po'ta bien», «¿y?», «ya lo sabes», «ooye», etc.). La determinación del carácter y de la mentalidad de un pueblo puede contribuir a un mejor entendimiento entre los hombres y mujeres y poner de manifiesto los signos pronósticos de las estructuras mentales de las generaciones de relevo. Publicistas, políticos, maestros e intelectuales hallarán aquí, una que otras vetas que le garantizarán un mejor desenvolvimiento en sus relativas tareas; y quien tenga en alta estima la condición de ser humano, más de una buena razón para fortalecer o dar inicio a la empresa singular de salvaguarda de su ser, social o personal.

Los seres humanos, en lo individual como en lo colectivo, necesitan, en efecto, para no resbalarse del mundo, un conjunto de percepciones y valoraciones que colmen

⁵⁰

Bouthoul (1971b: 97): «una sociedad es un grupo de personas con una mentalidad análoga, que admiten los mismos valores y se gobiernan por el mismo sentido común. (...). Se pertenece a una sociedad en la medida en que se participa de su mentalidad. El lazo psicológico que proviene de esta identidad de pensamiento es, a veces, más fuerte que los lazos físicos».

de aliento y de sentido su existencia. Por su naturaleza, estos elementos del mundo interior de las personas se hallan más cerca de los artículos de fe, de los prejuicios y de los sentimientos que de la razón. El mito, la religión, la ideología, los ídolos son inmanentes a la humana condición. La unidad de una nación, por ejemplo, descansa, antes que en rigurosos modelos teóricos y complejos sistemas de pensamiento, en la asunción, sin remisiones, de la existencia, real o presunta, de un enemigo exterior, de un pasado de gloria, pleno de héroes y hazañas memorables, sin importar si pesa más la leyenda o la comprobación histórica, y de una imagen paternal presente, sea que la encarne el Estado, algún líder o alguno de los poderes espirituales de la sociedad, a través de la cual puedan fluir las actitudes típicas de los individuos frente a Dios y respecto al *pater familias*. Los pueblos y los hombres precisan más de creencias que de verdades para mantener elevada la mirada y firmes sus pies sobre la tierra. A este conjunto de puntos de vista no demostrados en la mayoría de los casos, improbables por demás, pero que, no obstante, constituyen los determinantes básicos de los hábitos mentales y la voluntad de los miembros de una nación determinada —en nuestro caso, la dominicana— y, por ende, de sus acciones, omisiones y reacciones, de la forma en que se relacionan con las instituciones, el ambiente y el conjunto de personas que constituyen el escenario en que se desenvuelve su vida están consagradas las páginas siguientes.

A modo de recapitulación podríamos decir que la noción de mentalidad, conforme emerge de las páginas precedentes, equivale al sistema de creencias que modelan el modo de ser de un conglomerado social determinado. El refranero expresa en buena medida este fondo común de verdades indubitables, al menos en los casos en que son tomados como evangelios chicos. El cosmopolitismo sin fronteras bien podría desembocar en la absorción o la disolución. Como entrevistara José Núñez de Cáceres, hace ya casi dos siglos, todo principio de unidad entre pueblos ha de observar las maneras de hacerse juicio, decidir y comportarse de uno y de otro. La mentalidad deviene de ese modo en el cristal a partir del cual se mira la realidad en torno, la historia de la propia nación, de los otros y de sí-mismo. En un sentido y en otro es la fuente por excelencia de los desplazamientos de la voluntad individual y colectiva, y, por ende, antesala de los patrones de decisión y de comportamiento de pueblos e individuos. Veamos, pues, cómo toman cuerpo estos valores, estos esquemas de pensamiento y estos patrones entre los dominicanos...

La concepción de la persona

2.1 Idea del yo y conciencia del otro

El *yo* es uno de los temas centrales del pensamiento occidental. Su entrada en la escena del discurso público nos retrotrae hasta Sócrates. Incluso los fragmentos de los siete sabios de Grecia que han llegado hasta nosotros permiten recelar una cierta conciencia de la persona y de su lugar en el cosmos. Sus máximas son básicamente de carácter moral.⁵¹ Toda doctrina de carácter ético comporta, de una u otra manera, una cierta visión del hombre, como sujeto o en dinámica interacción con sus semejantes. La percepción del yo prefigura la concepción de la familia, la política, la sociedad, e incluso de la parentela cultural transfronteriza. La problemática abarca desde la toma de conciencia, por el yo, de su existencia y de la de los otros, hasta la posible indiferencia y la real o presunta necesidad de desconfiar de nuestros semejantes, así como las típicas diferencias entre amigos, conocidos, «prójimos» y parientes con que nos vamos a encontrar en la mentalidad del dominicano medio. En efecto, la conciencia de sí es una de las referencias más socorridas en el conjunto de aquellos refranes que los dominicanos dan como *absolutamente verdaderos* (AV) y que, por ende, tienen mayor vocación de influjo en nuestra manera de comportarnos.

Expresiones tan aparentemente inocuas como «camarón que se duerme se lo lleva la corriente» o «el que a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija»⁵², retratan a

⁵¹ Cfr. "Sentencias de los siete sabios", en J. D. García Bacca (Trad.), *Refranero, poemas, sentenciario de los primeros filósofos griegos* (1972:13-18). Cfr. Pizzolato (2001: 41). En el criterio de Gaston Bouthoul, las mentalidades contienen siempre una cosmología, una técnica y una moral: «es decir, el conjunto de los valores sociales que se refieren a las relaciones con los demás hombres y con los poderes superiores: la jerarquía, los ritos sociales, las reglas del derecho, de la educación y los comportamientos religiosos» (1971b: 98).

⁵² Noventa y tres (93) de los cuatrocientos sesenta y cinco dominicanos entrevistados con miras a la ilustración de la presente investigación incluyeron el primero de estos refranes como *completamente verdadero*; cuarenta y ocho (48) al segundo.

quienes de ellos se valen como personas con un alto sentido de individualidad, ya en medio del tumulto de la vida, ya con respecto a los demás, ya en relación con las entidades protectoras en el plano simbólico (Dios, la naturaleza, los partidos, los poderosos). El hecho de que ninguno de las personas consultadas haya incluido entre las *verdades a medias* (VM) o entre los proverbios *absolutamente falsos* (AF) al segundo de ellos, permite columbrar que éste no es parte de la memoria negativa–activa de los dominicanos. A cuatrocientos sesenta y cinco dominicanos no les llegó a la mente en el instante en que se les sugirió señalar tres falsedades y tres media-verdades. Por cuanto, podríamos barruntar que el juicio «el que a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija» aparece, en el imaginario colectivo dominicano, como una verdad indubitable. Con el primero ocurre otro tanto, pero no de manera tan acentuada, pues solo veintinueve (29) entrevistados lo incluyeron en el primer renglón, y tres (3), en el segundo.

La frecuencia que muestra la inclusión, como *completamente verdadero* (CV), del refrán «dime con quien andas, y te diré quien eres» —sesenta y cuatro menciones (64) — bien podría constituir, a primera vista, un *exemplo in contrarium*.⁵³ Pero al cruzarlo con las ciento cuarenta y seis (146) menciones de que es objeto entre las «verdades a medias (VM)» y las setenta y dos (72) «como refrane absolutamente falso» (AF), no sólo queda matizada la percepción inicial, sino, incluso, sugerida su torsión. Por otra parte, dicho refrán rezuma un cierto llamado a tomar cuidado de la propia imagen, que bien podría resultar dañada por las malas compañías. Luego, no es, pues, evidente que los dominicanos en su mayoría crean que la identidad de alguien dependa exclusivamente de la persona que le hace compañía en determinado momento.

El yo es, para la conciencia ingenua del dominicano, resultado de múltiples determinaciones. En su configuración ejercen válido influjo: los otros, el azar, la realidad social y el destino, no menos que Dios, la naturaleza humana y, obviamente, el propio sujeto, a quien queda reservada una pequeña franja de intervención en la configuración de su carácter o de su identidad personal. En los refranes con mayor índice de frecuencia en cuanto a veracidad, *los demás* aparecen nimbados por la bondad, la generosidad y la nobleza. Tal es, pues, el sentido en que apuntan el dicho «el que a buen árbol se arrima,

⁵³ A su linaje temático–ideográfico también pertenecen: “el que anda (o se junta) con cojo, al año cojea” (quince menciones como *completamente verdadero*; 30 como *verdad a medias*; una como paremia *completamente falso*), “el puerco busca el lodo”, “el que anda con ladrón termina robando” (dos como afirmación enteramente falsa), “el que se junta con perro a aullar aprende” (una mención como *verdad a medias*, y otra como expresión *enteramente falsa*), “el que anda con gago al año gaguea” (una como *verdad a media*), “arrímate a los buenos y serás uno de ellos”, así como “el que a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija” (cuarenta y ocho menciones como *absolutamente verdadero*), entre otros.

buena sombra le cobija» y «nadie sabe lo que tiene hasta que lo pierde», que fue escogido catorce veces como verdad irrefragable por los entrevistados. Se es, pues, consciente de la necesidad del otro, e incluso de la necesidad de protegerlo o, al menos, de no dañarlo.⁵⁴

Pero la invitación a permanecer en estado de alerta de que hablan las sentencias «camarón que se duerme, se lo lleva la corriente» y «del agua mansa líbreme Dios, que de la brava me libro yo»⁵⁵, que, además, encuentran eco en una estrofa, por mí escuchada voz del Dr. Arturo José Cuello, en Barahona a mediados de los noventa —que, incluso, tiene una mención en la lista de refranes y expresiones de uso común entre los jóvenes de edades comprendidas entre los trece y los veinticinco años—, y que reza como sigue:

No te fies de gato manso
porque no le veas las uñas
que el gato cuando es de raza
hasta con el rabo aruña,

si bien invitan a proceder con cuidado en el mundo de los humanos, no dejan de poner algún acento en la responsabilidad de cada quien. A la misma familia de sentido pertenecen «el que anda con cojo, al año cojea», «el que anda con gagos, al año gaguea», «el que anda con perros a aullar (o a ladrar) aprende», «el que anda con ladrón termina robando» o «el que anda con ladrón, que lo confundan», «a la que anda con

⁵⁴ Así en “agua que no bebas, déjala correr” (once menciones como *completamente verdadero* (CV), cuatro como verdad a medias, ninguna como *absolutamente falso* (AF), lo mismo que en el apotegma cristiano, convertido en refrán, “ama al prójimo como a ti mismo”, que figura con tres menciones como CV y ninguna como *verdad a medias* (VM) ni y como CF, aun cuando corresponde al yo actuante la condición de juez a cargo de la decisión acerca de *cuál agua beber y de cuál no*, y de en qué medida *amar al próximo* toda vez que dependerá de la carga de amor que derrame sobre sí mismo. En lo adelante, en los casos en que ayude a simplificar la lectura, sin afectar el contenido de lo escrito, se colocará el número de menciones delante de la sigla correspondiente a cada conjunto o renglón (CV, VM, AF), como se indica en la nota siguiente.

⁵⁵ Dos menciones como *absolutamente verdadero* (2CV), pero ninguna como *verdad a medias* (OVM) nio como refrán *completamente falso* (OCF), lo cual que a ninguna de las personas consultadas —si bien muy pocas lo consideraron axioma o principio indubitable— se le ocurrió pensar lo contrario de la susodicha pemia.

cueros, así la catalogan» y «el que anda con miel, el dulce se le pega»⁵⁶; en todos subyace la sugerencia de una cierta responsabilidad personal en el derrotero que finalmente haya de tomar la vida de cada quien. Pero de este tópico nos ocuparemos más adelante.

2.2 Los dominios de Dios, del destino y de los otros en la configuración del yo

El influjo de los demás en la estructuración del propio ser no es determinante, pero cuenta. En la percepción del dominicano medio cualquier ser humano tiene la potestad de alterar el curso de la vida de su prójimo. Es pues, imperativo ser prudentes y, ante todo, respetuosos del justo derecho de nuestros congéneres a dar a sus existencias respectivas el cariz que estimen apropiado.⁵⁷ Importa la previsión más que el remedio o la solución *a posteriori*, pues, una vez que las cosas pasan, cuando se ha causado un mal, es poco o nada lo que se puede hacer. No ya nuestros iguales, sino, incluso, la divinidad se ve limitada por la implacabilidad de lo acontecido. Dios y los hombres comparten la potestad de evitar el mal, pero no de convertir el daño en bien, por mucho que la superioridad de Aquél esté fuera de discusión.⁵⁸ La divinidad puede ayudarnos y cuidarnos, pero contando con nuestra colaboración⁵⁹; no tiene total

⁵⁶ Tuvo el primero de estos últimos quince menciones como CV, treinta y uno como *verdad a medias* y una como absolutamente falso; el segundo, una en cada renglón; el tercero, 1CV, 2CF CV y dos como CF; el cuarto, 2CV; el quinto, 1CV; el sexto, 1CV; y el séptimo, igual.

⁵⁷ «Agua que no bebas, déjala correr» O «Agua que no has de beber, has de dejarla correr», tiene 11CV, 4VM y 2AF y cuatro menciones entre los jóvenes de menos de dieciséis años.

⁶⁰ «El hombre (pro)pone y Dios dispone» (Rodríguez Demorizi, 1950: 115; Cruz Brache, 1978: 83; Vallejo *et Paredes*, 2002: 140), es un refrán de uso bastante extendido en Gaspar Hernández, pueblo natal de quien esto escribe, si bien en el sondeo-encuesta solo alcanza mención CV; sin embargo, no deja de ser significativo que no tuviese ninguna mención como *verdad a medias* o como proposición absolutamente falsa. «Dios y hombre, mujer y tuza» (Cruz Brache, 1978: 73-74; Vallejo *et Paredes*, 2002: 126) A mediados del siglo pasado Rodríguez Demorizi (1950: 108), recogió la siguiente modalidad: «Dios y hombre, pero a caballo —o comiendo—»; consideraciones aparte de su contenido machista, ambos sugieren una cierta jerarquía de los seres, en la que Dios ocupa la preeminencia, que no tuvo mención en ninguno de los renglones antes mencionados. Rodríguez Demorizi (*op. cit.*: 59) —no así Cruz Brache (1978) ni Vallejo *et Paredes* (2002)— recoge «A quien Dios quiere perder, loco le suele volver», para el que tampoco hubo mención en el levantamiento de apoyo al presente informe, pero que se orienta en el mismo sentido de asignar a la divinidad la *potestad última* respecto a las acciones de los seres humanos.

⁵⁹ Así queda expresado, en «Dios dice cuídate que yo te cuidaré» o «Dios dice ayúdame que yo te ayudaré» (Rodríguez Demorizi, 1950: 107; Cruz Brache, 1978: 72), el primero solo tiene una mención como CV, el segundo con dos; el segundo alcanzó dos como VM, y el primero

potestad sobre las criaturas que, en el principio de los tiempos, formó a partir del tibio barro primigenio.⁶⁰ Luego, no es omnipotente ni perfecto.⁶¹ El Dios que habita en los intersticios de la mentalidad del dominicano medio no es, pues, intercambiable con el Dios de judaicos y cristianos, en lo cual tampoco va nada de censurable.⁶² El nuestro, lo mismo que el de Plutarco⁶³ también de conoce fronteras, padece carencias y limitaciones, si bien constituye el símbolo por excelencia de lo necesario, que puede hacerse manifiesto a través de la asunción de las nociones de *destino*, *circunstancia* o *necesidad*. De este Dios del imaginario colectivo dominicano ocupamos con mayor detenimiento en el capítulo IV. Se verá que entre el concepto de Dios y la imagen con que opera el ciudadano medio de la República Dominicana hay una distancia parecida a la que existe entre el punto de vista de Jenófanes y las representaciones hesiódica y homérica de la divinidad (Varios, 1991: 21-22).

ninguna; el primero no tuvo figura AF, —el segundo tuvo tres, con lo cual, si siguiéramos exclusivamente los resultados del sondeo—encuesta, quedaría anulado el impacto de estas paremias en el modo de conciencia de los dominicanos medios. Comoquiera, otro de pareja carga semántica: «A Dios rogando y con el mazo dando», aparece con 3CV, 4VM, VM y AF.

⁶⁰ «Dios los cría y ellos se juntan» (Rodríguez Demorizi, 1950: 107; Cruz Brache, 1978: 73; Vallejo *et* Paredes, 2002: 126), con sendas menciones como CV y VM, respectivamente, confiere a los seres una cierta libertad de decisión; de manera, que en la visión de lo humano que emerge del refranero criollo, el hombre tampoco es entrevistado como un prisionero cuyos actos se hallan absolutamente determinados por la divinidad. Lo propio puede decirse con la variante «Dios los junta y el Diablo los separa», una mención como AF, pero del que no hay referencia en ninguno de los refraneros conocidos de la República Dominicana que han visto la luz en los últimos sesenta años.

⁶¹ «Después del palo da'o ni Dios lo quita» (Cruz Brache, 1978: 69), que no es recogido por Rodríguez Demorizi (1959) ni por Vallejo *et* Paredes (2002), de uso bastante extendido en el Gaspar Hernández del decenio de los setentas del siglo pasado, no tiene, sin embargo, mención alguna en el levantamiento de los refranes al uso entre los dominicanos de los últimos diez años, de donde se infiere que no todo es posible, *ni* siquiera para Dios. Si «Dios le da barba al que no tiene quijá» (Rodríguez Demorizi, *loc. cit.*; Cruz Brache, 1978: 73; Vallejo *et* Paredes, 2002: 125) es que, por extraño que parezca, aun los dones que la divinidad ofrece a los humanos, no siempre van a parar al mejor de los destinos; suele errar el sentido de lo que es justo o necesario, hasta el punto de que su antítesis por excelencia: Satán, también puede intervenir, que no solo la persona, en la tarea de completar la obra de la divinidad, como en «A quien Dios no le da hijos, el Diablo le da sobrinos» (Cruz Brache, 1978: 52). Abundan en la República Dominicana los relatos populares de presunta posesión demoníaca, apariciones, de alegados pactos, de raptos e incluso embarazos en los que el Diablo ha desempeñado roles de primer orden.

⁶² Sendín Blázquez (2000: XVI): “el pueblo tiene su propio lenguaje y tiene sus sistemas de creer y de rezar y hay que respetarlos mientras no traspasen los límites permitidos”.

⁶³ «Ni Dios puede dar ni el hombre recibir nada más excelente que la verdad» (Fraile, 1990-I: VII).

Hay en la vida de los hombres hechos y acontecimientos respecto a los cuales poco o nada pueden la voluntad y la prudencia. Junto al énfasis en la individualidad que encontramos en la estructura mental del dominicano de nuestro tiempo, hay también una suerte de precipitado que invita a recelar el reconocimiento de un principio rector, una suerte de *necesidad* radical que modela y rige los acontecimientos del mundo y de la existencia.⁶⁴ Incluso en aquellos asuntos en que se reconoce a la voluntad y a la

64

«El que se apura se muere, y el que no, también» (Henríquez Ureña, 1982; Rodríguez Demorizi, 1950: 126; Vallejo *et Paredes*, 2002: 147; carece de mención como CV, VM o AF, lo mismo que el que aparece a continuación), «Lo mal habí'o se lo lleva el río» (Cruz Brache, 1978: 159) y «Lo que a madre hiciere en hijo viere» (Henríquez Ureña, 1982: 1189 recoge la siguiente versión: «Hijo fuiste, padre serás, como hiciste contigo serán»): 10CV, 4VM y 0AF), de uso bastante frecuente por lo menos hasta 1978 en mi pueblo natal, dan testimonio del arraigo de esta creencia en la memoria extensa de los dominicanos (*longue dureé*), como también lo muestran los dichos: «Árbol que crece torcido, nunca su tronco endereza», dos versos de Gaspar Núñez de Arce que entre los dominicanos han devenido refrán (Bosch, 1998: 349), con 38CV, 46VM, 46CF; «Hijo de gato, caza ratón» (Henríquez Ureña, *op. cit.*: 111; Rodríguez Demorizi, *op. cit.*: 157; Cruz Brache, *op. cit.*: 137; Vallejo *et Paredes*, *op. cit.*: 189), «De tal palo, tal astilla», con 23CV, 55VM, 31CF; «Perro que ladra no muerde» tiene 11CV, 25AF, 0VM; «Auyama no pare calabaza» registra los siguientes valores: 10CV, 13VM y 8CF, «No hay mal que dure cien años» con 16CV, «No hay mal que por bien no venga» con 38VC, «El que a hierro mata, a hierro muere» con 8VC, lo mismo que los de la serie “El que nació...”: «El que nació para estropajo, del fregadero no pasa», «El que nació para martillo, del cielo le caen los clavos» o «El que nació para piñonate, de dulce ‘e coco no pasa». *Cfr.* enfoque de la idea de necesidad en Empédocles que aparece en G. Fraile (1990, t. I: 200-201), quien, entre otras cosas habla del «vasto y antiguo juramento de la intolerable necesidad»; o lo que, en “Monólogo del hombre interior”, ha plasmado uno de los tantos poetas, a la altura de lengua con que cuenta la República Dominicana (Mises Burgos, 2006: 122):

Todo afán es inútil;
toda ilusión un crimen.
La misma libertad,
con todo y su prestigio,
no es nada suficiente
para todo este martirio;
porque aquí es donde el hombre
—libre o encadenado—
agoniza sus días;
su condición externa
no lo exonera en nada
de lo que lleva dentro.
Si él es, no es porque quiere;
sino porque obedece
al igual que el guijarro
lo que ordena la honda:
a ese inicial impulso
que lo lanza y más luego
lo abandona a lo incierto
de un oscuro destino.

Ahora bien, otros refranes también permiten recelar la existencia de un cierto punto de inflexión en la conciencia ingenua del dominicano de nuestro tiempo, pues apuntan en dirección del reconocimiento del peso de la voluntad y de la previsión en el derrotero final de la vida de cada quien; tal es la orientación de: «El que aspira, llega», «Lo que mal empieza, mal acaba» o «Lo que bien comienza, bien termina» y «El que guarda, siempre halla (o siempre tiene)», con sendas

inteligencia algún influjo, es posible entrever la co-presencia de un complejo de fuerzas que, a veces, es posible identificar con Dios, pero que, con cierta frecuencia, da la impresión de ser ajena a los fastos de la divinidad. La condición humana, y aún la vida concreta de cada persona, tal como es visualizada en este plano del saber, nos es presentada como el resultado de múltiples determinaciones. Si Dios, si nuestros congéneres, si la necesidad con fisonomía de destino, también el azar —como suerte o como castigo— de una u otra manera se hace presente en nuestras vidas.⁶⁵ Ahora bien, la frecuencia como el número de paremias concernidas nos sugieren la existencia de una diferencia de grado en cuanto al peso específico de las prenociones de la necesidad y del primado de la voluntad en desmedro de la nuda casualidad, como queda meridianamente expresado en nuestros «Nadie sabe y sabe Dios» (Cruz Brache, *op. cit.*: 184) y «El día bueno meterlo en casa, que el malo se mete él solo» (Vallejo *et Paredes*, *op. cit.*: 138), con una mención como CV, o aquel «De la suerte y de la muerte nadie está escapo», todos de socorrido uso en el lugar donde nació y creció el autor de estas líneas.

El sentido de la unidad personal – nos invita a «discernir qué nos escinde de cuanto nos rodea, que nos separa de lo que somos (...) que conforma al individuo, *individuus*, ‘indivisible’» (Andrés, 2010: II), reservorio indiscutible de la voluntad y cifra de la propia identidad, es uno de los componentes por excelencia de la mentalidad del

menciones como CV; «El que da lo que tiene, a pedir se queda» con 3VC, «El que persevera, triunfa» con 22CV, «El que siembra viento, cosecha tempestad» con cinco, «El que se lleva de consejo, muere de viejo» con trece, «Hoy por ti, mañana por mí» con ocho, así como «Si del cielo te caen limones, aprende a hacer limonadas» con ocho menciones, lo mismo que «El que a hierro mata, a hierro muere».

⁶⁵ «No todos los días está Santa María detrás de la puerta» escuché repetir a mi padre durante toda mi vida junto a él, un decir que sólo escuché de su boca, lo mismo que aquel «A tó' tiempo llega el hombre» y que sólo escuché de labios de mi abuelo Toribio, lo cual no ocurre con los que cito a continuación, de la misma parentela semántica: «No escupas para arriba, porque puede caerle en la cara» que figura 1CV y otra como AF, «Nunca digas (o Nadie diga) de esta agua no beberé» (Rodríguez Demorizi, *ibid.*: 192) con tres calificativos de CV, dos de VM y ninguno como AF, «Nunca es tarde si la dicha es buena» (Cruz Brache, 1978: 201), con 8CV, 6VM y 0AF, «El día más claro llueve» (*Ibid.*: 81), con 2CV, 1VM, 1CF, otra entre los jóvenes; «Nadie sabe cómo es mejor» 1VM e igual entre los jóvenes. Otros de la misma estirpe, pero que no aparecen recogidos en el cuestionario-encuesta, pero que sí por quienes me antecedieron en el correspondiente esfuerzo de recolección de estos componentes de la sabiduría popular dominicana, como los siguientes: «Nadie sabe para quien trabaja» (Rodríguez Demorizi, *op. cit.*: 194; Cruz Brache, *ibid.*: 184), «Nunca falta un pelo entre un sancocho» (Cruz Brache, *ibid.*: 201), «Nadie diga mal de la luz del día, hasta que la luz se acabe» (Rodríguez Demorizi, *ibid.*: 193), «Nadie es adivino» (*loc. cit.*), «Nadie está escapo de dar un resbalón y caer» (*idem.*)

dominicano medio. Aun muchos refranes en apariencia incluyentes, como los mencionados a principio de este capítulo, comportan un sustrato de cariz egolátrico. Lo imperioso de respetar las opiniones ajenas, por ejemplo, entraña el reconocimiento de los demás, así como su derecho a ser aceptados como *son*. Pero, por lo mismo, sugiere una cierta idea de límite existente entre el yo y los otros. El respeto, de este modo entendido, bien podría lindar con la cerrazón respecto a las propias ideas y actitudes; no necesariamente desemboca en la intolerancia, pero sí en una cierta indiferencia activa respecto al destino o a la suerte del prójimo. De continuo, dependiendo del contexto en que se traiga a cuento la expresión, puede incluso llegar a significar, más o menos a lo siguiente: «allá tú con tus ideas, que yo seguiré mi camino con las mías». Una idea-actitud semejante conecta sin remisiones con el individualismo, veta conductual que De Miguel (2000: 95-124) también encuentra entre los españoles. Este modo de conciencia se distancia, obviamente, de aquél que, de alguna manera, sugiere Sócrates, en el mito de la caverna, en el que, diríase, que da por supuesto que todo aquél que ha estado en las Islas Bienaventuradas, o se presume portador de un pensamiento mejor que el de sus conciudadanos, debe retornar a ellos, aún a riesgo de su vida o su confort, y empeñar su voluntad en la tarea de ayudarlos a trocar el error por la verdad.⁶⁶

Como ha quedado entrevisto, entrar en posesión del yo no colide necesariamente con el sentido de lo social, si se lo asume del modo que lo planteó aquel griego luminoso: antes al contrario, lo uno y lo otro, de esta manera entendidos, se implican y presuponen recíprocamente. La conciencia de ser de cada quien, en referencia o por contraste a los demás, fortalece efectivamente la convivencia social. Una sociedad es mucho más que un agregado informe de individualidades. Sólo quienes son conscientes de sí mismos pueden dar cuenta de su capacidad, de sus posibilidades de inserción en el espacio y en el tiempo. Si no se tienen claros el ser y el horizonte necesario, ante la inminencia de una situación límite, faltarán los criterios para decidir qué tenemos, por fuerza, que preservar y qué podemos arrojar al foso de la indiferencia sin desmedro de lo que nos es, de puro imprescindible, necesario. *Saberse* a ciencia cierta induce a la salvaguarda del yo; pero, en la medida en que esto último es asumido, la silueta del prójimo aparece como peligro o como problema, o, al menos, algo desdibujada. Quiérase que no, pareja situación coloca a la persona en el sendero del reconocimiento en sus

⁶⁶ Platón (1998: 517a); véase, también, 494 d,e.

semejantes de los derechos que para sí reclama; sobre todo, en las culturas en las que el cristianismo es uno de sus costados estructurales.

En efecto, en el imaginario del dominicano medio, el *otro* aparece dotado en buena medida de los mismos derechos y posibilidades que quien, en un momento dado, hace de sujeto de la conversación. Con derecho de formarse el juicio que mejor le plante y a llevar su vida de la manera que entienda más apropiada. Por cuanto, cada uno está en el deber de evitar entorpecer el libre curso de la ajena existencia. Procure cada quien centrarse en lo suyo, y, más que de obstáculo, haga de puente para que los demás sean lo que puedan o lo que tienen que ser. Ayude en lo que esté a su alcance, incluso sin parar mientes en parentescos ni condición de los beneficiarios.⁶⁷ ¿Cómo interpretar este modo de conciencia sino como indicio del reconocimiento del *no-yo*, de la alteridad, a partir del sí mismo? Así enfocada la relación entre el yo y los otros, el reconocimiento del propio yo constituye un sillar necesario para la vida en sociedad; el individuo deviene entidad insuficiente, menesterosa del apoyo o de la ayuda de los demás. No sólo no hay por qué dañar al prójimo, sino que, sea que encontremos o no reciprocidad en él, razón es que, sin titubeos, le tendamos la mano.

Puesto que la dificultad puede tocar alguna vez nuestra puerta, más vale poder contar con la generosidad de, por lo menos, una mano amiga. Entre muchos es más factible afrontar con gallardía los retos del día a día y las penas de la vida. Más es mejor.⁶⁸ El *otro* también está expuesto a los golpes de la vida, lo comprenda o no. Frente a esa posibilidad, la conciencia ingenua muda un paso al frente, como lo muestran las paremias: «Guarda pan pa' mayo, y harina pa' abrí», que a tó el pijotero le gu'ta pedí» (3AV, 0VM, 1AF), «A

⁶⁷ En el sondeo – encuesta, refranes tales como «cada cabeza es un mundo», «vive tu vida y no la ajena», «agua que no has de beber, déjala correr» y «el sol sale para todos», fueron dados como completamente verdaderos (CV) 36, 4, 6, 11 y 5 veces, respectivamente; 7, 0, 1, 4, 2 como VM, y 4, 0, 0, 2, 0 ocasiones como absolutamente falsos (AF).

⁶⁸ Según Lakoff y Johnson, autores de lengua inglesa, la metáfora *más es mejor* es uno de esos "valores profundamente arraigados en nuestra cultura" (1998: 59). Occidente participa, en efecto, de un núcleo de estructuras perceptuales básicas, presentes en la mentalidad del dominicano medio, que le dan coherencia y le confieren identidad, si bien existen marcadas diferencias entre muchas de sus regiones y sub-regiones, por ejemplo entre la forma mediterránea de ver el mundo y la cosmovisión de la Europa del norte. Corre de boca entre nosotros, en tiempos de elecciones, por ejemplo, la expresión “yo no voy a perder mi voto”, o “yo no voy a botar mi voto”, en referencia a la imperiosa inclinación de nuestro pueblo llano a “votar por el que tiene más”, o “por el que va a ganar”; no por acaso la apelación a la masa o a la mayoría (*argumentum ad populum*) es uno de los tópicos usuales en la mercadotecnia y los discursos políticos al uso en la República Dominicana de nuestro tiempo.

to' el puerco gordo le llega su San Martín» (0AV, 0VM, 1AF), «Hoy por ti, mañana por mí» (0AV, 5VM, 2AF). Incita a la práctica del bien, a la siembra solidaria, pues que «una mano lava la otra, y las dos lavan la cara».⁶⁹ En tal medida pesa en la estructura del comportamiento social de los dominicanos este modo de conciencia que tienden a identificarse, social e históricamente, más con las víctimas que con los triunfadores y preferidos de la fortuna, veta conductual que, de continuo, aprovechan políticos, publicistas e ideólogos para posicionar mercancías y candidatos, y lograr aquiescencia para particulares fines, incluso en contra de los legítimos derechos sociales que como nación le corresponden.⁷⁰ La resistencia al abuso bien puede ser considerada una de las

⁶⁹ "Haz bien y no mires a quien" y "Date brillo cadenita que tu mojo llega" alcanzaron, en el sondeo referido, 36 y 1 menciones, respectivamente, como refranes *absolutamente verdaderos* (CV), aunque también fueron incluidos entre los *absolutamente falsos* (AF), 4 y 2 veces, en el mismo orden. "El que mucho abarca poco aprieta" alcanzó 21 inclusiones en el primer bloque y 2 en el segundo; "Cuatro ojos ven más que dos", 1 en el primero, y ninguna en el segundo bloque; "No hagas a otros lo que no te gustaría que te hagan a ti" (8CV, 1AF), "La unión hace la fuerza" (7CV, 0 AF), y "Nadie vaya a casa 'e nadie, que nadie sabe como está nadie" (0CV, 1AF). En el mismo sentido se orientan los siguientes: "Nadie escarmienta en cabeza ajena", "Nadie es justo juez para sí mismo" y "No se puede ser juez y parte al mismo tiempo". Respecto a "Una mano lava la otra y las dos lavan la cara", Margarita Vallejo y Alexandra Paredes, a guisa de interpretación, sostienen que "Con este refrán se recuerda que nadie puede vivir solo, pues el apoyo moral o material es siempre necesario. También advierte, según ellas, acerca de la importancia de la reciprocidad" (2002: 360).

⁷⁰ Las masas, en la percepción de Adolfo Hitler, se arredran con mayor facilidad ante el que se les impone que frente a quien mendiga a sus puertas una limosna de apoyo, dada su índole femenina (1963: 76). En su criterio, "Quien se proponga ganar a las masas, debe conocer la llave que abra la puerta de su corazón. Esa llave no se llama objetividad, esto es, debilidad, sino voluntad y fuerza (...). Lo que la masa quiere es el triunfo del más fuerte y la destrucción del débil o su incondicional sometimiento" (*Id.*: 128-129). Sin embargo, en el caso de los dominicanos, a excepción de la idea-actitud de "No votar el voto", para significar la convicción de votar sólo un candidato con posibilidades de resultar ganador, la tendencia es exactamente la opuesta. Sea que en el hondón del alma graveite con fuerza la imagen del crucificado o el estado de profunda soledad e indefensión de los vecinos de la antigua colonia española de los siglos XVI, XVII y XVIII, lo cierto es que siempre es posible contar con una cierta reserva de conmiseración hacia el débil y hacia el vencido en la estructura mental del dominicano medio. Amplios segmentos de nuestra población, de todos los estratos, por ejemplo, se identifican con la débil Cuba, acosada, desde hace poco más de cuarenta años, por el gran Calibán del Norte. Joaquín Balaguer, por lo general se presentó como una víctima del poder y sus designios, o como un hombre frágil y bueno en medio de un maremagnum de pasiones y de incontrolables, corruptos e incompetentes. A Peña Gómez siempre se lo presentó al mercado electoral como el pobre (un eslogan de campaña de 1996 rezaba: "Si los pobres somos más, Peña Gómez ganará"), como el niño abandonado a causa de la persecución desatada por un régimen todopoderoso contra sus connacionales haitianos de otros tiempos, que, por su propio esfuerzo, sale a camino. Todo ello con gran provecho, en términos de votos y cala en el alma nacional, tanto para el uno como para el otro. Bosch nunca se humilló ni mendigó votos, e igual que, Sócrates quien, en la hora aciaga de su enjuiciamiento, jamás se empeñó en mover a la misericordia al auditorio en su favor. A Bosch, con sobrados méritos personales, se le hizo mucho más difícil, obtener de las mayorías aquiescencia durante los últimos veinte años de su actividad política (1974-1994), que a sus contendores antes mencionados. En la actualidad, por otro lado, es un lugar común el empeño de, comentaristas, ideólogos, locutores e historiadores interesados, por sembrar de culpabilidad el orbe mental de los dominicanos por la matanza del 1937 o por llamar a los haitianos que aquí residen de manera ilegal: "Maldito", "Negro", "Brujo", "Hediondo", como hace unos años "descubrió" la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), con

constantes psicológicas de los dominicanos, venga de donde venga, sea favorable o no. En algo puede haber influido para que así fuese, el hecho de que su espacio vital haya sido objeto de toda suerte de disputas e intentos de apropiación por las potencias económicas y militares de los últimos cuatro o cinco siglos, lo que ha convertido al territorio de la República en objeto de chantajes, invasiones, injerencias y ocupaciones por franceses, haitianos, españoles y estadounidenses (1808, 1822-1844, 1863-1865, 1916-1924, 1965), básicamente a causa de la posición geo-política privilegiada que posee.⁷¹

Empero, como no todo el mundo es igual, no hay que esperar de todos idéntica respuesta; amén de condicionantes e influjos trascendentales⁷², de carácter inter-personal⁷³

sede en Santo Domingo (El Expreso, lunes 8 de abril del 2002, p.7), alrededor de una semana después de que se reportara en el país que los consulados dominicanos en Haití habían otorgado veintiocho mil (28,000) visas en tres (3) meses (Ultima Hora, martes 2 de abril del 2002, p. 8). Sin embargo, ninguna nación de la tierra ha acompañado al pueblo y gobierno haitianos del modo que lo han hecho los dominicanos, en tiempos de calma y en tiempo de dificultad.

⁷¹ Vázquez (2001: 79, 115, 127, 128, 159): "Toda memoria denominada individual es social y, por ello, no se puede aludir a ella como privativa de los individuos (...). Si se prescinde de qué ocurre en la mente de las personas y nos centramos en qué hacemos las personas cuando recordamos, nos vemos comprometidos(as) a aceptar que la memoria es intersubjetiva y a admitir que las explicaciones que construyen las personas sobre el pasado son producciones contextuales, versiones pragmática y retóricamente variables construidas en circunstancias comunicativas concretas (...). A través de nuestras prácticas y nuestras relaciones mantenemos (seamos consciente de ello, o no; lo hagamos explícito, o no) vínculos con el pasado. En efecto, los fenómenos y procesos sociales tal y como los conocemos en la actualidad son deudores de las prácticas y relaciones sociales que los fueron constituyendo. Sin embargo, no es sólo que la sociedad funcione en base a esas prácticas, sino que lo que somos como individuos depende también de dichas prácticas. Nosotros y nosotras mismos/as, también y por la misma razón, somos, en algún sentido, memoria de las prácticas y relaciones que han llegado a engendrar lo que somos. Dicho con otras palabras, los procesos de memoria contribuyen no sólo a conceder coherencia y dotar de un sentido de continuidad a nuestra vida, sino que, a través de ellos, nos construimos como individuos: todas y todos nos reconocemos en el pasado, en el presente y somos capaces de proyectarnos en el futuro y, a pesar de ello, conservar la certeza de que seguimos siendo los/as mismos/as y ser como somos. El carácter social de la memoria está relacionado con aquello que debe recordarse y con aquello que debe olvidarse, incidiendo sobre la identidad de la persona y su propia constitución (...). Aquí radica otro de los argumentos que avala el carácter social de la memoria (...). Toda sociedad se despliega en la referencia explícita e implícita al pasado, a lo que ya no es o ha sido, pero del mismo modo se abre a la certidumbre de lo incierto. Relacionarse con el tiempo, relacionarse con el pasado y con el futuro remite a un determinado tipo de existencia histórica". Santiago Ramírez también anuda a su modo las conductas colectiva e individual: "A lo largo del tiempo y de las generaciones un sujeto con adecuada identidad va a tener una línea de continuidad consistente e ininterrumpida" (1999: 144-145), antes de dar paso a un pensamiento luminoso de Miguel de Unamuno: "Ni a un hombre ni a un pueblo, que es en cierto sentido un hombre también, se le puede exigir un cambio que rompa la unidad y la continuidad de sus personas". Cfr. De Miguel (2000: 28): "Los refranes son una fuente de conocimiento de la realidad social. Su perdurabilidad a través de los siglos los hace aptos para comprender la naturaleza humana, o, de modo más humilde, los elementos del carácter social de un pueblo".

⁷² «El hombre propone y Dios dispone» (1CV, 0VM, 0AF), «Donde Dios no puso no puede haber» (0CV, 0VM, 1AF), «Dios le da barba al que no tiene quijá» (6CV, 7VM, 3AF), «Dios tarda pero no olvida» (4CV, 2VM, 0AF), «Dios te dio vida pero el Diablo te dio sabiduría» (0CV, 1VM, 0AF).

o espacio-temporales⁷⁴, el yo también tiene su carga de irreductibilidad. Ahora bien, junto a estos esquemas de aprehensión de la propia condición y de la situación del hombre en el cosmos, conviven en la mentalidad del dominicano medio no pocos puntos de inflexión que, como por grados, colocan el mayor énfasis en la persona. Así, por ejemplo, si «Al que madruga, Dios lo ayuda» (31CV, 36VM, 17CF), ¿qué pasa con aquel que no se levanta al despuntar el alba? Bien puede columbrarse que no contará con la asistencia de la divinidad. De manera, pues, que la acción humana deviene un factor desencadenante de la intervención celestial en los negocios del mundo. *Mutatis mutandi*, lo propio cabe pensar respecto al socorrido «Dios dice ayúdame que yo te ayudaré», cuya frecuencia de uso es mucho mayor que la que refleja el levantamiento de apoyo a la presente meditación (2CV, 2VM, 3AF), y a «Dios aprieta, pero no ahorca» (1CV, 1VM, 0CF). La vida del hombre no es determinada completamente por los desplazamientos de la voluntad de Dios. Cada quien construye con los hilos menudos de sus quehaceres y de sus decisiones el perfil posible de su situación en el mundo. Es como si en el hondón de la conciencia ingenua del dominicano medio resonaran, como bordón en perpetuo movimiento, aquellos apotegmas orteguianos de principios de los años cuarenta del pasado siglo: «La vida nos es dada, puesto que no nos la damos a nosotros mismos, sino que nos encontramos en ella de pronto y sin saber cómo. Pero la vida que nos es dada no nos es dada hecha, sino que necesitamos hacérsela nosotros, cada cual la suya» (1976: 11).

Lo que vale, en tal sentido, incluso para las deidades, con más veras ha de aplicarse a nuestros semejantes, de quienes queda sugerido que no hay que fiarse, pues lo que es válido para el sí-mismo, también es aplicable a los demás: «De cualquier yagua vieja sale tremendo alacrán» (54CV, 14VM, 4CF). Luego, es, pues, imperioso que cada quien se mantenga en estado de permanente alerta frente a los desmanes e

⁷³ «Dime con quien andas y te diré quien eres» (64CV, 74VM, 2VM), «El que a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija» (48CV, 0VM, 0AF), «El que anda con cojo, al año cojea» (16CV, 32VM, 3AF). Otras variantes de esta paremia, recogidas durante la investigación de campo de este estudio son: «El (al) que anda en la miel, el dulce se le pega», «El que anda con ladrón termina robando», «El que anda con perro a ladrar aprende», y en alguna medida «El (la) que anda con cuero' así la catalogan» y «El (al) que anda con ladrón que lo confunda».

⁷⁴ «Más sabe el diablo por viejo que por diablo», o «El Diablo sabe más por viejo que por Diablo» (31CV, 8VM, 7AF), «Tanto cae la gota sobre la piedra hasta que le hace un hoyo» (0CV, 1VM, 0AF), «Tanto va el cántaro a la fuente hasta que se rompe» (0CV, 1VM, 2AF), «Yo soy yo y mi circunstancia» (1CV, 0VM, 0AF) (Cfr. Ortega y Gasset, 1984a: 77).

inconsistencias de sus congéneres, que de ahí la advertencia: «Camarón que se duerme se lo lleva la corriente» (93CV, 29VM, 3CF). Hacerse cargo, de la propia vida y de los propios asuntos; he ahí la divisa.⁷⁵ No hay que detenerse en las propias deficiencias, sino, antes bien, prepararse para sortearlas con gallardía.⁷⁶ La buena disposición de ánimo y la conciencia de que la acción del hombre también cuenta, son factores cardinales en la configuración de la vida futura de cada quien.⁷⁷ Uno es el que sabe; no hay que confiarse demasiado de lo que al primer golpe de vista se nos presenta como bueno o favorable⁷⁸; es de razón estar precavido, que hay que tenerse cuenta, pues las personas que son «como la gatica de María Ramos, que tira la piedra y esconde la mano» (1CV, 0VM, 0AF)⁷⁹ hacen legión. La imprevisión y la negligencia rara vez

⁷⁵ «El que manda, nunca va» o «El que manda, no va», cuyo sentido queda elocuentemente expresado en la siguiente cuarteta de José Agustín Puig Rodríguez: «Jate tu mimo tu cosa / según tu necesidá / y siempre tará contento / poique ei que manda no ba» (Rodríguez Demorizi, 1950: 122. Este refrán también es recogido por Cruz Brache, 1978: 87, pero no por Vallejo *et Paredes*, 2002), «El que quiera comer peca'o, tiene que mojarse el culo» o «El que quiere peje de la mar, que se moje el culo» (Rodríguez Demorizi, *idem.*: 125; no aparece en Cruz Brache ni en Vallejo *et Paredes*), «El que quiere moño bonito tiene que aguantar jalones» (1CV, 0VM, 0AF); «El ojo del amo engorda el caballo (o el ganado)» (6CV, 0VM, 2AF).

⁷⁶ «El que tenga las lágrimas hondas, que comience a llorar temprano» (3CV, 1VM, 0AF) (otras variantes de este dicho, recogidas a propósito del presente informe de investigación, son: «El que tenga sus lágrimas lejos, que comience a llorar temprano», y en menor medida: «El que tiene pocas lágrimas comienza a llorar temprano» y «El que tiene las lágrimas lejos comienza a llorar temprano».

⁷⁷ «Querer es poder» (11CV, 2VM, 2AF), «El que siembra vientos, cosecha tempestad» (5CV, 2VM, 0CM).

⁷⁸ «El que ensilla su caballo, sabe para donde va» (4CV, 0VM, 0AF), «Las apariencias engañan» (10CV, 2VM, 1AF), «No todo lo que brilla es oro».

⁷⁹ Rodríguez Demorizi (*id.*: 166); –, pero el mejor testimonio de este refrán en la actualidad es la presencia del personaje Mario Ramos en los que falsificaron *la firma de Dios*, de Viriato Sención, una novela que hizo época en el decenio de los noventa en buena medida por las alusiones que contiene dicho personaje al Dr. Joaquín Balaguer, Presidente de la República en el momento en que se publica la obra.

desembocarán en resultados positivos.⁸⁰ A cada quien cumple el deber de hacerse cargo de su vida, sin poner demasiada fe en sus coetáneos⁸¹, y ni siquiera en el mismo Dios, que puede errar, llegar tarde, ser injusto e incluso operar de manera meramente reactiva.⁸²

Cada quien, y sólo cada quien, comprende y sabe de qué es capaz, y qué es lo que tiene que hacer en su vida para no perder el rumbo.⁸³ Siempre quedará una suerte de reserva inaccesible en cada cual, más allá de posibles influjos y determinismos. Se presume, por igual una algo incognoscible e irreductible en la individualidad.⁸⁴ Los

⁸⁰ «Cría cuervos, y te sacarán los ojos» (6CV, 12VM, 12AF; Rodríguez Demorizi, *op. cit.*: 86, Cruz Brache, *idem.*: 46, Vallejo *et* Paredes, *id.*: 101), «El que da lo que tiene, a pedir (viene o) se queda» (3CV, 1VM, 0AF) «El que se viste con lo ajeno, en la calle lo desnuda» (0CV, 3VM, 1AF), «Yo no soy onza de oro» (Rodríguez Demorizi, 1950: 266), «Yo no soy cadénita de oro, para caerle bien a todo el mundo» o «Yo no soy peso fuerte, para gustarle a todo el mundo» (Vallejo *et* Paredes, 2002: 380), «Más vale precaver que tener que lamentar» (12CV, 3VM, 0AF), «Hombre precaví'o vale por dos» (Rodríguez Demorizi, *op. cit.*: 159, Cruz Brache, *ibid.*: 138, Vallejo *et* Paredes, *id.*: 190), «Más vale un 'por si acaso' que un 'yo pensé'» (Rodríguez Demorizi, *op. cit.*: 186), «No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy» (19CV, 9VM, 0AF), «Guerra avisá' no mata soldado, y si lo mata es por descuidado» (9CV, 5VM, 2AF).

⁸¹ Quien vive «en un país donde al saber lo llaman chepa» (Rodríguez Demorizi, *op. cit.*: 99), no puede menos que asir con denuedo las riendas de su vida, y cuidar bien sus movimientos y hasta sus gestos: poner «Al mal tiempo, buena cara» (13CV, 6VM, 10AF), aplicar «A grandes males, grandes remedios» (1CV, 0VM, 0AF); y manejar sus impulsos de la mejor manera: «Con paciencia y calma se subió un burro a una palma» (4CV, 1VM, 0AF), que si es cierto que «No van lejos los de a'lante, si los de atrás corren bien» (9CV, 3VM, 0AF), que «Más vale tarde que nunca» (11CV, 4VM, 0AF) y que «Nunca es tarde si la dicha es buena» (8CV, 6VM, 0AF), lo correcto es evitar a toda costa la posposición sin tino de nuestros quehaceres: «No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy» (27CV, 9VM, 0AF), pues «El tiempo es oro» (4CV, 0VM, 0AF), y «Después que las cosas pasan, no hay nada qué hacer» (*Cfr.* Vallejo *et* Paredes, 2002: 121): «Plátano maduro no vuelve a verde» (10CV, 2VM, 3AF).

⁸² «Al que madruga, Dios lo ayuda» (31CV, 29VM, 11AF), «A Dios rogando, y con el mazo dando» (3CV, 4VM, 0AF), «Dios dice 'ayúdame, que yo te ayudaré'» (2CV, 2VM, 0AF); «Después del palo da'o, ni Dios lo quita» (Cruz Brache, 1978: 69), «Dios le da barba al que no tiene quijá'» (10CV, 8VM, 3AF).

⁸³ «Para un buen entendedor, pocas palabras bastan» (Vallejo *et* Paredes, 2002: 287); otras variantes de este adagio son: «A buen entendedor, pocas palabras» (3CV, 2VM, 0AF) y «Para un buen oyente hacen falta pocas palabras» (1CV, 0VM, 0AF); «A mí, para decirme 'perro', sólo hay que enseñarme el tramojo», de frecuente uso en mi villa natal pero que ninguno de los refraneros dominicanos publicados hasta el presente recoge, «Yo conozco al cojo sentado y al ciego durmiendo», común en Santo Domingo, si bien la primera parte cuenta con los dos registros que se citan a continuación: «Conocer el cojo sentado» (Rodríguez Demorizi, 1950: 83), «Yo conozco al cojo echa'o» (Vallejo *et* Paredes, 2002: 379); «Del agua mansa, líbreme Dios; que de la brava, me libro yo» (Rodríguez Demorizi, *op. cit.*: 101, Vallejo *et* Paredes, 2002: 116).

⁸⁴ «De cualquier yagua vieja sale tremendo alacrán» (54CV, 0VM, 4AF); «Cualquier bejuquito enreda (o amarra)» (3CV, 3VM, 1AF), «Cualquier sastre de campo al del pueblo le hace un flú» (1CV, 0VM, 0AF), «Cada cabeza es un mundo» (4CV, 0VM, 0AF), «Cada cual sabe dónde le aprieta el zapato» (1CV, 0VM, 0AF), «Nadie vaya a casa'e nadie, que nadie sabe cómo está

fuertes tonos de esta acentuada defensa del yo que encontramos en la mentalidad del dominicano bien puede ser uno de los factores que han dificultado históricamente la estructuración de un proyecto de vida en común de amplias miras; el caudillismo y su variante Light contemporánea: el caciquismo, también tienen mucho que ver con este marcado rasgo de nuestra identidad. Una buena razón para emprender, en su momento, un ejercicio de crítica de la racionalidad individualista, al menos en la forma que adquiere en la conciencia ingenua, y aun en las manifestaciones más elaboradas y sistemáticas de que, con frecuencia, se hacen eco algunos pensadores contemporáneos. El modelo de ser humano que emerge de este costado del sistema de creencias de los dominicanos se caracteriza por la voluntad de hacer su vida sin necesitar de nadie.⁸⁵ Lo que esto tiene de malo, a mi ver, es que sin sensación de insuficiencia no hay vocación para la integración social.

Conciencia de sí e individualismo son apuestas bien distintas. En la autoconciencia bien entendida está la clave de la eticidad. El honor y la dignidad pasan por la entrada en posesión del yo. El individualismo aparece en el momento en que la conciencia del propio ser deviene en reificación de la unidad personal básica. La conciencia de sí no es, per se, excluyente. Antes bien, es punto de partida indispensable para la entrada en diálogo con los demás, sin peligro de absorción de unos y otros: «El respeto al derecho ajeno es la paz» (5CV, 0VM, 0AF). Una frase de Benito Juárez que entre nosotros ha devenido refrán pero que generalmente es utilizada, no como el

nadie» (0CV, 0VM, 1 AF), Cruz Brache (*op. cit.*: 184); Rodríguez Demorizi (*op. cit.*: 194) recoge la siguiente versión: «Nadie vaya donde nadie, que nadie sabe cómo está nadie», «El corazón del ñame (o de la auyama) sólo lo conoce el cuchillo» (10CV, 0VM, 2AF) «Del dicho al hecho hay un gran trecho» (2CV, 1 VM, 0AF).

⁸⁵ «El buey solo bien se lame» (Rodríguez Demorizi, (*op. cit.*: 112; Vallejo *et Paredes* (2002: 136) recogen la versión «El buey suelto, bien se lame»), «Más pa' lante vive gente» (1CV, 0VM, 0AF), «Yo como en mi casa, y bebo en el río» (Rodríguez Demorizi (*ibid.*: 265) completa la interpretación de esta paremia con la siguiente copla de José Agustín Puig: “No le agradezco n'a nadie / to' lo que yo tengo e' mío: / yo como siempre en mi casa / y bebo l'agua del río”; Vallejo *et Paredes*, *ibid.*: 379) y Cruz Brache, *ibid.*: 304) también la registran, «Yo me entiendo, y bailo solo» (Vallejo *et Paredes*, 2002: 379), «Yo solo, me basto» (Rodríguez Demorizi, *ibid.*: 266, Vallejo *et Paredes*, 2002: 380), «Yo soy así!» (Rodríguez Demorizi, e Vallejo *et Paredes*, *loc. cit.*); un intento de explicación y un cuarteto a guisa de ilustración, ponen en contacto el sentido de «Yo soy como el otro diga»: “Así se expresa, generalmente, quien quiere aparentar que es conciliador” (Vallejo *et Paredes*, *loc. cit.*); «Ni m' epanto, ni me atoro, / ni me asuto con vejiga; / cuando me veo atora'o / yo soy como el otro quiera» (Rodríguez Demorizi, *ibid.*: 266).

remedio que es de la primera formulación del imperativo categórico kantiano, sino para subrayar los límites de los otros con respecto al propio yo.

2.3 De la conciencia de ser a la entronización del individuo y de los intereses de fracción

Conforme a lo entrevisto llegados a este punto, cuatro son los momentos que en la conciencia ingenua dominicana adopta la relación entre el yo y los otros: la conciencia del sí mismo, el reconocimiento de los demás, el otro como problema y el prójimo en clave de indiferencia. Los primeros dos, de alguna manera ya han sido abordados en el apartado anterior. Con todo, a renglón seguido, centramos de nuevo la atención sobre el segundo momento, dada la estrecha relación que guarda con los tres restantes. La expresión «ma' pa' lante vive gente», «y son mejores», o «y son buenos vecinos» (1AV, 0VM, 0CF; Vallejo *et* Paredes (*op. cit.*: 233), ausente en Rodríguez Demorizi (1950) y Cruz Brache (1978), entraña no sólo la conciencia de sí —la de quien de ella se vale— sino, también, de los *otros*, a quienes divide en *buenos* y *malos* vecinos, en buena y mala gente. En el mismo sentido se manifiesta el imaginario popular dominicano en los siguientes decires: «donde quiera se cuecen habas» (de uso común en el Gaspar Hernández de finales de los setenta del siglo pasado), «de todo hay (o ha de haber) en la viña del Señor» (Rodríguez Demorizi, *op. cit.*: 105, Vallejo *et* Paredes, *ibid.*: 122), y en el mito siguiente: «cuando Jesús se iba (para el cielo), quiso echarle una última mirada a la humanidad. Vio que todos estaban tristes, y se dijo: 'No ha llegado el momento'. Volvió y miró, y vio que todos estaban alegres, y se dijo: 'Aún no puedo partir'. Volvió de nuevo la mirada, y advirtió que unos bailaban, otros reían, otros lloraban, y entonces se marchó, porque en el mundo, para ser mundo, tiene que haber de todo» (*Cfr.* Cruz Brache, 1978: 207).

Otros refranes de igual orientación son: «El que manda, (no, o) nunca va» (0CV, 1VM, 0AF; Rodríguez Demorizi, *ibid.*: 122), «El que se queda es el que hace el viaje»,

«El que manda, descansa los pies, pero no el alma», «Caridad bien entendida empieza por casa», «Marineros somos, y en el mar andamos» y «Yo pego la boca a un palo, antes que dar la boca» (humillarme). El prójimo es visualizado positiva y negativamente, a partes iguales. Sólo en los últimos TRES se deja traslucir cierta reserva respecto a los servicios que en clave de amistad o solidaridad solicitar pudiéramos, y viceversa⁸⁶; y a las incomodidades que la presencia de los demás puede producir en un sujeto. El penúltimo trasvasa la conciencia de sí mismo y de los otros para internarse en el orgullo. La tendencia a responder determinadas preguntas con un maquinal «ah no, yo no sé, no», «no lo sé», «ah, pero yo no me doy cuenta», o «si usted supiera que yo no me doy cuenta», también responde de algún modo al influjo que en su mundo interior ejerce este género de ideas-fuerza en que se coloca en primer término al propio yo, hasta el punto de desentenderse de los demás.

La expresión «ah no, yo no sé, no» suele aparecer cuando un interlocutor pregunta si el otro sabe o tiene noticia de algo específico. La repetición persistente del adverbio negativo denota su carácter enfático, pero sugiere, ante todo, que el contenido de la interrogante le ha movido al recelo o le ha puesto en apuros. Tomada de manera aislada, esta expresión puede mover al analista a diagnosticar una suerte de paranoia constitutiva del dominicano medio.⁸⁷ Cuán viva se halla la correspondiente actitud y cuánto influjo potencial anida lo pone de manifiesto el uso de esta expresión por un ex presidente de la República.⁸⁸ Este hecho, aparentemente casual, recogido por la prensa el 14 de noviembre del 2002, puede ser interpretado de tres maneras. Pone de manifiesto, lo primero, uno de los aspectos del patrón explicativo esbozado más arriba: la astucia natural de quien por estas fechas detentaba el Poder Ejecutivo. En este caso vemos el estereotipo en operación: es una de esas expresiones en que uso y actitud son inseparables. En tercer lugar, no es un ciudadano cualquiera el que ha hecho uso de ésta expresión sino alguien que «tiene el poder del megáfono»⁸⁹. En efecto, quien ocupa semejante sitio tiene la posibilidad, para

⁸⁶ Cfr. «Más cerca están mis dientes que mis parientes» (Vallejo *et* Paredes, 2002: 232).

⁸⁷ Cfr. Zaglul (1975: 27-30, 107-108).

⁸⁸ Matos Moquete (2003: 196).

⁸⁹ Cfr. Zapete (2002: 159): "Al parecer, Mejía no se ha detenido a pensar que un presidente tiene el 'Poder del megáfono', que sus comentarios, buenos o malos, están cubiertos plena y permanentemente por los medios de comunicación de masas, generan el interés de la colectividad y trazan modelos de comportamiento".

bien o para mal, de que sus gestos, expresiones, actitudes y modo de conciencia prendan con mayor facilidad y permanencia entre los ciudadanos. Grande es su responsabilidad moral, por el peso activo que ejerce sobre el organismo general de la nación, sobre todo en razón de la prevalencia que hoy ejercen, sobre los ciudadanos, los medios de reproducción de los discursos públicos.⁹⁰

Si la perspicacia condujera siempre hacia la reflexión sería de desear. La cuestión es que casi siempre desemboca en el recelo y en el resentimiento. Lo ideal sería educarla, reconducirla. Un poco de astucia, combinado con una cierta formación lógica, así sea elemental, bien puede conducirnos, si logramos pasar de lo individual a lo colectivo a revalorizar nuestra historia, nuestro modo de ser y a hacernos, de nuestro futuro; nos pondría en auto, por vía de consecuencia, del culto de lo nuevo por lo nuevo, casi siempre de procedencia extranjera que, bajo los ropajes del progreso y de la modernización, nos es instilado sutilmente, conforme a medida. La interpretación y reinterpretación del legado intangible que nos constituye como pueblo cura de anquilosamientos y deja abierto el horizonte a la reforma, a la creatividad y al avance de nuestra sociedad hacia su mejoramiento⁹¹, esto es a la superación de nuestras principales falencias institucionales (discontinuidad en los proyectos, analfabetismo, deserción, corrupción, entreguismo; inclinación al autoritarismo, falta de cortesía en el tránsito, violencia barrial e intrafamiliar, las tendencias crecientes a las salidas de tipo individualista, asunción de los hechos consumados, espera de soluciones y compensaciones que provengan de Dios, de la

⁹⁰ Dos merengueros, en el decenio de los setenta hicieron la obra de difusión de los refranes "ah, no, yo no sé no", y "si usted supiera que yo no me doy cuenta": Johnny Ventura y Cecilia García. Zaglul (1975: 64) los sitúa como expresiones usuales de los dominicanos de la segunda mitad del siglo pasado, pero también como indicadores de malicia, desconfianza e irresponsabilidad. Matos Moquete (*op. cit.*: 196) no alcanza a ver en el "ah no, yo no sé, no" de Hipólito Mejía, sino un indicativo de "incredulidad o despreocupación"; pero, en uno u otro casos, es obvia la emergencia de un cierto principio de individuación, una clara toma de conciencia, de la propia situación o del propio estado en un momento determinado, como también de una actitud reservada respecto al otro o a los otros.

⁹¹ Vásquez (2001: 155): "La reelaboración constante del pasado es fundamental para que la sociedad pueda pensarse a sí misma y proyectarse en un porvenir que es necesariamente incierto y aleatorio". *Cfr.* Fernández del Riesgo (1997: 226-233). *Cfr.* Edmund Burke (2003: 142-143): "Muchos de nuestros hombres de especulación, en vez de destruir los prejuicios generales, emplean su sagacidad en descubrir la sabiduría patente que prevalece en ellos". Leopoldo Zea (1992: 43), al proponerse la estructuración de una ontología de lo mexicano desde el doble punto de vista de lo que es y de lo que tiene que ser, se asume, en su ensayo "Conciencia y posibilidad del mexicano", como Emilio Carranza y Samuel Ramos, partidario de un punto de vista parecido: "Se trata, no tanto de adaptar determinados valores a la realidad propia de México, sino de abstraer de esta realidad los valores que les sean peculiares".

suerte o del destino, repentismo e impulsividad irresponsable frente a los retos más graves y a las decisiones más complejas, tendencia a no planificar —ni individual ni colectivamente—.

El refrán suele aparecer en el marco del habla coloquial como argumento crucial *ultima ratio*. Pero también a guisa de recurso y orientador de la conducta y del modo de conciencia. El refranista dominicano rara vez hablará movido por el solo propósito de revancha, de “ganar” o de apabullar a su interlocutor. Lo usual es que le motive un deseo sincero de aconsejar, conforme al referente de sabiduría de que dispone. Confiado, se lanza en busca de su amparo y cobijo, inconsciente de que, de ese modo, empata con una grande, distante y dilatada herencia no del todo ajena a los usos y costumbres Occidente, especialmente de la modalidad mediterránea de nuestra cultura (desde la Grecia y la Roma clásicas hasta la España renacentista).⁹² Ello no impide que nuevos esquemas de pensamiento se adicionen a los existentes, máxime si encuentran en aquéllos niveles apreciables de correlativa afinidad. Algo de ello acontece, por ejemplo, con el peso específico que en la conciencia ingenua se asigna a la individualidad, como se verá más adelante. Viceversa: el refranero, en cuanto plataforma de convicciones que viene de atrás emerge como valladar frente al culto de lo nuevo por lo nuevo mismo. Pero acontece que en nuestras ciudades, que son los centros de poder por excelencia, es cada vez menos usual el refrán. El snobismo, y aun la mera novedad, tampoco son males en sí mismos, si son referidos a los asuntos individuales, pero cuando se los proyecta sobre la sociedad toda, sus secuelas pueden desembocar en desastre y desajuste respecto a la necesaria continuidad de la nación.

Lo que es adecuado en términos personales no es, por fuerza, aceptable y bueno en términos colectivos. Empero, es sumamente difícil lograr que, una vez que alguien ha sido ganado por el egocentrismo, salve con gallardía la tentación de proyectar sobre la sociedad a que pertenece, los preceptos que, sobre sí mismo, ha dado en formarse. Este estereotipo gana cada día nuevas adherencias entre nosotros. La publicidad, el cine, la televisión, contribuyen de manera generosa a la instilación de los hábitos mentales estadounidenses, del *american way of life*, entre nuestros ciudadanos, sobre todo entre

⁹² Ejemplos a granel en apoyo a esta afirmación pueden encontrarse en E. Valentí (2008), J. C. Ortiz de Urbina (2005), V. J. Herrero Llorente (1985), M. de Cervantes y Saavedra (1969, 1985) y B. Gracián (1996).

los más jóvenes y los habitantes de las grandes ciudades.⁹³ Ahora bien, si este modo de enfocar la problemática del yo, y la consiguiente manera de relacionarse el individuo con los demás, han hecho fortuna entre los dominicanos medios, sobre todo a partir de los años ochenta, ello se debe, en buena medida, a la existencia de un substrato mental previo, procedente del peso muerto que ha ejercido el refranero sobre la forja del carácter y del imaginario del dominicano. Sin embargo, también hemos visto, igualmente, que hay en nuestro refranero, aunque mucho menos acentuados, suficientes elementos de reforzamiento del punto de vista opuesto.⁹⁴

2.3. 1 El acento individualista de la conciencia ingenua del dominicano medio

Los últimos dos decenios del siglo XX fueron testigos del advenimiento de un tipo humano relativamente nuevo en el contexto de la sociedad dominicana: la versión vernácula del *self made man*, un sujeto —varón o hembra— que se auto-percibe como el resultado exclusivo de su propio esfuerzo, capacidad o iniciativa. Su habitat predilecto es la ciudad. Es sumamente desconfiado; la amistad, para él, tiene la talla exacta de la utilidad. Su sentido de la solidaridad es prácticamente nulo. Su relación con los demás está mediada por la asunción de su sí-mismo como centro o como modelo. Los demás, no son sino pálidos reflejos de lo que pudieron o deberían ser. Él y nadie más es la plantilla inconfesada de lo que es el ser humano, y a él deben estar referidos los restantes costados de la realidad. Carece de sentido de familia, no reconoce vínculo alguno con el Estado, la sociedad o el país a cuyo amparo ha nacido y crecido. Poco importa el resto. Todo lo espera, porque todo lo merece. Él es el núcleo indiscutible de cuanto hay en la órbita de lo espacio-temporal; el centro y la periferia. Ninguna obligación le ata a institución ni organización alguna. Su cielo es el cosmos; su patria, el planeta. Ningún deber le convoca; no se reconoce sino como sujeto de derechos. El mundo está en deuda con él. Su mirada

⁹³ Estilo de vida americano, más propiamente: estadounidense o *gringo* (Richard, 2000: 257).

⁹⁴ En tal sentido se orientan dichos como «O to' toro'(s) o to' novillo(s)» (Rodríguez Demorizi, 1950: 212), «Nadie es mejor que nadie», «Dios lo que come son corazones», «O bailamos todos o se rompe la vitrola», «El sol sale para todos» (SCV, 2VM, 0AF), y «Jugamos todos o se rompe la baraja» (Cruz Brache, *op. cit.*: 203), este último utilizado por Juan Bosch en el curso de una intervención pública, según noticia que recogen Vallejo *et Paredes* (*op. cit.*: 30, 279).

jamás se detiene en el pequeño horizonte, mundanal y doliente, que le circunda, sino, más allá, en las lindes del planeta. En cualquier parte, en ninguna, como Dios. Es ciudadano del mundo; él es cosmopolita.

Cosmopolitismo e individualismo bien pueden devenir, a propósito de determinadas vetas comportamentales, costados complementarios de una misma dimensión vital. Suelen presuponerse y reclamarse recíprocamente. Ninguna de estas vetas de la conciencia feliz contemporánea se asume compromisaria del aquí y del ahora. El prójimo, el *otro* cercano aparece desdibujado en el imaginario como problema o como parte de una humanidad de segundo orden que para nada o para muy poco cuenta. Sin embargo, frágil es el fundamento de este modo de conciencia hasta límites insospechados, como devastadores son, en términos sociales, sus secuelas.⁹⁵ Bien merece la pena considerar cuan significativo puede ser el aliento que, desde los abismos de nuestra conciencia, ha prestado, y presta, el refranero a la constitución de este creciente estado de creencia entre los dominicanos de los tiempos que corren. Si, como dice Amando de Miguel, «El refranero viene a ser una especie de radiografía de la sociedad, del espíritu popular, de lo que lleva por dentro» (2000:15), las diferencias de grado entre los diversos sistemas y subsistemas que entre nosotros coexisten, tienen, por fuerza, que hacerse patentes en los tópicos retóricos e ideológicos a partir de los cuales los dominicanos entran en relación consigo mismos, con lo trascendente, con la naturaleza y con sus semejantes. Por cuanto, lo propio es que topemos con una cierta ambivalencia en la medida en que vayamos haciendo calas en las hondonadas de la conciencia o la pseudo-conciencia popular.

⁹⁵ Cfr. Maceiras (2002: 303): «la reflexión de cualquier signo no puede eludir su responsabilidad en la promoción de una sociedad cada vez más cosmopolita, pero con identidades reconocidas, animando la legítima actitud ‘dialógica’ entre lo propio y lo ajeno. Propósito preñado de dificultades, pero que deberá ser replanteado una y otra vez en aras de la aspiración al humanismo posible para nuestro tiempo. Esto quiere decir que ‘el diálogo que somos’, retomando a Hölderlin a través de Gadamer, no puede ya realizarse por la permanente reversión a lo propio, atrincherándose cada cual en sus peculiaridades simbólicas (...). Tal dialéctica entre lo propio y lo ajeno plantea a nuestra actualidad uno de los retos más complejos, que no puede ser abordado sólo en el terreno especulativo. Con diligencia más comprometida, pide descender al terreno social, introduciendo en el ámbito comunicativo exigencias prácticas de *responsabilidad y respeto*. Tales actitudes, para ser duraderas y eficaces solicitan, en primer lugar, la responsabilidad ante sí mismo y ante lo propio, a cuyo trasluz aparecerá tanto su contingencia como sus disposiciones para la comunicación con los demás. Esto quiere decir que la renuncia irresponsable de cada uno ante sí mismo —individuo o comunidad— equivaldría a la pulverización de todos. Sólo a partir de identidades responsables tendrá sentido la práctica del respeto entendido como estructura moral del mundo de las personas que obliga a que ni una sola sea tratada como medio para los fines de otra u otras (Kant)».

Una cierta atmósfera de prevención respecto a sus coetáneos deambula por los intersticios del alma de aquellos cuyo mundo interior oscila entre la nuda individualidad y el más descarnado cosmopolitismo. La concreta humanidad, la de cada calle y cada parque, la de cada día, la que junto a nosotros se desplaza, aparece, entre el conjunto de sus representaciones mentales, como la imagen viva de un erial vacío. La hipocresía, el engaño y la simulación imposibilitan que la confianza se desplace sin ambages entre los miembros de la colectividad. La maldad campea; el bien y la vida virtuosa devienen excepciones.⁹⁶ Es posible, como ha quedado sugerido más arriba, que semejante forma de conciencia se halle en la base de las dificultades afrontadas, aun en el presente, por nuestra comunidad para estructurar un proyecto de nación a la altura de nuestra trayectoria histórica. Es éste, pues, un costado del alma nacional que bien merece atención, con miras a la elaboración de planes de intervención educativos e ideológicos, de parte de aquellos políticos, educadores e intelectuales que se sienten parte del patrimonio intangible que es la República Dominicana. Todos los Estados debidamente identificados con su rol de alguna manera lo hacen.⁹⁷ La tutela, el control y el monopolio, en algunos casos, de los aparatos ideológicos que, de viejo, ha detentado el Estado por lo general expresan esta necesidad,

⁹⁶ En este sentido apuntan refranes tales como: «Caras vemos; corazones, no sabemos», «Piensa mal y acertarás» (Rodríguez Demorizi, *ibid.*: 223), «No todo lo que brilla es oro» (31CV, 16VM, 5AF), «Mejor solo que mal acompañado» (7CV, 4VM, 0AF), «yo no cojo gato por liebre», «yo conozco al cojo sentado y al ciego durmiendo» (*Cfr.* Cruz Brache, *ibid.*: 44; Rodríguez Demorizi, *ibid.*: 83, incluye la expresión «Conocer el cojo sentado», y Vallejo *et* Paredes, *ibid.*: 379 la versión «Yo conozco al cojo echa'o»), «Como las monedas, las personas tienen dos caras»; parecida visión opera cuando, en referencia a alguien se dice que «ni lava ni presta la batea» (0CV, 1VM, 0AF), «ni coge ni deja coger» «ni da ni dice donde hay», no es «ni fu ni fa» o «ni chicha ni limonada» (Rodríguez Demorizi, *ibid.*: 194), o que «la bondad e' causa de la pendejía».

La sospecha de Eugenio D' Ors en el primero de los diálogos de la pasión meditabunda de que «Hablamos filosóficamente para justificar nuestros instintos», puede hallar abundante confirmación en no pocos pasajes de la obra de Ortega, Unamuno y Sartre, así como en no pocos de los cultores de la reflexión filosófica dominicana de nuestro tiempo, muestra de lo cual podrían ser algunos de los planteamientos hechos por Gimbernard (1994: 13): «El hombre es mayormente inconsciente, irracional. La adquisición de cierto grado de conciencia y raciocinio es su gran victoria, no su legado (...). La bondad, la racionalidad, la responsabilidad, en fin, la vida virtuosa, es consecuencia de un esfuerzo consciente; de una voluntaria sujeción de lo pasional, instintivo a lo cerebral racional»

⁹⁷ , *Crf.* Maceiras (2007: 425): «los seres humanos nacen como individuos pero deben hacerse personas, fraguando sus identidades *dependencia* de sus relaciones intramundanas: en la convivencia, por el trabajo y la cultura. Desde Aristóteles, con Ortega y otros muchos, reconocemos que el ser humano nace con una estructura antropológica natural básica que deberá ir reajustando y adaptando a la convivencia y a su condición de ser en el mundo, en un trayecto formativo o confirmativo en el que la escuela tiene un papel predominante».

este imperativo⁹⁸, y el acuerdo general, tácito y en apariencia incuestionable, de que es imperativo *educar* a la niñez.⁹⁹

La fe de viejo prodigada a la individualidad acaso ha prohiado, desde el hondón del alma colectiva, el advenimiento de fuertes personalidades en todos los ámbitos del desenvolvimiento de la Nación. Incluso la acentuada tendencia al grupismo y al particularismo que nos caracteriza suele desembocar en el culto casi evangélico a aquella persona que mejor destaca por encima de la banda o la capilla correspondiente. No por acaso, el mayor porcentaje de los períodos gubernamentales de nuestra vida histórica ha estado encabezado por hombres de vocación autoritaria, individualista e intolerante, de aquéllos que dan por hecho que «Nadie escarmienta en cabeza ajena» o que los asuntos del Estado o de la gestión que encabezan no son asuntos que competan a la sociedad. De continuo, una fuerte personalidad triunfó sobre el humanismo abstracto y sobre los intereses generales de la nación.¹⁰⁰

⁹⁸ La noción de *aparatos ideológicos del Estado* que aquí utilizo proviene del ensayo "Ideología y Aparatos Ideológicos del Estado", de Louis Althusser. Matizándola, pues, en el caso de la República Dominicana, hay una suerte de sobredeterminación de lo político sobre lo económico o de lo propiamente clasista. Desde los albores de la República, más que las clases, han sido los intereses de los grupos más o menos estructurados los que han prevalecido en la conducción de los asuntos públicos, con la consiguiente falta de sentido de la totalidad y de continuidad en los proyectos. La tutela exterior en algo ha contribuido para que esta situación arraigue entre nosotros. Según el pensador francés, que es lo que ahora cabe destacar, «ninguna clase puede detentar durablemente el poder del Estado, sin ejercer al mismo tiempo su hegemonía sobre y en los aparatos ideológicos del Estado» (1980: 112), esto es «a cierto número de realidades que se presentan al observador bajo la forma de instituciones precisas y especializadas (...): Los AIE religiosos (el sistema de las distintas iglesias); los AIE escolares (el sistema de las distintas "escuelas" públicas y privadas); los AIE políticos (el sistema político, sus distintos partidos); los AIE sindicales; los AIE de información (prensa, radio, televisión, etcétera); los AIE culturales (literatura, bellas artes, etcétera)» (1980: 109-110).

⁹⁹ Cfr. Aristóteles (2000: 70): «Ya que el niño es un ser imperfecto, es evidente que su virtud no está en relación con un ser actual, sino que está en dependencia de su madurez y de su guía. Del mismo modo que la del esclavo está en relación a su señor»

¹⁰⁰ El hombre es el único ser que necesita dar razón de sus acciones y omisiones a su paso por la vida. Al moverse del plano interpersonal a la convivencia social bien puede acontecer que actitudes como las descritas hallen aliento y justificación en máximas como las siguientes: «dolor ajeno no quita sueño» (OCV, 1VM, 0AF), «Al que le duela o que le pique que se rasque (o que se aguante)» (Rodríguez Demorizi, *Ibid.*: 54, Cruz Brache, *op. cit.*: 11), «Al que no come ají no le pica», «Al que no le guste, que se mude», «Hay que ser como el plato de lentejas: si lo quieres, lo tomas o, si no, lo dejas». Aun más extremos podrían ser «vive tu vida, y no la ajena (o la mía)» (6CV, 1VM, 0AF), «Yo vivo mi vida y otros que la sufran» o «Yo mismo soy» (Cruz Brache, *ibid.*: 304; Cfr. Figueroa, 2003: 416). El dominicano, como el español en la mirada de Amando De Miguel, «supone el triunfo de la persona sobre el linaje» (*op. cit.*: 102), e igual posee un «bajo estímulo para asociarse voluntariamente, sea de forma desprendida o interesada» (*id.*: 109).

Para el individualista, el problema está en los otros, el problema son los otros. Aunque también, cada vez en menor medida, aparezcan fórmulas de orden colectivista, como «La unión hace la fuerza» (7CV, 0VM, 0AF) o «Un puño cerrado da más fuerte que una mano abierta», las ideas-actitudes que emergen del imaginario del dominicano, por lo general, son de recelo, de exclusión y, en algunos casos, incluso, de menosprecio hacia el prójimo.¹⁰¹ La clave está en el yo; en el desenvolvimiento de la voluntad individual, más que en el proyecto de vida en común. ¿Cómo entrar en comercio, en plano de igualdad, con aquéllos a quienes regateamos determinados dotes de humanidad? Diríase que la mentalidad del dominicano es, en este sentido, pre-ilustrada.¹⁰² Del mismo modo que han hecho con nuestra sociedad los imperios y las potencias al erigirse como modelos tácitos de existencia y de organización,¹⁰³ cada uno y, a lo sumo, cada grupúsculo entre nosotros tiende a erigirse en rasero de humanidad para los demás.

¹⁰¹ Tal es el sentido en que operan, por ejemplo, expresiones como «Yo soy yo, y pajita to'», «'porta' mí», «¿y...?», «A mí, los fósforos», «A mí, maní», «¿Y a mí qué?», en las que el yo puro es el punto absoluto de partida y a los demás poca o ninguna consideración o importancia se le reserva, como en «Lo mismo da», que Cruz Brache (*ibid.*: 160) empata con el español «Lo que es igual para todos no es ventaja para ninguno»; o como en «Lo que es igual no es ventaja», que Rodríguez Demorizi (*ibid.*: 176), ilustra con los siguientes versos de José Agustín Puig Rodríguez,:

Si te arrempujan, rempuja;
y si te atajan, ataja.
Tú lo sabe y yo lo sé:
lo quej'iguai no e' ventaja.

¹⁰² Cfr. Morla (2010: 197, 200).

¹⁰³ Zea, L. (*Op. Cit.*: 116-117): «Los otros se presentan como cosas, amputada su humanidad, rebajados en la escala de lo humano. Los otros son mis esclavos, mis siervos, mis obreros, mis útiles. Los discriminamos mediante una serie de pretextos, a veces sutiles; les negamos alguna semejanza con nosotros (...). Lo que debería ser accidental es elevado a la categoría de arquetipo de acuerdo con el cual es enjuiciado todo lo que pretende tener con él alguna semejanza (...). Hombres y pueblos, otros hombres y otros pueblos, se encuentran así dependiendo de estos juicios, esto es, prejuicios. Por esto aparecen en la historia pueblos que se consideran a sí mismo como donadores de lo humano. Pueblos que hacen de su propia cultura el arquetipo conforme al cual otros pueblos tendrán que justificarse si aspiran a formar parte de la comunidad que forma lo humano. Pueblos que se consideran a sí mismos como la encarnación de la cultura o civilización humanas. Pueblos que se erigen como cultivadores y civilizadores de otros pueblos. Estos últimos, si han de salvarse, esto es, si han de poder ser considerados en la misma altura de los primeros, tendrán que someterse a la acción civilizadora o cultivadora de éstos. Todo lo que no encaje dentro de los cuadros de comprensión de estos pueblos que se consideran privilegiados tendrá que ser eliminado o, cuando menos, adaptado a los términos de esta comprensión (...). El imperialismo es la forma de imposición de los puntos de vista de un pueblo, o una cultura sobre otro pueblo u otra cultura». Cfr. Maceiras (2002: 77): «La diversidad, por tanto, no es razón para enfrentar entre sí lenguas y culturas, si se deja guiar por la conciencia de la diferencia que impide absolutizar a ninguna. Lo diferente, la diferencia sólo tiene sentido a partir de la idea límite de totalidad. Las diferencias lingüísticas y culturales dividen y enfrentan cuando, perdido el sentido de la diferencia, lo que es diverso y relativo se erige en absoluto y totalizador».

Una cosa es entrar en posesión del yo, tomar conciencia del otro o de los otros, e, incluso, admitir la presencia posible del mal; y otra, ver al prójimo como un enemigo actual o potencial. Verlo como problema, del modo que ha quedado expuesto más arriba, conlleva la puesta en andamio de un conjunto amplio de actitudes orientadas a la preservación del propio yo, lo cual en modo alguno es desdeñable; sino, antes bien, comprensible, e incluso deseable. Tal es el sentido en que apuntan, por ejemplo, proverbios en los que a los demás no se les devuelve mal con mal, ni daño con daño, como los siguientes: «El que evita no es cobarde» (Cruz Brache, *ibid.*: 87), «Lo cortés no quita lo valiente» (Rodríguez Demorizi, *ibid.*: 174; Cruz Brache, *idem.*: 159), «Para que digan: ‘miren los cuajarones’, que digan: ‘miren los resbalones’», «Para que digan ‘aquí murió’, que digan ‘aquí corrió’», o «El que huye no va bravo». Pero en la estructura perceptual del dominicano medio también aparece la tendencia, si bien no acusada, a ningunear a los demás, o a sentirse superior, actitud no del todo exenta de un cierto ánimo de desconsideración y menosprecio.¹⁰⁴ En ambos casos sobresale la nota común del individualismo como una de las vetas básicas de la concepción del hombre y de la conducta social de los dominicanos. Parte de la crisis de nuestro proyecto de nación en los tiempos que corren quizás esté directamente relacionado con lo uno y con lo otro.

Toda sociedad institucionalizada es el resultado de una transacción, como bien el autor del contractualismo, que implica renunciaciones, deberes y derechos (Rousseau, 2001: 37-38). El propio Freud (1984: 143) se pronuncia al respecto, en "El porvenir de una ilusión",

¹⁰⁴

El habla de Hipólito Mejía. Estudio de un idiolecto, de Manuel Matos Moquete, nos presta un referente perfecto, por la profusión de ejemplos que trae en apoyo a este planteamiento (2003: 27, 50, 85, 84, 90, 103, 116, 121, 124, 125, 127, 128, 134, 147, 148, 172, 174, 175, 205, 216, 218, 229). En igual medida resulta útil en este sentido el libro *Cosas de Hipólito*, de Cándida Figueroa (2003: 175, 203, 255, 280, 313, 332, 334, 348, 401, 428, 478, 479). Desde el hondón de la tendencia a descalificar y a maltratar, con hechos o con palabras, operan, como principios activos de comportamiento, *verdades* del tipo siguiente: «Gran cosa lleva Boba: una paja y una hoja», «A un bagazo poco caso; a un mojón, poca atención». Las expresiones con que se confronta al arrogante o a la ajena superioridad son de parecido cariz: «Coge brillo, cadenita, que tu mojo llega» (3CV, 7VM, 0AF), «Donde caballo va, burro llega», «Los de a'lante no van lejos, si los de atrás corren bien», «Las palmas son más altas, y los puercos comen de ellas» (3CV, 7VM, 2AF), «De abajo de cualquier yagua vieja sale tremendo alacrán» (54CV, 0VM, 0AF), «A cualquier sastre de pueblo, el del campo le hace un flú» (1CV, 0VM, 0AF). Un interesante caso de *argumentum in contrarium* constituye el hecho de que no reserva a la venganza un lugar preeminente: «Ojo por ojo y diente por diente» (4CV, 10VM, 27AF), y la significativa no aparición en el sondeo de «El que me la hace, me la paga» (Rodríguez Demorizi, *id.*: 122).

en los siguientes términos: «Cada individuo es virtualmente un enemigo de la civilización, a pesar de tener que reconocer su general interés humano. Se da, en efecto, el hecho singular de que los hombres, no obstante serles imposible existir en el aislamiento, sienten como un peso intolerable los sacrificios que la civilización les impone para hacer posible la vida en común. Así, pues, la cultura ha de ser defendida contra el individuo, y a esta defensa responden todos sus mandamientos, organizaciones e instituciones, los cuales no tienen tan sólo por objeto efectuar una determinada distribución de los bienes naturales, sino también mantenerla e incluso defender contra los impulsos hostiles de los hombres los medios existentes para el dominio de la naturaleza y la producción de bienes».

La entronización de lo individual —llevada a cabo, paradójicamente, a la sombra de la doctrina de los derechos humanos—, dos de los costados más activos del ambiente espiritual de nuestro tiempo, apunta en dirección a la desagregación de los Estados Nacionales y a la atomización de las familias, y nos hace a la vida de relación con una actitud de náufragos que es necesario esforzarse en superar. El Estado, como expresión de los intereses generales de la nación, tiene un derecho de tutela sobre el modo en que cada quien dispone de su vida, sobre todo en los casos en que el individuo ponga o pueda poner en peligro la grande inversión humana, social, económica, e incluso cósmica, de que es depositario.¹⁰⁵ Ni todo es lícito, ni todo está permitido, aun en términos individuales. La persona amputada del conjunto, jamás agotará las enormes posibilidades del ser a su disposición en el seno de su hábitat por excelencia: la sociedad.¹⁰⁶ Las expresiones

¹⁰⁵ Cfr. López Calera (2000: 35, 119). «Es sensato afirmar que nuestro tiempo necesita pensar en los derechos colectivos para evitar las radicalizaciones teóricas y prácticas del concepto. Gusten o no gusten (ideológicamente), tengan más o menos riesgos ético-políticos, parezcan o no tener fundamentos teóricos plausibles, me parece importante y positivo que los derechos colectivos sean objeto de reflexión de cualquier filosofía política y jurídica responsable. Lo contrario, ignorarlos o despreciarlos, es facilitar movimientos irracionales en el seno de la historia social (...). Los Estados, las naciones, los pueblos, las regiones (...) son sujetos diferenciados de sus miembros. En las relaciones sociales, además de las personas físicas individuales, están los sujetos colectivos».

¹⁰⁶ Cfr. Aristóteles (1977: 12): «El hombre, que cuando ha alcanzado toda la perfección posible es el primero de los animales, es el último cuando vive sin leyes y sin justicia. En efecto, nada hay más monstruoso que la injusticia armada. El hombre ha recibido de la naturaleza las armas de la sabiduría y de la virtud, que debe emplear sobre todo para combatir las malas pasiones. Sin la virtud es el ser más perverso y más feroz, porque sólo tiene los arrebatos brutales del amor y del hambre. La justicia es una necesidad social, porque el derecho es la regla de vida para la asociación política, y la decisión de lo justo es lo que constituye el derecho» (*Pol.* 1253a).

concretas de la vida humana, para ser comprendidas de manera cabal, tienen por fuerza que enfocarse diacrónica y sincrónicamente. Una nación no sólo está compuesta por sujetos vivos en determinada época, sino también, por un universo simbólico metafísico en el que entran los que antes fueron, héroes o no, e incluso los no nacidos aún.¹⁰⁷ El individualismo no sólo es pernicioso desde el punto de vista de sus consecuencias sociales, sino que es falso, desde el punto de vista teórico y de sus estrategias argumentativas.

A modo de recapitulación... Acontece con la concepción del *yo* en las cuestiones sociales lo que en términos epistémicos sucede con el concepto de filosofía: la noción aparentemente más elemental deviene en realidad esencial para la determinación de los restantes costados de sus ámbitos respectivos. En la mentalidad del dominicano medio, por encima del *yo*, sólo la divinidad judaico-cristiana prevalece. La sola comprobación de la existencia de esta veta de su alma colectiva permite ensayar una que otra hipótesis acerca de la sobredeterminación de grandes individualidades en nuestra historia. En efecto, buena de parte de nuestra historia republicana se caracteriza por el predominio del caudillismo, interior y ajeno, al poder estatal. Con todo, es posible filiar algunas cifras de apertura hacia los demás en el sistema de creencias de nuestro hombre ordinario, como ha quedado entrevisto y como mejor se verá en el capítulo que sigue a continuación...

¹⁰⁷

Cfr. López Calera (2000: 160-161): «La realidad humana no termina en los límites de lo "individual-concreto". Hay realidades humanas que no están, que no pueden estar individualizadas físicamente, pero existen. La experiencia humana no se reduce a los efectos de cada individualidad en él, sino que esa experiencia (la vivida por los individuos concretos) se compone también de otros elementos reales, de otras realidades que son producto del encuentro, no sólo físico de los sujetos individuales. La filiación, el amor, la amistad, el lenguaje, la solidaridad, el afecto a una historia común, la ilusión de compartir una vida, son datos de la experiencia humana que deben ser diferenciados, que no pueden ser ignorados, si no se quiere destruir una parte importante de la misma identidad individual. Todo este tipo de relaciones y de "encuentros" entre individuos genera formas de vida, instituciones, reglas, fines e intereses compartidos, etc., que son lo que constituye la trama de los entes colectivos. En este orden de cosas, la protección y desarrollo de esas formas de vidas, instituciones, etc., es decir, de esos entes colectivos, sirven a la realización de los individuos que coexisten y conviven, sin cuyo respeto los individuos no pueden comprenderse ni realizarse». Véase, también, pp. 107, 158, 162, 163, 165, 166.

***La amistad: punto de inflexión
entre el impulso individualista y la vocación para la vida en común***

3.1 Sociabilidad y moral

El ámbito de la sociabilidad está mediado por el sistema de convicciones con que los seres humanos se hacen a la vida. En la más trivial de las conversaciones, en el más casual de los encuentros entra en escena un rimero de vivencias, recuerdos y esquemas que, en gran medida, orienta el derrotero final y marca el compás de cualquier tipo de contacto entre dos o más seres humanos. Las mentalidades de pueblos e individuos se objetivan en la vida social, y en ella encuentran a su vez el aliento necesario para su reproducción. La conciencia ingenua dispone, en tal sentido, de un recurso prácticamente infalible: dar relevancia sólo a aquellos datos de la realidad que confirman sus preceptos, y obviar aquellos que los contrarían.

La manera en que nos percibimos y visualizamos a los demás determina en buena medida nuestra conducta social. Pero sólo hasta cierto punto. También la idea que se tenga en torno a los usos y el poder de la palabra; el tiempo, la amistad, el sentido de la paciencia; el hogar, los hijos, la adultez; el porvenir, la muerte, el más allá, constituyen mediaciones que inciden, directa o indirectamente, en los desplazamientos de nuestra voluntad, así en personal como en lo colectivo. Lo individual no se opone a lo social; es parte inseparable de ello, como ha quedado sugerido al final del capítulo anterior y como reza el conocido planteamiento aristotélico: «Quien puede vivir solo, es un bruto o es un dios»¹⁰⁸ La sociedad es sustrato y fundamento de la individualidad y, al propio tiempo, la garantía de la existencia de un espacio vital propicio a la actualización

¹⁰⁸ Aristóteles (1977: 12): «el Estado está naturalmente sobre la familia y sobre cada individuo, porque el todo es necesariamente superior a la parte, puesto que una vez destruido el todo, ya no hay partes, no hay pies, no hay manos, a no ser que por una pura analogía de palabras se diga una mano de piedra, porque la mano separada del cuerpo no es ya una mano real. Las cosas se definen en general por los actos que realizan y pueden realizar, y tan pronto como cesa su aptitud anterior no puede decirse ya que sean las mismas; lo único es que están comprendidas bajo un mismo nombre. Lo que prueba claramente la necesidad natural del Estado y su superioridad sobre el individuo es que, si no se admitiera, resultaría que puede el individuo entonces bastarse a sí mismo asilado así del todo como del resto de las partes; pero aquel que no puede vivir en sociedad y que en medio de su independencia no tiene necesidades, no puede ser nunca miembro del Estado; es un bruto o un dios» (*Pol.* 1253a).

de sus potencialidades, una de las tareas primordiales de la vida en común. La disfunción aparece cuando damos en absolutizar este o aquel costado de la humana existencia. El tapiz institucional, por su parte, preforma, boceta, aporta un pie quebrado al individuo; pero no lo determina. Un ser humano es siempre el resultado de sus recuerdos, de sus vivencias y de la particular manera que asume o interpreta el universo simbólico que le aporta su tradición o la porción de humanidad a que pertenece. La clave está en la mezcla.

Entre los seres humanos todos, únicos e irrepetibles por esencia y presencia, existe una cierta afinidad, tanto en lo relativo a sus estructuras mentales como a las matrices de comportamiento que las acompañan. Esta homogeneidad en la heterogeneidad es más evidente cuanto más acentuada es la presencia de los universos simbólicos de que participan las comunidades en que se hallan insertos los hombres. El tamaño del grupo suele ser un factor de importancia variable; más cuenta el nivel de acomodamiento de sus miembros a los patrones perceptuales, las creencias, las líneas de acción; al ámbito de las esperanzas y de las aprensiones que dan forma y cohesión al conglomerado. El conjunto de las ideas-actitudes marca el tono a cuya frecuencia vibran el carácter y la mentalidad. De lo próximo a lo transmundano, siempre están presentes, potencial o patentemente, el *yo*, los *otros* y los *valores* que como puente o como muro se interponen entre los hombres y el mundo.

Los preceptos morales son valores relacionados. Suponen e implican la existencia de los *otros*, y al margen de ellos carecen de sentido. La palabra, por ejemplo, sólo adquiere consistencia con el otro o por el otro; la amistad, sin los demás, es una *contradictio in terminis*. El tiempo vital se determina en función del tiempo social. La muerte, la felicidad y la dignidad sólo pueden ser experimentadas en relación *con* al próximo. El orbe de las relaciones interpersonales es el *momentum* en que el acendrado sentido de lo individual del dominicano, al ponerse a prueba, accede a la conciencia de su poquedad y de la escisión que, en más de un aspecto, caracteriza su modo de instalarse en la historia.

3.2 La palabra, cifra de identidad

La palabra es, a los ojos de los dominicanos, llave que allana como por arte de magia las dificultades o foso que del prójimo separa, según que quien de ella se valga tenga o no la destreza indispensable para determinar cómo, cuándo y en qué medida utilizarla. Así entendida, es clave causal del éxito o del fracaso. Según se hable será el resultado de cualquier gestión, y la imagen que al partir ha de quedar en la memoria del interlocutor.¹⁰⁹ El dominicano medio que, de algún modo, lo presiente, suele empeñarse en integrar a su idiolecto «palabras domingueras»¹¹⁰, aun cuando el significado que les asigne devenga, por lo común, ambigüo o arbitrario. Es así como damos en poner *s* en lugares que no aplican, si bien no falta el que, en presencia de alguien, que procura hablar el idioma con corrección, diga en tono de sorna que es «muy físico» o que, a lo mejor «comió spaguettis». En el Cibao, se suele sustituir la *l* y la *r* por la *i*, incluso en palabras que en realidad llevan *i*, o viceversa, como cuando, en lugar de *aceite*, para parecer depurados, cultos o «refinados», se pronuncia *acelte* o *acerte*;¹¹¹ e igualmente, como la

¹⁰⁹ «Como vistas, te reciben; y como hables, te despiden».

¹¹⁰ Tal es el caso de palabras como *hermenéutica*, a la que asigna el significado de marrullería (Troncoso de la Concha, 1998: 261-262; Demorizi, 1983: 131) y, en recientes fechas, de "meneo" o "movimiento" de dinero; y *volátil*, que suele ser usada para denotar amaneramiento u homosexualidad. Con las palabras *amigo*, *persona* y *conocido* se hace a la búsqueda de matices semánticos y sutilezas perceptuales que, de pasadas, comportan una apreciable concesión a su acendrado sentido de lo individual, como se verá más adelante. Cfr. Weyland (2010: 9), quien hace manifiesta su intención de «agradecerles a todas aquellas personas, conocidos y amigos, quienes han convertido conmigo un espacio de consciencia a través de la ciencia de la meditación».

¹¹¹ En el segundo cuarteto de "La cama", de Tatito Henríquez, un músico popular o folklórico dominicano, se puede escuchar:

Ay, dale la mano ai caído
ayúdalo a levanta*l*,
porque en mi luga*l* se usa
Ay, daile la mano al que cal*;*

en " Consagración de cariño" , al compás de nostálgica melodía, de nuevo su voz se deja oír:

Antes de casarte,
pasa por aquí
que yo sor el hombre
de tu porvenir.

Cfr. "Los físicos", en *Al amor del bohío*, de Ramón Emilio Jiménez (1975: 115-117).

pronunciación de *jaiba* y *bejuco* nos parezca áspera, la cambiamos por *haiba* y *bouco*. Las palabras son al alma lo que el traje al cuerpo: señas de identidad personal.¹¹²

El gusto de nuestra gente por las sentencias, las fábulas y los cuentos de contenido moral encuentran adecuado correlato en la riqueza de nuestro refranero. Una buena conversación sabe a menos si quienes en ella intervienen no están provistos de un apreciable repertorio de proverbios a los que se confiere fuerza de ley o de verdades incontestables. La expresión «Como dice el refrán» (Rodríguez Demorizi, 1950: 79; Cruz Brache, 1978: 39), de continuo anuncia el final de una discusión; el recuerdo o el establecimiento de una verdad incontestable. Este entramado de creencias flota en el ambiente, se lo puede palpar, se lo puede sentir con sólo estar allí y disponer adecuadamente el entendimiento. Se las puede oír, repetidas una generación tras otra, en el hogar y en las plazas de pueblos y ciudades. Es tal la gravedad del semblante y la profunda fe que en ellas pone quien de ellas se vale que, diríase que en cada adagio deja un jirón de piel, y que con cada palabra componente empeña alma y dignidad. Se trata de realidades simbólicas que comparten a partes iguales el espacio humano al que sirven de corolario y prestan su gracia y su armonía. Allí están por miles las expresiones del sentenciario popular; se las ve marcharse y venir de nuevo a nuestro encuentro, a veces suavemente, en ocasiones con estruendo. Imposible ignorarlas; son parte de la vida, del tejido social y del clima de convivencia.

La palabra es un factor de acentuada gravedad entre los dominicanos, así cuando se la empeña como cuando se la niega o se la guarda. Es preferible no donar la palabra si no se está en actitud de honrarla. Hablar por hablar a ningún puerto conduce.¹¹³ En esta veta del alma colectiva resuenan los ecos lejanos lo mismo de la rima número 38 de Gustavo Adolfo Bécquer que de uno de los *proverbios* de Salomón, que, parafraseados, en la voz del genio popular suenan como sigue: «Las palabras son de aire, y van al aire» y «En el

¹¹² «Las palabras se toman por quien las dice» (1CV, 1VM, 0AF); «El hombre es hombre por su palabra».

¹¹³ Imposible pasar inadvertida la cantidad de expresiones con que el refranista designa a quienes se permiten hablar sólo por «gastar saliva» (Cruz Brache, 1978: 123, 128): «Hablar babas», «Hablar burundangas», «Hablar güebos de yegua», «Hablar peperras», «Hablar vacuencias», «Hablar por hablar».

mucho hablar está el pecado».¹¹⁴ Antes que «Hacer un papelazo» (Cruz Brache, *op. cit.*: 133), es preferible abrazarse a la opción silencio.¹¹⁵ No se ha de ha de hablar sino «con el corazón en la mano» (Vallejo *et Paredes*, 2002: 178); que la acción mantiene su condición de referente final de lo expresado, y ahí es que se sabe «quién es quién».¹¹⁶ La excepción a la regla se da en el caso, o en los casos de que se trate de un refrán, que se da por descontado que está fuera de toda duda razonable.¹¹⁷ El contacto sostenido con el prójimo, es lo que, a los postres, permite saber a qué atenernos respecto a propios y extraños. Pero las palabras permanecen intactas como referente y punto de partida.

Puestas a correr, llevan consigo una estela de inexorable responsabilidad. Una promesa, por ejemplo, no es un conjunto de palabras anudadas por gestos y sonidos; tiene el impacto de una acreencia: «Lo prometido es deuda» (Rodríguez Demorizi, *ibid.*: 175). Entre quienes se dedican a la pelea de gallos, por ejemplo, tiene la palabra empeñada la

¹¹⁴ Bécquer (1952: 72): «Los suspiros son aire, y van al aire. / Las lágrimas son agua, y van al mar. / Dime, mujer: cuando un amor se olvida, / ¿sabes tú adónde va?»; Proverbios I, 19: «En las muchas palabras no falta pecado; / Mas el que refrena sus labios es prudente.»

¹¹⁵ Vallejo *et Paredes* (2002: 177): «Habla poco, escucha más, y noerrarás», «Habla poco y anda grave y dirán que eres sabio»; Cruz Brache *op. cit.*: «El silencio es más elocuente que la palabra». Cfr. Epístola Universal de Santiago, 1: 19: «todo hombre sea pronto para oír, tardo para hablar, tardo para airarse»; que «en el mucho hablar está el pecado».

¹¹⁶ Así en dos frases martianas que han devenido refranes entre los dominicanos: «Hacer es la mejor manera de decir» (*O. C.*, VII: 197) y «Un hecho vale más que mil palabras». Otras expresiones martianas pertenecientes al mismo universo de sentido son las siguientes: «Antes que hacer la colección de mis versos me gustaría hacer colección de mis acciones» (*Ibid.*, XXI: 159) y «¡Decir bien es bueno, pero obrar bien es mejor!» (*Id.*, XXII: 37). Los refranes «Caras vemos, costumbres no sabemos» y «Quien no te conoce, que te compre» (Cruz Brache, *ibidem.*: 234, Vallejo *et Paredes*, *ibid.*: 314), «Obras son amores, y no buenas razones» (Rodríguez Demorizi, *idem.*: 212; Cruz Brache, *id.*: 203; Vallejo *et Paredes*, *id.*: 276), «En la cama y en la cárcel es que se conocen los amigos» (Rodríguez Demorizi, *id.*: 132; Cruz Brache, *id.*: 97; Vallejo *et Paredes*, *id.*: 151), «Más vale un ‘yo te doy’ que un ‘yo te daré’» o «Más vale un ‘toma’ que ‘dos te daré’» (Rodríguez Demorizi, *id.*: 187; Vallejo *et Paredes*, *id.*: 237), «Más vale un *no* que un *si* te daré» (Rodríguez Demorizi, *id.*: 186) y «Del dicho al hecho, hay un gran trecho» (2CV, 1VM, 0AF), también ilustran este modo de ser, este esquema de pensamiento.

¹¹⁷ «Quien se lleva de consejo, muere de viejo» (0CV, 1VM, 0AF). En la definición de refrán que proponen Alejandro Paulino y Aquiles Castro en su *Diccionario dominicano de cultura y folklore* (2005: 334), queda perfectamente recogido el sentido tácito de verdad fuera de duda que nuestra conciencia ingenua asigna a aquellos decires que considera *completamente verdaderos* (CV): «Se le define como un dicho popular, sentencioso y breve, de verdad comprobada, generalmente simbólica y expuesta en forma poética, que contiene una regla de conducta u otra cualquiera enseñanza. El refrán es una oración corta, concisa, típicamente filosófica y didáctica, que encierra por lo general, una admonición, un consejo, o una advertencia, para guiarle a uno prácticamente en los pueblos, en la vida diaria, sacada o deducida pragmáticamente de los hechos y las experiencias de este mundo. Es una frase hecha, cristalizada, que se puede aplicar a cualquier situación comprendida en la categoría a la cual se aplica el pensamiento básico del refrán».

misma fuerza que un contrato civil en que han sido cubiertas todas las formalidades de ley. En medio del tumulto y la refriega, tres o cuatro expresiones bastan para cerrar un trato de cientos y de miles de pesos, sin que medien testigos, notarios ni fórmulas jurídicas: «voy al pinto», "pago cinco a cuatro" (...). El que acepta la apuesta, la confirma diciendo "pago", “y queda ésta pactada” (Pichardo, 1985: 78. véase también 64-65). Al término de la justa, el ganador no tiene más que hacer acto de presencia; y, sin remilgos, le es entregado el importe, sea cual fuere el monto.¹¹⁸ En la Universidad Autónoma de Santo Domingo resulta sumamente significativo para un candidato a una posición electiva lograr la promesa de voto de los profesores. Cuando comprometen su palabra en favor de un candidato, los profesores rara vez la resignan. «Ya le he dado mi palabra a...», o «ya me comprometí con...» suelen responder a quien se les acerca posteriormente con las mismas pretensiones; y éste lo comprende, y acepta como incontestable el argumento.

El hombre cabal tiene el deber de administrar su verbo con sumo tacto, sin dejar de recortarlo en los casos que sea preciso, sin prevalerse del silencio que enmascara, pero sin sobreabundar innecesariamente. La palabra es un don respetable. Lanzarla al viento por el mero hecho de hacerlo no constituye mérito ni hace derecho. No es cualquier palabra la que se aprecia y se respeta. La manía de «hablar sin componte», «sin ton, ni son» no es bien visto por los dominicanos. En esos casos, el silencio es mil veces preferible.¹¹⁹ Pero,

¹¹⁸ No basta con ello, sin embargo, para desterrar la trapacería de ese juego de apuestas, que cuela por otros medios como el pesaje de los ejemplares de lidia y en el uso de químicos y venenos (Cfr. Cornielle, 2008: 158-160).

¹¹⁹ En el Cibao, "hablador" (o "jabladori") es sinónimo de mentiroso (Patín Maceo, 1989: 114), "jablanchín" equivale a chismoso, más que al hablantín o al parlanchín del *Diccionario de la Lengua Española de la Real Academia* (Madrid, 2001) que son las voces que se corresponden con el hablativo con que da en identificar Max Uribe al hablanchín (1996: 213). El hecho es que hablar en exceso y sin sentido ni horizonte precisos es una conducta reprensible para los dominicanos. No ante todos ni en cualquier circunstancia es válido ponerse a «darle a la lengua» (Rodríguez Demorizi, *id.*: 96), pues hay que tener presente que «La lengua es el castigo'el cuerpo» (Cruz Brache, *id.*: 152) y que «La lengua (o la boca) habla y el jocico es el que paga» (*loc. cit.*; Rodríguez Demorizi, *id.*: 167). Es preferible no jugar a la aventura de la palabra: «En boca cerrá' no entran moscas» (7CV, 6VM, 2AF); «No es lo mismo llamar al Diablo que verlo llegar» (2CV, 0VM, 1AF). Para nada de esto fue hecha la boca: «La boca se ha hecho para comer» “No para decir indiscreciones”, agrega, a guisa de interpretación, Emilio Rodríguez Demorizi, *id.*: 163). Por otra parte, si a uno «Para decirle 'perro' nada más hay que enseñarle el tramojo», no hay que extenderse en palabras hasta el cansancio: «Para un buen entendedor, pocas palabras bastan» (Rodríguez Demorizi, *id.*: 50). Empero, es inevitable tener que convivir con la masa menesterosa de control de sí misma y de la más elemental educación, cada uno de cuyos miembros componentes se dedica a «hablar como un descocado», a «hablar por hablar», «hasta por los codos», «como un papagayo», «por echar el bajo de la boca» (Rodríguez Demorizi, 1983: 128), o «por boca de ganso», porque «hasta las cotorras son del monte y hablan» (Olivier, 1971: 109). De quienes con semejante desparpajo de la lengua se valen, no hay que tener el menor cuidado, porque

también, en los casos en que, la palabra toma el color parduzco de la imprudencia y la incontinencia verbal, o en que lo demanda la lealtad. En momentos como éstos el silencio toma el cariz augusto del gesto heroico, cual es el caso que relatara, desde su asilo, María Trinidad Sánchez Polanco, descendiente directa de Juan Sánchez Ramírez y Gaspar Polanco, dos héroes nacionales: «Antes de fusilar a María Trinidad Sánchez, a ella le interrogaron y le preguntaron cuales eran los demás patriotas que junto a ella lucharon por la independencia del país; contestó que no podía decirlo, porque eran muchos y ella era una sola, que la fusilaran. Así murió y no traicionó a los trinitarios. En honor a esta patriota, mi abuela me puso su nombre» (Listín Diario, domingo 14 de enero de 1996, p. 10-A). La sola confesión de la patriota hubiera bastado para cambiar el curso de la historia. Los conjurados habrían sido aniquilados o apresados, y el devenir de la vida republicana hubiera seguido un derrotero distinto. He ahí una veta de la mentalidad del dominicano operando en la historia, a través de un individuo; lo cual sugiere, por una parte, que, en términos nacionales, no existe separación tajante entre lo particular y lo universal; por otra parte, mueve la atención de las prisiones de larga duración (*longe durèe*) en la vida de los pueblos de que nos habla F. Braudel.

Empero, cuando el silencio proviene de la duda o la indefinición, sabe a peligro; y a quien osa servirse de él, se lo pone en jaque sin remisiones: «El que calla, otorga», que, según noticia de Emilio Demorizi (*id.*: 119), es el título de una comedia de Tirso de Molina y es utilizado por Sancho en el Capítulo 23 de la primera parte *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Campos y Barella (1998: 66) lo encontraron en la edición de 1956 del *Diccionario de la Real Academia*, en *El críticón*, de Gracián, y en *El molino de viento y otras novelas cortas*, de Camilo José Cela¹²⁰ (*loc. cit.*). Tal es, por ejemplo, el uso que de él hace una catedrática de la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, Ana Dolores Guzmán, en una protesta por un infundio, en la Revista Rumbo (año V, No.295, del 27 de septiembre de 1999, p. 2). Un caso bastante inusual,

está visto: «perro que ladra no muere» (11CV, 46VM, 25AF), o, para decirlo del modo que lo hacían nuestros predecesores latinos, *canis timidus vehementius latrat quam mordet*, «el perro medroso ladra más que muerde» (Herrero Llorente, 1985: 71).

pues entre los académicos y escritores del país, a diferencia de lo que sucede con el pueblo llano, sobre todo campesino, no siempre hay acuerdo en cuanto a la significación, pertinencia o veracidad de los dichos, y es cada vez menos frecuente su empleo. No advierten que al proceder de ese modo renuncian, *in fact*, a un inagotable tesoro de experiencias y sabiduría. Pero no por ello es censurable su modo de conciencia; entre las tareas de los intelectuales ocupa un sitio de privilegio la de fungir como conciencia crítica de la porción de humanidad a que —por vocación, por destino o por origen— pertenecen. No hay que confundir los planos, pero los pueblos, para vivir, para ser y permanecer, precisan más de certidumbres que de verdades o de aperturas a la reflexión crítica. Razón es que cada uno cultive el arte de poner cada cosa en su punto. Que cada uno haga lo que tiene que hacer y no cualquier cosa, al igual que en la utopía platónica¹²¹. A lo mejor ahí resida una de las tablas de salvación de nuestra nación. La encrucijada en que se encuentra, simple y sencillamente, ya no toca a la puerta: nos está rasgando el rostro sin piedad. A los intelectuales, por ejemplo, no les está dado sino hacer un uso libre de su razón, más allá de cualquier capilla, de cualquier vocación electiva y de cualquier interés, personal o de fracción, como hace el joven intelectual Jacinto Gimbernard Pratt en un artículo de opinión que titula «¿Quien calla otorga?... pues no» (Listín Diario, viernes 28 de noviembre de 1997, p. 104).

La diferencia de enfoque es un requisito primordial para que haya diálogo, y el diálogo es fundamental para la amistad, en pequeña o grande escala. Y en ello, la palabra, desempeña un papel de primer orden; no cualquier palabra, obviamente, sino aquella que es necesaria, franca, oportuna y, sobre todo, clara.¹²² Las naciones son, en cierto modo, proyecciones abstractas del sentido de la amistad subsistente entre sus miembros, en el mismo sentido que la historia tiene el sello de las biografías de los ciudadanos que participan de los núcleos de poder y de decisión. El reconocimiento del *otro* es el primer

¹²¹ Platón (1998: 168): «En nuestro Estado el hombre no se desdobra ni se multiplica, ya que cada uno hace una sola cosa (...). Por esta razón, en nuestro Estado únicamente hallaremos el zapatero que fabrica calzado sin ser piloto además de fabricante, y al labriego que es labriego, pero no es juez al mismo tiempo que labriego, y al militar que es militar y no es comerciante además de ser militar, y así con todo el resto» (397d-e). Véase, además, 423d y 433d.

¹²² «Mientras más claridad, más amistad». Rodríguez Demorizi (*id.*: 188) y Vallejo *et Paredes* (*id.*: 243) recogen la versión «Mientras más amistad, más claridad», que nunca ha sido escuchada por quien esto escribe.

paso hacia el descubrimiento de una masa crítica de ensueños e intereses compartidos. Sin apertura hacia el prójimo es imposible acceder a la conciencia de la necesidad del *nosotros*. Un pueblo es siempre resultado de la intervención de un conjunto amplio de variantes humanas y, por ende, culturales sobre la base de un fondo común de verdades. El cultivo de la amistad en términos particulares e individuales, como la familia, constituye un fermento por excelencia de las formas sociales de la vida de relación. La amistad, cual ya lo entrevieron Cicerón y Aristóteles, supone la afirmación de un cierto plano de igualdad en quienes bajo su sombra se cobijan. Ahora bien, ¿es éste, por ventura, el modo de pensar característico del dominicano medio?

3.3 El saludo y los géneros de la amistad

Conoce el dominicano medio una gran variedad de claves y señales de cortesía que propenden al acercamiento entre los seres humanos con que da a su paso, una veta que matiza el componente individualista de su mentalidad. Su buena crianza y su hospitalidad son de dominio común, como se verá más adelante. Los testimonios abundan así entre los nativos como entre los extranjeros.¹²³ Faustino Pérez registra nueve variedades de

¹²³

Fernando Sainz Ruiz, uno de los múltiples intelectuales que se estableció en nuestro país a raíz de la guerra civil española, ex diputado socialista en las Cortes Constituyentes de 1931, describe de este modo el impacto que el trato de los dominicanos produjo en él: “Recuerdo como si fuera ayer, una de las primeras cortesías de que fui objeto en el terreno de la hospitalidad. Visité un hogar dominicano (...). Oí y conté muchas cosas, y cuando me disponía a marcharme me ofrecieron permanecer varios días de visita. He aquí mi primera sorpresa, y uno de los factores que me indujeron a desistir de firmar mi contrato con la Universidad de Quito” (1995: 112). Ramón Emilio Jiménez se refiere en parecidos términos a “nuestro hidalgo rústico”: “En su casa se extrema en ser amable. Espera, preparado, la visita del amigo (...). Siempre gentil, la cortesía de nuestro hombre de campo está en todo tiempo a flor de oportunidad, brillando en gestos, modales y palabras. (...). En ocasiones la cortesía se confunde con la hospitalidad: es cuando franquea la puerta a un extraño que no sabe quien es y lo recibe con vivas demostraciones de agrado” (1975: 31, 33, 34). Corrían los primeros años del decenio de los ochenta del pasado siglo cuando quien esto escribe, estudiante de Filosofía de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, viajaba cada fin de semana a su pueblito de origen, situado en el noroeste de la isla. Muchas fueron las ocasiones en que vi llegar la noche, a la espera de vehículos que me transportasen hasta el lugar de destino. En Tenares, en Salcedo, en San Francisco de Macorís. La historia fue siempre la misma: fui invitado a dormir y a cenar a una de las viviendas de las proximidades, sin que mediasen trato ni conocimiento previos entre el viandante y aquellos que, de buen grado le brindaron cálido y oportuno hospedaje. Prisiones de *longe durèe* que en los últimos diez años han socavado la delincuencia común y la cultura de la sospecha que trae consigo la proliferación del tráfico de drogas. Muestra de que la circunstancia histórica también influye de manera determinante en la configuración de la mentalidad de pueblos, grupos e individuos. Las mentalidades son productos históricos, no sustancias.

saludos: el abrazo, el adiós, el apretón de manos, «el típico saludo occidental» surgido en Europa, el besito que también «proviene de Europa», la «mordida en la pantorrilla», con los puños, con puño y mano, imitando a los militares y el toque de hombros (2000: 81-82, 86-87, 96-97, 107-108, 209-210, 257-258, 259-260, 276-277), tres movimientos combinados de manos y dedos que denotan unión o amistad (2000: 231-233); y sólo uno orientado a designar enemistad (2000: 157-158). ¿Se sigue de ello que el dominicano es amistoso? No, por cierto. La amistad constituye el grado supremo de las relaciones interpersonales para él, como se verá más adelante. Raya en la hermandad. No es, la de categoría que pueda prodigarse a manos llenas y sin cuidado. Sólo algunos seres están realmente vocados para la adhesión fraterna; no todos saben ni pueden serlo de manera cabal. Razón es que se proceda con tacto y, acaso, con recelo a la hora de entrar en la arena siempre movediza de la camaradería.

El dominicano, de puro agradable en el trato y cortés en la conversación, posiblemente mueva a pensar que, por la facilidad con que dona la palabra, regala una sonrisa u ofrece un saludo, también entrega el corazón. No es así. Otro testimonio escrito en los años cuarenta por Fernando Sainz Ruiz ilustra esta veta de nuestra estructura mental: «El trato amable adquiere su máxima expresión cuando al ser insuficientes las frases netamente corteses, se apela a las amorosas. Recuerdo con amargura, pero con la resignación de lo que no tiene remedio, lo que me sucedió recién llegado a este acogedor país. Sentí curiosidad y deseo de probar las frutas no prohibidas criollas. Pensando en lo que costaban en España una piña o una caja de guayaba, fui al mercado y me dirigí a una vendedora bastante buena moza; que me atrajo mucho más que un buen mozo instalado en el mostrador de enfrente. Recuerdo el breve diálogo, palabra por palabra:

– ¿Tiene usted piñas?

— No, *mi vida*.

– ¿Y guayabas?

— No es tiempo, *mi amor*.

Una corriente de sorpresa y optimismo sacudió mi marchito corazón. Con mi calva, no prematura, y aquella estampa de derrotado no podía sospechar que aún

podiese inspirar semejantes ternuras. Pero, ¡ay!, luego he visto que aquello fue pura cortesía dominicana» (1995: 117).

Lo que se llama amor o amistad son asuntos mucho más complejos. El saludo y las buenas maneras habitan en la superficie de las relaciones interpersonales. Brotan a borbotones al mero contacto entre dos seres humanos. Hoy no menos que ayer. Refranes tales como «Los buenos días no se le niegan a nadie» y «El saludo no se le niega ni a los perros», más que estados de conciencia pura y simplemente, constituyen ribetes de su manera de ser. Son inseparables del entramado de su vida cotidiana. No es preciso conocer, haber tratado o visto antes a alguien para recibir los saludos de los hijos de esta tierra a aquellos con quienes topan. Con frecuencia, incluso, al gesto suele acompañar la pregunta por la salud, el estado de ánimo y la situación de los parientes del interlocutor.¹²⁴ La vocación cortés del dominicano medio encuentra adecuado correlato en la práctica del servicio desinteresado, incluso a extranjeros y vagabundos, sin que se detenga demasiado en los posibles riesgos a que podría exponer sus bienes o su persona. La predisposición para «hacer el bien, sin mirar a quien» (36CV, 7VM, 4AF) ha devenido en una suerte de segunda naturaleza; está convencido de que «el que ayuda a otro a cruzar un río, lo cruza a su vez». La vida es como una rueda en la que los desprendidos de hoy pueden ser los menesterosos de mañana. Una férrea necesidad que no excluye sin embargo la posibilidad del azar rige los desplazamientos del mundo y de la vida. Practicar el bien en el presente abre las puertas a la ajena generosidad de los días por venir, y viceversa. Es preciso, pues, tender la mano, «Hoy por ti, mañana por mí» (8CV, 5VM, 2AF); pues «Nadie sabe, y sabe Dios» (Cruz Brache, *id.*: 184).

¹²⁴

Cfr. Sainz Ruiz (*op. cit.*: 114-115): «Luego vinieron los encuentros y saludos por la calle y a domicilio. (...) El de la más alta cortesía es el saludo con el sombrero (...). Lo que yo no había visto era un caballero que al encontrar a otro señor en la calle permaneciera descubierto mientras conversaban, como hace el dominicano. Conmigo han tenido varias veces esta cortesía, y agradeciéndolo vivamente me he sentido confundido sin saber qué hacer». Cfr. Jiménez (1975: 33): «El dar la mano es prenda de indiscutible don de sociabilidad. Si llega a velorio, fiesta o matrimonio, da tantos apretones de manos como personas haya en la reunión, y al despedirse repite la escena afectuosa sin omisión de ninguna». Sainz (*loc cit.*): «La sencillez dominicana, para saludar, dice: ¡Saludos! En cambio, al cruzarnos por la calle no se conforma con el ¡adiós! castellano. Decir adiós, un poco de prisa, parece que lleva envuelto el deseo de pasar o de que pasen de largo, sin que nos detengan. El dominicano, más cordial, nos dice al pasar: ¿Cómo está?; esto es, se interesa por nuestra salud y bienestar. Pero lo original y gracioso es que sigue caminando sin esperar respuesta». Jiménez (*ibid.*: 32): «Su mayor placer es saludar a los pasantes y detenerse en todas las viviendas a estrechar la mano amiga, preguntando por todos los de casa, desde el abuelo hasta el último vástago de teta».

Si nada hay completamente seguro, en términos humanos, ¿qué mejor que poder contar con los demás en las horas en que su asistencia se haga indispensable? ¿Cuál si no ese es el sentimiento que alienta a aquel pasaje excepcional del discurso del presbítero Fernando Arturo de Meriño en la jura de Buenaventura Báez, el 8 de diciembre de 1865, tantas veces rememorado?¹²⁵ ¿No es éste el mismo espíritu que mueve al hombre corriente de nuestros campos, pueblos y ciudades a repetir, para sí y para quienes le escuchan, que «este es el país de las maravillas», donde «el día más claro llueve», con tal fuerza de convicción que no puede menos que irradiar su voluntad y ejercer decisivo influjo sobre su conducta pública?¹²⁶ Aprensiones de este tipo inducen al dominicano medio a extremar las previsiones, a llevar hasta insospechados límites el cuidado en el trato a profundidad con los demás, sin dejar por ello de apreciarle y de servirle. Ante semejante sensación de cataclismo intermitente, ¿puede tenerse como feliz acierto o grande desatino «pisar con pies de plomo» en el ámbito de las relaciones humanas?¹²⁷ La recta circunspección es el

¹²⁵ Meriño (1960: 49): «¡Profundos e inescrutables secretos de la Providencia...! (...) Tienen lugar en este país sucesos extraordinarios...! Tan inesperado acontecimiento tiene aún atónitos a muchos que lo contemplan...! Empero, yo, que sólo debo hablaros el lenguaje franco de la libertad; que he sido como vos aleccionado en la escuela del infortunio, en la que se estudian con provecho las raras vicisitudes de la vida, no prescindiré de deciros que no os alucinéis por ello; que en pueblos como el nuestro, valiéndome de la expresión de un ilustre orador americano, "Tan fácil es pasar del destierro al solio, como del solio a la barra del senado".

¹²⁶ ¿No será, al propio tiempo, semejante conjunto de ideas-fuerza el que hace posible expresiones al uso como "¿qué se puede esperar de un país donde al saber le llaman chepa y al peso tolete?", la libre elección, para sus obras, de títulos como *Un día cualquiera* (1958) y *Todo puede suceder un día* (1982), de parte de Virgilio Díaz Grullón y Diógenes Valdez, respectivamente, así como el empleo por la población, de denominativos de naturaleza despectiva, como "paisaje", para referirse al espacio vital que habitamos? ¿Cuál si no ésa es la fuente nutricia de situaciones como la que que, con el título "Nunca soñé con ser presidente", recoge Figueroa (2003: 362): «Una de las niñas preguntó al jefe del Estado si había soñado alguna vez con dirigir los destinos del país. "¡Que va, no! Yo nací en un joyo, por allá, en un campo de Santiago", "Y yo tenía que estudiar con una lámpara. Me levantaba a las 6:00 de la mañana, me desayunaba y regresaba a las 4:00 de la tarde. Sin comer. Comía a las 4:00 de la tarde. ¡Muy difícil", comentó. "Dime tú", preguntó el presidente Mejía a la estudiante, "un tipo de un país así, nacido allá, ¿qué iba a pensar que iba a llegar al Palacio Nacional?». Cfr. afirmación de F. J. Arnáiz en el prólogo a *Algo de lo que he dicho...* (1985: 8): "pocas cosas hay tan esclarecedoras para percatarse de un período histórico en un lugar determinado como rastrear los análisis, recriminaciones y exhortaciones de sus personajes principales".

¹²⁷ A resguardo de presunciones tan graves como aquella de que "después del palo da'o ni Dios lo quita" medra un frondoso raudal de adagios que mueven a quienes los asumen como verdades axiomáticas a proceder con miramiento, y no sólo al entrar en comercio con sus semejantes: "es mejor precaver que tener que remediar", "es mejor precaver que tener que lamentar", "el que no mira a'lante, atrás se jaya", "más vale un *por si acaso* que un *yo pensé*", "hombre precavido vale por dos", "es fácil ser genio después que las cosas pasan". Dubitación y prevención marchan de la mano en la estructura perceptual de los dominicanos de los más diversos rangos y condición, como lo atestigua aquella frase del general Ulises Heureaux que, por demás, lo retrata como político y

antídoto de la inseguridad que suele acompañar a quienes pocas o ninguna de las variables de su existencia tienen bajo control (decisiones básicas, tiempo, porvenir). En casos como éstos el recelo deviene un mecanismo al servicio de la autopreservación. En ningún caso, sin embargo, llega este signo de nuestra mentalidad a constituir valladar que impida la apertura hacia nuestros semejantes.

Tan buena estrella exhibe el dominicano medio en los fastos de amistad que, consciente o inconscientemente se empeña en evitar en sus conversaciones el adverbio negativo, lo cual por demás le agrega mayor significación a las ocasiones en que lo utiliza. Ante una petición frente a la cual está en desacuerdo, raras veces dirá *no*. Tiene en su haber expresiones múltiples que comunican lo mismo, pero que son dichas con tal gracia y suavidad que semejan concesiones: «Cuando la rana eche pelos» (Rodríguez Demorizi, 1983: 71), «en la semana de los tres jueves», «en octubre», «El 30 de febrero», «cuando llueva pa' 'riba». El *eso si no* que tan poderosamente aprisiona la atención de Sainz Ruiz (*id.*: 136) expresa, por contra, una matización del *no* inevitable; cuando es forzoso decir *no*, se lo hace preceder de su contrario, *sí*! Acaso esta callada resistencia a decir *no*, tenga algo que ver con los luengos años de esclavitud y de servidumbre que conocieron los proto-dominicanos de los siglos XVI, XVII y XVIII. Pero, también, con las sucesivas dictaduras y tiranías que han caracterizado al período Republicano. Una negativa en ciertas circunstancias bien podía representar diez o quince azotes, el cadalso o el paredón. Decir *no* puebla el alma de nuestro hombre medio de una sutil pena culpable que luego envuelve su entendimiento en una atmósfera de culpa, preguntas y arrepentimiento. Esto hace que, con no poca frecuencia, contraiga compromisos que también le llenan de pesadumbre el corazón.

Algo de ello late en el trasfondo de nuestros comunes *así es* y *¡cómo no!*, como deja sugerido Fernando Sainz Ruiz, el gentil aquel exiliado de la Guerra Civil Española que no cesó de maravillarse con las particularidades de nuestra conducta verbal.¹²⁸ El

como hombre de armas: "La sabiduría es saber dudar, y nada conviene más que estar a todo evento prevenido" (Rodríguez Demorizi, 1980: 82).

¹²⁸

Sainz Ruiz (1995: 116): "El dominicano ha resuelto maravillosamente el modo de no contradecir ni contrariar, sin comprometerse, en cambio, absolutamente, a nada. Si exponemos nuestra opinión, nos dirá: así es. Si queremos algo, nos contestará: cómo no". Cfr. Bosch (1988: 21-22): "Toda sociedad va formando a sus miembros desde el momento en que nacen, y lo hace a través de la

buen talante, en el trato y en la conversación, son joyas de guardar. En ello nos diferenciamos de nuestra parentela cultural europea. Para ellos, como para el evangelista, por lo general su *sí* es *sí* y su *no* es *no*. Aun a costa de parecer excesivamente «ceremonial» o «papelero» —como dicen en nuestro llamado sur profundo— bien vale la pena que el dominicano medio, sobre todo aquel que habita en la campiña, haga gala de bondadosa cortesía. Poco cuenta, para el caso, la plataforma espiritual desde la que lo haga, e incluso los fines y las condiciones que a obrar de ese modo le lleven. La gentileza a nadie daña; antes bien, deja en el aire un inconfundible aroma de azahar y de romero que a posarse en otras almas tiende. El buen trato, el favor recibido, la palabra amable, siempre llevan aneja la posibilidad de repetirse o reproducirse, en otras personas, en otras circunstancias. El don de gentes es una de las características con que suele distinguirse al dominicano entre los restantes miembros de la comunidad iberoamericana de naciones; y esa es, a mi ver, una actitud que preanuncia un alto sentido de humanidad y una especial vocación para la vida en común, por más que ello no necesariamente implique amistad en sentido estricto. ¿Puede haber premisa mejor para llegar a ser un gran país, una nación digna de ese nombre?

Una de las facetas de esta tendencia a darse sin remilgos a los demás se presenta bajo el ropaje de una inveterada costumbre: el empeño que muestran en orientar, e, incluso, en conducir hasta su mismo destino a quienes preguntan por alguna dirección. Ramón Emilio Jiménez, en *Al amor del bohío*, cuya primera edición data de 1927, dice al respecto: «Es en extremo cortés con el peregrino que va a él en busca de informes para dar con alguna casa. Enseguida sale al camino y le traza el rumbo, y ve el favorecido, en aquel cuerpo quemado por el sol, un rostro amable, de suaves líneas bondadosas y ojos alegres como estrellas: Y si el viajero fatigado le pregunta si está próximo al lugar a donde se dirige, nunca lo desalienta con la declaración de que está lejos, antes bien lo reanima con esta tónica frase: ‘es allí’, a la manera que el maestro de escuela conforta el interés de sus alumnos diciéndoles: ‘esto es fácil’, aunque no lo sea. Si es un extraviado que recurre a él buscando un práctico para salir del sitio en donde se ha perdido, nuestro buen hombre

madre, del padre, del núcleo familiar, mediante una enseñanza que se va transmitiendo por medio de la palabra o por presión de los acontecimientos cotidianos. Esa presión es la que va creando la psicología de los seres humanos, lo que nos indica que la psicología es obra de la sociedad y no ésta de aquélla, aunque, como sucede con todo lo que vive, una influya en la otra y viceversa, para modificarse mutuamente".

abandona su trabajo y sale delante del desconocido, con la satisfacción del bien que hace, y no se retorna hasta haberlo puesto en salvo» (1975: 33-34).

Paradójicamente, de ello en modo alguno se puede colegir amistad. La amistad se mueve a niveles más hondos, atalaya más alto, va mucho más lejos. La *amigabilidad* es una moneda menos común que la cortesía. Ello así por dos razones. La primera se relaciona con la elevación a la condición de principio, del deber de hacer el bien, o al menos de evitar el mal.¹²⁹ La segunda, con la diferente manera en que son concebidas las palabras y las apariencias y lo que las cosas son, más allá o más acá de deseos, apreciaciones o conveniencias.¹³⁰ Lo que bien pudiera parecer hipocresía, también podría ser entendido como urbanidad o buenas maneras. Ceder un poco de la propia libertad y de los propios deseos, implica un tanto de manejo de apetitos, reacciones e impulsos de naturaleza casi inconsciente. La moderación de nuestras pulsiones con frecuencia toma la expresión augusta de lo que por estos lares se da en llamar *educación*.

El hogar de la convención es al propio tiempo alero a la virtud y la sociabilidad. «La sinceridad —ha escrito Ortega, con la gracia, el tino y la fluidez que le caracterizan— es un hábito negativo que ejercitan todos los animales, y se reduce a no interponer entre las excitaciones de fuera y las reacciones espontáneas que de dentro responden, lo que podríamos llamar un cortocircuito. Unos cuantos hombres sinceros en el recinto del

¹²⁹ "Haz bien y no mires a quien" (36CV, 7VM, 4AF), "Ama a tu prójimo como a ti mismo" (3CV, 0VM, 0AF), "Agua que no has de beber, déjala correr" (11CV, 4VM, 2AF), "Yo a quien no le doy, no le quito".

¹³⁰ Aunque usar las palabras como medios al servicio de la verdad es una virtud que confiere una cierta autoridad a quienes de ellas de esa manera se sirven. Cuando alguien se dice dispuesto a "Llamar las cosas por su nombre" (Vallejo *et Paredes*, *op. cit.*: 218), o a "Llamar al pan pan y al vino vino" (Rodríguez Demorizi, 1950: 52), o se precia "no tener pelos en la lengua" (Cruz Brache, *ibid.*: 199), o de que "Cuando yo digo que la burra es baya es porque tengo los pelos en la mano", por lo general la postura de su cuerpo, sus gestos y el tono de su voz dejan ver que se está en presencia prácticamente de un oráculo, de alguien que está en condiciones de hablar en clave doctrinal. Sin embargo, el mismo énfasis sugiere la existencia de la tendencia contraria: "Las palabras se las lleva el viento" (Rodríguez Demorizi, *ibid.*: 171, Cruz Brache, *ibid.*: 155), "Palabras y plumas se las lleva el viento" (Rodríguez Demorizi, *id.*: 215), pues como "La lengua no tiene hueso" (*id.*: 167) no faltará quien dé posada en su boca a todo tipo de necedades, falsedades o naderías, en cuyos casos será preferible el recurso a la escritura, pues "Papeles amarran lenguas", que "Lo escrito, escrito está" (Cruz Brache, *id.*: 159, Vallejo *et Paredes*, *op. cit.*: 223; *Cfr.* Evangelio según San Juan 19, 21-22). Considérese también: "Lo cortés no quita lo valiente" (Rodríguez Demorizi, *id.*: 174, C. B. *id.*: 159), "No todo lo que brilla es oro" (31CV, 16VM, 5AF), "Caras vemos, costumbres no sabemos".

Congreso acabarían dándose de puñaladas. El orangután es el hombre sincero» (1983, I: 148). A lomos de la expresión bien temperada, e incluso de la palabra cariñosa, se desplazan los sillares primigenios de la vida en sociedad.

3.3.1 Amigos, conocidos y personas

Donamos con facilidad la palabra amable y, la buena disposición para el servicio a los demás; no así el amor ni la amistad. Las expresiones de aliento, las soluciones a las dolencias ajenas, la reverencia de una mano que se agita o de una cabeza que se inclina son partes inseparables de nuestra cotidianidad. «¿Qué más da?, un saludo se le da a cualquiera», «Los buenos días no se le niegan ni a los perros», «Un favor se le hace a cualquiera», «Lo cortés no quita lo valiente»: saludo y amistad, solidaridad y amistad, en modo alguno son inseparables. La amistad ocupa en la mentalidad del dominicano medio un sitio contiguo a la hermandad. Tres son los vínculos inter-personales apreciables en este ámbito: conocidos, personas y amigos. Maceo (1989), Uribe (1996), Richard (2000), Deive (2006), Paulino *et* Castro (2005), ni Inoa (2010) recogen esta distinción, pero en el habla popular dominicana constituye un principio activo que permite tamizar los niveles de entrega o de confianza que operan en la vida de relación.

El conocido es aquél a quien se ve pasar y se saluda, pero sin trabar nunca siquiera conversación con él. Es la categoría elemental en el orbe de las relaciones humanas. Constituye el extremo del amigo, si bien de ninguna manera es su opuesto lógico. Antes bien, es el primer momento de lo que un día puede llegar a ser una amistad. Al conocido se lo asume como entidad separada del yo; por eso no existe en el habla común la expresión «somos conocidos» en este modo entendida, pero sí la correspondiente a persona. Aquél es, sin más, alguien de cuya existencia se es consciente. Poco importa su real catadura. No nos afecta: «más vale un malo conocido, que un bueno por conocer». Cuando de amigos o personas se trata, sin embargo, la perspectiva cambia de manera sustancial.

La *persona* ocupa un punto medio entre el amigo y el conocido. La frase «somos personas» denota la presencia de un vínculo que incluye una cierta contiguidad. Más allá del dar la mano o donar el saludo al pasar, comporta una comunidad de acuerdos básicos,

si bien de orden elemental. La relación con los que en ésta o aquella categoría son incluidos no está libre de recelos y aprensiones, sin embargo. La mayoría de las notas alcibaradas que en torno a la amistad se deslizan de una boca a la otra tienen que ver con estas suertes de amistades en proceso, a las que, por confusión o falta de información, se suele denominar amistad en sentido estricto. La reacción no se hace esperar: «Amigo es el ratón del queso, y se lo come» (2CV, 2VM, 2AF), «Amigo es un peso en el bolsillo, si no está roto» (0CV, 4VM, 2AF). Poca es la consideración existente entre quienes sólo son *personas*. El móvil básico parece ser el intercambio, cosa que queda por completo excluida del universo de la amistad. Lo que bajo semejantes condiciones se ofrece, como en la anécdota del cañón del compadre de Lilís¹³¹, está mediatizado por un interés ulterior: «Las manos que dan esperan» (1CV, 0VM, 0AF), «Las manos que dejan caer pueden recoger» (1CV, 0VM, 0AF), «Hoy por ti, mañana por mí» (8CV, 5VM, 2AF), «Guarda pan pa' mayo y harina pa' abrí', que a tó' el pijotero le gusta pedir» (8CV, 0VM, 1 AF), «Una mano lava la otra, y las dos lavan la cara» (Vallejo *et Paredes*, *id.*: 360), «Amor con amor se paga» (2CV, 2VM, 0AF).

Este costado de la mentalidad del dominicano medio acaso exprese en el plano de las relaciones inter-personales, específicamente el de la amistad, un momento de ruptura equivalente al que supuso la industrialización con respecto a lo que el Marinas (2001: 18) denomina el *Antiguo Régimen*: «Los procesos de producción social rompen —con la industrialización— los parámetros estructurales y culturales del Antiguo Régimen. (...). Cuando la industrialización adviene, el espejo de la producción invade toda la vida (...). La determinación desde el mercado, la conversión de todas las relaciones sociales en la forma-mercancía, supone que el valor de cambio es mediador para todo modo de interacción y de cultura». La República Dominicana tiene hoy mucho más de sociedad del consumo que de sociedad industrial —etapa que no ha conocido en sentido estricto—,

¹³¹ De visita en Europa, un compadre decide traerle un presente al general Ulises Heureaux, un cañoncito de oro, para su escritorio. Al momento de recibirlo, Lilís le pregunta, en tres ocasiones, si la diminuta pieza de artillería dispara. El interpelado le responde, igual número de veces, que no. El huésped, finalmente, se marcha. Pasan días, semanas, meses. Al filo de un año, cayó en desgracia con el Gobierno un sobrino del compadre del general. Sin pensarlo dos veces, le giró una visita a su compadre el presidente a los fines de interceder en favor de la libertad de su pariente. Al recibirlo en su Despacho, las primeras palabras del general Lilís fueron: "Usted ve, compadre, que el cañoncito de oro sí dispara".

pero ello no obsta para subsistan en el discurso público manifestaciones propias de un estadio anterior; que «no existe una compartimentalización, un hiato, entre una forma y la que le sigue en el tiempo. (...) son muchos los rasgos que de una quedan en la siguiente como ‘restos’ no inactivos, como posibilidad que pueden activarse aunque sea en otro contexto estructural e ideológico» (*ibidem*: 89).

La amistad poco o nada tiene que ver con intercambios y esperas de retribuciones. Es darse sin esperar ningún tipo de retorno. Cultivar de manera irrestricta la lealtad, más allá de tiempos y distancias. Es el reino de la transparencia sin remedio, de la tolerancia que burla incluso el sentido de lo equitativo, que cierra los ojos frente a los defectos y vela el espejo del alma, más allá de conveniencias y de pasión por la verdad. El amigo es el sucedáneo perfecto del pariente más cercano en los casos en que el auxilio se hace indispensable.¹³² El dominicano medio, a pesar de su acendrada vocación para servir, sólo en situaciones límites se apresta a pedir favores. Prefiere afrontar por sus propios medios los vaivenes de la vida, los golpes del destino. Acepta de buen grado que «Amigo leal es el que, más que en el bien, te acompaña en los malos momentos» (Vallejo *et* Paredes, *id.*: 55), y que «En la cama y en la cárcel es que se conocen los amigos» (ICV, 0VM, 0AF), pero la tendencia es aplicarlo a sí mismo, nunca a los demás. Los amigos se tienen para servirles, no para ser servidos por ellos. Así, pues, que lo que, en torno a la amistad dice Bierce (2000: 22), jamás encontraría eco en el cordaje interior de nuestro hombre medio.¹³³ Paradójicamente, una prueba incontrovertible de confianza hacia el amigo es la decisión de su homónimo de *valerse de él*, ocuparlo o pedirle un favor; que, como el escritor evangélico, más aprecia el dominicano el «dar que recibir» en el espacio luminoso de la camaradería.

¹³² "El pariente es el vecino mas cercano", "Al amigo y al caballo, no apurallo" o, como reza la estrofa con que lo presenta el puertoplateño José Agustín Puig, en *Del refranero criollo* (1940):

No te impaciente' y espera
si aiguno te b'ayudai:
ai cabayo y ai amigo,
no se deben de apurai

(Rodríguez Demorizi, *op. cit.*: 49-50). "Más vale amigo cercano, que familiar lejano" (sondeo), "Al amigo hay que amarlo con su vicio".

¹³³ "Embarcación capaz de llevar a dos personas si hace buen tiempo, pero solamente a una cuando el tiempo es malo".

Resulta fácil, hechas estas precisiones, descubrir los ecos lejanos del conocido verso del Eclesiástico: «El que encuentra un amigo, encuentra un tesoro» (VI, 14) y comprender por qué ha tenido tan buena fortuna entre nosotros la ya conocida frase «un hermano es amigo que nos da la naturaleza; un amigo, un hermano que nos da la vida», que es posible admirar en viviendas, salas de espera, oficinas y consultorios, laminados colgados de las paredes, así como la amplia difusión aquí alcanzada por el libro *Cómo ganar amigos e influir sobre las demás personas*, de Dale Carnegie. Con tan rebuscados requisitos y tan arduo proceso, razón es que cada uno se empeña en retener lo que tiene, y en acrecer el número de quienes tan selecta posición ocupan, habidas las debidas cautelas. En ningún caso será, pues, la amistad vocación u objeto de multitudes. Es flor que sólo en pequeños espacios emerge, a veces, incluso, con exclusión de otros. Que también aquí, como en el amor, suelen asomar los celos su impredecible cabeza de Medusa.¹³⁴

3. 4 El universo inter-personal como cifra de cohesión social

Muchas de las creencias que nos constituyen como pueblo fueron incubadas en otros tiempos y por otros hombres. Algunas tienen entre nosotros su origen;¹³⁵ otras, nos han sido legadas, en forma de fórmulas condensadas de sabiduría, por pueblos pertenecientes al hemisferio Occidental en la mayoría de los casos. Al ser asimiladas, se las dota de nuevos aires y de nuevos alcances. Nada permanece intacto, así sea en el orden semántico, con pasar de los años y la transmisión de un ser humano a otro; y menos aún, al vacar de un universo simbólico colectivo a otro. El percepto que de la amistad tiene el dominicano comporta un profundo sentido de apertura hacia los demás, aun en sus niveles más elementales (conocidos, personas). Semejante ribete de su mentalidad, al proyectarse sobre la totalidad social, prefigura, *mutatis mutandi*, una cierta inclinación hacia la confraternidad con otros pueblos del mundo.

¹³⁴ "Amigos, pocos y buenos" (Vallejo *et* Paredes, *id.*: 55), "Amigo de todos y amigo de ninguno, todo es uno", "De cien, se pué sacai uno" (Demorizi, *id.*: 56-57).

¹³⁵ Henríquez Ureña (1982: 114-115) propone veintiún refranes como "de formación o reconstrucción local".

He aquí un momento de su estructura mental a ser tomada en cuenta, desde una doble perspectiva. En primer lugar, para corregir sus excesos. En segundo lugar, para orientarla debidamente. La apertura sin criterio, entendida como fin en sí mismo, bien puede ser signo de profundo desatino, antes que de humanismo, amplitud de miras y buen criterio. Máxime en tiempos como éste, en que, verbigracia, so pretexto de la defensa de los derechos autorales (fin noble) se termina por impedir la debida aclimatación de usos, bienes y estereotipos llegados del extranjero (consecuencia espúrea). Toda suerte de chantaje padecen los Estados nacionales para que procedan de igual manera en muchos otros asuntos —exclusiones de asambleas en la Organización Mundial del Comercio, congelación de empréstitos y de supuestas donaciones, presuntas certificaciones de buena conducta, etc.—. Cuanto se necesita en las franquicias de comida rápida y en las llamadas zonas francas, por ejemplo, excepto el local y el personal, proviene del extranjero; por lo general, del país donde está ubicada la casa matriz. Y por signo de progreso y de desarrollo se toma, sin embargo, la presencia de tales instrumentos de comercio.

Se apuesta, en el fondo, a la sustitución de unos hábitos, de unas actitudes, de unas maneras, por otras u otros, que son asumidas como buenas y válidas, y hasta como superiores. ¿No es legítimo, ante semejante situación, volver la mirada, hacia el centro de nuestro pecho? Ello no implica, necesariamente, como con frecuencia se afirma, coronar el gesto con derramamientos de sangre, montones de fríos cadáveres ni persecuciones sin cuartel contra quienes aman y hacen de la libertad de conciencia un ejercicio cotidiano, o tienen por innegociable inclinación el amor al hombre abstracto. Globalización, multiculturalismo, nociones claves del nuevo evangelio, si no se las delimita conceptualmente, pueden resultar, a los postres, engañosas; lo mismo que frases y sugerencias tales como las que preconizan «la muerte del concepto», «que las fronteras, entre los Estados nacionales, son textos sociales», que «no hay verdad ni mentira, sino, sólo, narraciones», y otros puntos de vista parecidos.

El ser de un pueblo no es una entidad abstracta, como la *substantia* del Porfirio de *Isagogue*. Es una realidad en *status nascens*; luego, el conocimiento que pretenda expresarlo pretenda, deberá ser «un saber en gerundio» (Henríquez Grateriaux, 1999: 23). Pero dirigentes y educadores de la porción de humanidad que nos es más propia e

inmediata, arquitectos y maestros constructores de la República Dominicana de mañana y de pasado mañana, también deberá hacer conciencia de la gravedad de la hora, y actuar a la altura de las circunstancias. Grande es el reto, complejo el panorama. La vocación de nuestro pueblo es la eternidad.

3.5 Encrucijada, reto y respuesta

¿Quién deja oír su voz en nombre del derecho a preservar nuestras costumbres, nuestros patrones mentales y de comportamiento? ¿Será que no se comprende que nos las estamos jugando como Nación y que, volver la atención hacia aquello que nos es más íntimo y característico, cual es el caso de nuestra mentalidad, sin absurdas cerrazones, puede ayudarnos a franquear sin menoscabo tan tormentoso trayecto? Una manera de comenzar podría ser la asunción lo que somos y cómo somos. Cara a cara con la contemporaneidad, no tenemos por qué renegar de nuestras estructuras de espíritu y de conducta, a nuestro modo de ser. Es, antes bien, lo contrario. Somos sujetos de derecho. El Estado nacional sigue siendo la unidad básica del orden internacional vigente. Los cambios históricos están mediados de manera irremediable por las actitudes y los puntos de vistas de las personas que en ellos intervienen.

Plantea Faustino Pérez que el gesto hecho a guisa de imitación del saludo militar, de uso común entre los dominicanos, procede de la forma en que se saludaban «los soldados de ocupación estadounidenses», pero dice, además, que entre nosotros se hace «de manera informal y más o menos desordenada», lo que ha dado origen a múltiples variantes relacionadas, entre las cuales hay una que «consiste en saludar, tocándose la frente, y de allí llevar la mano en diagonal hacia arriba. Esta modalidad combina el gesto antiguo de saludar con el sombrero y éste al estilo militar» (2000: 259-260). El pasaje constituye, me parece, retrato paradigmático de cómo son los dominicanos y de cómo se ha configurado su carácter nacional. Acaso aquí resida, además, una de las claves a observar para *permanecer*, cambiando, pero sin venir a menos, sin ser absorbidos, y sin dejar de ser: a) imitando lo que nos parezca valioso, aun provenga de quienes apuestan a nuestro desvanecimiento o, simplemente, no les importe qué pasa ni puede pasar con los

esquemas, vetas de comportamiento e instituciones que nos hacen ser lo que somos y no otra cosa; b) haciendo de ello las aplicaciones que resulten, o nos parezcan, necesarias, pertinentes y propicias a nuestro desenvolvimiento histórico; c) introduciéndole estilos y modificaciones tales que, cual hacen las abejas con el polen y el néctar de las flores, el producto resultante tenga por fuera que ser tenido como obra propia; d) mezclando los bienes, usos o productos recibidos con las manifestaciones vernáculas que les sean más cercanas, de manera que conviertan a aquellos en elementos culturalmente significativos para las generaciones presentes y sucesivas. Nada que contravenga nuestro derecho a ser y a permanecer como nación libre, independiente y con perfiles culturales definidos es aceptable desde ningún punto de vista.

A nadie puede obligarse a proceder en sentido opuesto al natural desplazamiento de lo viviente. Cada pueblo tiene derecho a ser y a organizar su vida institucional del modo que mejor entienda. Cada comunidad humana es única en la diversidad. Es irrepetible, aunque sólo adquiere sentido teniendo como telón de fondo el extenso tapiz de la humanidad. Por más que se empeñen en lo contrario quienes parecen especialmente vocados para empapar de sangre y preñar de osamentas la pesada tierra, leyes, sistemas de gobierno, hábitos e, incluso, la manera de entrar en relación con lo trascendente u organizar el culto, al pasar de un espacio-tiempo histórico a otro, experimentan toda suerte de modificaciones y sacudidas, a veces de tipo estructural. En el orden interno se da, a menor escala, el mismo fenómeno.¹³⁶ Los implantes, en términos sociales, tienen eficacia política o formal, pero no humana. Empero, como el cosmopolitismo tiene entre nosotros sus mensajeros y sus anunciadores, sus profetas y sus oficiantes, razón es que, quienes se asumen portadores de puntos de vistas alternativos, también hiendan el viento con sus voces. Las naciones más favorecidas, aparte de los aliados naturales que en todo tiempo encuentra el poder establecido, cuentan con un amplio contingente de defensores públicos de sus directrices mundiales, dentro y fuera de sus áreas de influencia. Sus miembros, de continuo, pertenecen a las élites económicas e intelectuales. Sus servicios son pagados o recompensados adecuadamente, como lo ponen de manifiesto dos libros, de suyo

¹³⁶ Cfr. Jiménez (1975: 85): "Una misma costumbre no puede ser idéntica en todas partes, de tal modo que, aun dentro de una misma limitación geográfica y política, una forma cualquiera de diversión adopta peculiares diferencias de matices en cada uno de sus pueblos, menos acentuadas que las que se advierten entre unos países y otros."

elocuentes, dados a la estampa entre finales del siglo pasado y principios del siguiente: *Los Estados Unidos y Trujillo. Los días finales (1960-1961). Colección de documentos del Departamento de Estado, la CIA y los Archivos del Palacio Nacional*, de Bernardo Vega (1999), y *La CIA y la guerra fría cultural*, de Frances Stonor Saunders (2001).

Tal vez nunca llegue a saberse a ciencia cierta cuán determinante ha sido el papel tutelar de imperios e invasores de toda laya en la forja de estrías en la plataforma subconsciente del dominicano. Con todo, en lugar de pedir disculpas y asumir su responsabilidad histórica, el asedio no cesa. Un día nos culpan de la delincuencia o de la adición a las drogas de sus ciudadanos y, al siguiente, de un fraude electoral en La Florida o de tener gobiernos corruptos. A principios de julio de 2005, una publicación oficial, incluía a la República Dominicana en una lista de veinte supuestos Estados fallidos. Bueno sería preguntarse qué pasaría si aplicáramos los mismos criterios a los que se dicen variables o desarrollo y se abrogan el derecho de hacer esos ejercicios, por una parte; y por la otra, si hubiera sido igual a la situación de haber podido nuestra nación construir por su cuenta y riesgo su propia historia. ¿Viviríamos igual de haberse dejado a Bosch completar su período constitucional? ¿Con qué derecho se dispuso la invasión militar de nuestra tierra, en momentos en que los defensores del retorno del gobierno libre y voluntariamente elegido estaban tomando el control de la situación, durante la guerra de Abril? Si no se hubiera exterminado a nuestros principales líderes juveniles durante los decenios de los sesenta y los setenta, ¿hubiera llegado a la Presidencia de la República, alguna vez, alguien de la catadura de Hipólito Mejía?

Es mucho lo que tienen que ver en la configuración del carácter y de la mentalidad de un pueblo, los casos ejemplares, de aplomo o de inconducta, en razón de que son protagonizados por las personalidades para las que las masas suelen reservar la mejor de las atenciones (políticos, maestros, líderes religiosos, los constructores de la denominada opinión pública y los intelectuales); pero también, el rimero de sus avatares históricos que, como una pátina, va quedando, retratado en las vivencias que se transmiten de generación en generación, casi siempre de manera oral, o estructurado en forma de palabras y expresiones típicas, algunas de las cuales llegan incluso a hacer fortuna, ya como refranes, ya entrando a formar parte de juegos, coplas, canciones o chascarrillos que de boca en boca

van, anudando con su gracia edades, estratos sociales diversos, así como al presente y al porvenir con los usos y esquemas de pensamiento del pasado.

Entre los distorsionantes básicos de la vida histórica de los dominicanos, las sucesivas incursiones de franceses, haitianos, filibusteros bien pudieron dejar su secuela de inseguridades e impredecibilidades de lo que en cualquier recodo del sendero puede aguardar. Nada se iguala, sin embargo, al impacto que en nuestra dificultad para descubrirnos como sujetos activos de nuestra historia han tenido las ocupaciones, invasiones e intervenciones de que hemos sido objeto, desde los albores del siglo XIX, por imperios, entelequias y parodias de potencias. Cada vez que, como pueblo soberano por derecho propio, hemos intentado escribir con peculiares trazos los senderos de nuestra vida institucional, ajena tutela nos ha urgido a desplazar conciencias y energías a defender, no ya el derecho a nuestra expresión y originalidad, sino a ser y permanecer en la condición de nación libre e independiente. Y cuando no es la presencia odiosa de la bota militar extranjera, es la tutela sobre nuestra economía, nuestras relaciones internacionales o nuestras decisiones políticas, lo que puebla de las incertidumbres sin nombre el porvenir, casi siempre a lomos de la connivencia, la ignorancia o la indiferencia de la política triunfante y de algunos sectores de las clases acomodadas que no acaban de entender que, como cuenta Aristóteles, al reseñar una fábula de Estesícoro, quienes, desde posiciones de fuerza, proponen alianzas u ofrecen ayudas y protección frente a enemigos interiores, reales o presuntos, por lo general terminan enseñoreándose sobre unos y otros, y, si no de todos, si al menos de la mayor o de la mejor parte de aquello que constituye la causa de la porfía. La Segunda Guerra Mundial, es de suyo, elocuente.¹³⁷

El sagaz Maquiavelo, previsor y detallista en cuanto convierte en objeto de su entendimiento, no titubea en advertir a quienes detentan el poder, cual que sea su concreta manifestación, lo mismo que a quienes padecen sus desbordamientos o se hallan en

¹³⁷ Aristóteles (1998-196): "cuando los de Himera eligieron a Fálaris como general con plenos poderes e iban a asignarle una guardia de corps, tras varios argumentos, les contó la fábula del caballo que estaba solo en un prado, pero vino un ciervo y le estropeaba el pasto. Queriendo castigar al ciervo, le preguntó a un hombre si no podía ayudarlo a castigar al ciervo. Y él accedió a condición de que lo dejase ponerle riendas y subirse encima armado de jabalinas. Una vez que hubo accedido, y el otro se le hubo subido encima, en lugar de castigar al ciervo, él mismo quedó esclavizado por el hombre."

tránsito hacia él, que recelen de las fuerzas auxiliares, es decir, de «Aquellas de las que se dispone cuando se llama a un poderoso para que con sus tropas venga a ayudarte o defenderte» (1983: 76), pues, a su ver, «Tales armas pueden ser útiles y buenas en sí mismas, pero resultan infaustas siempre para el que las llama, porque, si pierde la batalla, queda derrotado, y, si la gana, se constituye en algún modo en prisionero de quien le auxilió» (1968: 103); y bien merece la pena reproducir, también, la glosa que, al leer el primero de estos pasajes, estampó Napoleón Bonaparte, con su puño y letra, en el ejemplar de *El príncipe* que siempre le acompañó: «¿Inútiles? Es mucho decir. Cabe imaginar un medio de infundir al auxiliar la idea de una incorporación con sus propias armas, utilizando la estratagema de una confederación o agregación a un gran imperio» (*loc. cit.*).

El porvenir de la República Dominicana no está inscrito con firmes trazos en ningún cielo, en ningún astro, en ninguna luna. Será el resultado de los desplazamientos de la voluntad de sus nacionales, que no opera a partir de una conciencia libre o absoluta, sino de su modo de ser; esto es, sus hábitos mentales y sus patrones básicos de conducta. La mentalidad es el teatro de operación por excelencia de nuestras creencias. De allí emergen no sólo nuestros puntos de vista; sino, también, la manera en que nos percibimos y visualizamos a los demás, lo cual, en buena medida, incide a su vez en nuestros patrones de comportamiento social. En todo sistema de creencias, como entrevió Ortega, hay unas que son troncales, y otras, accesorias. En las primeras están la fuente y las claves de las segundas. También en este plano lo accesorio sigue a lo principal. La idea de necesidad, que en el segundo capítulo hemos identificar en buena medida con Dios, es uno de esos perceptos fundantes de la estructura mental del dominicano medio, superado sólo por su actitud respecto a la vida de relación, que queda elocuentemente sugerida en dos paremias que, juntas, alcanzan el mayor número de menciones como expresión de un punto de vista tenido como completamente verdadero en el sondeo antes referido.¹³⁸

Tal es la razón por la que, una vez precisada la noción de mentalidad, y, por ende, los derroteros de la presente investigación (capítulo I), se procedió a estudiar la

¹³⁸ “Dime con quién andas, y te diré quién eres” (64CV, 74VM, 72AF) y “El que a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija” (48CV, 27VM, 5AF).

concepción de la persona que impera en la conciencia ingenua (capítulo II), y a explorar mediante cuales recursos simbólicos son representados en la misma el individuo y los *otros*, trátase de *personas, amigos o conocidos*. Por idénticos motivos, ahora procederemos a extender la mirada sobre la forma y figura que en nuestro imaginario colectivo toma la divinidad (Dios, sus emanaciones y medios de tipo humanas, y las mediaciones a través de las cuales entramos en dinámica relación con él), pues es el tercer componente troncal del sistema de creencias que informa nuestra mentalidad. El hombre, Dios y, la naturaleza son tres divisas renacentistas que, al parecer, lo mismo que buena parte del refranero español del siglo XVI, conservan entre los dominicanos del presente, toda su fuerza, su eficacia operacional y su validez (*prisons de longue durée*).

A modo de recapitulación... La amistad es una de las múltiples maneras en que topamos con los otros en el decurso de nuestra vida en relación. Ahora bien, distingue el dominicano, en su vacancia hacia los otros, diversos grados y categorías de posibilidades: ser personas, conocidos y amigos son cosas bien distintas. El tratamiento de este tópico tiene un cierto peso específico en las dificultades experimentadas por los dominicanos para la lograr niveles a tendibles de cohesión social. Aclaradas estas premisas, continuaremos nuestro viaje hacia el centro del alma de los dominicanos medios de nuestro tiempo; en esta ocasión nos internaremos en el ámbito de un tipo específico de *otros*: las divinidades, terrenas y trascendentes, que estudiamos a continuación...

Jerarquía de los seres e imaginario colectivo

4.1 Mitología, mentalidad e imaginario

Cuéntase que unos pescadores milesios hallaron en fondo oscuro del mar un banquillo de oro de tres pies. Consultado el Oráculo de Delfos acerca de cuál debería ser el destino final de la joya, su respuesta fue «Dadle a quien fuere el primero de los sabios». Como le fuera entregado a Tales, éste «lo dio a otro sabio; éste a otro, hasta que paró en Solón; el cual, diciendo que ‘Dios era el primer sabio’, envió el trípode a Delfos» (Laercio, 1984: 15). Si hay un primer sabio, cabe pensar que hay un segundo, un tercero y, acaso, muchas otras categorías de sabios más. Queda sugerida la existencia de una cierta jerarquía de los entes, y se da por hecho que el hombre participa de por lo menos, de uno de los timbres distintivos de la divinidad; de manera análoga, el Dios participa así sea de una de las cualidades de nuestra especie. El ser humano es parte de la secuencia de entidades que median entre Dios y las cosas. A más de uno de los primeros filósofos se ha atribuido el planteamiento de que «el mundo está lleno de dioses»; por ejemplo al propio Tales de Mileto (Platón, 1999: 216, nota 65) y a Heráclito de Éfeso¹³⁹. Incluso el propio Platón lo da por cierto al ponerlo en boca del Ateniense en *Leyes* (899b9).

Algo parecido acontece en el imaginario colectivo del dominicano. Está poblado de dioses y semi-dioses de la más diversa naturaleza; e igualmente, los manes que lo

¹³⁹ Aristóteles (2000: 73-74): “es necesario no rechazar puerilmente el estudio de los seres más humildes, pues en todas las obras de la naturaleza existe algo maravilloso. Y lo mismo que se cuenta que Heráclito dijo a los extranjeros que querían hacerle una visita, pero que, cuando al entrar lo vieron calentarse frente al horno, se quedaron parados (los invitaba, en efecto, a entrar con confianza, pues también allí estaban los dioses), igual hay que acercarse sin disgusto a la observación sobre cada animal, con la idea de que en todos existe algo de natural y hermoso”. Se echa de ver que, como bien dice Sendín Blázquez, al menos en Occidente “Siempre el hombre ha estado obsesionado con la posible presencia de otros seres racionales además de él mismo”. Las actuales aprensiones acerca de la posible presencia de marcianos y de civilizaciones perdidas, en acto, como la de la Atlántida, de los denominados marcianos y extraterrestres, se inscriben en la misma necesidad del entendimiento humano.

habitan no exhiben un orden horizontal e igualitario, sino jerárquicamente estructurado, en el que Dios, lo mismo que el Zeus de la *Teogonía* de Hesíodo¹⁴⁰, ocupa el lugar preeminente.¹⁴¹ La asunción de este conjunto sistemático de seres y figuras induce a pensar de determinada manera, y orienta el modo de comportarse de quienes los asumen como realidad efectiva. Para el estudio de las mentalidades, poco cuenta que estos seres existan o hayan existido en algún espacio-tiempo. No importa si se trata de un fantasmario personal o colectivo, o de un prontuario de mitos y leyendas. Lo mismo da que hayan vivido o no, pues se trata de estereotipos. Lo relevante es que se les asigne valor de verdad, y que se crea en su capacidad para influir sobre el curso de la historia, la vida individual y la naturaleza. Aquello en lo que las personas *creen*, influye de manera decisiva en su manera de comportarse. El saber que constituye la estructura mental del hombre ordinario es una realidad institucional, en el sentido que esta noción toma en John Searle.¹⁴²

Aquí, como es de esperarse, nos ocupamos de aquellas representaciones que tienen la facultad de incidir en la conducta y en la voluntad de quienes en ellas creen. Imaginario y mitología devienen, de ese modo, términos intercambiables; entendida la mitología en el sentido que adquiriría ese término si lo aplicáramos al conjunto de los

¹⁴⁰ En breve pasaje queda bien retratado Zeus, a propósito del incidente del buey de Melona, tanto por Hesíodo como por Prometeo: “Y entonces le dijo el Padre de los Dioses y de los hombres:
— ¡Yapetonida, el más ilustre de los príncipes, oh caro! ¿qué has hecho de las partes desiguales? (...)
— Gloriosísimo Zeus, el más grande de los Dioses eternos, escoge de estas partes la que tu corazón te persuada a escoger” (Hesíodo, 1990: 11).

¹⁴¹ En la religiosidad tradicional de algunos pueblos africanos se advierte un ordenamiento ontológico semejante: “En el principio de la cadena se encuentra Dios. (...). La distancia a la que está el Ser Supremo obliga a concebir mediadores del lado divino; de este modo pueden encontrarse demiurgos que han terminado la obra de la creación o han corregido los errores. (...). Divinidades llamadas secundarias ayudan a los hombres” (Stamm, 1997: 15-16)

¹⁴² Searle (2001: 114-115): “Un grupo puede utilizar un tronco como banco y un palo grande como palanca que pueden manipular entre varios. Imaginemos ahora que, actuando como grupo, construyen una barrera, un muro alrededor del lugar en el que viven. (...). Supongamos que el muro se va desmoronando poco a poco. Se deteriora lentamente hasta que todo lo que queda de él es una hilera de piedras. Pero supongamos que los habitantes siguen tratando la hilera de piedras como si pudiera desempeñar la función del muro. Supongamos que, de hecho, tratan la hilera de piedras como si entendieran que no debe cruzarse. (...). El cambio es el paso decisivo en la creación de la realidad institucional. Es, nada menos, el paso decisivo en la creación de lo que pensamos que es distintivo de las sociedades humanas en contraposición con las animales, y esta es la razón: en un principio, el muro desempeñaba la función que le había sido asignada no en virtud de su estructura física, sino en virtud de la aceptación colectiva o reconocimiento, por parte de los individuos que actúan colectivamente, de que el muro tiene un estatus determinado y que a ese estatus acompaña una determinada función.”

dioses griegos y a las potestades que a ellos les asignaban los helenos de los tiempos clásicos. Los seres humanos precisan de un núcleo de ideas sólidas a las cuales remitirse en las situaciones límites, pero también en sus andanzas cotidianas. El desplome de la mitología individual conduce a la angustia, a la pérdida del sentido de la existencia o al nihilismo. Tal es, pues, el caso del héroe de *La náusea*: «Antoine Roquentin, pasa por una serie de desilusiones; los mitos tranquilizantes que justificaban su existencia se hunden uno después del otro con escarnio. (...) Pero esas desilusiones corresponden a otras tantas desmifificaciones».¹⁴³ Las personas y las sociedades precisan, en efecto, mucho más de mitos y de creencias que de razones y de verdades para sobrevivir o permanecer. Esta remisión a un fondo indubitable de verdades opera en un plano de notable sutileza y volatilidad. Este conjunto de percepciones constituye el suelo vital de la gente; el manantial de agua fresca de donde, a conciencia o sin darse cuenta, se nutren sus actuaciones y su modo de ser. Toda sociedad dispone de un repertorio, amplio o limitado, de imágenes, recuerdos o representaciones que le permiten ser, estar y permanecer sin resbalarse del mundo. A esta cuenta social-personal de auto-referencias llamaremos aquí *imaginario colectivo*. Razones de sobra tiene Michel Vovelle (1985: 16) cuando identifica mentalidad, imaginario e inconsciente colectivo.

Con ese conjunto de valores, imágenes y certidumbres, cada uno estructura su propio su propio altar, su panteón personal. Los seres y figuras de ese santuario provienen, en nuestro caso, básicamente, de la cosmovisión cristiana del mundo; pero no en todos los casos, como se verá más adelante. Cada persona enriquece el orbe de las percepciones recibidas con sus propias experiencias, aspiraciones y frustraciones, si bien casi siempre estas ideas provienen del arca común de la sociedad en la que se ha formado. La lengua, las tradiciones, los usos sociales, los hábitos mentales, el hogar, la religión, dejan una huella visible en la nómina mitológica que anida en cada miembro de la comunidad, en la que, por lo general, se dan de manos los dioses y los hombres; los seres extraordinarios y las cosas. Entre los dominicanos, las representaciones que mayor número de menciones alcanzaron en el levantamiento realizado a propósito de esta investigación, son las siguientes: Dios, la gente (esto es, la especie humana), los

¹⁴³

Bersani (1970: 54): “Antoine Roquentin, passe par une série de désillusions; les mythes rassurants qui justifiaient son existence s’effondrent les uns après les autres dans la derision (...). Mais ces désillusions sont autant de demystifications” (traducción libre).

hijos, los amigos, los hombres y las mujeres; y, en menor medida, el diablo, el propio dominicano y la madre.

Como este levantamiento corresponde a los desplazamientos más recientes de la mentalidad del dominicano medio, en este viaje hacia su imaginería íntima nos seguirán prestando su concurso las compilaciones paremiológicas de Rodríguez Demorizi (1950), Cruz Brache (1978) y Vallejo *et* Paredes (2002). No sólo porque expresan tres momentos, distantes en el tiempo, de los modos de conciencia que informan la mentalidad del dominicano medio; por cuanto, permiten establecer relaciones de continuidad (*longe duree*) y de discontinuidad sino también, porque los compiladores de dichos volúmenes estuvieron conscientes de que, con sus trabajos, rescataban para la memoria del porvenir un costado indispensable de la cosmovisión de los dominicanos; vale decir, del entramado básico de su sistema de convicciones. Sobre todo, los dos primeros.¹⁴⁴ Otros recursos, menos relevantes pero recursos al fin y al cabo, son las propias observaciones y vivencias de quien esto escribe.

El imaginario está poblado por una extensa variedad de entidades, que van desde lo trascendente hasta lo inanimado. Dios y los hombres en ocasiones se acercan, y por momentos se distancian, pero el vínculo jamás desaparece. Nos encontraremos, allí, con semidioses y con personajes de la historia, que, al entrar en el ámbito de las mentalidades, abandonan para siempre sus contornos positivos, para mutase en representaciones mentales con ribetes psicológicos o ideológicos propios. También toparemos con entidades carentes de la potestad para influir en el curso de los acontecimientos históricos y biográficos, y con algunos que no por viejos han perdido su condición de vigencias sociales; con otros que, andando el tiempo, han perdido toda incidencia en los patrones de comportamiento de nuestros conciudadanos; y aun con la categoría de los que no pasan de ser meras menciones, como recursos del habla

¹⁴⁴ Rodríguez Demorizi (1950: 39): “Con todos sus errores, omisiones y deficiencias, aquí puede contemplarse el alma dominicana, clara y desnuda”, en razón de que, “en ningún libro, como en el refranero, se manifiesta con igual fuerza y plenitud el espíritu de un pueblo” (p. 43); para Cruz Brache (1978: VI): “Recoger y difundir la sabiduría popular criolla se hace harto necesario en esta etapa que pide a gritos una concreción de nuestros propios perfiles culturales”, sobre todo los refranes usuales entre los miembros de determinada sociedad, pues “Las paremias pueden ayudar en alto grado al conocimiento de las formas de vida íntimas de cualquier comunidad” (XI), pero sólo cuando son reunidas a partir de la vida y no de fuentes indirectas; por ello, en aras de “ofrecer al lector una idea precisa del refranero vivo, en uso, ofrece solamente “lo recogido por nosotros personalmente de la tradición oral y exponer así un cuadro —aunque sólo relativamente— sincrónico del conjunto” (XIII).

coloquial (como Lucas y Juan Mejía, Juan Pérez), personajes de cuentos orales (como Juan Bobo, Pedro Animale (Buquí-Malí), y Pepito), o de merengues (como el Papo de Johnny Ventura, y el de Tatico Henríquez). “Entre Lucas y Juan Mejía”, es una expresión de origen dominicano al parecer (Rodríguez Demorizi, *op. cit.*: 135), que se utiliza en el sentido de “entre dos”, “más o menos” o de “ni bien ni mal”; Juan Pérez personifica al don nadie, al cualquiera; suele ser utilizado como elemento comparativo.

4.1.1 Prevalencia de la divinidad

Dios es uno de los referentes básicos de la mentalidad del dominicano medio. Ocupa el lugar central en su concepción de la totalidad de lo existente. Junto a la prenoción de destino, constituye el eje que dota de sentido y estructura al conjunto de las ideas y convicciones que informan su mundo interior. Pero como la misma idea-fuerza de destino pende, en última instancia, de la voluntad omnímoda de la divinidad, puede afirmarse que la idea Dios se halla en la base del sistema de creencias de nuestro hombre común. Nada de extraordinario tendrá, entonces, el hecho de que, entre los recursos explicativos y causales, sea el que mayores atribuciones tiene; además de que, en ese y en los demás horizontes de las posibilidades humanas, ocupa la misma posición de honor que la *substantia* en el *Isagoge* de Porfirio. Los refranes “Dios y hombre, mujer y tuza” (Cruz Brache, *op. cit.*: 73-74) y “Dios y hombre, pero a caballo (o pero comiendo)” (Rodríguez Demorizi, *ibid.*: 108) sugieren claramente que el varón es considerado como el elemento que sigue a Dios en la cadena jerárquica de los entes.

Permite comprender, verbigracia, por qué tuvo tan buena fortuna la consigna “Dios y Trujillo” entre los dominicanos del segundo cuarto del siglo veinte, pues entabla una relación entre lo divino y lo humano en la que subyace un esquema previamente aceptado por los dominicanos, el de que a Dios le sigue el hombre en la sucesión de los seres.¹⁴⁵ Sin embargo, existen por los menos cuatro refranes más

¹⁴⁵ La consigna “Dios y Trujillo”, fórmula abreviada de “Dios en el cielo, y Trujillo en la tierra”, fue idea de Jacinto Bienvenido Peynado, quien tenía en la parte exterior de su casa un letrero con dicha inscripción. Catorce años después, al pronunciar su discurso de ingreso como miembro de número de la Academia Dominicana de la Historia, Joaquín Balaguer titulará la correspondiente pieza oratoria “Dios y Trujillo. Una interpretación realista de la historia dominicana” (Clío, Santo Domingo, D. N., Año XXII, núm. 101, octubre-diciembre 1954: 165-170). Al incluirlo,

relativos a la cuestión de la jerarquía de los entes que quedan sin explicación aparente, al menos al primer golpe de vista. Son los siguientes: “Primero Dios que los santos” (Rodríguez Demorizi, *ibid.*: 226), “Primero es el altar mayor y luego los de los santos” (Vallejo *et* Paredes, *op. cit.*: 299), “Primero está Dios que todos sus santos” (Cruz Brache, *id.*: 224) y “Primero Dios y después sus santos” (3CV, 1VM, 0AF). Los cuatro, tomados *ad pedem litterae*, sugieren que existen otras deidades menores, los santos, que, igual, tienen derecho a estar situados a un paso de Dios. De nuevo queda fuera de toda duda razonable la preeminencia de Dios. Ahora bien, el segundo refrán coloca a los santos después del altar mayor, que es donde va colocado el santo o la santa a la que ha sido consagrada la capilla principal de una iglesia, en cuyo caso al hombre le correspondería la cuarta posición, y a aquel que ocupa el altar mayor, la segunda; después de Dios, naturalmente. Los tres primeros plantean la cuestión en el plano espacial y en el de la conciencia; el cuarto introduce la variable temporal. Aunque semejan variantes de una misma paremia, lo cierto es que existen entre ellos notorias diferencias de grado.

Queda planteada de este modo la aguda cuestión de cuáles son las mediaciones existentes, en la visual general de nuestro imaginario colectivo, entre Dios y los hombres. Tres son las intercesiones generalmente aceptadas frente a Dios: la de la Virgen María, la de Jesucristo y la de la Virgen de la Altagracia, protectora del pueblo dominicano. En ámbito tan restrictivo no es de extrañar que la imagería del santoral católico haya ejercido un influjo determinante, y lo propio podría decirse del misal, del catecismo y de la maquinaria cinematográfica hollywoodense¹⁴⁶. El Dios que habita en el imaginario colectivo dominicano, por ejemplo, si bien es todopoderoso,¹⁴⁷ es una

diecinueve años más tarde, en el volumen *Discursos. Temas históricos y literarios* (pp. 197-214), le pondrá por título “El azar en el proceso histórico dominicano”.

¹⁴⁶ Son numerosos los estudios que abordan el tema del influjo de los *mass media* en la forja de la conciencia y de los códigos volitivos de grupos e individuos. En fecha reciente, por ejemplo, ha sido divulgado el resultado de un sondeo conforme al cual “el cigarrillo en el cine estimula al cerebro a fumar. Ver a alguien fumar en la pantalla grande impulsa el deseo de fumar (...). Cuando se observa a un actor fumar en una película se desencadena en la mente del observador una actividad cerebral muy parecida a la que ocurre cuando efectivamente se planea fumar un cigarrillo” (Saber Vivir, Santo Domingo, D. N., marzo-abril 2011: 32).

¹⁴⁷ Tal es, pues, el sentido en que se orientan refranes tales como los siguientes: “Somos como Dios nos hizo” (Rodríguez Demorizi, *id.*: 246); “Cuando Dios no quiere, los santos no pueden” (Vallejo *et* Paredes, 2002: 102); “Que Dios lo guarde”, “Que Dios lo libre de mal”, “Que Dios lo deje ver cria’o”, “Que Dios lo haya perdonado”, “Que Dios lo acoja en su santo seno”, “Que Dios le dé vida y salud”, “¡Dios me libre!”, “Que Dios se lo deje gozar”, “Que Dios se lo

entidad antropomorfa; de tez blanca, canoso pelo y azules ojos, se lo percibe como un ser situado sobre las nubes y con una cohorte de ángeles y arcángeles a su servicio, con su Hijo literalmente sentado a su izquierda. Ello no impide, sin embargo, que se le reconozca la posibilidad de estar al mismo tiempo en todas partes. La Virgen María es representada ante la conciencia ingenua de nuestros conciudadanos como una joven mujer de piel siempre tersa, siempre presta a auxiliarnos ante nuestras adversidades; su piel es blanca; su pelo, castaño, lacio pero suavemente ondulado. Trasunta una actitud de sumisión-adoración de la progenitora frente a su primogénito.¹⁴⁸ En el doctrinal neotestamentario, la madre del Nazareno deviene, en efecto, una suerte de discípula cercana de su propio vástago. Con sólo rezar una “Ave María”, es suficiente para que ella asuma el rol de mediadora entre Dios y los hombres. Pero la Virgen de la Altagracia, una de sus advocaciones, ocupa un sitio mucho más eminente, y es parte inseparable de la conciencia de ser de nuestra población, como lo muestra la “Novena para implorar la protección de María Santísima por medio de su imagen de la Altagracia”, publicada en 1800 (Rodríguez Demorizi, 2003: 14), y la enorme cantidad de objetos y ofrendas que han sido dejados a sus plantas a través de los siglos sucesivos, como se puede advertir en la obra *Ex votos, promesas y milagros de la Virgen de la Altagracia*, de Hugo Eduardo Polanco Brito.

Los ex votos son un recurso valioso si se procura saber de cuántas y de cuáles cosas creemos capaz a la patrona del pueblo dominicano, pero también las sucesivas intervenciones que se le atribuyen en el decurso de nuestra historia.¹⁴⁹ Para develar sus

pague”, “Que Dios te ampare”, “Que Dios te ayude”, “Que Dios te oiga”, “Que Dios te perdone” (Cruz Brache, *id.*: 229-230); “Dios da la enfermedad y también la medicina”, “Dios es grande y misericordioso”, “Dios es más grande que una mata de coco”, “Dios lo sabe”, “Dios lo ve todo”, “Dios me es testigo”, “Dios me lo dio y Dios me lo quitó: bendito sea Dios”, “Dios no falta a sus hijos”, “Dios sabe lo que hace” (Rodríguez Demorizi, *id.*: 106-107), “Dios todo lo sabe”, “Nadie sabe, y sabe Dios”.

¹⁴⁸ Cfr. Lemus (2010: 36): “La Virgen María, bajo sus distintas advocaciones es muy venerada por los dominicanos, probablemente debido a la fortaleza de los lazos familiares con la figura materna. El rol preponderante que tienen las madres y abuelas dominicanas en la educación de los hijos hace más fácil a los creyentes concebir el amor y la protección espiritual como provenientes de una mujer. Las salves como elemento musical y religioso son dedicadas exclusivamente a la figura de la Virgen”.

¹⁴⁹ Vovelle (1985: 57-58): “El estado actual del avance de las investigaciones hace de algunos sectores sitios de referencia privilegiados; éste es el caso de los exvotos. Soporte pobre a primera vista, este material ingenuo, muy a menudo estereotipado, generalmente a partir de cierta fecha, es la respuesta a situaciones, en suma, limitadas en número en las sociedades de antiguo estilo. Pero el exvoto compensa su pobreza con irremplazables méritos: es uno de los raros medios de investigación en el mundo del silencio de los que no han tenido expresión

contornos y figura, la imagen mental que de ella tenemos, nada como el cuadro de Nuestra Señora de la Altagracia que se encuentra en la Basílica de Higüey. Apariciones y desapariciones milagrosas (Fleury, 2006: 495-496, 506); salvaciones y rescates de inesperados naufragios (*id.*: 501); inesperada adquisición del habla de un esclavo que era mudo desde el nacer, según consta en un cuadro que allí se conserva, desde 1756, entre las reliquias donadas a la Virgen (*id.*: 511), así como numerosas curaciones (como las parálisis de Ana María Galbis, el 6 de mayo de 1842, en Santo Domingo (*id.*: 516), Evangelina Lara Solano, el 15 de agosto de 1922 (*id.*: 529) y Elio Contín, el 20 de agosto del mismo año (*id.*: 530), la sordera de Juana Francisca Leyba, un día de abril de 1875 (*id.*: 521), la recuperación de la visión de la señora Simonita Sánchez, en el curso de la Semana Santa de 1944 (*id.*: 534)), logros y favores personales y profesionales (como aquel de que da cuenta el guión de plata que, en 1737, atribuyera a nuestra protectora D. Fernando Rey Villar de Franco, Presidente de la Real Audiencia de Santo Domingo (*id.*: 510)), logros amorosos y familiares confiados a ella, han encontrado oportuna acogida y solución gracias a su intercesión ante Dios a favor de los dominicanos, del presente y de los pasados siglos.

La actitud del estudioso de las mentalidades ante estas muestras de agradecimiento debe ser la del observador respetuoso que, antes que preguntarse si es verdad o no lo que cree un ser humano o una sociedad, ha de inquirir acerca de la autenticidad de su estado de creencia; y descubrir, de ese modo, diversos planos de verdad y de realidad, pues para aquellos que creen hasta el límite de lo posible en algo, ésa su convicción es *verdad*, al menos para su fuero interno y desde el punto de vista de la correlación que guardará con su comportamiento, aun cuando su convicción no se adecúe a los cánones de la ciencia o de la filosofía. Esa tal creencia y esa tal verdad son, pues, para el estudioso de las mentalidades, datos de la realidad; esquivas del todo, reales no menos que las flores o las piedras para el botánico y para el ingeniero de minas. De lo que se trata es de ser capaces de acceder a los portales secretos de la conciencia y de la voluntad cuyos son, antes que de juzgar o evaluar los contenidos de sus perceptos; que en esta área del saber humano “la mejor crítica consiste en comprender” (Ortiz-Osés, 2004: XI). A propósito de la presencia de la Virgen en

escrita; una confesión individual también que introduce, por poco que sea, en el secreto de las conciencias”.

nuestra historia resulta soberanamente ilustrativa la afirmación de uno de los historiadores más reputados del culto altagraciano en nuestro país, John Fleury (2006: 461): “a través de los siglos la influencia de Nuestra Señora de la Altagracia se ha entretejido en la mente y el espíritu de la República Dominicana de tal manera que, hoy día, es imposible hablar de la una sin mencionar a la otra”. El primer testimonio de adoración a esa advocación de la Virgen en nuestro territorio data de 1569 (*íd.*: 494), doscientos treinta años antes de la irrupción en la historia del criollo de esta parte del continente¹⁵⁰. Ya para 1685 se sabe, por testimonio del Arzobispo Domingo Fernández de Navarrete “que los que acuden en romería al santuario son muchos” (*íd.*: 507).

Entre los favores históricos recibidos por los habitantes del Santo Domingo español se encuentra el impedimento de invasiones a la Isla, como la de un Almirante y un General ingleses, William Penn y Robert Venables, respectivamente, el 14 de mayo de 1655, al frente de un ejército de mar de 9,000 efectivos, motivo por el cual se dispuso que fuese esculpido un cangrejo de oro en honor de la Virgen, que luego desapareció en el curso de una de las incursiones de los haitianos a principios del siglo XIX (*íd.*: 504); y la protección de los combatientes españoles durante la célebre Batalla de Sabana Grande de La Limonade, que tendría lugar el 21 de enero de 1691, y a cuyo propósito le fue prometida a la Virgen una gran fiesta, si los nativos regresaban sanos y salvos, como en efecto aconteció: “Los criollos y los españoles alcanzaron un triunfo resonante contra los franceses (...), en territorio de Haití, tomando represalia de la invasión que éstos habían hecho a territorio español, el año anterior, en razón del estado de guerra que existía entre España y Francia” (*íd.*: 507); la espada con que fue ejecutado Tarin De Cussy, Gobernador del Saint Domingue francés, fue traída y depositada a modo de ex voto junto al altar, y la fiesta prometida fue debidamente cumplida el 21 de enero de 1692, tradición que se mantiene hasta el día de hoy. Un acontecimiento similar volvería a registrarse doce años después de proclamada la independencia de la República Dominicana de la dominación haitiana, según testimonio del canónigo Gabriel Moreno del Christo (*íd.*: 519).

Estos elementos son suficientes para esbozar la preeminencia de la Virgen de la Altagracia, y del privilegio de su suprema potestad sobre la historia, la muerte y la

¹⁵⁰

En el capítulo siguiente, me ocupo de situar históricamente el advenimiento del criollo dominicano al mundo de la vida institucional.

enfermedad de sus protegidos. Constituyen una avanzadilla en la búsqueda de una cierta abstracción, algo plástica sin lugar a dudas, de esta advocación de la Madre de Dios, si bien es impensable que acceda a la cualidad conceptual. Esta corresponde a otro nivel y a otro modo de conocer la realidad. El pueblo llano *piensa* en imágenes; sus intentos de reflexión tienen como punto de partida la sensación o la representación. La imagen mental, a diferencia del concepto, es portadora de dimensiones, colores y proporciones. La historia (leída o escuchada), la vivencia y las sensaciones son las fuentes por excelencia del imaginario colectivo. Lo visual fija lo aprendido y lo percibido por el alma ordinaria. El modo racional acaba por ceder al paso a la fuerza de aquello que puede ser *visto* mentalmente. Acaso en ello radique la firme inserción entre las masas de la religión católica, con su rimero de imágenes de dioses (Jehová, Satanás, Jesús, el Espíritu Santo), de ángeles, de arcángeles y de santos; lo mismo que los omnipresentes *mass media* de los tiempos que corren. A lomos de la iconografía viajan ideas y creencias, y los pensamientos abstractos toman forma y figura. No por acaso la plasticidad ha devenido uno de los componentes vitales del discurso político de nuestro tiempo.

En el caso de la imagen mental de Nuestra Señora de La Altagracia el elemento activo por excelencia es el retrato mismo de la Virgen, que, circula y se hace presente de muchas maneras en la calle y en los hogares de los dominicanos, en las publicaciones de libros, almanaques y ensayos, y en las páginas de los diarios, a propósito, sobre todo, de la celebración del día que le ha sido consagrado, y de la presencia constante en el Santuario de Higüey de los Presidentes de la República, quienes atraen hacia ellos la atención de los principales medios nacionales y extranjeros. La Virgen que aparece en el cuadro sacramental es de facciones caucásicas; joven, de piel blanca, de grandes ojos, de boca pequeña, ancha frente, pelo negro y alongada nariz. Es el centro de la composición. Está rodeada de estrellas, y su palio, azul, está cuajado de estrellas refulgentes. Junto a las restantes piezas de su vestimenta, éste completa los colores de la bandera dominicana: blanco, azul y rojo; tinturas dominantes del cuadro, aparte del dorado oro de su corona, y de la canasta en que se halla, serenamente dormido el Niño-Dios. José, vestido de azul y rojo, es de tez cobriza, casi morena; negras las barbas, un halo dorado circunda su cabeza. Tiene en su mano izquierda un pergamino dorado como el sol. Jesús, el Niño-Dios que yace junto al regazo de su madre, también tiene el color de los auríferos yacimientos, pero es menos “blanco” que su madre, y menos

moreno que su padre José, quien permanece apacible, a la izquierda de la esposa venerable. Este Niño acaso simboliza el carácter mestizo o mulato del pueblo dominicano. De hecho, constituye una sutil invitación a asumirnos, a aceptarnos como tales.

De todo ello, ¿qué queda? Las percepciones de la madre protectora y autosuficiente que, aún en un segundo plano, siempre está presta a ocupar los primeros lugares, cuando se trata de velar por su hijo; y, naturalmente, la de la madre abnegada, protectora y plenamente consciente de la responsabilidad que conlleva la maternidad. Es posible que ninguno de estos costados de la representación de la Virgen sea parte de la conciencia activa del dominicano medio, de la misma manera que la gente llana tampoco ve en la protectora una advocación de María, sino a su “Tatica”, a su “virgencita de La Altagracia”. Su influjo en el modo de ser de los dominicanos está asegurado por la profunda fe inspira en los cientos de miles de católicos practicantes que cada año se desplazan hacia el Santuario Nacional de Higüey, que le está consagrado, a cumplir promesas, en procesiones rogatorias o en busca de la curación de algún quebranto. Lo propio podría decirse de cada una de las patronas de las treinta y dos provincias que conforman la división política de la República Dominicana. Semejan una especie de semi-diosas con sus altares y sus devotos, y en honor de las cuales se llevan a cabo las fiestas patronales de cada año en las fechas y en las demarcaciones que corresponden. La fe es uno de los ingredientes básicos de la creencia, laica o religiosa. De hecho, no hay creencia sin fe, pero tanto la una como la otra son perfectamente separables de lo religioso.¹⁵¹ Las vírgenes patronas de cada

¹⁵¹

Fromm (1986: 143-145): “A cada paso, desde la concepción de una visión racional hasta la formulación de una teoría, es necesaria la *fe*; fe en la visión de una finalidad racionalmente válida que alcanzar, fe en la hipótesis como una proposición probable y plausible, y fe en la teoría final, al menos hasta que se llegue a un consenso general acerca de su validez. Esa fe está arraigada en la propia experiencia, en la confianza en el propio poder de pensamiento, observación y juicio. Al tiempo que la fe irracional es la aceptación de algo como verdadero sólo *porque* así lo afirma una autoridad o la mayoría, la fe racional tiene sus raíces en una convicción independiente basada en el propio pensamiento y observación productivos, *a pesar* de la opinión de la mayoría. (...). En igual sentido, tenemos fe en nosotros mismos. Tenemos conciencia de la existencia de un yo, de un núcleo de nuestra personalidad que es inmutable y que persiste a través de nuestra vida, no obstante las circunstancias cambiantes y con independencia de ciertas modificaciones de nuestros sentimientos y opiniones. Ese núcleo constituye la realidad que sustenta a la palabra ‘yo’, la realidad en la que se basa nuestra convicción de nuestra propia identidad. A menos que tengamos fe en la persistencia de nuestro yo, nuestro sentimiento de identidad se verá amenazado y nos haremos dependientes de otra gente, cuya aprobación se convierte entonces en la base de nuestro sentimiento de identidad. Sólo la persona que tiene fe en sí misma puede ser fiel a los demás, pues sólo ella puede estar

provincia, y aun de cada municipio, no gozan de la misma potestad que La Altagracia; no se les atribuye la misma cantidad de milagros, lo cual, incluso, tampoco acontece con patrona nacional, la Virgen de las Mercedes. Para encontrar componentes tan activos de la mentalidad del dominicano medio, y de parecidos alcances a los de Dios y la Virgen de la Altagracia, es preciso remitirse a Jesús, el hijo de Dios, al Espíritu Santo, los ángeles y arcángeles, a Satanás y a la legión de santos y santas del calendario de la iglesia católica.

Muchos dioses y semidioses, diosas y semidiosas, que hace treinta o cuarenta años cubrían de sentido el horizonte vital de los dominicanos, han venido perdiendo la potestad de influir en el curso de los asuntos sociales e individuales. Son parte de la memoria común, pero su capacidad de inserción en los quehaceres humanos es cada vez menos significativa. Son cada vez menos los dominicanos que les asignan papeles destacados en el curso de los acontecimientos sociales, políticos o naturales, y menos aun aquellos cuyos modos de ser dependen de las voluntades de esas entidades. De cara al imaginario, Jesús, por ejemplo, comparte con su madre, en la advocación de La Altagracia, el rol de mediador entre Dios y los hombres (convicción que comparten respecto al primero católicos y protestantes), pero carece, igual que José, su padre, de determinación sobre la voluntad general o sobre el comportamiento individual. Con los ángeles y arcángeles ocurre otro tanto. Más pueden los santos, las brujas, los curanderos y el propio Satanás, claro, según la *lógica* de nuestra mentalidad. Del hecho de que en el Mercado Modelo de la Capital de la República Dominicana se sigan comercializando profusamente imágenes y oraciones relativas a San Isidro Labrador, San Judas Tadeo, San José; San Marcos, el Santo Niño de Atocha, San Miguel Arcángel y a la Santísima Trinidad, entre otros, se infiere que amplios segmentos de población aún creen con fervor en la capacidad de dichas entidades para influir de manera determinante en los asuntos que, presuntamente, son de su incumbencia en el más acá de la vida (Lemus, 2010: 16-18), si bien estas creencias, lo mismo en el presente que hace treinta años, están más arraigadas en nuestros campos y pueblos del interior.¹⁵²

segura de que será en el futuro igual a lo que es hoy y, por lo tanto, de que sentirá y actuará como ahora espera hacerlo”.

¹⁵²

Lemus (2010: 42): “La devoción a los santos es grande entre el pueblo creyente de los campos, no como modelos para imitar, sino como protectores. No hay casa que no tenga varias imágenes, y no es raro que tengan un altar familiar que consiste en una mesita o una repisa, cubierta por un paño blanco, un velón encendido y sus flores, las casi silvestres, que crecen junto

Francisco Javier Lemus y Rolando Marty han elaborado, a partir de sus investigaciones en la comunidad de Guerra, provincia Santo Domingo, una extensa lista de santos populares entre los dominicanos (*Ibíd.*: 43-45). Otro tanto hace Dagoberto Tejeda en su *Guía de las festividades* (2010), aunque incluyendo también efemérides y divinidades procedentes del sincretismo religioso al uso entre múltiples segmentos de la población sub-urbana, sobre todo de la que habita en los bateyes y en algunas secciones y pueblos fronterizos. Para el estudio de las mentalidades, cada una de estas aristas reviste importancia cierta; bastará con que la manera en que sea percibido cualquiera de estos habitantes del imaginario colectivo tenga la posibilidad de ejercer tal influjo en la voluntad individual o colectiva que induzca o pueda inducir determinados patrones de comportamiento. Los que, a mi modo de ver, ostentan un mayor alcance en términos de adhesión de creyentes en su capacidad para obrar milagros son: La Virgen de la Altagracia según hemos visto, la de Las Mercedes, el Santo Cristo de Bayaguana —en el marco de la iconografía católica—, Oliborio Mateo y Elupina Cordero, especies de santones o profetas dominicanos del siglo XX, ambos profundamente ligados a la doctrina católica, pero sin alcanzar la universalidad de las tres deidades mencionadas. En el curso de los últimos años, en las mismas condiciones de parcialidad, se han agregado al panteón interior de los dominicanos dos nuevos santos: el Divino Niño (Lemus, *ídem.*: 40) y el Dr. Gregorio Hernández, ninguno de los cuales es parte del calendario romano. A estas siete divinidades intermedias se agregan todavía otras de menor alcance y de menor capacidad de inserción en el sistema general de creencias de los dominicanos, de las que nos referiremos más adelante.

La adoración a la Virgen de Las Mercedes “es el culto mariano más antiguo de las Américas” (*ídem.*: 142). Fue iniciado por el propio Cristóbal Colón en 1495, luego de que ésta apareciera, según cuenta una tradición recogida por Bernardo Pichardo en su *Resumen de historia patria*, en el fragor de una batalla que libraban los españoles recién llegados y los nativos, para malaventura de éstos, pues la Virgen devolvió con igual saña hacia los aborígenes cada una de las flechas que éstos lanzaron contra aquéllos. Cada 24 de septiembre decenas de miles de dominicanos se desplazan hacia el lugar

a la casa, o si no de papel. Por lo que hemos podido apreciar (...), aparece muy clara la distinción existente entre el santo ‘que reside en el infinito’, como ellos dicen, y su imagen de papel, yeso o palo. También comprenden que los santos no son más que hombres de mucha fe, a quienes Dios, en premio por sus méritos, concede, después de la muerte, poderes especiales a modo de dones, gracias o misiones para que ayuden a los hombres”.

donde tuvo lugar la Batalla del Santo Cerro, en provincia de La Concepción de La Vega, donde fue levantada una ermita, por disposición del Almirante de la Mar Océana, para conmemorar aquella victoria. Andando el tiempo, aquella iglesia se convertiría en el Santuario Nacional Nuestra Señora de Las Mercedes. La imagen de esta advocación sigue el mismo patrón de la iconografía católica relativa a la Madre de Jesús: joven, blanca, de pelo lacio. Figura como patrona de diecisiete pueblos del país, la mayoría de ellos del norte y del este, al sur el *más* distante de Santo Domingo es Baní, y de varios situados en el Norte del país (Tejeda, 2010: 127). Su influjo es menor en el suroeste, en el este y en el noroeste del país. Este sólo hecho marca, desde ya, una diferencia de grado con Nuestra Señora de La Altagracia, cuyo radio de acción se extiende a todo el país, y aun más allá, pues no es extraño ver, durante sus festividades, “llegar cientos de peregrinos de todas partes del país, de Haití y de varias islas caribeñas: Puerto Rico, Aruba, Curazao, San Martín y Guadalupe”, lo que la convierte en “la advocación de la Virgen María, Madre de Dios, más popular en el país” (*Ibid.*: 25). Es, por tanto, la representación mental que mayor credibilidad arrastra hacia sí; y, por ende, la que mayor vocación de incidencia tiene en el modo de ser de los dominicanos. Sólo Dios la supera.

La cantidad de fieles que acude a Bayaguana, en la Provincia de Monte Plata, cada día primero de enero a rendirle culto al Santo Cristo de los Milagros, no es en modo alguno comparable, en términos cuantitativos pero sí cualitativos, a la que, cada 21 de enero y cada 24 de septiembre, rinde culto a la Virgen de La Altagracia, y en menor número a la Virgen de Las Mercedes. Tampoco su radio de acción como patrono tiene al mismo alcance territorial, pero las manifestaciones de monolítica fe que despierta, es igual de firme. Se trata, más bien, de un icono típicamente regional, correspondiente al este del país (Lemus, 2010: 98). La cantidad de personas que hasta su santuario se desplaza, a cumplir promesas, vestida para la ocasión (alitado, blanco, morado o de henequén) sugiere la cantidad de milagros recibidos por los creyentes, o por sus amigos y parientes; y, por vía de consecuencia, cuánto de la voluntad de sus seguidores se deja descansar sobre los hombros y las manos del Salvador (*loc. cit.*), incluidos los cuidados relativos a la salud, el aumento y buen estado del ganado, la protección de las vidas y los bienes de los seres queridos de los creyentes. Llegados a este punto, quizás no esté de más subrayar el siguiente matiz: Las Mercedes y el Santo Cristo de los Milagros de Bayaguana son representaciones de entidades de origen

divino, por cuanto entran en la categoría de semi-dioses del imaginario dominicano. Oliborio Mateo y la Señorita Elupina son personajes de nuestra historia en los que lo biográfico y lo legendario se han fundido para dar origen a una tercera categoría que no es lo uno ni lo otro, sino una suerte de mito o santo (a) de leyenda.¹⁵³ Por su condición de seres humanos, no serán abordados en detalle en este capítulo, consagrado al estudio del imaginario metafísico-religioso del dominicano, y niquiera en este volumen. Sin embargo, bien valdría la pena que se hiciese lo propio con respecto al imaginario social, para estudiar los héroes y los santos de leyenda, y, de pasadas, los principales tipos sociales y los principales arquetipos psicológicos que pueblan el mundo interior los dominicanos del presente, vinculándolos, como es de esperarse, con el correspondiente sistema de creencias con y la correspondiente estructura de comportamiento, social, grupal o individual.

Esta clasificación se basa en la procedencia de los íconos mentales estudiados. Los integrantes del imaginario metafísico se originan en el trasmundo, o son escogidos por la divinidad —directamente, o a través de las mediaciones con que cuenta (vicariato) — para alguna misión especial en la tierra; si bien, no es su reconocimiento institucional lo que para nosotros cuenta, sino su asunción por el imaginario colectivo. Los que habitan el imaginario social son seres humanos en los que el paso del tiempo ha ido depositando poco a poco una pátina de maravillas que los colocan puntos por encima de sus congéneres, sea a causa de su luz natural, sea a causa de la convicción de que a los ojos de sus adherentes, sus dones o su vocación provienen de Dios. Según este punto de vista, los santos del calendario romano también podrían acaso ser incluidos en este segundo bloque. Pero no es así. Éstos tienen unas condiciones objetivamente reconocidas, son realidades institucionalizadas; de una acentuada vocación universal, al menos en lo que se refiere al orbe católico. Los héroes y santos de leyenda habitan exclusivamente en los intersticios del imaginario del dominicano medio. Los santos del imaginario no requieren de milagros institucionalmente reconocidos, por ejemplo; es suficiente con que la gente *crea* en ellos para que accedan

¹⁵³

Sendín Blázquez (2000: XI-XII): “Los humanos podemos hablar de santos que han destacado según nuestros pareceres. (...). Dios también habla por su pueblo. Ahora, para la canonización funcionan unos mecanismos que sin duda son plenamente válidos y rigurosamente dignos para elegir a nuestros intercesores ante el cielo. La canonización del pueblo puede ser muy otra, no necesariamente opuesta ni distinta. Creo que va a seguir. Desde luego, en la antigüedad funcionó maravillosamente. (...). La leyenda no es una mentira. Ni mucho menos. La leyenda son realidades que se deforman con el deseo, la fantasía, el cariño de los tiempos siguientes”.

al panteón privado de sus adeptos.¹⁵⁴ No se trata, aquí, de establecer, ni siquiera de sugerir, una escala para la valoración de unos y otros; lo determinante para el estudioso de las mentalidades no es tanto *qué*, ni *cómo son* los seres o las cosas, sino la manera en que éstos se posicionan en los ámbitos de la conciencia ingenua, y, muy especialmente, *de qué manera* inciden en los desplazamientos de la voluntad y del comportamiento de pueblos, grupos e individuos.

4.2.1 Santoral, sincretismo y mentalidad

El santoral del imaginario colectivo dominicano es más amplio que el santoral del calendario romano; incluye a algunos bienaventurados que no figuran en el *index sanctorum* de la Iglesia. Tampoco éstos entran completamente y sin excepción en la mentalidad de nuestro hombre medio. Representaciones tales como las del Paraíso y el Infierno, en la que se deja ver, de un lado, a las almas, de blanco pero en figura de personas, atravesar el río Jordán, antes de internarse para siempre en la Gloria, luego de trasponer un camino plagado de espinas; la del Gran Poder de Dios, encarnado en una mano con una herida abierta al centro que sostiene sobre cada dedo a un profeta, uno de ellos menor de edad, sobre los cuales flotan seis ángeles de figura de niño, y dos pares a cada lado, en su base, alados y con figura de mujer (Lemus, *op. cit.* 20), la cual poco o nada tiene que ver con la imagen del Jesucristo pensante que, desde el siglo XVII, es adorado en las Islas Canarias; San Deshacedor (*id.*: 22); incluso, los doce pasos del Vía crucis, el Divino Niño (*id.*: 40), el Angel de la Guarda (*id.*: 42) y el Crucificado o el Santo Cristo de los Milagros de Bayaguana, tampoco forman parte del santoral católico, pero sí del sistema de representaciones y de creencias de los dominicanos; por cuanto, expresan fuerzas y potestades de manifiesto influjo en nuestro modo de ser, pues unas veces actúan como auxiliares idóneos en nuestras tareas y decisiones, y otras, hasta pueden llegar a sustituirnos. Lo propio puede afirmarse de las Ánimas Benditas, la

¹⁵⁴ Sandoval (1997: 14): “Los santos son personas extraordinarias que han basado su vida en principios sacros. Dios les ha concedido dones en forma de bilocaciones, levitaciones, llagas, etc. Estos piadosos individuos se han consagrado incondicionalmente a servir a Cristo y a sus congéneres. En la muerte, son el vínculo obligatorio entre el cielo y la tierra”. Más adelante, la autora agrega dos precisiones que describen el proceso eclesiástico de santificación (p. 17): “Para los no mártires es obligatorio un milagro, pero no así para los mártires. (...). Para que un mártir o un no mártir sea canonizado, es necesario que se le atribuya un milagro adicional”.

Sagrada Familia, las Ánimas del Purgatorio, de la Santísima Trinidad y del Dr. José Gregorio Hernández.

Las creencias, de una población, de un individuo, provienen en buena medida de la lengua. Otras, de sus vivencias; vale decir, de la particular manera en que cada uno ha sentido sus experiencias vitales. La sensación es la unidad más elemental de la aprehensión de la realidad por el hombre. Semeja una sucesión de tomas sensitivas que el entendimiento une y completa, dando origen, entonces, a una imagen mental. Lo que vemos, oímos y sentimos hace que se forme en nosotros el percepto y, a partir de él, una imagen, “especie de huella residual de aquél” (Denis, 1984: 13. *Cfr.* 75-81). En uno y otros casos, el mundo interior se va poblando de representaciones dotadas de cierta fijeza o estabilidad que nutren, afirman y auxilian el rimero de convicciones que constituye y determina el modo de ser, de un pueblo, de una persona. El conjunto de éstas configura nuestro imaginario. Cuando este registro personal es compartido por los miembros de un conglomerado, constituye su imaginario colectivo. Imaginario y sistema de creencias se suponen e implican mutuamente; hacen sistema. Devienen estructuras auto-referenciales; se confirman y enriquecen recíprocamente. Lo propio acontece con el refranero y el imaginario; es imposible separar el refranero del conjunto de estampas y representaciones que convoca, y a éstas de aquél: una de sus fuentes nutricias por excelencia. Una vez que imaginario y sistema de creencias, refranero y percepto se han instilado en la mente social o en la conciencia individual, se convierten en las lentillas por medio de las cuales se aprehende el mundo, se interpreta el pasado, se vive la vida y se sueña porvenir. *Pensamiento*, voluntad y comportamiento devienen aristas de un mismo triángulo: la mentalidad. El panteón de santos, héroes y espantajos que habitan las rendijas de la estructura mental del dominicano medio no son mudos ni pasivos; revelan costados completos de su identidad presente, pasada o posible.

El altar interior del dominicano medio muestra tres niveles o categorías: los que alcanzan el mayor bloque del universo de los creyentes, como es el caso de Dios, La Altagracia, Las Mercedes, el Santo Cristo de Bayaguana, a los cuales es preciso adicionar a la divinidad negativa por excelencia: Satanás, el Diablo el segundo, corresponde a aquellos que no son, ya, más que supervivencias de una cultura o subcultura venida a menos. El tercer momento está constituido por los iconos mentales que sólo conservan su fuerza y su vigencia en algunos costados minoritarios y localizados.

Los segundos continúan siendo parte de la memoria compartida de los dominicanos, pero no toman parte activa en los negocios de sus vidas. A mediados de enero, por ejemplo, se celebran las fiestas patronales de las comunidades de Luperón, Castillo y Las Caobas, en el norte del país, Clavellina, Uvilla y El Llano, en el sur, Santé y Enea, en el este, en homenaje a San Isidro el Labrador (Tejeda, 2010: 71-72), pero ya nuestros campesinos no ruegan al patrono de Madrid para que multiplique sus cosechas, sino que esmeran el cuidado de sus sembrados con la ayuda de insecticidas y abonos; tampoco, frente al exceso de lluvia, ruegan a él al compás de la vieja tonada que cuarenta años era posible en mi pueblo natal, con la certeza de que surtiría efecto sobre la naturaleza: “San Isidro el Labrador, / quita el agua / y pon el sol”.¹⁵⁵ Sin embargo, cualquier dominicano sabe quién es este santo, e incluso, cuál es la función que en otros tiempos le estaba reservada en el imaginario popular, y hasta es posible que recuerde algunos de los ritos que hacían en su honor nuestros hombres y mujeres del campo a principios del siglo XX, así sea gracias a la tradición oral o a su personal interés en estos asuntos (Jiménez, 1975: 156-159). Lo propio acontece con otros santos y personajes de leyenda que antes formaron parte de la memoria activa de los dominicanos, como Santa Lucía, Los Reyes Magos, La Vieja Belén, San Valentín, Santa Cecilia y San Andrés, y con ciertas representaciones de San Pedro y de El Diablo.

A mediados de diciembre se llevan a cabo múltiples celebraciones de conmemoración en homenaje a Santa Lucía en el sur del país, específicamente en Las Matas de Farfán, El Peñón y en la Provincia de Santo Domingo, pero ya no se elevan plegarias a la santa de Siracusa en busca de la cura de la irritación de las conjuntivas ni de la ceguera. Gaspar, Melchor y Baltasar ya no reciben las cartas, la hierba y las golosinas que en otros tiempos depositaban los infantes el 5 de enero de cada año, con la esperanza de recibir los presentes que de Oriente traerían los encantados monarcas que una vez hicieron lo mismo con el hijo de Dios; se hacen desfiles, se los recuerda, se los menciona, forman parte de la estrategia publicitaria de más de una tienda, pero nuestros pequeños ya no les asignan la función de justos jueces de sus comportamientos, no sin desmedro de sus capacidades de ensoñación y de la ausencia manifiesta del carácter trascendente de las nociones de lo bueno y de lo malo; que, como observa Dagoberto Tejeda, con justa razón: “Hoy, el ‘desarrollo’ y la

¹⁵⁵ Lo mismo acontece con una cierta diosa del mar capaz de provocar elevadas olas y hacer que el océano trasvasara sus orillas si se le decía en voz alta «María La O, tu madre es puta, y la mía no».

modernización van desmitificando estas hermosas ilusiones acorde con los mandatos de una psicología ‘moderna’ que se ha olvidado de los sueños y de las utopías” (2010: 20). Igual suerte, por idénticas razones, ha seguido otra habitante del imaginario infantil de tiempos ya idos: la Viejita Belén, que el domingo inmediatamente posterior al Día de los Reyes Magos, dejaba juguetes a los niños menos favorecidos de la fortuna. San Valentín, Santa Cecilia y San Andrés nunca han sido objeto de una devoción especial entre los dominicanos, en el sentido que lo han sido y lo siguen siendo otros, como San Miguel, Santa Rosa de Lima o la Virgen del Carmen, sino que sus nombres desde siempre estuvieron asociados a costumbres y usos sociales de orden lúdico o festivo.

Nunca se les asignó roles correlacionados con los destinos del mundo y de la vida; han sido parte de nuestro imaginario, pero no de nuestra mentalidad. San Valentín no ha sido nunca más que el santo en cuyo día se celebra el día del amor y de la amistad, pero nadie jamás le pidió intercesión en sus cuitas de amor, ni participó en procesiones, le prendió velas ni le hizo un altar en procura de su auxilio. Santa Cecilia ha sido siempre para nosotros la patrona de los músicos y nada más. Su día es el veintidós de noviembre, ocasión propicia a las fiestas y a reconocimientos sin término a ejecutantes y agrupaciones artísticas, pero su jornada no convoca al sistema de creencias del dominicano medio. Con San Andrés ha acontecido algo parecido, al menos durante el lapso que pervivió el uso social del Día de San Andrés, costumbre cuyos registros remiten a los inicios mismos de la Colonia, en el siglo XVI, que consistía en arrojar harina de trigo o agua sorpresivamente a los transeúntes. Todavía en los años setenta era ésta una tradición bastante arraigada entre los jóvenes y los niños de Gaspar Hernández, mi pueblo natal, pero que, de ninguna manera, conectaba lo trascendente con lo cotidiano, ni con lo volitivo, ni con el comportamiento social de grupos o individuos. Con el San Pedro y el Diablo del imaginario ocurría exactamente lo contrario. Sí eran componentes insustituibles de la mentalidad. Operaban como freno o como eficaces modificadores conductuales, lo mismo que San Isidro el Labrador, Santa Lucía y los Santos Médicos.

En el imaginario del dominicano medio, antes que condiciones o situaciones, el cielo y el infierno son lugares, por cierto, situados, paradójicamente, ambos, más allá de las nubes, y separados por una estrecha franja (¡de tierra!). San Pedro, en su condición de guardián de las puertas del cielo, antaño compartió con San Miguel la misión de

mantener a raya a las fuerzas del mal entre nosotros¹⁵⁶, específicamente mientras dormíamos. La tarea del arcángel era mantener, espada en mano, a un “príncipe de las tinieblas” que, paradójicamente, mandaba en un reino que es todo luz, pues todo allí es (era) un fuego tan eternamente vivo como el de Heráclito. Las pesadillas son siempre fuente de miedos, aprensiones y terrores nocturnos, entre niños y adultos, aun cuando no hay entre nosotros reportes de que las generara, como en el Occidente de R. Webster, “el demonio, quien lograba infiltrarse en los sueños de la gente en un intento deliberado de causar preocupación y estrés” (2009: 273-274). Para alejarlas o para superarlas, una vez metidos en ellas, había un conjuro que muchos aprendimos, dijimos una y otra vez a la hora de irnos a la cama, y compartimos con nuestros pares hasta finales de los años setenta, y cuya eficacia fue ratificada en múltiples ocasiones por los presuntos beneficiarios de su acción bienhechora: “Con Dios me acuesto / con Dios me levanto. / San Pedro me dijo / que durmiera y despertara / porque la pesadilla tiene una mano agujereada”. La representación mental de aquel que tiene las llaves del reino, por delegación expresa del mismo Jesucristo, apunta hacia la imagen de un hombre de poco más o menos setenta años, con barbas y pelo blanco, ojos verdes, e inseparable de un manojo de llaves, idéntico en este sentido al Dios-Padre, pero disfrute al menos en términos de sus edades respectivas a San Miguel, el antídoto del Maligno.

De Satán, la más socorrida es la de un ser antropomorfo de aproximadamente cincuenta años, de oscura tez, orejas puntiagudas, todos los dientes de oro, cuernos y rabo. La más socorrida, pues también podía tomar la apariencia de un hombre de mundo elegante, enamorado y bailador, como en “Simón del Desierto” de Luis Buñel¹⁵⁷. Ese Diablo del imaginario de los años setenta hacia atrás “salía”, esto es: se le aparecía, a la gente de censurable conducta o que le convocaba para hacer pactos con él; eventualmente, incluso podía arañar a la víctima por él elegida, “llevarse” a alguien (Rodríguez Demorizi, 1983: 88), o subir en algún árbol a quien, generalmente joven,

¹⁵⁶ Incluso el propio Jesús detentó durante algún tiempo, en el imaginario metafísico de los dominicanos, entre otras, una función parecida. La necesidad de extremar la prudencia y de evitar hacer ruidos e incluso hablar durante los últimos tres días de la Semana Santa se debía al hecho de que, mientras Jesús permaneciera clavado en la cruz, el Diablo andaría suelto en el mundo de los hombres.

¹⁵⁷ Todavía a mediados de los noventa circuló en Barahona, con insistente firmeza, la información de que el Diablo había aparecido, bailando, una noche, en la discoteca “Lotus”. Los presentes se dieron cuenta de que se trataba de él porque alguien le vio el rabo. Como era de esperarse, esto trajo como consecuencia una disminución ostensible del público que habitualmente concurría a ese centro de diversión.

fuese malcriado o irrespetuoso con su madre, como paso previo a su rapto definitivo o su desaparición (¿paradójico, no?!). Cuando una de estas dos últimas situaciones ocurría, sólo el padrino, la madrina o el cura podían retrotraer a la víctima al mundo de los hombres intervenir de manera. Es una raigal inconsistencia de este Diablo del imaginario del dominicano medio dedicarse a, agredir y raptar a los de su propia grey, en lugar de estimularles a que siguiesen esparciendo su obra de maldad e inconducta en sus respectivos teatros de operaciones. Empero, nuestra gente da por hecho la sabiduría del Diablo, que le viene, no de su condición, propiamente dicha, sino de su antigüedad: “El Diablo sabe más por viejo que por Diablo”, o “Más sabe el Diablo...” (31 CV, 18VM, 19AF). Tres notas completan la imagen mental que de este semi-dios tiene el hombre medio: (primera) Satán, permanentemente, o de vez en vez, deambula por la tierra, siempre al acecho, como haciendo guardia: “El Diablo anda suelto” (Rodríguez Demorizi, *op. cit.*: 111, Cruz Brache, *op. cit.*: 81), “El Diablo no duerme” (Rodríguez Demorizi, *id.*: 112, Cruz Brache, *id.*: 80); (segunda) se regodea en poner a prueba a los seres humanos: “El Diablo tienta” (Cruz Brache, *id.*: 81), lo cual hace (tercera) desde su eminente superioridad, pues, justamente, en todo o casi en todo supera a la especie humana: “Más... que el Diablo” (Rodríguez Demorizi, *id.*: 184). Es la mejor expresión de lo superlativo, trátase de cosas buenas o de cosas malas.

Con todo, este Diablo, que es de aceptación común, en el universo de los creyentes de nuestro país, jamás ha generado entre nosotros tal adherencia que indujese cultos, adoración o peregrinaciones, ni siquiera entre los desencantados, los ateos ni los anticlericales de oficio. Pero los creyentes cristianos les conceden la potestad de influir en los asuntos humanos, *per se* o a través de interpósitas personas o entidades, por medio de múltiples formas, entre los que se encuentran los demonios, los brujos, las brujas, los endemoniados, y hasta algunos de los santos o dioses intermedios entre el hombre y la divinidad, buena parte de los cuales han sido asumidos o metamorfoseados por los practicantes y promotores del voodoo y del ga-gá en nuestro país. A ellos me refería al hacer alusión al tercer nivel del imaginario metafísico de los dominicanos. En efecto, en la mentalidad del dominicano de nuestros días, incide una legión de deidades intermedias o semi-dioses de potestades cuyo influjo se halla bastante bien localizado. Algunas son de extracción cristiano-católica; otras son simbiosis de éstas y de otras provenientes del sedimento africano de nuestra cultura, pero, sobre todo, fruto del peso muerto ejercido por la presencia creciente de nacionales haitianos en nuestro espacio

vital. La Frontera, las zonas cañeras, y, más específicamente, los bateyes, son los espacios predilectos de esta veta de nuestra mentalidad. Después del terremoto del 12 de enero de 2010, ha habido una afluencia de nacionales haitianos a nuestro país de tales proporciones que es fácil avisorar que su particular manera de relacionarse con lo trascendente irá ganando cada vez más espacio, en los centros urbanos y en los entresijos de nuestra estructura mental, más allá de los espacios que tradicionalmente les han estado reservados. Entre las deidades no sincréticas de acción igualmente localizada de nuestro imaginario se encuentran Oliborio Mateo, Elupina Cordero y el Santo Cristo de los Milagros de Bayaguana, lo mismo que cada una de las patronas de las provincias y municipios del país.

Ante el imaginario de una parte de los dominicanos las deidades intermedias que son expresión del sincretismo cultural característico de muchas de nuestras costumbres y usos sociales, aparecen como entidades diabólicas o satánicas; no así, claro está, para sus practicantes, y de una cierta cantidad de intelectuales, activistas y periodistas prohaitianos, que los hay en República Dominicana, y en cantidades significativas. Si no se tiene el entrenamiento adecuado y no se mantiene la vigilancia, se corre el riesgo de que los discursos de deseo se entremezclen con los juicios de hecho y de razón. Ante el orbe perceptivo del dominicano medio, el haitiano es, comúnmente relacionado con la brujería; está con la magia negra, y, por vía de consecuencia, con prácticas cuasi satánicas, respecto a lo cual la conciencia europea y la Iglesia han hecho una notoria contribución. Luego, no es de extrañar que, dado que el culto a estos santos, ahora convertidos en semi-dioses en las prácticas voduistas que tradicionalmente han sido protagonizadas por los haitianos residentes en el país, o sus descendientes, la mente ordinaria termine por asociar, primero, e identificar, después, lo uno y lo otro¹⁵⁸. Sin embargo, hay en la mentalidad del dominicano medio una cierta ambigüedad al respecto. Por una parte, las personas a través de las cuales los *seres* o *luases* se montan, llamados por los practicanetes de estos usos mágico-religiosos “servidores de misterios” o “caballos”, caerían más bien en la categoría de curanderos. Las brujas y los zánganos pertenecen a otra categoría, que los asocia, ante el imaginario, más directamente con el

¹⁵⁸

Cfr. Sendín Blázquez (*op. cit.*: XVI): “Hay quienes siguen utilizando a los santos, y con ellos la religión, para intereses contrarios a la religión misma: la magia, la adivinación, incluso el satanismo. Sobreviven los curanderos de tribu”.

satanismo.¹⁵⁹ La mayoría, de los miembros del panteón vaudú son transfiguraciones del santoral católico, pero sólo en apariencia, como se verá a continuación.

Las principales divinidades vaudú han sido entroncadas sobre los cimientos de las deidades intermedias católicas; del mismo modo que, salvando tiempos y distancias, fueron construidos los templos coloniales en América: sobre los lugares de culto y de adoración de las deidades aborígenes. Así, San Carlos Borromeo, de patrono de los educadores y de los seminaristas, deviene Candelo o Papá Candelo, experto “en asuntos de negocios. Mujeriego. Cuando se monta bebe y fuma mucho. Es muy chistoso y siempre festivo. Le gusta vestir al estilo haitiano” (Lemus, 2010: 54)¹⁶⁰; el Apóstol Santiago, protector de los farmacéuticos y de los peregrinos para los católicos, se convertirá en Ogún Balenyó, de recio carácter, “Especialista en cosas diplomáticas, sociales y familiares” (*loc. cit.*) y en “darle la mano al enfermo” y en “levantar los caídos” es, asimismo, “llamado el ‘Cónsul’ por su capacidad para que sus seguidores obtenga la visa, sobre todo la norteamericana” (Tejeda, 2010: 106); la Virgen de los Dolores, la advocación de la Virgen María que, llorosa, sostiene sobre sus piernas y entre sus brazos a su Hijo luego del martirio de la cruz, se trueca en Metre Silí en el imaginario de los practicantes del culto vaudú, una deidad amadora de las prendas, odiadora del ron pero coqueta con los hombres¹⁶¹; San Miguel Arcángel se convierte en

¹⁵⁹ Paulino *et* Castro (2005: 67) definen a las brujas con los siguientes términos: “Entes diabólicos que chupan la sangre de los niños, que vuelan en escobas y que se tumban gritándoles: ‘con Dios y Santa María vuela’, ya que ellas exclaman: ‘sin Dios y sin Santa María vuelo’. (...). En los campos se afirma que cuando van a volar ‘se quitan el cuero y la piel’ (...). Cuando los niños están pequeños los campesinos toman medidas para evitar que las brujas se los ‘chupen’, dejando siempre una lámpara encendida en la habitación, lo que dificulta la entrada de las brujas; además colocan un espejito cerca de la cabeza del niño, lo que de acuerdo a los creyentes aleja a estos seres malignos, pues cuando se ven en el espejo se asustan; también algunos colocan palos en cruz en la habitación del recién nacido formada con palos de piñón y de guayaba, pues se cree que el piñón es un árbol santo.” *Cfr.* nota 169

¹⁶⁰ Tejeda (2010: 149): “De una personalidad impresionante, presumido, haciendo alardes de valentía, de ser el mayimbre del barrio, enamorado permanente de todas, Candelo se va a parrandear con Belié Belcán, del cual dice que es su hermano, a beber ron y fumar tabaco hasta el amanecer. Su color preferido es el rojo, le fascina hacer alardes con el fuego, le gustan las peleas de gallos, teniendo un excelente olfato para hacer negocios. A pesar de eso, es un radical defensor de los desamparados, enemigo de las injusticias, amigo de los amigos. ¡Candelo es el típico tíguere de los barrios dominicanos”.

¹⁶¹ Tejeda (*op. cit.*: 125-126): “Metresilí, para subir a la cabeza de una Servidora de Misterios, hay que realizar un ritual previo: Se baja al mínimo la música, sea esta en vivo o no, se colocará en una mesa o en el altar una copa grande llena de agua cristalina con pétalos de rosas, preferiblemente rosado (sic), para cuando tenga que lavarse las manos. Estará descalza y el piso deberá tener una alfombra. Cuando llega, debe hacerse silencio y (si, aa) se comienza a hablar alto o a poner música, llora”.

un espíritu que ejerce a través de uno que otro médium o “caballo” la curandería¹⁶²; y así sucesivamente, Santa Bárbara hace de Changó, San Lázaro de Papá Legbá Carfú¹⁶³, San Patricio de Damballá Wedó, y la Virgen de la Candelaria, de Candelito Sedifé (Lemus, *ibid.*: 55-56).

4.3 A medio camino entre lo divino y lo humano

Entre los santos y deidades de la denominada religiosidad popular y los seres humanos, conforme a los ribetes del imaginario del dominicano medio, se tiende una legión de entidades y personajes a los que, igualmente, se concede la potestad de cambiar el curso de los acontecimientos, y que, por tanto, forman parte, por derecho propio de su mentalidad. Tal es el caso del amplio orbe de los espíritus y sus medios de acción o de expresión (mediums o media —servidores de misterios—, adivinos, curanderos, brujos, ensalmadores), las Ánimas del Purgatorio, El Barón del Cementerio y su hija, Martha La Dominadora, los bacás, los zánganos¹⁶⁴ y los galipotes, e incluso de la muerte que, en el imaginario popular, de continuo, adquiere la condición de una

¹⁶² Su esposa es Ana Isa Pie Dantó (Santa Ana: la abuela materna de Jesús, protectora de las amas de casa, las parturientas y los ebanistas), que, en la hagiografía vudú, es “la reina del amor, coqueta, provocadora (...) sólo toma cerveza, champaña o refresco de naranja. Le encantan el maquillaje, las joyas y, sobre todo, los perfumes caros. Come biscocho y fuma cigarros. Le gusta bailar atabales, salves y goza provocando a los hombres más tímidos de la fiesta. Es un dolor de cabeza para Belié Belcan, su marido, que siempre la está acechando y celando” (Tejeda, *id.*: 107), si bien él también “es un galán (...), le gustan las mujeres, bebe ron, baila y se enamora como un loco, adora el tabaco y le encantan las parrandas” (*id.*: 130).

¹⁶³ Papá Legbá es “el Jefe de todas las Divisiones del Vudú Haitiano y del Vudú Dominicano. Para la realización de cualquier ceremonia o invocar cualquiera de las ‘naciones’ o de las 21 Divisiones, es necesario pedirle permiso a Papá Legbá, el cual ‘abre todos los caminos’. En el Vudú Dominicano, San Antonio Abad, es el padrino, el protector de Papá Legbá” (Tejeda, 2010: 22). También llamado Antonio el Grande, Antonio Abad es un evangelio vivo de entrega a los preceptos evangélicos y a la vida retirada.

¹⁶⁴ Paulino *et* Castro (*op. cit.*: 176) dicen, acerca del galipote, lo siguiente: “En las tradiciones dominicanas de la región Sur, en la línea fronteriza, Puerto Plata y otros puntos distantes de la frontera, es muy folklórico el galipote, individuo que se le atribuye la facultad de transformarse en animales u objetos inanimados. Estos individuos son llamados también ‘dundunes’. Son comunes las leyendas en las que se presenta al galipote haciendo bellaquerías, y las que cuentan que éstos, convertidos en animales, cuidan propiedades. Hay personas que llevan oraciones especiales para evitar los efectos del galipote que se convierte en tocón, chivo u otra cosa. Según se cree, las personas que tienen ese poder de convertirse en galipotes, tienen pactos firmados con el diablo, y el que tiene ese pacto disfrutará de buena salud en la vida real. Para cuidarse de ellos, hay que llevar resguardos y si alguno ‘le sale’, formar una cruz con sus pies”.

entidad. Salvo el Barón del Cementerio y los recursos de encarnación de los espíritus, ninguna de estas entidades pertenece al más acá de la historia, pero no por ello tienen menos eficacia sobre la acción social ejercida por la memoria de aquellos en los que lo biográfico y lo legendario se ha fusionado. Ambas categorías interactúan con igual potestad en los intersticios de nuestro imaginario. A este último grupo pertenecen los caciques aborígenes Enriquillo, Guarionex y Caonabo, pero también Mencía, Anacaona, Guacanagarix y Tamayo, el escudero del adelantado Francisco de Roldán; así como otros, más cercanos en el tiempo, pero, en mayor o menor medida, distantes desde el punto de vista de la condición humana, pues se trata de arquetipos o esquemas, de seres de leyenda, como Arturo y Carlomagno, Merlín y Robin de los Bosques, Roldán o Melusina para los europeos de la Edad Media, pero, en buena medida, también del presente (Le Goff, 2010: 13-25). Buceta, Concho Primo, Lilís (Ulises Heureaux), Mon (Ramón Cáceres), Desiderio Arias, Trujillo, Enrique Blanco y Oliborio Mateo, son otros tantos íconos en los que la historia y la maravilla se dan de manos en nuestro imaginario. Ahora bien, no se les asigna la condición de espíritus, ni de jefes de divisiones, no serán estudiados en este capítulo.

Los espíritus, también llamados *seres*, *loas* o *luases*, son entidades estrechamente ligadas al santoral católico, pero no son intercambiables. Los santos del calendario romano a penas si prestan a aquéllos su figura exterior y algunas de sus atribuciones, pero la deidad voudú tiene otro perfil, otras funciones, otro horizonte de ser. En las sesiones de voudú, que practican dominicanos y haitianos, al entrar un “luá” en posesión del cuerpo y del alma de la persona escogida (“caballo”), ciertamente, suele mandar que se rece y se le rinda culto al santo al que se encuentra ligado¹⁶⁵. Pero mientras que los santos del calendario de la Iglesia tienen una inclinación ética bien definida hacia la práctica del bien, los luases “Son amorales, pues se prestan tanto para hacer el bien como el mal”, y no rehúsan el vicio ni la vanidad, como ha quedado entrevisto en el apartado anterior. El “caballo” recibirá el nombre de Bocó si es un brujo, sin más; y de Papá Bocó, si es un brujo más experimentado o maestro de brujos (Lemus, *id.*: 53). Durante la sesión de brujería, el “ser” de turno adivina, cura, receta y aconseja eligiendo entre los presentes sobre quiénes hará caer el imperio de sus luces

¹⁶⁵ Rosenberg (1979: 169): “los ‘lua’, ‘seres’ o ‘espíritus’ se corresponden, implícita o explícitamente, con santos católicos, y están organizados en categorías llamadas ‘divisiones’: veinticinco o veintiséis”.

bienhechoras: “Curan desde una herida hasta un cáncer” (*íd.*: 55). La creencia en las Ánimas del Purgatorio, lo mismo que en los galipotes sin embargo, son de esas ideas-fuerza que, poco a poco, han ido cediendo su eficacia social hasta el punto de devenir ideas o fantasmagorías con poco o ningún influjo en la estructura conductual de los dominicanos del presente. Ulises Heureaux (Lilís) (1845-1899) y Enrique Blanco (1907-1936) son de los últimos héroes de leyenda a quienes fueron atribuidas cualidades propias de galipotes. No acontece lo mismo con El Barón del Cementerio, la muerte, Martha la Dominadora y los Bacás, por lo menos en aquellas demarcaciones en las que estas creencias tienen arraigo (batelles, frontera, suroeste, zonas cañeras). Pero, antes de proceder a hurgar la forma y figura de éstos, conviene precisar cómo se representaba el dominicano medio el Purgatorio: como un espacio, un lugar al que iban a morar las almas de quienes morían libres de pecado o sin haber cometido pecados mortales; pasado algún tiempo, éstas iban a la gloria, pero, entretanto, conservaban la potestad de ayudar a los fallecidos en recientes fechas a vadear mejor su trayecto hacia el cielo. Paradójicamente, estas ánimas eran antropomorfas, cuando, se supone, que como entidades espirituales que son, deberían carecer de dimensiones.

Muchos son los rituales y las creencias del dominicano atinentes a los muertos (que deben ser entrados o sacados de la casa, o enterrados en determinada dirección, que *salen* esto es: se aparecen a los vivos; que se olvidan en poco tiempo, que pueden ser vendidos e, incluso, deambular como almas en pena si dejaron alguna tarea pendiente en vida). Pero hay una percepción de la muerte que tiene que ver directamente con su personificación, que, hasta donde conozco, no ha sido abordada hasta el momento por los estudiosos del tema. Se trata de una cierta convicción de que la muerte se posa sobre determinados pueblos, e incluso calles o sectores de ciertas comunidades, en ciertas épocas variables, y se “lleva” varias personas, con frecuencia de la misma edad o de idéntica condición social. Es un punto de vista que tiene una base empírica, aunque casuística, que yo mismo he podido advertir en más de una ocasión. Esta muerte del imaginario es parte de la mentalidad, pero no tiene forma ni figura, ni siquiera la de la tradicional dama de negro con su guadaña, o la del mundo esqueleto, pero se traslada y *existe* en el espacio y en el tiempo mental de nuestra conciencia. Esta convicción tiene en nuestro refranero adecuado correlato en las sentencias tales como las siguientes: «Nadie se muere un día antes, ni un día después», «Puntual, como la muerte», «De la suerte y de la muerte, nadie está escapo», que ilustran lo que, en una perspectiva más

amplia, también comparte J. Balaguer (1988: 396): “La ley de serie, esto es, la repetición de un hecho bueno o malo en forma sistemática, (...) otra de mis creencias, producto igualmente de mis observaciones. El refrán español que reza: ‘Mal, bien vienes, si vienes solo’ es algo que todos hemos tenido la ocasión de observar en nuestras experiencias cotidianas. El 1ro. de septiembre de 1934, recibí en Madrid un cable en que se me participaba mi cancelación como Secretario de la Legación Dominicana en esa capital. Ese mismo día debía asistir a un examen de Filología en la Facultad de Humanidades de la calle de San Bernardo. La noticia me desconcertó profundamente. Desde esa fecha hasta ahora, en el curso de más de 50 años, en esa misma fecha, la cual coincide con mi cumpleaños, me ha acaecido algo igualmente desagradable. Por eso siempre he esperado la fecha de mi natalicio con aprensión. Cuando un avión se estrella en alguna parte del mundo, esa catástrofe es generalmente seguida de otras que forman con la primera una cadena lúgubre”.¹⁶⁶

Con el Barón del Cementerio, nombre con que es bautizada la primera persona enterrada en un camposanto, ocurre otro tanto. Es una entidad a la que se le reconocen poderes, por lo menos entre los practicantes del vudú o de la magia negra, pero no tiene una forma definida que pueda ser aprehendida o catalogada como parte del *imaginario* en sentido estricto, pues la representación física del difunto primigenio no es parte de la configuración del retrato mental del Barón del Cementerio. Sin embargo, se le reconoce como “jefe de todos los difuntos” y como “quien da permiso a los otros difuntos para manifestarse, aparecerse, o comunicarse con los vivos, o para cualquier otra actividad en provecho o daño de los vivos” (Lemus, *id.*: 58), y “Si alguien va a coger tierra del cementerio para preparar una brujería tiene antes que invocarlo y pedirle permiso. Lo mismo hay que hacer para comprar un muerto” (*loc. cit.*). Es obvio que pertenece al ámbito de la mentalidad del dominicano medio, pero no de su imaginario colectivo, si bien su padrino es San Elías (Tejeda, *id.*: 105). Tal es el arraigo de esta práctica entre los dominicanos que, según Andújar (1999: 228) “un culto que llegó a reunir alrededor de 500 personas sólo en el cementerio de la Máximo Gómez, permite concluir su predominio en el sistema de creencias y prácticas de la religión popular

¹⁶⁶ El jueves 9 de junio de 2011 escuché al joven pintor dominicano Félix Lazala, de unos veinticinco años de edad, durante una conversación en la Sala de Arte “Ramón Oviedo”, de Santo Domingo, sostener la misma creencia respecto a la presencia casi física de la muerte, durante determinadas temporadas en la ciudad de Bonao, Provincia Monseñor Nouel.

dominicana”.¹⁶⁷ El Barón del Cementerio tuvo una hija con Mamá Buyita; su nombre es Martha la Dominadora. Se la representa como “una mulata de ojos negros, grandes y dominantes, con un hermoso afro, que juega con una enorme serpiente, que le obedece (...), y es una metresa con su propia identidad que no tiene madrina, padrino o protector en el santoral católico. En su punto de fortaleza, se arrastra y hace el ruido de una serpiente, teniendo una fuerza descomunal, sin embargo, en su punto de tranquilidad es tierna y sobre todo protectora en contra de todas las energías negativas. Su color es el morado. ¡Es la metresa más temida y al mismo tiempo una de las más queridas a nivel popular!” (Tejeda, *id.*: 109). Ella sí es parte del imaginario localizado de que hemos hablado más arriba, pero su padre no.

El baká o bacá es igualmente temido, pero, a diferencia de Martha la Dominadora, que es una entidad que proviene de la unión marital de dos espíritus, éste es una fiera venida al mundo de los seres humanos por encargo o voluntad de una persona; por lo general, con el propósito expreso de que vigile, e incluso acrezca, sus posesiones. Igual que los galipotes, se puede trocar en árbol o en tronco seco, o tomar la apariencia de un animal. Pero, a diferencia de éstos y de aquélla, el baká tiene un principio fácilmente reconocible, y un final. Su origen reviste tres modalidades: la primera, se le puede adquirir en L’ Arcahie (Alcahié, Alcajé, Arcahaie o Lacayé), nombre que corresponde a un distrito del Departamento Oeste de la República de Haití, pero que, en el imaginario de la parte de nuestra población que participa del núcleo de creencias que estamos describiendo, es un lugar mítico donde se concentra el mayor número de luases o *seres*; se puede conversar con los parientes muertos o desaparecidos, y escuchar de ellos cualquier indicación póstuma, acceder a sus deseos postreros, así como determinar si siguen vivos o fueron asesinados; es, asimismo, el lugar al que “van a parar las almas vendidas y todo lo malo y donde se acude a comprar almas para envitaciones o brujería” (Paulino *et* Castro, *id.*: 16). La otra manera de hacerse de un baká es mediante un pacto con el Diablo, a cambio del cuerpo y del alma de algún hijo, preferiblemente no nacido a la hora del acuerdo. La tercera posibilidad, no menos fabulosa, es cogiendo un huevo de gallina puesto en Viernes Santo, e incubándolo en las

¹⁶⁷

No estoy del todo de acuerdo con esta apreciación. Los desplazamientos, presencias de fieles y muestras de adhesión que concitan las Vírgenes de La Altagracia y de Las Mercedes, y el Santo Cristo de Bayaguana son incomparablemente superiores a esta cantidad. Luego, si de abordar la relación entre la Iglesia y la religiosidad popular se trata, es preciso empezar por reconocer que la religión institucionalizada es, también, *popular*. Iglesia y religiosidad popular no son compartimientos estancos.

axilas durante veintiún días. Sea cual sea la manera elegida, el baká estará condenado a morir durante la Semana Santa, o durante cualquier otro día significativo del santoral católico; o bien, cuando fallezca su dueño (*íd.*: 35, 41-42).

Como se puede advertir, es perfectamente posible elaborar un amplio manual de literatura fantástica no escrita a partir de los dioses, historias, leyendas y espantajos que deambulan por el imaginario del dominicano medio, que sería mucho más nutrido que la presente reseña, pues aquí me he tomado el cuidado de incluir sólo aquellos que son parte de su núcleo de creencias básicas; es decir, a aquellos que tienen la facultad de influir sobre la voluntad y el comportamiento de determinados grupos e individuos. Me he atenido al esbozo de aquellos costados del imaginario colectivo que son parte inseparable de su mentalidad. Por cuanto, excepción hecha de los santos del calendario romano, sólo me he ocupado de las divinidades —primarias, secundarias o terciarias— de naturaleza estrictamente espiritual o transmundana, a éstos se suma el renglón de los santos y héroes de leyenda; esto es, el conjunto de personas que habiendo sido parte de la historia, terminaron por convertirse en luases o jefes de divisiones espirituales, a las cuales me referiré en el párrafo siguiente; en divinidades intermedias (como Liborio Mateo y la Señorita Elupina); y los héroes y personalidades a los que el imaginario ha ido revistiendo cada día con el manto suave de la leyenda, la astucia extrema, la maldad sin nombre o la infalibilidad, hasta el punto de que a veces resulta sumamente difícil determinar dónde comienza la historia y dónde se inicia la labor performativa del imaginario colectivo (como en los casos de: Lilís Trujillo Caamaño y de otros a los que también hace referencia el siguiente parágrafo¹⁶⁸).

En la División del agua o India encontramos, en efecto, a Caonabo, Cayacoa, Enriquillo, Guaroa, Hatuey, Mencía, Guarionex, Guacanagarix y Tamayo, entre otros (Deive, 1996: 179). El cacique Guaroa fue llevado, siendo aún muy niño, a un convento franciscano en la ciudad de Santo Domingo, donde fue educado y bautizado; encabezó, luego, la primera rebelión aborígen contra el dominio español de que se tiene noticia en América. Su transformación al pasar de figura históricamente determinada a

¹⁶⁸ Hay en la Academia de Ciencias de la República Dominicana una estatua en honor a Liborio Mateo Ledesma (1878-1922), en cuyo plinto aparece la siguiente inscripción: «Sacerdote de la religiosidad popular, líder campesino que luchó por tierra para todos héroe guerrillero que enfrentó la invasión militar norteamericana de 1916. Esta escultura está inspirada en la leyenda creada durante la Guerra Patria de 1965 de que Liborio había reencarnado en el líder revolucionario Coronel Francisco Alberto Caamaño Deñó»

componente del imaginario fantástico es de suyo elocuente e ilustrativa. ¿Cómo es representado el noble guerrero por el dominicano que realiza prácticas de magia o hechicería? La imagen mental que del “luá” Enriquillo se tiene es la siguiente: es “una personalidad muy seria, muy protocolar, se niega para hacer algo malo, le gusta hablar de historia” (Lemus, *id.*: 53). ¡Bastante distintos, ¿no?, el Enriquillo del espacio-tiempo histórico, y el Enriquillo del imaginario! Lo propio acontece con Canoabo. Como Enriquillo, también hostigó a los españoles, específicamente a los que defendían la fortaleza de Santo Tomás de Jánico; estuvo considerado en su tiempo como el más valiente de los mortales. Empero, el imaginario popular se lo representa como un espíritu “rudo, salvaje, grosero. Exigente en el cobro, que suele ser alto. Es bizco.” (*loc. cit.*). Este recurso a la elevación a la condición de *espíritus* (luases) de quienes resistieron el poder, es un patrón que se replica en el segundo cuarto del siglo XX en los casos de Viviana de la Rosa, Ciprián Bencosme y Enrique Blanco (Deive, 1996: 171). Muestra, de alguna manera una cierta tensión hacia la resistencia a lo establecido de parte del dominicano medio. De manera, pues, que, de pronto, en la mentalidad, que es, por lo general, un conjunto de estructuras o de signos que miran y se orientan hacia la tradición o hacia las *resistencias de larga duración*, pueden aparecer notas que bien podrían ser interpretadas como aperturas o sillares propicios a la utopía, como cifras de cambio, de avance hacia mejor.

La co-presencia del culto y del panteón vudú en el imaginario nacional es un fenómeno relativamente reciente. Está relacionado con el auge alcanzado por la industria azucarera a partir de la denominada primera guerra mundial, y, sobre todo, por el consiguiente establecimiento de colonias de ciudadanos haitianos en territorio dominicano. Estos componentes del imaginario actual no han desempeñado el papel modelador de la doctrina y de la imagería católicas en la configuración de las estructuras básicas de nuestro modo de ser y, por ende, del derrotero final de nuestra historia. Como ha quedado entrevisto en este capítulo, las determinantes básicas de nuestro fondo común de verdades, está signado por la concepción cristiana del mundo, en su versión católica. De ello no se sigue, sin embargo, que el catolicismo haya tenido una manera única de vivir la fe entre nosotros. Antes al contrario, desde los albores mismos de la evangelización en América, quedó de manifiesto tanto la destreza de la Iglesia para el manejo de sus relaciones con el poder temporal (Bulas *inter-coetera*, Tratado de Tordesillas), como su determinación de optar por los desheredados de la

fortuna (Sermón de Montesinos). Es decir, pues, que desde los inicios mismos de su presencia en nuestra América, dio muestras de poseer una doble vocación humana; es decir, de aquello que D. Manuel Fernández del Riesgo ha denominado “la ambigüedad social de la religión”. Una mirada panorámica al decurso histórico de la nación dominicana permitirá captar en dinámica interacción entre mentalidad e imaginario colectivo; y determinar si predominan las constantes o las discontinuidades en el plano de ese fondo común de verdades que nos constituye como nación. Es justo lo que haremos en el capítulo siguiente, en el que aun seguiremos a medio camino entre lo divino y lo humano, pero a paso firme tras los ribetes de nuestra identidad y de las huellas de nuestro sistema de creencias.

A modo de recapitulación... Desde el punto de vista de la mentalidad y del imaginario poco cuenta que las entidades que pueblan el mundo interior de las personas sean personajes o ideas a las que se les ha asignado a priori un valor de verdad indubitable. Lo determinante es si se *crea* o no en los unos o en las otras. En la búsqueda del *nosotros* y de los *otros* topamos con que los seres intermedios también ocupan un lugar de privilegio en el modo de ser pueblos e individuos, referido obviamente al caso que nos ocupa.

***Imaginario, universo simbólico
e instalación histórica***

5.1 Los tres sillares del imaginario

En este capítulo pondremos a prueba una hipótesis de trabajo y un modelo teórico. La hipótesis es la siguiente: el imaginario cristiano-católico, estudiado en el capítulo anterior, y su expresión institucional por excelencia: la Iglesia, han desempeñado un rol de primer orden en la configuración de la identidad social y cultural de la República Dominicana. El modelo es el que expone D. Manuel Fernández del Riesgo en su obra *La ambigüedad social de la religión*.¹⁶⁹ En el capítulo anterior, me propuse hacer calas en el modo en que lo trascendente se traspone en el imaginario del dominicano promedio. Advertí que el elemento subyacente más activo es de orden cristiano, pues en la base de la jerarquía ontológica atinente a su mentalidad se hallan las entidades primordiales de la cosmovisión católica del mundo: Dios, Jesús, la Virgen, los santos. En el pináculo está situado Dios-padre. Las restantes deidades son mediaciones entre Dios y los hombres, aunque no son las únicas que desempeñan esta función, como ha quedado entrevisto sobre todo al final de dicho capítulo. Puesto que las mentalidades operan, en principio, en el plano de los perceptos y de las imágenes, la noción de imaginario colectivo se ha revelado como un recurso eficaz en el esfuerzo de aprehensión del fondo común de verdades con vocación de influjo en el modo de ser de los dominicanos.¹⁷⁰ Su visión de la divinidad está transida de representación y, por

¹⁶⁹ En el criterio de Fernández del Riesgo (1997: 254): «la interpretación y el compromiso religiosos pueden desarrollarse de dos modos: adaptándose a los intereses de los sectores dominantes y del orden social vigente, cuya lógica se impone y se reproduce en todos los subsistemas sociales (transversalidad), o reaccionando como instancia crítica desde los recursos de la propia idiosincrasia del universo simbólico religioso. Modelo abierto, pues, tanto al estudio de la integración como del conflicto y del cambio social. En este contexto, el campo religioso (instituciones y actores religiosos) puede ser medio de acción de la sociedad sobre sí misma, y reflejo adaptativo de la sociedad. Interacción constante, por tanto, entre la visión religiosa del mundo y las relaciones y estructuras sociales. En esta interacción, la religión ha jugado tanto un papel funcional como disfuncional, de ahí su carácter ambiguo desde el punto de vista sociológico». Cfr. pp. 76-80.

¹⁷⁰ (Le Goff, 2010: 14-15): “El término imaginario remite sin duda a la imaginación, pero la historia de lo imaginario no es una historia de la imaginación en el sentido tradicional, es una historia de

ende, afectada de antropocentrismo. Dios, no menos que sus mediaciones participan de las magnitudes, y, al modo de los seres humanos, está sometido a vaivenes e inconsistencias que, más bien, son propias de la humana condición; por ejemplo, las limitaciones que el paso del tiempo impone. Su diferencia específica con respecto a los seres humanos reside en la potestad que se le reconoce para cambiar el curso natural de las cosas, de la historia y de la vida, así en lo colectivo como en lo personal. Pero éste es solo el primero de los sillares del nutrido rimero de iconos en estado activo que constituyen el imaginario del dominicano.

A éstos, de orden espiritual, se adicionan los símbolos y perceptos que, a través de la historia, y aun en la actualidad, han venido estructurando los habitantes de estas tierras, desde el advenimiento del criollo hasta nuestros días —acerca de ellos mismos, de su propio pasado y de su presente de entonces—, en sentido general; pero también, de manera particular, de sus héroes y prohombres, e incluso de cada uno de los estratos, personajes, oficios e instituciones que conforman la sociedad (políticos, abogados, profesores, brujos, intelectuales, emigrantes, inmigrantes, sus países de origen, la familia, el *pater familias*, la mujer, los niños, los envejecientes, el campesino, los jóvenes y los pobres, entre otros). En este renglón entran, viceversa, las imágenes que acerca de los dominicanos se han formado viajeros e invasores, apologetas y detractores, científicos sociales e ideólogos. La imagen que de sí mismo tiene un pueblo, una nación, es un ingrediente básico de su instalación histórica de cara al futuro, de la misma manera que la percepción de su propia historia modela de alguna manera su vida presente. Convendrá, en ese sentido, sopesar cuáles de estos planteamientos son de carácter ideológico, cuáles de ellos tienen pretensiones de juicios de hecho o científicos, y cuáles expresan, real y efectivamente, nuestro modo de ser. En el primer caso es posible diferenciar dos momentos: el primero, que podría denominarse *ideológico en sentido estricto*, por su carácter particularista, se da cuando al emisor lo mueve el mero interés de sacar partido o provecho de lo dicho, para sí o para el sector social o la agrupación a que pertenece. El segundo momento podría ser catalogado como *ideológico en sentido lato*, pues el objetivo es mostrar a la nación algunas taras con el propósito de que tome conciencia de ellas, y las supere o se empeñe en superarlas. En

la creación y del uso de las imágenes que hacen actuar y pensar a una sociedad, ya que se desprenden de la mentalidad, de la sensibilidad y de la cultura que les impregnan y les animan”.

uno y otro caso se verá que abundan tanto los puntos de vista positivos como los negativos.

El tercer sillar del imaginario dominicano está conformado por las representaciones desde las cuales vive, aprehende y comprende su entorno. No es que haya un “fuera” y un “dentro”, pues imaginario y mentalidad sólo se experimentan *desde* la estructura perceptiva de los seres humanos. La realidad fáctica influye mucho menos en la construcción social de la mente social que el universo simbólico en que se forma y desenvuelve un ser humano. El entorno, de la manera que lo entenderemos aquí, incluye dos niveles bien diferenciados: el mundo natural que, por esencia y presencia, es un mundo poblado de seres vivos; y el orbe de lo inanimado, que, por demás, no excluye lo natural. La noción de imaginario ambiental se nos revela, entonces, mucho más abarcadora de lo que a primera vista parece, como se verá en su momento. El primer bloque incluye desde los mitos originarios relativos a la naturaleza como un todo, hasta la visión de los animales, las plantas y sus poderes mágicos y curativos. El ámbito de las cosas, sin vida y sin alma, corresponde al segundo bloque, nos remite al mundo de los objetos, desde un lápiz hasta un coche, un ordenador o un celular. A estos dos últimos costados de nuestra mentalidad estarán dedicados los capítulos VI y VII del presente informe de investigación. De esa manera habremos completado la metafísica ingenua del dominicano a partir de su imaginario, que, lo mismo que la mentalidad, es parte integral de su universo simbólico.¹⁷¹ Ahora bien, así el imaginario social como el imaginario ambiental resultarán más comprensibles si primero vemos cómo ha operado o interactuado el más activo de estos sillares, el imaginario metafísico-teológico, con el universo simbólico nacional *in generis*, y cómo ha impregnado con su huella nuestra historia republicana.

La historia de la República Dominicana está signada por la religión. No se trata de una relación abstracta con el *mysterium tremendum et fascinans* (R. Otto), sino de una forma específica de percepción de lo trascendente: el catolicismo, que, como es de dominio común, fue introducido por España en las tierras por Colón descubiertas para el

¹⁷¹ Fernández del Riesgo (*id.*: 35-36): “La cultura como interpretación humana de la realidad se estructura y sistematiza en diversos niveles de elaboración teórica. El de mayor amplitud corresponde a lo que se llama ‘los universos simbólicos’. Ellos vienen a ser cuerpos de tradición teórica que integran sectores distintos de significados, terminando por abarcar el orden institucional en su totalidad. Se llaman ‘universos’ porque vienen a ser marcos de referencia general en que quedan integrados los diversos órdenes institucionales. (...). El universo simbólico suele aportar una teoría general del cosmos y del hombre, y podemos encontrarlo en los mitos, la religión, el arte, la filosofía...”

hemisferio occidental, que entonces se reducía al continente europeo. Desde los albores de su presencia en esta parte de la isla de Santo Domingo, la Iglesia ha tenido en el poder establecido un referente obligado, para servirle de corolario espiritual o para resistirle y denunciarle con vertical tenacidad, desde Fray Antón de Montesinos hasta nuestros días. La cuestión es que, andando el tiempo, entre fervores y tensiones, fue emergiendo el criollo en el panorama de nuestra vida institucional, y, con él, una realidad que de antiguo venía fraguándose, intangible y profunda, vieja y nueva al propio tiempo: la condición de dominicanos, la dominicanidad. Se impone, pues, o como dice nuestra gente: “cae por su propio peso”, el tratamiento previo de un asunto: qué cosa es ser dominicano. De éste penden, a su vez, un número considerable de cuestiones accesorias, pero igualmente importantes, como por ejemplo, a partir de qué momento podría afirmarse, con propiedad, que comienzan a ser o a sentirse los dominicanos una realidad social diferente, especialmente con respecto a sus núcleos étnicos de partida (aborigen, hispánico, africano); cuál de ellos aporta a la nación en ciernes los elementos fundantes. Sólo entonces, podremos plantearnos con propiedad qué papel han desempeñado en el proceso de formación de nuestra mentalidad el imaginario metafísico-teológico y la religión católica en tanto que universo simbólico (Cfr. Fernández del Riesgo, *íd.*: 35-40). Ingresems, pues, plenos de esperanza, en el orbe de la primera cuestión, al amparo del sistema simbólico a través del cual se puebla de refranes e imágenes, ideas y creencias el mundo interior de las personas: la lengua. Sólo las vivencias, grupales o personales, la religión y la iconografía compiten en eficacia con el idioma en el proceso de construcción de la mente social.

5.2 Del ámbito de la palabra al orbe del sentido...

la pregunta por el *qué es ser* de los dominicanos

Las menciones más antiguas del vocablo *dominicano* de que se tiene noticia datan de la segunda mitad del siglo XVIII e inicios del siguiente. Las primeras aparecen en las obras *Historia de la conquista de la isla Española de Santo Domingo trasumptada al año de 1762*, de ese mismo año, de la autoría de Luis Joseph Peguero, e *Idea del valor de la Isla Española* (1785), de Antonio Sánchez Valverde. En ambas, el vocablo designa a los naturales de la parte española de la Isla de Santo Domingo (Deive, 2009: 36, 38-40). Al despuntar el siglo XIX, la perspectiva cambia de manera

significativa. La palabra pasa a designar un proyecto de vida en común, y una cierta intención de diferenciación. Estas menciones marcan los inicios de la irrupción del criollo en nuestra historia. Son dos. Una proviene del ámbito de la fe; la otra, del costado académico-filosófico. Aquélla aparece en la tercera de las páginas de la “Novena para implorar la protección de María Santísima por medio de su imagen de Altagracia” (1800),¹⁷² el más antiguo impreso realizado en tierra dominicana. La segunda también aparece en una primicia: el primer libro de Filosofía publicado en la parte española de la Isla. Su autor es Andrés López de Medrano (1780-1835), profesor de las facultades de Medicina y Filosofía de la entonces tricentenaria Universidad Santo Tomás de Aquino, Primada de América. El título completo de su obra, cuyo original se conserva en el Archivo General de Indias, en Sevilla, es *Lógica. Elementos de Filosofía moderna destinados al uso de la juventud dominicana*. Fue publicado en 1814, en la ciudad de Santo Domingo.¹⁷³ Uno de los propósitos del presente capítulo es la exploración de la incidencia del imaginario católico en nuestro devenir histórico, y su interacción con otro de los componentes activos por excelencia de nuestro universo simbólico: la lengua. En este sentido, es de rigor tomar en cuenta el hecho que, a pesar a ser un texto de tendencia empirista o sensualista¹⁷⁴, dirigido a los jóvenes de nuevo ingreso a la Facultad de Filosofía, López de Medrano no desaprovecha la ocasión que le ofrece el prólogo para invitar a los destinatarios a rendir sus «más justos tributos de agradecimiento al magnánimo Mecenas Ilmo. Arzobispo D.D.D. Pedro Valera, que siempre vela por nosotros y por nuestros adelantos» (Pérez de la Cruz, 2000: 173).

Se sigue, pues, que la palabra *dominicano* aparece ligada, directa e indirectamente, al ámbito de lo religioso; en el segundo de los casos, incluso, en un

¹⁷² Rodríguez Demorizi (2003: 150): «No dudo, que al compás de los reverentes cultos se continuarán los favores, y beneficios, que confiesan debidos a María los Dominicanos; mas para que sean más agradables, y repetidos, persuade mi buen deseo las siguientes advertencias (...)».

¹⁷³ La versión original, en latín, así como la versión en español, del filósofo dominicano Juan Francisco Sánchez (1902-1973), han sido recogidas en recientes fechas por Rosa Elena Pérez de la Cruz, ida a destiempo, en su *Historia de las ideas filosóficas en Santo Domingo durante el siglo XVII* (2000: 172-221).

¹⁷⁴ «Dichosa la patria que ve florecer tales hijos y feliz, muy feliz yo, si distinguido con tanto honor, seguro de tanta gloria, puedo enseñar y asentar la moderna filosofía, apoyándome en solidísimos experimentos» (en: Pérez de la Cruz, op.cit.: 173). Morla (2010: 196) no sólo ha puesto de manifiesto la condición indicada de la obra de López de Medrano, sino, además, sus inconsistencias como parte de esa veta de la Filosofía Moderna (2011: 66, 72), si bien pesa mucho más lo primero (*id.*: 59, 64, 65, 67-70).

terreno —el académico-filosófico— en el que podría ser entendible su ausencia. A diferencia de la reflexión teológica, y aun del abordaje sociológico de la cuestión, suelen los filósofos comportar un punto de vista hasta tal punto crítico y radical que, en no pocas ocasiones, produce distancias entre ellos y los ministros u oficiantes de los cultos religiosos socialmente dominantes.¹⁷⁵ La sola presencia de la palabra es ya un signo. Las palabras están cargadas de historia y, por lo tanto, de valores. Una cierta lógica de la necesidad preside su uso, su aparición o su entronización. M. Maceiras atribuye a Aristóteles el planteamiento de la reversión recíproca entre realidad y lenguaje, que sintetiza en la siguiente fórmula: «en la medida en que encontramos palabras, descubrimos modos de darse lo que es real, y, a su vez, lo que es real solicita su denotación lingüística» (2002: 38). Una breve digresión acaso permita arrojar un poco de luz acerca del tópico que se intenta subrayar. Mientras enhebro estas frases, me he visto precisado a abrir una vieja edición del *Diccionario etimológico de la lengua castellana*, de Corominas, y mientras buscaba otra palabra, he topado con la palabra héroe. Me detuve ante ella por mera curiosidad; con un dejo de tibieza o indiferencia leí la fecha de su entrada en nuestra lengua: 1490. Al pronto, mi relativa pasividad se esfumó: intuí el motivo de la emergencia de esa palabra en la España de nuestros antepasados: se vivían los momentos álgidos de la lucha contra los moros. La palabra era síntoma de la verdad de la vida de aquel entonces. La existencia era vivida como heroísmo, traza con la que a la América llega el común de los hombres del Descubrimiento y de la Colonización.

La sola irrupción de una palabra en el vocabulario culto, y aun en el habla coloquial de una época significa, hace manifiesto un costado completo del modo de pensar de los hombres y mujeres que la viven; o, al menos, de una parte importante de ellos, sean o no representativos. La palabra *dominicano* aparece ligada al ámbito de la religión institucionalizada. En sus orígenes, probablemente remitía exclusivamente a los adscriptos a la Orden de Santo Domingo (*Domine canes*, los perros del señor). Esta condición constituye una señal indicativa de una correlación de mucho mayor alcance: la religión católica es una de las vetas básicas de la mentalidad personal y colectiva de los habitantes de la parte Este de la isla del Santo Domingo de ayer y de hoy. Ahora bien, el sentido que adquiere este vocablo en los albores de siglo XIX es, a todas luces,

¹⁷⁵

Cfr. Fernández del Riesgo (*íd.*: nota 16 de la p. 32, 53-54, 188).

diferente. La “Novena a nuestra Señora de La Altagracia” establece con claridad que, si bien en la iglesia de Santa Bárbara —en la ciudad capital— se veneraba a Nuestra Señora del Amparo, y en el poblado de Higüey a la de Altagracia, ello no implica en modo alguno la existencia de posturas excluyentes en la devoción de los dominicanos, pues es de María Santísima, la Madre del Hijo de Dios, de quien han recibido «los favores, y beneficios». Aquellas son, sin más, advocaciones de la Virgen María, «única depositaria de la plenitud de gracia, con que enriqueció a su Madre el Hijo de Dios (...), que promete María Santísima a los que la buscan con verdad, asegurándoles la vida eterna, y la salud del Señor» (1800: 2). De manera, pues, que queda sugerida una cierta unidad de creencia de los hispano-parlantes de aquí y de entonces. María era el común denominador entre los feligreses de Higüey y de la iglesia de Santa Bárbara.

La alusión a los dominicanos, así en la *Novena* como en la obra de López de Medrano, permite recelar la existencia de núcleos poblacionales que comenzaban a auto-percibirse como una realidad completamente distinta a sus núcleos étnicos fundantes o de partida: aborígen, español, africano. No eran uni-raciales, hablaban castellano y tenían unidad de creencias. Además, habían sido sometidos al embate de sucesivas invasiones y saqueos de parte de franceses e ingleses, detentadores de otras lenguas y otras religiones; por ende, de otras concepciones del mundo, otros patrones de organización de la vida en sociedad. Las condiciones para la fragua de un cierto sentimiento de identidad colectiva estaban dadas. Tres acontecimientos severos sirvieron de marco a la entrada en escena del vocablo *dominicano* en nuestro universo simbólico: a) la cesión a Francia, mediante el Tratado de Basilea, de la parte española de la isla de Santo Domingo (1795), justo «en los momentos en que los españoles reconquistaban las posiciones de Bánica y Las Caobas, gracias a una derrota sufrida por Toussaint en la parte francesa por los ingleses» (Moya, 1977: 178);¹⁷⁶ b) la expulsión de los franceses del territorio de la parte española de la isla, de parte de los habitantes del Santo Domingo español, luego de vencerlos en la Batalla de Palo Hincado (1808), bajo el mando de Juan Sánchez Ramírez. Aun en el fragor de la lucha, los

¹⁷⁶ Cfr. además Moya, F. (op. cit.: 178-179): «Hay que imaginar lo que produjeron estas noticias en una población que tenía más de un siglo en constante lucha por su supervivencia contra la penetración y la usurpación de sus tierras por los franceses y cuyos esfuerzos durante esos dos últimos años habían estado encaminados precisamente a expulsar a los franceses en cuyas manos ella caía ahora por una decisión en la cual no había tenido ninguna participación. La lucha contra los franceses había conformado entre los pobladores de Santo Domingo un verdadero sentimiento de la nacionalidad definido en términos de la hispanidad más acentuada».

revolucionarios se reunieron en asamblea en las afueras de la ciudad de Santo Domingo, encuentro que se conoce como la “Junta del Bondillo”, para decidir el futuro de la posesión re-conquistada. La decisión adoptada fue la de retornar a la condición de súbditos de la Madre Patria. No hubo unanimidad; algunos, según cuenta la tradición, plantearon la necesidad de que se declarase la independencia. Empero, prevaleció la idea de volver la mirada hacia España, que había sido ocupada por las huestes napoleónicas a inicios de ese año; c) a causa de esa particular condición, la metrópoli no pudo asumir la actitud que de ella se esperaba, y sobrevino una sensación de generalizado desencanto en la población, un lapso de bajos perfiles en el plano institucional que los historiadores dominicanos han denominado como el período de la “España Boba”.

Siete años después de dar a la estampa su *Lógica. Elementos de filosofía para uso de la juventud dominicana* (1814), a Andrés López de Medrano se lo encuentra tomando parte en el movimiento, independentista e hispanoamericanista al mismo tiempo, que, para entonces, lideraría el mismo Capitán General de la Parte Este designado por España, el Dr. José Núñez de Cáceres. Su propósito era declarar la independencia de la Madre Patria, lo cual, en efecto, hicieron, el 1º de diciembre de 1821; y vincular políticamente la naciente república a la confederación colombiana que por esos tiempos promovía Simón Bolívar. Dos meses y siete días más tarde, el 8 de febrero de 1822, las tropas haitianas, al mando de Jean Pierre Boyer, tomaron posesión del centro político y militar de la nación en ciernes, Santo Domingo. Se inició el período como «La dominación haitiana», que se extendió hasta el 27 de febrero de 1844, en que la nación resurge a la vida independiente. La imposición del dominio haitiano en los ámbitos cultural, económico y militar, no fue ajeno a las presiones ejercidas sobre nuestros predecesores en el terreno de simbólico (lengua, religión, hábitos mentales, tradiciones, imaginario colectivo).¹⁷⁷ Nuestro universo simbólico fue el obstáculo

¹⁷⁷ Henríquez Ureña (1988: 395, 465): “en 1821, José Núñez de Cáceres, hombre ilustrado y de espíritu cívico, proclamó la independencia respecto de España y nos declaró unidos a la Gran Colombia, incapacitada para prestarnos ayuda. Esta independencia duró unos cuantos meses: los haitianos, que ya formaban nación libre, volvieron a invadirnos, y su dominio extinguió todas las manifestaciones visibles de cultura. La Universidad murió entonces; palacios y conventos quedaron en ruinas; las familias y los hombres eminentes volvieron a emigrar, para no regresar ya más: el propio Núñez de Cáceres se refugió en Venezuela. (...). La población haitiana duró veintidós años. No se avinieron nunca las dos poblaciones, la dominadora y la dominada, distintas por el idioma y en gran parte por la raza: en Santo Domingo, contra lo que suele creerse, predominaba la sangre española, pura o ligeramente mezclada con la indígena o la africana; el elemento africano puro o poco mezclado era el menor en número. Boyer prohibió

primordial que hubo de afrontar el intento hegemónico de los haitianos, como queda elocuentemente indicado el aquel pasaje luminoso del discurso pronunciado por Núñez de Cáceres, el 9 de febrero de 1822, al momento de hacer la entrega de las llaves de la Ciudad Primada de América a Jean Pierre Boyer, el gobernante haitiano, pasaje que merece ser tallado en letras imperecederas en el mundo interior de cada dominicano: “Todos los políticos, trabajando por la constitución de los Estados y por esta misma transmutación de diferentes pueblos en uno solo, han considerado siempre la diversidad de idioma, la práctica de una antigua legislación; el poder de las costumbres que han arraigado desde la infancia y la disimilitud de costumbres hasta en la alimentación y el vestido, como también pueden tener una gran influencia en sus decisiones, la contigüidad del territorio y la proximidad de los límites. La palabra es el instrumento natural de comunicación entre los hombres: Si no se entienden por medio de la voz, no hay comunicación, y he ahí ya un muro de separación tan natural como invencible; como puede serlo la interposición material de los Alpes y de los Pirineos. En fin, yo no argumento: los hechos han tenido y tendrán siempre más eficiencia para persuadir que los razonamientos” (Céspedes, 1994: 43).

Palabras proféticas, cargadas de sentido de la historia, pero, sobre todo, del sentido político de las mentalidades. No puede haber fusión ni unidad entre dos o más naciones al margen del corpus de verdades generalmente aceptadas, casi siempre al margen de toda reflexión o toma de conciencia. *Proféticas*, pues, a penas dos años y nueve meses más tarde se produjo una directiva del gobierno haitiano mediante la que se procuraba que el Santo Domingo español trocara su lengua por la francesa, hasta el punto de que, desde antaño, corre de boca en boca entre los dominicanos la anécdota de que, luego del levantamiento de Praslin contra Boyer, su renuncia, y la asunción al poder del nuevo dictador, Charles Herard, éste se propuso realizar una visita de reconocimiento a la parte Este, espacio vital de los dominicanos. Grande fue su sorpresa al llegar a esta parte de la Isla, específicamente a Dajabón, en 1843, al frente de sus tropas, al advertir cuál era el vehículo de comunicación al uso entre los lugareños:

las relaciones comerciales y de toda índole entre Santo Domingo y los demás países de habla española, ya fuesen libres, ya estuviesen sujetos todavía a la metrópoli europea: hirió el orgullo de las familias tradicionales mandando destruir a golpes de pico los escudos que coronaban las puertas de las casas solariegas; hizo emigrar a los sospechosos de no ver con buenos ojos la invasión; confiscó los bienes de los ausentes”.

“Oh, pero y aquí todavía se habla español”, se cuenta que preguntó.¹⁷⁸ M. Núñez (2001: 415), haciendo acopio de las informaciones y de los hallazgos del historiador haitiano Thomas Madiou y del dominicano Emilio Rodríguez Demorizi, describe los antecedentes de ese hecho mediante las siguientes palabras: “*Opresión lingüística*. El 14 de noviembre de 1824, el régimen de Boyer envió una circular a todos los comandantes haitianos de la parte Este de la isla, prohibiendo escribir en español los actos públicos. Según este documento, a partir del 1 de enero de 1825, todos los actos del Gobierno debían estar redactados en francés. Este principio de unidad lingüística se aplicó igualmente a la administración de justicia y a todas las relaciones de los particulares con el Estado”.¹⁷⁹

El lapso comprendido entre la «independencia efímera» (1821) y la Restauración de la República (1865) ha sido considerado por Pedro Henríquez Ureña como el período de intelección de la identidad dominicana. Más adelante se verá cuán determinante ha sido el rol desempeñado en este sentido por la Iglesia y su hermano gemelo: el imaginario cristiano-católico desde los albores de nuestra historia republicana hasta nuestros días. La publicación de la *Novena*, de los *Elementos de filosofía para uso de la juventud dominicana*, de Andrés López de Medrano, las labores independentistas de José Núñez de Cáceres, Juan Pablo Duarte, y de muchos otros, muestran con elocuente claridad que, antes de que existieran el Gobierno y el Estado, ya había *dominicanos*.¹⁸⁰ Una nación es una comunidad de valores, costumbres, hábitos mentales. Es un gesto de la voluntad, un conjunto de esquemas propicios a la instalación histórica, así en lo individual como en lo colectivo. Mucho más que un estatuto legal o constitucional. Es un ánimo de diferenciación que emerge, reverdecido, una y otra vez, de la conciencia de

¹⁷⁸ V. Gimbernard, (1971: 247).

¹⁷⁹ En el Apéndice III es una transcripción de la Circular de Jean Pierre Boyer, de fecha 14 de noviembre de 1824. Véase, también: Núñez (2005: 56-73).

¹⁸⁰ Algo parecido ocurre con otra realidad institucional: en el Santo Domingo Español se habló de manera universal el castellano desde mediados del siglo XVI, en que desaparecen las últimas comunidades aborígenes. Hasta ese momento predominó un cierto bilingüismo, que se intenta repetir en el plano documental-institucional, mediante sendas decisiones de los gobernantes extranjeros, durante la Dominación Haitiana (1822-1844) y durante la Intervención Militar Norteamericana de inicios del siglo XX (1916-1924), pero que ni por asomo fueron asumidas por la población. Con todo, no es sino en los albores del siglo XX, específicamente el 16 de julio de 1912, que la lengua española fue adoptada legalmente como idioma oficial de la República Dominicana (Rodríguez Demorizi, 1975: 37). Apertura al reconocimiento formal de una condición a la que el mundo de la vida se había adelantado en siglos.

ser de aquellos grupos e individuos que sienten que su destino está ligado a los derroteros de su espacio geográfico y de su historia. Si a pesar de lo accidentado de su devenir histórico, los dominicanos han podido sobrevivir a las mil campañas emprendidas, en pos de su sometimiento o su anulación, por franceses, ingleses, haitianos y norteamericanos, ha sido, precisamente, por la existencia de un universo simbólico a partir del cual se ha configurado, desde las simas insondables de los siglos, su particular manera de ver el mundo; de experimentar, por ende, la vida de relación y de organizar las ansias de eternidad (*animus transcendentalis*), algo típico de los miembros de nuestra especie.¹⁸¹ El catolicismo, el idioma y el amplio rimero de usos, costumbres y hábitos mentales, han sido acompañantes cardinales de la configuración de la identidad, social e individual, de los dominicanos. La resistencia al extranjero, básicamente al portador de otros universos simbólicos, también ha constituido un factor primordial en el proceso de estructuración de su carácter y de su mentalidad.

¹⁸¹ La religión es una necesidad inmanente a la humana condición. Sostiene, con razón, Fernández del Riesgo (1997: 253) que «la religión es una parte constitutiva de la existencia social humana. El comportamiento de los seres humanos y su organización de la vida colectiva han dependido y siguen dependiendo de visiones del mundo y de organizaciones ideológicas y religiosas». No faltan, empero, en la actualidad quienes hasta sugieren la existencia de una predisposición neurobiológica de los humanos, proveniente de la especialización evolutiva, para las experiencias de tipo religioso (Jorge Alcalde, «Neurología: en busca de las bases biológicas de la religión», Revista Conciencia, publicación de la Academia de Ciencias de la República Dominicana, año 1, Volumen 1, No. 1, enero de 2004; pp. 69-72). Pascal Boyer, también participa de idénticas percepciones. La mente de la especie, a su juicio, es resultado de la selección natural (2001: 190); la mentalidad religiosa viene dada por nuestro genotipo, aunque para su actualización se requiera una alimentación y un ambiente adecuados, sobre todo a propósito del lenguaje (*id.*: 17, 29, 186-187). La religión para Pascal Boyer es, también, lo mismo que para el Dr. Manuel Fernández del Riesgo, una sentida necesidad social e institucional: «La religión no es únicamente algo que se añade a la vida social, con frecuencia la organiza. En gran parte del mundo, el comportamiento de la gente es fuertemente influido por sus creencias en los poderes de los espíritus, dioses o fantasmas» (*op. cit.*: 48). Ahora bien, sea cual sea, su origen o condición, de la religión puede decirse lo que, a guisa de agradecimiento a sus editores dice Boyer a propósito de la puesta en escena de su libro; a saber, que constituye «un verdadero triunfo de la esperanza sobre la experiencia» (p. 13). David Hume, en su *Historia natural de la religión*, sin dejar de admitir la posibilidad de un *exemplum in contrarium*, acepta sin titubeos la condición universal y, hasta cierto punto, inmanente de la inclinación religiosa entre los seres humanos: «La creencia en un poder invisible e inteligente ha estado muy ampliamente difundida entre la raza humana, en todos los lugares y en todas las épocas. Pero no ha sido quizá tan universal como para no admitir excepción alguna, ni de ningún modo uniforme en las ideas que ha sugerido. Se han descubierto algunos pueblos que no tenían sentimiento religioso alguno, si se ha de creer a viajeros e historiadores» (1966: 43).

5.2.1 Lengua, religión e identidad

Si la religión es uno de los factores de organización de la vida del hombre¹⁸², la lengua es la principal proveedora de esquemas a partir de los cuales se entra en posesión de sí mismo, de la historia e incluso del sentido general de lo existente incluido el propio yo. El idioma no es inocente. Quién, en fin de cuentas, habla por medio de quien, nunca se sabe con certeza. Aunque las palabras son, quizás, el canal más idóneo de comunicación que existe entre los hombres, poseen una cierta autonomía con respecto a éstos, esto es: y siguen, en la mayoría de los responden a, una lógica que les es propia, lo mismo que las entidades de naturaleza religiosa. El sistema de signos, gráficos y fónicos, de que nos valemos en nuestro intento de entrar en contacto con los demás, nos antecede en el tiempo. Cuando emergemos a la vida, el conjunto de giros, palabras y expresiones en que la lengua consiste —entre las cuales se hallan insertas, entre otras, el refranero, las doctrinas y las narraciones de carácter religioso—, de una u otra manera, ya está configurado. Nuestras estructuras mentales surgen a la sombra del espíritu de la época en que tuvo sus inicios la vida consciente de cada quien, pero también del imaginario metafísico-teológico y de las estructuras de creencias que a lomos de las palabras y de las oraciones tópicas de la lengua cabalgan. De la mano de los signos, símbolos y señales portadores de significados —ideas, creencias, imágenes, conceptos— con que, de pronto y sin saber cómo, topamos en el mundo, se forja nuestro particular sistema de valoración; piedra de toque de nuestra voluntad y de nuestras aspiraciones.¹⁸³ Movidos por palabras, los seres humanos van adquiriendo

¹⁸² Cfr. Fernández del Riesgo (1997: 72, 73, 82): «La religión influye en el comportamiento social, y este último en el comportamiento religioso (...). El comportamiento de los hombres y la organización de la vida colectiva han dependido y siguen dependiendo de visiones del mundo y de las orientaciones ideológicas y religiosas (...). La religión como mediación de la acción de los sujetos sociales sobre sí mismos, define también lo pensable y lo impensable, lo permitido y lo prohibido, lo deseable y lo indeseable. Toda visión religiosa limita y orienta también la ulterior actividad de los creyentes. De esta manera, en la medida en que la religión influye en la producción, reproducción y transformación de las relaciones sociales, podrá jugar un papel funcional o disfuncional para el “orden” establecido».

¹⁸³ Como bien dice en su informe la Comisión de Instrucción Pública que tuvo a su cargo la evaluación del proyecto de Ley que declara a la lengua española como idioma oficial de la República Dominicana (Rodríguez Demorizi, 1975: 39): “El alma de los pueblos tiene su génesis, muy particularmente en estas cosas: El origen común de los individuos que los constituyen: el amor exclusivo y devoto al suelo en el cual han nacido, han vivido y se han desarrollado, física, intelectual y moralmente; en las tradiciones que han aprendido, con deleite, desde el regazo materno; en su religión, su historia, sus tendencias comunes, sus leyes y su habla. (...). Los pueblos a cuya constitución han faltado algunos de los elementos arriba enumerados, no han existido sino para arrastrar una vida llena de zozobras, de angustias y de trabajos indescriptibles, hasta que han muerto o desaparecido de la geografía y del cuadro de las naciones”. Cfr. Núñez

poco a poco las herramientas que les permiten desear unas cosas y rechazar otras, admirar, ser indiferentes, temer o ser humildes, estar a favor o en contra de ésto o de aquéllo.

El idioma, la religión, la cultura han sido para los dominicanos en su devenir histórico altar y bandera de lucha. El activismo cultural que en los tiempos que corren se advierte entre nosotros acaso sea un eco lejano de antiguas resistencias y testimonio vivas aprensiones presentes (*longe durée*). Los invasores sucesivos del espacio vital de los habitantes de la parte Este de la isla de Santo Domingo, hoy República Dominicana, por vía negativa, han hecho su aporte. Ser dominicano ha sido, en cierta medida, un acto de resistencia. Frente al haitiano: hablante del creóle o patuá (patois), y practicantes del vaudú de origen africano¹⁸⁴; al anglosajón, con su lengua y su apego al protestantismo¹⁸⁵; y, aun al galo, practicante de la misma religión, pero dueño de una

(2005: 98): “La lengua nos ayuda a percibir la realidad. Construye nuestro mundo interior. El desarrollo de la capacidad lingüística y el desarrollo del pensamiento van parejos. *Pensar* —decía Benveniste— es manejar los signos de la lengua. Cuando se pierde el poder de la expresión queda mutilada la capacidad de pensar y de crear.”

¹⁸⁴ Todavía en 1899 el ciudadano Francisco Ortea se expresaba, en artículo periodístico que recoge Rodríguez Demorizi (1975: 65), en los siguientes términos: “Hace más de medio siglo que nos independizamos de Haytí, y aún se conservan en uso, con mengua de nuestro riquísimo idioma, en muchos pueblos de la República, particularmente en los del litoral, infinidad de palabras y términos del patuá de nuestros vecinos. Y estos vicios del lenguaje es preciso que empecemos a corregirlos, no sólo en nombre del adelanto Intelectual de nuestro país, que aumenta de día en día, sino por orgullo nacional. El idioma castellano es demasiado armonioso, para que cometamos la profanación —digámoslo así— de sustituir palabras propias por otras nada menos que procedentes de un patuá extranjero”.

¹⁸⁵ Rodríguez Demorizi (*Op. cit.*: 23): “cuando se pretendió convertir la República en menguada posesión de los Estados Unidos de Norte América, fue el idioma una de las armas del patriotismo dominicano, opuesto a la nueva dominación de raza y lengua extrañas.” No deja de llamar a la atención la propuesta “del cambio de nombre, de Santo Domingo a Hispaniola, propuesto por el gobernador militar norteamericano en el país, durante la intervención de 1916 (Matos Moquete, 1986: 33). *Cfr.* Henríquez Ureña (1982: 48): “Entregada a Francia en 1795, nominalmente —la entrega efectiva no se realizó hasta 1801—, se sublevó en 1808 y se reincorporó a España; proclamada su difícil independencia en 1821, e invadida por la franco-africana en 1822, opuso a aquel pueblo de idioma distinto una larga resistencia pasiva y por fin, en 1844, la resistencia activa con que recobró la independencia; todavía en 1861 se reincorpora a España: ensayo destinado a fracasar (terminó en 1865) pero especie de acto ritual que ponía fin al contacto con pueblos de raíz espiritual distinta. Así, si el orgullo exaltaba el sentimiento del idioma en los siglos coloniales, ahora la defensa desesperada lo mantenía vivo. Y este sentimiento de desesperada defensa persiste ahora: en el período de 1916 a 1924, durante la invasión que emprende el gobierno de los Estados Unidos, sin motivo y sin derecho, Santo Domingo se defiende como cien años antes, resistiendo la influencia del idioma extranjero, viendo en el español su única arma, su único escudo, dentro y fuera del país.”

lengua diferente a la nuestra.¹⁸⁶ Aún en el presente se dejan sentir los ecos de esa acentuada veta de nuestra mentalidad (*longe durée*) en autores como Rafael González Tirado, quien, además de criticar acremente lo que da en llamar el “complejo de inferioridad lingüística” alerta a sus lectores de la peligrosidad que suponen en tal sentido las naciones con vocación imperial¹⁸⁷; Manuel Matos Moquete, quien nos invita a hacernos cargo, aquí y ahora, del uso correcto y creativo de nuestro idioma¹⁸⁸; y, Manuel Núñez, al considerar que sólo la transmisión de la lengua que nos legaron nuestros antepasados nos permitirá seguir siendo lo *que* somos y *cómo* somos¹⁸⁹. La pregunta por la identidad, colectiva o individual, del dominicano implica la pregunta por el conjunto de factores que conforman su universo simbólico, su imaginario y su mentalidad. En este punto, como ha queda entrevisto, en nuestro caso, la lengua — especialmente, a través del refranero— y la religión, en nuestro caso la versión católica del cristianismo, desempeñan un rol de primer orden. La identidad es el conjunto de rasgos, usos, sentimientos, costumbres, verdades, hábitos mentales, conscientes o inconscientes, que configuran el ideal perfil de una nación.

La existencia de estos elementos comunes es lo que hace posible que un conjunto de personas constituyan un pueblo, y lo que permite determinar quiénes son y quiénes *no son* parte de una sociedad determinada aun cuando estén institucionalmente

¹⁸⁶ Rodríguez Demorizi (*Op. cit.*: 285): “Entre las vicisitudes de la antigua Española se cuentan dos períodos de bilingüismo en el francés fue el idioma oficial: durante la Era de Francia, de 1801 a 1809, y en la Era de la dominación haitiana, de 1822 a 1844. Los dominadores, en ambos períodos, impusieron su lengua en todo lo posible. (...). Durante la Era de Boyer la enseñanza del francés, obligatoria en las escuelas, se generalizó.” *Cfr.* Nota 184.

¹⁸⁷ González Tirado (1987: 78): “Los grupos dominantes pretenden que su idioma es el mejor o que se encuentra en condiciones más favorables para la intercomunicación de dominadores y sojuzgados. Esta es sólo una de las razones —y no es más que una razón aparente— por las cuales los imperios propagan su lenguaje por las tierras conquistadas. (...). Felizmente, y a pesar del empeño de los anglófilos o de los ayanquizados, en términos de cambio, el sistema lingüístico se modifica más lentamente que las demás estructuras de una organización social. Y nuestro idioma no cederá fácilmente a los embates y a los descuidos de quienes olvidan los valores esenciales del patrimonio espiritual de los quisqueyanos”.

¹⁸⁸ Matos Moquete (1986: 22): “Esa situación de la lengua en el seno de una cultura y en el conflicto de las culturas plantea la necesidad de que los hablantes se preocupen por ella, por el conocimiento de su historia, por su correcto aprendizaje, y aun más, por su uso esmerado y creador. La aventura de un pueblo es la aventura de su lengua y viceversa, lo hemos visto con las razas y las lenguas aborígenes de nuestra isla, y en la historia de las colonizaciones, de la esclavitud y de la opresión de todo tipo en todas partes, la lengua está siempre en juego como una presa que el poder se apresura en perseguir, silenciar por eficaces sordinas, en liquidar.”

¹⁸⁹ Núñez (2005: 103): “La lección histórica que han vivido los dominicanos demuestra que han pervivido porque han sido capaces de transmitir de generación en generación su lengua, sus principios, sus valores y el culto de su pasado.”

adscritos a ella, e incluso hayan nacido y crecido bajo sus auspicios. Si bien no todos estos elementos coexisten en cada una de las individualidades que componen una sociedad, cuenta que cada persona participe de sus sentimientos y preceptos básicos, como la identificación con el destino de la propia tierra y de la propia gente, el propio idioma y la propia religión, donadores privilegiados de esquemas mentales. Por la amplitud de su extensión lógica, dichos atributos suelen ser de poco número, y no tienen que ser necesariamente únicos u originales del pueblo que los adopta. Hay pueblos cuya identidad está hecha de retazos de otras muchas identidades, correspondientes a tiempos y lugares distintos. La conciencia de ser y el sentido de pertenencia de los sujetos componentes, aparte de una secuela necesaria, constituyen factores indispensables para que pueda hablarse con propiedad de la existencia de un pueblo o conjunto de pueblos de identidad compartida. Hay naciones entre cuyas respectivas identidades hay más afinidades que diferencias. Esos son los únicos pueblos verdaderamente hermanos, cual es el caso, por ejemplo, de las naciones que conforman la América Hispánica, favorecida por la existencia de un pasado común y por los avatares atinentes al hecho de compartir la misma situación geográfica y, por ende, la misma condición geopolítica, con sus más y sus menos. Pero, también, la misma lengua y la misma cosmovisión religiosa: el mismo universo simbólico, el mismo imaginario, el mismo fondo común de verdades. En una palabra, la misma mentalidad.

La sola vecindad no hermana el alma, que es lo que pretende expresar la noción de identidad: el alma de una nación, el espíritu de un pueblo. El ambiente, la geografía y el límite marítimo o territorial son aditamentos, jamás componentes esenciales. La identidad es un intangible al que sólo es posible acceder a través de sus consecuencias; esto es, los modos de ser, de hacer la historia, y el rimero de reacciones de todo tipo a que se ven impelidos los seres humanos en el decurso de sus vidas. La contigüidad espacio-temporal nos hace vecinos y coetáneos; la identidad nos hace hermanos. Y en ello, la lengua ocupa un lugar de preeminencia, pues no es sino mediante ella que se asientan en los seres humanos imaginario, refranero, religión, universo simbólico y hábitos mentales; que como con toda propiedad dice D. Emilio Rodríguez Demorizi (1975: 24), al final de su discurso de ingreso a la Academia Dominicana de la Lengua: “que los que hablan la misma lengua son dos veces hermanos”. La única hermandad posible entre pueblos e individuos es la que emerge de la gama de intereses propios del espíritu, sea en forma de ideas, imágenes-fuerza o ideas-actitudes. Todos los demás,

separan: los intereses comerciales, la real o supuesta preeminencia de clases, razas y sectores a despecho de otros, así como la posesión y el reclamo de franjas acuáticas o territoriales, las migraciones, etc. Lo que cuenta en este caso no es el color de la piel, ni los orígenes de los pueblos en el tiempo, sino los perfiles que de sus respectivas mentalidades brotan. Las patrias residen en el alma de sus miembros, o no existen. Y, como se ha visto, junto a la lengua, la religión es uno de los costados activos en la conformación de sus estructuras mentales; y, por lo tanto, de sus matrices de comportamiento y de su modo de instalación histórica. Mentalidad e identidad son inseparables. Ninguna subsiste sin la otra. La aparición del vocablo *dominicano* a que nos referimos en el primero de los apartados de este capítulo es a la vez un signo de identidad que la expresión de un estado de creencia. Pero mentalidad e identidad también tienen otras franjas en común. Por ejemplo, en ambas se puede identificar un *corpus* de notas axiales o esenciales; y otro, accesorio o adjetivo; e igualmente, ambas están afectadas de asistematicidad. Luego, es completamente atinado hablar de identidades y de mentalidades, incluso para referirnos a los datos característicos y los bloques de convicciones coexistentes en una misma sociedad. En el apartado final del presente capítulo se verá que la Iglesia dominicana, históricamente considerada, también afecta una cierta indeterminación, que es a lo que D. Manuel Fernández del Riesgo denomina *ambigüedad social*.

En efecto, entre los componentes básicos de la identidad de los dominicanos, igual que pasa en el conjunto de creencias que conforma su mentalidad, hay unos que son troncales, y otros que constituyen ramales o salientes de aquellas estructuras básicas, sin que ello implique que unas sean más importantes que otras. Somos un pueblo iberoamericano por esencia y existencia. Los componentes primordiales de nuestro ser y de nuestro quehacer están estrechamente emparentados con el bloque cultural greco-latino y, muy especialmente, de la forma que la manera occidental de ser hombre toma forma en el Mediterráneo. Griegos, egipcios, romanos y españoles, unos más que otros, perviven en nosotros a través de nuestros modos de ser, de entender el mundo y de autopercebirnos. Elementos troncales, que, por demás, constituyen referentes de diferenciación con muchos de los pueblos con los que compartimos fronteras —terrestres, marítimas, aéreas—, son éstos: 1) el idioma, 2) la religión, y, 3) la tendencia al mestizaje; o, mejor dicho: a la mezcla inter-racial. La religión aporta a nuestra mentalidad el componente mítico-teológico del imaginario colectivo y otros

muchos componentes del universo simbólico; el idioma, el refranero, y con él, los sistemas de creencias. Hemos hecho alusión en los capítulos iniciales. Estos ejes identitarios no constituyen señales fronterizas respecto a los países hispanoamericanos. En realidad, no existe tal frontera. A la luz de esta condición y de nuestra particular situación geopolítica, ya deberían ir sabiendo nuestros estrategas, políticos, tecnócratas, locutores, diletantes e intelectuales, locutores, profesores y comentaristas de radio y de televisión, cuál es la globalización que nos conviene al mantenimiento de las mentalidades y las identidades que nos son propias; con cuáles países es que debemos firmar tratados de cielo abierto, con cuáles procurar fusionarnos si es preciso, de cuáles recelar y a cuáles ciudadanos podemos permitir la adquisición de porciones crecientes de terreno, facilitar su libre circulación a través de nuestras fronteras políticas y geográficas sin requisitos de visado, y cuál es el idioma que debemos hablar y escribir correctamente antes y después de la presente encrucijada para no ser considerados analfabetos.

La religión que mejor nos expresa y que ha estado más íntimamente relacionada con nuestras peripecias históricas en la búsqueda de nuestra personalidad como pueblo, es la versión católico-romana, del cristianismo. La cosmovisión que la informa puede ser calificada como una de las grandes playas de larga duración (*longue durée*) de la estructura mental del dominicano en toda su andadura histórica. En el palio que cubre el cuerpo de la Virgen de la Altagracia, como se ha hecho notar en el capítulo anterior, se entretejen, en sutil llamado a la unidad, los colores de la bandera de la República Dominicana. El protestantismo, por su parte, es la versión del cristianismo por la que apuesta el hombre del norte de Europa. De allí pasó a las islas británicas, y de allí a las colonias del norte de América, donde habría de convertirse en un componente básico de su cotidianidad y del modo de entender la realidad de los habitantes de aquellas tierras. En Europa, el norte y el sur, han vivido enfrentados durante milenios, aunque varíen las formas y los motivos. Norte y sur, sur y norte, expresan dos maneras distintas de ser y de sentir entre ellos, pese a que comparten un fondo común de verdades: su occidentalidad y, en sentido más restringido, su europeidad. La América Hispánica hereda de sus orígenes mediterráneos el catolicismo, como llevamos dicho, a través de la cultura española; pero también la lengua, el Derecho y costados completos de su imaginario. El catolicismo no es sólo un sistema de creencias más o menos armónico, si bien diverso desde el punto de vista de sus manifestaciones sociales; constituye el

referente por excelencia a partir del cual las masas hispanoamericanas realizan su relación con lo trascendente y organizan su cotidianidad.¹⁹⁰ No es posible tocar ese componente de la estructura espiritual de las personas que no disponen de otro modo de conciencia, sin introducirle, al mismo tiempo, un cierto ruido en el alma, sin dislocar el particular sistema de valores a partir del cual se reconocen a ellas mismas como parte de una totalidad más amplia, y se sitúan, por lo tanto, en un plano determinado del cosmos y aun en el conjunto de instituciones que configuran la porción de humanidad en que han nacido y se ha forjado su modo de ser.

La religión deviene, de ese modo, universo simbólico donador de sentido y de conciencia de pertenencia a un contexto, a una realidad más amplia.¹⁹¹ Estrechamente relacionadas con la visión católica del mundo hay dos tendencias acaso inconscientes del dominicano que ayudan a comprender tramos enteros de nuestra historia republicana: su activismo político o, mejor dicho, la tendencia general de las masas a participar de manera activa en el quehacer político; y, el hecho de que entre quienes mejores contornos y mayor número de defensores ha encontrado desde hace siglos nuestra patria es entre los habitantes de nuestra campiña, precisamente el espacio del país en que más arraigado se halla el catolicismo y en el que es más abundante el uso y la confianza a ciegas en el valor de verdad del refranero. La República Dominicana es portadora de una identidad que le es propia, pero que comparte, en términos estructurales, con las restantes naciones iberoamericanas. Ahora bien, una cosa es decir que una nación detenta una cierta identidad, y otra, negar la posibilidad de su

¹⁹⁰

Fernández del Riesgo (*op. cit.*, 38-39): “Las religiones han procurado una diversidad de teodiceas (explicaciones de las experiencias anómicas en términos de legitimación religiosa) que intentan mantener al individuo en un mundo con sentido, aun en el contexto de estas experiencias límite. La religión, desde esta perspectiva, viene a ser un universo simbólico que objetiva un cosmos sagrado, y que intenta tener en cuenta y comprender las situaciones disfuncionales que atentan contra el orden y el sentido. Se esfuerza por buscar un explicación comprensiva, tanto de las desgracias y catástrofes colectivas (terremotos, epidemias, guerras...), como de la muerte. Este universo procura orientar al sujeto hacia la realidad tal como está definida, y si aquél se pierde, lo reintegra y lo rehabilita.”

¹⁹¹

Fernández del Riesgo (*op. cit.*: 36-37): “La función ordenadora del universo simbólico procurará, por ejemplo, el ordenamiento de las diversas fases de la biografía del sujeto. Ahí están para testimoniarlo la riqueza y la variedad de los ritos de pasaje y de iniciación de las culturas primitivas. Pero en un marco más amplio, procura también ordenar la historia, ubicando todos los grandes acontecimientos y sucesos colectivos relevantes dentro de una unidad coherente que incluye pasado, presente y futuro. Por esta razón, el universo simbólico puede ayudar al individuo a vincularse no solo con sus contemporáneos, sino también con sus antepasados y con sus herederos en una totalidad significativa que trasciende la finitud de la existencia individual.”

enriquecimiento e incluso sus posibles desnaturalización y desaparición. Habida cuenta de que, desde el momento en que desaparezcan los componentes esenciales de su identidad, ésta pasará a ser una realidad distinta, lo cual puede ocurrir en cualquiera de estas cincuentenas o siglos por venir, por absorción de parte del cosmopolitismo mundialista, o mediante paulatina estandarización de sus estilos de vida. Los países, tomada ésta palabra en el sentido de “pueblo” o “nación”, no están promoviendo cambio alguno en cuanto sus hábitos mentales y a sus costumbres, ni a los asuntos del mundo. Son, más bien, sus gobiernos, sus Estados, y los grupos orgánicos a cargo de unos y otros. Y aun éstos, tampoco están promoviendo ningún cambio, sino imponiendo, mediante presiones, chantajes, propaganda y subterfugios de toda laya, la profundización de los niveles ya existentes de descoyuntamiento de los Estados y de las economías nacionales, a favor de los grandes centros de poder militar y financiero del mundo, que son a su vez, los centros que marcan el compás de la historia en el presente, pues allí se toman tanto las decisiones triviales como las primordiales, de guerra y de paz, de vida y de muerte, de acierto o de fracaso, de buena o de mala suerte. En suma, se forma o se destruye la imagen de personas, grupos, gobiernos, Estados, naciones y regiones enteras, mediante un complejo sistema estratégico.

En otros tiempos, las acciones de los Estados, los grupos económicos y los ejércitos eran, por necesidad, más lentas, admitían mayores posibilidades autogestionarias a las naciones que no constituían base de asentamiento de ninguno de estos poderes. Tenía sentido que se hablase de la prensa como un cuarto poder. Con el paso de los años, hemos ido cayendo en la cuenta de que los *mass media* no constituyen una realidad autónoma. Sirven, casi siempre, a alguno de los poderes reales (*realpolitik*): político, financiero, militar; o a todos. Rara vez están de parte del bien, la razón, la justicia, los valores, o la alta cultura. De este modo, la integración del tiempo real a la información y a la comunicación ha servido al darwinismo social que desde siempre ha pugnado, desde los abismos de la mente humana, por imponerse a la moral y a la razón. El descoyuntamiento de las identidades concretas facilita la mundialización, o, para usar un término más apropiado, la transnacionalización.¹⁹² A lo que,

¹⁹²

Fernández del Riesgo, M. (*id.*: 308-309): «se ha dado una “transnacionalización” de la economía a nivel mundial, que no parece entender de solidaridades, sino de márgenes de beneficio. Las empresas multinacionales tienden a montar sus centros de producción en países con mano de obra barata y bajos índices de conflictividad laboral (sur de Asia, América Latina...), mientras que los centros de planificación y de dirección, como los financieros y de investigación

habitualmente, se llama progreso, desarrollo, modernización, etc. en nuestros países no es sino al disfrute del confort, al aprendizaje otro idioma (preferiblemente, el inglés), al dominio de uno o más lenguajes o paquetes computacionales, y a la sensación de importancia personal que dan la prisa y la sustitución de nuestros usos culinarios ancestrales a favor de los *fast foods* o lugares de expendio de comida rápida. Es obvio que todo esto conspira contra la línea de puntos que nos identifica como pueblo y de los sistemas y sub-sistemas de creencias que jalonan nuestra mentalidad. Así concebida, la globalización constituye una seria amenaza para las identidades particulares; pero no una condena. La historia, presente o futura, de la humanidad siempre está mediada por la conciencia y por la voluntad de los sujetos que en ella intervienen. No existe, pues, lo inexorable en el ámbito de lo social. Así, pues, que la mundialización —de la economía, del poder dominante— en el hemisferio occidental es una mera posibilidad, no una necesidad natural.

Lo que con nuestra identidad como nación acontezca dependerá básicamente de las posiciones y previsiones que antes y después de este instante adoptemos: ciudadanos, gobernantes y ministros, conferencistas, jerarcas eclesiásticos, comunidades sociales, políticos, profesores, jueces, catedráticos e intelectuales, respecto a nuestra comunidad de lengua: sus esencias, sus valores, su imaginario, su mentalidad y su proyección en el tiempo. La conciencia de la diferencia y el reconocimiento de la propia identidad juegan un papel primordial en cualquier esfuerzo de preservación de los elementos componentes de la dominicanidad, que es uno de los tantos modos de decir humanidades cuando nos referimos a una totalidad concreta. Conviene tener claras cuáles son las constantes básicas de nuestra historia y de nuestros universos simbólicos. A continuación me ocuparé de sólo una de sus vetas: el influjo ejercido por la Iglesia a través de la trayectoria histórica de la nación dominicana durante su etapa republicana (1844-2004) en el diseño de la mente social y de la historia de los dominicanos.

científica, siguen estando en los países ricos (...). Esta transnacionalización significa que se debilita el protagonismo de la economía nacional pues los intereses de los países quedan subordinados, como decimos, a los de la corporación multinacional. Este capitalismo sin fronteras y su 'lógica trasnacional' ya no entiende de justicia, ni de equidad, ni del bienestar de los súbditos de un país, ni le importa la precarización del trabajo». Cfr. Marinas (2001: 18).

5.3 Religión y ambigüedad social a través de nuestra historia republicana

El catolicismo emerge como Iglesia dominicana, en el sentido que esta voz adquiere en Fernández del Riesgo¹⁹³ con el establecimiento del primer gobierno posterior a la dominación haitiana, la misma que el 9 de febrero de 1822 puso fin al proyecto independentista puesto en marcha, el 1 de diciembre de 1821, por José Núñez de Cáceres, Manuel Carvajal, Juan Vicente Moscoso, Antonio Martínez Valdés L., Juan Nepomuceno de Arredondo, Juan Ruiz Vicente Mancebo y Manuel López de Umeres. El párrafo inicial del decreto de la Junta Central Gubernativa, de fecha 11 de mayo de 1844, estatuye que la «religión cristiana, católica, apostólica romana siendo la del Estado, ha de ser mantenida en todo su esplendor», precepto que también asumen los delegados que, el 6 de noviembre de 1844, votan la primera Constitución dominicana (Lluberes, 1998: 84). A lo mejor, huelgue recordar que la presencia de la Iglesia se remonta a los inicios mismos de la llegada de los españoles a este doblón de la geografía americana. Pero no nos plantearemos la cuestión de su doble rol como sacralizadora del establecimiento e instancia de defensa de los oprimidos y de los excluidos sino a partir del advenimiento de la nación dominicana a la vida institucional o independiente. El surgimiento del criollo y la instalación del primer Estado dominicano (1821) son supuestos inexcusables para la existencia de una Iglesia dominicana en sentido estricto.¹⁹⁴ Pero, dado que nuestra primera independencia fue

¹⁹³ Fernández del Riesgo, M. (*íd.*: 100-101): “La Iglesia hace hincapié en su universalidad dentro de un territorio dado, sea nacional o internacional; se preocupa por hacer participar de los bienes de la gracia y los sacramentos a toda la sociedad; la adhesión al credo es más importante que las exigencias morales en relación con la salvación; son miembros de ella todos los nacidos dentro del territorio en virtud de su residencia (es, pues, una organización inclusiva); estructura autoritaria y tradicional; ni se aparta del mundo ni es hostil con relación a él, ya que su fin es controlarlo en función de la organización; en fin, se establece reciprocidad y entendimiento con el poder secular. Con relación a este último, la Iglesia se sirve de los poderes de la sociedad para sus fines espirituales, pero a cambio suele acabar plegándose a los intereses de aquéllos, quedando ligada a la suerte de los que dominan en un período histórico determinado. Por ello, si la Iglesia domina al mundo, también es dominada por él”.

¹⁹⁴ La integración del clero queda simbolizada en la jura por el Arzobispo Manuel Valera del acta constitutiva del gobierno de José Núñez de Cáceres (Lluberes, *op. cit.*: 70). Desde el punto de vista de la irrupción del criollo en nuestra historia, no deja de llamar la atención el que, si bien el nombre del nuevo Estado sería “Estado Independiente de Haití Español”, el documento de proclama fue titulado “Declaratoria de Independencia del Pueblo Dominicano” (Vega, 2010: 182). Durante la Ocupación Haitiana del territorio dominicano, la iglesia observará el mismo

abortada, dos meses y ocho días después de proclamada, no saldremos a la caza de la ambigüedad social de nuestra religión sino a partir de 1844. Lo haremos filiendo su presencia activa en cuatro tiempos históricamente bien diferenciados: a) el período que va de la separación de los pueblos de la parte española de la isla hasta el magnicidio de Ulises Heureaux (Lilís), con que se cierra el siglo XIX (1844-1899); b) el lapso comprendido entre el final de la dictadura lilisista y el inicio de la denominada era de Trujillo (1899-1930); c) la dictadura trujillista (1930-1961); d) la época que se inicia con la apertura hacia la forma democrática de gobierno, a principios del decenio de los sesenta, hasta su consolidación, en el curso de los años noventa.

Una primera traza de ambigüedad de la Iglesia la encontramos a propósito de la decisión de las autoridades dominicanas de conducir a la joven república de retorno a la monarquía española, a principios del decenio de los sesenta del siglo XIX. La propuesta aparece esbozada por primera vez en una carta del Presidente de la República, General Pedro Santana, a la reina Isabel II, fechada el 27 de Abril 1860. El P. Fernando Arturo de Meriño (1833-1906), cabeza visible de la Iglesia dominicana de la época, se opuso de manera tajante a esa medida, y no falta quien afirme que estuvo ligado a los generales anti-unionistas Eusebio Manzueta y José Leger.¹⁹⁵ Ahora bien, no fue ésa la única posición pública de la institución. Doce —Sáez (2011: 32) habla de diecisiete— de los cerca de cuarenta sacerdotes radicados en la joven república, firmaron los documentos de adhesión a la reina, y las palabras del P. Gabriel Moreno del Christo (1831-1905) durante el *Te Deum* del 18 del marzo de 1861, dejan poco espacio a cualquier duda razonable acerca de su punto de vista: “habéis satisfecho hoy cumplidamente las vehementes aspiraciones de este pueblo, lo habéis puesto bajo el amparo de su Majestad

comportamiento que, más adelante, desplegará a lo largo de nuestra historia republicana. Según Sáez (2011: 32), “son escasos los eclesiásticos que se adhieren a la ‘unificación de la isla’ (1822) —a penas sabemos del P. Ramón Pichardo, Párroco de Azua—, unos diecisiete se unen al movimiento separatista (1838-1844).

¹⁹⁵

Lluberes, A. (1998: 104): «De los sacerdotes (...) nos consta la participación activa de Manuel González Regalado, párroco de Puerto Plata y Miguel Quesada, de Santiago. El primero fue enviado preso al Castillo del Morro de La Habana, y el segundo fue miembro de la comisión negociadora de la retirada de las tropas españolas. Otros alineados con la causa dominicana fueron Francisco Díaz Páez, Juan de Jesús Ayala, Domingo de la Mota y Dionisio V. de Moya. (...). Por supuesto, no faltaron los pro españoles que mantuvieron una postura coherente, como el P. Francisco X. Billini», aunque, al parecer no fueron numerosos. Sáez (*loc. cit.*): “veinte firmarán junto a las autoridades y ciudadanos de diecisiete localidades el manifiesto en pro de la monarquía española o simplemente entonarán el inevitable *Te Deum* a partir del 17 de marzo de 1861”.

Católica, asegurándole para siempre sus más caros intereses, su religión, su libertad y su única y bien entendida nacionalidad española” (Lluberes, 1998: 96-97). No es, pues, necesario acudir en este caso a la paridad iglesia oficial / iglesia popular, tan usual en nuestros días, para entrever la indeterminación que afectó a la institución confesional sin llegar a dividirla. Años adelante, ya Arzobispo, encontramos a Meriño completamente integrado al establecimiento social: «Una vez en el episcopado, Meriño se retiró de los afanes políticos», hasta el punto de que «tampoco intervino en el área ética para denunciar la dictadura de Heureaux» (*op. cit.*: 121). Esta actitud dista mucho, claro está, de la asunción de una posición reificadora del régimen por el jerarca eclesiástico, al modo que, andando el tiempo, acontecería con el nacional-catolicismo español en tiempos de Franco.

Algo semejante sucede con su sucesor en la más alta dignidad episcopal del país, durante el lapso 1906-1930: Adolfo Alejandro Nouel, quien, en la percepción del P. Tom Lluberes, «contemporizó con la inestabilidad política dominicana y con la intervención norteamericana» (1998:137), que abarca desde 1916 hasta 1924. La actitud de éste no fue indiferente, pero sí tímida, aunque no del todo desprovista de criticidad respecto a las posibles secuelas de la violación perpetrada por los Estados Unidos de América contra la soberanía nacional.¹⁹⁶ En este caso es posible advertir los ramales de la ambigüedad de la iglesia dominicana, aun en un fragmento breve de un texto de su vocero autorizado. No parece estar a favor ni en contra. Carece de determinación. No asume una actitud de clara defensa del derecho de nuestro Estado-nación a ser y permanecer libre e independiente de toda potencia extranjera, como el P. Meriño en tiempos de la anexión a España (1863-1865). No fueron éstas, sin embargo, las ideas-actitudes que matizaron la conducta pública del P. Luis A. de Mena, quien desde las páginas editoriales del Boletín Eclesiástico, correspondiente a mayo de 1916, llamó al 15 de ese mes, fecha en que se produjo la primera invasión norteamericana al patrio

¹⁹⁶

Lluberes, A. (1998: 143): «El 29 de diciembre de ese mismo año (1920), Nouel respondía a una consulta que le había hecho el ministro norteamericano W.W. Russel (...). La carta se iniciaba con una impresión general del estado del país: “Creo no poder equivocarme al asegurarle a usted que su estado general es próspero. El trabajo individual es intenso. Al cultivo de la tierra ha respondido pródiga la naturaleza con buenas cosechas; el alto precio que para nuestros frutos se ha mantenido en el exterior ha sido causa de que los agricultores se hayan repuesto de los perjuicios sufridos en años anteriores. La paz reina en todo el país: el pueblo, desea mantenerla y aprovecharla; pero ese pueblo comienza ya a creer que no le será posible continuar indefinidamente, en un estado de cosas en el cual no puede disponer libremente de su trabajo y por consiguiente teme caer a la larga en un estado de verdadera esclavitud».

suelo, «dolorosa fecha, tristísimo día, día de inmenso duelo, día de tristezas infinitas, día de amargo y martirizador desconsuelo para el alma dominicana» (Lluberes, 1998:142). Pareja posición asumió el P. Rafael Conrado Castellanos, desde el periódico puertoplateño *El Eco Mariano*, quien además, al ser invitado a integrarse a la Junta Nacionalista de la provincia en la que ejercía su ministerio «acotó que si no se conseguía nada por la vía pacífica, habría que recurrir a las armas» (*loc. cit.*).

Entre unas y otras acciones tocó a su fin la ocupación militar norteamericana del territorio de la Nación. El proceso institucional se inicia con el Convenio de Evacuación que firmaran nuestros representantes el 30 de junio de 1922 en Washington, tradicionalmente conocido como el Plan Hughes-Peynado. Entre los firmantes por el Estado Norteamericano figuran un ministro y un comisionado: los señores William W. Russell y Summer Welles, respectivamente. La República Dominicana estuvo representada por Alejandro Adolfo Nouel, Arzobispo de Santo Domingo, y cuatro prestantes ciudadanos de la época: Horacio Vásquez, Federico Velásquez, Elías Brache hijo y Francisco J. Peynado. A partir del 21 de octubre de 1922 asume la Presidencia de la República de manera provisional Juan Bautista Vicini. Permanece en el cargo hasta el 12 de julio de 1924. Luego de ganar las elecciones, asumen el Poder Ejecutivo el General Horacio Vásquez y el señor Federico Velásquez. Los afanes continuistas del Presidente de la República desembocaron en un golpe de Estado, el 3 de marzo de 1930; y, tres meses y trece días más tarde: el 16 de agosto, después de unas “elecciones” sin oposición, en el ascenso a la primera Magistratura de la Nación del General Rafael Leónidas Trujillo. Después de un breve interludio, pasamos de la dictadura de las botas y de la gendarmería de factura extranjera a la preeminencia de la sinrazón y del asesinato a mansalva de timbre criollo.

Durante los primeros veinte años de la tiranía, la Iglesia asumió una posición pasiva, cuando no genuflexa, aunque no unívoca. En la percepción de Lluberes, «La Iglesia se vio sometida cada vez más a servir a Trujillo» (*op. cit.*: 163, *Cfr.* p. 167). Esta tendencia tuvo un primer episodio en la euforia con que el Arzobispo Alejandro Adolfo Nouel recibió la promulgación, por el nuevo Presidente, de la Ley número 117, del 20 de abril de 1931, mediante la cual fue atribuída personalidad jurídica a la Iglesia Católica y sus adyacencias; hasta el punto de que “solicitó al Secretario de Estado de la Santa Sede la concesión de una serie de galardones para los funcionarios involucrados,

de un modo u otro, en la aprobación de dicha ley” (Sáez, 2008, I: 33-34; véase también 47-49). Entre las personalidades propuestas se encontraban: el Presidente de la República, los presidentes de las Cámaras legislativas, el Procurador General de la República y el Director del periódico Listín Diario. El segundo acto de esta línea de acción del Arzobispo está relacionado con el efecto de un fenómeno meteorológico. El 3 de septiembre de 1930, la ciudad de Santo Domingo fue asolada por el Ciclón de San Zenón. Trujillo llevaba tres semanas en su nuevo cargo: “Nouel hizo suyo el proyecto del flamante presidente de trasladar desde la antigua basílica de Higüey a la capital el cuadro coronado de Nuestra Señora de la Altagracia en ‘visita de consuelo’, y como el mismo Arzobispo decía al Secretario de la Presidencia, para ‘levantar por todos los medios posibles la moral y el ánimo abatido de nuestro pueblo’. (...). Sin embargo, la aparición del nuevo régimen no mereció en el clero en general la misma reacción que el (sic) arzobispo Nouel. Cuando aún no había asumido la presidencia el general Trujillo y la vicepresidencia el Lic. Rafael Estrella ureña, el P. Joaquín Rodríguez Grullón, cura de Moca, alertaba por escrito a Monseñor Nouel sobre la ‘tremenda vorágine política’ que se cernía sobre el país” (*op. cit.*: 34-35).

Entre 1935 y 1958 la convivencia entre el Estado y la Iglesia de acentúa hasta llegar a niveles de identificación pocas veces entrevistos en nuestra historia republicana.¹⁹⁷ Empero, a partir de la década de los cincuenta, la situación cambiará de manera ostensible. El momento culminante, en el marco de esta línea de acción, tuvo lugar entre finales de los cincuenta y los primeros años del decenio siguiente. El 14 de junio de 1959 desembarcó, procedente de Cuba, un grupo de expedicionarios contrarios al régimen. En palabras del P. Antonio Llubes, «el gobierno pidió un gesto de desaprobación, el episcopado respondió con el silencio (...). A fines de enero de 1960, ni el Nuncio bendijo la III Feria Ganadera Nacional, ni el P. Larrusea permitió que los alumnos del Instituto Politécnico Loyola (San Cristóbal) desfilaran en el acto. El mismo Seminario Santo Tomás de Aquino se convirtió en un espacio de disensión que envolvió a profesores y alumnos, y llegó a tal nivel de complicación que la lucha interna desembocó en el encarcelamiento, expulsión o retirada de varios seminaristas» (1998: 168). La respuesta de la Iglesia fue clara y concluyente. El 25 de enero de 1960, con

¹⁹⁷

Llubes, A. (1997: 167): «Durante la Era de Trujillo, la Iglesia y el Estado vivieron un régimen de recíproca cooperación. La primera aceptó la existencia del régimen como algo beneficioso para el país y para ella misma. (...). Por su parte, el régimen se beneficiaba hasta del simbolismo de actos religiosos y encuentros con miembros del clero, precedidos o seguidos de amplia publicidad, que le proporcionaban la deseada “legitimación”, en el lenguaje del sociólogo Peter Berger». *Cfr.* pp. 162, 168. Véase, también, Sáez (2008, I: 47-49).

motivo de la fiesta de Nuestra Señora de la Altagracia, hizo pública una carta pastoral colectiva, que, al parecer, jugó un papel determinante en el proceso de finalización de la Era de Trujillo.¹⁹⁸ Constituye una verdadera proclama de reivindicación de derechos, lo cual, en el contexto de una dictadura, tiene un impacto que acaso logremos apreciar en su justa dimensión quienes crecimos en un régimen diferente. Algunos de sus pasajes aún pueden ser leídos con interés.¹⁹⁹ La confrontación continuó.²⁰⁰ La iglesia no se dejó amedrentar. Se ejercitó en la denuncia profética (*Cfr.* Fernández del Riesgo, 1997: 123). Contribuyó a abonar el terreno para el advenimiento de una nueva forma de organización social, aunque sin llegar a plantearse en ningún momento la necesidad de negar o superar el estado de cosas. Tampoco hay que plantearse ese tipo de reclamos, puesto que no es ése el papel reservado a la religión.

El paso de la dictadura a la democracia no pasó de ser un gesto. Las estructuras básicas de producción y de pensamiento de la sociedad permanecieron, en última instancia, inalteradas. Al igual que en España, entre nosotros la Iglesia hizo de corolario legitimador de un régimen dictatorial en términos simbólicos o propiamente ideológicos²⁰¹; pero —aquella a principios de los setenta²⁰², la nuestra a inicios de la

¹⁹⁸ Sáez (*op. cit.*: 53-55).

¹⁹⁹ Llubes (1998: 543): «La raíz y fundamento de todos los derechos está en la dignidad inviolable de la persona humana. Cada ser humano, aun antes de su nacimiento, ostenta un cúmulo de derechos anteriores y superiores a los de cualquier Estado. Son derechos intangibles que, ni siquiera la suma de todas las potestades humanas, puede impedir su libre ejercicio, disminuir o restringir el campo de su actuación». *Cfr.* p. 564.

²⁰⁰ Llubes, A. (*op. cit.*:170-171): «El 13 de enero del mismo año (1961), el Presidente Balaguer pidió a los obispos que declarasen a Trujillo Benefactor de la Iglesia. Pero el 6 de febrero le respondieron que no les era posible ni siquiera proponerlo a Roma, porque esa declaración era totalmente facultativa de la Santa Sede. Trujillo reaccionó entonces de forma radical. Acosó a los miembros del clero e instituciones eclesiásticas, y una de sus emisoras, Radio Caribe, orquestó una campaña de insultos soeces, echando en cara a los eclesiásticos los beneficios recibidos de Trujillo. (...). El 12 de Abril, las fuerzas represivas del régimen quemaron la casa curial de San Juan de la Maguana. El 18 del mismo mes saquearon la casa del P. Henríquez en La Vega, y en la madrugada del 31 de Mayo asaltaron el colegio de las dominicas en la capital en busca de Mons. Reilly, refugiado allí desde el día 13 de abril».

²⁰¹ Fernández del Riesgo, M. (1997: 107-108,133): «En la historia de España que va desde la restauración monárquica en la figura de Alfonso XII (1875), hasta el fin de la dictadura del general Franco (1975) y el advenimiento de la democracia, la Iglesia Católica ha sido secuestrada, y se ha dejado secuestrar, por la derecha política. Incluso, en la primera mitad del siglo XX, se prestó al juego de una derecha premoderna, condenando sin paliativos el liberalismo, el anarquismo y el socialismo(...). Lo que se ha llamado el nacionalcatolicismo (NC), viene a ser una ideología político-religiosa que, tras la proclamación de la consustancialidad entre lo nacional y lo católico, separó el liberalismo económico de su versión política para procurar una legitimación cristiana del capitalismo». «Una iglesia tutelada y

década de los sesenta— ambas dieron un giro de considerables proporciones, hacia la promoción y el apoyo de formas democráticas de gobierno, si bien en clave reformista, como era de esperarse. En efecto: una nube de radical tradicionalismo, unida a la llegada al país de un grupo importante de religiosos provenientes de Cuba, a raíz del triunfo de la revolución socialista, imposibilitó el salto hacia adelante de la iglesia dominicana. En lugar de mirar hacia el horizonte, como su par española (*Cfr.* Fernández del Riesgo, 1997: 159), temerosa, miró hacia atrás. Se replegó. Resistió al trujillismo y sus remanentes, pero, al propio tiempo, contribuyó al afianzamiento y aun a la reedificación del *statu quo*, del sistema capitalista de la mano de la derecha política dominicana.²⁰³ El testimonio ofrecido acerca de aquellos días por un testigo de excepción, el centro demócrata Juan Bosch, Presidente electo y víctima de los aprestos conspirativos de la Iglesia y de los cuerpos armados, dominicanos y norteamericanos, también puede ser de utilidad para forjarnos un cuadro completo del triste papel desempeñado por la iglesia católica dominicana en los momentos inmediatamente posteriores a la muerte de Trujillo. Su libro *Crisis de la democracia de América en la República Dominicana*, puede ayudar, indiscutiblemente, a la comprensión de ese período de nuestra historia.²⁰⁴

protegida por el poder político como contraposición se volvía sumisa, olvidando su genuina función evangelizadora-liberadora».

²⁰² Fernández del Riesgo, M. (1997:152, 153, 156): «Un acontecimiento que marcó un giro importante en la evolución de la conciencia eclesiástica fue la Asamblea Conjunta de Obispos y Sacerdotes (13 al 17 septiembre 1971), a cuya celebración se opusieron los sectores conservadores, especialmente el Opus Dei(...). En los artículos 11 al 20 de las conclusiones se refleja el cambio ideológico del catolicismo en nuestro país. Se reivindica en ellos una libertad de expresión, el derecho a la libre asociación y reunión en cuestiones sindicales y políticas, y una mayor participación de los ciudadanos en la gestión de las cuestiones públicas. En el artículo 21 se denunciaba la insuficiencia con relación a los derechos del hombre. Y en los artículos 44 y 45 se reivindicaba la independencia de la Iglesia con relación al Estado, y la no presencia de clérigos en los órganos de poder. La XV Asamblea Plenaria del Episcopado (29-11-1971 al 14-12-1971) aprobó las posiciones de la Asamblea Conjunta. (...). En el contexto de todos estos acontecimientos, Franco se daba cuenta de que perdía su más fiel aliado de antaño. (...). En el año 1975, probablemente se alcanzó la máxima tensión en las relaciones entre la Iglesia y el régimen ya moribundo».

²⁰³ Lluberes (1998: 173-174): «Ante el temor de un posible avance marxista, la Iglesia asumió una especie de profilaxis ideológica, de la que formarían parte los cursillos sociales juveniles (1963-1964) y la gran campaña misionera (Mayo 1963-Marzo 1964). (...). La alarma que produjo la reforma constitucional (que había sido proclamada el 29 de marzo) por un supuesto laicismo en la educación (Enero-Febrero 1963), y los lamentables mítines o manifestaciones de Reafirmación Cristiana de evidente sabor macartiano (3-8 de agosto de 1963), además de revelar el anticomunismo importado de un sector social y su equivalente en la Iglesia, malogró en siete meses (febrero-septiembre 1963) el primer ensayo democrático del siglo XX».

²⁰⁴ Bosch (1965: 113, 114, 116, 127, 128): «De buenas a primeras, a fines de noviembre y en los comienzos de diciembre, se derramó en todo el país la voz de los púlpitos. Numerosos sacerdotes

La teología de la liberación tendrá en el país escasa difusión y casi ningún influjo. Incluso, los avances doctrinales del concilio Vaticano II sólo tangencialmente dejarán sentir entre nosotros sus efluvios bienhechores. Quizás no fuese un hecho casual, sino una secuela necesaria el hecho de que «en la Conferencia del CELAM de Santo Domingo (12-28 de Octubre 1992), la presión conservadora fue mayor, y de alguna manera se corrió un velo de silencio sobre la Teología de la Liberación (T.L.). (...) En el documento final se nota la ausencia de una referencia al método y a los contenidos de la TL» (Fernández del Riesgo, 1997: 302). Sin embargo, es de justicia destacar un rasgo distintivo de la iglesia dominicana contemporánea en la voz y en la trayectoria de su Arzobispo Metropolitano, Nicolás de Jesús López Rodríguez, Cardenal desde el 25 de mayo de 1991: su verticalidad frente al entreguismo de nuestros políticos y de la ingerencia creciente de las potencias militares y económicas epocales en los asuntos internos de la República Dominicana (*Cfr.* Lluberes, 1998: 178). Está de más decir que los asuntos relativos a la identidad, la soberanía y la nacionalidad, son tópicos extremadamente sensibles para todo pueblo que, como el nuestro, se siente de alguna manera torpedeado desde pasados siglos por imperios y simulacros de imperios que se presumen de los dioses preferidos, de culturas, lenguas y religiones distintas a las nuestras.

Habitamos una parte de la isla de Santo Domingo, situada en el archipiélago caribeño, frontera simbólica entre Norte y Suramérica; rodeada, además, con excepción de Cuba y Puerto Rico, por sociedades pertenecientes a las familias de naciones gálicas y anglosajonas. Las posiciones de corte nacionalista de la Iglesia poco a poco le han ido

comenzaron a predicar por campos y ciudades que el PRD era un partido comunista o influido por los comunistas o dirigido por los comunistas. Un buen día, por fin, apareció la acusación concreta: Yo era comunista, marxista-leninista, y lo aseguraba un cura de la orden de los jesuitas, el reverendo Láutico García. (...). Yo me di cuenta de que el espectro de Trujillo había retornado del más allá y volvía a tomar los mandos del país. Bajo el pretexto de que había que destruir el comunismo, Trujillo mató, violó, quemó, torturó, expolió; bajo ese mismo pretexto estaba de vuelta en la tierra que había martirizado y convocaba a sus huestes para revivir el pasado. (...). En La Vega, por ejemplo, ciudad que era centro de una zona muy católica, un sacerdote se negó a cantar una misa que querían dar los jóvenes del PRD “porque el PRD es comunista”. (...) al producirse el golpe de 25 de septiembre de 1963, (...) los golpistas borraron de un plumazo la Constitución de 1963. Para la jerarquía católica, desde luego, esa Constitución de 1963 no tenía validez (...) muchos sacerdotes no sólo la ignoraron sino que actuaron contra ella al conspirar para derrocar el gobierno constitucional y algo más: las instituciones consagradas por esa Constitución (...). A principios de agosto, los obispos dominicanos, uno de ellos español y otro norteamericano, declararon que cada hogar del país se hallaba en estado de angustia, que la República no podía seguir así, que la grey católica tenía que salvar al pueblo de la amenaza comunista. (...). Detrás de la declaración obispal, como por arte de magia, comenzaron las llamadas ‘demostraciones cristianas’».

labrando el sendero hacia la simpatía de los sectores sociales interesados en la preservación de nuestra mentalidad y nuestro carácter en tanto que Estado-nación integrante del concierto iberoamericano del mundo. El apartado No.12: «Rechacemos toda introducción indebida», de la Carta Pastoral de fecha 27 de febrero de 1996, de la Conferencia del Episcopado Dominicano, a propósito de la legión de «observadores» extranjeros de las elecciones presidenciales de mayo de ese año, de puro elocuente deviene indispensable para hacernos una visión dinámica e integral de los nuevos rumbos del catolicismo dominicano y, de pasadas, poner de manifiesto, un filón de apertura a la crítica de la política triunfante en la República Dominicana de los tiempos que corren.²⁰⁵

El modo ambivalente en que la iglesia cristiano-católica se ha desenvuelto en nuestro devenir histórico ha dejado una huella imborrable en el modo de ser de los dominicanos. Algunas de nuestras ambigüedades en materia estratégica acaso expresen en términos concretos el influjo inconsciente de ese elemento superestructural determinante en la constitución de nuestro devenir como nación y en nuestro imaginario. En el capítulo siguiente se verá cómo los dominicanos históricamente han mostrado actitudes de aceptación y rechazo lo mismo respecto a los héroes de leyenda que resistieron con gallardía el establecimiento (*stablishment*) que hacia aquellos que encarnan su reificación. Pero aún es pronto para plantearse semejantes analogías. Bástenos por el momento, *a modo de recapitulación*, con la conciencia de que la lengua española, la cosmovisión cristiana y el imaginario católico han contribuido de manera

²⁰⁵

Chez Checo, J. (1998: 242-243). "El mismo nombre lo dice "observar". Traspasar esta misión y convertirse los "observadores" en interventores y jueces, cualesquiera sean las instituciones a la que pertenecen, es un abuso e irrespeto intolerable. Lo decimos con suficiente anticipación. No podemos aceptar que poderes o instituciones extranjeras interfieran en nuestros asuntos internos. Tan soberanas son las naciones grandes como las pequeñas. La República Dominicana tiene pleno derecho a decir esto al mundo entero por haber visto su territorio mancillado varias veces por una potencia extranjera. Rechazamos categóricamente el irrespeto extranjero. No necesitamos que nadie nos diga lo que tenemos que hacer, sobre todo con amenazas. Los dominicanos contamos con gente altamente preparada y competente y de honestidad a toda prueba, y somos capaces de resolver con sensatez, sabiduría y responsabilidad, por nosotros mismos nuestros propios problemas. En repetidas ocasiones hemos dirimido ya nuestras diferencias no por la ciega violencia sino por el diálogo civilizado y sincero. La desconsideración desde fuera lo único que conseguirá es crear nuevos problemas, herir gravemente el alma nacional y avivar lamentablemente resentimientos históricos muy hondos». A sólo once días de dichas elecciones hicieron leer otro mensaje en todas las misas del quinto domingo de Pascua en que volvían sobre el asunto con la misma energía: «Una cosa es observar y otra muy distinta entrometerse y obstruir o entorpecer la actividad de la Junta Central Electoral. Es oportuno que los observadores extranjeros sepan que somos un pueblo muy sensible a las ingerencias indebidas provenientes del extranjero. Sobre todo si éstas vienen acompañadas de amenazas».

fundamental a la configuración de la mentalidad del dominicano medio de los tiempos que corren; en suma, qué somos los dominicanos está intrínsecamente vinculado a nuestros universos simbólicos primordiales. Existe, no obstante, un principio elocuentemente esbozado en la vida de Jesús que es parte constitutiva de la mentalidad de cualquier totalidad concreta; nos viene dada por aquel pasaje en que, luego de escuchar los cargos que sobre Él han dejado caer ante Pilatos los máximos representantes de la religión establecida en el Israel de la época, Éste le pregunta: “Y tú, ¿quién crees que soy?”. Es, justo, la mirada del otro la que nos salva o nos condena, si nos tenemos claro nuestro lugar en el cosmos, y si no sabemos de dónde venimos ni hacia adónde vamos. En este capítulo se ha tratado de explorar cuáles son nuestras procedencias preeminentes, y eso da ya una pauta de quiénes somos, pero la cuestión de en qué punto nos encontramos acaso se aclare mejor cuando abordemos cuáles son los ribetes del imaginario social del dominicano promedio de nuestro tiempo, tareas que es asumida en el capítulo siguiente.

***La mirada en el espejo:
El propio ser en perspectiva***

6.1 Auto-percepción e identidad

El imaginario social es el conjunto de representaciones mentales de orden humano comunes a un pueblo, un estrato social o una nación. Comprende las imágenes relativas a una totalidad concreta determinada, inclusión hecha de su entramado institucional, sus prohombres, sus ciudadanos comunes y corrientes, su pasado y su presente. De alguna manera, este costado del imaginario confluye con los *idola theatri* baconianos. Al igual que éstos, “contiene un mundo imaginario y teatral” capaz de incidir en los imperativos de conciencia y en los derroteros conductuales de quienes de él participan. Diríase que es el sucedáneo del *logos* occidental en lo relativo a la cuestión social. En efecto, el imaginario social con frecuencia adopta la forma de un discurso racional, con pretensiones y estructura de tipo filosófico-científicas. Conjunto estable de creencias, opera como el fondo común de verdades a partir del cual el hombre común estructura su concepción del hombre y de la sociedad. En ese sentido, es uno de los componentes activos de la voluntad general, pues está integrado por el corpus de las *verdades* jamás cuestionadas, no discutibles, que en cada uno habita, consciente o inconscientemente, esas de las que también otro filósofo del Renacimiento invita a cuestión.²⁰⁶

La percepción del propio ser es un ingrediente primordial en el proceso de configuración de la propia identidad, así en lo individual como en lo colectivo. Existen lo dominicano y los dominicanos, y existe el conjunto de representaciones que informan la imagen de lo que se da por sentado que es lo uno y lo otro. Una cosa son los hechos y los actores sociales, y otra el imaginario que en referencia a ellos se elabora; esto es, el

²⁰⁶

Descartes (1966: 167): “si deseamos dedicarnos seriamente al estudio de la filosofía, y a la investigación de todas las verdades que somos capaces de conocer, nos libramos primeramente de nuestros prejuicios, y haremos propósito de rechazar todas las opiniones que antes hubiéramos admitido en nuestras creencias, hasta que las hayamos examinado seriamente; haremos inmediatamente una revisión de las nociones que se dan en nosotros, y sólo admitiremos por verdaderas las que se presenten clara y distintamente a nuestro entendimiento.”

conjunto de tomas o visiones que sustituyen a éstos y a aquéllos en el mundo interior de las personas. Muchos de estos perceptos provienen del pasado, son “prisiones de larga duración” (*longe durée*); otros son de reciente factura. A continuación emprenderemos un recorrido a través más representativas de las visualizaciones que los dominicanos han elaborado acerca de sí mismos. Para ello es indispensable establecer a partir de qué momento se puede hablar con propiedad de la existencia de dominicanos, pues de lo que se trata es de saber qué *convicciones* tienen en torno a su mismedad. Ya habíamos abordado de alguna manera el asunto en el capítulo anterior; no está de más hacer algunas precisiones adicionales, algunas de ellas bastante elementales. Por ejemplo, conviene saber que no hay indicio de la existencia de la palabra *dominicanos*, como gentilicio, hasta bien entrado el siglo XVIII.

Hasta ese momento, a los habitantes de estas tierras, por lo general, procedentes de otras latitudes, se los denominaba de otro modo: *habitantes*, *españoles indianos* o *españoles*, sin más; el término *criollo* era reservado, durante los siglos XVI y XVII, a los nacidos y criados en Santo Domingo, descendiesen de africanos o de españoles.²⁰⁷ En esos tiempos no hay ni siquiera atisbos de identificación con el terruño o con el porvenir de los demás residentes en la Parte Este de la isla, en tanto que comunidad de destino. El sentido de pertenencia es un requisito indeclinable para que se pueda hablar, con propiedad, del advenimiento de la condición dominicana. La voz *dominicano* con frecuencia designará, en los albores de su afianzamiento como denominativo, a los residentes que eran, al propio tiempo, criollos²⁰⁸. En el curso de los tres primeros lustros del siglo XIX comenzará a designar a quienes, al advertir que su destino personal y familiar está ligado de manera indisoluble al derrotero de sus coetáneos y del espacio vital común, se descubren como entes activos en la forja de un nuevo modo de conciencia y, en consecuencia, como sujetos de la acción política²⁰⁹. Luego, se sigue

²⁰⁷ Cfr. Deive (2009: 27-39).

²⁰⁸ Así en las obras *Historia de la conquista de la isla Española de Santo Domingo trasumptada el año 1762*, de Luis Joseph Peguero, e *Idea del valor de la Isla Española* (1785), de Antonio Sánchez Valverde. Cfr. Deive, *op. cit.*: 32, 36.

²⁰⁹ Me refiero, básicamente, a la obra *Lógica. Elementos de Filosofía Moderna destinados al uso de la juventud dominicana* (1813), de Andrés López de Medrano, a su “Manifiesto del ciudadano Andrés López de Medrano al pueblo Dominicano”, del 25 de junio de 1820, recogidos ambos textos en Campillo Pérez (1999: 73-110 y 147-163, respectivamente), y a la “Declaratoria de independencia del pueblo dominicano”, del 1 de diciembre de 1821 (Vega, 2010: 173-181).

que la exploración de la auto-percepción del dominicano medio deberá realizarse del primer decenio del siglo XIX en adelante.

El propósito no es hacer historia de las ideas, sino situarnos históricamente de tal manera que podamos lograr una comprensión en plenitud del imaginario social del dominicano de ayer y de hoy. Los cristales a través de los cuales los miembros de una comunidad se perciben entre sí y miran a los demás, individualmente, como totalidad o en las personas de sus representantes del presente o del pasado, tiene un influjo de primer orden en la manera en que dicho conglomerado humano organiza su existencia en términos institucionales, el decurso de su historia y la manera en que entrará en relación con otras sociedades. Las líneas básicas de las estructuras mentales de un pueblo provienen de su imaginario, y éste se nutre tanto de las ideas y perceptos de sus artistas y escritores como de las arcas comunes: el lenguaje, la narración oral y el refranero. Existe una dinámica interrelación entre los modos elaborados de mente y los provienen de la conciencia ingenua. Imperceptibles canales comunican de modo recíproco a los unos con los otros. Es tan frecuente que nuestros autores se auxilien del refranero para expresar sus ideas como que cuentos, leyendas y sentencias dichas o recogidas por determinados escritores, los encontremos, luego, como monedas de uso corriente, en boca del pueblo llano. Por ejemplo, “Amor con amor se paga” aparece como expresión en *La celestina*, de Fernando de Rojas. Siglos después dará título a una obra teatral en un solo acto de José Martí. Hoy, es un refrán de socorrido uso entre los dominicanos (Rodríguez Demorizi, 1950: 37; Cruz Brache, 1978: 14; Vallejo *et* Paredes, 2002: 56).

Por otra parte, el refranero al uso en la región norte de la República Dominicana parece como si se hubiera estructurado a partir de las *Novelas ejemplares* y de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha*, especialmente de la ingente cantidad de adagios que Cervantes pone en boca de Sancho Panza. De igual manera, los mitos y las leyendas son fuente a los que tradicionalmente acuden los poetas y los narradores, los cantantes y los compositores de música, popular y no popular, quienes, a más de servir de correa de transmisión, actualizan y conceden nuevos bríos a viejos personajes, modos de conciencia, juicios y patrones de enfoques varios, asegurándoles de ese modo una cierta prolongación imaginaria. Los cuentos de los gallos de Señó Ambrosio eran bastante populares en el municipio de Gaspar Hernández todavía durante los años setenta, incluso entre personas semi-alfabetizadas, lo mismo que el micro-relato

“Nosotros semos”. Andando el tiempo, advertí que ambos textos aparecen en el libro *Horas de buen humor* (1925), de César N. Perozo (1970: 15-18, 84).

Las ideas de los escritores cuentan con múltiples modalidades de reproducción; además de sus textos propiamente dichos —publicados en revistas, periódicos o en forma de libros—, la cátedra, la tertulia y la disertación, de continuo, también le prestan su concurso. Cuando, además de ello, éstos son políticos o funcionarios, los mecanismos de multiplicación se incrementan, a través de los partidos y de los medios masivos de formación de la conciencia, como es el caso de muchos de los autores con quienes vamos a entrar en diálogo en los apartados que siguen a continuación. En el ámbito de la auto-percepción es posible identificar, en principio, dos tendencias bien diferenciadas en la conciencia intelectual dominicana. Ambas cuentan con su correspondiente resonancia en el plano de la mentalidad del dominicano medio, una más que otra; en su momento se verá cuál de ellas, y se buscará una explicación. Ambas han jugado, también, cada una en su momento, roles protagónicos en el desenvolvimiento de nuestra andadura histórica. Una y otra ilustran la manera en que la cuestión dominicana ha sido percibida. Como una de ellas ha sido tradicionalmente designada con el nombre de “El gran pesimismo dominicano”; la otra, por oposición, debería ser calificada de “optimista”. De hecho, más adelante nos planteamos la pregunta de qué tan pesimistas quienes tradicionalmente han sido señalados como tales, si existe o no la escuela del Gran pesimismo, y si la hay, a partir de cuándo, y por qué.

6.2 Las formas elaboradas del imaginario, el refranero y la mentalidad del dominicano medio

La cesión a Francia de la parte española de la Isla, mediante el Tratado de Basilea (1795), llegó a su fin con la reconquista del territorio por las fuerzas locales comandadas por Juan Sánchez Ramírez (1808). Cuando ya era inminente la rendición de las tropas de ocupación acampadas en la ciudad de Santo Domingo, se reunieron en el cuartel general del caudillo, que estaba situado en un campo aledaño a ésta, diecinueve personas procedentes de las principales comunidades del país a los fines de decidir el porvenir de la antigua colonia española, habida cuenta de la invasión por el ejército napoleónico de que había sido objeto la península ibérica desde principios de

mayo de ese año. Fue redactada un acta que, desde entonces, se conoce como el Acuerdo o la Junta de Bondillo. El documento está fechado en 12 de diciembre de 1808. Los delegados hablan en nombre del pueblo, pero no utilizan la palabra *dominicano*. La imagen que tenían de este “pueblo” los convocados es el de un conjunto de españoles residentes en esta orilla del Atlántico, por demás, súbditos del monarca, como queda entrevisto en el artículo primero del documento: “La Junta, en nombre del pueblo de la parte Española de la Isla de Santo Domingo, a quien representa, reconoce, como lo tiene reconocido, al señor Don Fernando 7º, por legítimo Rey y Señor natural y, por consiguiente, a la Suprema Junta Central de Madrid, en quien reside la Real Autoridad” (Vega, 2010: 166).

De ese modo, retornaban los antecesores de los dominicanos de hoy al amparo de la Madre Patria de entonces. Cuando, cinco años más tarde, ve la luz la *Lógica. Elementos de Filosofía Moderna destinados al uso de la juventud dominicana* (1813), de Andrés López de Medrano, España todavía se encontraba ocupada por el imperio francés. De este libro, lo mismo que de la Declaración de Independencia de 1821²¹⁰ y del discurso pronunciado por José Núñez de Cáceres durante el acto de entrega de las llaves de la ciudad a los invasores haitianos en la persona de su Presidente, Jean Pierre Boyer, se deriva un percepto de lo dominicano completamente distinto al de la Junta de Bondillo: el de “un pueblo naturalmente bondadoso y sencillo” que tiene derecho a llevar una vida institucional autónoma. Son textos que rezuman una profunda fe en la capacidad de los habitantes de estas tierras para salir hacia adelante con los recursos de

²¹⁰ Vega (2010: 173-174, 181): “El ignominioso pupilaje de 328 años es ciertamente una lección demasiado larga y costosa, que a todos desengaña por sí sola y sin mayor esfuerzo del ningún fruto que se ha sacado de la fanática lealtad a los Reyes de España. Con este falso ídolo levantado por el error, y sostenido por una superstición política, se había logrado aletargar el espíritu, y burlarse de la credulidad de un pueblo naturalmente sencillo. Ser fieles a la España, aguantar con una paciencia estúpida los desprecios de la España, no vivir, no moverse, no ser para nosotros, sino para la España, era todo y lo único en que hacíamos construir nuestra felicidad, la fama de nuestras virtudes, y la recompensa de los más distinguidos servicios (...) hasta aquí hemos vivido esclavos y dependientes por hábito, pero los hechos que persuaden mucho más eficazmente que las rutinas nos demuestran y convencen que somos libres y emancipados. Así lo reconocemos y tocamos por nuestra propia experiencia (sic), y conducidos por ella declaramos y solemnemente publicamos, que la parte española de la Isla de Haití, queda desde este día constituida en un Estado libre e independiente: que el buen pueblo Dominicano ni ahora, ni en adelante, ni nunca se someterá a las leyes y gobierno de España, considerándose absuelto de toda obligación de fidelidad y obediencia: que revestido de la dignidad y carácter de nación soberana, tiene un pleno poder y facultades para establecer la forma de gobierno que mejor le convenga, contraer alianzas, declarar la guerra, concluir la paz, ajustar tratados de comercio y celebrar los demás actos, transacciones y convenios que pueden por derecho los demás pueblos libres e independientes”.

su inteligencia, la fortaleza de sus brazos y la firme voluntad de labrar su propia senda en el teatro de la historia. Estos documentos expresan la conciencia de ser y de deber ser de nuestros antepasados de entonces: qué habíamos sido, en qué punto nos encontrábamos y hacia adónde se suponía que deberíamos encaminar nuestros pasos.

Esta imagen contrasta con la sensación de angustia y desarraigo que emerge de una quintilla, escrita entre finales del siglo XVIII e inicios del XIX, unos veinte años antes tal vez, de la autoría de Juan Vásquez, “cura de Santiago de los Caballeros (en el coro de cuya iglesia fue quemado vivo cuando las tropas de Cristóbal, teniente de Dessalines, degollaron a los habitantes)”:

Ayer español nací,
A la tarde fui francés,
A la noche etíope fui,
Hoy dicen que soy inglés;
No sé qué será de mí.²¹¹

Es ésta la voz de alguien que se auto-percibe como parte de una comunidad que se ha visto sometida a tantos avatares que no puede menos que mirar con escepticismo el porvenir. Ahora bien, también se echa de ver que, más allá del nacimiento y del pasado, distante o cercano, su comunidad de pertenencia comporta unos rasgos diferenciales; ese “dicen que soy inglés” dejar entrevista la existencia de una realidad distinta a la que se predica o a la que se revela a través de la vida institucional. Hay inconformidad e incertidumbre, pero su identidad no está en juego; el sujeto de la narración poética habla por su comunidad; personifica las peripecias experimentadas por su sociedad. Como tal, desde condición, describe, reconoce y lamenta, cuantas inmiscusiones siguieron a su nacimiento (“Ayer español nací”), pero, por lo mismo, emerge como una realidad paradigmática distinta al pasado que siguió a su nacimiento, incluyendo en el presente de entonces (“Hoy dicen que soy inglés”). Es notoria la sensación de angustia respecto al futuro, pero en ningún momento descarta que ha de haber, que habrá un futuro, ni se cuestiona la capacidad del sujeto social que el autor encarna para construirlo. En este sentido, esta estrofa se inscribe en el mismo espíritu

²¹¹ Penson (1980: 14).

de búsqueda y resistencia a la injerencia externa en los asuntos propios de los criollos de la parte española de Isla que encontramos en los documentos relativos a la Independencia Efímera, si bien la quintilla del P. Juan Vásquez es mucho menos optimista. Con ellos se inicia, en la historia de la búsqueda de nuestro destino y de nuestra expresión, el imaginario nacional. Incertidumbre y falta de fe no son, necesariamente, nociones intercambiables.

6.2.1 El paso del imaginario colonial al imaginario nacional

Distinta es la imagen que acerca de su sociedad tenía Narciso Sánchez, padre de uno de los héroes de la independencia de 1844. Enterado de que su hijo se había ligado a otros jóvenes con el propósito de poner fin a la Dominación Haitiana iniciada en 1822, conforme a una tradición socorrida y bien fundada, se cuenta que un día, lo llamó aparte, y le dijo: “Convéncete, Francisco; esto podrá ser un país, pero nación nunca”.²¹² Esta es, quizás, la manifestación primigenia de una de las imágenes de lo dominicano que mayor persistencia ha tenido a través de la historia. Aquí aparece esbozado de manera sucinta uno de los perceptos fundamentales del imaginario social dominicano. Andando el tiempo, se depurará, crecerá en referencias, argumentos y aplicaciones, pero el núcleo duro de la doctrina ya está dado en el planteamiento de que, entre nosotros, todo esfuerzo es vano; que no nos es dado aspirar a lo que han alcanzado otros pueblos, pues somos un caso único, con ciertas incapacidades intrínsecas que limitan nuestro avance hacia mejor; no hay para qué esforzarse, todo está perdido; cualquier intento está, de antemano, condenado al fracaso.

Este modo de conciencia, también comporta una visión de la acción política; en 1966, según ha quedado taxativamente registrado, contaba con el correspondiente

²¹² Henríquez Grateaux (1999: 70): “Así escribe la frase Lugo Lovatón, siguiendo una tradición oral de la familia Sánchez. Troncoso Sánchez la transmite así: ‘Ay hijo, esto será país, pero nación, jamás’. De cualquier manera que hayan sido pronunciadas, estas palabras, son expresiones tristes y pesimistas, mucho más en la boca del padre de un Padre de la Patria. Troncoso de la Concha añade, a modo de comentario, que su maestro, Don Federico Henríquez y Carvajal, decía que ‘no sabía si aquello había sido una predicción o una maldición’”. Rodríguez Demorizi (1980: 33) sitúa en 1844 el suceso, y recoge la siguiente versión: “Desengáñate, Francisco: éste será país, pero nación nunca”.

correlato en la estructura mental del dominicano medio²¹³. F. A. Avelino (1966: 57-68) relaciona las derivaciones políticas de esta veta de nuestro imaginario colectivo con las orientaciones ideológicas del Despotismo Ilustrado. Asumir como parte del propio sistema de convicciones estas ideas induce a unas actitudes respecto al establecimiento social completamente opuestas a las que, en su momento, adoptaron José Núñez de Cáceres y Andrés López de Medrano, entre otros. Si el consejo del padre hubiera devenido en *creencia* en el hijo, Francisco del Rosario Sánchez no hubiera contraído los compromisos que asumió a favor de la consecución de la independencia y la soberanía dominicanas, hasta el punto de perder la vida, el 4 de julio de 1864. En él no llegó a cristalizar como convicción ni como esquema mental, pero en muchos otros dominicanos, de ayer y de hoy, sí, como se advertirá más adelante.

Juan Pablo Duarte también se inscribe en la línea de pensamiento de los que tienen irrestricta confianza en los dominicanos, en sus potencialidades para alcanzar las más altas cumbres en procura del argumento de su propia historia. De hecho, a partir de sus percepciones de la condición dominicana, durante los años de la ocupación haitiana, y de las vivencias que tuvo durante su estadía en Europa, especialmente en Barcelona, imaginó, literalmente, todo el entramado institucional del que andando el tiempo sería nuestro Estado-nación. De su mente salieron: el nombre: República Dominicana, los colores de la bandera, el lema: Dios, Patria y Libertad que aún hoy figura en el escudo de armas —que también ideara él—, el planteamiento de la separación cuatripartita de los poderes del Estado, el primer proyecto de Constitución, e incluso las agrupaciones por medio de las cuales se fue allanando el camino hacia la independencia (1838-1844). El pueblo del imaginario duartiano, en su totalidad, es parte integral de la Nación²¹⁴, pero a diferencia del que aparece bocetado en la Declaratoria de 1821, sólo en parte es *bueno* y verdaderamente dominicano.²¹⁵

²¹³ Avelino (1966: 67-68): “Hasta en boca de los más humildes hemos sorprendido frases como éstas, convertidas en axiomas: ‘Este no es un país, sino un paisaje’ y ‘un país donde al centavo le dicen ‘chele’ y a la casualidad ‘chepa’, no se puede salvar’. Como si lo peculiar, lo autóctono, que penetra creador hasta en los giros del lenguaje, fuera un pecado, una lacra”. Como se verá más adelante, Federico García Godoy también fue testigo de la entronización de una ola de pesimismo en 1910, y, en el capítulo 7 se verá que, entre 1987 y 2001, volvió a acontecer lo mismo.

²¹⁴ Duarte (1998: 51): “La Nación dominicana es la reunión de todos los dominicanos”.

²¹⁵ Duarte (*Ibid.*, 85): “mientras no se escarmiente a los traidores como se debe, los buenos y verdaderos dominicanos serán siempre víctimas de sus maquinaciones”.

Tan lejos llega el Padre de la Patria por este sendero que afirma, incluso, que “En Santo Domingo no hay más que un pueblo que desea ser y se ha proclamado independiente de toda potencia extranjera, y una fracción miserable que siempre se ha pronunciado contra esta ley, contra este querer del pueblo dominicano, logrando siempre por medio de sus intrigas y sórdidos manejos, adueñarse de la situación y hacer aparecer al pueblo dominicano de un modo distinto a cómo es en realidad. Esa fracción, o mejor diremos, esa facción ha sido, es y será siempre, todo menos dominicana” (Duarte, 1998: 87). El Padre de la Patria hace descansar en las ideas-actitudes más que en el territorio, el origen, la situación legal de los progenitores o el entramado institucional, la condición de dominicanos. Diríase que entrevé que existen dos tipos de dominicanos bien diferenciados: los de condición y los de vocación. Dominicanos somos todos, pero hay unos que son dignos, buenos, verdaderos; otros que son, justamente, lo contrario. De manera que, tangencialmente, se colige que en el imaginario social de Duarte la República Dominicana tampoco semeja, como plantean otros pensadores que estudiaremos más adelante, una gran familia cuya nota diferencial es la unidad a toda prueba de sus miembros.

Avelino sostiene que fue un grave error del liderazgo de la independencia de 1821 no haber abolido la esclavitud. Me parece, que también fue una falla no contar con la posibilidad de que, sin la tutela de España, así fuese simbólica para la época, los haitianos podían erigirse en los nuevos amos de los dominicanos, como en efecto aconteció. En la correspondiente Declaratoria de Independencia se enfilan los dardos de la crítica contra España y contra Juan Sánchez Ramírez —comprensible en el primer caso, pues era la metrópoli de la que se estaba proclamando la autonomía—; se pasa por alto la presencia agresiva y constante de las restantes potencias epocales. Duarte, por el contrario, la emprende contra todos los países con vocación imperial que atentar pudieran contra la soberanía sin sujeciones de la República; aboga por la “independencia pura y simple”, como ha sido denominada tradicionalmente la apuesta duartiana.²¹⁶ Tenemos, pues, los mismos derechos que los demás pueblos del mundo a

²¹⁶ Duarte (*Id.*, 88): “si me pronuncié dominicano independiente, desde el 16 de julio de 1838, cuando los nombres de Patria, Libertad, Honor nacional se hallaban proscritos, como palabras infames, y por ello merecí (en el año 43) ser perseguido a muerte por esa facción, entonces haitiana, y por Rivièrre que la protegía, y a quien engañaron; si después en el año 44 me

ser de la manera que mejor nos parezca, en lo cual también coincide con la Declaratoria de 1921. Nada nos diferencia de manera sustancial de las restantes naciones. Y en este sentido, el patricio también hace distancia *ab origine* de otra de las vetas del imaginario social dominicano: la percepción de que somos un pueblo único, que no marcha al compás de la historia, o lo hace de una manera anómala o atípica.²¹⁷

Probablemente, la República Dominicana nunca haya sido ni llegue a ser como la que Duarte acunó en su imaginario. Sin embargo, las líneas básicas de los quehaceres del Padre de la Patria estuvieron marcadas por ese costado de su imaginario. Cuando se está poseído de un conjunto de imágenes mentales, verdaderas o falsas, éstas se convierten en causales de nuestro comportamiento, de nuestra actitud ante la vida. Evidentemente, no todas las aristas de la mentalidad de un pueblo o de una persona tiene la plasticidad de la representación mental; algunas son inconscientes, y otras tienen la talla exacta de una idea; o de una idea en la que, además, como dice Ortega y Gasset, se *cree*; en una creencia. Quien visualiza a un pueblo del modo que lo hace Duarte, independientemente de que haya o no adecuación entre lo existente y la representación, empeñará vida y bienes, como en efecto él hizo, con tal de hacer realidad el sueño que respecto a aquél se ha forjado. Ahora bien, como era de esperarse, no todos los que se empeñaron a fondo en la obra de la independencia, algunos de los cuales, luego, ascendieron al poder, participaban del mismo imaginario. Juan Pablo Duarte los confrontó con vehemencia, y nos legó una descripción de esa manera de percibir lo dominicano, que él tildaba de facción, a la que el paso de los años no restará funcionalidad.²¹⁸ El patricio deja poco espacio a la matización de las ideas de aquellos

pronuncié en contra del protectorado francés ideado por esos facciosos o cesión a esta potencia de la Península de Samaná, mereciendo por ello todos los males que sobre mí han llovido; si después de veinte años de ausencia he vuelto espontáneamente a mi Patria a protestar con las armas en la mano contra la anexión a España, llevada a cabo a despecho del voto nacional, por la superchería de ese bando traidor y parricida, no es de esperarse que yo deje de protestar (y conmigo todo buen dominicano) cual protesto y protestaré siempre, no digo tan sólo contra la anexión de mi Patria a los Estados Unidos, sino a cualquier otra potencia de la tierra, y al mismo tiempo contra cualquier tratado que tienda a menoscabar en lo más mínimo, nuestra independencia nacional y cercenar nuestro territorio o cualquiera de los derechos del pueblo dominicano”.

²¹⁷ Serra (2003: 12): “Si los españoles tienen su monarquía española, y Francia la suya francesa; si hasta los haitianos han constituido la República Haitiana, ¿por qué han de estar los dominicanos sometidos, ya a la Francia, ya a España, ya a los mismos haitianos, sin pensar en constituirse como los demás?”

²¹⁸ Duarte (1998: 88): “ministeriales en tiempo de Boyer, y luego rivieristas, y aún no había sido el 27 de febrero, cuando se les vio proteccionistas franceses y más tarde anexionistas americanos, y

a quienes dirige su verbo esclarecido, pero fulminante. Sin embargo, en aquellos que asumen la posición llamada del gran pesimismo dominicano, en algunos de los cuales es posible encontrar algunos ecos de las posiciones atacadas por aquél. Pero hay una diferencia de grado que es de justicia resaltar en su versión intelectualmente elaborada, lo frecuente es que los representantes de esta tendencia, junto al mal o la tara que endilgan a los dominicanos, sugieran o planteen propuestas que procuren alguna solución, lo cual no ocurre cuando del hombre medio se trata, incluidos los hacedores de la política triunfante durante el primer medio siglo de vida independiente, salvo honrosas excepciones, ni con la posición de Narciso Sánchez.

6.2.2 Entre el pesimismo y el realismo...

¿falta de fe o conciencia de lo posible?

Proclamada la Independencia, la respuesta militar haitiana no se hizo esperar, como tampoco la sensación de temor generalizado de la población civil (Moya Pons, 1992: 282). El 19 de marzo de 1844, a penas 21 días después de los dominicanos hacerse a la vida políticamente autónoma por segunda vez, ya se producía el primer enfrentamiento en Azua. Pero no habían pasado dos semanas, y ya la Junta Central Gubernativa (gobierno provisional de la naciente República), dirigía una comunicación al cónsul francés en Santo Domingo proponiéndole un protectorado a Francia a cambio de la Bahía y de la Península de Samaná. Esta propuesta contó con la anuencia del Presidente de la Junta, Tomás de Bobadilla, y del Arzobispo de Santo Domingo, Tomás de Portes e Infante. Esta solicitud se reedita el 1 de junio del mismo año. En mayo de 1846, el Gobierno Dominicano comisiona a Buenaventura Báez para gestionar ante España, Francia e Inglaterra el reconocimiento del nuevo Estado, e incluso un protectorado con la potencia que mejores condiciones ofreciese. Frutos tardíos de esta gestión acaso fueron el reconocimiento de la República Dominicana, dos años después, y la firma de un tratado de paz, amistad, comercio y navegación con Inglaterra en 1850.

después españoles, y hoy mismo ya pretenden ponerse al abrigo de la vindicta pública con otra nueva anexión, mintiendo así a todas las naciones la fe política que no tienen; y esto, en nombre de la patria: ellos, que no tienen ni merecen otra patria sino el fango de miserable abyección”.

Nueve años más tarde de proclamada la independencia, en 1853, España aún no había reconocido la existencia del naciente Estado-nación como realidad jurídica de pleno derecho. El Presidente de la República, Pedro Santana, envió a uno de los que, con el paso de los años sería reconocido como uno de los Padres de la Patria, Ramón Matías Mella, en gestión de protección política y militar ante las autoridades de antigua Madre Patria; la respuesta del Ministro de Estado de España fue que “su Gobierno no estaba interesado en intervenir en los asuntos dominicanos” (Moya Pons, *op. cit.*: 313). Ante semejante respuesta, Mella retorna a Santo Domingo, y encarga al periodista venezolano Rafael María Baralt de dar seguimiento a dichas gestiones; y es con él que el Gobierno español firma, el 18 de febrero de 1855, un acuerdo de reconocimiento, paz, amistad, comercio, navegación y extradición relativo al caso dominicano. De manera paralela, el Presidente de la República, Pedro Santana, había estado gestionando un acuerdo con los Estados Unidos que incluía la cesión o el arrendamiento de la Bahía y la Península de Samaná que no llegó a entrar en vigencia.

¿Cuál es el imaginario que está operando como telón de fondo de cada una de estas acciones? ¿Con qué representación de lo dominicano están operando estos señores? ¿Tienden sus diversos perceptos hacia el mismo fondo común de verdades, hacia un mismo sistema de creencias? Amenazas y conatos de invasiones de parte de Haití, y ocupaciones de algunos de nuestros territorios adyacentes de parte uno que otro grupo de aventureros norteamericanos, como el caso del islote de Alta Vela, no faltaron durante aquellos años aurorales. Es de suponer que semejante atmósfera de asedio dejase su impronta en el imaginario colectivo de los dominicanos de aquellos tiempos, fuesen o no parte de la sociedad política. El imaginario es una potencia generadora de realidades. El modo en que son percibidas o representadas las realidades humanas determina en buena medida las actitudes de los actores sociales. Dada la condición de fotografía mental del imaginario, se lo suele tomar por la realidad misma, pues se lo percibe como una realidad pre-discursiva, que por demás se encuentra al margen de toda duda razonable.

Tres años más tarde, en 1859, el Presidente Santana comisiona a Felipe Alfau para que gestione un protectorado con España. En la segunda semana de abril, el enviado dominicano fue recibido por la Reina; y un año después, la propuesta había pasado de protectorado a anexión. Ante el imaginario de Santana, Alfau, y todos

aquellos que cerraron filas en torno a ese proyecto, es posible que la República Dominicana apareciese como una entidad que se enfrentaba a poderes infinitamente superiores, frente a cuyos embates era imposible que pudiera sostenerse. Una percepción completamente diferente a la de Juan Pablo Duarte. De primera intención, el analista se siente tentado a ver en las ideas de aquéllos, y en las gestiones que de ellas se derivan, una muestra palmaria de pesimismo, pero es igualmente válido detener las vislumbres del alma en la estructura profunda de sus temores y de sus anhelos. La comprensión es la predecesora natural del ejercicio del criterio. Luego, antes de proceder al legítimo derecho al enjuiciamiento, es de razón que nos planteemos la pregunta de si cabe la posibilidad de que la experiencia que siguió a la proclamación de la independencia de España, en 1821, y las sucesivas incursiones de las milicias haitianas durante los doce años que siguieron a la proclamación de la independencia nacional, ejercían o no alguna opresión interior en ellos.

Lo correcto es procurar entender a los hombres desde su instalación histórica, su imaginario y su mentalidad, no desde el presente. Esto es, situarnos en su orbe mental y en su contexto, esforzándonos al máximo en despojar el discurso de su peculiar vocación moralizante. Bien merece la pena preguntarse si era o no racional, o, al menos, inter-subjetiva, la presunta verdad que pregonaban, si eran o no fundadas sus aprensiones; si era la falta de fe el motor de su acción, o el deseo de sacar a puerto a la porción de humanidad, de habla española y de religión cristiana, de usos cotidianos y hábitos mentales occidentales, que habitaba la parte Este de la Isla lo que les motivaba. ¿No cabría, también, esa posibilidad? Si de lo que se trata es de saber y conocer, ¿por qué cerrar las ventanas del alma a un enfoque alternativo al nuestro, o al primero que ante el espejo de la mente aparece? Como decía Hegel, “la verdad está en el todo; sólo el todo es verdadero”. Ahora bien, fuera como fuese, la cuestión es que la acendrada aspiración de reconocimiento, las gestiones sucesivas de protectorados y las procuras de acuerdos de paz desembocaron en la Anexión a España (1863-1865).

La Anexión es diferente a las diligencias de otros grados que le precedieron. No estipulaba término del acuerdo, por cuanto es dable presumir que se trataba de convención *ab aeternitate*. Implicaba, pues, la disolución del Estado independiente y la venida a menos con el paso del tiempo de sus rasgos diferenciales, por fusión o por absorción. No reivindica la aprensión, profecía o sentencia de Narciso Sánchez, pero

constituye un énfasis, un peldaño más hacia la conciencia de la imposibilidad de poder alcanzar la realidad buscada, aunque no niega sin embargo la posibilidad de la nación, como acontece con aquél, si bien la subsume a la de subconjunto de una realidad más amplia. El Estado sí resulta directamente afectado por este proceso, pero no el componente étnico. ¿Quién quita que no fuese el resultado de una transacción, consciente o inconsciente? Nación y Estado en modo alguno son inseparables. El desplazamiento mental en juego bien pudo ser el siguiente: ante la imposibilidad de preservarnos como Estado nacional, renunciamos a lo primero y salvaguardamos lo segundo; que, en suma, es permanente y esencial.

Es innegable, no obstante, que esta representación de la totalidad concreta del momento implica la asunción de ciertas minusvalías o deficiencias de la misma. Pero en lugar de los calificativos de entreguista o pesimista, bien cabría, también tildarla de realista. Lo que quiero sugerir es que es completamente legítimo plantearse la pregunta de si son realmente pesimistas o faltos de fe aquellos cuyos imaginarios incluyen atribuciones tanto positivas como negativas de la Nación. La diferencia específica del pesimismo está desdibujada en la conseja del padre de Francisco del Rosario Sánchez: la nación dominicana no existe, pero no es sólo eso: es que no es posible que llegue a existir; por cuanto, cualquier desplazamiento de la conciencia o de la voluntad tendente a hacer que cristalice, o a que avance en ese sentido el conjunto de personas agrupadas bajo ese gentilicio, es inútil y está condenado de antemano al fracaso; esa gente carece de las condiciones indispensables para la organización institucional, para echar a andar un proyecto de vida en común. Como se puede advertir, no se trata de una aventura de la razón en busca de problemas y de soluciones, sino de una teleología *ex nihilo* y *a priori*; esto es, de la negación de las condiciones de posibilidad de la nación dominicana, no digamos ya de su capacidad para organizarse en forma de Estado nacional.

Procuremos ahora echar un vistazo a otro imaginario, con el que éste guarda alguna relación y con el que podría confundirse; cosa que, ni un caso ni en el otro ocurriría con respecto al imaginario duartiano. Poner a descubierto un problema, un defecto o una debilidad en una sociedad determinada, no convierte a sus portavoces, *ipso facto*, en pesimistas. Mirado desde el momento en que tuvo lugar, por ejemplo, el luteranismo en apariencia se oponía a la doctrina cristiana; a la distancia, se comprende

que aquella conmoción no era sino la expresión de la sacudida que produce el surgimiento de una nueva rama en el gran árbol del mundo de la cultura, y que, lejos de socavar los cimientos de la cristiandad se convirtió en una elocuente invitación a su renovación y readaptación. Herbert Marcuse afirma en *El hombre unidimensional* que el socialismo real hizo de médico de cabecera del capitalismo ambiente en las sociedades altamente industrializadas. De la misma manera, bien podría acontecer que quienes señalan fallas, así en lo individual como en lo colectivo, no lo hagan porque son, necesariamente, adversarios, contrarios, enemigos o pesimistas, y menos aun si, a la par del trastorno se ocupan de indicar mediante cuáles recursos podrían ser debidamente superadas tanto las subsecuentes alteraciones como las causas que lo han desencadenado. Si hacemos descansar la mirada un poco más sobre el imaginario de los representativos de la Primera República (1844-1865) se advertirá que no hay en ellos negación de la posibilidad de ser y permanecer de la Nación, aunque sí del Estado, en el caso de la Anexión; y desmedro del propio espacio vital, del territorio de la Nación en las múltiples gestiones de protectorados, arrendamiento o venta de la península de Samaná.

La mentalidad a que sirve este imaginario se proyectará todavía con fuerza durante la Segunda República (1865-1916), como se verá a partir del apartado siguiente. En la antípoda de ese modo de ver lo dominicano y sus posibilidades, y más aún, la que se deriva de la percepción de Narciso Sánchez, se encuentra la comunidad de destino ideada, imaginada, estructura y defendida por Duarte durante su vida (1813-1876); él jamás transigió, con ninguna otra posibilidad que no fuerza la independencia pura y simple, la integridad del territorio, la organización cuatripartita del Estado (Poder Municipal, Poder Legislativo, Poder Judicial y Poder Ejecutivo) y un Gobierno autóctono, popular, representativo, responsable y republicano (Duarte, 1998: 54). Motivos para *juzgar* y *condenar* siempre habrá. La cuestión está en determinar si no los habrá, también, para *saber* y *comprender*. Basta con que alguien se coloque en cualquiera de las dos tesituras para que los encuentre. También en este sentido el ser humano es un ser-en-situación.

Desde la perspectiva del estudio de las mentalidades, juzgar y condenar constituyen terrenos sobremanera dispuestos para el particularismo, sucedáneo del etnocentrismo al interior de una totalidad concreta determinada. La comprensión es el

paso previo indispensable a la decisión de *dejar ver* lo que hay, antes de proceder a la reconstrucción de la imagen del mundo con que operó un hombre o un grupo de hombres en un espacio-tiempo dado. En el proceso de estructuración de una visión cada vez más comprehensiva e inter-subjetiva de la realidad se ha de proceder con calculado tacto y suficiente paciencia, a los fines de evitar que los ídolos pueblen de ilusiones y confusión al propio entendimiento. En suma, quienes, supuestamente, mal nos han pensado, siempre que no hayan cerrado toda posibilidad a una posible reviviscencia de los dominicanos como totalidad concreta, no pueden ser vistos, sin más, como faltos de fe, derrotistas o pesimistas; bien podría acontecer que hayan estado impulsados por móviles redentoristas o de salvación del propio patrimonio intangible, de ese algo que nos constituye en términos culturales o espirituales, vale decir: de nuestra identidad colectiva, que es independiente de la forma en que se organice institucionalmente la sociedad. En este sentido, aun cabe seguir hablando de mentalidad, en lugar de servirnos del plural *mentalidades*; en razón podríamos continuar remitiéndonos a ese fondo común de verdades subyacente a las diversas representaciones de lo dominicano.

6.2.3 Los intereses de fracción, *prisiones de larga duración*

La Anexión se vino a tierra poco más de dos años después de entrar en vigencia (18 de marzo de 1863 / 10 de julio de 1865). No habían pasado dos años de iniciada la Segunda República, sin embargo, cuando el Presidente de la República, José María Cabral, escogido como tal en las elecciones del 29 de septiembre de 1866, ya gestionaba secretamente “la venta o arrendamiento de Samaná a los Estados Unidos a cambio de ayuda militar y financiera que le permitiera resistir la oposición que se le hacía y resolver los urgentes problemas monetarios heredados de la guerra de la Restauración” (Moya Pons, *op. cit.*: 368-369). Es notorio el tono justificatorio o, por mejor decir: la comprensión y la simpatía con que el historiador *describe* el hecho; los historiadores también son portadores de *discursos*, que no de hechos ni realidades tangibles. A lomos de sus libros cabalgan sus creencias y su imaginario, su visión del hombre y de la sociedad. Lo que plantea, con razón, el historiador Carlos Esteban Deive (2009: 134), acerca de la limitación que interpone el etnocentrismo, en tanto que veta tácita de la mentalidad de los historiadores, bien puede ser extendido al quehacer total de esta

profesión: “Una de las ciencias más aleatorias es, sin duda, la historia”. Los historiadores, en efecto, por lo general, se ven compelidos a introducir orden y sentido allí donde reina el caos. O, como afirma Deive más adelante, “el historiador tiende a acomodar los hechos que estudia, para, como dice Pirenne ‘fabricar una historia habitable’ (...). Aunque aspira a conocer el pasado, el problema que la historia enfrenta es el de su verdad u objetividad. La objetividad absoluta es un *desideratum*, un espejismo de la mente (...). No hay un dueño de la verdad histórica, sino versiones diferentes de un mismo acontecimiento” (*loc. cit.*).

Buena parte de la labor de los historiadores, aun al margen de su voluntad, es la creación de imaginarios. Sin el recurso a la narración, herramienta poético-literaria por excelencia, la historia se reduciría a *historio-grafía*; esto es, a un montón de datos, documentos y estadísticas sin ilación. Al actuar sobre ellos, la mente del historiador los dota de sentido y de espíritu de sistema. Es así como la historia escrita —comúnmente denominada historiografía, pero que, en realidad, debería llamarse *historiología*— deviene donadora finalidades y de razones de existencia, búsquedas de por qué, explicaciones, justificaciones y exculpaciones. En suma, en algo bastante cercano a una labor antaño reservada a los filósofos. De hecho, como un dato curioso, no pasará por alto el hecho de que la formación académica de partida de los dos historiadores a los que he hecho referencia en el párrafo anterior es, justamente, la Filosofía. Las obras de los historiadores son portales hacia la historia, no son ellos mismos la historia; lo que nos comunican no son los hechos históricos, sino las descripciones, percepciones e interpretaciones de sus autores.

En ellas se entremezclan su concepción del mundo y su imaginario social; entre una estampa y otra van dejando en sugerencia no sólo la manera en que suponen que era el conglomerado de que se ocupan, sino el modo que debieron suceder las cosas para que llegara a ser lo que es, en caso de que todavía exista, y, muy especialmente, para que se dirija hacia adonde, en su criterio, debe dirigirse. En ese sentido, las obras de los historiadores son, también generadoras de realidades; no menos que los actores sociales, grupales o individuales que, desde sus respectivos contextos, ataviados de sus imaginarios y sus sistemas de creencias, con sus ocupaciones y omisiones, *hacen* la historia. Los historiadores casi siempre se interesan por las acciones de estos actores sociales; en este apartado y en el siguiente, nos vamos a ocupar del conjunto de

perceptos a partir de los cuales unos y otros han hecho lo suyo. En los casos antes mencionados de López de Medrano, Núñez de Cáceres y Duarte, el rol activo del imaginario está bien claro, puesto que su actuación histórica se llevó a cabo a partir de una comunidad imaginada; es decir, de un Estado-nación, el dominicano, que aún no existía.

Quienes vinieron después encontraron una pauta de lo que llegó a ser lo que antes fue una república soñada, a la que unieron sus propias visiones y prospectivas. Como decía Ortega, el hombre es futurición; está hecho de la misma materia del ensueño. Es como una flecha lanzada hacia el futuro. Siempre va en busca de lo posible, de lo que aún-no-es. Pero esta búsqueda no se lleva cabo desde el vacío o desde la nada, sino a partir de una cierta mentalidad, parte activa de la cual es su imaginario. También en este sentido la historia es invención, generación de procesos y de entidades en la que alternan a partes iguales lo nuevo y lo viejo. Tanto por la vía de los historiadores como de los actores sociales es mucho de retorno hacia el pasado lo que encontramos, cuando nos disponemos a recomponer los imaginarios y las mentalidades desde los cuales se ha producido la instalación histórica de una nación durante un período más o menos extenso. Hay burbujas lógicas que envuelven a unos y otros, o, bien, que se trasvasan entre ellos con espontaneidad de manantial.

Hace alrededor de ochenta años que los historiadores ocupan un lugar preeminente junto a los estadistas de la República Dominicana, o que ellos mismos son gobernantes, como en los casos de Juan Bosch y Joaquín Balaguer. Pero lo frecuente es que los equipos de gobierno incluyan a algún historiador²¹⁹ o que los gobernantes sean por ellos mismos personas de sólida formación historiográfica, cual es el caso de Leonel Fernández, que proviene de la escuela de Bosch. La historia, entendida en los dos sentidos aquí indicados, es pasible de ser considerada, como plantea Edmundo O’Gorman (1995: 9), “dentro de una perspectiva ontológica, es decir, como un proceso productor de entidades históricas y no ya, según es habitual, como un proceso que da por supuesto, como algo previo, al ser de dichas entidades”; vale decir, que si, como él mismo dice, nos acercamos a la *fisiología de la historia*, se la verá “no ya como un

²¹⁹ La Era de Trujillo tuvo entre sus funcionarios preeminentes a Manuel Arturo Peña Batlle y Emilio Rodríguez Demorizi; el de Salvador Jorge Blanco, a Bernardo Vega y José Chez Checo; el de Hipólito Mejía, a Carlos Andújar Persinal y Frank Moya Pons.

acontecer que le ‘pasa’ al hombre (...), sino como algo que lo va constituyendo en su ser espiritual”, y se podrá advertir “cómo del seno de una determinada imagen del mundo, estrecha, particularista y arcaica, surge un ente histórico imprevisto e imprevisible que, al irse constituyendo en su ser, opera como disolvente de la vieja estructura y cómo, al mismo tiempo, es el catalítico que provoca una nueva y dinámica concepción del mundo más amplia y generosa” (*op. cit.*: 11-12).

Pero volvamos al proceso al que damos seguimiento... Con la acción de José María Cabral, rememorada a inicios de este apartado, asoma en el escenario político dominicano una invariante histórica cuyas estribaciones llegan hasta nuestros días (*longe durée*): la tendencia de determinados grupos a apoyarse en organismos, fuerzas y gobiernos extranjeros para resolver los asuntos de carácter estrictamente interno, con la consiguiente superposición de sus intereses de fracción a los intereses generales de la Nación. La manera en que la República Dominicana aparecía desdibujada en el imaginario de sus principales actores sociales en esos momentos, sobre todo entre los miembros de la sociedad política, no alcanzaba para darles la confianza suficiente en un porvenir políticamente autónomo; sin anclajes que, a los postres, terminaríamos pagando a un precio sumamente alto, como en su momento entrevió el Padre de la Patria. En condiciones mucho más adversas, Andrés López de Medrano (1780-1835), José Núñez de Cáceres (1772- 1846), Juan Pablo Duarte (1813-1876), y junto a ellos legiones de hombres y mujeres, acogieron una imagen mucho más esperanzadora de la sociedad dominicana, y actuaron en consecuencia. Por eso, de sus imaginarios emergieron dos mundos; dos realidades institucionales distintas a todas las existentes hasta entonces (1821, 1844); y de los imaginarios de sus contrapartes, nada salvable ha salido. El mundo es de los que sueñan y *creen* en lo que sueñan. Idénticas representaciones mentales de lo que era y de lo que tenía que ser la República Dominicana inflamaron los pechos y poblaron las conciencias de quienes, como Gregorio Luperón (1839-1897), Emiliano Tejera (1841-1923), Emilio Rodríguez Demorizi (1908-1986), Alberto Malagón (1915-1991) y René del Risco Bermúdez (1937-1974), entre tantos otros, pusieron lo mejor de sus vidas al servicio de los ideales de libertad, autonomía e independencia de la Nación en el curso de sus sucesivas pérdidas de la soberanía. Más pueden los sueños que los lamentos y que la falta de confianza en las propias fuerzas vitales.

La búsqueda sucesiva de ventas, cesiones, anexiones o arrendamientos de porciones del territorio de la Nación por las autoridades gubernamentales tiene poco de novedoso a inicios del período conocido como de la Segunda República (1865-1916), pero la pregunta que deberíamos hacernos, nuevamente, es si sus temores estaban o no desprovistos de razón. Los gobiernos de la Primera República fueron pródigos en ese tipo de diligencias, acaso mucho más de lo necesario. Ya a mediados de 1860 los seguidores de Buenaventura Báez dieron las primeras pautas indicativas de aquella tendencia que, con definidos rasgos, iniciará Cabral poco más de un año después de concluida la Guerra de la Restauración de la República: ante una desventaja en el frente interno, detentadores del poder y opositores se empeñarán en urdir tramas e invasiones desde el exterior del país.²²⁰ La constante es la condición entreguista o injerencista de unos y otros, salvo unas cuantas excepciones, casos paradigmáticos de las cuales fueron la actitud de Juan Isidro Jimenes —quien prefirió renunciar a la Presidencia de la República, el 7 de mayo de 1916 a proseguir en ella con el apoyo del ejército norteamericano— y el gobierno de Juan Bosch (1963). La opción por la independencia “pura y simple”, omnipresente y axial en el imaginario duartiano, no ha gozado de abundancia de adhesiones entre los dominicanos de ayer y de hoy. Incluso las propuestas de izquierda tuvieron siempre la previsión de colocarse al amparo de alguno de los bloques o de los países del socialismo real: Albania, China, Cuba, Rusia.

El apoyo del gobierno haitiano a los opositores de la Anexión a España, además del respaldo a la incursión de Sánchez y Cabral desde su territorio, conoció de otros episodios, como aquel que encabezó Santiago Rodríguez, quien, luego de cruzar la frontera junto a otros catorce milicianos, enarboló la bandera dominicana en el cerro de

220

Moya (*op. cit.*: 339): “Otra amenaza importante que enfrentaba el gobierno de Santana en aquellos momentos tenía mucho que ver con las actividades conspirativas de los baecistas, quienes desde el año anterior habían estado tratando de promover varias rebeliones en la región sur del país con el propósito de derrocar al Gobierno, y, aunque habían sido descubiertas y reprimidas con la mayor energía por Santana, seguían urdiendo conspiraciones desde Curazao y Saint Thomas alentados por su jefe Buenaventura Báez, quien no cesaba en su empeño de volver al país, y algunos de sus seguidores, entre ellos Francisco del Rosario Sánchez, mantenían contactos con los haitianos con el propósito de invadir el país para derrocar a Santana”. En efecto, en junio de 1861, Sánchez es hecho preso junto a un puñado de hombres en una llanura próxima a San Juan de la Maguana, y, posteriormente, ejecutado. José María Cabral, su lugarteniente, escapó al lograr penetrar de nuevo en Haití. El 24 de octubre de 1866 entra por el Este del país otra expedición de los baecistas, ahora en contra del gobierno que presidía el propio Cabral, que también fue liquidada por las tropas ligadas al gobierno sin mayores dificultades. A principios de 1870 Nissage Saget derroca a Salnave, quien continúa dando apoyo a los opositores al régimen de Báez al frente de los cuales se encontraban Gregorio Luperón y José María Cabral (Moya, *ídem.*: 376).

Capotillo, el 16 de agosto de 1863. Incluso, desde finales de 1864 nos encontramos a Favré Geffrard, Presidente de Haití, haciendo de mediador entre España y los nacionalistas dominicanos, en busca de la firma de un protocolo de entendimiento. Enterado J. P. Duarte, por una nota del Ministro de Relaciones Exteriores, tronó con la rudeza que le caracterizaba: “¡Quiera Dios que estas paces y estas intervenciones no terminen (cual lo temo y tengo más de un motivo para ello), en guerras y desastres para nosotros, o, mejor diré, para todos! V. desengáñese, Sr. Ministro, nuestra Patria ha de ser libre e independiente de toda potencia extranjera o se hunde la isla” (Duarte, *op. cit.*: 85-86).

En la mentalidad de Padre de la Patria, la soberanía de la República Dominicana fue siempre una necesidad apremiante e innegociable; frente a Haití y frente Francia, frente a Estados Unidos y frente a España, antes de que existiera lo mismo que durante la Anexión. Ahora bien, no deja de llamar la atención el hecho de que, a pesar de todos esos apoyos y esa aparente sensibilidad hacia la autonomía de nuestro país, ¡Haití seguía sin reconocer la independencia dominicana de 1844!. Esta situación se mantuvo hasta el 26 de julio de 1867, seis meses después de que Silvain Salnave derrocó a Geffrard, y fue firmada una Convención de paz y amistad perpetuas, mediante el cual ambos Estados se comprometieron, en sus artículos 2 y 5, respectivamente, “a no permitir ni tolerar que en sus respectivos territorios se establezca ningún individuo, ninguna banda, ningún partido con el fin de turbar en manera alguna el orden de cosas constituido en el Estado vecino” y “a mantener con toda su fuerza y poder la integridad de sus territorios respectivos y a no ceder, comprometer ni enajenar a favor de ninguna potencia extranjera ni la totalidad ni una parte de sus territorios ni de sus islas adyacentes que de él dependen” (Despradel *et* Reyes, 2010: 176).

El 2 de mayo de 1868, Báez se encuentra de nuevo al frente del Poder Ejecutivo. Obviando las obligaciones que se derivaban del protocolo de paz y amistad firmado con Haití²²¹, cuando ya no había razones formales para temer la incursión del ejército

²²¹ Tres meses más tarde, las autoridades haitianas harían lo mismo, también secretamente, a través del recién nombrado embajador norteamericano en aquel país: “Mientras Luperón protestaba en Jacmel junto a los revolucionarios haitianos el 2 de agosto y Báez ya estaba en negociaciones sobre Samaná, el gobierno de Salnave ofreció a los Estados Unidos la Mole de San Nicolás, a cambio de un protectorado. (...). De acuerdo al plan los Estados Unidos recibirían la Mole de San Nicolás y tres leguas de territorio adyacente a cambio de asumir la deuda haitiana con

haitiano en nuestro espacio vital, ni para recelar que se desconociese la soberanía de la República, deja ver uno de sus muñones la versión gubernamental de la hidra de siete cabezas que empuja entre nosotros a gobernantes y opositores a colocar sus intereses de fracción (grupales, partidarios e incluso personales) por encima de los intereses generales de la Nación, otra playa de larga duración. Entre mediados y finales de ese año, el Presidente de la República encabeza personalmente las gestiones de venta o arrendamiento a Estados Unidos de la Bahía y la Península de Samaná, como un medio para detener la rebelión de los caudillos José Contreras, Gregorio Luperón y José María Cabral, que, además, contaban con el apoyo del nuevo Gobierno de Haití. A los intentos de enajenación del territorio nacional, seguirían los esfuerzos por comprometer la capacidad de endeudamiento del Estado Dominicano, el primero de los cuales sería el denominado empréstito Hartmont, para el que fueron ofrecidos a los acreedores, en garantía, “los ingresos de aduanas, los bienes nacionales, las minas de carbón y los bosques del Estado, así como los depósitos de guano de la isla de Alta Vela” (Moya Pons, *op. cit.*:373).

En el imaginario de quienes de semejante modo se representan la realidad, el país es poco menos que la proyección quintaesenciada de un fundo en el que el mandón de turno y sus adeptos se convierten en herederos a título universal del patrimonio tangible e intangible de la Nación, pues las elecciones o el golpe de mano le conceden la potestad de disponer sobre la vida de los particulares, y de los bienes y los recursos comunes de manera antojadiza. Esta penosa inclinación alcanza su punto culminante un año después, con la propuesta de Báez de anexar el país a Estados Unidos. El tratado fue firmado el 29 de noviembre de 1869, pero nunca fue ejecutado, en razón de que el Senado norteamericano lo rechazó año y medio más tarde. Comoquiera, a principios del año siguiente, Báez retoma con renovado entusiasmo su propósito de arrendar la Bahía y la Península de Samaná al empresario norteamericano Joseph Fabens, cabeza visible de la Samana Bay Company, con potestad para designar todas las autoridades de allí, promover la repoblación de la zona y de arrendarla, a su vez, al gobierno de su país para el establecimiento de una base militar.

Francia. Mas aun, la independencia haitiana debía ser garantizada tanto de enemigos externos como internos” (Lockward, 1994, t. II: 150-151).

El 28 de diciembre de 1872, el Ministro de Relaciones Exteriores de la época firma el contrato, que, luego, ratifica el Senado. Dos meses después, el 19 de febrero de 1873, un plebiscito da su visto bueno a la iniciativa. Las elecciones de finales de este año fueron ganadas por Ignacio María González, con quien se inicia en el imaginario dominicano una vuelta hacia sí mismo que tendrá una duración de unos quince años, en el ámbito de la sociedad política. Si se toma en cuenta la capacidad de replicarse que tienen las acciones de quienes ocupan posiciones cimera en una Nación, se comprenderá que sólo dos acciones de esta gestión bastaron para provocar una sacudida significativa en los modos de conciencia de gobernantes y gobernados de entonces. La primera fue el aprovechamiento de un atraso en el pago de los derechos de arrendamiento de la Samana Bay Company para rescindir el contrato, con lo cual el Estado recuperó de nuevo la soberanía sobre todo el territorio de la República. El segundo fue la firma de un tratado de límites fronterizos con Haití el 9 de noviembre de 1874, con el cual, si bien el Estado Dominicano renunció tácitamente al reclamo de varias franjas de terreno, como San Rafael de la Atalaya e Hinch²²², entre otras, quedó desterrado del imaginario dominicano el temor a las incursiones haitianas. Con todo, Ulises Heureaux volvería sobre los pasos de sus antecesores, y el 14 de junio de 1891 intenta ceder en calidad de arrendamiento la Bahía y la Península de Samaná a Estados Unidos. La resistencia de tres de las potencias europeas epocales (Holanda, Francia e Italia) impidieron la cristalización de ese viejo sueño de gobernantes y jefes de fracción.

Resumamos: las imágenes de lo dominicano reseñadas hasta el presente pueden ser reunidas en tres bloques. Uno corresponde a la posición de los que asumen que no tiene caso pretender que la República Dominicana sea posible como realidad autónoma; en este bloque podrían agruparse desde el punto de vista de Narciso Sánchez hasta las tomas de posición, *in fact*, de Báez y Lilís. Si la noción de “gran pesimismo dominicano” contribuye a develar alguna veta de nuestra conciencia social es precisamente ésta manera de concebir las posibilidades de ser de los dominicanos; su divisa parece ser “todo está perdido, no hay nada qué hacer, todo esfuerzo es vano, toda acción emprendida en este sentido están condenada de antemano al fracaso”. El segundo momento está constituido por aquellas búsquedas y propuestas de ayudas

²²²

En 1898, Lilís (Ulises Heureaux) intenta negociar un Tratado de Protectorado con Estados Unidos y ofrece a Haití la venta de estos territorios por la suma de cuatrocientos mil dólares (Moya, *op. cit.*: 426).

externas a cambio de concesiones que pretenden solucionar problemas que aquejan a la propia sociedad; en este renglón, que podría denominarse como de un optimismo moderado, cabe una gama de posturas que incluyen desde la adherencia a proyectos macro-nacionales —como la Gran Colombia—, la recepción de apoyos de parte de otros países hasta, incluso, las gestiones de protectorados con tal de salvaguardar el propio espacio vital, siempre que no impliquen menoscabo de la propia personalidad social y cultural. El tercer bloque está integrado por el optimismo radical, que se caracteriza por la irrestricta fe en las capacidades de la nación del Estado-nación para llegar a ser lo que tiene que ser e instalarse en plenitud de derechos en el concierto de las naciones civilizadas de la tierra; este modo de imaginar la dominicanidad no admite concesiones territoriales ni institucionales de ningún tipo; sólo son recibibles la ayudas que no estén condicionadas; relaciones y aperturas, todas, pero sin fusiones, anexiones ni protectorados. Esta es la manera como Juan Pablo Duarte, Ignacio María González, Juan Isidro Jimenes y Juan Bosch, entre otros, se representaron mentalmente a la República Dominicana.

Las manifestaciones auto-perceptivas que estudiaremos a continuación empalman con el segundo de estos modos de conciencia. Se verá que, en la mayoría de los casos, si bien se afirman cosas muy fuertes acerca de los dominicanos, no se las dice para dañar o sumir en la condena a los nacionales, sino en aras de identificar con precisión los males a los fines de procurar las debidas soluciones. Desde sus respectivos campos de acción cada uno de los escritores, políticos y pensadores a que nos referiremos hizo sociología y filosofía, ingenua o poco rigurosa en buena medida, pero hay en sus perceptos una línea de frecuencia que atraviesa más de un siglo de meditación acerca de la Nación como un todo. Se verá que, a partir de sus observaciones, buscan siempre soluciones, e imaginan una República Dominicana posible, libre de las taras y disfunciones a su juicio descubiertas. Sus diagnósticos se basan en observaciones personales antes que estudios comprobables o intersubjetivos en la mayoría de los casos.

6.2.4 La percepción de la *intelligentsia*:

Con un costado en la Sociología y otro en la Filosofía

Eugenio María de Hostos (1839-1903), partiendo del criterio general de que una enfermedad es la alteración de alguna o de todas las funciones de la vida, en su *Tratado de Sociología* plantea la existencia de enfermedades sociales. Para ilustrar dos de ellas hace mención de Borinquen y Quisqueya, Puerto Rico y República Dominicana, pero sólo nos ocuparemos de esta última, dados los límites que nos impone el tema que estamos tratando. La primera de éstas es la “miseria fisiológica”, que se caracteriza por ser un “estado de debilidad social que resulta de la falta de fuerza física en la generalidad de los individuos que componen un todo social”, en cuyo caso “la población va perdiendo poco a poco su fuerza física hasta que llega, en su debilidad, a un grado de inanición muy próximo a la muerte”, con la consiguiente “incapacidad social para mejorar las condiciones físicas del territorio (...), para la apropiación de las fuerzas naturales, al mantenimiento de las físicas de la sociedad” (1989: 265-266). La segunda es la “anemia social”, que extiende a “la mayor parte de los países intertropicales de origen español”: “La anemia social, como la física, es una enfermedad resultante de la falta de sangre, que es tan efectiva en las anemias de la sociedad como en las anemias de los individuos. (...). Con efecto: si todos o la mayoría de los individuos que componen una sociedad se alimentan mal, o sufren el paludismo constitucional, o están sujetos a la peste de los pantanos, es natural que la suma de todos los anémicos produzca grupos sociales anémicos” (*íd.*: 267).

No me ocuparé por el momento de la evaluación crítica de estas ideas, puesto que de lo que se trata aquí es de estudiar el imaginario de la *intelligentsia* dominicana, esto es: la manera en que la Nación se traspone en la conciencia de sus escritores e intelectuales. De los contornos y figura que ésta adquiera en cada uno de los pensadores abordados, suelen derivarse sus propuestas y soluciones, y, de continuo, sus ideas políticas y buena parte de sus actitudes personales. Pues bien, Hostos está convencido de que la República Dominicana padece dos enfermedades sociales. Sin embargo, antes que a la condena o a la presunta constatación de esos supuestos hechos sociales, el pensamiento del gran antillanista se orienta hacia la búsqueda de soluciones. Por ejemplo, frente a la miseria fisiológica planteará “el establecimiento de colonias agrícolas constituidas por inmigrantes” (nota 163), y respecto a la anemia social dice

que constituye “un síntoma de descomposición, pero no todavía un estado fisiológico” (*íd.*: 268). Luego quedan abiertos los senderos hacia la normal reviviscencia.

La idea de procurar la inmigración de familias provenientes de Europa, es una de las vetas más socorridas de nuestra mente social (*prisiones de larga duración*). Se aviene con la formación del inconsciente colectivo de una comunidad que forjó su identidad en franca dependencia del exterior, sobre todo durante la colonización, hasta el punto de que durante todo el siglo XVIII los fondos para cubrir el pago de los soldados y de los civiles provinieron del Virreinato de Nueva España, por disposición expresa de la corona española. El vestido, la legislación, el soporte defensivo, y hasta la utilería de cocina, venían de la metrópoli. Ya en el primer decenio del siglo XIX un viajero francés, C. Lyonnet sostiene que si se quiere promover el progreso de la parte Este de la isla se deben llevar a ella “familias europeas de brazos robustos” (Deive, 2009: 116).

Después de encontrar en el notable educador, tanto en éste como en otros textos,²²³ se la ve reaparecer en Eugenio Moscoso Puella (Henríquez Grateraux, 1999: 45). A principios del decenio de los cuarenta del siglo XX, reaparece en voz de Trujillo, durante un discurso pronunciado desde el Palacio Nacional el 30 de enero de 1940, igualmente ligado a la mejora de la agricultura, como en Hostos y Lyonnet, y a aptitudes biológicas especiales, como en este último; pero en esta ocasión se acentúa el elemento racial que, en Lyonnet a penas está sugerido, y se le agrega el factor cultural o étnico: “El favorecimiento de toda corriente inmigratoria capaz de cooperar con los ideales que animan la intensificación de nuestros cultivos, fue siempre anhelo ferviente a cuya realización he estado dispuesto a prestarle mis mejores entusiasmos y mis más calurosos auspicios. Y ello así, porque a un mismo tiempo que se logra la realización de los propósitos en pro de la intensificación del cultivo de nuestras tierras, se alcanza también, por vía indirecta, un cambio favorable en bien de nuestro problema étnico, cuando tales corrientes inmigratorias traen a nuestro suelo elementos raciales capaces y deseables” (Secretaría de Estado de lo Interior, 1956: 162).

²²³

Hostos (1979: 21): “La inmigración significaría para Santo Domingo, no sólo el bien material del aumento de población, de trabajo y de producción, sino el bien moral del perfeccionamiento por el trabajo”.

Hostos es, justamente, uno de los múltiples inmigrantes que han enriquecido con su presencia bienhechora a la nación dominicana en más de un sentido. Puertorriqueño de nacimiento, luego de una activa presencia en la política española, junto a Castelar, Pi y Margall, Giner, y otros, con quienes se embarcó en la conjura que desembocó en la revolución tradicionalmente denominada «La Gloriosa», que dio al traste con el reinado de Isabel II, después de una breve estadía en París, llega a la República Dominicana en 1875, desoyendo las sugerencias de Castelar²²⁴ y las promesas de Ruiz Zorrilla²²⁵. Sale de aquí en 1876 y retorna en 1879; se ausenta con destino a Chile en 1888, y regresa para siempre en 1900. Aquí introdujo cambios en los estilos educacionales que perduraron durante más de siete decenios, y formó un puñado de intelectuales que multiplicaron sus enseñanzas e influyeron de manera decisiva en la dirección política y espiritual de la sociedad dominicana durante todo el siglo XX.²²⁶ Tan a gusto a gusto se sintió entre los dominicanos que pidió, incluso, que sus restos mortales descansasen en la tierra que tan entrañablemente quiso, asiento de la nación a la que asignaba un rol de primera importancia en la puesta en marcha de su utopía: la Confederación Antillana²²⁷, a la que, por demás, se encuentra íntimamente ligada su filosofía de la educación.²²⁸ De manera, pues, que mal podría ser calificada de pesimista la percepción de Eugenio María de Hostos acerca de la República Dominicana.

²²⁴ Bosch (1985: 23, 52): “En América tendrá usted que empezar por darse a conocer y al fin obtendrá lo que todos: nada, nada, porque los fines logrados corresponden a los escenarios en que se alcanzan. Aquí, en Europa, tiene usted un nombre conocido, un porvenir como pocos. Quédese en España, Hostos. (...). Es tonto, Hostos; usted tiene en España el porvenir más brillante a que puede aspirar un hombre joven. En América los medios son escasos y el escenario pequeño para sus posibilidades.”

²²⁵ Bosch (*op. cit.*: 53): “Hostos, no se vaya; la revolución es inminente. Le ofrezco la gobernación de Barcelona si ingresa usted en nuestro partido.”

²²⁶ En 1976 escribía Juan Bosch lo siguiente: “Si mi vida llegara a ser tan importante que se justificara algún día escribir sobre ella, habría que empezar diciendo: ‘Nació en La Vega, República Dominicana, el 30 de junio de 1909, y volvió a nacer en San Juan de Puerto Rico a principios de 1938, cuando la lectura de los originales de Eugenio María de Hostos le permitió conocer qué fuerzas mueven, y cómo la mueven, el alma de un hombre consagrado al servicio de los demás’” (*op. cit.*: 8).

²²⁷ Hostos (1976: 138): «Para mí que amo tanto a Santo Domingo como a mi propia Borinquen, y que probablemente la elegiré como patria nativa de la mayor parte de mis hijos, para residencia final y sepultura, empezar por la libertad de Quisqueya es tan natural, que no hago, con pensarlo y desearlo más que un acto de egoísmo paternal; pero, en el fondo de las cosas, es tan esencial la libertad de Quisqueya para la independencia en Cuba y Puerto Rico, que si acaso la de Cuba sobreviene sin ella, lo que es la de Puerto Rico y la Confederación, no».

²²⁸ Hostos (1979: 205-206): «Mis esfuerzos, mi perseverancia, el dominio de mí mismo que requiere esta reforma —sostiene Hostos en el discurso que pronunciara en la graduación de los primeros maestros normales—, no han sido sólo por vosotros: han sido también por mí, por mi

Las ideas de Hostos en sentido general hicieron fortuna, prohicaron una cierta tradición de pensamiento entre nosotros. De hecho, su sistema de pensamiento, junto a la escolástica, las ideas duartianas y el marxismo, son los cuatro referentes cardinales del quehacer filosófico dominicano de todos los tiempos. Un caso paradigmático de esta co-presencia es esa tendencia estructural de poner junto al mal o la cizaña la posible vía de solución.²²⁹ Henríquez Grateaux (1999: 44-45. *cfr.*: 81) ofrece una panorámica sucinta de estos ecos, sin vincularlos a la matriz del gran antillanista e insistiendo en su condición de pesimistas, punto de vista éste con el que, obviamente, no estoy de acuerdo: “José Ramón López nos dice que la desnutrición nos baja las fuerzas físicas y nos destruye el cerebro. Lo cual es cierto. Pero él añade que eso se transmite genéticamente, que se hereda el daño cerebral adquirido, lo cual ya no es tan cierto. (...). Américo Lugo, después, nos llama inferiores y degenerados. Moscoso nos habla de la heterogeneidad psicológica de los mulatos como producto de la variedad de las mezclas. Peña Batlle se revuelve contra la africanización de las costumbres y propone la importación de gente blanca hispánica. Nos dice que necesitamos un gobierno fuerte: el centralismo. Nada de descentralización administrativa, como quería Hostos. (...). López quería trabajar mucho, hacer capitales y formar cooperativas. Lugo cree que la descentralización podría ayudarnos, lo mismo que un gobierno aristocrático. Moscoso quiere salud pública e inmigrantes extranjeros. Justino Castillo pensó en la educación y en el fortalecimiento de las instituciones jurídicas. Federico C. Alvarez propuso, en 1929, la formación de una élite intelectual y la difusión de una ideología. Una campaña

idea, por mi sueño, por mi pesadilla, por el bien que merece más sacrificios de la personalidad y el amor propio. Al querer formar hombres completos, no lo quería solamente por formarlos, no lo quería tan sólo por dar nuevos agentes a la verdad, nuevos obreros al bien, nuevos soldados al derecho, nuevos patriotas a la patria dominicana: lo quería también por dar nuevos auxiliares a mi idea, nuevos corazones a mi ensueño, nuevas esperanzas a mi propósito de formar una patria entera con los fragmentos de patria que tenemos los hijos de estos suelos».

229

En el discurso que pronunciara, por ejemplo, en la primera investidura del Instituto de Señoritas, el 17 de abril de 1887, se le escuchó decir: “Nunca tengais miedo a la verdad: si la veis, declaradla; si otro la ve por vosotras, acatadla. Por aviesa, por repulsiva, por aterradora que sea la verdad, siempre es un bien. Cuando menos es el bien diametralmente opuesto al mal del error. Quien ve lo que es, ya está en camino de averiguar por qué es como es lo que así es. Y entonces, en vez de cerrar los ojos para no ver, dilatadlos para penetrar en el fondo de la realidad. (...). Pero si teneis miedo a la verdad, cuanto más la temais, más os dominará el mal que ella denuncia. Y si es verdad que la sociedad dominicana adolece de la desorganización universal y de la suya propia ¿por qué habeis de negarlo? ¿Tenemos miedo de pensarlo? (...). Sí! Es verdad que nuestra sociedad está desorganizada, y que en proporción de los elementos deletéreos está la incapacidad de hacer visible la luz que ha de empezar a disiparlos. Mas no es verdad que sea nuestro deber doblegarnos al imperio del mal que nos bloquea” (Hostos, 1979: 221-222).

ideológica era para él un importante medio de reforma, entre otros económicos y sociales que también sugiere”. Antes que el talante presuntamente pesimista de estos escritores, queda de manifiesto su moderado optimismo, su profunda fe en las posibilidades de superación de las taras visualizadas. De la misma manera, este rimero de ideas, y las que serán presentados a continuación indican que, contrariamente a la opinión más extendida, los intelectuales dominicanos, de ayer y de hoy, sí han dedicado tiempo a auscultar su realidad social y a explorar posibles respuestas a las problemáticas identificadas.

Cuatro perceptos en torno los dominicanos completan el modo en que los intelectuales del país se han representado a la patria común y, por ende, a sus conciudadanos: la tesis de la gran familia, la presunta condición bárbaros de los dominicanos, el supuesto carácter *sui generis* de nuestra sociedad o de algunos de sus desplazamientos particulares o colectivos y lo que, acaso, no son más que sendas derivaciones lógicas de esta nota diferencial: su arritmia histórica y su atipicidad. Todos, de una manera u otra, entroncan con el pensamiento hostosiano, como se verá oportunamente.

6.2.4.1 La comunidad imaginada:

la tesis de la Gran Familia

Refiere Juan Bosch en uno de sus escritos doctrinales que en una ocasión el Dr. Luis Julián Pérez le atribuyó la introducción de la lucha de clases en la República Dominicana. Es de notar que se refería a *la* lucha de clases, y no al concepto o la noción correspondiente. De ese modo, acaso sin proponérselo, L. J. Pérez hacía aparecer a Bosch ante el imaginario social como alguien que habría dividido una sociedad en la que antes reinaba el consenso y la armonía, algo así como una suerte de agente disociador. Según este percepto, nuestra organización social ha vivido, desde los tiempos de los aborígenes, en una suerte de burbuja idílica sólo interrumpida durante breve tiempo por uno que otro acontecimiento señero; diríase que, contrario a lo que evidencia la historia de la humanidad, esta manera concreta de ser hombres ha disfrutado de una tranquilidad interior y exterior cuasi perfecta cuasi continua.

Mediante este tópico queda sugerido, por demás, el carácter especial del pueblo dominicano.

En Hostos, la tesis de la Gran Familia aparece expresada en tres planos. Dos remiten al pasado; el tercero, al momento en que el notable pensador entra en contacto con una comunidad sureña del país, hace una observación y aventura una proyección. El primero se refiere al estilo de vida que tradicionalmente se ha dicho que llevaban los habitantes de estas tierras al momento de la llegada de los españoles: eran dechados de ingenuidad y era tal el sentido de la proporción y de la correspondencia entre todos que semejaban una parentela extendida, regida por la comprensión y la buena voluntad.²³⁰ El segundo lo aporta, según nuestro pensador, la particular manera en que aquí se produjo el crisol racial que desembocó en el tipo dominicano y en las características que tomó la relación entre el amo y el esclavo, sobre todo a partir del siglo XVII, que, conforme al tópico, prácticamente, haría desaparecer, de hecho, la institución misma de la esclavitud, con mucho tiempo de antelación a su supresión formal.²³¹

Pero la expresión y la desiderata más claras de esta percepción de la sociedad dominicana las motivan en Hostos el rimero de vivencias que experimenta al entrar en contacto con la común de Baní, a mediados de 1882. Su gente, la hospitalidad, el entusiasmo para asumir tareas colectivas, como la reconstrucción de la iglesia, el buen tono, la vocación para la conversación amable; en fin, Peravia expresa a pequeña escala un costado completo de la República de sus sueños: “Baní es una familia. Lo que tiene de encantador Baní, es que todo él constituye una familia; que todo él obedece al principio de familia, que en él la familia es un principio, un verdadero, un visible, un palpable principio de organización; no la monstruosa, la repugnante agregación contra la cual tiene la conciencia honrada que protestar a cada

²³⁰ Hostos (1979: 95): “Aunque el objeto de su expedición al interior de Haití no era su admiración al admirable suelo que aún espera moradores capaces de consagrarlo a la faena de la civilización, al llegar al llamado Santo Cerro, mirador sin igual desde donde se abarca de una ojeada todo el valle central de la Isla, prorrumpió en exclamaciones de alegría que los ecos de la historia han ido transformando en maldiciones, porque desde aquella hora, feliz para Colón, infeliz para Quisqueya, quedó decretada la muerte de la inocente familia que pobló la Isla.”

²³¹ Hostos (*íd.*: 106): “el trabajo de los esclavos era blando, las dos clases sociales vivían en recíproca estimación, contenta del buen trato de la blanca la clase esclava, contentos de los servicios humildes de los negros, sus señores.” Y, a mediados del siglo siguiente: “cuando sonó la hora de expulsar a los haitianos, decidieron constituirse en gobierno de iguales, para blancos, negros, y mestizos, sin que los blancos disputaran a los mestizos o a los negros, su elevación política y social, y sin que los mestizos y los negros se descontentaran de obedecer como jefes a hombres blancos” (*op. cit.*: 107-108).

paso (...). Ese principio de familia , ese santo principio, sin el cual no hay nada, ni aun vergüenza pública, es la base de la sociedad banileja, y él, sólo él, explica el municipalismo de Baní. ¡Ah! ¡llegue pronto la república entera a ser Baní!” (1979: 57-58).²³²

Emiliano Tejera (1841-1923), en su Exposición al Honorable Congreso Nacional, solicitando el permiso para la erección de la estatua del ilustre patricio”, se hace eco del segundo de los momentos del enfoque hostosiano: “Los dominicanos—entendiendo por este nombre los habitantes de la Parte Este de la Parte española de Santo Domingo— estuvieron por siglos bajo el dominio de la noble nación que enlazó el Nuevo Mundo con el Antiguo. Más bien que vivir, vegetaban; pero vegetaban contentos; porque el gobierno era paternal, y todos, gobernantes y gobernados, libres y esclavos, formaban casi una familia” (Tena Reyes, 1994: 572), y atribuye a Juan Pablo Duarte el anhelo de mostrar a los haitianos de la ocupación (1822-1844) “que en la tierra dominicana no había división de castas, ni de condiciones, i que todos sus moradores formaban una sola familia unida por la religión i por el amor, i dispuesta a confundir sus esfuerzos y su sangre en las gloriosas luchas por la libertad” (*id.*: 574), si bien Tejera no deja de reconocer la presencia constante del egoísmo en nuestra historia, desde el momento mismo de la llegada de los europeos a estas tierras, como ha puesto de manifiesto R. Morla en su ensayo “Idea de lo dominicano en Emiliano Tejera”.

6.2.4.2 La dicotomía civilización o barbarie

Este par categorial, de radical importancia en la filosofía social hispanoamericana del siglo XIX, tiene también en la República Dominicana una dilatada andadura. Un año después de que Domingo Faustino Sarmiento se sirviera de él en su *Facundo o civilización y barbarie en las pampas argentinas*, para oponer al caudillismo las luces de la educación y del progreso, J. B. Lemonnier-Delafosse, un soldado francés que anduvo por estas tierras en el curso del primer decenio del siglo XIX, lo utilizará como telón de fondo para referirse a los habitantes de la parte oriental de la isla, sobre todo después de haber presenciado la llamada guerra de La Reconquista

²³² El 10 de abril de 1966, J. Balaguer pronunció un discurso que titula “Baní, un ejemplo para toda la República”, que recoge, años después, en uno de sus libros (1990: 175-180).

(1808), en la que los habitantes de la parte Este de la isla se enfrentaron la dominación francesa y retornaron la antigua colonia al seno del imperio español de la época. Lo hace en su obra *La segunda campaña de Santo Domingo*, publicada en Le Harvre, en 1846. También en Hostos aparece esta dicotomía, pero carece de la connotación de bandera de lucha que caracteriza los usos antes aludidos, lo mismo que de la carga exclusivista o descalificatoria que encontramos en el segundo de los casos. El ideal de civilización de que habla Hostos es, ante todo, la Confederación de las Antillas, en cuyo caso coincide con uno de los aspectos del pensamiento de Domingo Faustino Sarmiento, quien, al unionismo de sus adversarios políticos, opone el federalismo. La barbarie es para Hostos el aislamiento, que desemboca a la postre en debilitamiento y muerte por absorción: “El siglo no va a permitirnos seguir por donde vamos. Por donde vamos se llega a la barbarie corrompida (...). La orden del siglo es terminante: civilización o muerte” (1979: 173-174).

El significado que toma la palabra barbarie, al ser aplicada a los dominicanos por Federico García Godoy (1857-1924), Francisco Henríquez Carvajal (1859-1935) y Américo Lugo (1870-1952), pensadores cuyas ideas aún gravitan en nuestro imaginario y, por ende, de nuestra mentalidad, es diferente al que encontramos en Hostos en más de un sentido; por ejemplo, la de éste carece de la connotación racista y particularista que asoma en las imágenes estructuradas por aquéllos; al volver sobre el tema de Baní, por ejemplo, en “Quisqueya, su sociedad y algunos de sus hijos” (1892), deja bien claro que sus elogios y sus críticas nada tienen que ver con requerimientos de tipo racial: “Aquel noble pueblecito, habitado por gente muy buena, muy hospitalaria, muy sencilla y muchísimo más urbana que otras poblaciones y cien ciudades de ambos mundos, llamaba la atención de los españoles, cuando estuvieron allí en su empresa de anexión, por la blancura casi total de sus habitantes y llamó la mía por su cultura” (*op. cit.*: 137). Sin embargo, son muchas las notas que acercan los planteamientos del uno y de los otros, como, por ejemplo, la tendencia a colocar, junto al problema, su posible vía de solución; y, sobre todo, si se toma en cuenta lo que aquél ha escrito acerca de uno de nuestros bailes populares en el siglo XIX, sobre las galleras²³³ y en torno a la anemia

²³³

Hostos (*op. cit.*: 115-116): “No tienen mucho que ganar con las dos diversiones populares, que son las por excelencia nacionales. La una es de los sábados, por la noche; la otra es de los domingos por el día. Aquélla es el *fandango*; la otra son las galleras. El fandango es un baile en el que se ha mezclado del modo más extravagante el antiguo baile español que le da nombre, y el tamborileo de los negros africanos, que en otras Antillas llaman el baile de *bomba*. Los

social; respecto a la presencia entre nosotros de las armas de fuego²³⁴, y de lo deseable que sería, a su juicio, que el país llegue a ser gobernado por una élite intelectual, idea que luego encontraremos en Federico C. Alvarez, como hemos visto.²³⁵

En Hostos, la antípoda de la civilización, es, como hemos visto, el aislamiento, estado del que la educación oportunamente orientada puede liberarnos, pero también, y muy especialmente, el salvajismo, que encuentra en el fandango su mejor expresión; ésta es, a su juicio, una de esas costumbres que pueden perfectamente impedir el advenimiento de los bienes de la civilización. En este punto, la civilización aparece correlacionada en el plano simbólico con la cultura y el modo de ser europeos; y el salvajismo, con la idiosincrasia del negro africano, esto es: de sus usos, costumbres e instrumentos. Pero su posición es siempre optimista, nunca de condena; siempre abierta a la esperanza, si bien jamás renuncia a su radical realismo. Pero aún el realismo se enmarca dentro de determinado imaginario y determinada mentalidad, como ha quedado sugerido a propósito del discurso de los historiadores.

instrumentos músicos son también el concierto y maridaje de un instrumento de la civilización, el acordeón, y de un instrumento del salvajismo, la bomba o el tambor de un solo parche (atabal). (...). Así como ese baile singular es una diversión que degenera en vicio, así la *gallera* es un vicio que degenera en diversión. La *gallera* es lo que aquí llamamos *cancha de gallos*; pero aquí, y creo que en toda la América de origen español, es una simple diversión, al paso que en la República Dominicana, lo mismo que en Puerto Rico y Cuba, es una pasión nacional. Es la pasión del juego con todos sus neurotismos, con todos sus extravíos, con todos sus furores. (...). Las peleas de gallos y los fandangos, que son las únicas distracciones sociales del trabajador de campos y ciudades, son dos sostenedores de barbarie. Mientras subsistan las galleras no se deberá considerar como dado el primer paso de aquel pueblo hacia la civilización”.

²³⁴ Hostos (*op. cit.*: 133-134): “ya se ha dicho, buena gente: como ésta, como la otra y como la de más allá. Esto de la bondad social, es como lo de la civilización: no hay que tener mucha confianza en la fiera: en cuanto se la suelta, se desprende de los arreos y aparece el animal. Así es como los mismos préstamos de la civilización sirven en todos los pueblos, tanto mejor cuanto más próximos ellos al estado primitivo, para los más brutales extravíos de la barbarie. Así es como el uso de las armas de fuego perfeccionadas, que el ingenio mecánico de la civilización ha perfeccionado con el preciso objeto de hacer más temible su uso y más respetada la vida humana, ha llegado entre aquella gente hasta donde llega entre la gente buena el desconocimiento del precio de la vida. (...). Una palabra, un gesto, una mirada; un desaire, una carcajada provocativa, un agravio; disputar por un centavo, por un alimento, por una golosina; un alarde de valor, una envidia incubada, un rencor inmotivado o motivado, los movimientos de ánimo más imprevistos, todo es causa y ocasión de obras brutales de la fuerza y de pérdidas de vida. Hay, pues, que ser muy cauto en cualesquiera relaciones sociales que el curso habitual de la vida imponga con la ignorancia armada.”

²³⁵ Hostos (*op. cit.*: 138): “El día, que al fin y al cabo llegará, en que la triste Quisqueya sea gobernada por hombres un poco superiores a su estado social, Moca no tendrá que hacer esfuerzos más considerables para ser una ciudad de primer orden: para serlo ya tiene dos condiciones esenciales: la situación y el carácter vivo de su gente”.

La mezcla de elementos genéticos de diversa procedencia racial, a juicio de Federico García Godoy, es una de las causales primordiales de nuestra particular tendencia a la barbarie demencial que nos azota, y que nos ha encerrado en el círculo vicioso de las contiendas civiles. Pero no es sólo la determinación genética la causal de tan lamentable estado; también la dirección política de la Nación ha tenido parte de culpa en ello.²³⁶ Algún resquicio para la esperanza asoma, pues si se produjese un cambio de marcha o una sustitución de la dirigencia o de sus estilos, acaso podría acontecer que el país enderezase el rumbo, lo mismo que si se facilita que el cuerpo social sea fecundado por el advenimiento de núcleos provenientes de países dotados de cierta superioridad cultural, y se les da el tiempo necesario para que dichos grupos ejerzan su vocación salutífera. Esta idea de la presunta superioridad étnica propia de determinados agrupamientos humanos, y de su condición de factores productores de civilización también aparece en Francisco Henríquez y Carvajal; pero igual deja abierta al menos una de las posibilidades de reviviscencia sugeridas por García Godoy.²³⁷ En parecidos términos se expresa Américo Lugo. En él es en quien más claramente aparecen los ecos del pensamiento hostosiano. Salvo la referencia al componente racial, los elementos temáticos básicos del gran antillanista toman en el pensamiento de Lugo nuevos aires y nuevos alcances.

Además del paralelismo civilización-barbarie, en su obra aparecen bien delineados asuntos tan caros a aquél como el lugar central asignado a la educación, la convicción de que el hambre y la alimentación deficiente terminan por generar un correlato social e intelectual, la crítica de la pelea de gallos y la tendencia a la juerga que observa en los dominicanos de su tiempo; pero en un caso y en otro, quedan

²³⁶ Avelino (1966: 64): “Por causas de nuestra complejidad étnica y de probada incapacidad dirigente, nuestra vida política ayer como hoy se ha desenvuelto en un ambiente donde, salvo contados momentos de respiro, se ha oído solamente el estridor de las armas, el vocerío del combate, el río de fraticidas contiendas en que raras veces ha asomado la bienhechora fulguración del ideal. En el hibridismo de nuestra sangre, principalmente reside el veneno cuya persistente acción, aún no modificada o extinguida por la irrupción de otros factores étnicos, nos impulsa a tales barbaridades y demencia”.

²³⁷ Avelino (1966: 63): “había dicho que era imposible creer que un pueblo que había vivido en la atmósfera de la inmoralidad pública, que está herido de lacras y errores sustanciales, que sólo conocía las prácticas de la tiranía o la anarquía y la subversión, ‘se convierta de un día a otro surgiendo de la noche de los horrores, todo estropeado, harapiento con el rostro pálido y demacrado a la mañana deliciosa de un despertar inesperado’. Y haciendo alusión a Suiza, Inglaterra y los Estados Unidos de América afirmaba que estos necesitaron siglos para desarrollar su civilización y que contaron con ‘elementos étnicos superiores’, etc.”

abiertas las puertas hacia la esperanza del avance hacia mejor, de un porvenir de promesa.²³⁸ En cuanto al ideal federativo, sin dejar de ser un nacionalista radical, a diferencia de su maestro, Américo Lugo ampliará las dimensiones de la propuesta original hasta desembocar en el iberoamericanismo, adelantándose en más de medio siglo a los trabajos de la Secretaría General Iberoamericana surgida de las Cumbres Presidenciales Iberoamericanas, la primera de las cuales se llevó a cabo en 1991 por iniciativa del Rey de España, D. Juan Carlos de Borbón.²³⁹

6.2.4.3 Excepción, anomalía y arritmia histórica

En los imaginarios de Duarte, Hostos y Lugo, tres de los ejes de nuestra conciencia activa, la República Dominicana aparece como una nación más, con sus grandezas y sus deficiencias, pero nada fuera de lo común. Por eso puede aspirar a ser lo que otras naciones han alcanzado, y a colocarse entre ellas por derecho propio. Esta no es, sin embargo, la única forma en que aquélla ha sido percibida o recreada mentalmente por quienes han dedicado su tiempo a pensarla y a ensayar posibles respuestas a los problemas identificados. Sostiene F. A. Avelino (1966: 60) que en la “Exposición al Honorable Congreso Nacional”, de Emiliano Tejera, queda entrevista “una interpretación de nuestra realidad social que nos presenta como un país *sui generis*”. Especial, pero no en razón de sus excelencias sino de sus fallas. Por éso, su decurso histórico es anómalo; esto es, su trayectoria no se ajusta a la pre-concepción que asumen *a priori* quienes consideran que los pueblos siguen todos ciertos patrones

²³⁸ Cfr. Avelino (1966: 63): “no hay que forjarse ilusiones sobre el valor moral del pueblo dominicano. El valor moral alcanza siempre el límite de la capacidad intelectual, y nuestra capacidad intelectual es nula. Una inmensa mayoría de ciudadanos que no saben leer ni escribir, para quienes no existen verdaderas necesidades, sino caprichos y pasiones; bárbaros, en fin; que no conocen más ley que el instinto, más derecho que la fuerza, más hogar que el rancho, más familia que la hembra del fandango, más escuelas que las galleras (...), tal es el pueblo dominicano, semi-salvaje por un lado, ilustrado por otro, en general, apático, belicoso, cruel, desinteresado. Organismo creado por el azar de la conquista, con fragmentos de tres razas inferiores o gastadas, alimentados de prejuicios y preocupaciones funestas, impulsado siempre por el azote o el engaño, semeja mirado en la historia, uno de esos seres degenerados que las abstinencias de las necesidades fisiológicas llevan a la locura, en cuya frente no resplandecen ideales, en cuyo peso yacen, secas y marchitas las virtudes (...). Pero semejar no es ser: el pueblo dominicano no es un degenerado, porque, si bien incapaz de la persistencia en las virtudes, tira fuertemente hacia ellas; porque aunque falto de vigor y vuelo intelectuales, tiene todavía talento para ponerse de pie (...); porque aun postrado y miserable, está subiendo, peregrino doliente, el monte sagrado donde el águila de la civilización forma su nido”.

²³⁹ cfr. Jaime Julia (1977, II, 257-322) y Herrera, R. D. (2008: 101-102).

de desenvolvimiento. De alguna manera la idea del supuesto carácter único del pueblo dominicano se encuentra insinuada en los planteamientos de Henríquez y Carvajal, José Ramón López y García Godoy; y, también, pero en menor medida, la percepción de que su historia se aparta del patrón general; pero es en Pedro Troncoso Sánchez y Juan Bosch que aparece expresamente formulada.

En Joaquín Balaguer y en el *Libro blanco del comunismo en la República Dominicana*, un texto emblemático de la ideología trujillista, aparecen sendas versiones alternativas a esta veta de la forma elaborada del imaginario social, que, como se verá en su momento, tiene su correspondiente correlato en la mentalidad del dominicano medio. Como también tendremos ocasión de poner de manifiesto las posibles razones de que las derivaciones políticas a que dan lugar difieran de un pensador a otro. En la mayoría de los casos, los perceptos inducen hacia el corpus ideológico que F. A. Avelino ha bautizado con el nombre de “Tesis político-social del despotismo ilustrado”. En los casos de Balaguer y Bosch, no es así; pero, en los hechos, aunque por senderos diversos, es posible encontrar algunas coincidencias en sus percepciones del tópico, aunque no en el contenido de sus ideas acerca de la Nación y de su orientación política.

En Pedro Troncoso Sánchez (1904-1989), aparecen elocuentemente engarzados ambos elementos, además de compendiar prácticamente todos los campos comunes reseñados hasta el presente, como la remisión a la mezcla racial —presente en Emiliano Tejera y Manuel Arturo Peña Batlle—, la falta de conciencia —que vimos en Américo Lugo—, la presunta vida vegetativa que llevaban nuestros antepasados —a que se refieren Tejera y García Godoy— y la apelación a la determinación biológica como causal del desenvolvimiento social —que encontramos en Eugenio María de Hostos y Francisco Henríquez y Carvajal—. ²⁴⁰ Conforme al cuadro que Bosch traza en un libro que termina de escribir el 16 de agosto de 1959, y que sale a la luz dos años más tarde, el pueblo dominicano carece “de eso que podríamos llamar vocación nacional” (1961: 161). Los rasgos comunes que encuentra le hacen llegar a la conclusión de que el ser

²⁴⁰ `Cfr. en Avelino (1966: 64): “En un sentido estricto, el pueblo de la Isla Española, en 1822, como en casi todo el período anterior, era un pueblo ahistórico. Tres siglos de vida colonial, de pobreza, de aislamiento, de inactividad, de mezcla de razas, a penas habían hecho de él un pueblo vegetativo, de conciencia colectiva casi nula, cuyo desenvolvimiento como conjunto se determinaba por las leyes biológicas y psicológicas, o por el ritmo de una corriente cultural, es decir, histórica”.

psíquico del dominicano está enfermo. Entre los factores que le inducen a llegar a esa conclusión se encuentra “un rasgo común a casi todos los dominicanos: la susceptibilidad”, que “resulta estimulada por el incidente más nimio, y casi siempre provoca en quien la sufre, accesos de agresividad que destruyen en un momento nexos familiares, amistades estrechas, sentimientos de gratitud, y que suelen ir desde el ataque a machete en el campesino ignorante, hasta la propagación de las calumnias más venenosas en el graduado universitario” (*op. cit.*: 161-162). A ello se agregan: la envidia, el resentimiento, el complejo de inferioridad, la doble moral, el desconocimiento de las jerarquías y una perpetua insatisfacción que desahoga “por vías personales, y no colectivas, mediante la susceptibilidad individual y no mediante insurgencias masivas” que le impide “realizarse en un destino nacional” (*íd.*: 163). Esto explica por qué nunca ha habido entre nosotros guerras sociales, como en Haití y en Venezuela, pero sí muchas contiendas intestinas, motivadas casi siempre por las ansias de mejoría económica de sus principales actores (*loc. cit.*) Se colige que tenemos nuestras peculiaridades, aparte de lo antes dicho respecto a la ausencia de la vocación que tan clara ve el pensador y político en los cubanos y los venezolanos.

Leyendo de través esa obra topa uno, aquí y allá, con una que otra particularidad de nuestra andadura histórica, por lo menos con respecto a dos de las grandes antillas²⁴¹ y, obviamente, el hecho mismo de no habernos constituido como Estado nacional sino con posterioridad a los restantes pueblos hispanoamericanos, que fue la primera colonia de España en América y, sobre todo, haber sido la única república americana que llevó a cabo su lucha de independencia frente a un país distinto a España.²⁴² Para explicar éstas y otras disparidades, Bosch propone la noción de *arritmia histórica*: “Tómese nota de la arritmia histórica dominicana: en 1808, cuando estaba a punto de iniciarse la revolución de independencia en América del Sur, los dominicanos se declaraban por sí

²⁴¹ Bosch (1961: 82): “En ese año de de 1805, de terror para los dominicanos, no sucedía nada parecido ni en Cuba ni en Puerto Rico, las dos islas gobernadas por España, ambas situadas en los dos flancos de Santo Domingo; y desde luego nada hubiera estado sucediendo en Santo Domingo de no hallarse la colonia francesa de Haití en un costado de isla”.

²⁴² Bosch (1961: 95): “los conjurados dominicanos tenían un propósito fundamental, cuya consecución los unía y los hacía fuertes; era la creación de su república, la idea del Estado nacional, por la cual tantos miles de hombres habían muerto en los años anteriores en la América Latina. De paso llamaremos la atención del lector hacia el hecho de que Santo Domingo, la primera colonia española en el nuevo mundo, se aprestaba a proclamar su república en lucha contra un país que no era España, sino Haití, colonia hasta hacía cuarenta y cuatro años, y colonia, por cierto, más nueva que Santo Domingo”.

mismos colonos de España. La metrópoli los había abandonado hacía tiempo; los había entregado al poder francés, después de haber abierto a los franceses un costado de la rica y hermosa isla, y ellos retornaban a ser vasallos de la corona española y para lograrlo derramaban su sangre en Palo Hincado y en el sitio de Santo Domingo” (*íd.*: 84). Otros elementos de juicio que sirven de apoyatura a esta tesis son: que la parte oriental de la isla de principios del siglo XIX no captara “el ejemplo de la independencia” haitiana, en razón de que “había perdido el ritmo de la historia, y se hallaba retrasada económica, social, cultural, políticamente”, y el que mientras nosotros vivíamos el período de la denominada España Boba (1811-1821), “el Caribe progresaba o luchaba en busca de su destino” (*íd.*: 85, 87-88). En este sentido, la República Dominicana aparece orlada de una tipología de la que sólo ella forma parte; se ha salido del curso real y necesario de sus iguales. Se ha desacompasado, perdió la cadencia. Se auto-condenó a caminar sola un sendero colectivo.

En Balaguer, salvando las distancias, encontramos una idea parecida, pero en otro plano. La República Dominicana es una nación escogida por la Providencia para realizar algunos propósitos especiales en el concierto de la humanidad.²⁴³ Está destinada a sobrevivir a todas las adversidades, sean éstas de orden social o natural. Ningún otro pueblo americano tiene semejante destino de privilegio a su disposición (1973: 207). Cuatro siglos duró la tutela de la omnipotencia divina sobre el país. Pero, a partir de 1930, la voluntad humana y el designio celestial alternarán en la búsqueda de la historia por venir necesaria; sin el auxilio de Dios la supervivencia del país hubiera sido tan inimaginable como el bienestar de que, a mediados de los años cincuenta de la centuria pasada, disfrutaba, según el parecer de este autor. Así lo deja saber en el párrafo final de la pieza íntegra de éste su discurso de ingreso a la Academia Dominicana de la Historia. Esas deficiencias en la dirección política de la Nación que hacía notar Federico García Godoy, J. Balaguer, sin hacer referencia a lo indicado por aquél, las presume resueltas con el arribo de Trujillo al poder,²⁴⁴ lo cual conecta su

²⁴³ Balaguer (1973: 211-212): “somos un pueblo elegido, y los pueblos que Dios elige para señalarles un papel superior en la vida de la humanidad, pueden caer y pueden sufrir grandes descalabros, pero no mueren; no pueden morir porque su misión obedece a designios imponderables y se cumple de acuerdo con un mandato divino”. Véase, también, pp. 207-208 y 1990: 296.

²⁴⁴ Balaguer (1954): “sólo a partir de 1930, esto es, después de cuatrocientos treinta y ocho años del Descubrimiento, es cuando el pueblo dominicano deja de ser asistido exclusivamente por Dios para serlo igualmente por una mano que parece tocada desde el principio de una especie de

pensamiento con las ideas de otro conspicuo miembro de la pléyade de intelectuales que sirvieron a la Era de Trujillo: Manuel Arturo Peña, figura señera de la corriente del Despotismo Ilustrado en nuestro país, quien también asume la tesis del dictador necesario, al ver en Trujillo —en textos correspondientes a 1942, 1949 y 1952, respectivamente, muy anteriores al 14 de noviembre de 1954, fecha en que J. Balaguer pronuncia el aludido discurso— no sólo la solución a las más antiguas y anheladas búsquedas del pueblo dominicano, entre ellos los relacionados con la frontera terrestre (1954: 64, 72), sino, incluso, el inicio mismo de nuestra vida institucional²⁴⁵ y de nuestra presencia eficiente en el concierto de las naciones libres de Hispanoamérica²⁴⁶.

Todavía en 1974 es posible filiar, salvando tiempos y distancias, ecos tardíos de aquella ineficacia de la dirigencia política del país en el esfuerzo de diferenciación entre clase gobernante y clase dominante que postula J. Bosch, para concluir que en la República hay una clase dominante (la burguesía), pero que “no ha llegado todavía a ser todavía clase gobernante (1991: 71, 76, 81. v. t. 103ss). Ahora bien, contrario a lo sugerido por Federico Henríquez Grateraux (1999: 65, 72-73, 178), Juan Bosch está

predestinación divina: la mano providencial de Trujillo. Desde esa época hasta nuestros días, es decir, en un ciclo de 24 años en que el estupor de la fábula aparece superado por los deslumbramientos de la realidad objetiva, el hombre lucha con la adversidad y realiza milagros tan portentosos como los que durante los cuatro siglos anteriores se cumplieron por el solo efecto de la intervención en la vida del país de poderes sobrenaturales. Dios y Trujillo: he ahí, pues, en síntesis, la explicación, primero: de la supervivencia del país, y luego, de la actual prosperidad de la vida dominicana.” (“Balaguer y Trujillo. Una interpretación realista de la historia dominicana”, reproducido en Abelardo Nanita, editor: *La Era de Trujillo*, tomo I. Año del Benefactor de la Patria, Impresora Dominicana, Ciudad Trujillo, 1955, pp. 50-61).

²⁴⁵ Peña Batlle (1954: 197-199): “Trujillo creó, simple y llanamente, el Estado dominicano, el que desearon los precursores y no comenzó a hacerse verdad hasta el año 1930. Se dio el caso entre nosotros de que viviéramos sin programa administrativo durante largos años y en el hueco de un doctrinarismo sin sentido de humanidad. Trujillo colmó el vacío, creando presurosamente, pero con pulso firme la sustancia de una verdadera ordenación de servicios públicos nunca sospechada por el pueblo. (...). La Patria dejó de ser una entelequia, una vacía abstracción, despojada de toda sustancia humana, para convertirse en la vida misma de una colectividad activa, sudorosa y trabajadora, que sabe adónde va, por qué se afana, cuáles son sus deberes y dónde está su felicidad. Es innegable que la República Dominicana entró para siempre en la alumbrada vía de la estabilidad institucional”.

²⁴⁶ Peña Batlle (*op. cit.*: 146): “Hasta aquella fecha, es decir hasta el advenimiento de Trujillo al gobierno, la República Dominicana no era un elemento activo y positivo en la formación de una conciencia internacional americana. No podía serlo por la sola razón de que no había logrado terminar y afianzar el proceso de su formación interna, de su íntima conciencia nacional, perdida, precisamente, entre los subterfugios de la ingerencia extraña, de las intervenciones, del propio deseo de los dominicanos de vivir intervenidos y de la falta de fe en la eficacia de nuestra independencia”.

muy lejos de asumir las posiciones de lo que él y Francisco Antonio Avelino denominan el Gran Pesimismo Dominicano; y, menos aun, la derivación ideológico-política de esa veta del imaginario social dominicano, la expresión vernácula del Despotismo Ilustrado, tan elocuentemente descrita por Francisco Antonio Avelino²⁴⁷. El pensamiento de Bosch tiene unas orientaciones muy distantes de éstas. Quienes se abrogan el derecho de pensar o decidir por el pueblo, no sólo yerran en su hacer político, sino que se arriesgan a no penetrar en la sensibilidad de las masas que creen representar, y a los postres, a quedarse solos. El verdadero conductor de masas es aquel que se encuentra en permanente contacto con sus electores reales o potenciales. La democracia puede ser participativa sin dejar de ser representativa.

Para él, Nuestra tierra, nuestra Nación tiene el privilegio de constituir un espacio particularmente adecuado para que fructifiquen las lumbres bienaventuradas de la democracia representativa.²⁴⁸ No es sólo su obra, la vida entera de Juan Bosch (1909-

²⁴⁷ Avelino (1966: 65): “la tesis Político-Social del despotismo ilustrado (...) puede resumirse así: el pueblo dominicano, en razón de las múltiples vicisitudes de su pasado, la despoblación de las villas llamadas Bayajá, Yaguana, Monte Cristo y Puerto Plata, a principios del siglo XVII y las invasiones francesas y haitianas después, es un pueblo único, especialísimo, *sui generis*, al cual, en consecuencia, no pueden aplicarse las teorías políticas y las leyes sociales que se aplican a otros pueblos. En virtud de ello, a pesar de que Hispanoamérica es una gran mezcla de razas y la historia demuestra que la mezcla étnica ha precedido al nacimiento de casi todas las civilizaciones, en nuestro caso ha resultado un hecho negativo. Somos la excepción que confirma la regla. Nuestro pueblo no tiene aptitud política y necesita ser gobernado por sus clases ilustradas y racialmente superiores. En consecuencia, la Democracia Representativa no conviene a la formación y carácter de los dominicanos. Es necesario un gobierno tutelar, de carácter dictatorial que eduque al pueblo y le transforme por medio de un sostenido programa de educación e inmigración para poder así desplazar los elementos étnicos inferiores.”

²⁴⁸ En 1939, en el prólogo a la obra *La República Dominicana. Análisis de su pasado y su presente*, de Juan Isidro Jimenes-Grullón, luego de identificar a “los pueblitas” como egoístas y explotadores, Juan Bosch escribe: “Ellos, ‘los pueblitas’ y no otros, son, como se ve, los que sostienen los gobiernos de fuerza. Pero todavía hay una conclusión más aterradora: si ‘los pueblitas’ siguen siendo clase dominante será inevitable el gobierno dictatorial, porque sólo el terror es capaz de oponer se triunfalmente al hambre. Entre tantos hambrientos, únicamente el terror asegura la obediencia” (1974: 13); y en 1969, treinta años después, al exponer su tesis de la *Dictadura con respaldo popular*, afirma: “Toda actividad que se realice sin contar con el pueblo, a sus espaldas y sin tomarlo en cuenta por encima de todas las cosas, es profundamente reaccionaria. Cuando a la hora de tomar decisiones se actúa creyendo que el pueblo desea lo que desea un grupo de dirigentes, se lleva a cabo un acto de suplantación de la masa por los líderes, y esto quiere decir que ese grupo de líderes se considera superior al pueblo, más inteligente o más autorizado que el pueblo. La suplantación del pueblo por aquellos que lo dirigen o aspiran a dirigirlo se paga siempre con el abandono de las masas, pues éstas saben mejor que nadie qué quieren y qué necesitan, y acaban dándoles las espaldas a aquellos que se toman a sí mismos por sus representantes sin respetar su derecho a expresarse, sin haberse ganado con una conducta genuinamente popular el derecho a representarlas. Para representar a las masas hay que convivir sincera y honestamente con ellas, hay que reconocer sus problemas, sus inquietudes y sus ideas” (2007, X: 84).

2001) es un ejemplo vivo de lucha en favor del avance hacia mejor de la República Dominicana, al menos desde finales del decenio de los treinta del siglo pasado, en que tomó la decisión de intervenir en la política práctica. Su visión acerca del pueblo dominicano, sus posibilidades y su porvenir, sin abandonar su ejercicio del criterio, es siempre inclusiva y esperanzadora.²⁴⁹ Es un verdadero continuador, en la palabra y en los hechos, de los ideales de soberanía, dignidad, justicia e independencia que nos legó Juan Pablo Duarte. Jamás podría incluirse a Bosch entre los representantes de la variante pesimista del imaginario social dominicano sin faltar a la verdad y a la razón.

Ni siquiera Francisco Eugenio Moscoso Puella (1885-1959), Antonio Zaglul (1920-1996), y menos aun Juan Isidro Jimenes-Grullón (1903-1983), por más que el segundo haya incluido una frase de este último en su obra *Apuntes* (1974: 130), en cuya parte final aparece un rimero de calificativos respecto a los dominicanos desfavorables o negativos en la mayoría de los casos. En realidad, a cualquier escritor se le puede poner a decir cualquier cosa, incluso contraria a sus ideas o patrones de enfoque, si se lo cita fuera de contexto o no se toman en cuenta algunas sutilezas. Por ejemplo, para la comprensión cabal de la mencionada frase: “La república es una pura ficción. Sobre todo una ficción jurídica. La configuración social y económica acusa por dondequiera rasgos coloniales”, la lectura del párrafo siguiente²⁵⁰ y las palabras con que concluye el libro²⁵¹ son fundamentales; permiten hacer una lectura completamente distinta, incluso

²⁴⁹ Bosch (1964: 204, 205, 212): “El pueblo dominicano es una tierra buena para la democracia (...). En esa tierra, más temprano o más tarde, van a germinar las semillas de la renovación. (...). Hay que convertir al militar dominicano, de burócrata uniformado que vive bajo la amenaza continua de ser despedido si no se adapta a los caprichos del jefe, en soldado profesional que se gobierna por leyes y reglamentos. Si eso se consigue, es posible, todavía, desarrollar la democracia en la República Dominicana, a pesar de que el tiempo de la democracia en América parece ser muy corto y muy preñado de huracanes desatados y de rayos aniquilantes. (...). En cuanto a las masas populares, sean de los cuarteles o de los barrios pobres, ahí están las mejores reservas del pueblo dominicano.”

²⁵⁰ Jimenes-Grullón (1965: 20): “Este libro pretende demostrarlo. A través de sus páginas se verá que no hubo solución de continuidad entre el pasado y el presente. En plena era atómica, el pueblo dominicano sigue viviendo en el pasado. Pero, afortunadamente, ya prepara el salto hacia el porvenir.”

²⁵¹ Jimenes-Grullón (op. cit.: 267): “La pugna culminó en la guerra civil. Y se produjo la segunda Intervención Militar norteamericana. Con ello, la vieja cultura ha quedado apuntalada. Y la vida del espíritu ha perdido, una vez más, su libertad de proyección. Pero tales realidades serán forzosamente efímeras. Pues la historia es rumbo hacia el porvenir. Y aun cuando el porvenir nace del pasado, siempre lo niega. Después de más de cuatro siglos de desarrollo histórico, la Colonia sigue viva. La República, en consecuencia, fue y continúa siendo una ficción. Pero dejará, tarde o temprano, de serlo...”

contraria, del que sugiere Zaglul. Si se lee, pongamos por caso, *república*, con minúscula, y no con mayúscula inicial, como aparece en la obra de Jimenes-Grullón, se entenderá que el pensador se está refiriendo al régimen político, no al Estado-nación en sentido general. El contexto sociocultural nos permitirá advertir que el volumen salió a la luz en noviembre de 1965, en Venezuela, ocho meses después de perpetrada la segunda intervención militar norteamericana del siglo XX al territorio de la Nación. Luego, este libro podría ser una respuesta firme e inmediata a esta nueva usurpación de la soberanía nacional. La obra intelectual de Jimenes-Grullón por ningún lado, en ninguna de las sucesivas etapas de su quehacer reflexivo rezuma resentimiento ni pesimismo, ni exhibe trazas de despotismo ilustrado.

Moscoso Puello y Zaglul provienen del ámbito de la ciencia natural, y describen más que especulan. En las *Cartas a Evelina*, del primero, los vicios y las virtudes alternan, pero pesan más los aciertos, las cosas buenas que son atribuidas a los dominicanos. El propio Zaglul, cuando explica, parecería que le animan más la comprensión, la superación de la inclinación de que se trate y la justificación que la descalificación, aunque igual asume la socorrida idea del carácter especial o único de su pueblo. Su actitud general es semejante a la de Moscoso Puello (s/f: 182-184) cuando aborda el tema de miedo ancestral de los dominicanos a los perros; así, por ejemplo, Zaglul hace descansar la responsabilidad de los asomos de paranoia que a su juicio padecemos, en la sucesión de gobiernos represivos que hemos tenido y en las sucesivas intervenciones, ocupaciones e invasiones extranjeras de que hemos sido objeto²⁵². Su intención, habida cuenta de su insistencia y de una que otra concesión,²⁵³ es

²⁵² Zaglul (1975: 27-28): “Paranoia. En mis veinte años en el ejercicio de mi profesión de psiquiatra, he llegado a la conclusión de que los dominicanos, en su mayoría, tenemos alguno que otro síntoma de esta enfermedad, no enfermedad propiamente dicha, sino síntoma parte de la estructura de nuestra personalidad. ¿Las causas? Diversas. Básicamente, nuestra historia, nuestros hombres. Desde Santana hasta Trujillo. Los españoles, haitianos, franceses, ingleses, norteamericanos. Todos han colaborado para crear un tipo de personalidad latinoamericano muy diferente del resto: el dominicano. Nuestra historia ha sido brutal. Un traidor como Santana debe haber creado cuadros paranoides en los dominicanos; así lo hicieron también Báez, Lilís y, como culminación, Trujillo. Había delirio de persecución, pero también había persecución sin delirio. El resultado de *este concepto* de las cosas, de todas estas vivencias anormales, es una personalidad depresiva con marcados rasgos paranoides.”

²⁵³ Zaglul (*op. cit.*: 30): “Creo muy difícil desarraigar esa forma de ser nuestra. (...). Desde Osorio con las devastaciones de la costa norte hasta Bobadilla, que hizo preso a Colón, más que por razones verdaderas, por su paranoia, hasta Trujillo, el gran desconfiado que hizo germinar más desconfianza en sus gobernados que en sí mismo; desde la llegada de los españoles hasta la llegada de los inmigrantes libaneses, todas las personas nacidas y criadas en esta tierra sufren de este mal.”

constructiva; es una apuesta por la superación de las tendencias conductuales por él entrevistas como deformantes o dañinas. Por otra parte, sus planteamientos carecen de la atmósfera de autosuficiencia que caracteriza a muchos otros autores que se han ocupado de los mismos asuntos. El aprecio por lo propio, en su caso, no está en tela de juicio.²⁵⁴

Intento de recapitulación... En este capítulo hemos estudiado las imágenes mentales mediante las cuales la República Dominicana se ha hecho presente, en sus principales dirigentes e intelectuales desde los albores del siglo XIX hasta bien entrado el siglo XX, y la forma en que su imaginario ha permeado su mentalidad. Tres son las vertientes que toma nuestro imaginario al convertir en objeto de reflexión lo dominicano: el optimismo radical, portador de un percepto de la sociedad dominicana como una nación en plenitud de capacidad para organizarse por sí misma, sin ajenas tutelas, conforme a los medios puestos a su disposición por la cultura occidental; la del pesimismo radical, que le niega toda posibilidad de llegar a ser una nación; y, la del pesimismo moderado, que, en ocasiones, hasta está en disposición de renunciar al Estado Nacional y a costados completos de espacio vital de la Nación, pero nunca a los bienes intangibles que constituyen el ideal perfil de nuestra sociedad. Pero en un caso o en el otro, se evidencia que hay en el país una tradición orientada a pensar la nación como un todo. Muchos de los que se dedicado a hacerlo, tradicionalmente han sido clasificados erróneamente en la tendencia del Gran Pesimismo Dominicano. Buena parte de los pensadores considerados tradicionalmente como pesimistas, en realidad no lo son, pues lo común es que junto a la tara coloquen la solución. Por la misma razón, la tendencia dominante del imaginario social de la forma elaborada de la conciencia no es pesimista. El pesimismo no ha sido la tendencia más socorrida. De manera tangencial se aborda la relación entre uno de estos costados del imaginario social, pero es en el capítulo siguiente que se profundiza en ese tópico.

²⁵⁴

Zaglul (*op. cit.*: 14, 18): “He trabajado con muy pocas herramientas. (...). Lo que yo creo, sostengo y sostendré, conceptos arraigados en mí a base de mis experiencias como profesional, no lo puedo probar. Por eso mis trabajos no pasan de ser artículos periodísticos. (...). Creo que la infravaloración del dominicano nos hace mucho daño y nos atrasa y ata, obligándonos a buscar en todo lo extranjero la solución a nuestros problemas. Se me puede acusar de nacionalista ramplón, pero si algo quiero de verdad es a mi pueblo, y para él quiero lo mejor, y creo que haciendo conciencia de una falla de personalidad adquirida a través de una historia traumatizante, podemos mejorarnos cambiando el criterio depresivo de nosotros mismos.”

*El estereotipo apologético y la conciencia ingenua,
¿divergencia o complementariedad?*

7.1 La república encomiable

El dominicano, igual que otros pueblos del mundo, posee una versión edulcorada de su *nosotros*, ni más ni menos imaginaria que su opuesta. Ningún conglomerado humano es un amasijo de defectos o una acumulación sin término de virtudes. Quien encuentra en su comunidad de origen o de destino una carencia o alguna imperfección, y la comunica, no necesariamente procura dañarla o destruirla. Bien podría acontecer que su propósito sea, al identificar la falla, explicar una disfunción y, a continuación, encontrar adecuada respuesta a lo uno y a lo otro. Más ayuda este modo de conciencia de la sociedad que el que la pretende en todo perfecta. Quienes sólo hallan luces y aciertos por doquier, al fijar la mirada sobre su pueblo o su nación, tampoco proporcionan con ello una prueba incontestable de amor o identificación a toda costa con lo propio. De vez en vez, pueden estar impulsadas sus posturas por intereses extra-gnoseológicos o, al menos, ajenos a algún proyecto de ingeniería social, holística o fragmentaria.²⁵⁵ Los motivos pueden tener su origen remoto lo mismo en intereses de fracción de grupos de toda laya (políticos, religiosos, económicos) hasta de índole personal, como puede ser alcanzar o retener cierta cuota de poder de alcance nacional. La idea de J. Balaguer, por ejemplo, de que la dominicana es una nación tocada por la Divina Providencia se aviene bien con la idea de que vivimos

²⁵⁵ A la ingeniería social holística o utópica, Popper opone la ingeniería social fragmentaria, que queda esbozada en los siguientes filosofemas: “De la misma forma que la tarea principal del ingeniero físico consiste en proyectar máquinas y remodelarlas y ponerlas en funcionamiento, la tarea del ingeniero social fragmentario consiste en proyectar instituciones sociales y reconstruir y manejar aquellas que ya existen (...). Una vez que nos damos cuenta (...) de que no podemos traer el cielo a la tierra, sino sólo mejorar las cosas *un poco*, también vemos que sólo podemos mejorarlas *poco a poco*” (1961: 89, 99).

en el mejor de los mundos posibles.²⁵⁶ Es poco lo que puede mejorar el hombre colocado ante semejante contexto, salvo que sea una entidad igualmente providencial, como Trujillo (Balaguer, 1998: 397, 400, 417), o como él mismo (Balaguer, 1988: 391-394).

La obra de Balaguer es, además de todo lo que hemos visto en el capítulo anterior, un ejemplo paradigmático de apologética de lo dominicano, con lo cual acaso tenga que ver el sentido político de la mayoría de sus libros. El discurso elaborado desde el poder o teniendo en miras el ascenso al poder —lo cual no implica, necesariamente, que sea falso, sino políticamente interesado, o *políticamente correcto* como gustan decir los franceses y angloamericanos— suele exhibir una suerte de debilidad estructural, puesto que el imperativo de eficacia que le acompaña implica la inclusión en sus desarrollos de ideas y planteamientos agradables a su público-meta, formen o no parte del sistema de creencias de quien las expone.²⁵⁷ El imperativo de reservar alguna alusión a cada uno de los segmentos de población concernientes a los miembros del auditorio general, presente o virtual, también induce al expositor a hacer algunas concesiones.²⁵⁸ Pero J. Balaguer no es el único representante de la visión encomiástica de lo dominicano, y ni siquiera el más consistente, como se verá a

²⁵⁶ V. el sub-apartado “País de elección” de su obra *Memorias de un cortesano de la “Era de Trujillo”* (1988: 407-414).

²⁵⁷ Dos referentes obligados de este arte en la antigüedad greco-latina, Aristóteles y Cicerón, arriban prácticamente a las mismas conclusiones. El primero lo hace desde el intento inicial de delimitar los límites, los alcances y los propósitos de una de las disciplinas a cuya sistematización contribuyó de manera significativa: “Sea pues retórica la facultad de considerar en cada caso lo que puede ser convincente” (1998: 52). El segundo, a propósito de las nociones de elocuencia, que “en su versión artificiosa identifica con la retórica, invención y argumentación: “el oficio de esta facultad es decir adecuadamente para la persuasión; el fin, persuadir con la dicción. (...). La invención es la acción de pensar cosas verdaderas o símiles a la verdad, que vuelvan probable una causa (...) la argumentación parece ser un hallazgo, de algún género, que muestran probable” (1997: 5, 7, 32).

²⁵⁸ Cfr. Aristóteles (*op. cit.*: 139-140): “como la retórica pretende que se llegue a una decisión (...), es necesario que no sólo se atienda a que el argumento sea convincente y fidedigno, sino a ponerse a sí mismo y al juez en una determinada disposición, pues tiene mucha importancia para la persuasión (...) la actitud que muestra el que habla y que dé la impresión a los oyentes de que se encuentra en determinada disposición respecto a ellos y además que también se dé el caso de que ellos lo estén respecto al orador. (...). Pues los que aprecian no valoran las cosas de la misma manera que los que odian, ni los que están furiosos de la misma manera que los que están tranquilos, sino de forma completamente distinta o en diferente grado. (...). Y en caso de que algo venidero sea placentero, a quien lo desea y tiene esperanza de ellos le parecerá que va a realizarse y que será un bien, y al indiferente y al que lo lleva a mal, lo contrario.” Véase también Cicerón (*idem.*: 17): “La benevolencia se prepara desde cuatro lugares: de nuestra persona, de la de los adversarios, de la de los jueces, de la causa”.

continuación; junto a él, muchos otros de sus conciudadanos, han hecho lo mismo y con mucho menos renuncias al discurso del encomio. Con todo, él es quien más se extiende sobre el tópico y de una manera más sistemática. Por tal razón, iniciaremos con él este recorrido por los corrillos y senderos del costado apologético del imaginario colectivo dominicano.

Nos encontraremos, también, con que no pocas voces foráneas han dicho y escrito maravillas acerca de los dominicanos.²⁵⁹ Algo de razón irá en ello, pero cabe pensar, también, en la posibilidad de que uno que otro haya sido presa de una falacia de accidente; pues, aunque resulte un tanto engorroso tener que admitirlo, la verdad es que el trato que aquí se dispensa a los extranjeros, sobre todo a los de lengua española, y, en

259

Aún antes de que el criollo emergiera como sujeto activo de la historia, la hospitalidad y el desprendimiento de los habitantes de esta tierra han sido apreciadas como cualidades constitutivas por una buena parte de quienes estuvieron o se establecieron en el país. Por cuanto, es posible conjeturar que son actitudes que heredamos, social y culturalmente hablando, de nuestros antecesores (*longe durée*). Los cuatro testimonios iniciales que aparecen a continuación podrían ser argumentos *a contrarium* de perceptos entretajidos desde pasados siglos en contra de España, y que, desde 1914, se ha denominado “Leyenda Negra”, según se lee en Julián Marías (1985: 199-211). El primero aparece en la obra *Historia de la isla Española o de Santo Domingo*, publicada en 1730, en París, por el académico y sacerdote francés Pierre Francois Xavier de Charlevoix, que califica a los lugareños de la Parte Española de la isla “de hospitalarios y caritativos”, gentes que dondequiera que se los encuentra comparten “lo poco que tienen”, y que “Cuando viajan a Saint Domingue con sus grandes manadas de caballos, es raro verlos entrar en una taberna” (Deive, 2009: 77). Idéntica percepción aparece en el escrito *Estadística de la parte española de la isla de Santo Domingo*, dado a la estampa entre 1800 y 1810, por C. Lyonnet, otro ciudadano francés, quien ve en aquéllos “gente buena, afable y acogedora”, personas sencillas que “Se encariñan sinceramente con quienes no los desprecian y se amoldan a sus costumbres, aún cuando no olvidan un mal tratamiento” (*op. cit.*: 116); y en J. B. Lemonnier Delafosse, uno de los soldados de la expedición que enviara Napoleón Bonaparte a tomar posesión de la parte española de la isla que, como ya se ha dicho, le fue cedida por España en virtud del Tratado de Basilea (1795), en su obra *Segunda campaña de Santo Domingo*, impresa en 1846, en Havre, en la que, según Deive (*op. cit.*: 130), “Tras los sinsabores y penurias que padeció en Jamaica y Cuba, la tierra de promisión que es Santo Domingo se asemeja al paraíso que siempre se le había negado”, si bien su entusiasmo duró poco: “Bastó que Napoleón Bonaparte cruzase las fronteras de España para que los habitantes de Santo Domingo, quienes Ferrand había protegido aun a su costa y había exonerado parcialmente de pagar impuestos, se sublevaran contra Francia. ¡Cuan inútil había sido todo!” (*id.*: 131). El *Diario histórico*, de Gilbert Guillermin, otro oficial del ejército galo, que también fue publicado en Havre pero en 181, destaca entre otras muchas virtudes de los lugareños “la solicitud y deferencia con que acogían a los viajeros que tropezaban con algún contratiempo” (*id.*: 133). Las manifestaciones de reconocimiento en este sentido se prolongan hasta los inicios mismos de nuestra vida republicana, como acontece con el memorial *Diario de una misión secreta* del oficial de marina norteamericano David D. Porter, publicado el mismo año del libro de Lemonnier Delafosse; la hospitalidad y la calidez de la acogida a las visitas, aún cuando lleguen sin aviso previo —otra prisión de larga duración que permanece aún en nuestros días, así sea reservada a los próximos y a los parientes—. Carlos Esteban Deive parafrasea la primera de estas impresiones con las siguientes palabras: “Aun con los pocos medios de que disponen, los dominicanos son muy hospitalarios. Cualquier extranjero de buena conducta puede estar seguro de que encontrará un recibimiento amable” (*ibidem*: 144). Cfr. pp. 149, 151-153.

menor medida, a los angloparlantes, denota una apertura y una solidaridad con las que no siempre puede contar el prójimo. Es probable que en ello esté operando otra *prisión de larga duración*, otra posible huella del pasado colonial en la mentalidad del dominicano medio de nuestros días: el que llegaba, entonces, fuese un principal, investido de poderes extraordinarios —como en los casos de Francisco Bobadilla, Nicolás de Ovando y Antonio Osorio²⁶⁰—, el que comandaba un barco cargado de telas de Holanda o vajillas de plata o cerámica china, o el que traía consigo “el situado”²⁶¹, intervenía con fuerza en la vida cotidiana y en los fastos administrativos de la antigua colonia del Santo Domingo Español.

De España vinieron durante siglos no sólo los principales del gobierno y del gobierno, sino también quienes traían las noticias más frescas, o las decisiones que en un momento podían cambiar de golpe el horizonte vital de poblaciones enteras. Tanta pujanza ejercen lo nuevo y lo extraño entre nosotros que suscita, incluso respecto a los habitantes de otras comarcas del mismo país, idénticas actitudes de admiración y aprensión al mismo tiempo. Expresiones de uso común entre los dominicanos de hace unos años, como “¿y tú sabes quién soy?”, “¿y tú sabes con quien tú estás hablando?”, o “... con quién te estás metiendo?”, que en los últimos treinta años han venido a menos, acaso tienen mucho que ver con esta relación entre exotismo y poder, aunque también con el largo periplo de dictaduras y gobiernos civiles de fuerza y ultra conservadores que ha tenido la República Dominicana. Pero, por las mismas razones, lo percibido y afirmado por los extranjeros acerca de nosotros tiene, de antemano, una especial vocación de arraigo entre los nativos. El reconocimiento de la hospitalidad de los dominicanos es una de las líneas de frecuencia más socorridas en las percepciones que

²⁶⁰ Francisco Bobadilla vino desde España a Santo Domingo con la determinación de sustituir a Cristóbal Colón en el gobierno de la isla, por disposición de los Reyes Católicos, lo cual hizo, además de encarcelarlo, junto a su hermano Diego, confiscó los bienes de ambos y a ambos mandó engrillados para la metrópoli. A los dos años de su mandato como Gobernador, volvió a repetirse el procedimiento, pero esta vez el enviado fue Nicolás de Ovando, quien procedió del mismo modo respecto a Bobadilla, incluyendo su expulsión con destino a España. A Antonio Osorio le correspondió ejecutar, entre 1605 y 1606, la orden de los reyes de España, de despoblar y trasladar las ciudades portuarias del norte del país, a los fines de evitar el contrabando que allí se realizaba entre los habitantes y las tripulaciones de las embarcaciones francesas e inglesas que tocaban los desembarcaderos de allí.

²⁶¹ Se llamó “situado” a la subvención que la Corona española dispuso que se enviara, desde México hacia La Española, para cubrir los sueldos y los gastos administrativos de las autoridades, y los pagos a los soldados y los empleados, desde el siglo XVII hasta principios del XIX. Este procedimiento también se aplicó, durante un tiempo, a favor de Chile de parte del virreinato de Perú.

de los dominicanos han tenido los extranjeros en todos los tiempos, y, hoy por hoy, hasta los propios dominicanos se reconocen como tales, y se sienten orgullosos de serlo y de ser tenidos por tales.

7.1.1 La hospitalidad, una virtud entre otras

En el *Libro blanco del comunismo en la República Dominicana* se puede leer, por ejemplo, que “El pueblo dominicano, sencillo, cristiano y compasivo, se esforzó en hacer fácil el proceso de adaptación de los españoles refugiados. Las puertas de todos los hogares les fueron abiertas, se les agasajaba y se les complacía. Nunca, en parte alguna, desplazados extranjeros, recibieron tratamiento más generoso y amplio que el que otorgó el gobierno y el pueblo dominicanos, a esos seres arrojados a nuestras playas” (1956: 39). La hospitalidad es una característica tradicionalmente reconocida a los dominicanos, como llevamos dicho. Los testimonios de tres inmigrantes, dos españoles y un colombiano, ilustran, con propiedad y elocuencia, uno de los perceptos más socorridos acerca del modo de ser de los dominicanos.²⁶² Todavía a inicios del

²⁶²

El primero es de la autoría de Fernando Sainz Ruiz (1891-1959): “La Española ha heredado lo que Waldo Frank encontró en España al recorrerla del Sahara al Vizcaya, y que consignó emocionado en el prólogo de su *España virgen*: ‘es caminar de hospitalidad en hospitalidad y quedar encadenado para siempre al recuerdo de la cortesía’. La solera cortés del dominicano es, pues, de la España señorial y caballeresca, pero al hacer el trasplante mediterráneo al trópico las modalidades sorprenden al propio visitante español. (...). Redactar un ditirambo en homenaje a la simpatía, a la generosidad, a la cordialidad, a la hidalguía, a la hospitalidad dominicana sería no decir nada nuevo. Eso ya lo han dicho, lo dicen y lo dirán los observadores y viajeros que sepan ver, oír y estudiar objetivamente a los pueblos. (...). Recuerdo, como si fuera ayer, una de las primeras cortesías de que fui objeto en el terreno de la hospitalidad. Visité un hogar dominicano. (...) Oí y conté muchas cosas, y cuando me disponía a marcharme me ofrecieron permanecer varios días de visita. He aquí mi primera sorpresa, y uno de los factores que me indujeron a desistir de firmar mi contrato con la Universidad de Quito” (1995: 111-112). El segundo, es de José Antonio Osorio Lizarazo (1900-1964), colombiano: “Tradicionalmente, la República Dominicana ha sido un campo abierto para los inmigrantes de todos los países no sólo para los que llegan con el propósito de establecerse sino para los perseguidos por la violencia o la tiranía, que buscan un refugio temporal o permanente en cualquier parte. Pero en los últimos años esta política de hospitalidad se ha visto fortalecida con mayores amplitudes, no sólo por la acogida cordial del gobierno y del pueblo a los extranjeros, sino por las facilidades que estos encuentran para desarrollar sus posibilidades y decidir su permanencia” (1946: 215-216). El tercero y último corresponde a José Almoina Mateos (1903-1960), español, asesinado en México por sicarios al servicio de la dictadura dominicana del momento; al referirse quienes padecían, al igual que él los rigores de la guerra civil española, en su libro *Yo fui secretario de Trujillo*, dice lo siguiente: “A ninguno se le pidió otro salvoconducto que su misma calidad. No se investigaron antecedentes políticos ni personales, ni se exigió garantía moral ni económica de ningún género, ni se les obligó a abjuración o rectificación de sus profesiones y actividades, ni se les pidió la más leve acción que significase renuncia a sus ideales. La República Dominicana, desde el punto de vista demográfico-económico, necesitaba tan sólo agricultura. Ahora bien, de los españoles que llegaron a Santo Domingo creo yo que no había arriba de cien campesinos con

decenio de los noventa del siglo pasado se encuentra uno que otro testimonio de algún extranjero residente en el país que apunta en el mismo sentido.²⁶³ Los propios dominicanos están conscientes de esta variante conductual. Desde Fernando Arturo de Meriño (1833-1906) y Eugenio María de Hostos (1839-1903)²⁶⁴ hasta nuestros días es posible seguir la tendencia, de algunas de las mentes más esclarecidas que hemos tenido, a ponderar la extraordinaria capacidad de la sociedad dominicana para acoger y asistir a propios y extraños con una entrega que difícilmente se encontrará en otros pueblos. Pero aun más, la hospitalidad, a su ver, es solo la parte visible de una idiosincrasia en la que la bondad y el desprendimiento constituyen las notas sustantivas, a pesar de que abundan las razones para suplantar esta natural generosidad.²⁶⁵

inclinación al trabajo de la tierra. Eran en su mayoría intelectuales. Recuerdo que cuando yo fui a París para preparar mi viaje a algún lugar del mundo —y con esta angustia vagábamos entonces todos los republicanos— recorrí en dramática peregrinación las diferentes sedes diplomáticas y consulares de los países que por aquellos días parecían mostrarse propicios o no desdeñosos a acogernos. Cuántas decepciones! (...). Cuando fui a la Legación dominicana, todo se abrió ante mí y ante los demás que allí coincidían conmigo. En diez minutos escasos se llenaron las breves e indispensables formalidades de visado gratuito y pocos días después viajábamos hacia América, amparados por la República Dominicana, los que hacía unas horas nos veíamos rodeados de todo un desierto hosco y agresivo que nos rechazaba. De la angustia de los campos de concentración, alambradas de púas y con vigilancia de soldados senegaleses —¡en la libre Francia! — pasamos al sosiego de las tierras dominicanas, donde se nos dio la más cordial y generosa de las acogidas” (1950: 30-31).

²⁶³ En la primera parte de su artículo “Mi visión de los dominicanos y de este país”, Natividad Manuel de Ángeles, con cinco años residiendo entre nosotros para la época, opone a la casuística de los malos ratos pasados en el aeropuerto y en el transporte público, el hecho de que “cuando se visita la República Dominicana, te encuentras con la agradable sorpresa de que estás ‘como en tu casa’”, aparte de que, a su juicio, “Abundan los dominicanos que se ‘desviven’ por ti” (Listín Diario, 17 de diciembre de 1993, p. 7).

²⁶⁴ Hostos (1979: 19): “El pueblo dominicano es hospitalario, sencillo y generoso; amante de su patria y decidido defensor de ella; necesariamente laborioso, porque es enérgico; orgánica, instintivamente capaz de la más positiva de las virtudes económicas, el ahorro, porque es sobrio y temperante.”

²⁶⁵ Meriño (1984: 102): “El carácter dominicano es naturalmente franco, jovial, desinteresado, leal y hospitalario. Los habitantes de las ciudades principales se distinguen además por sus maneras corteses y por la finura y delicadeza de su trato. Las vicisitudes políticas que ha sufrido Santo Domingo, y sobre todo las continuas luchas civiles, han convertido al dominicano en un pueblo belicoso. Sin embargo, las masas conservan todavía su natural manso y su índole bondadosa.” En parecidos términos se expresará, ciento treinta y dos años después, Francisco Domínguez Brito, a la sazón Procurador Fiscal del Distrito Nacional, además de agregar otras muchas cualidades bellas de ver: “el dominicano no es violento de por sí, no es por naturaleza criminal ni ladrón, hay muchos valores que han caracterizado a la nación, al país, que se expresan en la solidaridad, hospitalidad, valores del matrimonio, de lo que es la familia, la figura del padre, la figura de la madre, cuestiones concretas que dan una idea de que hay valores enormes que caracterizan a la sociedad dominicana. Basta ver el valor que tiene la madre en nuestro entorno, tanto en la vida como en la muerte, son valores de respeto que caracterizan al dominicano sin distinción de riqueza o pobreza. Todo esto quiere decir que nuestra nación es más de valores que de antivalores, de cosas positivas que de cosas negativas” (Sociedad Civil, septiembre 1999, Año 1, No. 5, p. 2).

El límite del sentido de la hospitalidad lo pone, en la mentalidad del dominicano medio, esa condición de “amante de su patria y decidido defensor de ella” de que habla Hostos. En efecto, frente al entreguismo, la falta de fe y el exceso de apertura de boca en boca va una noción, que aún burla y censura: “complejo de Guacanagarix”, que no puede sino ser de factura vernácula. Remite a la actitud asumida por el cacique de El Marién, una de las cinco grandes regiones en que estaba dividida la isla que hoy habitan los haitianos y los dominicanos a la llegada de los españoles en 1492. Fue el primero que entabló relaciones con Cristóbal Colón, a quien recibió con todos los honores; en el territorio a su cargo fue construida la primera edificación ibérica en América, el Fuerte de la Navidad. Por aquellas tierras penetraron, en dirección hacia el centro del país, los descubridores, para la Europa de la época, de estas tierras nuevas a sus ojos. Guacanagarix no sólo los abasteció de los alimentos necesarios, sino que incluso los acompañó en la expedición de exploración del Cibao, al otro lado de la Cordillera Septentrional. Conexa a esta idea es la del celo patrimonialista que al despuntar el presente siglo identificaba como una de las características de la condición dominicana uno de nuestros diarios de circulación nacional.²⁶⁶

Probablemente, la apertura del dominicano hacia el que llega tiene mucho que ver no sólo con su condición de pueblo joven, en el que buena parte de la población presume de tener un abuelo o un bisabuelo español, sino con aquella índole que Alexis Gómez Rosa le adjudica de “ser en tránsito”; por cuanto, en su particular manera de enfocar la cuestión, una y la misma cosa son el dominicano que habita allende nuestras fronteras y el que reside en el espacio vital del Estado que nos son propios. Luego, no es que esté en camino de dejar-de-ser, sino que su identidad es, justamente, la de una entidad moviente, que, por lo tanto, detenta, pues, esa estructura, ese modo de ser. Dominicanidad es, a su vez, sinónimo de mudanza y transterritorialidad. Que *lo normal*; “lo lógico”, “lo natural” es que la gente “vaya y venga y no se detenga”; en suma, el desplazamiento. Ver que la gente llega o se marcha, justo como en los tiempos de la

²⁶⁶

“Uno de los mayores atributos del pueblo dominicano es el reconocido celo por su patrimonio, sea este individual, familiar o nacional. Desde el más humilde hasta el más encumbrado ciudadano de este país ofrece claras muestras de reservas ante hechos o actitudes que puedan significar algún cambio en lo que considera su particular o compartido patrimonio” (editorial del Listín Diario, 4 de marzo de 2000, p. 8 A).

colonia (1492-1821). En efecto, hay mérito en partir, y en llegar entre nosotros. Un cúmulo grandioso de preconceptos favorables preceden o acompañan a quien llega y a quien se va; un aura especial lo envuelve, lo cubre, lo proyecta. Se sigue, entonces, que la noción de diáspora no aplica en nuestro caso —ni expulsión ni prohibición, tácita ni expresa, de retorno al lar nativo—; acá se será siempre bien recibido; que poco o nada importa si se es nativo o no.

Fueron tantas las veces que vimos partir a gente querida o admirada hacia España o hacia Tierra Firme, como llamamos durante siglos a la masa continental americana, que uno más, una más, no hará la diferencia. Con todo, lloramos y colmamos de calideces a quienes se marchan, pero reímos y hacemos fiesta al que llega. Ir a despedir o a recibir al aeropuerto a parientes y amigos es una verdadera tradición entre los dominicanos, y hay que estar allí para apreciar el derroche y la autenticidad de las emociones y los sentimientos que a cada instante brotan a borbotones. Diríase que vivimos la vida en el poema que cada conciudadano escribe al partir o al regresar. Es innegable que algún impulso heroico deambula por nuestro mundo interior, un algo que nos induce al lance o a la hazaña, y que, al mismo tiempo nos llama de regreso al terruño. Ese espíritu de aventura que tan bien encarnan los Colón, los Roldán, los Barrionuevo, los Ovando, y los cientos de miles de españoles que un día partieron de la Península hacia América, y que tan magistralmente expresa-caracteriza-representa el genio de Cervantes en don Quijote no menos que en Sancho Panza, tan propios de “la España andariega y mejor” del Franklin Mieses Burgos de *Clima de eternidad* (2000: 171). Ese impulso no sólo permanece despierto en los dominicanos del presente, sino que conserva la recia vitalidad de otros tiempos.²⁶⁷

²⁶⁷ “El ser dominicano es un ser en transición. Santo Domingo se forma realmente con migraciones sucesivas que todavía no terminan. No creo que haya necesidad de hablar del dominicano de los países y del dominicano que se ha quedado. Porque el dominicano se ha desplazado en forma circular históricamente. Esto es: viajando sobre una carretera de dos vías. Un país formado por migraciones sucesivas como ningún otro en la cuenca del Caribe, vive siempre con sus puertas abiertas. Por eso nuestra cultura es tan variada. Es el legado de negros, de blancos, de árabes, de chinos, que forman parte de ese nacional disperso por las cuatro esquinas del planeta, pero fortalecido en su integridad étnica. (...). Realmente, el dominicano es un ser inquieto, un espíritu intranquilo. Esa intranquilidad se manifiesta en su desplazamiento. Así como el campesino emigra hacia la ciudad, el ciudadano anhela cruzar el mar y recorrer amplios territorios, como los del sueño. La realidad de muchos criollos no la determina una economía precaria sino un ansia de ser y conocer” (Vetas, Año VII, No. 52B, diciembre de 1999: 10), lo cual no obsta que seamos “una comunidad verdaderamente integrada, desprejuiciada y diferente” (*loc. cit.*), ni nos ha impedido colocarnos a la altura de los tiempos (*id.*: 14).

Los encomios a la nación dominicana se han multiplicado a lo largo de nuestra historia, y aún en los casos en que algunos de los autores que vamos a considerar a continuación dejan ver alguna falla, la presentan con tal sutileza que la hace aparecer como algo accesorio o casual. Meriño y el propio Hostos agregan a las ya vistas, numerosas afirmaciones laudatorias del modo de ser de los dominicanos, ya en sentido general, ya en referencia a algunos de sus estratos y sectores componentes. En esta misma línea de frecuencia encontraremos a Pedro Francisco Bonó (1828-1906), como pone a descubierto Julio Minaya²⁶⁸. El dominicano del imaginario del P. Meriño sobresale por su ingenio²⁶⁹ y por su aguzada inteligencia, lo mismo que por su vocación para el disfrute de la vida; al campesino, de privilegiada contextura física, la vida circular a que se ve compelido, no le impide ser depositario de una “fina perspicacia”. De igual manera, su inmanente propensión al sano esparcimiento en nada empele la natural laboriosidad de hembras y varones.²⁷⁰ Por uno de esos acasos de la historia, ciento once años después topamos con dos de las ideas de Meriño en boca de una figura planetaria de la iglesia católica, el Papa Paulo VI, precisamente en referencia

²⁶⁸ Minaya, J.: “La filosofía de lo social en Pedro Francisco Bonó” (*Primer Congreso Dominicano de Filosofía. Memorias. Balance y utopía*, s/f: 59-64) y “Pedro Francisco Bonó” (*Logos*, Año 1, No. 1, septiembre de 1999: 17-20).

²⁶⁹ La idea de la creatividad inherente al pueblo llano también está presente en la comunidad imaginada de que nos habla Alexis Gómez Rosa, quien asume como discurso-verdad, en 1999, que: “La respuesta del dominicano ante los avatares de la vida ha sido una creatividad sorprendente, plural. Más que dar la voz, ofrece el coro, porque está respondiendo con el sentir y la pujanza de una colectividad, que no se somete a las normas de uso y costumbre” (*Vetas*, Año VII, No. 52B, diciembre de 1999: 10).

²⁷⁰ Meriño (*loc. cit.*): “En fin, el dominicano es de imaginación viva y ardiente, de claro entendimiento, pero muy apasionado; y ama el ocio, el regalo y las diversiones. El hombre del campo se distingue por su constitución robusta; atlética, y por su gran resistencia en las fatigas; posee una fina perspicacia; pero vive esclavizado a la rutina en todo. Las dominicanas son de bellas formas, de trato llano y delicado, laboriosas y muy aficionadas al baile y a todas las diversiones.” La idea de la alegría del dominicano, que también encontramos en Meriño es otra de esas *prisiones de larga duración* de que habla F. Braudel a propósito de sus estudios acerca de la cultura mediterránea. Mientras redacto este capítulo, he leído en la prensa el parecer de otro hombre de iglesia, Monseñor Benito de la Rosa y Carpio, Arzobispo de la Diócesis de Santiago, en torno a ese tema, y en el mismo tono amable y comprensivo: “Los dominicanos somos alegres por naturaleza. El dominicano hace fiesta, incluso cuando no tiene motivo para éso. El dominicano está tentado a hacer mucho ruido en medio de sus fiestas. Ojalá corriamos el ruido excesivo porque hace daño, porque es una contaminación y pierde el sentido de las fiestas. (...). Gracias a Dios ya tenemos comunidades que son capaces de protestar ante el ruido” (*Listín Diario*, 19 de julio de 2011, p. 10 A).

a la República Dominicana: las peripecias históricas y el entusiasmo fervoroso de los dominicanos.²⁷¹

Eugenio María de Hostos es aun más pródigo que el P. Meriño. De esa índole bondadosa que con tanto alborozo atribuye éste a los dominicanos en 1867, encontramos ecos tardíos en una serie de artículos que, en 1892, publicaría en la prensa chilena.²⁷² El denuedo, el patriotismo, la laboriosidad y una sobriedad que inclina hacia la auto-conservación y hacia la integración social (1979: 20-21, 186), son otras tantas inclinaciones valiosas que el gran antillanista encuentra en los dominicanos. La idea de la bondad inherente al pueblo dominicano también resonará, todavía en 1988, en la voz del Cardenal Beras Rojas, durante el acto de bendición de la escuela y de la biblioteca de la Parroquia del Carmen, en Santo Domingo.²⁷³ Aun más, a finales de 2001, la periodista Asela María Lamarche se refiere a sus conciudadanos en términos parecidos: “nosotros los dominicanos, (somos, aa) serios, de buen corazón”, cualidades a las que agrega la gratitud y el efecto esperanza.²⁷⁴

²⁷¹ Aconteció el 31 de mayo de 1976, durante la audiencia privada que el Papa concedió al primer Cardenal dominicano, Octavio Antonio Beras Rojas, y sus acompañantes, momentos después de su ordenación. El reporte es de Monseñor Francisco José Arnáiz: “La República Dominicana es algo muy entrañable para mí. Y lo es desde hace mucho tiempo. Me la hizo querer mucho un Embajador (...) Don Tulio Franco (...). Fue en las reuniones semanales que teníamos con el Cuerpo Diplomático, cuando yo estaba en la Secretaría de Estado. (...). Cómo fue la tierra que más amó Colón; cómo allí se dijo la primera misa en el Nuevo Mundo; cómo después ese pueblo ha tenido tantas dificultades y cómo las ha ido superando. Ustedes tienen ciertamente una gran gloria: el haber sido cuna de la cristianización en América y el haber expandido desde allí la fe a todo un Continente. Al llamar, pues al Arzobispo de Santo Domingo al Cardenalato y unirlo así a la Iglesia Romana, hemos querido también honrar a la Nación dominicana y a toda la Iglesia dominicana que tiene una bella y difícil historia. Yo sé que es un pueblo ferviente. Tienen, sin embargo, que trabajar mucho para que esa nación sea un modelo de sociedad humana y cristiana que se irradie a toda la América Latina” (Bello Peguero, 1994: 99-100).

²⁷² Hostos (1979: 114 -115): “si algún día llega aquel buen pueblo a tener un buen gobierno, y éste siendo bueno, atiende a la cultura general de aquél y procura la formación de espectáculos educadores del gusto y civilización de las costumbres, no serán los quisqueyanos los últimos hijos de América en lo tocante a gusto artístico”. *Cfr. íd.*: 112.

²⁷³ Bello Peguero (1994: 77-78): “Cuando yo veo ‘los chismecitos’ que se arman de vez en cuando por causa de la política, siempre digo lo mismo: Eso pasa, y resurge la bondad que hay en el corazón de cada dominicano. (...). Somos un país pequeño pero bueno. Gritamos más de lo que debíamos. Pero gritamos porque queremos más. No nos conformamos con lo que tenemos. Lo que quiere decir, que deseamos progresar. Nos quejamos de cualquier falta por pequeña que sea y andamos escudriñando en las palabras que se dicen a ver si hay algún corte que dar en algún lado. Pero eso indica la bondad del corazón de nuestro pueblo. Queremos aplaudir pero buscamos primero a ver si hay algo que criticar. Y si hay que criticar se critica, aunque después se diga: esa persona es muy buena, pero... él tiene buenas intenciones.”

²⁷⁴ Lamarche, “Nuestro Cardenal, el verdadero defensor del pueblo” (Listín Diario, 30 de diciembre de 2001, p. 16).

Ahora bien, no todo ha sido luminosidad y encomio entre los dominicanos. Así como hay una visión del propio ser en la que el defecto y la vía de solución marchan en paralelo, y otra de la que el este pueblo-nación aparece nimbado con las más gratas cualidades humanas, también existe una república del imaginario en la que todo, al parecer viene a mal, nada parece tener sentido, y es poco o nada lo que puede hacerse en su favor. Es posible rastrear, sobre todo entre los dominicanos del último cuarto de siglo, un discurso de la condena tanto o más radical que las calas de la visión apologética. Mi tesis es que si hemos de hablar de la existencia de una visión pesimista del dominicano y de lo dominicano, con relación a los modos elaborados de nuestro imaginario, ésta es la que describimos en los párrafos que siguen, con el hándicap de que es este modo de conciencia, no ninguno de los otros dos, el que mejor empalma con la mentalidad del dominicano medio. Sea que encuentre en ésta su aliento o su punto de partida, o sea que haya ejercido algún influjo en su configuración, refuerza entre los dominicanos una percepción de ellos mismos que en poco o nada contribuye a ayudarle a salir del presunto estado que estas voces ponen de relieve.

7.2 La delgada línea entre la autocrítica y el denuesto

Los esfuerzos de auto-percepción, tengan del carácter que tengan, son modelos orientadores de la atención y de la conducta. El imaginario social está constituido por una gama de figuraciones a través de las cuales vemos del mundo unas cosas y otras no; o las vemos, pero sólo del modo que nos está dado, de antemano, verlas. Como bien dicen M. D. Avia y C. Vásquez (1999: 214), “las ideas, cuando son estereotipadas, reducen la complejidad de la realidad y pueden llegar a caricaturizarla”. Para más veras, incluso los quehaceres de los científicos y de los filósofos pueden verse condicionados por ese marco invisible que deriva del sistema de creencias generalmente aceptado en una época determinada, y que algunas mentes privilegiadas, de siglo en siglo, hacen saltar en pedazos, abriendo de par en par las puertas a una ampliación del horizonte de la mirada, de la razón y de la sensibilidad. No se trata de enfocar la cuestión en términos de oposición entre verdad y falsedad. La historia de la racionalidad es un rimero de aproximaciones sucesivas, si bien la estructura del mundo, y del cosmos en sentido general, ha sido ontológicamente la misma. Lo más

sorprendente es, no obstante, el hecho de que, en cada caso y en cada época, el nivel de los conocimientos alcanzados desde aquel marco general le haya permitido a la humanidad vivir, dar nuevos pasos en el proceso de aprehensión del multiverso, y crear las condiciones para la superación del estado actual de los conocimientos, que es como decir para seguir construyendo una imagen del infinito universo cada vez más aproximada a la verdad. Acaso a ello se referiría Nietzsche cuando escribió que “la ciencia es un conocimiento útil pero falso”.

El cambio en la imagen general del universo incide más rápido y más directamente en la *intelligentsia* que en la población llana. Las variaciones acaecidas en la conciencia crítica de la sociedad (científicos, académicos, filósofos) pueden llegar a registrar diferencias de siglos antes de adquirir carta de ciudadanía en la conciencia ingenua. En el habla popular de los dominicanos del presente sobreviven antiguallas que, bien miradas las cosas, expresan absurdos o falsedades eminentes. Por ejemplo, todavía hoy es frecuente escuchar a nuestra gente decir que “el sol se levanta”, que “el sol se acuesta”, que “el sol sale para todos”, vestigios del imaginario pre-renacentista que daba por sentado que la tierra era el centro inmóvil de nuestro sistema solar. La mentalidad de los hombres medios se rige por el principio de resistencia, de las prisiones de *longe durée*. Nada asegura que una idea, un concepto o un descubrimiento científico sustituya a su par en el ámbito de las creencias. Puede acontecer, pero no es *necesario*. Buena parte de las posiciones estudiadas en el capítulo anterior, sindicadas, erróneamente, como expresiones del Gran Pesimismo Dominicano, habitualmente vinculan falla y propuesta de solución; luego, es una *contradictio in terminis* calificarlas de *pesimistas*.

Las edulcoradas, por su parte, no ven más que luz y aciertos sin término. Ninguna de las dos posiciones son verdaderas ni falsas desde el punto de vista del estudio del imaginario y de las mentalidades. Determinar su valor de verdad corresponde, más bien, al sociólogo y al historiador. Desde el punto de vista filosófico, importa más saber cómo han operado históricamente estas imágenes de los dominicanos, y cómo contribuyen a la formación de juicios y a modelar la conducta de grupos e individuos, muy especialmente de gobernantes y funcionarios, privados o estatales, cuyas consecuencias, en unos casos más que en otros, ha vivido en carne propia la población. Como afirman, con razón, J. H. Coatsworth y C. Rico (1989: 15),

“las decisiones, y no las imágenes, son las que hacen que el mundo gire. Sin embargo, las imágenes afectan las decisiones (...), las imágenes culturalmente condicionadas y los estereotipos ejercen un efecto poderoso sobre la toma de decisiones. Las imágenes y el lenguaje compartido por la élite política, la información y el conocimiento manejado por círculos académicos, y las imprecisiones más difusas que dominan el espectro más amplio de la sociedad no tienen las mismas implicaciones prácticas”.

En el esfuerzo continuado de asignar una estructura de ser a lo dominicano y a los dominicanos, no todo ha sido rosas, ni búsqueda de equidistancia, ni prosecución de solución a males o presumibles disfunciones. Paralela a estas opciones ha transitado una corriente perceptiva cuya nota diferencial ha sido el absoluto rechazo a cualquier posibilidad, regeneración o reviviscencia de la República Dominicana, con la perniciosa consecuencia de que este modo de entender el tópico, a diferencia de aquéllas, sí ha encontrado eco, correlato o afincamiento en la conciencia ingenua. Pero bien cabría pensar, también, justamente lo contrario. Entre los textos que reseñaré y comentaré a continuación, el más antiguo data de 1987, y, cuando nos ocupemos, más adelante, de la percepción del dominicano a través de su propio refranero, en el apartado final de este capítulo, se verá que el talante pesimista de la imagen que de sí mismo tiene el ciudadano promedio es mucho más antiguo, conforme a las recopilaciones y registros disponibles.

La siembra sistemática de desesperanzas tiene en la expresión de Nicolás Sánchez, comentada en el capítulo anterior, su sillar primigenio. Aunque esta perspectiva tiene la misma pretensión de verdad que la edulcorada o apologética, no es menos sesgada, y sí merecerían sus cultivadores el calificativo de pesimistas; no Hostos ni Lugo, ni García Godoy, ni Peña Batlle, ni Bosch ni Balaguer, entre otros, como sostienen por separado Francisco Antonio Avelino y Federico Henríquez Grateraux.²⁷⁵ Creo haber ilustrado fehacientemente esta hipótesis de trabajo en las páginas precedentes. Ahora nos ocuparemos de las expresiones, los calificativos, las tesis y los

²⁷⁵ El artículo “Imagen y representación del dominicano”, de Carlos Andujar Persinal (Isla Abierta, domingo 19 de marzo de 2000, p. 20) constituye un eco tardío de este punto de vista: “Desde distintas versiones ya muchos pensadores nos han interpretado, descargando desconfianza, temores, dudas y pesimismo acerca de nuestras posibilidades como nación y de la viabilidad de un proyecto nacional. Tenemos los casos de José Ramón López, Américo Lugo, Manuel Arturo Peña Batlle y Joaquín Balaguer, por sólo citar algunos de los más destacados”.

argumentos de aquellos dominicanos en cuyo imaginario la República presenta la forma de un trazo borroso sin sentido, sin esperanza posible y sin razón de ser. Pero lo haremos de menos a más; esto es siguiendo una línea imaginaria de los menos radicales a los más extremistas.

Con el primero de los interlocutores invitados a este apartado, Héctor Williams Zorrilla, ocurre justo lo contrario a lo que veíamos, en el capítulo inmediatamente anterior, que acontece con el Cardenal Octavio Antonio Beras Rojas y la artista Jenny Polanco, dos expresiones de la percepción apologética de la dominicanidad. En éstos, las fallas que exhiben sus connacionales son, de puro accesorias, insignificantes; y es tal el énfasis que ponen en los aspectos positivos del cuerpo social general que sus objeciones a penas si son notorias o dignas de preocupación; nada que no sea superable al más mínimo impulso de la conciencia, al más elemental desplazamiento de la voluntad. En Zorrilla, por contra, es tal el hincapié puesto en los elementos negativos que, a duras penas se advierte que deja abierta la posibilidad de introducir algunas modificaciones mediante la intervención “gradual y sin violencia agresiva” en el “material psicológico del que está hecho o constituido el dominicano como sociedad”, habida cuenta de que “estos rasgos de primitivismo en la psicología del dominicano son resistentes a los cambios”. El breve ensayo en que expone estos perceptos²⁷⁶ se inicia con la remisión del lector a dos figuras de autoridad de la sociedad dominicana de la segunda mitad del siglo XX. Al primero de ellos está dedicado el texto: “A don Rafael Herrera, de quien primero leí esta frase: ‘Hay demasiados ingredientes de primitivismo en el alma dominicana’. Ella originó la idea de este trabajo”.

La primera frase del artículo conecta punto por punto con la anterior: “Hace algún tiempo Peña Gómez dijo que esta era una sociedad primitiva”. A seguidas, el autor pasa a enumerar cada uno de los signos de esa presunta tosquedad cercana a la barbarie que cree encontrar en la estructura mental y conductual de la Nación. El primero se refiere a la inclinación a hacer bromas incluso con sus situaciones dolorosas: “El dominicano disfruta, hedonísticamente sus carencias”, según nuestro autor. El segundo indicador se refiere al caso del ciudadano poco favorecido por la sociedad que

²⁷⁶

No son ideas, porque él cree en sus afirmaciones; ni conceptos, porque no han sido estructurados a la manera que, desde Aristóteles y Porfirio, aprendimos a elaborar estos recursos del conocimiento en Occidente.

aun cuando no gana “suficiente dinero para auto-sostenerse (...) tiene varias mujeres, porque así es como demuestra que es ‘un macho de hombre’”²⁷⁷ y, he ahí el tercero: la inclinación a “darse una buena ‘juma que le dure hasta el otro día’”. El cuarto también corresponde al ámbito de la casuística, aunque el autor no parece advertirlo; remite a aquellas situaciones en las que “un policía de tránsito, en vez de llenarle un formulario (multar) a un transgresor (...), usa su revólver y mata al conductor”. El quinto, aunque menos, tampoco puede ser asumido como una constante universal; se refiere al alto índice de asesinatos por celos, motivados por el sentimiento de posesión en las parejas que afecta por igual a los varones y a las hembras. Con la puesta en relieve de la “rigidez mental, la inflexibilidad de su personalidad”, y “una psicología de hojalata”, que implica la renuncia de hecho a cualquier intento de previsión y de planificación, pues “se vive al día”, Héctor Williams Zorrilla completa el cuadro del “Primitivismo en la psicología del dominicano” (Isla Abierta, suplemento del periódico Hoy, 14 de febrero de 1987; p. 18).

La imagen del dominicano que emerge de la primera parte de las “Dominicanadas al garete”, de Rafael de Jesús Campos (Isla Abierta, 2 de marzo de 1990; p. 21), se corresponde con la de un atestado de desorden, siempre presto, por demás, para el engaño y, para colmo, a hacerse el tonto, cuando se lo pone en evidencia. Aparte de que no existe una hora oficial, los fabricantes de bebidas promueven unos envases contentivos de unas capacidades que no se corresponden con el volumen de sus mercancías; de la misma manera que en los supermercados, si no se permanece en estado de alerta, se puede terminar pagando por encima del importe del propio consumo. No hay que descartar del todo la posibilidad de que percepciones como éstas hayan reforzado los puntos de vista que llevaron, en su momento al jurisconsulto Eduardo Jorge Prats a desembocar, pero sin conformarse ni aceptarlo como algo dado de una vez y para siempre, en la conclusión de que “el dominicano desconfía de sus

²⁷⁷ Cfr. Balaguer (1990a: 232-233): “Lilís continuaba siendo el mismo hombre de armas que se inició al lado de Luperón y que superó, como guerrillero y como genio político, a su maestro. Su naturaleza física, en cambio, se hallaba ya minada por una actividad excesiva y por el abuso que hizo de sus poderes sexuales. Su edad frisaba ya casi en el medio siglo. (...). Aún antes de asumir el poder sus relaciones amorosas fueron siempre desorbitadas. Se le reconocían más de veinte queridas, la mayoría de ellas residentes en la propia capital de la República. (...). Esa ruina física se convirtió para él en una de sus principales preocupaciones. Como sicólogo intuitivo, conocedor más que nadie del alma de su pueblo, se sabía menoscabado en lo que constituía para todo dominicano el signo por excelencia de la hombría”.

conciudadanos, de su propia capacidad para participar en la vida pública y tomar decisiones”, lo cual “explica hasta cierto punto la prevalencia de una cultura eminentemente autoritaria en nuestro país”.²⁷⁸ Jorge Prats llega a esa conclusión a propósito de sus vivencias tras haber tomado parte, junto a diversos profesionales, en dos coloquios en torno a una eventual reforma de los sistemas penal y de seguridad social dominicanos, respectivamente. Planteada la posibilidad de aplicar el sistema de jurados en el que interactuarían expertos y miembros del pueblo llano, buena parte de los expositores se opuso “sobre la base de que el pueblo dominicano, por inculto, por veleidoso, por pobre —lo cual lo hace susceptible de ser sobornado—, no está preparado para juzgar a los sometidos a la acción de la justicia, labor que debe dejarse —como ahora— en manos de jueces profesionales”.

En el segundo simposio eran otros los actores, pero la tónica de las intervenciones fue la misma: “que los dominicanos no estaban preparados para tomar decisiones acerca de sus ahorros, decisiones que, a causa de la ignorancia de la gran mayoría de los dominicanos, debían dejarse en manos del Estado, quien podía hacer una decisión más inteligente”. Una de las conclusiones preparatorias a que arriba Jorge Prats es de suyo elocuente, toda vez que constituye un retrato bastante aproximado del estado de espíritu de costados completos de los sectores medianamente cultivados de la República Dominicana del presente, en cuyas estructuras mentales, a diferencia de lo que acontece con las obras de los clásicos del pensamiento nacional, se puede advertir

²⁷⁸

En el artículo “La política del olvido” (Listín Diario, 13 de septiembre de 2001, p.15 A), de Emmanuel Ramos Messina, encontramos, dos años y tres meses después, dos de los elementos señalados por Jorge Prats: la desconfianza y la subsecuente inclinación autoritaria, y un tercero, la desmemoria, del que nos ocuparemos en el apartado siguiente: “el dominicano es un ser que duda, escéptico, que desconfía hasta de su propia sombra, que ‘anda bronco’, y ‘chivo’, y que cada mañana amanece solo como el héroe del pan, de los impuestos y de la incertidumbre. Así, si nos fuera pedida una definición, nos liberaríamos diciendo que somos unos mestizos que dudan, y no hablamos de la duda de Descartes, Erasmo, Voltaire y Sócrates; ni de la del que vacila entre dos ideas, proposiciones o tesis, entre las cuales la mente se siente fluctuante. Es la dolorosa duda del escéptico, del animal maltratado por las circunstancias del ambiente”. Es por esto último que esta duda que, bien miradas las cosas, haría un formidable servicio a la reflexión y al libre juego de las ideas, ingredientes básicos de la pluralidad y la tolerancia, entre nosotros a duras penas nos sirve, según él, para escudar una cierta desidia y una callada vocación totalitaria: “la mentira más grande, la más colosal, es la de que somos una ‘República Democrática’, cuando la verdad es que somos una monarquía coronada con el artículo cincuenta y cinco de la Constitución (...); vivimos en regímenes en los que la fuerza y el ilegalismo del poder andan con antifaces, bicornios, condecoraciones, palios, caretas, disfraces dulcificados con piel de caramelo, y alegando que luchan desinteresadamente por ‘el bien público’ y ‘la felicidad nacional’ (...). Históricamente aquí no elegimos hombres, sino emperadores de la fuerza, de cuya delegación y elección vivimos eternamente arrepentidos. Elegimos ciudadanos que se fortifican en el poder. Somos una democracia que eternamente vive suicidándose arrepentida, y aún así, con una botella de ron todo se olvida, y decimos que somos felices”.

“cómo debajo de la oposición a dos reformas tan disímiles —la reforma procesal y la seguridad social— subyace un mismo prejuicio, un mismo estereotipo: los dominicanos no son aptos para tomar decisiones, éstas hay que dejarlas en manos del Estado o de un grupo de sabios que deciden mejor porque saben más” (“Desconfianza del individuo”, Rumbo, 7 de junio de 1999; p. 29). Esa tendencia a descalificar a la gente de pueblo, al individuo separado de la estructura de dominio encuentra eco a veces, incluso, en reputados académicos; así, el 29 de noviembre de 1999, a bordo de un autobús de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, en el marco de una conversación, un reconocido sociólogo dominicano, cuyo nombre omito por razones éticas, me dijo, como si de pronto le llegara a la mente un corolario de uno de los postulados de la Geometría euclidiana, que “el dominicano es un pueblo depredador y parasitario”.

Este aserto no tiene el mayor valor de orden científico ni argumentativo; se lo incluye aquí meramente a modo de ilustración de que las yugadas del imaginario colectivo y, en sentido general, los ramales de creencias que informan a la mentalidad, no son, en manera alguna, exclusivos del pueblo llano. De hecho a ésta expresión podrían agregarse otros muchos ejemplos, como la afirmación del Dr. Ramón Morel Cerda, a la sazón Presidente de la Junta Central, el 29 de noviembre de 1999, recogida por el noticiero “Mundo Visión” de la planta televisora Color Visión, de que “el dominicano lo deja todo para última hora”; la opinión expresada por Antinoe Fiallo, durante su intervención, el día 18 de febrero de 2000, en el seminario “La Sociedad Dominicana del Siglo XX”, para quien “los dominicanos tenemos una tendencia autoritaria y dictatorial muy grande”; la afirmación de Hipólito Mejía, en el fragor de la campaña electoral para el período constitucional 2000-2004, de que “el 99.9 % de los políticos latinoamericanos, y de los dominicanos en particular, son corruptos”; o, ya electo Presidente de la República, ante el empuje de sus compañeros de partido para que terminara de anunciar los nombres de quienes ocuparían a los principales puestos en el nuevo Gobierno: “La mayoría de la gente no está acostumbrada a la apertura ni a la transparencia (...), no entiende sobre actitudes transparentes ni está acostumbrada a la apertura, porque le gusta más que le envuelvan las cosas y le ‘allanten’. (...). Ya está bueno de tanta democracia. Todos los demás cargos saldrán ya después del 16 de agosto” (El Siglo, 11 de agosto de 2000; p. 6A).

7.3 El discurso de la condena

Uno de los campos comunes de viejo repetidos (*longue durée*) acerca del modo de ser de los dominicanos es la desmemoria. Una anécdota, y la afirmación de un veterano director de diarios y revistas del país ilustrarán de manera elocuente esta variante auto-perceptiva. La conseja es la siguiente: al fracasar el intento de Anexión a España (1865), fue facilitada la salida del país a todos aquellos que habían tomado partido a favor de la antigua metrópoli. La mayoría de los que tomaron el camino del exilio fueron a dar a Cuba y a Puerto Rico, posesiones españolas en América. Algunos se asentaron en Curazao y Saint Thomas. El P. Francisco Xavier Billini (1837-1896) estuvo, primero, en Cuba; y, luego, en Saint Thomas, donde, años después, se encontró con Gregorio Luperón. Grande fue la sorpresa de éste, quien no perdió tiempo para preguntarle al sacerdote por qué no regresaba Santo Domingo, donde era querido y respetado, y donde, además, todo el mundo le conocía. El P. Billini le contestó que le daba vergüenza regresar, en razón de que había apoyado la Anexión, a lo que Luperón respondió con la siguiente exhortación: “No ombe Padre, váyase para Santo Domingo, regrese a su tierra, que en Santo Domingo tó’ se olvida”.

En efecto, el P. Billini regresó a la República Dominicana, y no fue sino a su retorno al país que fundó las instituciones de beneficencia por las que se le tiene como el filántropo por excelencia (el Hospital que hoy lleva su nombre, el Orfelinato, la Lotería Nacional, el colegio “San Luis Gonzaga”). La posición de Rafael Molina Morillo es mucho más radical que la de Gregorio Luperón, pero coincide con aquélla en que no deja punto de escape ni espacio para la consabida excepción a la regla: “Los pueblos tienen mala memoria, y el pueblo dominicano más que ningún otro” (“Un libro para recordar lo que no debemos olvidar”, *Listín Diario*, 10 de octubre de 1999; p. 5), lo cual por demás, a su ver, expresa el carácter circular de nuestra historia. Alrededor de un año y siete meses después, el fantasma de olvido, presuntamente inherente a los dominicanos, estira sus alas y reclama una presencia cada vez más activa. La vocería esta vez correspondió al periodista Tony Pina: “La memoria siempre nos falla a los dominicanos. Hemos hecho del olvido una cultura, una cultura acomodada a nuestros intereses y a nuestras circunstancias” (“El porqué de lo que somos”, *El Siglo*, 30 de mayo de 2001; p. 7B).

Otra línea de frecuencia bastante acentuada en la mentalidad del dominicano es la tendencia a comparar su país y su sociedad con otro u otros, casi siempre con saldo negativo para el propio, la cual aparece expresada con riqueza de matices y colores en la serie paremiológica “Este es el único país del mundo que...” y “En ninguna parte del mundo...”, que veremos en el apartado final del este capítulo. Cualquier ocasión es buena para criticar de la manera más acre posible nuestros usos o el entramado institucional que nos es propio, hasta el punto de que el enviado norteamericano David D. Porter lo anota como uno de los rasgos diferenciales del San Francisco de Macorís de inicios de la República (Deive, 2009: 154). De un pueblo que reserva para sí mismo semejante actitud y que descarga sobre sus nacionales y sus instituciones un alud de calificativos como los ya aludidos y como los que se verán a continuación, debería esperarse, con justa razón, una postura de radical cerrazón respecto al que llega y, por lo menos, idéntico tratamiento en la percepción de sus convecinos de cerca y de lejos, pero no es así. Antes bien, es lo contrario. Los dominicanos suelen, incluso, estar dispuestos a aceptar la superioridad de cualquier otro Estado-nación sobre el suyo en algún plano; conocerlo o no conocerlo, no hace la diferencia. Acaso aquí resida una de las motivaciones profundas por las que el dominicano ansíe no sólo viajar, sino irse de su país, no importa por qué ni hacia adónde; aun cuando ya estando allí, se desviva por retornar al suyo. A la mejor oportunidad, sin que medien muchos razonamientos, está en la mejor disposición de emigrar.²⁷⁹ Quién sabe cuánto de aquel sentido de lo heroico y de lo caballeresco del español de los siglos XV y XVI, aún se agite con fuerza en nuestro mundo interior. En fin, la cuestión es que cualquier caso deviene paradigmático, con tal de que logre rebajar los méritos del propio ser.

Desde Haití hasta Estados Unidos, desde Cuba hasta Costa Rica... algo superior a nosotros ha de aparecer, en algo nos aventajan. De Haití a más de uno deslumbra la persistencia de su cultura, y su supuesta auto-aceptación como Nación negra,²⁸⁰

²⁷⁹ La anécdota que refiere David D. Porter, relativa a lo que aconteció al trabar relaciones de amistad con el cura de Azua, en su *Diario de una misión secreta*, ilustra esta tendencia de la mentalidad del dominicano, que bien podría tratarse de una prisión de larga duración. Carlos Esteban Deive la relata con las siguientes palabras: “La disparidad de credos no fue, sin embargo, óbice para que se hicieran grandes amigos. Cuando Porter le habló del progreso de los Estados Unidos, se sintió sumamente predispuesto a desamparar a su rebaño e irse con él a su país” (2009: 151).

²⁸⁰ No todo es resistencia frente al Haití entre nosotros, como sugiere el percepto puesto en común por Cecilia Remis Mora en su artículo “Antonio Zaglul y la dominicanidad”, en el sentido de que “El nacionalismo que conocemos sólo aparece frente a los haitianos, con sus peores

mientras que nosotros, presuntamente, nos avergonzamos de nosotros mismos y no admitimos nuestra supuesta africanidad. Estados Unidos aparece en el imaginario del dominicano medio como la realización en la tierra de los ideales de justicia, confort y respeto a los derechos del hombre a una vida plena, y como la tierra de la más inaudita abundancia, un país en el que todavía es posible recuperar un espacio-tiempo que tuvimos y que perdimos para siempre; una especie de país de la Cucaña, si no igual, bastante cercano al que describe el viaje del autor de la célebre fábula francesa del siglo XIII: en suma, el de “cuando los perros se amarraban con longanizas”.²⁸¹ De Cuba, oh, su sistema educativo, sus logros en materia de salud pública, la defensa irrestricta de su soberanía; porque nosotros, “¡ay no, qué va!”, somos poco menos que nada en esos renglones. ¿Costa Rica?, un paraíso terrenal en el que ni siquiera hay ejército ni policías, porque la gente no comete infracciones ningunas: “la Suiza de América”, y así sucesivamente... Pero no se trata más que de espejismos, frutos augustos del imaginario que acaso si guarden alguna correlación con los países reales y sus situaciones concretas, e incluso con las personas que en ellos habitan. Bueno sería que académicos, políticos, profesionales y dominicanos promedios, especialmente aquellos que profesan admiraciones idénticas, visitaran esos países, a ver si, a su regreso, aún conservan las mismas percepciones en torno a lo propio y a lo extraño.

Una expresión ejemplar de esta tendencia del imaginario del dominicano hacia el discurso del fracaso o la estética del naufragio sin remisiones, es la del escritor y publicista René Rodríguez Soriano, cuatro meses después de radicarse en Miami,

características de demonización del otro” (El Siglo, 16 de mayo de 2001; p. 39). En Juan Pablo Duarte está tan clara la expresión de su “admiración al pueblo haitiano”, como la de que su apelación a la soberanía nacional en nada transige, bajo ningún concepto. Ahora bien, nunca estará de más recordar que la República Dominicana fue el único país, no sólo de Hispanoamérica, sino del mundo, que alcanzó su independencia en denodada lucha contra Haití, lo cual, quiérase que no, deja sus sustratos y sus resistencias mentales.

281

Le Goff (2010: 115): “Las paredes de ese país están hechas de pescados, ‘lubinas, salmones y arenques’, los cabrios están hechos de esturiones, los techos de tocino, las tablas del suelo de salchichas, los campos de trigo están llenos de carne asada y de jamones; en las calles, grandes ocas se asan dando vueltas por sí solas en los espetones constantemente sazonadas con ajo. En todas las carreteras, en todos los caminos y en todas las calles, hay mesas servidas con manteles blancos. Todo el mundo puede sentarse en ellas y comer, sin que nadie se lo prohíba, pescados o carne, carne de ciervo o pajaritos asados o estofados, y sin tener que pagar nada por ello. En ese país corre un río de vino en el que los vasos y las copas de oro y plata se llenan solas. Una mitad del río está formada por vino tinto del mejor, como el de Baune o el de ultramar, y la otra mitad por excelente vino blanco, como el de Auxerre, de la Rochelle o de Tonnerre. Todo eso también es abundante y gratuito y la gente no es grosera, sino amable y cortés.”

Estados Unidos. Los planteamientos abundan en epítetos y descalificaciones no sólo de la Nación y del pueblo llano, sino, también, del Estado. A su ver, todo anda mal, y no hay posibilidad de solución a la vista. La auto-anulación o la auto-clausura, acaso, sean las sendas más dignas frente al espectáculo deprimente de tanta imbecilidad, tanto desorden y tanta incongruencia. Al otro lado del aeropuerto, un mundo nuevo se abre a nuestros pasos.²⁸² A inicios del mismo mes de noviembre, pero de 1999, Aníbal de Castro había trazado un cuadro igualmente descorazonador. A diferencia de Rodríguez Soriano, no señala sendero alguno a la superación de la situación, aun a condición de que, al igual que en aquél, como dice la expresión popular, “el remedio resulte peor que la enfermedad”.²⁸³ Aquél, al menos, encuentra en el exilio voluntario una salida, y, en ese sentido, diríase que quiebra el cerco. Salta la valla, halla un camino hacia la sobrevivencia, que, por demás, en puridad, nada tiene de nuevo y tiene, de viejo, un nombre; se llama huida. Pero, en honor a la verdad, se sitúa un paso adelante, aunque

282

“A mí el Estado, la sociedad, no me devuelve nada y mucho menos tampoco me reconoce mi trabajo, ni le importa. Entonces, pues no le importa que yo me vaya tampoco, y uno va a otro sitio donde tampoco le importa a nadie pero estoy tranquilo, no voy a tener miedo de que el agua que me voy a beber me va a enfermar o que si yo, qué diablos, y que los vegetales que compro son de calidad y no son tan caros, que en el supermercado no me van a vender vaina vencida y que si me la venden yo puedo demandarlos, pero aquí yo no puedo hacer nada de eso; que la energía que pago es la que consumo y puedo escribir, puedo leer, puedo pagar lo que valen las cosas, no como aquí que yo tengo que pagar muchísimo dinero por un libro, y después que me lo traigo me doy cuenta de que le faltan tres páginas, y cuando voy no me lo quieren recibir. En cualquier otro país yo lo leo y voy y lo devuelvo, y digo ‘no, mira a mí no me interesa ese libro’ y lo devuelvo y me devuelven mis cuartos, entonces, realmente yo me cansé” (Vetas, número 51, noviembre de 1999; p.19). A ser preguntado acerca de si, en caso de que estuviese en el país, votaría en las elecciones de mayo del año 2000, su respuesta fue la siguiente: “No quiero volver a vivir otra penedjada de esas, porque este país es un país de mierda, porque se lo está llevando el diablo, o sea que está jodido, la producción está jodida y todos sus servicios están jodidos, entonces se la pasan un paquete de penedjos haciendo campaña, cada dos años tenemos unas elecciones para elegir una sarta de batracios y elegirlos para que roben y hagan vagabundería y truchimachería... ¡Tú te crees! No, mira, yo no soporto unas elecciones más, yo creo que esa vaina, esto deberían cerrarlo o coger y partirlo, o sea como la famosa raya de Osorio, que viniera un cabrón e hiciera tantas rayas y le diera un pedazo a Peguero Méndez, un pedazo a Aristy, un pedazo a Danilo, un pedazo a cada uno de esos imbéciles, que le den un pedazo y se apoltronen por ahí a ver qué él va a hacer con esa vaina, porque esto se jodió, ¿tú entiendes?” (*loc. cit.*). No menos desesperanzador es el panorama que dibuja Tony Pina, en su artículo “El porqué de lo que somos”: “El odio, las intrigas y la traición marcan los más decisivos momentos históricos de la patria” (El Siglo, 30 de mayo de 2001; p. 7B).

283

“La realidad dominicana no podría ser más opresiva. Si nos detuviéramos en el día a día, la desolación sería la respuesta a cualquier observación cuidadosa de la realidad. Porque la pobreza, la mediocridad, la orfandad y la marginalidad son el pan nuestro” (“Más allá del cada día”, Rumbo, número 300, 1 de noviembre de 1999; p.3).

sin superar la tendencia a optar por soluciones aparentes y superficiales que tanto apesadumbra y oprime a De Castro.²⁸⁴

La escritora Cecilia Ramis, por el contrario, da un paso atrás, no con respecto a Aníbal de Castro sino a uno de los clásicos de la meditación en torno a lo dominicano, Antonio Zaglul, de cuyas percepciones hemos dado cuenta en el capítulo anterior, y cuyo pensamiento ella sintetiza con las siguientes palabras: “nos dice que la leyenda negra sobre lo dominicano la hemos creado nosotros mismos, centrando sus esperanzas en una fórmula: más cultura y más nacionalismo”. En efecto, hemos visto que el reconocido psiquiatra no cierra las puertas a una posible salida a los males conductuales que afectan, a su ver, a sus conciudadanos; que, junto a la espina de la defección, coloca la flor de la solución. Pero C. Ramis, agrega nuevas taras a las entrevistas por aquél, pero sin llegar a ocuparse de las posibles vías de escape o de superación de las propias afecciones. Incluso, le parece que, a los treinta y siete años posteriores a la clarinada de aquél, ninguna de sus recomendaciones había sido tomada en cuenta, y poco menos que nada se ha avanzado en el sendero por él indicado. La imagen del dominicano que traza Ramis incluye los siguientes rasgos: bipolaridad, falta de sentido de la vida en comunidad, providencialismo social, facilismo (ley del mínimo esfuerzo), y la adopción de un patriotismo sesgado, que confunde el amor a la nación con la resistencia psicológica frente al pueblo con que la República Dominicana comparte la isla de Santo Domingo.²⁸⁵

La visual negativista de lo dominicano podría enriquecerse con otros muchos puntos de vista, y, sobre todo, epítetos, o con el sentido que toma el carácter de pueblo único e irrepetible cuando se lo mira mediante del cristal de la tara irremediable, o la

²⁸⁴ “Los dominicanos, como muchos otros, prefieren anteponer las ilusiones a la realidad. Y se aferran a viejos criterios, a ideas preconcebidas, en busca de la solución a problemas que vienen de antaño. Es así como hemos construido una sabiduría convencional, un recetario de soluciones a problemas que no resisten un gramo más de convencionalismo” (*loc. cit.*)

²⁸⁵ “Hay una tendencia bipolar (maniaco-depresiva) en nuestra forma de ser, que nos hacer ir de la melancolía y el amargue a la euforia. Somos un pueblo que pendula entre el pesimismo más derrotista y un optimismo desbordante. Sin noción de lo colectivo, con una tendencia a desear conseguir las cosas de un modo fácil y a corto plazo. Seguimos esperando un Mesías que venga a salvarnos de nuestros males sin que tengamos que mover un dedo. Todavía arrastramos esas taras de las que habló Zaglul, sin que la cultura y la educación sean una prioridad. El nacionalismo que conocemos sólo aparece frente a los haitianos, con sus peores características de demonización del otro” (“Antonio Zaglul y dominicanidad”, *El Caribe*, 16 de mayo de 2001; p. 39).

completa pérdida de parámetros que lo hunde en “el reino de lo relativo” en que supuestamente se encuentra. En efecto, no falta quien reclame el status de *teoría* para lo que no pasa de ser sino su percepción de que “la palabra increíble y la República Dominicana son sinónimos”, tanto así que, según su punto de vista, existen entre nosotros suficientes “casos dignos de ser publicados en un libro de comedias que pudiera titularse ‘Leyes y justicia aplicadas: ríase hasta indignarse’”. Con todo, la autora de la propuesta no proyecta sus juicios concluyentes hacia otros ámbitos, sino que, antes bien, se muestra incrédula²⁸⁶, como si abonar quisiera el punto de vista de Emmanuel Ramos Messina a que hemos referencia más arriba. Antes bien, se muestra escéptica y como entre dos aguas, con lo cual se aproxima al relativismo preconizado y asumido²⁸⁷, por una parte, por Andrés L. Mateo, y atribuido a la Nación dominicana, por la otra.²⁸⁸

Pero, en fin, no se trata más que de maneras de mirar, percepciones, perspectivas, porque la totalidad concreta que es la dominicanidad permanecerá ignorada, bajo el subsuelo, como la *substantia* de Porfirio. Esa es, justamente, una de notas diferenciales del imaginario. Tiene pretensiones de verdad, pero no es menos riguroso que un preparado ideológico, ni menos ingenuo que la conciencia ordinaria. De esta tendencia a reducir a mínimos a los dominicanos, a lo dominicano y al Estado-nación, cuyos inicios hemos situado en 1987, se podría decir lo mismo que 1910 dijera Federico García Godoy en carta dirigida a Pedro Henríquez Ureña, que, por demás nos muestra que aquél no se situaba a sí mismo en el grupo de los derrotistas —esto es, de aquellos que no columbran salida, y ni siquiera, alcanza a ver una tenue lumbre al final del oscuro sendero—, como los que han sido reseñados en el presente apartado: “No se oyen sino frases de acerbo pesimismo, y un grupo de intelectuales estamos luchando por atajar o desviar tan funesta corriente de ideas” (Henríquez Grateaux, 1999: 95).

²⁸⁶ “No puedo afirmar ni negar nada, porque no queremos pecar de injustos. En este caso, al igual que en otros, nos quedará la duda por siempre” (Thamara Pichardo, “Increíble es sinónimo de RD”, Listín a Diario, 10 de enero de 2002, Sección de cartas, p.2)

²⁸⁷ “Puedo andar de lo necesario a lo accesorio, del esfuerzo al placer, del inconformismo al conformismo, del idealismo al realismo. Es que soy postmoderno. (...). El mundo abandonó sin piedad las sólidas creencias que difundieron los enciclopedistas” (Andrés L. Mateo, Greguerías, II, Listín Diario, 25 de julio de 2001; p. 18A).

²⁸⁸ “La sociedad dominicana vive a plenitud el reino de lo relativo, y este relativismo es condicionante de todo valor social” (*ibidem*).

Es posible que algunos acontecimientos de la política ambiente hayan influido de manera determinante en el hecho de que tantos periodistas, académicos y escritores adoptasen semejantes puntos de vista. Un evento eminente de aquel momento es el retorno al poder, en 1986, del Dr. Joaquín Balaguer, detentador de un liderazgo labrado a la sombra de la Era de Trujillo. Pasada la guerra de 1965, asciende a la Presidencia de la República para permanecer en ella doce años, con la consiguiente sensación de hastío y de resistencia que produce la sola permanencia en el poder durante un lapso tan prolongado. Es posible que ese retorno fuese percibido, consciente o inconscientemente, como una suerte de salto hacia atrás, con la correspondiente dosis de amargura o de desilusión.²⁸⁹ Por otra parte, los dos períodos de gobierno del Partido Revolucionario Dominicano, que ocuparon el interregno entre la salida y el regreso de Balaguer al poder, en modo alguno llenaron las expectativas que, desde su llegada al país, en 1961, y durante el gobierno de Bosch, derrocado a los siete meses de su ejercicio constitucional, en 1963, había despertado la agrupación política en la población. Aparte de que, desde el punto de vista de los asuntos de Estado se mostraron torpes, sobre todo en el manejo de las variables económico-financieras, la pobreza aumentó considerablemente y la deuda externa aumentó de manera exorbitante. Hubo avances evidentes durante dichos gobiernos, sin embargo, en el respeto a los derechos humanos, muy especialmente en el régimen de las libertades sociales. Pero los liderazgos internos del partido entonces en el poder se enfrentaron entre sí, con tal fiereza y desenfado que sus diferencias se hicieron patentes en los manejos de los asuntos del Estado.

Por otra parte, quedó claro que se trataba de una organización política más del sistema, a diferencia de lo que de ella habían esperado amplios costados del quehacer académico e intelectual del país, y, sobre todo, una parte significativa de la plataforma izquierdista por lo menos hasta mediados de los ochenta. Los propios perredeístas dejaron, desde entonces, de autodenominarse “el partido de la esperanza nacional” y “el partido de las grandes mayorías”, y se refugiaron en consignas de otro corte, como “sólo el PRD derrota al PRD” y “si los pobres somos más, Peña Gómez ganará”. Es en este contexto que el Partido de la Liberación Dominicana aparece en el horizonte electoral

²⁸⁹

Es un poco una sensación semejante a aquella que en 1935, en los albores de la Era de Trujillo, se apoderó de Sócrates Nolasco, y que quedó retratada en la frase “Siempre ha sido igual” (Rodríguez Demorizi, 1980: 121).

dominicano como un punto de luz, como un recurso al servicio de un mañana de promesa, ya para 1990. Esta percepción se afirma en 1994, y, dos años después, gana las elecciones presidenciales. Con algunas variantes, se repite el mismo ciclo, y ya en el 2000 el PRD está de vuelta en el poder. De ese modo se crean las condiciones para una nueva escalada del pesimismo radical, que se expresa en los textos, más arriba comentados, de Tony Pina y Cecilia Remis (mayo de 2001), Emmanuel Ramos Messina (septiembre de 2001) y Thamara Pichardo (enero de 2002).

La primera edición de *Un ciclón en una botella. Notas para una teoría de la sociedad dominicana*, de Federico Henríquez Grateraux, data de 1996. Es posible que su autor haya cedido demasiado al ambiente espiritual de su presente a la hora de someter a evaluación las obras de quienes, como él, se propusieron pensar la Nación como un todo. Quizás por ello perciba que, al momento de dar a la estampa su obra, “la cosa sigue igual” (*loc. cit.*) que en los momentos (1910) de la referida carta de Federico García Godoy a Pedro Henríquez Ureña; que el desaliento campea, que el pesimismo se ha adueñado de las mentes y de la voluntad de los dominicanos. La verdad es que los de entonces *no*, pero los de ahora *sí*, como ha quedado entrevisto en los apartados anteriores y en el capítulo precedente. Del texto de García Godoy se infiere que los portadores del pesimismo de principios del siglo XX eran los miembros del pueblo llano, mientras que los intelectuales se situaban en el flanco contrario. Hemos visto que, de 1987 en adelante, el pesimismo en su estado puro lo encontramos entre los hacedores de opinión, los escritores y los intelectuales.

A continuación veremos que también aparece, meridianamente caracterizado en el imaginario popular, de la manera en que este se traduce en el refranero, y en algunas frases y expresiones de uso frecuente entre los dominicanos de los tiempos que corren. Los compulsaremos en la *larga duración* y en el medio tiempo. En su momento, tendremos ocasión de referirnos a la cuestión de a quién corresponde la precedencia, ¿a los intelectuales o a la sabiduría popular?, en la puesta en andamio de las representaciones de lo dominicano que estudiaremos a continuación, y de si existen o no relaciones de continuidad o de discontinuidad entre las formas elaboradas del imaginario social dominicano y la mentalidad del ciudadano medio. Dice Henríquez Grateraux que “El pesimismo teórico es cosa distinta —aunque conexas— del pesimismo ambiente” (1999: 170), y en ello lleva razón. En el párrafo siguiente

veremos qué tan distintos son, en caso de que lo sean, estudiaremos sus afinidades y sus recíprocas determinaciones, y nos interrogaremos acerca de la problemática de cuál es la fuente de orden espiritual de uno y de otro.

7.3.1 Refranero, pesimismo e imaginario colectivo

Si damos por sentado que, a partir de 1987, se produce un punto de inflexión en la forma elaborada del imaginario colectivo de los dominicanos, según se sigue de los testimonios reseñados en el apartado anterior, es forzoso asumir que aquélla tiene en el refranero criollo un predecesor eminente. *El Refranero dominicano* (1950), de Emilio Rodríguez Demorizi, y el *Diccionario de refranes* (2002), de Margarita Vallejo de Paredes y Alexandra Paredes de Fernández, no incluyen ninguna paremia relativa a la República Dominicana en clave de desconcierto o callejón sin salida, ni en clave laudatoria. El cuestionario-encuesta aplicado con miras a la realización del presente estudio, tampoco es tan pródigo como cuando se trata de otros asuntos. A penas una referencia negativa fue registrada y con un puntaje poco significativo: “El dominicano sólo compra candado después que le roban” —dos menciones como *absolutamente verdadero* (AV), una como *verdad a medias* (VM) y ninguna como *absolutamente falsa* (AF—).

Ahora bien, la obra *5600 refranes de refranes y frases de uso común entre los dominicanos* (1979), a la que tantas veces nos hemos remitido a lo largo de este *excursus* hacia las estructuras básicas de su alma colectiva, sí registra varios refranes relativos a su condición dominicana, incluido el que acabamos de referir (Cruz Brache, 1978: 81). La percepción negativa es la señal que marca el compás de la imagen de sí mismo que emerge de este refranero, salvo una que otra excepción.²⁹⁰ Desde el eco tardío de la ya mencionada frase de Narciso Sánchez hasta la atribución de cuantas particularidades adversas sea posible imaginar, desde el reconocimiento de su

²⁹⁰ Entre estas excepciones se encuentran: “Aquí es que está Dios”, “Este es el mejor país del mundo” y la afirmación del valentía que se desprende de una supuesta declaración de Fidel Castro de que “con sólo veinte dominicanos hubiera sido suficiente para hacer la revolución”. Esta imagen de sí mismo probablemente tenga que ver con la exaltación de ese valor que hace el Himno Nacional, que aquí se aprende antes de las primeras letras. Luego, se canta o se toca, por imperio de la ley, cada día a la ocho de la mañana al inicio de la jornada escolar. Cada emisora de radio o de televisión, al inicio y al final de cada transmisión, también debe colocar las notas de esa canción de gloria.

proverbial impuntualidad hasta la exaltación de los regímenes de fuerza, son recogidas por el habla popular a guisa de descripción o calificación del ser de los dominicanos. “La República Dominicana no es un país, sino un paisaje” (Cruz Brache, *op. cit.*: 155) no sólo empalma con el pesimismo más consistente del padre del patricio Juan Francisco Sánchez sino también con otra frase histórica, que, según cuenta la tradición, se escuchó decir al poeta Arturo Pellerano y Castro (1865-1916), en 1903, mientras llevaban en calidad de detenidos a un grupo de legisladores: “¡Qué país! ¡Los constituyentes a la cárcel! ¡Qué país!” (Rodríguez Demorizi, 1980: 110).

Estas expresiones inducen a pensar en un Estado-nación bastante especial, único, pero en razón de sus características desfavorables; en el primer caso, incluso, queda en entredicho si existe o no como tal, lo mismo que en la citada frase de 1844: “Desengáñate, Francisco: éste será país, pero nación nunca” (*op. cit.*: 33). Hay dos seriales paremiológicos del tipo “Este el único país del mundo...” y “No hay país en la tierra en que...”, que encuentran eco en otros rimeros como “Imagínate, ¿qué se puede esperar de un país en el que...?”, o bien, “El dominicano...”, “Este país, A este país, Esto, o Aquí...”, que suelen ser utilizados como muletillas mediante las cuales son realizadas las evaluaciones de cuantas acciones censurables sean objeto de escrutinio en el curso de alguna conversación. A ese linaje pertenecen: “El dominicano compra candado después que le roban”, “El dominicano todo lo deja para última hora” (Cruz Brache, *op. cit.*: 81, 82), “Este es el único país del mundo en que se ven estas cosas” —por lo general, como reacción a hechos insólitos o crímenes horrendos—; “No hay país en la tierra que tenga tres Padres de la Patria y dos patronas”; “Imagínate, qué se puede esperar de un país donde al saber le dicen ‘chepa’ y al peso ‘tolete’”; “El dominicano no coge cabeza”, “El dominicano no aprende”, “El dominicano es lo más comparón que hay”, “Esto no lo arregla nadie”, “Esto se jodió” —que, como vimos, encuentra un remedo eminente en la voz del escritor y publicista René Rodríguez Soriano (Vetas, número 51, noviembre de 1999; p. 19) —; “Aquí, el que menos corre, vuela”, “Aquí, el que menos sabe, da pa’ arzobispo”, “Aquí hace falta un Trujillo”, “Cuando Trujillo, cualquiera podía amanecer en la calle con los bolsillos llenos de papeletas, y nadie se atrevía a tocarlo”. Esta exaltación del trujillismo y de los

regímenes de fuerza también tuvo resonancia en la literatura histórica de inicios del siglo XXI.²⁹¹

En el imaginario popular dominicano, a las caídas de las dictaduras o a los gobiernos denominados de “mano dura”, siguen el caos y lo insólito, como lo ilustra el serial “Aquí si se han visto cosas, después de la muerte de Lilís” (Ulises Heureaux), “Aquí si se han visto cosas, después de la muerte de Mon” (Ramón Cáceres), “Aquí si se han visto cosas, después de la muerte de Trujillo” (Rafael Leónidas Trujillo Molina) (*op. cit.*: 18). Lo cual, de alguna manera, refuerza la tendencia a preferir los regímenes de fuerza, aunque una vez instalados éstos abjuren de sus ideas y de sus lealtades a líderes, partidos y dirigentes. De hecho, una de las tendencias históricas más socorridas de la historia dominicana es que las dictaduras férreas y continuadas desemboquen en magnicidios (Lilís, Trujillo). Frente a la desenvoltura y la informalidad, o el irrespeto de plazos y compromisos, emerge una y otra vez en el imaginario el percepto algo borroso del dictador necesario. Tal es, justamente, el espíritu del común decir “Los pueblos tienen los gobernantes que se merecen”. De hecho, esa expresión es utilizada como recurso crítico alusivo a malos gobiernos, y, por lo general, desaparece una vez que se ha producido el cambio institucional correspondiente.

La existencia de otros presuntos defectos no aparecen asociados, sin embargo, al recurso a la dictadura, como la resistencia a aceptar el componente negro en nuestra composición racial y el manejo displicente de los tiempos y de los plazos. El refrán “El dominicano tiene el negro detrás de la oreja” (*íd.*: 81) es un buen ejemplo de lo que Braudel ha denominado prisiones de larga duración. Proviene de la décima “El negro tras de la oreja”, escrita por Juan Antonio Alix en 1883. No aparece en el *Refranero dominicano* (1950), de Emilio Rodríguez Demorizi, pero bien podría conjeturarse que la irrupción de Peña Gómez en la acción política con aliento propio, a partir de 1973, le insufló nuevos impulsos a esta vieja fórmula integracionista que tan bien retrata Alix en aquellos versos.²⁹² El profesor Darío Solano (1931-1985) solía afirmar, lo mismo en

²⁹¹ Entre los textos cuasi laudatorios de ese régimen se encuentran varios libros de reciente publicación de la autoría de Hans Paul Wiese Delgado, Mario Alvarez Dugan, Angelita Trujillo y Mario Read Vittini, entre otros.

²⁹² El blanco que tuvo abuela
tan prieta como un carbón,
nunca de ella hace mención

las clases que los diálogos casuales, que “los dominicanos padecemos de dos males fundamentales, que no nos dejan avanzar: el perfeccionismo y la postergamiosis. En ambos casos, la acción se troncha, por excesiva tensión a la excelencia o por incuria o inconsciencia respecto a la dinámica de la variable temporal. La postergamiosis es la tendencia a posponer indefinidamente los proyectos, las tareas y sus ejecuciones respectivas. Ambas nociones tienen en el refranero perceptos equivalentes. Pero en este caso topamos con un proceso inverso al que acabamos de ver respecto al poema de Juan Antonio Alix: es el refranero el que fecunda el estro de los escritores.

Dichos tales como “Tanto quiso el diablo a su hijo, que le sacó un ojo” (Rodríguez Demorizi, 1950: 249), o la versión que escuché en mi pueblo natal: “Tanto arregló el diablo al hijo hasta que le sacó un ojo”, y “Tanto quiso la vieja hilar, que no se pudo levantar” (Vallejo *et* Paredes, 2002: 346) constituyen sutiles incitaciones a procurar un punto intermedio entre lo ideal y lo posible. La postergamiosis puede deberse, en una que otra ocasión a un prurito de perfección, pero no tiene que ser necesariamente así. La dejadez, la negligencia y esa acentuada inclinación a “Vivir la vida a la buena de Dios”, también pueden ser causales de una de las derivaciones necesarias de semejante idea-actitud: “El dominicano todo lo deja para última hora” (Cruz Brache, *op. cit.*: 82), desde vestirse hasta retirar el marbete de renovación de la matrícula vehicular. Retraso e impuntualidad son prácticamente inseparables, pero es obvio que lo habitual es que lo primero conduzca a lo segundo. Tan acentuado se halla ese hábito entre nosotros que, al momento de fijar una reunión o un encuentro entre amigos, colegas, parientes, es perfectamente posible escuchar que alguien pregunta, con la mayor naturalidad, si es o será a la “hora dominicana” (Deive, 2002: 110) o a la hora americana.

aunque le peguen candela.
Y a la tía Doña Habichuela,
como que era blanca vieja
de mentarla nunca deja
para dar a comprender,
que nunca puede tener
el negro tras de la oreja.

(Cruz Brache, 1978: 82):

A modo de recapitulación... Pocos pueblos habrán reservado para sí un rimero tan acre de epítetos y calificativos como el dominicano. Como España, también tenemos nuestra leyenda negra, con la diferencia de que, como ha afirmado C. Remis, somos nosotros quienes hemos tomado sobre los propios hombros la tarea de elaborarla y difundirla profusamente. Al menos en las variantes expuestas más arriba, porque es mucho lo que han dicho y escrito visitantes y diplomáticos, espías e invasores que visitaron estas tierras, acerca de los españoles, primero; de los criollos; después; y, de los dominicanos, durante la última centuria. La tendencia negativista del imaginario social dominicano en su forma elaborada es el único que tiene debido correlato en el refranero. Junto a ésta han corrido parejas la versión apologética, que no hace sino ver en cuanto se refiere al ser de los dominicanos luz y nada más que luz, y la más justa y equitativa: la que, junto a la disfunción que ve o cree ver en la sociedad, planta un árbol a la esperanza y otro al ejercicio de la voluntad consciente. Nada asume ésta como dado o irreversible; no hay espacio para la condena en la obra de estos pensadores, que, a menudo, también se encuentran en un punto intermedio entre la constatación científica y el ensueño de un mañana de promesa para todos. A lo largo de este capítulo se ha procurado un acercamiento equidistante a cada una de estas visuales del propio ser.

La noción de imaginario ha devenido fundamental en el últimos tres capítulos, en la medida en que ha permitido nuclear temas vinculados, pero cuya disparidad hubiera podido dejar en el lector una panorámica en la que la analítica le hiciera perder la perspectiva de lo general. Una buena muestra de que se trata de imaginarios o de perspectivas, y no de discursos estructurados a partir de hechos conceptual y críticamente abordados, es que algunas de las construcciones mentales acerca de lo dominicano que han sido reseñadas, de continuo, devienen excluyentes y hasta irreconciliables entre sí. Las posiciones más cercanas a una intervención racional de la sociedad, a partir de una cierta manera de percibirla, es la de aquellos que se encuentran a medio camino entre la Sociología y la Filosofía. He objetado la extensión y el contenido de la noción de Gran Pesimismo Dominicano, precisamente porque me ha parecido que los clásicos de nuestra filosofía de lo social han sido interpretados de manera sesgada en lo que respecta a sus enfoques de la problemática. Se sigue, pues, que no es que niegue la existencia de una visión pesimista de lo dominicano y de los dominicanos, sino que la reservo para el derrotismo que aparece entre los artistas, periodistas e intelectuales del país, a partir de la segunda mitad del decenio de los

ochenta, en el plano de las formas elaboradas del imaginario social; y para las formas ingenuas de la imagen y representación del dominicano el decenio de los setenta, y que encuentra una relatoría formidable en 1978, en la recopilación de José Antonio Cruz Brache.

Hasta aquí me he ocupado de llevar a cabo una visión desde dentro de la mentalidad, auscultado al refranero y al imaginario, tanto en su versión intelectualmente elaborada como en su versión ingenua u ordinaria. En el capítulo final, acerca de la estructura de las fórmulas y expresiones que informan la mentalidad del dominicano, ensayaré una mirada desde fuera. Diríase que me situaré a una cierta distancia de esos giros verbales, para estudiar su consistencia lógica, determinar si constituyen falacias o paralogismos, y si constituyen un todo sistemático o para identificar en ellos, tomados como corpus, contradicciones e implicaciones, si las hubiere.

***La estructura lógica de la mentalidad
del dominicano medio***

8.1 Estructura, una noción vinculante

El presente capítulo es un intento de elaborar un pensamiento de segundo nivel en torno a la conciencia ingenua del dominicano medio. A partir del correspondiente corpus de creencias generalmente aceptadas procuraremos hacer notorios los mecanismos tácitos de su mente social; vale decir, cuáles son los procedimientos recurrentes de su mentalidad. Se trata, en suma de pasar del análisis a la disposición, de la parcelación a la configuración, equivalentes a la noción de *estructura*, formulada por Ortega en una obra tan temprana como las *Meditaciones del Quijote* (1914).²⁹³ De lo que aquí se trata es, pues, de pensar sobre el *pensamiento* ordinario o, lo que es lo mismo, de elaborar, a partir de la conciencia ordinaria, lo que uno de los filósofos por excelencia de la modernidad llama un pensamiento conceptuante.²⁹⁴ El concepto de

²⁹³ Ortega y Gasset (1984a: 141-143): “Una estructura es una cosa de segundo grado, quiero decir, un conjunto de cosas o simples elementos materiales, más un orden en que esos elementos se hallan dispuestos. Es evidente que la realidad de ese orden tiene un valor, una significación distintos de la realidad que poseen sus elementos. Este fresno es verde y está a mi derecha: el ser verde y estar a mi derecha son cualidades que él posee, pero su posesión no significa lo mismo con respecto a la una y a otra. Cuando el sol caiga por detrás de estos cerros yo tomaré una de estas confusas sendas abiertas como surcos ideales en la alta grama. (...). Entonces este fresno seguirá siendo verde, pero habrá quedado desposeído de la otra cualidad, no estará ya a mi derecha. Los colores son cualidades materiales; derecha e izquierda, cualidades relativas que solo poseen las cosas en relación unas con otras. Pues bien, las cosas trabadas en una relación forman una estructura. ¡Cuán poca cosa sería una cosa si fuera sólo lo que es en el aislamiento! ¡Qué pobre, qué yerma, qué borrosa! Diríase que hay en cada una cierta secreta potencialidad de ser mucho más, la cual se liberta y expansiona cuando otra u otras entran en relación con ella. Diríase que cada cosa es fecundada por las demás, diríase que se desean como machos y hembras, diríase que se aman y aspiran a maridarse, a juntarse en sociedades, en organismos, en edificios, en mundos. Eso que llamamos ‘Naturaleza’ no es sino la máxima estructura en que todos los elementos materiales han entrado.”

²⁹⁴ Zeleny (1974: 97-98): “La forma lógica de la verdad no puede ser el simple agregado de los conocimientos, en el que los conocimientos se encuentran yuxtapuestos descriptivamente, sin conexión de desarrollo entre ellos, sin relación necesaria de consecuencia, la relación característica del ‘pensamiento conceptuante’. Un simple agregado de conocimientos —como la anatomía descriptiva, por ejemplo, según Hegel— no merece el nombre de ciencia.” La noción

estructura remite a la disposición general de un componente de la realidad²⁹⁵, pero también al almacén de una proposición, de una premisa o de un argumento, tanto como a su eficacia, su validez y su veracidad, y lleva implícita la necesidad de un cierto sentido de la totalidad. En tal sentido, se nos presenta como un puente tendido entre lo formal y lo gnoseológico. Permite comprender, asimismo, por qué he optado por el término *estructura lógica* al dar título al presente capítulo, en lugar de valerme de la noción de *forma lógica*, aparte de que ésta tiene un significado tan preciso en el ámbito de la Lógica que podría prestarse a confusión, y de que sugiere una fijeza y una estabilidad diferentes de las que aquí se asigna a la idea de estructura.²⁹⁶ Sin llegar a concluir, como J. Zeleny, que la expresión “estudiar la lógica” de algo es una metáfora en sentido estricto,²⁹⁷ reconozco como aciertos suyos, útiles a los propósitos de la presente tentativa, el carácter implícito subyacente a semejante esfuerzo de intelección, pero, sobre todo, su punto de vista de que “no es posible concebir el planteamiento de la problemática lógica en el marco de una división tajante de la lógica en dos partes, una de ellas formal, sin ningún respecto de contenido, y la otra material o de contenido y sin perspectiva formal alguna” (1974: 14). Las fronteras entre la Lógica Formal, la Gnoseología y la Retórica —a la que algunos denominan Lógica Informal, y de otros modos, en los tiempos que corren²⁹⁸— se han ido haciendo cada vez más tenues con el

de pensamiento conceptuante, afirma Zeleny páginas antes (*op. cit.*: 65), “no se expresa mediante una o dos categorías, sino que sólo el sistema entero puede expresar la nueva concepción de ‘estructura’ y dar una teoría general de ella.”

²⁹⁵ Entiendo por realidad todo aquello que puede ser conocido; y el conocimiento incluye, a mi ver, cualquier modo de acercamiento a lo existente, dentro o fuera del hombre, desde el mito, la Filosofía, la religión y el arte figurativo, hasta la ciencia, la literatura y los medios que la tecnología ha puesto al servicio de la humanidad.

²⁹⁶ Gortari (2000: 184): “Los componentes de una estructura se encuentran interrelacionados, esto es, que cada elemento está relacionado con los demás y con la totalidad. Por eso se dice que una estructura está compuesta por miembros, más bien que de partes; que es un todo, más que una suma; que hay enlace y función, más bien que adición y fusión. (...). Un todo formado por elementos solidarios, tales que cada uno depende de los otros y no puede ser lo que es sino en su relación con ellos, por oposición a una simple combinación de elementos.” *Cfr.* Zeleny (*op. cit.*: 65): “utilizamos el término ‘estructura’ (...) en un sentido generalizado (...): ese concepto no se expresa mediante una o dos categorías, sino que sólo el sistema entero puede expresar la nueva concepción de la ‘estructura’ y dar una teoría general de ella”.

²⁹⁷ Zeleny (*op. cit.*: 13): “La expresión «estudiar la ‘lógica del *Capital* de Marx’» es evidentemente metafórica. Con ella se significa el estudio de qué lógica, qué conceptos y qué soluciones de la problemática lógica están implícitos en la obra económica de Marx”.

²⁹⁸ Herrera Ibáñez (1999: 18): “Uno de los primeros filósofos en usar la expresión ‘Critical Thinking’ como título de un libro de lógica fue Max Black (1946). Otros autores prefirieron títulos como ‘El arte de razonar’, ‘Lógica práctica’, ‘Lógica aplicada’ y muchos otros títulos, pero sobre todo utilizaron la expresión ‘lógica informal’”, que ha sido definida por J. Anthony

paso de los años, si bien me da la impresión de que nunca han estado separadas.²⁹⁹

La *Retórica* se aproxima bastante a la finalidad asumida por Aristóteles a la hora de escribir el conjunto de tratados que, por lo general, suele agruparse bajo el nombre *Órganon*. Si la tarea de aquélla es «considerar en cada caso lo que puede ser convincente» (1998: 52), no es precisamente sobre la base de trampear con el sentido, sino a cuentas de hacer más eficaz el entendimiento a la hora de estructurar el discurso persuasorio, en el que la palabra desempeña un rol fundamental, pero del que no constituye la causa eficiente. El pensamiento sobre el pensamiento, la lógica, la teoría del pensar y del conocer, y la retórica, son derivaciones de una misma cuestión: la inferencia o el conocimiento (sus condiciones de posibilidad, su validez, sus modos de proceder). La mente ordinaria tiene un *modus operandi*, acaso reflejo y maquinal, que se expresa a través de la puesta en acto de unas líneas de frecuencia pasibles de formalización o, al menos, de evidenciación; pero, también, es depositaria de argumentos —falaces y no falaces—³⁰⁰ y de intuiciones dignas de ser retomadas, como se verá más adelante. La razón comunicada no hace diferencia entre Lógica Formal y Lógica Informal. Existen diversos modos de pensamiento, y a cada uno de

Blair y Ralph H. Jonson como ‘toda una gama de cuestiones teóricas y prácticas que surgen al examinar de cerca, y desde un punto de vista normativo, los razonamientos cotidianos de la gente’ (*loc. cit.*). El propio A. Herrera, que no participa del punto de vista de la total identificación de dichos términos, delimita la tarea del primero con las siguientes palabras: “El pensamiento crítico se propone examinar la estructura de los razonamientos sobre las cuestiones de la vida diaria, y tiene una doble vertiente: analítica y evaluativo. Intenta superar el aspecto mecánico del estudio de la lógica, así como entender y evaluar los argumentos en sus *habitats* naturales, por ejemplo, el jurídico, el estético y el ético. Estrechamente ligado al pensamientos crítico y a la lógica informal, está el estudio de las falacias (o más precisamente, de las falacias informales)”. Ana Berta Nova (1999: 106) considera al Pensamiento Crítico “como una deliberación activa, permanente y cuidadosa de cualquier creencia o forma de suposición del conocimiento a la luz de los fundamentos que la sostienen y la mejor conclusión a la que tiende”.

²⁹⁹ Comesaña (2001: 22, 27): “Como en todos los temas lógicos, la lógica informal nace con Aristóteles. En *Refutaciones sofísticas* este autor expone, clasifica y explica cómo evitar trece tipos de razonamientos falaces. (...) un buen consejo para alguien que esté interesado en temas que comúnmente engloban bajo el nombre de ‘lógica informal’ (temas tales como falacias no formales, la noción intuitiva de validez, los aspectos pragmáticos de la argumentación, etc.) es el de dedicar algo de tiempo al estudio de la lógica formal”. Véase también R. Morado (1999: 9): “Estudiar la lógica formal puede ser una magnífica ocasión de agudizar estas habilidades”. Las *Refutaciones sofísticas* encajan, ciertamente, mejor en el ámbito de la teoría general de la argumentación que Aristóteles ensaya en la *Retórica*, que en el esfuerzo de formalización que lleva a cabo en *Categorías*, *Tópicos*, y en los *Primeros* y los *Segundos analíticos*.

³⁰⁰ Comesaña (*op. cit.*: 14): “el mero hecho de que un argumento tenga un parecido de familia con un tipo de razonamiento tradicionalmente clasificado como falaz no implica que ese argumento no pueda ser legítimamente usado en una discusión racional.”

ellos corresponde una cierta lógica o código no escrito de procedimiento mental. R. Morado sugiere una matización que bien podría ayudarnos a ilustrar el modo en que, mediante la noción de estructura, nos adentraremos en los estilos de pensamiento del dominicano común y corriente: “La lógica puede ser vista como un arte o una técnica. También como una teoría o ciencia estricta. Esta dualidad es normal. Lo mismo ocurre con otras disciplinas (como la física, la medicina o la gramática) en las que los conocimientos y habilidades prácticos conviven con los conocimientos sofisticados y teóricos, los cuales carecen de aplicación directa en nuestra vida diaria” (1999: 7-8).

Si prescindimos de los calificativos con los que R. Morado procura dotar de claridad y distinción las nociones de que se vale —como “correcto”, “armonioso” “abstracto”, “correcto”, “adecuado”³⁰¹—, nos encontraremos con que buena parte de las técnicas y habilidades propias del arte lógico, así como nociones sueltas correspondientes a la retórica y a la teoría del conocimiento, se encuentran, en acto, en los desplazamientos típicos del alma ordinaria. Entre los conocimientos, disposiciones y habilidades indispensables para entrar en dominio de la Lógica como arte, dicho autor señala: “organizar una discusión, apoyar con razones, aceptar consecuencias, saber cuándo y qué preguntar, clarificar el discurso, tomar en cuenta el contexto de discusión, reconocer la estructura de un argumento, saber cuándo la evidencia es insuficiente, y buscar alternativas” (Morado, *op. cit.*: 8). Cada una de estas destrezas, con sus más y sus menos, se encuentran representadas en el régimen de operación de la mente de nuestro hombre corriente. Una mirada panorámica a las entradas de la obra *Proverbios e idiotismos dominicanos y quijotesos*, de Elvira Angélica Cross Frías (1995), en la que los refranes de uso frecuente son agrupados en función de sus significados, pondrá de manifiesto que los recursos lógicos tradicionalmente admitidos como razón de ser de la disciplina no están del todo ausentes de la mentalidad del dominicano medio: entendimiento, evidencia, experiencia, inferir, indicio, juicio, justificación, necesidad, prueba, realidad, relativismo, similitud, verdad, entre otros. La lógica, como la razón, es inmanente a la vida racional del hombre *in generis*. De alguna manera, el Sócrates del *Teeteto* y el Kant de “¿Qué la Ilustración?”, a diferencia de Aristóteles y Descartes, apostaron a ello.

³⁰¹ Morado (*op. cit.*: 8): “Es deseable que una persona bien educada en lógica tenga tanto la posesión del arte como de la ciencia: que conozca las técnicas prácticas, que conozca la teoría abstracta sobre ellas, que desarrolle habilidades o hábitos correctos, y que tenga las actitudes adecuadas.”

El estudio sistemático de la Lógica, como se lleva a cabo en todas las escuelas y departamentos de Filosofía del mundo contribuye a depurar las técnicas y competencias necesarias para razonar y encontrar la verdad o componer discursos convincentes, de manera escrita u oral; pero los recursos y procedimientos que les son propios forman parte del patrimonio común de la humanidad, desde antes, desde mucho antes de que surgiese la cultura de la razón de la manera en que la conocemos a partir de la civilización greco-latina.³⁰² No se trata, pues, de asumir “la creencia de que las personas inteligentes piensan bien” ni de dar como una verdad irrefragable el hecho de que “en la educación está implícita la noción de que el pensamiento es simplemente la inteligencia en acción” (De Bono, 1993: 6), sino de hacer lugar a un estrato alternativo de la razón humana con frecuencia pasado por alto. La Lógica está en la cultura y, muy especialmente, en la lengua que hablamos, o que *habla* por medio de nosotros. La Lógica, como la Gramática, devienen, al correr del tiempo, disciplinas normativas, pero en sus orígenes o en sus puntos de partida, no fueron sino trasposiciones del espíritu que subyace en el idioma; acaso a ello apuntaba Benjamín Lee Worf al acuñar una de las nociones fundamentales de su pensamiento, pues “Como es perceptible, en el enunciado ‘fondos de experiencia’ se entrecruzan elementos gramaticales o pregramaticales básicos y no discursivos derivados de la vida práctica” (Maceiras, 2002: 114). Expertos y tratadistas de estos saberes no han hecho más que abstraer, del desenvolvimiento de las palabras en relación y de los atisbos de razón o de pasión que a través de aquéllas comunican los seres humanos, las estructuras formales pre-existentes; y, a base de reflexiones y de aplicaciones de las operaciones lógicas comunes, proponer los correspondientes cánones de lo que estiman correcto, válido o deseable. Buenos ejemplos de los primero constituyen *Sobre la interpretación* y las páginas iniciales de *Categorías*, de Aristóteles. Las personas hablan, discuten y razonan desde antes de que devinieran sistemáticas éstas y las restantes áreas del saber. Así, pues, que como en pasados siglos se habló de una “gramática parda”³⁰³, cabe recelar la existencia de una

³⁰² Morado (*op. cit.*: 12): “se pueden poseer todas las habilidades anteriores sin necesidad de educación formal. De la persona que posee suficiente conocimientos, disposiciones y habilidades de estos tipos de temas se dice a menudo que es una persona ‘lógica’. Por supuesto, como ocurre con la danza o el canto, esta posesión puede desarrollarse más con el estudio sistemático.”

³⁰³ Maceiras (2002: 116): “un gran espectro de modalidades y los del lenguaje, que presuponen la gramática, intervienen de diverso modo y en diferente grado en la modelación de actitudes teóricas y prácticas. Así sucede con la literatura inventiva y de creación, con el simbolismo y el lenguaje de las tradiciones, con los textos sapienciales y religiosos, con las filosofías y los complejos ideológicos, etc., todos ellos tan influyentes en la concepción que el ser humano se

lógica parda. De la misma manera que existen unos “fundamentos lógicos del pensamiento científico” (Zeleny, 1874: 37), también hay un conjunto de supuestos e implicaciones lógicas subyacentes al *corpus* de creencias que informan la mentalidad del dominicano medio. A ese armazón implícito y casi siempre inconsciente es a lo aquí denominamos *estructura lógica*.³⁰⁴ Así como la racionalidad tiene varios niveles, también la lógica con que aquélla opera comporta sucesivos modos de expresión. A aprehenderlas, primero, y a hacerlas manifiestas al lector, después, están consagradas las páginas que siguen.

8.2 El modo de pensar del hombre ordinario y las formas elaboradas de la conciencia

La manera en que los dominicanos se hacen juicio, al igual que otras muchas facetas de su desenvolvimiento vital, es un tema al que varios intelectuales, de dentro y de fuera del país, han prestado atención. Al estudio analítico de los planteamientos de éstos seguirá, lo mismo que en el capítulo anterior, la compulsa con el refranero, en procura de constatar la certidumbre o no de dichas apreciaciones. Desde el punto de vista del estudio de las mentalidades este ejercicio puede resultar significativo, pues la forma en que un pueblo o una nación se forma juicio es fundamental para comprender, prever e incluso entender los posibles cambios de su sistema de creencias. Ahora bien, queda sobreentendido que en este ámbito el elemento diferencial es la permanencia, antes que la mudanza. La tónica en el análisis de contenido de la mentalidad y del imaginario colectivo del dominicano seguido hasta aquí se ha llevado a cabo, entre otros signos orientadores, de la mano del concepto de *longe durée* (larga duración) propuesto por Ferdinand Braudel para referirse a la persistencia en el tiempo histórico de grandes bloques o estructuras de ser, de hacer y de conciencia. En este capítulo ese impulso de ciega o inconsciente permanencia se traslada al orbe de las implicaciones formales y de los supuestos tácitos. Este propósito es radicalmente diferente al de quienes se creen

forja de sí mismo y otorga a su mundo. La gramática es sustrato de experiencia presignificante que subyace a todos ellos.”

³⁰⁴ John Searle despliega un esfuerzo semejante, aunque referido a otros asuntos, al proponerse “explicar ciertas características estructurales de la mente, el lenguaje y la sociedad, y mostrar a continuación cómo encajan entre sí”, y aun “ciertas partes esenciales” de esos tres costados de la condición humana, “y cómo constituyen un todo coherente” (2001: 18-19). Véase también el capítulo III de la misma obra: “La esencia de la mente: la conciencia y su estructura” (pp. 67ss).

autorizados por la casuística a lanzar a la “Galaxia Gutenberg” toda suerte de generalizaciones, como podría ser la siguiente: “Los pueblos cambian sus costumbres de acuerdo a las épocas en que viven. El dominicano de 1980 no es igual al de años idos, por lo menos en una serie de hábitos. Por ejemplo, para la década del 30 el ‘capitaleño’ salía de la ‘ciudad amurallada’ a ‘marotear’ por los predios de las estancias, y llegaba a Güibía ¡a bañarse! El recorrido lo hacía a pies. Para entonces, el dominicano de pura cepa sabía hasta donde vivía el diablo. (...). No se llamaba a los ricos por el mote de ‘tutumpotes’ ni de ‘burgueses’. Los términos los introdujo en el ambiente de la década del 60 el autor de *La mañosa*. La comida era barata. Aunque se importaba arroz de Siam, la libra se vendía a cuatro cheles. Existía la costumbre de intercambiar platos de comida con el vecino. El fogón se prendía una o dos veces al día en los hogares más pobres. En la campaña política del PRD del 62 se puso de moda la promesa de ‘las tres calientes’. Para entonces ‘los hijos de Machepa’ unieron sus voces para reclamar el derecho de tener una vida mejor, mediante el aumento de salario” (Jiménez, 1981: 15).

Este ejemplo nos brinda la oportunidad de diferenciar lo que podría ser, por una parte, el enfoque de la cuestión estudiada en esta tesis doctoral desde una perspectiva filosófica, del tratamiento que le daría, en segundo lugar, la crónica periodística o el punto de vista antropológico. Cuando hablamos de mentalidades nos referimos a sistemas de comportamientos colectivos estables, que abarcan tramos significativos de tiempo, no a actos evenemenciales o pasajeros, que, por lo tanto, sólo afectan la superficie de la acción social. Ya para 1959, D. Américo Castro se mostraba consciente de la existencia de estos puntos fijos en el devenir de los pueblos, a propósito de “los pueblos de la gran constelación hispánica” (1965: 15): “Los usos tardan en arraigarse, y cuando enlazan con necesidades importantes, adquieren existencia auténtica y durable, acaban por trazar vías preferidas, creídas, en la vida de una colectividad. (...). En la vida de un pueblo hay usos estáticos, venidos del pasado y que siguen ahí como armazón de la sociedad, y como estímulo para la creación poética. Unamuno habla de la ‘vida *intrahistórica*, silenciosa y fecunda como el fondo del mar, sustancia del progreso, verdadera tradición” (*loc. cit.*: 110-111). El presente estudio muestra, de principio a fin, que existe un fondo común de verdades, una estructura lógica y unos contenidos de conciencia comunes a los dominicanos, que constituyen su mentalidad. En este capítulo daremos un paso más en ese propósito al separar los núcleos de

permanencia y continuidad de las creencias troncales desde el punto de vista de su significación, de su formato abstracto y comprobar que, en uno y otro casos, determinados invariantes antropológicos persisten sobre el cambio y la variación. La aprehensión de la estructura lógica de una mentalidad garantiza el acceso al entramado conceptual y procedimental de la mente social de un pueblo o de una nación; vale decir, al proceso de constitución de su sistema de creencias, que, hasta aquí, hemos enfocado básicamente desde el punto de vista de su contenido y, sobre todo, como resultado, como algo dado de antemano ya en operación. Por este sendero comprenderemos cómo arriban a conclusiones los dominicanos; cómo establecen relaciones de consecuencia (causalidad) e infieren (necesidad y suficiencia lógicas); cuáles son sus operaciones lógicas predilectas; qué rol ocupan las sensaciones, las percepciones, la tradición y la experiencia en la constitución del entramado general de su visión de la realidad; cuáles son los soportes primordiales de su morada interior, e incluso si las proposiciones — fundamentalmente tomadas del refranero de uso común— a partir de las cuales se han configurado sus esquemas mentales primordiales constituyen un todo armónico o, por el contrario, no son sino un amasijo de incoherencias, yuxtaposiciones e inconsistencias.

Las percepciones que algunos intelectuales han elaborado acerca de la lógica subyacente a la manera de pensar de los dominicanos es, en cierto sentido, una de las aristas de sus esfuerzos de comprensión de nuestro modo de ser. El presente capítulo es, en este sentido, la continuación en otro plano de asuntos cuyo tratamiento hemos emprendido en los dos anteriores. Luego, se comprenderá que volvamos, así sea de soslayo, sobre algunos de los planteamientos hechos, verbigracia, por Fernando Arturo de Meriño (1833-1906), por uno de los editoriales del *Listín Diario* antes referidos, y por Aníbal de Castro, pero haciendo hincapié en sus impresiones acerca de la manera en que el dominicano razona. La visión de la *lógica* de la mentalidad del dominicano medio del primero de éstos autores, precisamente, fluctúa entre lo positivo y lo negativo, entre lo favorable y lo desfavorable, hasta el punto de que bien podría ser calificada de ambigua. Se comprende que los habitantes de un país tengan una imaginación viva y ardiente, y un claro entendimiento. Pero no así que los miembros de esa misma totalidad concreta sean, al propio tiempo, “de claro entendimiento” y “muy apasionados”; ésto sólo se puede asumir si se refiere a momentos o estamentos

distintos.³⁰⁵ Nadie es filósofo ni científico de tiempo entero, se entiende; así también, ha de seguirse que nadie es depositario de “claro entendimiento” en todo momento. Pasión y racionalidad no se implican recíprocamente; antes al contrario, la cultura de la razón emerge a la existencia y se perfecciona, precisamente, a redropelo de nuestras pulsiones básicas (como nos deja sugerido el Freud de *El malestar en la cultura* o de *Moisés y la religión monoteísta*). Es difícil que las personas de claro entendimiento sean, a la vez, personas apasionadas. La claridad de espíritu ralentiza los impulsos y las reacciones elementales. La perspicacia, por el contrario, es perfectamente compatible con la rutina mental. La agudeza puede estar debidamente canalizada, vale decir: *domesticada*; o para mejor decir, obedecer a tópicos o esquemas preestablecidos. En estos casos, serán nuevas las aplicaciones del procedimiento, pero no sus *formas* o *estructuras*. Luego, es posible, como sugiere la conclusión a que arriba Meriño, que, en un estamento o en una población, puedan convivir en armonía la vigilia mental y la costumbre, la viveza y la rutina.

La percepción de que el dominicano se inclina a la repetición, encontrará eco, ciento veintiocho años después, en el editorial del Listín Diario del 15 de enero de 1995.³⁰⁶ Quien se convierte en caja de resonancia de lo dicho o puesto a circular por otro u otros, difícilmente será portador de un pensamiento libre, por lo menos en lo que respecta al tópico de que se trate. La rutina mental tiene, por fuerza, que ser la tendencia más socorrida de su espíritu. Es posible que varíen los contenidos, pero sus esquemas se orientarán siempre en la misma dirección, y se colocarán como una cortina o una veladura entre la realidad y la razón. La verdad, para buscarla como para aceptarla, requiere esfuerzo mental y focalización de la atención. La asunción de información, incluida la de primera mano, por la que aboga el mencionado editorial, requiere de una apertura a la novedad posible sólo en los casos de que ésta encaje con alguno de los esquemas previamente asumidos como válidos e indubitables, sin que en la mayoría de los casos medie ninguna consideración. No es cuestión de estimativa, ni que se resuelva mediante un discurso de deseo; es asunto de mentalidad. Nadie decide

³⁰⁵ Meriño (1984: 102): “En fin, el dominicano es de imaginación viva y ardiente, de claro entendimiento, pero muy apasionado (...). El hombre del campo (...) posee una fina perspicacia; pero vive esclavizado a la rutina en todo.”

³⁰⁶ “Los dominicanos sentimos a veces una enfermiza predilección por todo lo que proviene de rumores y especulaciones. (...). Ojalá que los dominicanos nos tornáramos menos propensos al rumor y más dados a la información veraz y de primera mano” (p. 6).

en este plano en un sentido o en otro; nadie elige éstas o aquéllas creencias, salvo que se haga consciente del influjo que estas ejercen sobre su voluntad y en los desplazamientos de su conciencia, y decida aplicarse a cambiar el correspondiente cuerpo de convicciones o, al menos, a atenuar sus efectos y secuelas, una tarea ardua y de amplio espectro. El sistema de ideas-actitudes a partir del cual se erige la concepción del mundo del hombre medio adquiere forma y figura a partir del sistema cultural prevaleciente en el que la lengua, como llevamos dicho, ocupa un lugar eminente por ser el elemento más dinámico y de mayor alcance de cuantos constituyen abrevaderos de la mentalidad.³⁰⁷ Pero, también, a partir de los héroes y personajes, históricos y de leyenda, la mitología, el fabulario popular, la religión, la percepción del yo, el imaginario ambiental y el que se refiere a los países circunvecinos. A todo ello nos arrimamos, o todo ello se arrima a nosotros y, de pasadas, nos configura, a través de lo que Louis Althusser denomina “aparatos ideológicos de Estado” (escuela, medios de comunicación, hogar), sin pasar por la atmósfera social y al ambiente espiritual en que nos desenvolvamos; esto es, el sistema de vigencias sociales.

No es, pues, un asunto de preferencias, como da en suponer Aníbal de Castro.³⁰⁸ También hoy la cuestión puede ser planteada en los mismos términos que la formuló D. Salvador de Madariaga, hace ya casi setenta años: “¿Por qué produce chinos China, e ingleses Inglaterra?” (1942: 12), para encontrar a seguidas la respuesta en “la existencia del carácter nacional. El carácter nacional existe. (...). En un sentido natural, la nación es un hecho psicológico. Una nación es un carácter” (*op. cit.*: 13). No conforme, se pregunta y se responde, en el siguiente renglón: “Pero, ¿qué es un carácter? La primera respuesta que ocurre es: ‘una combinación de cualidades y defectos’. (...). Originariamente, al menos o en esencia, el carácter es un determinado sistema de tendencias” (*op. cit.*: 13-14). Los imperativos de la mentalidad no son cuestiones de decisión o de desplazamientos de la voluntad en determinado sentido, por lo menos en

³⁰⁷ Maceiras (2002: 115): “Una lengua consolidada en la que un individuo nace, en la que adquiere la visión de sí mismo y del mundo no es sólo expresión de sus pensamientos puesto que ella ha ido dando forma primordial a su modo de pensar y de analizar, tanto el ámbito subjetivo como el objetivo y absoluto, sin poder determinar hasta qué hondura ontológica, las lenguas ‘prejuzgan’ la orientación del pensamiento y de la acción.”

³⁰⁸ “Los dominicanos (...) prefieren anteponer las ilusiones a la realidad. Y se aferran a viejos criterios, a ideas preconcebidas, en busca de la solución a problemas que vienen de antaño. Es así como hemos construido una sabiduría convencional, un recetario de soluciones (...)” (“Más allá del cada día”, Rumbo, número 300, 1 de noviembre de 1999; p.3).

el hombre promedio. Plantear así las cosas podría conducirnos a una aporía; lo que acontece es, más bien, lo contrario: la voluntad de pueblos e individuos se modela a partir de sus mentalidades respectivas. Las decisiones, colectivas y personales, están mediadas por el sistema de creencias que nos es propio. Que los dominicanos *se aferren a viejos criterios* no es, pues, una deficiencia que pueda endilgársele a “una enfermiza predilección”, ni al propósito de construir “una sabiduría convencional” o “un recetario de soluciones”. Es una necesidad eminente de orden cultural-institucional que nos constituye. Por cierto que, según noticia que nos deja saber D. Américo Castro, Unamuno encuentra en el pueblo español la misma reticencia respecto a la tecnología y a la novedad que se reclama buena y válida por el solo hecho de serlo (1965: 111).

Quien mayor atención ha prestado a nuestros estilos de pensamiento y a los mecanismos de nuestra mente social es el intelectual español Fernando Sainz, para quien “el dominicano, con una superficie ingenua y sencilla, tiene un fondo profundo y complejo” (1995: 52), “El dominicano es mucho más complejo que su apariencia. Su pensar es filosófico teórico; sostenedor de doctrinas y opiniones. Pero si se trata de actuar es preferentemente positivista y pragmatista. Salta de la metafísica al practicismo con soltura que le permite no posar en el largo camino intermedio, que es la ciencia” (pp.180-181). Esta complejidad procede, a su ver, de la conjunción en su alma colectiva de tres componentes bien diferenciados: uno de carácter metafísico, de carácter romántico el segundo, y el último, de orden pragmático.³⁰⁹ Pero el primero es, en su criterio, el que mejor se aviene con el mecanismo de operación de nuestra mente: “Intuye, percibe, presiente, capta, mucho mejor que investiga y descubre” (*íd.*: 53). La ciencia llama poco su atención, especialmente la Física, pues requiere orden y espíritu de sistema, y éso no empalma, en su criterio, con esta particular manera de llegar a conclusiones o de adoptar una que otra convicción. Antes bien, a su juicio, el dominicano “siente una gran aversión a lo normativo en el pensar. Prefiere discurrir como discurren las aguas; que se hacen ellas mismas el curso, y buscan hacia abajo su nivel. Prefiere lo alógico, y sobre ello piensa de arriba abajo” (*loc. cit.*); esto es, de manera deductiva, pero a partir del afecto, del misterio y de la pasión antes que *desde* la

³⁰⁹ Sainz (1995: 52): “la complejidad del tipo psicológico dominicano proviene del sedimento de tres componentes muy marcados y muy heterogéneos: el ingrediente mítico del indígena, común a todos los hombres primitivos, exacerbados por la flama del ambiente tropical; el caballeresco, traído de España, que se sintió el pueblo elegido para llevar la felicidad a los demás; y el positivista, llegado después de Norteamérica, con su bagaje de biologismo y utilitarismo”.

razón.³¹⁰ La deducción tiene la ventaja, desde el punto de vista del estudio de las mentalidades, de que es autorreferencial, como ya entrevieron Bacon³¹¹ y Descartes³¹², a propósito de una de sus variantes: el silogismo. Es condición de todo sistema cerrado remitirse siempre hacia sí mismo; y he ahí una de las características íntimas de la conciencia ingenua dominicana. El refranero se remite hacia sí mismo en busca de validación y justificación o argumentación. Por ejemplo, el adagio “El que se lleva de consejo, muere de viejo” alcanzó 13 menciones como absolutamente verdadero en el sondeo-encuesta que sirve de soporte actual a esta investigación, y “Cuatro ojos ven más que dos”, sólo una.

Ambos subrayan la necesidad de escuchar a los prudentes, a los que saben, que, por lo general, son los mayores, que aconsejan, justamente, mediante refranes o a partir de refranes; y muy raras veces por medio de ejemplos o de narraciones tomadas de la mitología urbana o rural. Sbarbi (1943: 848) recoge otros de la misma línea de significación: “No hay refrán que no sea verdadero”, “Los refranes no fallan”, “Los refranes son evangelios chicos”, “Refranes que no sean verdaderos y febreros que no sean locos, pocos”; y Martínez Kleiser (1993: 421, 625), cerca de cincuenta del mismo

³¹⁰ Sainz (1995: 53-54): “Llamo pensar hacia abajo el partir de la cumbre; de lo suprasensible, de lo indefinible, de lo indemostrable, de lo agnóstico, de lo puramente intuible; para descender a explicar y comprender lo sensible, lo concreto, lo que nos rodea con presencia corpórea. Se piensa de arriba abajo cuando en lo cósmico se ve un poder generador de las cosas; cuando en la existencia se ve la obra de un creador; cuando en lo histórico se ve lo providencial; cuando en los sucesos de nuestra vida se ve el cumplimiento de un sino; cuando se ve, en suma, lo pequeño, lo cotidiano y lo próximo como una manifestación de lo grande y lo lejano. A este modo de discurrir le llaman los logicistas con una palabra fría y severa: deducción. (...). El pensar dominicano es genuinamente deductivo; pero no en forma de deducción silogística, sino a manera de inferencia emocional. En cambio, el pensar de abajo arriba cuadra poco con la estructura mental dominicana. Observar para generalizar; pasar de lo específico a lo genérico; extraer de los fenómenos sus leyes; traducir los casos a fórmulas; remontarse a los principios de las cosas es renunciar a crear las causas para someterse a ellas. Ese camino cuesta arriba del pensar tiene también su nombre en el proceso del razonamiento; se llama inducción. (...). Al alma dominicana no le va bien lo inductivo porque ama con deleite el más allá y la sorpresa (...). Concebir para explicar es lo metafísico; aprender para describir es lo científico. El dominicano prefiere el concebir al aprender; por eso es más filósofo, poeta y artista que científico.”

³¹¹ Bacon (1984: 60): “las malas demostraciones son como el sostén y las defensas de los ídolos, y las que en las dialécticas poseemos, no producen otro efecto que el de someter completamente el mundo a los pensamientos del hombre y los pensamientos a las palabras (...) ese método de investigación y demostración, que comienza por establecer los principios más generales, para someterles enseguida y conformar ellos las leyes secundarias, es el origen de todos los errores y el azote de las ciencias”.

³¹² Descartes (1966: 34): “en cuanto a la lógica, sus silogismos y la mayor parte de sus otras instrucciones sirven mejor para explicar a los otros las cosas que uno sabe o, como el arte de Lulio, para hablar sin juicio de aquello que se ignora, que para aprenderlas”.

universo de significación. Una cierta variedad de pregunta retórica hecha a base de dichos y expresiones populares, bastante usual en nuestra habla, tienen también la misma estrategia autorreferencial; tales son los casos de las siguientes: “¿Y tú has visto auyama pariendo calabazas?” y “¿Tú has visto alguna vez a un hombre con otro atravesado en la boca?” Si vamos, como sugiere Searle (2001: 91) a propósito de otro tópico, “a las presuposiciones que subyacen a la pregunta”, al pronto advertiremos que no existe pregunta alguna, sino una afirmación categórica, libre de toda duda razonable, según quien de dichas expresiones se vale.

La comprobada contradictoriedad del refranero tomado como un corpus tampoco afecta su condición autorreferencial, sino que la enfatiza. Quiere decir que para toda circunstancia o situación, habrá la posibilidad de encontrar un apoyo, una justificación o una explicación. Con la metáfora ocurre otro tanto, como han dado en sugerir Lakoff *et* Johnson (1998: 265): “Parece necesario usar muchas metáforas inconsistentes entre sí si tratamos de comprender los detalles de nuestra vida diaria”. Tal parece que no hay coherencia ni sistematicidad en el vivir y sus afanes, o no es, al menos, indispensable, por cuanto, nos desenvolvemos en medio de disparidades sin término, si hemos de creer en lo afirmado por Julián Marías al despuntar del último cuarto del siglo pasado: “La mayoría de los hombres viven apoyados en un sistema de creencias cuya conexión no es intelectual, sino vital; se apoyan alternativamente en convicciones que se excluyen, pero cuya exclusión no les es patente” (1976: 229-230). En el carácter autorreferencial y deductivo del refranero acaso resida una de las fuentes por excelencia de la seguridad y de la paciencia constitutivas que exhibe esta porción de humanidad en su conducta pública, pues en términos lógicos todo aparece como seguro y necesario. Este componente de su armazón lógica se hace manifiesta en el tratamiento que toma en su cotidianidad, la variable tiempo, por ejemplo. Se advierte que no existe la alogicidad de que habla Sainz Ruiz, que es de tal naturaleza, a su juicio, que incluso le sustrae de los principios o leyes de la Lógica Formal³¹³; antes bien, lo que acontece

³¹³ Sainz (*op. cit.*: 135): “El espíritu alógico del dominicano, como buen artista, no se aviene con los universales principios lógicos. (...) hasta ahora desconocía yo es la crisis del inmovible principio de *contradicción*... Que se pudiera ser y no ser al mismo tiempo era ya demasiada posibilidad. Sin embargo, ¿no es éso lo que afirma el dominicano al decir *eso si no*?” En la página 181 del mismo libro puede leerse: “No le interesa la lógica como disciplina sino por las sorpresas de pensamiento que puede acarrear. No le interesa el método de investigación, sino la intuición directa. Su discurrir es preferentemente deductivo y sintético; la ascensión analítico-inductiva le fatiga y aburre. Prefiere contemplar el fenómeno que conocer su ley. Se decepciona al saber el por qué natural de las cosas; su interés principal está en lo que tengan de ocultas, esotéricas o fantásticas. Por eso es mucho más artista, sobre todo, poeta, que racionalista. Pero, si es preciso, prefiere explicar a que le expliquen.”

es que el alma ordinaria se mueve en un plano y con una lógica diferentes a aquel en que se coloca el pensador español en su ejercicio de comprensión de la estructura mental del dominicano.

En el retrato espiritual que Fernando Sainz Ruiz elaboró, el dominicano aparece como un tipo humano profundo y complejo, con una acentuada tendencia hacia la metafísica, poético e intuitivo, pero, al propio tiempo alógico, aunque razona deductivamente. Resulta difícil conciliar la presunta alogicidad con la deducción; incluso, la profundidad de pensamiento que nos atribuye implica el recurso a determinadas herramientas lógicas, independientemente de que se tenga o no conciencia de ellas. A éstas características, el pensador agrega una octava cualidad: el rechazo al relativismo (*op. cit.*: 54-55). A su juicio, al dominicano “Le desasosiega la pluralidad de modos y maneras. Descansa cuando las cosas no pueden ser más que de un modo, porque lo necesario y absoluto está más conforme con su estructura mental que lo contingente y relativo” (p. 181). En este aspecto también me veo en la obligación de tomar distancia respecto a su mirada gentil.

Los capítulos II y III evidencian el reconocimiento del otro o de los otros en la mentalidad del dominicano medio; los dos siguientes han dejado ver que la divinidad (una otredad) es un componente fundamental de la autoconciencia del dominicano, en tanto colectividad y en tanto individualidad. El VI y el VII dejan en claro que los dominicanos se perciben a sí mismos como una unidad con identidad propia que, no obstante, tiene una marcada vocación para la hospitalidad, incluso hasta el punto de llegar, en ocasiones, a la renuncia de la razón propia. Queda sobreentendido el reconocimiento del otro del nosotros, y, con ello, la asunción de la diferencia. El reconocimiento es uno de los supuestos necesarios para la apertura hacia el vecino y hacia el inmigrante como sujetos de deberes y derechos, tópicos a los que me he referido en el capítulo 6. Aparte de ello, existen en nuestra mentalidad algunos invariantes lógico-ideológicos que apuntan en el sentido de reconocer que nada hay tan perfecto o tan cerrado que no consienta una salida o una visión alternativa.³¹⁴

³¹⁴

En el cuestionario-encuesta realizado con miras a la presente investigación se registran las siguientes paremias de orientación relativista: “No hay mal que por bien no venga”, con 38 menciones como *completamente verdadero* (CV), 41 como *verdad a medias* (VM), 16 como *absolutamente falso* (AF) y 6 como *expresión de uso frecuente en los jóvenes entre trece y*

Ello no impide, sin embargo, la persistencia de aquello que Sainz denomina el sentido metafísico de la estructura mental del dominicano,³¹⁵ aunque, quizás sea ir demasiado lejos concluir que “el vulgo dominicano es más filósofo que los filósofos profesionales, y que al decir *cosa* no se refiere a ninguna en particular sino al sustratum de las cosas; esto es a *la cosa en sí kantiana*” (*op. cit.*: 131), o que “como buen metafísico, lo que le interesa sobre todo es el ser, y no el *modo de ser*. Así se comprenden las frases *¡tú si eres!*, *¡ay hombre, usted si es!* No les preocupa la inquietud o curiosidad que habrá de sentir la persona que sí es sin decirle el qué” (p. 135). La búsqueda anhelante de seguridad, que es propia no sólo del dominicano de todos los seres humanos, es lo que le impulsa a estar a la caza de un punto de partida seguro que le permita orientarse con tino en el mundo, prever y explicarse las situaciones con que topa en su desenvolvimiento cotidiano. La deducción es una vía regia hacia ese fin; y, ante la ausencia de principios de otro tipo, el hombre promedio echará manos del refranero, y si ocurriese que determinada vigencia no está contemplada en el arca de la conciencia común, tenderá a hacerse él mismo de su propia premisa mayor a partir de la cual el caos, lo imprevisto y el azar de cada día adquirirán coherencia vital. Como dicen, con razón, Lakoff *et* Johnson, “Tener una base para las expectativas y la acción es importante para sobrevivir” (1998: 265); o, como ha dejado escrito Ortega y Gasset en alguna parte, para vivir es preciso saber a qué atenerse tanto con respecto a las cosas como a los seres humanos, incluido uno mismo. La tendencia a la deducción, a la generalización es cónsona con el carácter autorreferencial de la estructura lógica de la mentalidad del dominicano medio.

veinticinco años (UFJ); “Nada es verdad ni es mentira, todo depende del color del cristal con que se mira” (1 CV, 0 VM, 1 AF, 0 UFJ). En las recopilaciones existentes, el resultado es el siguiente: “Una cosa es con guitarra y otra con violín” (Rodríguez Demorizi, 1950: 257, Cruz Brache, 1978: 293), “La excepción hace la regla” (Cross, 1995: 134), “No hay libro tan malo que no tenga algo bueno” (*loc. cit.*), “Ni tanto ni tan calvo que se le vean los sesos” (Vallejo *et* Paredes, 2002: 254). A éstos podrían agregarse las siguientes expresiones y sentencias: “Depende, jeso depende!”, “Todo es relativo”, “No hay excepción sin regla, ni regla sin excepción”, “Ni tan lejos que no lo alumbre ni tan cerca que queme el santo”, que no aparecen registradas en las fuentes antes mencionadas, pero que suelen ser utilizadas por los dominicanos de los tiempos que corren reiteradamente.

³¹⁵ Sainz (*op. cit.*: 53, 55): “El dominicano es mucho más metafísico que científico. (...) el formalismo lógico ha perdido el sentido metafísico; es decir, el misterio y la temperatura. (...) el espíritu metafísico repudia la incertidumbre y la probabilidad. Necesita sentirse seguro; y el reino de lo seguro no está en la ciencia; está en la creencia. (...). Ser metafísico es, en consecuencia, un modo de reposar. Quizás a ello obedezca que el tropical dé al reposo categoría de rito.”

8.2.1 La propensión generalizadora y el punto de vista interaccionista

Otra de las cualidades que Sainz Ruiz atribuye al *alma dominicana*, para usar sus propios términos (*op. cit.*: 54), es la tendencia a la generalización.³¹⁶ Ahora bien, la inclinación a adoptar o a elaborar esquemas mentales y burbujas lógicas no parece ser exclusiva de la condición dominicana, sino un invariante antropológico (De Bono, 1993: 38ss.). La elaboración de perceptos a partir de la sucesión de estímulos con que entran en contacto nuestros sentidos (sensaciones)³¹⁷ es una propensión natural del entendimiento humano, aun cuando no tengamos del todo claro cómo o, mejor, por qué acontece. Es lo que Ortega y Gasset denomina *Serie dialéctica*, y que expone de manera magistral a partir de dos ejemplos de suyo elocuentes: cómo miramos una pared y qué acontece en nosotros cuando miramos una naranja.³¹⁸ La posición de John Searle³¹⁹ acerca del *modus operandi* de la conciencia, lo mismo que la de Lakoff *et*

³¹⁶ Sainz (*op. cit.*: 149): “La percepción es el conjunto de las sensaciones que un objeto pueda proporcionar. El dominicano tiene una gran propensión a reducir al mínimo el número de esas sensaciones; a reconocer los objetos sin análisis; a crear esquemas mentales; a sustituir la realidad por signos o símbolos.” Cincuenta y seis años después de la primera edición del libro de Sainz Ruiz, en la columna “En el tapete” se puede leer lo siguiente: “Los dominicanos tenemos una marcada proclividad a sólo fijarnos en las grandes cosas y pasar por alto los pequeños detalles” (Listín Diario, 5 de mayo de 2001; p. 12-A), muestra de que se trata de una prisión de larga duración (*longue durée*).

³¹⁷ Searle (2001: 36): “Si se considera científicamente lo que ocurre cuando se ve un árbol, esto es lo que encontramos: los fotones son reflejados por la superficie del árbol, inciden sobre las células fotorreceptoras de la retina y causan una serie de reacciones neuronales que atraviesan las cinco capas de células de la retina, el núcleo geniculado y de ahí pasan al córtex visual; finalmente, esa serie de reacciones neuronales ocasiona una experiencia visual en algún lugar profundo del cerebro. (...). Esto se denomina de diversas formas, como ‘dato de los sentidos’, ‘percepto’ o, más recientemente como ‘una descripción simbólica’. En el *Diccionario de Filosofía*, de Nicola Abbagnano (FCE, 1998), el precepto es definido como “la experiencia privada de un objeto, o sea el modo en el que el objeto aparece a un sujeto particular”, a diferencia del concepto que se supone que es universal e intersubjetivo.

³¹⁸ Véase sus ensayos “Los aspectos y la cosa entera” y “Serie dialéctica” (Ortega y Gasset, 1977: 33-44).

³¹⁹ Searle (*op. cit.*: 72): “la conciencia se nos presenta de una forma unificada. No me limito a percibir la presión de los zapatos en mis pies, el pensamiento de un problema filosófico, el sonido de fondo del tráfico y la visión de las colinas a lo lejos, sino que tengo todas estas experiencias como parte de una única experiencia unificada. La capacidad de vincular todos los diversos estímulos que llegan a mi cuerpo mediante las terminaciones sensoriales nerviosas y unirlos en una experiencia perceptual unificada y coherente es una notable capacidad del cerebro; de momento no sabemos cómo lo logra.”

Johnson³²⁰, anglosajones los tres, coinciden con los planteamientos orteguianos, pero en ninguno de los casos se lo cita y ni siquiera se lo menciona. ¿Cuestión de estilos, solamente? No propiamente, a mi modo de ver... ¡Materia de interés para el estudioso de las mentalidades!

En la tradición iberoamericana solemos, en primer lugar, esforzarnos por apropiarnos de los antecedentes relativos a los temas que estudiamos; y, en segundo lugar, citar o referir cualquier filósofo que haya rozado al menos, o entrevisto, alguna de nuestras tesis o alguno de nuestros argumentos.³²¹ (Esa condición permite comprender, en alguna medida, la profusión de citas y referencias que contiene el presente informe de investigación.) No hay tradición sin ruptura, ni ruptura sin tradición.³²² El orbe de los méritos es anchuroso e incluyente. La valía ajena en modo alguno hace venir a menos la propia. Antes bien, la humildad, la generosidad, el reconocimiento, semejan algo así como una avanzadilla de una cierta disposición de entrar en diálogo con los

³²⁰ Lakoff *et* Johnson (1998: 121-122): “Entender una conversación como una discusión implica ser capaz de sobreimponer la estructura multidimensional de parte del concepto de GUERRA sobre la estructura correspondiente de CONVERSACIÓN. (...). La clave para entender la coherencia en nuestra experiencia es la comprensión de estas gestalts multidimensionales y sus correlaciones entre sí. (...) las gestalts experienciales son todas multidimensionales y estructuradas. Sus dimensiones se definen a su vez en términos de conceptos que emergen directamente. Es decir, las diferentes dimensiones (participantes, partes, etapas, etc.) son categorías que emergen de manera natural de nuestra experiencia”.

³²¹ *Cfr.* Ortega y Gasset (1977: 24): “Ese filósofo que ha vivido dos mil quinientos años puede decirse que existe: es el filósofo actual. En nuestro presente comportamiento filosófico y la doctrina que de él resulta, tenemos en cuenta y a la vista una buena parte de lo que se ha pensado antes sobre los temas de nuestra disciplina. Ello equivale a decir que las filosofías pretéritas colaboran en la nuestra, están en ella actuales y vivaces.” Con la gracia en la expresión que le caracteriza, ya había dejado dicho en 1929: “¿Ven ustedes cómo las ideas hijas, las verdades noveles, llevan en el vientre a sus madres, a las verdades viejas, a las fecundas verdades viejas? Repítamos: toda superación es conservación.” (1984b: 175). La revalorización de nuestros antecesores intelectuales, según el destacado filósofo latinoamericano Horacio Cerutti Guldberg, “tiene como objetivo lo que tantas veces ha señalado Leopoldo Zea: no se trata de renegar de nuestro pasado para rehacernos según un pasado y un presente extraños, sino de reconocerlo y practicar con él una verdadera *Aufhebung* en el triple sentido de supresión, conservación y elevación” (1997: 87).

³²² Cerutti (*op. cit.*: 44-45): “La filosofía trabaja sobre tradiciones, a partir de ellas, para negarlas, afirmarlas, retocarlas, sostenerlas, mejorarlas, adaptarlas, etcétera. Mal se puede avanzar en esta tarea si se ignora lo ya hecho. Incluso en tiempos en que la originalidad se ha vuelto casi obsesiva —y aunque me cuento entre aquellos que consideran que si ésta se da, será por añadidura—, ¿cómo medir esa originalidad si se desconoce lo que ya se ha aportado a los diferentes temas y problemas que la filosofía aborda. En suma, el filosofar no es su historia, pero no se puede filosofar con ignorancia de la historia misma de la reflexión filosófica entre nosotros. (...). Porque no podemos pretender comenzar cada vez desde cero o estar permanentemente descubriendo Pacíficos, so pena de condenar a la completa esterilidad a nuestra filosofía; no podemos eludir el trabajo arduo, ingrato muchas veces, de la reconstrucción historiográfica.”

propios antecesores que nos sitúa en una posición de absoluta claridad respecto a cuáles son nuestros verdaderos aportes.

Las reminiscencias de Ortega en los mencionados autores de habla inglesa no se limitan al perspectivismo³²³, que es distinto al homónimo de Hilary Putnam, Jacques Derrida, Richard Rorty, Nelson Goodman, Brian Fay y Thomas Kuhn, que Searle confronta desde lo que denomina el realismo externo (2001: 28-35), y que, como se verá más adelante, también asumen Lakoff *et* Johnson y que es atribuido, desde el punto de vista de la estimativa, por el filósofo español Fernando Sainz Ruiz a los dominicanos.³²⁴ Expresiones tan peculiares del gran raciovitalista español como “contenidos de la conciencia” e “imperialismo de la Física”, y la prenoción comprensivista o interaccionista, también encontrarán eco en Searle, las dos primeras, con penoso balance para éste con respecto a aquél; la tercera, en Lakoff *et* Johnson. Incluso, no faltan motivos para pensar que la noción de contenidos de la conciencia a que acude Searle³²⁵ todavía a inicios del presente siglo fue rebasada por su par ibérico en su célebre curso de 1929, publicado póstumamente en 1957; y, para más veras, no hemos de pasar por alto que Ortega lo hace justamente en diálogo con el idealismo y haciendo galas del formidable filósofo del lenguaje y del avezado hermeneuta que es, igual que el profesor de Berkeley, y habiendo dado como bueno y válido el término en principio.³²⁶

³²³ Searle (*op. cit.*: 77): “toda representación mental es una representación bajo un aspecto”.

³²⁴ Searle (*op. cit.*: 27): “El perspectivismo es la idea de que nuestro conocimiento de la realidad nunca es ‘inmediato’, que siempre está mediado por un punto de vista, un particular conjunto de predilecciones o, peor aún, por siniestros motivos políticos, como la adhesión a un grupo o ideología política. Y como nunca podemos tener un conocimiento inmediato del mundo, quizá no exista un mundo real, o quizá sea inútil incluso hablar de él, o quizá ni siquiera sea interesante.” La ‘afirmación básica del realismo externo’, según él, es la siguiente: “—que existe un mundo real que es total y absolutamente independiente de todas nuestras representaciones, pensamientos, sentimientos, opiniones, lenguaje, discurso, textos, etc.— es tan obvia, una condición tan esencial de la racionalidad e incluso de la inteligibilidad, que me siento un tanto avergonzado de tener que plantear la cuestión y discutir los diversos desafíos a esta concepción. ¿Por qué alguien en su sano juicio siente el deseo de atacar el realismo externo?” (p. 24).

³²⁵ Searle (*op. cit.*: 67): “Si uno intenta describir su conciencia, observará que en buena medida lo que hace es describir los objetos y acontecimientos de su entorno inmediato. Después de describir las propias sensaciones corporales internas, estados de ánimo, emociones y pensamientos, uno describe los contenidos de la propia conciencia describiendo cosas que percibe conscientemente.”

³²⁶ Ortega y Gasset (1984b: 170-172): “Las cosas son, por lo pronto, no más que ‘contenidos de la conciencia’. Este es el término que el siglo XIX ha usado más en filosofía, que no está en Descartes aunque podía y debía estarlo, pero que pulula ya en los libros de Kant. Merced a él tomamos la realidad exterior y la ponemos dentro de la mente. Pero vayamos quedos. Veamos

Pero juzgo que la posición del pensador ibérico es mucho más incluyente, en el sentido de que, si nos ocupamos de devanar el ovillo de la parábola del teatro, advertiremos al pronto que aun el llamado realismo externo queda englobado entre las posturas idealistas que se empeñará en superar, ni qué decir de la expresión *contenidos de la propia conciencia* de que ufanamente se ha servido el norteamericano. Lo propio puede afirmarse con relación al materialismo fisicalista que éste asume (*op. cit.*: 51), si bien, casi al final de la obra lo matiza casi en los mismos términos que lo hace Ortega y Gasset a propósito de la noción de *imperialismo de la Física*.³²⁷ Éste no sólo pone de

qué es firme y qué es inaceptable en esta tesis fundamental del idealismo. (...). El idealismo ve la cuestión como un dilema: o este teatro tiene realidad absoluta fuera de mí; en algún sitio tiene que estar para ser y no hay duda que algo es. No puedo asegurar que esté fuera porque yo no puedo salir de mí para ir fuera de mí, a esa pretendida realidad absoluta. Luego no queda más que reconocer su existencia en mí, como contenido mental. Pero el idealismo debió andar con más cautela. Antes de resolver que no hay más que esas dos posibilidades —o fuera de mí o dentro de mí—, debió tranquilamente meditar lo siguiente: ¿tiene sentido inteligible la expresión ‘contenido de la conciencia o mental’ cuando se dice de este teatro? ¿O es más bien un rigoroso contrasentido, es decir, una combinación de palabras que entre sí se repugnan como ‘cuadro redondo’? Veámoslo: ¿Con qué significado uso la palabra teatro? Por este teatro entiendo una habitación de veinte metros de alta o los que sean, por tantos de ancha, con telas azules y bambalinas, etc. Si yo digo que eso es contenido de mi conciencia, de mí —digo que forma parte efectiva de mí algo extenso con un tamaño de veinte metros, de color azul, etc. Pero si forma parte de mí, yo podré decir que, en parte al menos, mi yo, mi pensamiento, tiene tantos metros de alto por tanto de ancho; en consecuencia, que soy extenso, que mi pensamiento ocupa espacio y que tiene un pedazo azul. Pronto se advierte el absurdo de esto y el idealista se defiende diciendo: retiro la expresión ‘teatro-contenido de la conciencia’ y, en vez de ella, digo: ‘lo que es contenido de mi pensamiento o conciencia es, claro está, sólo mi pensar el teatro, la imagen, o el imaginar este teatro’. Ahora, en efecto, no hay inconveniente: yo soy pensar, yo soy imaginar, nada extraño hay en que mi pensar, mi imaginar formen parte de mí o sean contenidos míos. Pero entonces ya no se habla del teatro: al teatro lo hemos dejado fuera. Era, pues, falso que o fuera o dentro. (...). ¿Dónde está, pues, el teatro, en definitiva? La respuesta es obvia: no está dentro de mi pensamiento formando parte de él, pero tampoco está fuera de mi pensamiento si por fuera se entiende un no tener que ver con él —está junto, inseparablemente junto a mi pensarlo, ni dentro ni fuera, sino con mi pensamiento; como el anverso con el reverso y la derecha con la izquierda, sin que por eso la derecha sea izquierda ni reverso el anverso.”

327

Veamos y comparemos, a continuación, los puntos de vista y la terminología utilizada por ambos filósofos, empezando por Ortega (1984b: 37-38, 42): “en el siglo XVI comienza una disciplina intelectual la *nuova scienza* de Galileo— que por un lado posee el rigor deductivo de la matemática y por otro nos habla de objetos reales, de los astros y, en general, de los cuerpos. (...). La unión inseparable de ambos criterios constituye el modo de conocimiento, llamado experimental, que caracteriza a la física. (...). Una tercera peculiaridad vino a exaltar desafortunadamente este modo de conocer. Resultó que las verdades físicas, sobre sus calidades teóricas, tenían la condición de ser aprovechables para las condiciones vitales del hombre. (...). La física cobró un prestigio sin par porque de ella emanaba la máquina y la medicina. (...). En tal atmósfera se produjo lo que pudiéramos llamar ‘imperialismo de la física’ (...). Agobiado por tal predominio, el filósofo se avergonzó de serlo, es decir, se avergonzó de no ser físico. Como los problemas genuinamente filosóficos no toleran ser resueltos según el modo de conocimiento físico, renunció a atacarlos, renunció a su filosofía contrayéndola a un mínimum, poniéndola humildemente al servicio de la física.” A continuación, el texto que acerca del mismo tema escribe Searle (2001: 141): “A partir del siglo XVII, el área del conocimiento científico se amplió enormemente a medida que desarrollamos métodos sistemáticos para la

manifiesto el carácter parcial y simbólico de la Física (1984: 47) y que “sus dos admirables cualidades: su exactitud y el ir regida por un doble criterio de certidumbre: la deducción racional y la confirmación por los sentidos” (...) con ser magníficas, no bastan para asegurar que no hay más perfecto conocimiento del mundo, más alto ‘tipo de verdad’ que la ciencia física y la verdad física” (*op. cit.*: 47), sino que, incluso, considera que con la “superación de la idolatría del experimento” al entrar en la fase de la modelación refigurativa de la realidad física, que sitúa en el primer cuarto del siglo XX, quedó “la mente franca para otros modos de conocer y viva la sensibilidad para los problemas verdaderamente filosóficos” (*íd.*: 49).

A la propensión a generalizar del dominicano, Sainz Ruiz adiciona, como se ha sugerido más arriba, la asunción de una perspectiva interaccionista en cuanto al conocimiento, además de una excelente destreza para la formulación de explicaciones de tipo espacial o territorial.³²⁸ El universo simbólico del dominicano medio es, justamente, la clave que marca el compás de sus ensayos de comprensión del mundo, como ha quedado planteado en los capítulos dedicados a su imaginario metafísico y a su imaginario social. El imaginario colectivo es uno de los ingredientes primordiales de la mentalidad de cualquier pueblo, nación o familia cultural. El conjunto de creencias que informan su cosmovisión son el determinante básico de su modo de ser, entendido en su doble condición de sistema modelador de su conducta social y de sus actitudes personales. La segunda de las cualidades mencionadas a principios de este párrafo atribuida por el pensador español a los dominicanos puede ser extendida, con acierto, a los restantes pueblos del mundo, e incluso al ámbito de la cultura racionalista occidental, como han hecho, salvando tiempos y distancias, Lakoff *et* Johnson, quienes

investigación de la naturaleza. Esto creó en muchos pensadores la ilusión de que los métodos de las ciencias naturales, especialmente la física y la química, podían aplicarse de forma general para resolver los problemas que más perplejidad nos causan. Resultó que semejante optimismo carecía de justificación”.

³²⁸ Sainz Ruiz (*op. cit.*: 149): “Aún más pronunciada es su tendencia a estimar las cosas por su valor vivencial. Los objetos y los hechos valen por lo que significan en su vida. Lo demás es considerado con cierta indiferencia, cuando no le pasa inadvertido. Es notabilísimo el rigor del dominicano en sus percepciones espaciales; sobre todo en las relativas a distancias, orientaciones y localizaciones. Maneja como pocos los puntos cardinales. Nos dirá que el lugar está al Norte, al Sur, al Este o al Oeste y mirará o señalará sin vacilación, cosa que no sabe el vulgo europeo. Nos dirá que el lugar está en el kilómetro tal de la carretera tal. Y muchas veces hará planos, croquis o simples rayas o figuras mientras habla.”

han denominado su planteamiento *el mito experiencialista*³²⁹, al que apuestan como superación de “los mitos del objetivismo y del subjetivismo” (1998: 228-273). Sus ideas de partida se encuentran, en cierta medida entrevistas, en el filosofema orteguiano “no hay substancias, sino importancias” (Cfr. 1984b: 172-173), y en la metáfora del fresno que aparece en la primera nota de este capítulo. La noción misma de mito con que operan los autores norteamericanos también se relaciona de algún modo con un planteamiento orteguiano³³⁰. Searle de alguna manera también asume una que otra idea completamente compatible con la posición de aquéllos sin referirse al notable filósofo español, como ha quedado indicado más arriba, ni a sus colegas norteamericanos.³³¹ La apropiación del legado de nuestros antecesores teóricos es una exigencia de orden metodológico cardinal en Filosofía, y aun en cualquier área del saber humano que se precie de proceder de manera rigurosa. Pero, también, es una exigencia de la mente ordinaria. Todos en última instancia buscamos anhelantes, menesterosa el alma, aquel punto de apoyo que ha de permitirnos, como al viejo Arquímedes, mover el mundo.

Tradición, lengua, refranero son las fuentes por excelencia del entramado de convicciones que informan el imaginario y la mentalidad de pueblos e individuos. Para caminar seguros por el mundo, los seres humanos necesitan de algunas certidumbres básicas, que casi siempre provienen del ambiente espiritual que les es propio, conforme a los meandros biográficos de cada quien. Luego, he aquí un asunto crucial: ante la ausencia de unos métodos, crearemos nuestras propias fórmulas y guías para la acción, interior y exterior; ante la carencia de verdades elaboradas conforme a los cánones de la

³²⁹ Lakoff *et* Johnson (1998: 224): “La teoría experiencialista se diferencia del realismo clásico objetivo de la siguiente manera básicamente: los conceptos humanos no corresponden a propiedades inherentes de las cosas sino tan sólo a propiedades interaccionales. Esto es algo natural, puesto que los conceptos pueden ser de naturaleza metafórica, y pueden variar de una cultura a otra.”

³³⁰ Ortega y Gasset (1984: 199): “La perspectiva épica que consiste, según hemos visto, en mirar los sucesos del mundo desde ciertos mitos cardinales, como desde cimas supremas, no muere con Grecia. Llega hasta nosotros. No morirá nunca.” Lakoff y Johnson que, obviamente, dan como válida y novedosa su apuesta, también la llaman *mito*, y lo que hacen en su libro es, justamente, situarse en una *cima suprema* desde la que se lanzan a contestar las concepciones filosóficas previas y a exponer la de ellos.

³³¹ Searle (*op. cit.*: 80): “la conciencia no es, simplemente, un rasgo importante de la realidad. En cierto sentido, es el rasgo más importante de la realidad porque todas las demás cosas tienen valor, importancia, mérito o dignidad sólo en relación con la conciencia. Valoramos la vida, la justicia, la belleza, la supervivencia, la reproducción, sólo como seres conscientes”.

racionalidad occidental, el ciudadano común adoptará como principio aquello que la cultura ambiente, y aun la casualidad, le proporcionen. Sin principios rectores de la mente y de la conducta, la vida humana carece de horizonte; es como una balandra sin rumbo y sin capitán, sin puerto de destino; en suma, sin razón de ser. La falta de un fondo común de verdades es la catástrofe, en lo personal y en lo social, sólo comparable a la hipotética pérdida total de la memoria. La desmemoria es la locura; y la privación de un núcleo duro de *verdades* indubitables, el paso inicial hacia la anomia y la entropía. Es el reino de la pérdida del sentido de lo real.

Como afirman Lakoff *et* Johnson, “es reconfortante —extremadamente reconfortante— tener una visión del mundo consistente, un conjunto de expectativas acerca de lo que uno va a hacer no conflictivas” (1998: 265). Al margen de ese repertorio de “verdades de a puño” es imposible aun el más elemental desplazamiento del ejercicio del criterio; e, incluso, vivir. Y es ahí donde el refranero, las expresiones trilladas, las metáforas y el sentido común prevalecientes en la sociedad en que se ha nacido y se ha crecido cobran toda la atención de la mente en busca de seguridad, y cuando alcanzan toda la resonancia de que son capaces. Los refranes tienen las de ganar, pues poseen condiciones privilegiadas, externas a su significado, pero no menos determinantes: el cobijo de la tradición, la repetición, su ritmicidad o musicalidad intrínseca; pero, sobre todo, el hecho de que constituyen estructuras de pensamiento con pretensiones de explicación de un número grande hechos, tendencias, situaciones. Son generalizaciones de envoltura que evitan la tarea de elaborarlas paso a paso, lo cual se aviene bien con la tendencia de la mente del hombre medio al mínimo esfuerzo.

El hombre medio de continuo piensa y habla *ex cátedra* o *ab aeternitate*. En sus proposiciones sólo encuentran cabida aquellos hechos, fenómenos o entidades que traen las mismas vestiduras de sus esbozos mentales previos, o que encajen sin hacer ruido en sus estructuras mentales. De ello se colige la necesidad de nociones y planteamientos en qué creer, que expliquen un número grande de casos y a partir de los cuales sea posible realizar una cantidad apreciable de inferencias y aplicaciones, e incluso otras proposiciones y nociones similares de menor extensión. Este conjunto de percepciones e ideas-actitudes devienen en el cuerpo de creencias que nos constituye —contenido y fuente, al propio tiempo, de la mentalidad—; que no hay que olvidar que constituyen sistema, como lo dejó indicado José Ortega y Gasset, pero de carácter vivencial, no

lógico ni racional propiamente dicho.³³² De ahí que disponer de un rimero de pareceres o resoluciones a los cuales remitirnos tantas veces como sea preciso es una necesidad intrínseca e imperiosa; tanto mejor si, *per se* o por la relación que traben con sus iguales, tienen la potestad de autovalidarse. El dato relevante es que se trata de una necesidad inherente e irrenunciable de nuestra condición en tanto seres humanos. De ello no se sigue, necesariamente, que esté justificada la tendencia de la mente social a la generalización, pero saberlo ayuda al proceso de comprensión. Plantear como específicas de un conglomerado características, reales o presuntas, que éste comparte con los restantes miembros de su clase, deforma la mirada. Hace aparecer como exclusivos defectos y virtudes que, al margen del correspondiente contexto, dejan la impresión de que el mérito o el desmérito que se sigue pertenece de manera exclusiva al conjunto de referencia. No es tanto por aquello de que “Mal de muchos, (sea) consuelo de tontos (o de todos)”;

es que semejante modo de proceder falta al sentido de la totalidad propio de la forma filosófica de conocer el mundo; pues, como ha escrito, con razón, Alfonso Reyes “nunca la parte se entendió sin el todo” (Cerutti Guldberg, 1997: 9).

En el cuestionario-encuesta realizado con miras a la presente investigación, cuatrocientos noventa y ocho refranes (498) fueron seleccionados como *Completamente Verdaderos (CV)*.³³³ Éstos han sido considerados por el autor de estas líneas como la fuente por excelencia del modo de ser de los dominicanos, en el entendido de aquello que se considera “completamente verdadero” es parte integral del sistema de creencias y tiene, por ende, la capacidad de modelar la estructura lógica e inducir en un sentido u otro las matrices básicas del comportamiento, colectivo o individual, de un pueblo, una nación o una familia cultural, como la iberoamericana, por ejemplo. Una mirada

³³² Ortega y Gasset (1976: 12): “las creencias, mero repertorio incongruente en cuanto son sólo ideas, forman siempre un sistema en cuanto efectivas creencias o, lo que es igual, que, inarticuladas desde el punto de vista lógico o propiamente intelectual tienen siempre una articulación vital, funcional como creencias apoyándose unas en otras, integrándose y combinándose. En suma, que se dan siempre como miembros de un organismo, de una estructura. Esto hace, entre otras cosas, que posean siempre una arquitectura y actúen en jerarquía. Hay en toda vida humana creencias básicas, fundamentales, radicales, y hay otras derivadas de aquéllas y secundarias. (...). El hecho de que (...) aparezcan en estructura y con jerarquía permite descubrir su orden secreto y, por tanto, entender la vida propia y la ajena, la de hoy y la de otro tiempo”.

³³³ Cuatrocientos treinta y seis (436) fueron escogidos como *Verdades a Medias (VM)*; y, cuatrocientos catorce (414) como *Absolutamente Falsos (AF)*.

panorámica a aquellos refranes que alcanzaron el mayor número de menciones, sugiere, ciertamente, que la propensión a la generalización es un factor activo de nuestro modo de hacernos juicio.³³⁴ Pero también la existencia de dos bloques bien diferenciados, el de las sentencias explicativas y el de las de carácter normativo, si bien como entramado de creencias que son, todos al fin y al cabo constituyen proposiciones de orden moral o a partir de los cuales es posible elaborar normas de orden ético.³³⁵ Pero aun en el caso del segundo bloque, los refranes conllevan un determinado número de proposiciones de tipo universal-afirmativo (“Todos los s son p”), que se han mutado en normas de conducta. Dos ejemplos ayudarán a ilustrar este punto de vista: “Haz bien sin mirar a quién” (treinta y seis menciones como CV) y “No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy” (19AV). En el primero, subyacen las proposiciones: “Todos los hombres son capaces de hacer el bien”, “Los hombres son buenos en la medida de su propio interés”, “Los hombres son pasibles de modelación conductual”, “Los hombres son capaces de colocarse por encima de sus propias inclinaciones”, etc. De igual manera, “Haz bien, y no mires a quien”, no se dirige a nadie en particular; es como si para hacerla más eficaz se personalizara el siguiente juicio condicional: “todos los seres humanos están en el deber hacer el bien; luego, tú (uno de ellos), mal podrías estar al margen de ese principio de indudable validez”.

³³⁴

A continuación se indican cuáles son estos refranes, con el número de menciones alcanzado entre paréntesis: “Al que madruga Dios lo ayuda” (31), “Árbol que nace torcido jamás su tronco endereza” (38), “Camarón que se duerme se lo lleva la corriente” (93), “Cuando el río suena, piedras trae” (48), “De cualquier yagua vieja sale tremendo alacrán” (54), “De tal palo, tal astilla” (23), “Dime con quien andas, y te diré quién eres” (64), “El Diablo sabe más por viejo que por Diablo” (31), “El que a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija” (48), “El que mucho abarca, poco aprieta” (21), “El que persevera, triunfa” (22), “Haz bien y no mires a quién” (36), “No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy” (19), “No hay mal que dure cien años” (16), “No hay mal que por bien no venga” (38), “No todo lo que brilla es oro” (31). Los refranes recogidos por las sucesivas recopilaciones con que contamos (Rodríguez Demorizi, Cruz Brache, Vallejo *et* Paredes) contienen abundantes dichos y sentencias que corroboran esta aserción. Bastará con que se busquen allí los refranes que comienzan con las palabras “Todo”, “El”, “El que”, “Quien”, “Nadie”, “Cada uno”. A cada uno de estos adagios y ramales de adagios se podría oponer con eficacia cualquiera de las siguientes objeciones: No necesariamente, No en todos los casos, No siempre, Depende; pues son afirmaciones de tipo universal afirmativo que no han sido elaboradas siguiendo un procedimiento riguroso de inferencia. Confirmados una y otra vez a partir de la casuística, la propia casuística los destrona con asombrosa facilidad del altar en que los ha colocado la tradición.

³³⁵

Decires tales como “Camina siempre por la derecha”, “El hombre buena paga no sabe cuál es su fortuna”, “Con paciencia y calma, se subió un burro a una palma”, “Grano a grano se llena la gallina el buche”, “Un grano no hace el granero, pero ayuda a su compañero”, “Ni los dedos de la mano son parejos”, “Más vale un ‘por si acaso’ que ‘yo pensé’, son todos consejos, por esencia y presencia; y no falta quien se hay dedicado a componer todo un refranero temático o ideológico de más de ciento cuarenta páginas con sólo aquellas frases y refranes de nuestro acervo común que sirven para educar en valores (Francia, 1999).

Idéntico ejercicio puede hacerse con el segundo ejemplo. Se sigue, pues, que, tácita y explícitamente, la base de sustentación de la fontana por excelencia de nuestra mentalidad tiene una estructura de tipo generalista, si bien casi siempre se trata de proposiciones condicionales y en todos o casi siempre es posible percibir la inmanencia de la prenoción de necesidad (*logoi*, cosmos) y de su correspondiente lógico.

8.2.2 Analogía, inducción y sagacidad

Un ramaje de certezas abarcador y rítmico, y, de continuo, poético —cuyas unidades son pasibles, en la mayoría de los casos, de ser convertidas en dísticos de pie quebrado— y que, para más veras, provee a su usuario *mutatis mutandi* las condiciones que Ortega atribuye a la Física, pues lo mismo facilita la deducción de otras verdades, se presume al margen de toda duda razonable y parece nacer y renacer a cada instante de las entrañas mismas de los acontecimientos que frente a la vista se desplazan, como el refranero, es justo lo que necesita cualquier persona promedio para lanzarse al mundo a hacer la vida, la de cada cual, la de todos los días. Sin un rimero de verdades, reales o presuntas, el solo hecho de llegar al propio centro de trabajo un día cualquiera se convertiría en una tarea complicada en grado extremo. El ser humano padece una insaciable sed de principios rectores de su vida y su conciencia, de esquivarlas cuasi doctrinarias a las cuales endonar las aristas de su alma. Ortega lo vio con suficiente claridad hace ya poco más de setenta años escribió: “Antes de hacer algo, tiene cada hombre que decidir, por su cuenta y riesgo, lo que va a hacer. Pero esta decisión es imposible si el hombre no posee algunas convicciones sobre lo que son las cosas en su derredor, los otros hombres, él mismo.

Sólo en vista de ellas puede preferir una acción a otra, puede, en suma, vivir. De aquí que el hombre tenga que estar siempre en alguna creencia y que la estructura de su vida dependa primordialmente de las creencias en que esté” (1976: 11). La mente humana tiene, pues, una necesidad inmanente de nociones y postulados de orden general en los cuales depositar su confianza, so pena de tener que estar pensándolo y repensándolo todo a cada instante. Por tal motivo, el entendimiento tiende naturalmente a encontrar analogías, las esté buscando o no; e incluso, a formular juicios de carácter

general a partir de unos pocos indicios, y, en ocasiones, hasta a partir de solo uno, que, sin demasiado reparo, convierte luego en pautas de conducta mental, verbal y social. La filosofía occidental —desde Sócrates, a quien Aristóteles adjudica el hallazgo del razonamiento inductivo³³⁶, y el Epicuro del segundo párrafo de la Epístola a Heródoto (Epicuro, 1996: 49), hasta Bacon (1984: 95-96) y Stuart Mill (1925: 90-98, 116-125)— no ha hecho más que perfeccionar ese recurso espontáneo del entendimiento humano.

En la analogía, tan cara al Sócrates que retrata la *ópera* platónica, está la pauta de la generalización. Una mente naturalmente alerta descubrirá, al mero contacto con cualesquiera entidades, situaciones o hechos, signos y señales de semejanza, y aquí entra en escena la sagacidad, que abarca desde los extremos de la viveza y la doblez que, según hemos visto en el capítulo anterior, atribuyen a los dominicanos Joaquín María Bobea, Manuel de Jesús Troncoso (Rodríguez Demorizi, 1977: 93-95, 127-133) y José Ramón López (1975: 51), hasta el sentido de la previsión y de la moderación. Cuando devienen numerosas las entidades, suficientes las comprobaciones y las atribuciones confluentes traspasan el umbral de lo usual, o de los fenómenos observados o aprehendidos, sobreviene la generalización. De continuo, sin que medie incluso cierta regularidad, la analogía dará pauta, de manera sucesiva, a múltiples operaciones lógicas como la clasificación, la división y a la inferencia inductiva.

La analogía se presenta casi siempre de manera espontánea ante la recurrencia de dos o más hechos, elementos o situaciones, incluso al margen de la intención de hacer un razonamiento analógico o de cualquier otro tipo. Es una acción refleja; un automatismo de la mente. En sus formas elementales, como son las propias del alma ordinaria, no hace gran diferencia si el antecedente o el dato de partida es de mayor nivel de generalidad que el consecuente o conclusión, pero lo usual es que coloque, una al lado de la otra, dos cualidades que suponen una traza de identidad entre dos o más realidades. La analogía se encuentra más cerca, en términos formales, del razonamiento transductivo, la más elemental de las modalidades clásicas del raciocinio. Incluso, las tres operaciones lógicas mencionadas más arriba son más complejas y es obvio que suponen una diferencia de niveles de generalidad lógica, independientemente de que el

³³⁶ Aristóteles (1977, t. II: 117): “con razón puede atribuirse a Sócrates el descubrimiento de estos dos principios: la inducción y la definición general. Estos dos principios son el punto de partida de la ciencia”.

sujeto en que se producen sea consciente de ello. En el caso del hombre medio, huelga decirlo, se descarta de antemano esta última posibilidad. Pero el razonamiento analógico es una de aristas puntuales de su estructura mental.

El refrán es ante todo una proposición analógica, una suerte de fábula sintética, o en la que ha suprimido el relato preliminar. Por ejemplo, cuando alguien dice: “Hijo de gato, caza ratón”, o “De tal palo, tal astilla”, no está formulando una proposición zoológica y otra botánica, sino dos juicios de orden antropológico o etnológico, y así en los demás casos de la misma índole, que son los más. Lo propio puede afirmarse acerca de la enorme cantidad de expresiones de uso común entre los dominicanos que comienzan por adverbio *como*.³³⁷ Se notará que en cada uno de los casos se trata de

337

Rodríguez Demorizi (1950: 79-81): “Como agua”, “Como alma en pena”, “Como alma que lleva el diablo”, “Como andullo al corte”, “Como anillo al dedo”, “Como cada hijo de vecino”, “Como Canuto, mientras más viejo, más bruto”, “Como caña pa’ l ingenio”, “Como del cielo a la tierra”, “Como de molde”, “Como que dos y dos son cuatro”, “Como el Capitán Araña, que embarcaba la gente y se quedaba en tierra”, “Como el corcho en el agua”, “Como el sándalo, que perfuma el hacha que lo hiere”, “Como el diablo a la cruz”, “Como el pez en el agua”, “Como el perro del hortelano, que ni come ni deja comer”, “Como entierro de pobre”, “Como es el pájaro es el nido”, “Como gato entre macuto”, “Como guitarra en entierro”, “Como la carabina de Ambrosio”, “Como la perra de Donato”, “Como me bailan bailo”, “Como me lo contaron te lo cuento”, “Como pan bendito”, “Como pedrada en ojo de boticario”, “Como perros y gatos”, “Como quien no dice nada”, “Como quien no quiere la cosa”, “Como quien oye llover”, “Como quien se bebe un vaso de agua”, “Como Santo Tomás”, “Como si no fuera”, “Como una pitahaya”, “Como un cáncamo”, “Como un erizo”, “Como un macho”, “Como un pan de cera”, “Como un puerco echa’o”, “Como soplar y hacer botellas”, “Como tres en un zapato”, “Como un bronce”, “Como uña y carne”. Rodríguez Demorizi (1983: 63-65): “Como el bacalao”, “Como el gato, que esconde la uña”, “Como el ratón, que muerde y sopla”, “Como los lechones, que cuando maman, gritan”, “Como Martín, cada día más ruin”, “Como pájaro sin nido”, “Como un papel de música”, “Como un zapato”. Cruz Brache (1978: 39-): “Como abeja de piedra”, “Como arena”, “Como de la noche al día”, “Como Dios lo echó al mundo”, “Como dos tórtolos”, “Como echar agua en un barril sin fondo”, “Como el que lava y no estriega”, “Como él sólo”, “Como hojas de palo”, “Como la boca de un lobo”, “Como la rigión, o región (legión, aa), del diablo”, “Como las papeletas de Lilís”, “Como muela de garza, o de gallina”, “Como piedras”, “Como por arte de magia”, “Como preguntarle a un muerto si quiere misa”, “Como saber que tengo que rendirle cuentas a Dios”, “Como quiera es un quintal”, “Como saber que hay un Dios en el cielo”, “Como si no fuera con él”, “Como si no fuera con él”, “Como si no nos hubiéramos visto”, “Como su madre lo parió”, “Como todos... unos más que otros”, “Como una bala”, “Como una pedrá”, “Como una celación”, “Como unas pascuas”, “Como un cajón”, “Como un cajuil”, “Como un clavel”, “Como un coco”, “Como un dos”, “Como un espárrago”, “Como un gato barcino”, “Como un huso”, “Como un quicio”, “Como un reloj de a peso”, “Como un rifle”, “Como un trinquete”, “Como un velero”. Vallejo *et* Paredes (2002: 91-95): “Como canta el sacristán, canta el monaguillo”, “Como disco rayado”, “Como el convidado de piedra”, “Como el primer güandul”, “Como gallina culeca”, “Como la gata de María Ramos, que tira la piedra y esconde la mano”, “Como los ojos de la cara”, “Como maíz en mazorca”, “Como mantequilla en pan caliente”, “Como muchacho con zapatos nuevos”, “Como no soy río, me vuelvo”, “Como perico en la estaca”, “Como una masa de pan”, “Como una mosca muerte”, “Como un tirigüillo”. Y aun hay muchas otras analogías que no aparecen registradas en ninguna de esas cuatro compilaciones, cual es el caso de las siguientes: “Como un percal”, “Como nadie”, “como la mala res”, “Como los pavos”, “Como el agua y el aceite”, “Como el pan caliente”, “Como el pan chiquito”, “Como el pan de dos”, “Como uña y mugre”, “Hacer

analogías, no de comparaciones. Sostiene Sainz Ruiz que el dominicano presenta fallas “en el establecimiento de las relaciones de causalidad y sucesión”, punto de vista que no comparto, lo mismo que aquel otro conforme al cual “el intelecto del dominicano es más apto para lo múltiple y difuso que para lo concentrado y sistemático”, pues su estructura mental está anegada de analogías y de razonamientos analógicos, como es fácil apreciar.

Para razonar de manera analógica, independientemente del valor de verdad de las cogitaciones que se realicen, se necesitan, precisamente, esas capacidades de asociación y de discriminación que, por otra parte, Sainz Ruiz reconoce de buen grado a sus anfitriones de ultramar.³³⁸ La analogía ensancha los horizontes de la imaginación, y destaca sobre las restantes cualidades aquella que le interesa enfatizar al sujeto del pensamiento o de la comunicación en un momento determinado. En esa medida, revela y oculta al mismo tiempo. Paradójicamente, aunque el bloque de paremias y expresiones reproducidas en la nota 342 incluyen la forma adverbial *como*, no constituyen comparaciones en sentido estricto, pues no colocan frente a frente dos entidades parecidas ni es la intención encontrar semejanzas y diferencias entre ellas; antes bien, se trata de estructuras generales de pensamiento que se aplican a un número indeterminado de casos³³⁹. En esa medida, son generalizaciones que han sido elaboradas sobre la base de la observación de ciertas regularidades conductuales en los seres humanos que evocaron en su momento conductas y características que también habrían sido advertidas en cosas, animales, personas o personajes específicos. La orientación básica es, por tanto, de orden moral, que es la determinante por excelencia

como los mocanos”, “Hacerse el sueco”, “Como el que no se va a morir”, “Como un lechón sin mama”, “Como el burro a la carreta”, “Como María Limpientuvía”, “Como la perra de mamá Belica”, “Como vistes te reciben, y como hables, te despiden”, “Como si no fuera suyo”, “Como paloma en zinc caliente”, “Claro como el agua”, “Ahí van los tres que echaron a Pedro entre el pozo”, “Donde el diablo dio las tres voces”, “Me plantaste”, me diste un plantón, o me dejaste plantado”, “Como el perro huevero”, “Como la yerba mala”, “Como el moriviví”.

³³⁸ Sainz Ruiz (1995: 152): “el intelecto dominicano es más apto para lo múltiple y difuso que para lo concentrado y sistemático; y eso se tiene que reflejar en la recolección y articulación de los materiales históricos y en el proceso de la asociación de ideas. Discurrir es hallar antecedentes y consecuentes, inducir y deducir, establecer conexiones lógicas. El dominicano asocia perfectamente por semejanzas y contrastes; es muy exacto en las relaciones de contigüidad en el espacio y en el tiempo, pero presenta fallas en el establecimiento de las relaciones de causalidad y sucesión; entre otras cosas, porque lo subjetivo suplanta a lo objetivo.”

³³⁹ Cfr. Francia (1999: 7): “El refrán y la frase se aplican en cada caso y situación como explicación, como remedio o como consecuencia... El refrán es al mismo tiempo diagnóstico y receta”.

de todo refranero. La imagen de la mentalidad que emerge de ellas retrata a sus detentadores como personas que poseen capacidad de observación, facilidad para separar y agrupar, según corresponda, cualidades y entidades; vale decir, como seres humanos perspicaces e imaginativos, de agudo entendimiento.

8.2.2.1 Los meandros de la sagacidad y el peso de una noble herencia

Existe una delgada línea que separa a la perspicacia del recelo. De la cautela a la desconfianza hay poco menos de un paso. El dominicano José Ramón López (1866-1922) y el español Fernando Sainz Ruiz (1891-1957), por distintos senderos, advierten rasgos de suspicacia y, al propio tiempo, de holgazanería mental entre nosotros; uno tomó a los habitantes de la campiña como foco de sus meditaciones, el otro a los residentes en las ciudades, básicamente en el Distrito Nacional. El primero sitúa a la ignorancia, a la incapacidad para reflexionar con orden y fruto, y a la pereza, en la base de la falta de aptitud proyectiva de aquéllos³⁴⁰, a la violencia como el sucedáneo por excelencia del raciocinio y la persuasión³⁴¹, y a la doblez, esa variante de la astucia que raya en el engaño mondo y lirondo, y a la susceptibilidad, como indicios palmarios de la declinación de las potencialidades mentales de nuestros campesinos³⁴². El segundo encuentra a los ciudadanos bien dotados para la captación de las señales que le han de facilitar el descubrimiento de semejanzas, pero algo holgazanes para hacer justo

³⁴⁰ López (1975: 49): “La mala alimentación ha establecido en nuestros campos la moralidad que le es peculiar. Debilitó al hombre, le empobreció la fuerza cerebral, y ya en esos extremos, fue perezoso (...). Degenerado en esa forma, porque la previsión es una sucesión de esfuerzos mentales bien dirigidos, de que no es susceptible un espíritu desprovisto de vigor y de conocimientos. No se puede ser previsor sino con conocimiento de causa; partiendo de mucho conocido a algo de lo provenir, a fuerza de claro razonamiento. Los degenerados, los escasos de entendimiento a penas pueden columbrar el presente, y como los malos jugadores, no ven ni combinan más allá de una jugada. Un carácter previsorio es don de hombres que no tan sólo tengan capacidad para pensar bien, sino además aspiraciones definidas y el deseo vehemente de realizarlas.”

³⁴¹ López (*loc. cit.*): “Para un entendimiento perezoso e ignorante, razonar es trabajo recio y a veces imposible. En toda contradicción preferirá siempre aniquilar al contrario antes que engolfarse en intrincada argumentación para convencerle. Así se acaba de una vez, y por medio más al alcance de sus facultades.

³⁴² López (*ibidem*: 50): “La doblez (...) responde a la inferioridad en que coloca la degeneración intelectual al que la sufre, respecto a los que gozan de un entendimiento despejado. (...). El instinto de conservación le advierte y le alerta de su propia debilidad y de la fuerza de los otros, y se previene contra ésta con la astucia, que es el arma a que siempre han acudido los débiles, y que se convierte en la mala fe ingénita.

provecho de esas cualidades, lo cual empero no les priva de una cierta inclinación a la sospecha maliciosa.³⁴³ El llamado a la alerta mental es una de las constantes de la civilización occidental. Desde Fedro y Esopo hasta Iriarte, desde Aristóteles hasta Maquiavelo, Descartes y Schopenhauer, desde Castiglione y Gracián hasta Azorín y Robert Greene, es posible trazar una línea de continuidad tendente a fijar en la mente de los hombres el imperativo de la atención vigilante.

Entre los latinos incluso llegó a ser materia de legislación (Código de Justiniano 2, 4, 30): *Nemo auditur turpitudinem summa allegans*, no hay que escuchar a quien alega su propia torpeza. De manera, pues, que mal haríamos si recrimináramos a un pueblo por ser listo o ágil de mente. Antes al contrario, lo correcto sería congratularnos de que así fuese, y procurar encauzarlo de la manera más provechosa y apropiada a nuestro alcance. Nuestro refranero abunda en llamados a la atención de ese tipo. Tal es el sentido en que apuntan dichos tales como: “Camarón que se duerme se lo lleva la corriente” (93 menciones como Absolutamente Verdadero (CV), en el trabajo de campo que, junto a las compilaciones clásicas tantas veces citadas, sirve de soporte a la presente investigación), “Cuando el río suena, piedras trae” (48 CV), “De cualquier yagua vieja sale tremendo alacrán” (54 CV), “El que mucho abarca, poco aprieta” (21 CV)³⁴⁴, “Perro que ladra, no muerde” (11 CV), “Las apariencias engañan” (10 CV), “No todo lo que brilla es oro” (31 CV), “Guerra avisada, no mata soldado, y si lo mata es por descuidado” (9 CV).³⁴⁵ No es un pecado la perspicacia si en buena hora la acompañan el sentido de la previsión, la discreción y el buen criterio.

³⁴³ Sainz Ruiz (1995: 155): “El dominicano es un tipo psicológico notablemente dotado para captar la sugerencia, pero igualmente perezoso en el cuidado de mantener vigilantes las antenas con que se recogen las ondas sugerentes. Cuando él quiere dar voltaje a las pilas de su intelecto y mantener bien afiladas las puntas de su pararrayos, no se le escapa nada. Tan apto es para esa captación que cae con frecuencia en la suspicacia. La suspicacia consiste en recoger ondas que no han sido emitidas.”

³⁴⁴ Chomarat” (2008: 95) sustenta la actualidad de este refrán con las siguientes palabras: “Nuestras abuelas desconfiaban de las personas de modales demasiado amistosos. Con ello sugerían que existe una incompatibilidad entre las demostraciones de afecto dirigidas a todo el mundo y la relación especial, íntima, que se tiene con una persona en particular. De ahí podemos ya extraer cierto número de consejos prácticos. En primer término, debemos recordar que amar a alguien determinado equivale renunciar a otras posibilidades. Es un excelente instrumento de medición que siempre tenemos a mano. Igualmente legítimo es desconfiar de los que aman a todo el mundo, porque a buen seguro no nos aman aunque pretendan lo contrario.

³⁴⁵ En esta misma dirección se orientan los siguientes dichos y frases: “Aquí el que menos sabe, da p’ Arzobispo”, “tener una carta bajo la manga” puesto que hay gente que le quiere vender a uno “gato por liebre”, “querer tapar el sol con un dedo”, “querer meterle a uno los dedos por los ojos”, “Sentarse a esperar que el entierro de tu enemigo parar”, “querer meterle a uno los pelos

Como acertadamente dice Luc Chomarat, a propósito de la expresión “Yo no me chupo el dedo” y del adagio “Pájaro viejo no entra en jaula”, “no permitir que nos timen continúa siendo un ideal que perseguimos sin descanso” (2008: 80). El adivinancero —el culto como el popular— de nuestra lengua³⁴⁶, no menos que las biografías, las *confesiones* y, en sentido general, las obras de los filósofos contienen una ingente cantidad de preguntas, respuestas y salidas que sobresalen por su ingenio y su agudeza. A modo de ejemplo, bastará con recordar las *Vidas de los filósofos más ilustres*, de Diógenes Laercio, en el que, por ejemplo, podemos filiar un equivalente perfecto de una expresión asaz extendida entre los dominicanos del presente: “conocer al cojo sentado, y al ciego durmiendo”, a propósito del don de sutileza que allí se atribuye a Demócrito: “habiéndole visitado Hipócrates, mandó le trajesen leche; vista la cual, dijo era de cabra primeriza y negra; lo cual hizo que Hipócrates admirase su mucha observación y diligencia. A una doncella que vino con Hipócrates, el primer día la saludó así: ‘Salve, muchacha’, y al día siguiente ‘Salve, mujer’: era el caso que aquella noche había sido viciada” (1984: 234).

Los casos podrían multiplicarse al ciento, con sólo remirar el célebre clásico de la Historia de la Filosofía, o bien haciendo lo propio con las *Vidas de los sofistas*, de Filóstrato. Pero también en la parte correspondiente a Alejandro Magno de las *Vidas paralelas*, de Plutarco, sobre todo aquel fecundo diálogo que el joven emperador —que no hay que olvidar que recibió instrucción directa de Aristóteles durante siete años, de los trece a los veinte, en que inicia su reinado— con diez de los filósofos gimnosofistas (1973: 142-145). De seguir la misma senda, a no ser que nos desviase demasiado de nuestro objeto, aun podríamos cazar algunas anécdotas, expresiones y testimonios

para adentro”, “A otro perro con ese hueso”, “No se pueden poner todos los huevos en una misma canasta”, “El gato no le enseñó la última maña al perro... (aa: ante la pregunta de cuál es esa maña, la respuesta sale a la velocidad de un cometa): a subirse en una mata”, “Culebra no se amarra en lazo”, “Obras son amores, y no buenas razones”, “Méteme la mano en la boca, a ver si yo muerdo”, “En tiempo de tormenta, cualquier venta es puerta”, “No todos los días está Santa María detrás de la puerta”, “Mete el día malo, que el bueno se mete el solo”, “Líbrame Dios del agua mansa, que de la brava me libro yo”, “La bondad e’ causa de la pendejía”, “La mucha miel empalaga”, “El que no sabe para donde va, ya llegó”, “Para el barco que no tiene rumbo, cualquier puerto es seguro”, “A mí para decirme ‘perro’ sólo hay que enseñarme el tramojo”, “No hay enemigo pequeño”, “Piensa mal y acertarás”, “Quien de ilusiones de vive, de desengaños”, “Quien se mete a redentor muere crucificado”.

³⁴⁶ Existen varias compilaciones de adivinanzas dominicanas y españolas dignas de ser tomadas en cuenta por quienes se interesen por el estudio sistemático de este costado de nuestra vida mental. Tales son los casos de *Adivinanzas dominicanas*, de Manuel Rueda (1970), *Adivinanzas dominicanas*, de Alejandro Solano (1991), *Adivinancero culto*, de José Luis Gárfer y Concha Fernández, y *Adivinancero popular*, de los mismos autores, ambos del año 2000.

adicionales, de idéntica catadura, en *Los últimos días de Kant*, de Thomas de Quincey (1980: Premia Editora, México, D. F.), y en *El estupidiario de los filósofos*, de Jean-Jacques Barrère y Cristian Roche (1999: Cátedra, Madrid). El refranero iberoamericano es con mucho heredero y salvaguarda de buena parte de aquellas máximas y de una apreciable cantidad de los pasajes de aquellas vidas paradigmáticas.

Tres formidables monumentos bibliográficos de primera línea muestran cuán hondas son las raíces de nuestros decires populares: el *Diccionario de expresiones y frases latinas*, de Víctor-José Herrero Lorrente (1980), *Aurea dicta. Dichos y proverbios del mundo clásico*, de Eduardo Valentí *et al* (1987) y el *Refranero latino*, de Jesús Cantera Ortiz de Urbina (2005). En este caso me refiero sólo a sus precedentes greco-latinos, aunque igual podría incluir dos o más clásicos de nuestra lengua, como *El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha*, *El libro de buen amor*, *La celestina* o *El arte de la prudencia*, para sólo mencionar los vértices que más relumbran en mi mente en este preciso instante.³⁴⁷ Se pueden tomar, como al desgaire, de aquí y de allí, abundantes casos que muestran las estrechas consonancias existentes entre el refranero y nuestro pasado filosófico-literario; Carbonell Basset (2002) ha sentado en este orden un sillar eminente. Aquí sólo me referiré a aquellos que están directamente relacionados con los asuntos propios de este apartado. Por ejemplo, uno de esos adagios que retrata de cuerpo entero la sagacidad del dominicano medio es “Líbrame Dios del agua mansa que de la brava me libro yo”, y es el caso que, por Campos *et* Barella (1998: XIII) se cae en la cuenta de que aparece en la recopilación de los *Refranes que dicen las viejas tras el fuego* (1454), del Marqués de Santillana; y por Robert Greene (1999: 37), de que tiene en Voltaire (1694-1778) una posible aplicación posterior: “Señor, protégeme de mis amigos; yo puedo encargarme de mis enemigos”.

Otra de las apuestas clásicas que aparece debidamente expresada en nuestro refranero es la doctrina del justo medio aristotélico, esa difícil búsqueda del sentido de

³⁴⁷ Cfr. respecto al primero, *Refranero popular manchego y los refranes del Quijote*, de Jesús M. Ruiz Villamor y Juan Manuel Sánchez Miguel (1988), y *El espíritu de Sancho Panza. El carácter español a través de los refranes*, de Armando de Miguel (2000). Con relación al segundo y al tercer casos, véase Campos *et* Barella (1998: XI). En 1996 se da a la estampa la primera edición dominicana de *El arte de la prudencia*, de Baltasar Gracián, una de las referencias obligadas del pensamiento y de la literatura en lengua española, que, en las páginas finales, incluye las equivalencias paremiológicas de buena parte de los aforismos que componen dicha obra.

la equidistancia que, entre nosotros, se relaciona con lo que indistintamente se denomina “lo natural”, “lo correcto”, “lo lógico” o “el buen criterio”, y que tiene más de un antecedente en los siete sabios de Grecia.³⁴⁸ La medida, en el manejo de la palabra y en el comportamiento, es una de las consecuencias inmediatas de semejante modo de conciencia. En efecto, un aura de sensatez natural acompaña al dominicano medio tradicional, que es el tipo humano característico de nuestra zona rural o sub-urbana. “Ser medido”, “medir, pesar las palabras”, son valores significativos en las relaciones interpersonales de los dominicanos de ayer y de hoy. Tal es la orientación de refranes tales como: “La lumbre no debe estar tan cerca del santo que lo queme, ni tan lejos que no lo alumbre”, “El que mucho abarca, poco aprieta”, “Todo a su debido tiempo”, “Los extremos se tocan”, “Todos los extremos son malos”, “Lo demasiado hasta Dios lo ve”, “Ni tanto ni tan poco”, “Ni tan calvo es el calvo que se le ven los sesos”, “Ni todo para ser dicho, ni todo para callarlo”, “La mucha miel empalaga”, . La expresión “Meta su mano en su pecho” cumple la misma función semántica; es un llamado a la razón, una apelación a la lógica, algo bastante frecuente entre nosotros; habida cuenta de que *la* lógica es la que cada quien anida en su mundo interior.

Empero, no se sigue de ello que las fuentes del refranero sean exclusivamente clásicas, como sostiene Carbonell Basset (2002: 32). Antes de que apareciese la escritura hubo diálogo entre los hombres. Tuvieron que hacerlo, necesariamente, mediante estructuras sintácticas, no mediante palabras aisladas. Ahí debieron originarse los primeros refranes y los primeros versos que, por las condiciones anotadas más arriba, permanecerían transmitiéndose de boca, como en otros tiempos los cantares de gesta. La escritura es una conquista posterior, como sugiere, con razón, Platón en el mito de Theuth y Thamus (*Fedro* 275a). El espacio por excelencia del refranero es el campo, precisamente donde los niveles de alfabetización presentan los índices más bajos. Aún a estas alturas, sigue siendo mayor el porcentaje de habitantes de las zonas urbanas analfabetos que en las zonas rurales. La región del Cibao, por ejemplo, de donde provengo, es una cantera viva del refranero iberoamericano; parecería como si los hubieran aprendido directamente de viva voz de Sancho Panza, o mediante la lectura de las *Novelas ejemplares*, donde aparecen bastantes. Sin embargo, es poco probable

³⁴⁸

García-Bacca (1972: 13, 16-17): Cleóbulo, el Líndico: “Lo óptimo: la medida”, “No te ensorberbezcas con los éxitos ni te deprimas con los fracasos”; Pítaco: “No hables mal del amigo ni bien del enemigo, que ambas cosas van fuera de razón”; Bías: “No seas de natural bonachón ni de natural malicioso”.

que hasta los habitantes de la campiña cibaeña haya llegado el refranero al amparo de los libros. Ahora bien, para los fines del presente estudio es irrelevante el origen de una o más paremias, pues lo que cuenta es si son aceptadas o no como verdades indubitables, o si operan de manera tácita a modo de recursos procedimentales, como aquellos que conforman la estructura lógica de nuestra mentalidad. Lo que se ha procurado a lo largo de estas páginas es el estudio de las imágenes mentales, las creencias y los mecanismos de operación de la mente que tienen vocación de influjo en determinados estilos de pensamiento y en determinados modos de conducta.

A modo de recapitulación... En este capítulo se intenta una suerte de cierre epistemológico, en el sentido de que durante las restantes entregas procuré estudiar el imaginario y del refranero como fontanas del cuerpo de creencias, a partir de las cuales se deriva el *modo de ser* de los dominicanos, en su doble significación, como antesala de su concepción del mundo y de patrones básicos de conducta. En este capítulo se emprende un camino diferente. Antes que los influjos operativos específicamente del refranero sobre las certidumbres básicas, se procura abstraer las formas y las operaciones lógicas a que da origen en la mente social e individual. A ese conjunto de líneas de frecuencia he denominado *estructura lógica*, con el auxilio de Ortega y Gasset, J. Zeleny y Eli de Gortari. Precisada la noción, me he propuesto la identificación de esas formas y operaciones, alcanzando a identificar a las siguientes como las tendencias más socorridas: pensamiento analógico, carácter autorreferencial del refranero y de la estructura mental que genera, inclinación a la generalización — con base o sin ella—, estrecha trabazón entre deducción y autorreferencialidad. Esto se ha hecho en activo diálogo con las ideas de las formas elaboradas de la conciencia sobre el tópico; esto es, con aquellos autores que se han ocupado de meditar acerca de la vida mental de los dominicanos. Al igual que en los capítulos anteriores, a veces he coincidido con sus apreciaciones, a veces no.

Conclusiones

1. En el estudio de la mentalidad, desde el triple punto de vista de conjunto de creencias básicas, estructura mental e imaginario colectivo, se encuentra una de las claves del desvelamiento de la identidad social y cultural de los dominicanos.
2. La República Dominicana pertenece al concierto de las naciones occidentales del planeta. El modo de ser de sus habitantes participa de los esquemas mentales y de los patrones conductuales correlativos a la civilización greco-latina y sus derivaciones, incluida obviamente la hispanoamericana.
3. La religión, la lengua, las normas jurídicas, el imaginario colectivo y el refranero desde los cuales el dominicano se hace a la vida tienen en la Grecia y la Roma de los tiempos clásicos, y en la España de la Edad Media y del Renacimiento, sus fuentes y sus antecedentes eminentes. (He aquí uno de los objetivos de gran alcance de la presente investigación de tesis.)
4. El idioma es el referente obligado del Derecho, la religiosidad, el refranero y el imaginario. Es el más dinámico de los modeladores de la conciencia individual y de los universos simbólicos colectivos. La lengua es, en efecto, donadora por excelencia de los esquemas que constituyen la estructura lógica y las creencias troncales de la sociedad. Con el idioma heredamos una visión del mundo, unos patrones específicos de razonamiento e, incluso, un boceto del orden de la realidad y de la jerarquía de los seres que la constituyen. (Uno de los objetivos específicos de esta investigación era, justamente filiar la percepción del dominicano acerca de los principales tópicos de la cultura occidental; también fue alcanzado.)
5. El criollo irrumpe como sujeto activo de la historia dominicana en el segundo lustro del siglo XIX. Su actuación desemboca en la ruptura de los lazos políticos con la metrópoli, pero no de los vínculos relativos al carácter y a la mentalidad. La lengua, las imágenes mentales, las creencias primordiales, los usos y las costumbres siguieron siendo las mismas, y con ellas: las fiestas, la percepción de lo trascendente, los ritos funerarios, los cuentos tradicionales y el refranero. (Es éste otro de los objetivos específicos que fue cumplido, como se puede apreciar en el cuerpo de la tesis.)

6. El pensamiento filosófico de Ortega y Gasset se revela, a propósito de la aprehensión del carácter y de la mentalidad de los dominicanos, que es el objeto de la presente investigación, como una formidable fontana metodológica. Las nociones de creencia, idea, estructura, vigencia resultan de notable utilidad. Lo propio puede decirse de sus atisbos interaccionistas, sus destrezas de hermeneuta y semiólogo, e incluso de de sus planteamientos perspectivistas. Si funciona en el caso dominicano, es posible que también lo haga al ser aplicado a otras sociedades. (El propósito u objetivo general era, en principio, determinar si había en nuestra cultura filosófica algunos antecedentes del concepto de mentalidad de la Escuela de los Annales, pero el gran vitalista español, en quien ciertamente se encontró el precedente mencionado, se reveló como mucho más promisorio para llevar a buen término la tarea emprendida.)

7. Todo principio de unidad política debe fundarse en la confluencia de los hábitos mentales y de comportamiento de los pueblos llamados a realizarla. En el ambiente espiritual de los países miembros de la familia iberoamericana, a excepción de España, suelen escasear sin embargo los estudios de las mentalidades, a pesar de lo significativo que resultan para la instauración, en curso, de la mancomunidad hispanoamericana de naciones.

8. El refranero es una realidad lingüística a partir de la cual, a propósito de determinadas condiciones, es posible acceder al conjunto de ideas-fuerza de una sociedad. La recolección de los dichos y expresiones de uso frecuente en las naciones iberoamericanas en la actualidad, como el que, a modo de Apéndice, acompaña a la presente tesis, se revela como una prioridad estratégica. Lo propio puede afirmarse respecto a la actualización de las compilaciones existentes. A la recopilación deberán seguir la clasificación, el ordenamiento alfabético, temático e ideológico, y la publicación.

Apéndice No. 1

Cuestionario

OBSERVACIÓN: El objetivo de esta ficha es la elaboración de una lista de los refranes y expresiones de uso frecuente entre los dominicanos.

Responsable: Alejandro Arvelo

Edad: Nivel académico:
Lugar de nacimiento:
Lugar donde creció:
Lugar donde vive actualmente:
Ocupación:

1.- ¿Cuáles son los refranes que más oye o escuchó decir:

A su padre:

A su madre:

A sus hermanos mayores:

A sus hermanos menores:

A sus tíos y abuelos:

A sus profesores (de primaria, secundaria y la universidad):

A sus amigos más cercanos:

- 2.- **Cite tres refranes que les parezcan complemente (verdaderos):**
- 3.- **Indique tres refranes que le parezcan verdades a medias:**
- 4.- **Mencione tres refranes que le parezcan absolutamente falsos:**
- 5.- **Cite, si le es posible, tres refranes o expresiones de uso corriente entre los jóvenes comprendidos entre 13 y 25 años:**
- 6.- **¿Cuáles son los refranes más usados por usted?**

¿Por qué?

Apéndice No. 2

Refranes que parezcan completamente verdaderos

- A buen entendedor pocas palabras 3
- A caballo regalado no se le mira colmillo 14
- A Dios que te proteja 1
- A Dios rogando y con el mazo dando 3
- A falta de pan cazabe 1
- A grandes males grandes remedios 1
- A los verdugos se los conoce de lejos pues tienen cara de miedo 1
- A mal tiempo buena cara 13
- A palabras necias oídos sordos 1
- A palo dado ni Dios lo quita 1
- A quien Dios no le da hijos, el diablo le da sobrinos 3
- A quien le gusta el dulce siempre anda con un turrón en el bolsillo 1
- A quien San Juan se lo dio San Pedro se lo bendiga 1
- A rey muerto, rey puesto 1
- Adular es lo que se dice de uno mismo pero en otras personas 1
- Agua que no has de beber déjala correr 11
- Al buen hijo Dios lo ayuda 1
- Al dedo malo todo se le pega 4
- Al pan pan y al vino vino 1
- Al perro huevero aunque le queme la boca huevo come 1
- Al que cree que esta firme que cuide de que no caiga 1
- Al que Dios se lo dio san Pedro se lo bendiga 2
- Al que espera y espera algo bueno le llega 1
- Al que madruga Dios lo ayuda 31
- Ama a tu prójimo como a ti mismo 3
- Amigo es el queso del ratón 3
- Amigo no es el que te hace reír sino el que te hace llorar 5
- Amigo no es todo el mundo 1
- Amor con amor se paga 2
- Amor de lejos amor de pendejos 5
- Amor de lejos felices los cuatro 2
- Aprovecha el tiempo bueno que el malo llega solo 1
- Árbol que nace torcido jamás endereza 38
- Arrópate hasta donde te dé la sábana 1
- Así como la moneda las personas tienen dos caras 1
- Así como vistes te tratan 1
- Aunque el mono se viste de seda mono se queda 4
- Auyama no da calabaza 10

- Ayúdate que Dios te ayudará 1
- Bacinilla de oro pa escupir sangre 1
- Barco grande ande o no ande 2
- Barco parado no gana flete 2
- Barriga llena corazón contento 3
- Buen estudiante es el que estudia antes de cada clase 1
- Busca bien para que encuentres 1
- Cada cabeza es un mundo 4
- Cada cual sabe donde le aprieta el zapato 1
- Cada día el tiempo se aproxima mas 1
- Cada loco con su tema 1
- Cada uno tiene lo que se merece
- Camarón que se duerme se lo lleva la corriente 93
- Cambia y encontraras en ti el mejor amigo 1
- Coge brillo cadenita que tu moho llega 3
- Comencemos como enemigos para terminar como amigos 1
- Como eres en casa así eres en la calle 1
- Con amor no se come 1
- Con paciencia y calma se sube el burro a la palma 1
- Con paciencia y calma se sube un burro a una montaña 4
- Cosechas lo que siembras 1
- Crea fama y acuéstate a dormir 3
- Crees que jodes y te están jodiendo 1
- Cría cuervos y te sacarán los ojos 6
- Cualquier bejuquito amarra 3
- Cualquier sastre de campo al del pueblo le hace un flu' 1
- Cuando el domingo va a ser bueno desde el sábado se ve 1
- Cuando el gato sale los ratones hacen fiesta 1
- Cuando el hambre ataca, la batata es un refresco 1
- Cuando el mal aprieta el bien no esta lejos 1
- Cuando el río suena, piedras trae 48
- Cuando hablas mentiras del cielo no caen gallinas 1
- Cuando la gallina canta igual que el gallo es porque algo esta pasando en el gallinero 1
- Cuando las hormigas se quieren perder alas le quieren nacer 5
- Cuando pasen los nublados contaremos las estrellas 1
- Cuando un pobre se enamora un rico se le atraviesa 1
- Cuatro ojos ven mas que dos 1
- Cuida a tu padre y a tu madre para que tus días se alarguen 1
- Date brillo cadenita que tu moho llega 1
- De cualquier yagua vieja sale tremendo alacrán 54
- De la abundancia del corazón habla la boca +
- De lo que vez deja lo malo y coge lo bueno 1

- De que le vale al molinero, molinar, si unos amasan la harina y otros se comen el pan 1
- De quien uno será es de quien quiere 1
- De tal palo tal astilla 23
- De un pan comieron muchos 1
- Del agua mansa líbrame Dios que de la otra me libro yo 2
- Del dicho al hecho hay mucho trecho 2
- Del mar para acá todo es tierra 2
- Después de la tempestad viene la calma 2
- Después de las doce de la noche no hay mujeres feas 1
- Detrás de todo buen hombre hay una gran mujer 1
- Dicen los padres haz las cosas bien y te acordarás de mi 1
- Dime con quien andas y te diré quien eres 64 *****
- Dinero mas adquirido es dinero mal gastado 1
- Dios aprieta pero no ahorca 1
- Dios dice ayúdame que yo te ayudaré 1
- Dios dice cuídate que yo te cuido 1
- Dios dijo: me voy y los dejo y que el más sabio viva del más pendejo 4
- Dios es amor, pero también fuego consumidor 1
- Dios le da barba al que no tiene quijada 6
- Dios le da pan precisamente al que no tiene 1
- Dios los cría y ellos se juntan 1
- Dios proveerá 1
- Dios tarda pero no olvida 4
- Donde hubo fuego cenizas quedan 4
- Donde manda capitán no manda marinero 2
- Donde no hubo no se puede pedir 1
- Donde se mata la vaca se le saca el cuero 1
- Donde se saca y no se echa, tarde o temprano se pasa la cosecha 1
- Dos montañas no se juntan pero dos personas si 1
- Échale carne a perro flaco 1
- El amigo de mi enemigo es mi enemigo igual 1
- El amor es ciego 1
- El amor y el interés se fueron al campo un día, y pudo mas el interés que el amor que se tenían 3
- El aprender no pesa 1
- El beso es igual que una casa de dos plantas porque lo que se hace arriba se siente abajo 1
- El buen hijo regresa a casa 1
- El buen hijo siempre a su casa vuelve 4
- El buey manso se mama su tela y la ajena 1
- El burro hablando de orejas 1
- El burro se ata para que cruce el río no para que beba agua 1

- El chinero pelando pa que otro chupe 1
- El corazón de la auyama solo el cuchillo lo conoce 8
- El corazón del ñame lo conoce el cuchillo 2
- El crimen nunca paga 1
- El día bueno métalo en casa que el malo se mete el mismo 1
- El día mas claro llueve 2
- El diablo sabe más por viejo que por diablo 31
- El dinero no es todo en la vida 2
- El dominicano pone candado cuando le roban 2
- El esfuerzo es la clave del éxito 1
- El futuro esta en tus manos y tu mente nunca te quede detrás 1
- El hambre que espera hartura no es hambre 1
- El hijo bueno a su casa vuelve 1
- El hijo de puta saca a su madre de disputa 1
- El hombre es él y sus circunstancias 1
- El hombre es serio hasta que deja de serlo 1
- El hombre ordinario le exige a los demás, el hombre excepcional se exige así mismo 1
- El hombre propone y Dios dispone 1
- El hombre vale por lo que sabe 1
- El mas inteligente es el que mas rápido se adapta 1
- El mejor don es el perdón 1
- El mono aunque se vista de seda mono queda 2
- El niño que estudia aprende 2
- El ojo del amo engorda el caballo 1
- El ojo del amo engorda el ganado 6
- El pasajero se conoce por su maleta 1
- El perro es el mejor amigo del hombre 1
- El perro que traga un hueso confianza le tiene a su garganta 1
- El pez grande se come al chiquito 1
- El puerco no se rasca en javilla 1
- El puerco sabe en que palo se rasca 1
- El puerco se rasca por donde le pica +
- El que a buen árbol se arrima buena sombra lo cobija 48
- El que a hierro mata hierro muere 8
- El que anda con cojo al año cojea 15
- El que anda con cuero así la catalogan 1
- El que anda con ladrón que lo confundan 1
- El que anda en la miel el dulce se le pega 1
- El que apareja su burro sabe hacia donde va 1
- El que aspira llega 1
- El que bien empieza bien termina 1
- El que cuida siempre tiene 1

- El que da a mendigo recibe dadivas 1
- El que da lo que tiene a pedir se queda 1
- El que da lo que tiene a pedir viene 2
- El que de coco depende de piñanate no pasa 1
- El que deja todo para último todo le sale mal 1
- El que dice saber es sabio 1
- El que duerme bajo los árboles se moja dos veces 1
- El que ensilla su caballo sabe para donde va 4
- El que escucha aprende 1
- El que escucha consejo muere de viejo 1
- El que escupe para arriba le cae en la cara 5
- El que espera lo mucho espera lo poco 1
- El que este libre de pecado que tire la primera piedra 1
- El que estudia el día antes se le va la luz 1
- El que estudia hoy progresa mañana 1
- El que estudia triunfa 1
- El que hace su jongo que se lo eche al hombro 1
- El que las hace las paga 2
- El que mal anda mal acaba 3
- El que mal empieza mal acaba 3
- El que maldad nos hace no s lo tiene que pagar 1
- El que manda descansa de los pies pero no del alma 1
- El que mucho abarca poco aprieta 21
- El que mucho habla, mucho yerra 2
- El que nació carpintero del cielo le caen los clavos 3
- El que nació para coco de piñonate no pasa 3
- El que nació para martillo del cielo le caen los clavos 1
- El que nada debe, nada teme 3
- El que nada sabe nada vale 4
- El que nada tiene nada vale 1
- El que no conoce su historia esta destinado a repetirla 2
- El que no corre vuela 1
- El que no estudia nada vale 2
- El que no llora no mama 4
- El que no mira palante' atrás se allá 1
- El que no muere joven llega a viejo 1
- El que no sabe para donde va ya llego 1
- El que no se afana s e muere y el que no también 1
- El que no se para a orinar no hace espuma 1
- El que no se prepara será burro de carga 1
- El que no siembra no cosecha 1
- El que no tiene hacha no tiene sospecha 3
- El que no trabaja o roba o se convierte en delincuente 1

- El que no trabaja que no coma 2
- El que no vive para servir no sirve para vivir 1
- El que obra bien, bien acaba 1
- El que oye consejo llega a viejo 1
- El que persevera triunfa 22
- El que por su gusto muere, que sus penas le sepan a gloria 5
- El que quiere moños bonitos que aguante jalones 1
- El que quiere puede 1
- El que ríe ultimo ríe mejor 7
- El que se casa, casa quiere 1
- El que se daña es porque quiere 1
- El que se embarca temprano, temprano se desembarca 1
- El que se lleva de consejo muere de viejo 13
- El que siembra cosecha 3
- El que siembra en terreno ajeno pierde el fruto y también la semilla 1
- El que siembra vientos cosecha tempestades 5
- El que tenga sus lágrimas lejos que comience a llorar temprano 2
- El que tenga tienda que la atienda o sino que la venda 4
- El que tiene hecha tiene sospecha 9
- El que tiene pocas lágrimas comienza a llorar temprano 1
- El que va viene 1
- El que vive de consejo llega a viejo 1
- El respeto al derecho ajeno es la paz 5
- El saber no ocupa lugar 1
- El saco aprieta pero no ahorca 1
- El sol sale para todos 5
- El tiempo es oro 2
- El tiempo es oro y el que lo pierde es un bobo 2
- El tiempo pasa y nos vamos poniendo viejos 1
- El trabajo dignifica al hombre 1
- El verdadero hombre nace de las cenizas del error 1
- En boca cerrada no entran moscas 7
- En casa de herrero cuchillo de palo 2
- En el país de los ciegos el tuerto es un rey 2
- En la cárcel y el hospital es que se ven los amigos 1
- En la noche todos los gatos son gris 1
- En tiempos de calor la batata es un refresco 1
- Enfrenta la oscuridad y obtendrás la claridad 1
- Entre dicho y hecho hay mucho trecho 1
- Entre el cielo y la tierra hay gran distancia 1
- Era como la gatita de maría ramos, tira la piedra y esconde la mano 1
- Es bueno estudiar en la universidad 1
- Es fácil 1

- Es mas fácil coger los mangos bajitos 1
- Es mejor querer triunfar y fracasar que nunca triunfar por miedo a fracasar 2
- Escoba nueva barre bien 3
- Estar nublado no es que va a llover 1
- Este es el juego del huevo y la piedra 1
- Estudia antes no después 2
- Estudia hoy para que seas alguien mañana 4
- Estudia para que aprendas 1
- Estudien para que se hagan hombres y mujeres 1
- Existen personas tan vacías que solo están llenas de sí mismas 1
- Favor con favor se paga 1
- Fui por lana y salí trasquilado 1
- Gallo que no canta algo tiene en la garganta 1
- Gato maullador nunca es buen cazador 1
- Gota a gota se llena y derrama la copa 1
- Guarda pan para mayo y harina para abril, a todo el sonriente le gusta pedir 3
- Guerra avisada no mata soldado 9
- Hasta perdiendo se gana 1
- Hay mas satisfacción en dar que en recibir 1
- Hay que regar para poder cosechar 1
- haz el bien sin mirar a quien 36
- Hijo de gato caza ratón 3
- Hijo fuiste y padre serás 10
- Hombre ajeno es veneno 1
- Hoy por ti, mañana por mi 8
- Joven eres y viejo serás 1
- La avaricia rompió el saco 1
- La boca es el peor castigo del cuerpo 1
- La cáscara guarda el palo 1
- La curiosidad mato al gato 1
- La desesperación es la madre de todas las cosas incompletas 1
- La desesperación es parte del fracaso 5
- La envidia es parte del fracaso 1
- La envidia no mata pero mortifica 2
- La experiencia no se improvisa 6
- La felicidad del pobre dura poco 2
- La gatita de Mr. Ramos tira la piedra y esconde la mano 1
- La gente critica pero no mantiene 1
- La gente hablando se entiende 1
- La gente tira a matar cuando volamos bajo 1
- La gota orada la piedra no por fuerte sino por su constancia 1
- La hierba que esta pa' uno no se la come otro burro 2
- La lluvia sale del cielo y a la tierra ha de caer 1

- La mejor forma de decir es hacer 1
- La oveja mansa se mama su teta y la ajena también 1
- la paja se ve en el ojo ajeno 1
- La paloma que mas lejos llega no es la que mas vuela, sino la que mas lejos mira 1
- La piedra que esta para el perro, dobla la esquina y le da 1
- La sogá siempre revienta por lo mas delgado 1
- La suerte de las feas las lindas las desean 1
- La unión hace la fuerza 7
- La verdad entera no existe 1
- La verdad se antepone siempre a la mentira 1
- La vida es dura y también la muerte para aquellos que persiguen sueños 1
- La vida es una feria 1
- La vida le da barba al que no sabe afeitarse 1
- Ladrón que roba a ladrón tiene cien años de perdón 1
- Las apariencias engañan 10
- Las cosas son dependiendo del cristal con que se miran 1
- Las cosas son grandes si tu las haces grandes 1
- Las madres sufren cuando los hijos no son felices 1
- Las manos que dan esperan 1
- Las manos que dejan caer pueden recoger 1
- Las mujeres son como los semáforos, después de las 12 no se respetan 1
- Las oportunidades son calvas pero hay que atraparla por el único pelo 1
- Las palabras se toman de quien las diga 1
- Las palmas son mas altas y los puercos comen de ellas 3
- Las personas no hablan sino que actúan 1
- Las personas valen por lo que son 1
- Llévame despacio que voy de prisa 1
- Lo ajeno se deja quieto 1
- Lo bueno se hace esperar 1
- Lo cortes no quita lo valiente 1
- Lo importante no es llegar sino saber llegar 1
- lo que cosechas sembraras en el futuro 2
- Lo que de tu mano derecha no lo sepa la izquierda 2
- Lo que es pa' mi no es pa' nadie 1
- Lo que esta a la vista no necesita espejuelos 3
- Lo que se dice, o es o quiere ser 1
- Lo que siembras cosechas 1
- Lo que viene fácil se va fácil 1
- Los amigos se ven en los momentos difíciles 1
- Los cinco dedos de la mano son desaparejos 1
- Los hombres son como los teléfonos públicos o están ocupados o están fuera de servicio 1

- Los hombres son de venus y las mujeres de Marte 1
- Los ojos son los espejos del alma 1
- Los sueños se realizan trabajando 1
- Los tropezones te ayudan a levantar los pies 2
- Madre aún sea un bouco 1
- Madre es madre y lo demás es pendejada 1
- Maldito el hombre que cree en hombre 1
- Mamá de puta antes que te digan 1
- Mañana será un tiempo mejor 1
- Marineros somos y en el mar andamos 5
- Mas adelante hay gente 1
- Mas pronto cae un hablador que un cojo 2
- Mas vale callado que hablando 1
- Mas vale la sal que el chivo 1
- Más vale pájaro en mano que cien volando 9
- Más vale precaver que lamentar 12
- Mejor perdido que muerto 1
- Mejor solo que mal acompañado 7
- Mejor tarde que nunca 11
- Mientras mas trabaja mas te preparas 1
- Mientras menos perro menos pulga 1
- Mira la esencia y no las apariencias 1
- Mira la paja de tu ojo antes de ver la ajena 1
- Moño bonito aguanta jalón 7
- Muchachos sigan adelante 1
- Muchos por oler hieden 1
- Muerta de hambre solo en tu lengua 1
- Nada es verdad o mentira todo depende del color del cristal con que se mira 1
- Nadie da nada 1
- Nadie es profeta en su tierra 1
- Nadie puede hacerte sentir inferior sin tu consentimiento 1
- Nadie sabe lo que tiene hasta que lo pierde 14
- Nadie sabe si no le dicen 1
- Nadie siente en cuerpo ajeno 1
- Ni los dedos de la mano son parejos 2
- No comas frutas agrias para que a tus hijos no les de dentera 1
- No comas pan delante del hambriento 1
- No dejes camino real por vereda 9
- No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy 19
- No digas jamás lo que no has escuchado 1
- No es lo mismo llamar al diablo que verlo llegar 2
- No es pobre quien tiene poco, sino el que mucho desea 1
- No es saber hacer las cosas sino hacerlas bien 1

- No escupas para arriba que puede caerte en la cara 1
- No esperes que la felicidad toque a tu puerta, sal a buscarla 1
- No hagas a otros lo que no quieres que te hagan 6
- No hagas una tormenta en un vaso de agua 1
- No hay mal que dure cien años 16
- No hay mal que por bien no venga 38
- No hay nada oculto que no vaya a ser manifiesto 1
- No hay nada triste en cambiar las ideas, lo triste es no tener ideas que cambiar 1
- No hay peor ciego que el que no quiere ver 3
- No hay peor lucha que la que no se hace 1
- No hay regla sin excepción 1
- No hay sábado sin sol ni domingo sin resplandor 1
- No importa quien llegue primero lo importante es saber llegar 1
- No le des mente a la puerca que los lechones son mas 1
- No le hagas a otro lo que no quieres que te hagan a ti 2
- No pagues mal por mal 1
- No por mucho madrugar amanece mas temprano 3
- No quieras tapar el sol con un dedo 1
- No se debe juzgar sin saber 1
- No se juzga el libro por su portada 1
- No solo de pan vive el hombre 1
- No todo lo que brilla es oro 31
- No todos los días son de fiesta 1
- No todos los medios pesos se echan en el bolsillo 1
- No trates de tapar el sol con un dedo 1
- No van lejos los de adelante si los de atrás corren bien 9
- Nunca dejes para mañana lo que puedes hacer hoy 8
- Nunca digas de esa agua no beberé 3
- Nunca es tarde para empezar 2
- Nunca es tarde si la dicha es buena 8
- Nunca esta mas oscuro que cuando va a amanecer 1
- Nunca falta un pelo en un sancocho 1
- Nunca falta un roto para un descuido 1
- Nunca te avergüences de lo que eres 2
- Ojo por ojo diente por diente 4
- Ojos que no ven corazón que no siente 8
- Oye al conejo diciendo al burro orejón 1
- Palabras necias oídos sordos 1
- Palo dao' ni Dios lo quita 1
- Para decir tengo hay que joderse 1
- Para que Dios te ayude ayúdate primero 1
- Para un buen oyente hacen falta pocas palabras 1
- Para un madrugador uno que no duerme nada 1

- Para un viaje corto cualquier burro llega 1
- Peluo' por fuera, amarillo por dentro 1
- Perro que ladra no muerde 11
- Piensa en grande y serás grande 1
- Plátano maduro no vuelve a verde 10
- Poco a poco se llega 1
- Por la boca muere el pez 3
- Por la plata baila el mono 4
- Por lento que parezca el reloj las horas pasan 1
- Por tus frutos te conocerán 1
- Primero Dios y después sus santos 3
- Que chispero lleva esa guagua 1
- Querer es poder 11
- Quien no grita no mama 1
- Saber es recordar a tiempo 2
- Saca la paja de tu ojo antes de verla en el ajeno 1
- Sandaca y santoma en la loma 1
- Sangre en bandeja de plata 1
- Se la da de coca cola y no sirve ni pa mabi 1
- Sé siempre tú mismo 1
- Secreto en reunión es mala educación 1
- Ser humilde es la clave del éxito 1
- Ser inteligente es recordar el tiempo 1
- Serás mañana el resultado de lo que hagas hoy 1
- Si del cielo te caen limones aprende a hacer limonada 8
- Si en lo poco fuiste fiel en lo mucho te pondré 1
- Si escupes para arriba te cae en la cara 1
- Si la montaña no va a mahoma, mahoma va a la montaña 3
- Si Mahoma no va a la montaña, la montaña va a Mahoma 2
- Si me tienes envidia trabaja como yo 1
- Si naciste para carpintero, del cielo te caen martillos 1
- Si quieres comer pescadito hay que mojarse el fundillo 1
- Si quieres progresar debes trabajar 1
- Si te apuras hoy serás un gran hombre mañana 1
- Si te causo envidia, trabaja como yo 1
- Si tu no te cuidas nadie te cuidará 1
- Siembra hoy y cosecharas mañana 2
- Sigue pensando que va a llover 1
- Sin libertad no vale vivir 1
- Sólo el pueblo conoce la naturaleza del príncipe 1
- Suda tus deseos y por siempre serán tuyos, aquel que los consigue sin esfuerzo, sin esfuerzo se van. 1
- Ta' pasao' 1

- Tal hay quien se quiebre dos ojos porque su enemigo se quiebre uno 1
- Ten cuidado del árbol que te recuestes, puede tener espinas 1
- Tiburón que se duerme se lo lleva la corriente 1
- Toda cabeza es un mundo 1
- Todas las aves que vuelan juntas compañeras son 1
- Todo a su debido tiempo 2
- Todo cae por su propio peso 1
- Todo en la vida es vanidad 1
- Todo llega a su debido tiempo 1
- Todo lo que esta a la vista no necesita espejuelos 1
- Todo lo que sube tiene que bajar 2
- Todo pasa menos la palabra de Dios 1
- Todo sacrificio tiene su recompensa 1
- Todos los niños nacen hombres pero pocos mueren hombre 1
- Tu estas en todo menos en misa 1
- Tu mejor hermano es tu terreno cercano 1
- Tu no haces ni dejas hacer 1
- Tu si eres pendejo, porque tu eres tonto y ahora es que la puerca retuerce el rabo 1
- Tus verdaderos amigos son tus padres 1
- Un clavo saca otro clavo 1
- Una cosa piensa el burro y otra quien lo apareja 5
- Una res mala daña el ganado 2
- Una sepa igual nunca será igual 1
- Uno lleva su mula al río si quiere que beba, sino no 1
- Uno no estudia para la escuela sino para la vida 1
- Uno no sabe lo que tiene hasta que lo pierde 2
- Uno pone y Dios dispone 1
- Uno por su mejoría hasta su casa dejaría 2
- Uno sabe lo de hoy pero no lo de mañana 1
- Uno se arropa hasta donde le da la sábana 1
- Va a llover no moja 1
- Ver para creer 1
- Vive como si fueras a morir mañana y aprende como si fueras a vivir eternamente 1
- Vive tu vida y no la ajena 6
- Vive y deja vivir 1
- Yo no me meto en camisa de once varas 1
- Yo no nací para semilla 1
- Zapatero a su zapato 1

Refranes que parezcan verdades a medias

- A buen entendedor pocas palabras 2
- A caballo regalado no se le mira colmillo 19
- A Cesar lo que es de Cesar a Dios lo que es de Dios 1
- A Dios rogando y con el palo dando 4
- A lo que nada cuesta hagámosle fiesta 1
- A palabras necias oídos sordos 4
- Agua que no has de beber déjala correr 4
- Ahí es que tu me arrugas 1
- Al buey robu' Dios le espanta las moscas 1
- Al caballo brincador no le falta cojera 1
- Al dedo malo todo se le pega 3
- Al ladrón lo juzgan por su condición 1
- Al lugar donde fueres haz lo que vieres 1
- Al mal tiempo buena cara 6
- Al pan pan y al vino vino 2
- Al que Dios no le da hijos el diablo le da sobrinos 1
- Al que Dios se lo dio, el Señor se lo bendiga 3
- Al que le dan pan que coma 1
- Al que madruga Dios lo ayuda 29
- Amarra el caballo donde diga el amo 1
- Amigo el ratón del queso 3
- Amigo es el bolsillo y si esta roto no es amigo 1
- Amigo es el peso en el bolsillo 4
- Amigo es el que te dice la verdad en la cara 1
- Amigo es el que te hace reír sino el que te hace llorar 3
- Amigo no es el que te hace llorar sino el que te acompaña en las buenas y malas 1
- Amor con amor se paga 2
- Amor de lejos amor de pendejos 3
- Amor de lejos contentos los cuatro 1
- Antes de mirar la paja en el ojo ajeno 1
- Árbol que nace torcido jamás su tronco endereza 46
- Arco arriba tiempo abajo 1
- Aunque la mona se vista de seda mona se queda 5
- Auyama no pare calabaza 13
- Ayúdate que Dios te ayudará 1
- Barco grande aunque no ande 4
- Barriga llena corazón contento 3
- Brilla brilla cadenita que tu moho llega 1
- Buey solo bien se lame 1

- Cada ovejo con su parejo 1
- Camarón que se duerme se lo lleva la corriente 29
- Cerquita no es pegado ni en la puerta es adentro 1
- Chiquita pero tupia 2
- Chivo chivo chivo de la loma quien ha visto un chivo haciendo maroma 1
- Coge brillo cadenita que tu moho llega 7
- Coger los mangos bajitos 1
- Con paciencia y calma se sube un burro a una palma 1
- Crea fama y échate a dormir 2
- Cría cuervos y te sacaran los ojos 12
- Cualquier bejuco enreda 3
- Cualquier gallina vieja da buena sopa 1
- Cualquiera por su mejoría hasta su casa dejaría 1
- Cuando a la gallina se le muere su nacido se aloja a cualquier gallo 1
- Cuando camines no olvides mirar hacia atrás porque te puedes caer 1
- Cuando el hambre da calor la batata es un refresco 1
- Cuando el río suena es que piedras trae 49
- Cuando el sol sale es para todos 1
- Cuando las hormigas se quieren perder alas le han de nacer 1
- Cuando truena es porque va a llover 1
- Cuando tu ibas yo venia 3
- Cuélame el café clarito 1
- Dale el paquetico a quien se lo merece 1
- Dale tiempo al tiempo para que el tiempo te de tiempo 1
- Dando y dando pajarito volando 1
- Dándosela de coca cola y no llega ni a mabí 1
- Date brillo cadenita que tu moho llega 7
- ¿De cualquier yagua sale tremendo alacrán 14
- ¿De que priva esto pordiosera? 1
- De tal palo tal astilla 55
- Debemos respetar a los mayores 1
- Debemos respetar los símbolos patrios 1
- Del dicho al hecho hay mucho trecho 1
- Delante del ahorcado no se puede nombrar el lazo 1
- Detrás de un buen hombre siempre hay una buena mujer 1
- Dime con quien andas y te diré quien eres 74
- Dime quien eres y te diré quien soy 1
- Dime si es que te comiste una letrina 1
- Dios aprieta pero no ahorca 1
- Dios dice ayúdame que yo te ayudare 2
- Dios le da barba al que no tiene quijada 7
- Dios le da pan al que no tiene dientes 1
- Dios los hace y ellos se juntan 1

- Dios tarda pero no olvida 2
- Dios te dio vida y el diablo te dio sabiduría 1
- Divide y vencerás 1
- Dolor ajeno no quita el sueño 1
- Donde hay perros es que carne sobra 1
- Donde hubo fuego cenizas quedan 2
- Donde tu terminas yo comienzo 1
- El amor del forastero es como la espina que hinca y deja dolor sin esperanza alguna 1
- El amor es loco 1
- El amor los une y el hombre los separa 1
- El amor y el interés se fueron un día al campo y mas pudo el interés que el amor que se tenían 2
- El buen hijo a casa regresa 1
- El buey manso se chupa la de él y la ajena 1
- El burro sabe a quien tumba y el diablo sabe a quien se lleva 1
- El caballo se amarra donde diga el dueño aunque se ahorque 1
- El campo se deja pero no se olvida 1
- El comelón de espagueti siempre habla fino 1
- El cuchillo conoce el corazón de la auyama 10
- El día mas claro llueve 1
- El diablo sabe mas por viejo que por diablo 8
- El dinero no compra la felicidad 1
- El dominicano no compra candado hasta que le roban 1
- El dueño de la casa compra candado cuando le roban 1
- El hambre es grande y no es nada 1
- El hambriento llora dos veces por no dar y porque le den 1
- El haragán trabaja dos veces 1
- El león cree que todos son leones 1
- El león no es como lo pintan 1
- El mal comido no piensa 1
- El mejor amigo del hombre es el perro 1
- El mejor hueso se lo come el peor perro 1
- El mono aunque se vista de seda mono se queda 1
- El mundo hay que dejarlo dar vueltas 1
- El ojo del amo engorda el ganado 1
- El pasajero se lo conoce por la maleta 11
- El perro huevero aunque le quemén la boca huevo come 6
- El perro tiene cuatro patas y coge un solo camino 1
- El pez por la boca muere 2
- El primero lleva la delantera 1
- El puerco sabe donde se rasca 1
- El que a hierro mata a hierro muere 8

- El que a rico aspira a pobre llega 1
- El que anda con cojo al año cojea 30
- El que anda con gajos al año gagea' 1
- El que anda con perros aprende a aullar 1
- El que apareja su burro sabe para donde va 1
- El que bien vive bien muere 1
- El que busca encuentra 2
- El que calla otorga 1
- El que da lo que tiene a pedir se queda 1
- El que da recibe y el que busca halla 1
- El que dice lo que quiere oye lo que no quiere 2
- El que Dios no le da hijos el diablo le da sobrinos 1
- El que duerme con menores, amanece mojado 4
- El que escupe para arriba le cae en la cara 3
- El que la hace la paga 1
- El que madruga Dios lo ayuda 7
- El que mal anda mal acaba 2
- El que mal empieza mal acaba 1
- El que manda descansa los pies peor no el alma 1
- El que manda nunca va 1
- El que mucho abarca poco aprieta 16
- El que mucho se menea se le vota el caldo barrigón aunque lo fajen sigue siéndolo 1
- El que nace para planta muere pa' piñonato 1
- El que nació para martillo del cielo le llueven clavos 9
- El que nada debe nada teme 2
- El que nada puso nada tiene que buscar 1
- El que nada sabe nada vale 3
- El que nada tiene nada vale 3
- El que no corre vuela 3
- El que no cosecha desparrama 1
- El que no gatea no camina 1
- El que no grita no mama 2
- El que no le dan que no coma 1
- El que no oye consejo no llega a viejo 1
- El que no trae azúcar que no pida café 1
- El que persevera triunfa 6
- El que pro su gusto se muere su pena le sabe a gloria 1
- El que quiere pejes que se moje el culo 1
- El que ríe ultimo ríe mejor 10
- El que se junta con cojos al año cojea 1
- El que se junta con perros a ladrar aprende 1
- El que se llena de consejo muere de viejo 1

- El que se lleva de consejo llega a viejo 6
- El que se va a Sevilla perdió su silla 1
- El que se viste con lo ajeno en la calle lo desnudan 3
- El que siembra tormenta cosecha tempestades 2
- El que su enemigo apoca en su mano muere 1
- El que tarde se emboca tarde se desemboca 1
- El que tiene hechos tiene sospechas 1
- El que tiene las lagrimas lejos comienza a llorar temprano 1
- El que tiene sed es el que busca agua 1
- El que tiene tienda que la atiende sino que la vende 1
- El que tira agua hacia el cielo seguro que se moja 1
- El que tropieza aprende a levantar los pies 3
- El sol sale para todos 2
- En boca cerrada no entran moscas 6
- En el corazón uno no manda 1
- En la confianza esta el peligro 1
- En lo que el hacha va y viene el palo descansa 2
- En pleito de marido y mujer nadie se mete 1
- Eres el resultado de ti mismo 1
- Eres el único que quiero 1
- Eres mas haragán que los pies que te cargan 1
- Es mejor morir de pie que reír de rodillas 1
- Esas son lagrimas de cocodrilo 1
- Escoba nueva barre bien 1
- Eso es pan comido 1
- Espera pan para abril y harina para mayo 1
- Este mundo esta perdido 1
- Feo pero con dinero 1
- Guerra avisada no mata soldado y si lo mata es por descuido 5
- Hambre que espera jartura' no es hambre 2
- Hasta perdiendo se gana 1
- Hay gente a la que le dan una uña y te coges el dedo entero 1
- Hay que perder para ganar 1
- Haz bien sin mirar a quien 7
- Hierba mala nunca muere 3
- Higos no pares calabazas 1
- Hijo de gato caza ratón 7
- Hijo eres madre serás 4
- Hoy por ti, mañana por mi 5
- La avaricia rompió el saco 2
- La barriga es ciega 1
- La basura que yo boto no la vuelvo a recoger 1
- La ciudad de Santo Domingo está limpia 1

- La critica es como el pan de cada día 1
- La curiosidad mató al gato 2
- La desesperación es parte del fracaso 7
- La envidia es la madre de la maldad 2
- La envidia no mata pero mortifica 1
- La grande vive y deja vivir 1
- La hormiga se quiere perder, alas le han de nacer 1
- La juventud no se cansa 1
- La locura es el secreto de la grandeza 1
- La lucha por la vida no esta tan solo en estudiar 1
- La mona aunque se vista de seda mona queda 1
- La mujer es lo mejor que hay pero cuando quiere 1
- La novia del estudiante no es la esposa del profesional 1
- La paila que vayas a comer déjala que se queme 1
- La persona chiquita siempre termina agentada 1
- La res mala, hecha a perder el ganado 1
- La sangre pesa mas que el agua 1
- La suerte de las feas las bonitas las desean 1
- la uña le duele al dedo 1
- La vida cruza despacio 1
- La vida es para vivirla 2
- La vida sigue su curso 1
- Ladrón que roba a ladrón tiene cien años de perdón 2
- Las apariencias engañan 2
- Las mujeres no sirven 1
- Las mujeres son todas malas 1
- Las oportunidades son calvas 1
- Las oportunidades son noni y no llegan a tres 1
- Las palabras se toman según quien las dice 1
- Las palmas son mas altas y los puercos comen de ellas 7
- Las palomas le tiran a las escopetas 1
- Llorarán lagrimas de sangre 1
- Lo de Juan es de Juan y lo de pedro es de pedro 1
- Lo justo es bueno 1
- Lo nuevo es bueno 1
- Lo que ayer no hiciste hoy no lo aprendiste 1
- Lo que des con una mano que no lo sepa la otra 1
- Lo que está a la vista no necesita espejuelos 2
- Lo que fuere sanará 1
- Lo que nada cuesta no dura 1
- Lo que no mata engorda 1
- Lo que uno no pasa con los hijos lo pasa con los nietos 1
- Lo que va viene 1

- Los dominicanos son hospitalarios 1
- Los hijos pagarán la culpa de los padres 1
- Los hombres y mujeres son de quien los tenga en el momento 1
- Los muchachos hablan cuando las gallinas mean 1
- Los ojos son reflejo del alma 1
- Los perfumes finos vienen en frasco chico 2
- Los últimos serán los primeros 1
- Los viernes un entretenido cae a mano de un perdido 1
- Madre es madre lo demás es pendejada 1
- Mala hija mala madre 1
- Mañana es otro día para volver a empezar 1
- Marinero somos y en el mar andamos 3
- Mas fácil pasa un camello por el ojo de una aguja que un rico por las puertas del cielo 1
- Mas sabe el burro que el que lo apareja 1
- Mas sabe el diablo por viejo que por diablo 10
- Mas vale la sal que el chivo 2
- Mas vale pájaro en mano que cien volando 5
- Más vale prevenir que lamenta 3
- Mas vale tarde que nunca 4
- Mas vale un toma que dos te daré 1
- Matrimonio y mortaja del cielo bajan 1
- Me arropo hasta donde me de la sábana 1
- Me voy y los dejo que el sabio se aproveche del pendejo 1
- Mejor es cumplir y no prometer 1
- Mejor malo conocido que bueno por conocer 1
- Mejor solo que mal acompañado 4
- Mejor viejo conocido que joven por conocer 1
- Mientras mas flaco el perro mas hediondo es 1
- Mientras mas morro mas leche 1
- Miles de jagua se cierran y miles de madera se abren 1
- Mira la paja de tu ojo que siempre es mayor que la del ajeno 1
- Mira tu pitosa' 1
- Moño bonito aguanta jalones 1
- Mucha espuma y poco chocolate 1
- Muerto que no hace ruido grandes serán sus penas 1
- Nada es imposible 1
- Nadie ayuda a nadie 1
- Nadie es perfecto en la vida 1
- Nadie es profeta en su tierra 1
- Nadie es tan importante que sea necesario 1
- Nadie sabe como es mejor 1
- Nadie sabe lo que tiene hasta que lo pierde 4

- Ni lava ni presta la batea 1
- No abandones un viejo amigo por uno nuevo 1
- No dejes camino real por vereda 2
- No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy 9
- No des explicaciones tus amigos no las necesitan, tus enemigos no las escucharán 1
- No digamos jamás la mentira 1
- No digas si a todo lo que te preguntan 1
- No es lo mismo llamar al diablo que verlo llegar 1
- No hay chino que no coma hierbas 1
- No hay mal que dure cien años 10
- No hay mal que por bien no venga 41
- No hay peor ciego que el que no quiere ver 1
- No hay perro que no ladre 1
- No hay toro que llegue a buey 1
- No importa que se vallan adelante si los de atrás corren bien 1
- No juegues 1
- No le pidas peras al olmo 1
- No por mucho madrugar amanece mas temprano 2
- No se puede coger fiao' porque te deban 1
- No te apures ni recuerdo te dejo 1
- No te lleves de lo que digan 1
- No te metas en camisa de once varas 1
- No todo el que dice se sabe 1
- No todo lo que brilla es oro 16
- No todo lo que se ve lindo se besa 1
- No van lejos los de adelante si los de atrás corren bien 3
- Novio no es el que te divierte sino quien se preocupa por ti 1
- Nunca afirmes lo que otro dice 1
- Nunca digas de esta agua no he de beber 2
- Nunca digas todo lo que sabes 1
- Nunca echar para atrás ni para coger impulso 1
- Nunca es mas oscura la noche como cuando va a amanecer 1
- Nunca es tarde si la dicha es buena 6
- Nunca falta un pelo dentro de un sancocho 1
- Nunca olvides los consejos 1
- Ojo por ojo diente por diente 10
- Ojos que no ven corazón que no siente 4
- Olvídate del mundo 1
- Otro perro con ese hueso 1
- Pa' lo que alumbra el candel' que se apague 1
- Palabra bien dicha no se repite 1
- Para atrás como el cangrejo 1

- Para los gustos se hacen los colores 1
- Para muestra basta un botón 1
- Para saber morir hay que saber vivir 1
- Para un desconocido algo por conocer 1
- Para un roto un descocido 1
- Para un viaje corto cualquier burriquito llega 1
- Pasa mas hambre que maestro de campo 2
- Perro que ladra no muerde 46
- Plátano maduro no se vuelve verde 2
- Pobre pero conforme 1
- Poco a poco las aves hacen su vida 1
- Por la plata baila el mono 6
- Por mucho que corra el de adelante, si el de atrás anda bien llega 1
- Por ser mundo tiene que haber de todo 1
- Por sus zapatos sabrás quien es y como es 1
- Por tu mejoría tu casa botarías 1
- Pórtate bien pa' que los reyes te dejen 1
- Preguntando se llega a Roma 2
- Preso por la guardia de món 1
- Primero Dios después los santos 1
- Puerco no se rasca en jabilla 1
- Que allá pegue y aquí no llegue 1
- Que digan que aquí murió, que digan que aquí corrió 1
- Que Dios te multiplique lo que a mi me desees 1
- Que te ve te compra 1
- Querer es poder 2
- Quien a buen árbol se arrima, buena sombra lo cobija 27
- Quien a hierro mata a hierro muere 2
- Quien se lleva de consejo llega a viejo 1
- Quien siembra un árbol siembra vida 1
- Ríe ahora y mañana llorarás 1
- Saber es recordar a tiempo 1
- Se esclavo de los libros y mañana no lo serás de los hombres 1
- Se jode uno para salvar a otro 1
- Se lo voy a decir a papi 1
- Se rompió la taza cada negro a su casa 1
- Serás lo que quieras ser 1
- Si del cielo te caen limones aprende a hacer limonada 1
- Si el río suena es porque agua trae 8
- Si Mahoma no va a la montaña, la montaña va a Mahoma 6
- Si me das una pedreada te mato 1
- Si te causa envidia trabaja como yo 3
- Si te quise no me acuerdo y si te ame ya no lo sé 1

- Si tienes algo déjalo libre si vuelve es tuyo, si no vuelve nunca lo fue 1
- Si tu fueras un teléfono para hacer una llamada 1
- Si tu no quieres que se sepa no lo hagas 1
- Si tu supieras te quedarías callado 1
- Si una guagua te deja otra te recoge 2
- Siempre hay una mosca en un sancocho 1
- Sigue ahí que vas bien 1
- Sólo se ama una vez 1
- Tan buen pelo y tan mala cabeza 1
- Tanto cae una gota en una piedra que al tiempo le hace un hoyo 1
- Tanto va el cántaro a la fuente que se rompe 1
- Te conozco bacalao aunque vengas disfrazado 2
- Te voy a hacer un cuento 1
- Ten a tu enemigo mucho mas cerca que a tu amigo 1
- Ten cuidado donde pisas 1
- Tiempo al tiempo 1
- Todo cae por su propio peso 1
- Todo cambia en la vida si se busca el interés 1
- Todo el mundo miente 1
- Todo el que nace tiene tiempo de morir 1
- Todo lo blanco tiene su negro 1
- Todo lo que sube baja, menos lo que va al cielo 2
- Todo lo que sube, tiene que caer 3
- Todo niño nace con un pan bajo el brazo 1
- Todo niño nace hombre 1
- Todo no se ve por la belleza 1
- Todos los dedos de la mano no son iguales 1
- Todos los gatos son negros en la oscuridad 1
- Todos los maestros de la UASD son responsables 1
- Todos para mí tienen sus razones, porque se extraen de la experiencia 1
- Todos raso o todos cabo 1
- Tropezón no es caída 1
- Tropezón pone a levantar los pies 1
- Tu amor me esta matando 1
- Tu con tantas curvas y yo sin freno 2
- Tu eres mañana yo soy presente 1
- Tu eres mas malo que cajada de arriba 1
- Tu estas bomba 1
- Tu no sigue ni para taco de ecopeta ‘1
- Tu si estas cuero 1
- Un clavo saca a otro clavo 4
- Una cosa piensa el burro y otra el que lo apareja 5
- Una mala res echa a perder el ganado 1

- Una manzana podrida daña a las demás 1
- Una naranja podrida daña los demás 1
- Uno no es lo que quiere ser sino lo que puede ser 1
- Uno no sabe para quien trabaja 1
- Uno para todos y todos para uno 1
- Uno por su mejoría hasta su casa dejaría 1
- Unos dan para cal y otros para arena 1
- Vamos a ver quien tiene la saliva mas mojada 1
- Ver para creer 5
- Viejito pero bombeando 1
- Vive la vida que solo nos quedan tres días 1
- Vive para ti y no para los demás 1
- Vive tu vida y no la mía 1
- Yo soy bueno por naturaleza 1
- Yo soy dichoso porque tengo suerte 1

Refranes que parezcan absolutamente falsos

- A caballo regalado no se le miran los dientes 8
- A dueño de vaca no se le niega leche 1
- A falta de pan casabe 6
- A lo hecho pecho 1
- A lo que poco cuesta hagámosle fiesta 1
- A oídos conectados, oídos desconectados 1
- A palabras necias oídos sordos 2
- A paso lento se sube el burro a la palma 1
- A quien dios se lo dio san Pedro se lo bendiga 1
- A rey muerto rey puesto 2
- A todo puerco gordo le llega su día 1
- Abre la boca y te caen moscas 1
- Agárrate de la brocha que me llevo la escalera 1
- Agua que no has de beber déjala correr 2
- Al campesino se lo conoce por su maleta 1
- Al dedo malo todo se le pega 2
- Al desnudo todo lo viene menos ropa 1
- Al mal tiempo buena cara 10
- Al perro huevero aunque le quemen la boca sigue comiendo huevo 4
- Al que Dios se lo dio San Pedro se lo bendiga 1
- Al que madruga Dios lo ayuda 11
- Alguna vez ahorcan blancos 1
- Amar y sentir por separados 1
- Amarre su gallina que mi pollo anda suelto 1
- Amigo es el ratón del queso 2
- Amigo es sin dinero en el bolsillo 1
- Amigo es solo el bolsillo 1
- Amigo es un peso en el bolsillo 2
- Amigo es un peso y cuando se encuentra en el bolsillo 1
- Amo a quien me ama 1
- Amor de lejos amor de pendejo 7
- Amor de lejos felices los cuatro 1
- Animal de uña 1
- Árbol que nace torcido nunca se endereza 46
- Aunque la mona se vista de seda mona se queda 2
- Auyama no pare calabazas 8
- Barco grande ande o no ande 6
- Barco parado no hace flete 2
- Brilla cadenita que tu moho llega 2
- Buena choza 1
- Burro flaco no come bizcochitos 1

- Burro no es montura, mujer no es gente y muchacho es perro 1
- Caballito valiente le ponen la carga y no la siente 1
- Cada niño nace con el pan bajo el brazo 1
- Cada ovejo busca su parejo 1
- Camarón que se duerme se lo lleva la corriente 3
- Cantidad prefiero que calidad 1
- Capital es capital y lo demás es monte y culebra 2
- Cara de león corazón de bestia 1
- Chiquito pero tupio 1
- Chivita jarta' de jabo 1
- Coge los mangos bajitos 1
- Colín amolado no mata ganado 1
- Come sola 1
- Con decir no se no se gana ni se pierde 1
- Con paciencia y calma se sube el burro a la montaña 2
- CONSIDERAN QUE NO HAY REFANES FALSOS 8
- Cotorra vieja no aprende a hablar 1
- Crea fama y échate a dormir 2
- Cría cuervos y te sacarán los ojos 12
- Cualquier bejuguito amarra 1
- Cuando bajes al cementerio y a la tumba piensa que hay alguien que muere por ti 1
- Cuando bajes por mi casa dame en la frente para los dientes 1
- Cuando el domingo va a ser bueno, al sábado se le ve 1
- Cuando el hambre da calor la batata es un refresco 2
- Cuando el río suena agua trae 1
- Cuando el río suena piedras trae 18
- Cuando la gente comenta 1
- Cuando la gente habla los burros se callan 1
- Cuando la mar bota es porque es grande la marea 1
- Cuando la mujer dice no quiere decir si 1
- Cuando las hormigas se quieren perder alas le quieren salir 2
- Cuando llueva para arriba 2
- Cuando tu querías ser tuza yo ya era maíz 1
- Cuando veas la barba de tu hermano mojada, pon la tuya en remojo 1
- Cuatro cabezas piensan mas que una 1
- Culebra en su cueva nadie le pisa la cabeza 1
- Dándosela de coca cola y no llega ni a mabí 1
- Date brillo cadenita que tu moho llega 2
- De cualquier yagua sale tremendo alacrán 4
- De la espina sale la rosa 1
- De noche todos los gatos son prietos 1
- De tal palo tal astilla 31

- Debemos gozar la vida 1
- Del cielo caerá café en vez de lluvia 1
- Del cielo cayo una rosa pero no se deshojo, mi madre me quiere mucho pero mas la quiero yo 1
- Después que pasa la tormenta viene la calma 2
- Detrás de cada hombre hay una buena mujer 1
- Dice que sabe y no sabe nada 1
- Dijo Jesús: ahí los dejo que viva el mas sabio del mas pendejo 3
- Dime con quien andas y te diré quién eres 72
- Dios castigo no esta lejos 1
- Dios dijo ayúdame y yo te ayudaré 3
- Dios le da barba al que no tiene quijada 3
- Dios le da pan al que no tiene dientes 1
- Dios los junta el diablo los separa 1
- Divide y vencerás 1
- Donde cabe uno caben dos 1
- Donde Dios no puso no puede haber 1
- Donde hubo fuego cenizas quedan 1
- Donde manda capitán no manda marinero 1
- El hombre triunfa cuando triunfan todos 1
- El amor entra por la boca 1
- El amor y el interés se fueron al campo un día y mas pudo el interés que el amor que el le tenía 3
- El buen hijo a su casa vuelve 1
- El burro hablando de oreja 2
- El burro se amarra donde diga el dueño aunque se ahorque 1
- El corazón del ñame solo lo sabe el cuchillo 2
- El día mas claro llueve 1
- El diablo sabe mas por viejo que por diablo 4
- El diablo sabe mas por viejo que por pendejo 7
- El fin justifica los medios 1
- El gato maullador no es buen cazador 1
- El habito no hace al monje 5
- El hijo del rey por madrugador se encontró un tesoro 1
- El hijo desobediente muere sin dientes 2
- El jefe siempre tiene la razón 1
- El ladrón se juzga pro su condición 1
- El mal comido no piensa 2
- El martes ni te cases ni te embarques 3
- El mejor amigo del compadre es la comadre 1
- El negro cuando no la hace en la entrada la hace en la salida 1
- El negro si no la hace a la entrada la hace a la salida 1
- El ojo del amo aumenta el ganado 2

- El pasajero se conoce por las maletas 6
- El perro es el mejor amigo del hombre 1
- El pez grande se come al pequeño 1
- El pobre tiene larga vida 1
- El que a hierro mata a hierro muere 5
- El que a otro se atiene no es de nada 1
- El que anda con cojo cojea 1
- El que anda con ladrón termina robando 2
- El que anda con perro a ladrar aprende 1
- El que apareja su burro sabe para donde va 1
- El que bebe romo a las doce, poco en la mañana tose 1
- El que brinca mucho algún día se garrancha 1
- El que comienza mal, mal acaba 1
- El que con cojo anda al año cojea 18
- El que con veneno se cría, veneno es su cura 1
- El que cuela café claro dice la verdad 1
- El que da a mendigo recibe dadivas 1
- El que da y quita le sale una bolita 1
- El que da y quita le sale una verruguita 1
- El que debe o ruega o pide 1
- El que Dios no le dio no tiene que buscar 1
- El que duerme mucho vive poco 1
- El que empieza mal termina mal 1
- El que escupe para arriba le cae saliva encima 3
- El que escupe para arriba, le cae 2
- El que la hace paga 2
- El que le tiene miedo a los ojos no come cabeza 1
- El que llega tarde a la fiesta no toca 1
- El que madruga Dios lo ayuda 6
- El que manda descansa los pies pero no el alma 1
- El que mas saliva tenga mas humanos traga 2
- El que mucho abarca poco aprieta 2
- El que mucho habla yerra 1
- El que mucho sabe, nada sabe 1
- El que nace desdichado con su desdicha se queda 1
- El que nace para chivo del cielo le caen los cuernos 1
- El que nació barrigón no le vale que lo fajen 4
- El que nació mono, mono se queda 2
- El que nació pa' martillo del cielo le caen los clavos 21
- El que nació para bombero del cielo le cae la manguera 1
- El que nació para estropajo del cielo le caen los trastes 1
- El que nació para pobre muere pobre 1
- El que nada debe nada teme 1

- El que nada sabe nada vale 1
- El que nada tiene nada vale 8
- El que no anda montado es un perro 1
- El que no bebe se lo beben 1
- El que no estudia se queda bruto 1
- El que no grita no mama 1
- El que no trae azúcar no bebe cóctel 1
- El que perdona una vez, consiente, el que perdona dos, tonto 1
- El que persevera triunfa 1
- El que por su gusto muere, la muerte le sabe a gloria 1
- El que quiere comer pescado debe mojarse el culo 1
- El que ríe ultimo ríe mejor 10
- El que se acuesta con muchacho amanece meado +
- El que se fue a Sevilla perdió su silla 1
- El que se lleva de consejo muere de viejo 5
- El que se viste con lo ajeno en la calle lo desnudan 1
- El que trabaja no come 1
- El que trabaja se hace rico 1
- El que triste vive que se compre ese perro prieto 1
- El rico dura poco 1
- El tiempo cura todo 1
- El tiempo pasado puede regresar 1
- El tiempo que se va no vuelve 1
- El trabajo lo hizo Dios como castigo 1
- En boca cerrada no entran moscas 2
- En el mar todos son tiburones 1
- En frasco pequeño vienen los buenos perfumes 1
- En la curvita nos encontramos 1
- En pleito de marido y mujer nadie se mete 1
- Es mejor casarse con un cuero de cabaret que con una calladita 1
- Es mejor ser cabeza de ratón y no cola de león 1
- Es verdad que cuando la tierra se abre es porque la batata es grande 1
- Esa guayaba podrida no me la como yo 1
- Esas no son brisas que tumban cocos 1
- Escoba nueva barre mejor 1
- Ese no se ablanda ni con agua mansa 1
- Eso te mato 1
- Esos son vientos que tumban cocos 1
- Espera el pan pa' mayo y el pan para abrir 1
- Esta dándosela de coca cola y no llega ni a mabí 1
- Este esta mas loco que una cabra 1
- Guarda pan para mayo y harina pa' abril que a todo el pijotero le gusta pedir 1
- Guerra avisada no mata soldado 2

- Hambre que espera hartura no es hambre 1
- Hasta el día del velorio no se sabe quien es el muerto 1
- Hasta la belleza cansa 3
- Hay el que te mira y te compra 1
- Hay que ser un tigre para vivir con todo el mundo 1
- Hay que ver para creer 3
- Haz bien sin mirar a quien 4
- Hierba mala nunca muere 1
- Hijo de gato caza ratón 8
- Hombre jarto' no habla pendejadas 1
- Hoy por ti mañana por mi 2
- Hoy tenemos la piña agria 1
- Jódete y no te pongas la tapita 1
- Juan viene algún día lleno de flores y de colores diferentes para las mujeres 1
- La culebra en su cueva nadie le pisa la cabeza 1
- La distancia hace el olvido 1
- La fe sin obras es muerta 1
- La hierba que esta para un burro hay otro que se la come 1
- La ley de Dios no tiene trampa y si no se le arranca 1
- La manzana no cae lejos de la mata 1
- La mona aunque se vista de seda mona se queda 1
- La persona rica no tiene nada 1
- La primera impresión es la que cuenta 1
- La riqueza es felicidad 1
- La sangre pesa mas que el agua 1
- La suerte de las feas las lindas la desean 1
- La única sopa que no atora es la de grampa 1
- La vida sin amor no es tan mala de vivir 1
- La yegua que esta para uno no se la come otro burro 1
- Ladrón que le roba a ladrón tiene cien años de perdón 18
- Las apariencias engañan 1
- Las cosas se cogen de donde vienen 1
- Las cotorras son del monte y hablan 1
- Las mujeres putas son como el caballo de trote 1
- Las mujeres son todas malas 1
- Las mujeres son todas traicioneras 1
- Las palabras son de aire y van al aire 1
- Las palmas son mas altas y los puercos comen de ella 2
- Las palomas le tiran a las escopetas 2
- Las paredes oyen 1
- Las personas de menos cultura son las que mas refranes se saben 1
- Licey el glorioso 1
- Lloraran lagrimas de cocodrilo 3

- Lo que empieza mal termina mal 1
- Lo que es del fuego al fuego vuelve 1
- Lo que haga la mano derecha que no lo sepa la izquierda 1
- Lo que no mata engorda 3
- Lo que nos parece falso es procedente de una verdad a medias 1
- Lo que se da no se quita 1
- Lo que se dice o es o quiere ser 1
- Lo que se quiere no se hace sufrir 1
- Lo que sea sonara 1
- Lo que va viene 1
- Loro viejo no aprende a hablar 1
- Los cuernos son como la caja de dientes, que a lo primero molestan pero después se acostumbra 1
- Los hombres son siempre feos 1
- Los muchachos hablan cuando la gallina mea 7
- Los niños vienen con el pan bajo el brazo 1
- Los perfumes caros vienen en frasco pequeño 2
- Los pobres no son mala paga 2
- Los primeros nunca van delante si lo de atrás corren bien 4
- Los ricos no tienen corazón 1
- Los ricos nunca le verán la cara a Dios 1
- Mas pobre que maestro de campo 1
- Mas sabe el diablo por viejo que por diablo 8
- Mas vale la sal que el chivo 2
- Mas vale pájaro en mano que cien volando 2
- Mas vale tarde que nunca 1
- Mas vale un viejo contento que un grande amargado 1
- Matrimonio y mortaja vienen del cielo 4
- Mientras el hacha va y viene, descansa el palo 1
- Mientras mas grande mas bruto 1
- Mira la paja de tu ojo primero 1
- Mucha espuma y poco chocolate 3
- Muchacha de muchos novios, mujer de mucho maridos' 1
- Muerto callado grandes son sus penas 3
- Nada es verdad ni es mentira 1
- Nadie es profeta en su tierra 1
- Nadie le tira piedras al árbol de frutos secos 1
- Nadie sabe nada 1
- Nadie sabe si no le dicen 1
- Nadie vaya a casa de nadie sin saber como esta nadie 1
- Ni te pintes ni te empolves que tu no vas 1
- Ningún refrán es falso 1
- No crean en Dios 1

- No creo en huevo de lechuza 1
- No dejes camino real por vereda 1
- No dejes pájaro agarrado por uno que anda volando 1
- No digas todo lo que oyes 1
- No es lo mismo llamar al diablo que verlo llegar 1
- No es lo mismo pucamaima' que maima' y cuca 1
- No escupas para arriba porque te cae en la cara 1
- No falsees el mingo para que no saques la bola 1
- No hacen falta los que se van sino los que vienen 2
- No hagas a otros lo que no te gusta que te hagan a ti 1
- No hay mal que dure cien años 4
- No hay mal que por bien no venga 16
- No hay profeta en su tierra 1
- No hay refranes falsos 9
- No hay sábados sin sol no domingo sin resplandor 1
- No importa quien llegue primero si los de atrás tienen pistolas 1
- No le busques la quinta pata al gato 1
- No lo tengo en mente 1
- No mires la paja en el ojo ajeno 1
- No por mucho madrugar amanece mas temprano 1
- No quieras meter los dos pies en un solo zapato 1
- No te apure se murió y recuerdo te dejo 1
- No te mortifiques por lo que otro goza 1
- No todo lo que brilla es oro 5
- Ojo de amo engorda ganado 1
- Ojo por ojo diente por diente 27
- Ojos que no ven corazón que no siente 2
- Oye tu mira como camina esa tipa 1
- Pa' que sea manca , que parezca enana 1
- Pájaro de mal por tierra 1
- Pájaro que vuela a la cajuela 1
- Palo dao' ni Dios lo quita 1
- Palo que nace doblado jamás su tronco endereza 4
- Para pata de perro pico de pato 1
- Para que sea buen hijo debe ser malcriado con sus padres 1
- Pasando el Niágara en un palito de fósforo 1
- Perro huevero aunque la boca se queme come huevo 1
- Perro que ladra no muerde 25
- Pinpinu' 1
- Plátano maduro no vuelve a verde 3
- Por la plata baila el mono 3
- Que destino el de esa muchacha 1
- Querer es poder 2

- Quien a buen árbol se arrima, buena sombra lo cobija 5
- Quien esta cerca de Dios puede patear los santos 1
- Río que no corre nunca se ira 1
- Sangre en bandeja de plata 1
- Se te paso la yuca 1
- Si cenas arroz tienes pesadillas 1
- Si como camina cocina, guárdame un chin de concón 2
- Si del cielo te caen limones aprende a hacer limonadas 1
- Si estudias te quemas 1
- Si haces tal cosa...tendrás mala suerte 1
- Si me salvo de esta al cielo no vuelvo a fiesta 1
- Si me tapas te mueres 1
- Si nada tiene nada vale 1
- Si no me quiere porque me celas 1
- Si quieres a alguien déjalo libre, si vuela es tuyo si no vuelve nunca lo fue 1
- Si sigues apretando la tuerca puede correrse la rosca 1
- Si te dan una galleta pon la otra mejilla 1
- Si te portas mal no te dejan los reyes 1
- Si una guagua te deja otra te recoge 1
- Si unos lloran sangre porque tengo que llorar lágrimas 1
- Siempre que te preocupas por trabajar seguro consigue estropeo 1
- Sigue ahí y no dobles para que no choques 1
- Solo se ama una vez 1
- Somos muchos los que están y mas son los que llegan 1
- Soy maestro en el aula 1
- Tanto se arroparon con la sábana que ni para el diablo dio 1
- Tanto va el cántaro a la fuente que termina por romperse 2
- Tapar el sol con un dedo 1
- Te bajare las estrellas si me lo pides 1
- Te conozco bacalao aunque vengas disfrazado 1
- Te conozco pajarito 1
- Te llevan como palo para leña 1
- Te pondrás como una vaca 1
- Te quiero como burro a su carreta 1
- Te tienen de palo para picar carne 1
- Te voy a romper los huevos adentro 1
- Ten paciencia como la tortuga 1
- Tengo que ver para creer 1
- Todo lo bonito no se besa 1
- Todo lo que brilla no es oro 7
- Todo lo que se oye no se habla 2
- Todo puede ser pura casualidad 1
- Todo se paga en la tierra 1

- todos los hombres son iguales 1
- Todos los que suben bajan 1
- Tu estas bomba 1
- Tu estas pasao' privas en bueno 1
- Tu lloras con lagrimas de cocodrilo 1
- Tu me quieres como el burro a la carreta 1
- Tu solo quieres andar montado como la carga en el burro1
- Tu vez la paja en el ojo ajeno y no la viga en la tuya 1
- Un clavo saca otro clavo 3
- Un gustazo un trancazo 3
- Un pelo de cuca jala mas que una yunta de bueyes 1
- Una vez al año no hace daño 1
- Una cosa dice el burro y otra el que lo apareja 2
- Una desgracia nunca viene sola 1
- Una res mala hecha a perder el ganado 5
- Una vez al año no hace daño 1
- Usted asiste si quiere 1
- Va a llover no moja 1
- Vale mas la sal que el chivo 1
- Ver para creer 1
- Vive a tu manera no a la manera de los demás 2
- Y es fácil 1
- Ya viene a molestar 1
- Yo me moriré pero las hormigas me comerán 1
- Yo no mato animales que no sean cuadrúpedos 1
- Yo no me iré a la ciudad que no existe 1
- Yo no soy Dios para perdonar 1
- Yo perdono pero no olvido 1
- Yo soy intelectual en todos los sentidos 1
- Yo soy la piedra y tu el huevo 1
- Yo soy una mona muy vieja para que me hagan muecas 1

Refranes o expresiones de uso frecuente en los jóvenes entre 13 y 25 años

- A bodas y bautizos no vayas sin ser invitado 1
- A buen entendedor pocas palabras 2
- A caballo regalado no se le miran los dientes 5
- A cualquiera se le muere un tío 2
- A Dios rogando y con el palo dando 1
- A falta de pan cazabe 1
- A mal hambre no hay pan duro 1
- A palabras embarazosas oídos anticonceptivas 1
- A palabras necias oídos sordos 7
- A po' ta' bien 5
- A que te friego 1
- A quien no le dan pan que no coma 2
- A rey muerto rey puesto 1
- Abandone mi estudio porque no tengo suerte 1
- Agua que no has de beber déjala correr 4
- Agua que viene del cielo a la tierra ha de caer 1
- Ahí viene la hamaquita 1
- Al árbol frondoso es la que le tiran piedras 1
- Al encuerado no le llega ropa 1
- Al lugar donde fueres haz lo que vieres 1
- Al mal tiempo buena cara 2
- Al pan pan al vino vino 1
- Al perro huevero aunque le quemen la boca huevo come 2
- Al que a buen árbol se arrima buena sombra le cobija 1
- Al que madruga Dios lo ayuda 3
- Al que no le dan que no coja 3
- Amigo es un peso en el bolsillo 2
- Amigo es el ratón del queso 2
- Amor a primera vista no es amor de revista 1
- Amor con amor se paga 1
- Amor de lejos amor de pendejo 9
- Amor de lejos felices los cuatro 2
- Anda la porra 1
- Animal 1
- Aprovecha pavo que en diciembre te guisan 1
- Aquí tripeando 1
- Árbol que crece torcido jamás su tronco endereza 9
- Arroz que carne hay 1
- Asqueroso 1
- Bacano 1
- Bájale algo 3

- Barco grande ande o no ande 1
- Bave wáter, drink vodka 1
- Bomba to' 1
- Bota la mitad y ponte en precio 1
- Brilla mucho cadenita que tu moho llega 2
- Brilla prebenda que tu tiempo de oxidación llega 1
- Bueno como no es peleando 1
- Búscame la vaina 1
- Cada loco con su tema 1
- Camarón que se duerme se lo lleva la corriente 24
- Cambia tu manera de pensar y todo tu mundo cambiara 1
- Cara de caballo 1
- Cara de león corazón de bestia 1
- Carita de yo no fui 2
- Chequeo ahora 1
- Chévere nai' 1
- Cierra tus piernas y abre tu corazón 1
- Claro como el agua 1
- Coge brillo cadenita 8
- Cógelo ahí 1
- Cógelo suave 2
- Come solo 1
- Como quien dice 1
- Como te atreves 1
- Comparona 1
- Con candela y puya hasta el diablo huye 1
- Cotorra to' 1
- Cotorra vieja no aprende a hablar 1
- Crea fama y échate a dormir 3
- Crees que jodes y te están jodiendo 1
- Cría cuervos y te sacaran los ojos 2
- Cual es el coro 1
- Cual es el meneo 1
- Cual es tu mal vivir 1
- Cualquier bejuquito enreda 1
- Cuando el corazón te pulla es porque esta enamorado 1
- Cuando el río suena agua trae 1
- Cuando el río suena es porque piedras tiene 8
- Cuando la hormiga se quiere perder alas le quieren nacer 1
- Cuando pasen los nublados se contarán las estrellas 1
- Cuando se ha visto a las palomas dispararles a la escopeta 2
- Cuando tu ibas yo venia 1
- Cuando tu vas yo vengo 1

- Cuando uno se da algo que le gusta es un año mas de vida 1
- Cuando uno se muere nada se lleva 1
- Cuanta curva y yo sin freno 1
- Cuidate tu que yo se me cuidar 1
- De tal palo tal astilla 4
- Dale hasta que rompa el suelo 1
- Dale tiempo al tiempo 1
- Dame luz 1
- Dame un trago nin' que sea de gas 1
- Date brillo cadenita que tu moho llega 4
- De afuera vendrán y de tu casa te sacarán 3
- De algo hay que morirse 1
- De cache bombita 1
- De coro 1
- De cualquier yagua sale tremendo alacrán 3
- De grano en grano se llena la gallina el buche 1
- De tal palo tal astilla 3
- Debemos gozar la vida 1
- Deja eso viejo que esa cotorra no esta 1
- Deja tu coro 2
- Déjala que siga, yo la agarro bajando 2
- Del agua mansa sálvame Dios que de la brava me salvo yo 1
- Después de la tormenta llega la calma 1
- Detrás de cualquier yagua sale tremendo alacrán 7
- Diablos mami que buena tu tas 1
- Dime a ve 1
- Dime brother en que tu ta' 1
- Dime con quien andas y te diré quien eres 32
- Dime linda 1
- Dime loco 1
- Dime men 1
- Dime mi loco 1
- Dime mi pana 7
- Dime quien eres y te diré quien soy 1
- Dime viejo que lo que 1
- Dímelo 1
- Dios aprieta pero no ahorca 1
- Dios dice ayúdame que yo te ayudare 2
- Dios es amor 1
- Dios esta con nosotros en todo momento, no estamos solos 1
- Dios le da barba al que no tiene quijada 2
- Donde hay humo puede oler a candela 1
- Donde hubo fuego, cenizas quedan 7

- Échale mano, cual es la bronca 1
- El amor es ciego 1
- El barraco sabe de que palo se rasca 1
- El buen hijo a casa vuelve 2
- El buen hijo siempre a su casa vuelve 2
- El burro hablando de orejas 1
- El carbón que ha sido brasa con poca candela prende 1
- El corazón de la auyama solo el cuchillo lo conoce 4
- El día mas claro llueve 1
- El diablo sabe mas por viejo 3
- El dinero no lo es todo 1
- El enfermo de vida hasta el agua le sabe a medicina 1
- El feo sigue siendo feo 1
- El ladrón juzga por su condición 1
- El mal comio' no piensa 1
- El mas grande se come al mas chiquito 1
- El matatan soy yo 1
- El mono aunque se vista de seda mono queda 1
- El negro cuando no la hace de entrada la hace a la salida 1
- El negro es comia' de perro 1
- El negro pega con to' 1
- El palo que mas dura es el torcido 1
- El pariguayo no tiene suerte 1
- El pasajero por su maleta se lo conoce 1
- El pasajero se conoce por la maleta 2
- El perfume bueno viene en frasco chico 1
- El pez por la boca muere 1
- El que a buen árbol se arrima buena sombra le cobija 6
- El que a hierro mata a hierro muere 1
- El que anda con cojo al año cojea 4
- El que anda con perros a ladrar aprende 1
- El que apareja su burro sabe para donde lo lleva 1
- El que este libre de pecado que tire la primera piedra 1
- El que la debe la paga 2
- El que le pique que se rasque 1
- El que madruga Dios lo ayuda 5
- El que mal anda mal acaba 1
- El que mal arregla su cama mal se acuesta 1
- El que me la hace me la paga 1
- El que mucho abarca poco aprieta 5
- El que nació pa' martillo del cielo le caen clavos 1
- El que nada debe, nada teme 1
- El que nada sabe, nada vale 1

- El que nada tiene nada vale 1
- El que no aprende es loco 1
- El que no arriesga no gana 1
- El que no bebe s lo beben 1
- El que no grita no mama 4
- El que no puso que no unte 1
- El que no quiere a la madre no quiere a nadie 1
- El que no va a New York muere ciego1
- El que persevera triunfa 2
- El que por su gusto muere, su pena le sabe a gloria 1
- El que ríe ultimo ríe mejor 10
- El que se acuesta con niños amanece meado 1
- El que se casa, casa quiere 1
- El que se detiene ante el primer obstáculo no llega a la meta 1
- El que se lleva de consejo muere de viejo 4
- El que se va no hace falta 1
- El que se viste de lo ajeno en la calle lo desnudan 1
- El que tiene sed que busque agua 1
- El que va adelante bebe agua limpia 1
- El tiempo avisa 2
- El tiempo cuando se va no vuelve 1
- En boca cerrada no entran moscas 4
- En casa de herrero cuchillo de palo 2
- En el queso es que esta el gusto 1
- En la cárcel y el hospital es donde se conocen los amigos 1
- En que tu ta' 1
- En tu mente 2
- Encendio' 1
- Es mejor morir como un valiente que vivir como un pendejo 1
- Esa chica ta' buena 1
- Esa jeva esta comible 1
- Esa jeva esta fuguea' 1
- Esa jeva no ta' en ti 2
- Esa me la doy yo porque yo soy un mayimbe 1
- Esa muchacha es tabla de todo el que va 1
- Esa vaina 1
- Escobita nueva barre bien 2
- Ese tipo si es molesto 1
- Eso es pa tiguere 1
- Eso queda como un aruñón en la vida 1
- Esta creiito' 1
- Esta de Dios ahora hablar de los hombres 1
- Esta noche nos vamo' de parranda 1

- Esta para comérsela 1
- Esta pasao' 3
- Esta trae del campo un bajo a hoja verde 1
- Estamos en el hoyo 1
- Esto solo me pasa a mi y al pato donald 1
- Esto ta' duro 2
- Estoy encendio' 1
- Estoy quillao' 3
- Estudia para alcanzar el éxito 1
- Fuera polocher que llevo chacabana 1
- Full 1
- Goza hoy que es lo único que te llevas 1
- Guerra avisada no mata soldado 5
- Habla mas que tu boca es tuya 1
- Habla que es lo que se cocina 1
- Hay de aquel que sabe hacer lo bueno y no lo hace 1
- Hay que aprender a nadar para no ahogarse 1
- Hay que gozar la vida 3
- Hay que gozar la vida porque es una sola 1
- Haz bien sin mirar a quien 4
- Haz bien y no mires a quien 1
- Hazme el favor 1
- Hierba mala nunca muere 1
- Hijo de gato caza ratón 1
- Hijo de tu maldita madre coño 1
- Hoy fiesta y mañana gallo 1
- Hoy no fío mañana si 1
- Hoy por ti mañana por mi 7
- Jevito 1
- Juan es muy inteligente1
- Juventud divino tesoro 1
- Klok' 2
- La experiencia no se improvisa 1
- La critica es social 1
- La desesperación es parte del fracaso 2
- La envidia no mata pero mortifica 2
- La mala hierba nunca muere 1
- La mano que da recibe 1
- La mentira es una manera vergonzosa 1
- La mona aunque se vista de seda mona queda 2
- La piña con moño 1
- La tipa tiene los ojos bellos 1
- La unión hace la fuerza 3

- La verdadera felicidad es llevarse bien con los demás 1
- La vida es corta y hay que disfrutarla 1
- La vida es loca y se come con pan 1
- La vida es un concón y hay que rasparlo 1
- La vida es una disfrútala 1
- La vida hay que vivirla 1
- La vida se vive un momento 1
- Ladrón que roba a ladrón tiene cien años de perdón 1
- Las apariencias engañan 1
- Las cosas no son como parecen 1
- Las cosas se consiguen con un poco de trabajo 1
- Las matas son las altas los puercos comen de ella 1
- Las muchachitas de ahora son como el palo podrido que cuando están echando senito, mama y ya quiere mario 1
- Las mujeres no son de nadie 1
- Las palmas son mas altas y los puercos comen de ellas 1
- Las palomas le tiran a las escopetas 1
- Le di hasta besitos 1
- Lo bonito no se besa 1
- Lo que esta a la moda no incomoda 1
- Lo que esta a la vista no necesita espejuelos 2
- Lo que no mata engorda 1
- Lo que no me de beneficio que no me de perjuicio 1
- Lo que no se exhibe no se vende 1
- Lo que se da no se quita 1
- Lo que ta' pa' ti ta' pa' mi 2
- Lo que va viene 1
- Lo seguro es lo tragado 1
- Loco viejo 1
- Loco viste como puntilla 1
- Los amigos son como las estrellas no siempre se ven pero están allí 1
- Los bichones somos los jóvenes 1
- Los pájaros que vuelan mucho no son normales 1
- Los pájaros tirándole a las escopetas 2
- Los últimos serán los primeros si voltean la fila 2
- Los viejos están pasados 1
- Machete a la oreja 1
- Machuca 1
- Maldito cuero 1
- Mamá de puta antes que te digan 3
- Manganzon 1
- Mano' 1
- Maria priva en sequita 1

- Marinero somos y en el mar andamos 8
- Mas vale caer en gracia que ser gracioso 1
- Mas vale malo conocido que bueno por conocer 1
- Más vale pájaro en mano que cien volando 2
- Mas vale solo que mal acompañado 1
- Mas vale tarde que nunca 2
- Matrimonio y mortaja del cielo bajan 1
- Me aqueroseaste 1
- Me cogiste la seña 1
- Me enamore temprano por ignorante 1
- Me fregue 1
- Me lo estan chupando 1
- Me lo están mamando 1
- Me lo están pegando 1
- Me quilla men 1
- Me quillaste 1
- Me quite 1
- Me voy de bonche 1
- Me voy y los dejo el mas sabio viva del mas pendejo 2
- Mejor solo que mal acompañado 2
- Mejor un chin que nada 1
- Menéame que me empelato 1
- Mete primera y arranca pa ve si choca 1
- Mi corazón de andullo todo lo que es tuyo 1
- Mi hermano del alma 1
- Mi hombre 1
- Mi pana 5
- Mi vida es mía 1
- Mira como anda esa persona y no sabe la vida de su compañero 1
- Mira coño que pasa con él 1
- Mira hacia arriba nunca hacia abajo 1
- Mira hacia atrás cada vez que camines porque nunca puedes saber donde estará tu enemigo 1
- Mira para arriba, mira para abajo, saca la lengua hay coñazo 1
- Mira que Verduga como se ve esa jeva 1
- Móntame loco 3
- Mucha espuma y poco chocolate 1
- Muchacho del diablo que te pasa a ti 1
- Muévelo que se enfogona 1
- Nadie sabe como es mejor 1
- Nadie sabe lo que tiene hasta que lo pierde 4
- Ni lava ni presta la batea 1
- Ni un paso atrás, ni pa coger impulso 1

- Nítido 2
- No coja fiado porque le cojan prestado 2
- No conozco al ciego con los ojos cerrados y al mudo callado 1
- No dejes camino real por vereda 3
- No dejes para mañana lo que puedes hacer hoy 7
- No des todo lo que tienes 1
- No digas jamás la mentira 1
- No digas lo que quieres para que no escuches lo que no quieres 1
- No e metas en camisa de once varas 1
- No es bonito quien, sino quien lo sabe hacer 1
- No es lo mismo UCAMAIMA que MAMA CU 1
- No es posible en este momento 1
- No hay cajas de muerto con bolsillos 1
- No hay cigarro de cien metros ni cuerpo que lo pueda fumar 2
- No hay mal que dure cien años ni cuerpo que lo resista 1
- No hay mal que por bien no venga 6
- No hay mente nitutia 1
- No hay mujeres feas lo que hay es poco romo 4
- No hay peor ciego que el que no quiere ver 2
- No hay peor sordo que el que no quiere oír 1
- No juzgues a nadie sin saber por que 1
- No lava ni presta la batea 2
- No le de mente a eso 2
- No le habla a nadie porque parece que tiene dinero 1
- No me de cotorra 1
- No me des muela 2
- No me hables con paso cantando 1
- No me monte cotorra 1
- No me monte presión 1
- No me sofoques 1
- No pegate 1
- No problem 1
- No puedo contigo 1
- No puedo hoy porque tengo que trabajar 1
- No sufras mano 1
- No te ahogues en un vaso de agua por un gotero 1
- No te fíes de gato prieto aunque tu la veas sin uñas que siendo hijo de gato hasta con el rabo aruña 1
- No te metas con nadie para que nadie se meta contigo 1
- No te vistas que no vas 1
- No todo lo que brilla es oro 7
- No van lejos los de adelante si los de atrás corren bien 3
- No van lejos los de adelante si los de atrás tienen pistolas 2

- Nosotros somos dos si tu te mueres quedo yo 1
- Nota en nada 1
- Nunca digas de esta agua no he de beber 1
- Nunca es tarde si la dicha es buena 2
- Nunca falta un pelo en un sancocho 1
- O somos todos novillos o somos todos toros 1
- Ojo por ojo diente por diente 13
- Ojos que no ven corazón que no siente 3
- Ojos vemos corazones no sabemos 2
- Oye jow you 1
- Pa' lante hasta que amanezca 2
- Pa' lante hasta que el cuerpo aguante 1
- Pa' que sepa 1
- Palabras húmedas oídos impermeables 1
- Palo si boga y palo si no boga 1
- Palomo 2
- Para comer pescado hay que mojarse el culo 1
- Para el amor no hay edad, viejo pero no pendejo 1
- Para que la muerte llegue a mi casa mejor que llegue a la de otro 1
- Para un tiguere, un tiguere y medio 1
- Pariguayo 7
- Pelando pa que otro chupe 1
- Pendejo 2
- Perro que ladra no muerde 9
- Plátano maduro no vuelve a verde 4
- Ponte en onda 1
- Por la plata baila el mono 1
- Por mas santa que se vea una persona no es santa na 1
- Primero Dios después los santos 1
- Primo con primo se exprimen 1
- Privona 1
- Puerco no se rasca en jabilla 1
- Que acido 1
- Que brother 1
- Que chopo 1
- Que Dios te multiplique lo que me desees 2
- Que e lo que ta pa sopa 1
- Que lastima que tan buen hombre sea cundango 1
- Que lo que 14
- Que lo que mueve 1
- Que lo que se mueve 1
- Que lo que tapa sopa 2
- Que nunca ande de rincón en rincón 1

- Que pasa viejo 1
- Que progreso después del viaje 1
- Que si e' fácil 1
- Quien te ve y te compra 5
- Quítese de ahí 1
- Sabe a chocolate 1
- Saca araña 1
- Sácame la vaina que te voy a visar 1
- Sacaría pa' ti 1
- Sácate eso de tu mente 1
- Satan o goku 1
- Se armo la vaina 1
- Se goza hoy para morir mañana 1
- Se te va a pasar la yuca 1
- Señor mátame pronto 1
- Si amas algo déjalo libre 1
- Si como caminas cocinas, guárdame un chin de concón 2
- Si das un paso adelante nunca de marcha atrás 1
- Si la quieres la tomas sino la dejas 1
- Si no bebes te beben 2
- Si no estudias serás un verdulero 1
- Si no estudio soy un fracasado 1
- Si no me dejan los reyes me deja la vieja belén 1
- Si no trabajo mucho no puedo comer mucho 1
- Si quieres algo déjalo libre, si vuelve a ti es tuyo, si no vuelve nunca lo fue 3
- Si quieres algo lucha por eso 1
- Si te causo envidia trabaja como yo 1
- Si te duele ráscate en la comezón 1
- Si te he visto no me acuerdo 1
- Si trabajar es salud que trabajen los enfermos 3
- Si tu lo dices 2
- Si vivieras en New York ya te habrían matado 1
- Sigue ganando 1
- Sigue rodando ta' suelto 1
- Solo se es joven una vez 1
- Somos libre y hacemos lo que queremos 1
- Su santísimo mi mamen 1
- Sube alto que el golpe avisa 1
- Suéltame 1
- Ta' cool 5
- Ta' creito' 1
- Ta' fumao' 1
- Ta' jevi 11

- Ta' jevi pa' que sufra 1
- Ta' motina 1
- Ta' pasao' 3
- Ta' to' 10
- Tan comparona y siempre con el mismo disfraz 1
- Tan tirando los molinos 1
- Tan ton 1
- Tarde pero seguro 1
- Tate' manso para que llegues a viejo 1
- Te esta gabeteando 1
- Te salvaste 1
- Te subí los vidrios 1
- Te vas a dañar el hígado 1
- Te vas pero vuelves 1
- Tu si estas bacano 1
- Tiburón que se duerme se lo lleva la corriente 4
- Tira la piedra y esconde la mano 1
- To' pa' to' 1
- Todo en esta vida se paga 1
- Todo lo bonito no se desea 1
- Todo lo que sube baja 3
- Todos los dedos de la mano no son iguales 1
- Todos los dedos de la mano son distintas 1
- Toy' aficio' de esa jeva 1
- Toy' en olla 1
- Trabaja como pa' que yo triunfe 1
- Tremenda vaina 1
- Tripeo 1
- Tu ere' pájaro 1
- Tu ere' palomo 1
- Tu ere' un paquetero 1
- Tu eres como María que tira la piedra y esconde la mano 1
- Tu eres tigre, déjame ver la vaya 1
- Tu eta' bomba 1
- Tu lo ab' 1
- Tu lo que eres es un perro 1
- Tu maldita madre 1
- Tu no ta' en nada 1
- Tu si esta buena 1
- Tu si habla callada 1
- Tu si ve menos que una guayaba podrida 1
- Tu ta' 6
- Tu ta' caliente conmigo 1

- Tu ta' duro 1
- Tu ta' frito de la azotea 1
- Tu ta' pasao' 1
- Tu ta' pasao', ponte en la onda 10
- Tu te crees tiguere pero mas tiguere soy yo 1
- Tu tienes buen mueble 1
- Tu tranquilo, na' es na' 1
- Un clavo saca otro clavo 5
- Un gesto vale mas que mil palabras 1
- Un gustazo un trancazo 3
- Una vez al año no hace daño 1
- Uno no sabe lo que tiene hasta que lo pierde 1
- Uno por su mejoría hasta su casa dejaría 1
- Uno sabe de hoy pero no de mañana 1
- Unos van adelante y otros atrás 1
- Vacaneria 1
- Vamo' a comer pescado pa' la playa 1
- Vamo' pal' bonche 1
- Vamo' pa'l' coro 1
- Vaya y venga, y no se detenga 1
- Ven acá y quédate ahí 1
- Ver para creer 2
- Vete a creer que la luna es de queso y se come 1
- Viejeva 1
- Viejo 1
- Vive la vida sosa 1
- Vive tu vida y no la mía 3
- Vivir la vida como si fuera el último día 3
- Vuela gaviota 2
- Y ahora es que falta mambo 1
- Y e' fácil 27
- Y e' fácil ponerle una tanga a una culebra 1
- Y e' fácil secar el mar con un soape' 1
- ¿Y ese coro? 1
- ¿Y ese tigueraje? 1
- Y que lo que 1
- Y que mi pana 1
- Y tu que marca eres 1
- Y e' fácil comer a la fuerza 1
- Yerba mala nunca muere 3
- Yo estoy quillao' 1
- Yo etoy' arrebatado' 1
- Yo nací para morirme un día 1

- Yo no confío en nadie 1
- Yo no creo en mujeres 1
- Yo no creo ni en lo uno ni en lo otro 1
- Yo no discuto con pasajero 1
- Yo no voy a la escuela porque hoy no se paga 1
- Yo se lo digo 1
- Yo soy bacano 1
- Yo soy come hombre 1
- Yo soy como soy y no soy como nadie 1
- Yo soy el rey de las mujeres 1
- Yo soy el terror 1
- Yo soy original y sin copias 1
- Yo soy tu santo cachón 1
- Yo soy un palo machete 1
- Yo soy un toronton 1
- Yo soy yo 1
- Yo sueño con tener un carro del año 1

Apéndice No. 3
(Tomado de Núñez, 2005: 66-67)

“Enregistrement de Lois, 1822-1843, libro 2, sección Justicia, AGN

LIBERTÉ

ÉGALITÉ

République d’ Haïti

No.1502

Port au Prince le 27 août 1839,
An 36ème de l’ Independance
Le Grand Juge Proviseur

Aux

Membres Composants le Tribunal
Civil de Santo Domingo

Citroyen Magistrat,

J’ai appris indirectement que le greffier du Tribunal Civil de Santo Domingo, donne lectura des pièces en langue espagnole.

Comme il est défendu par le Gouvernement de rédiger les actes en d’autres langues qu’en idioma nacional, lectura de sus dits actes ne doivent être donnée qu’en langue usitée.

Je vous adresse en conséquence, la presente à fin que vous fassiez cesser cet abus.

Je vous salue avec considération

Signé Voltaire

Collationnée

Wenceslao de la Concha

Libertad
Igualdad
República de Haití
No.1502
Puerto Príncipe, 27 de agosto de 1839
Año Trigésimo sexto de la Independencia
El Gran Juez Director

A los Miembros que componen el Tribunal Civil de Santo Domingo

Ciudadano Magistrado:

Se me ha informado indirectamente que el Secretario del Tribunal Civil de Santo Domingo da lectura española. Como está prohibido por el Gobierno redactar instancias en otra lengua que no sea el idioma nacional, la lectura de la susodichas instancias solo deben hacerse en la lengua empleada aquí

En consecuencia, le dirijo la presente para que Vd ponga fin a este abuso.

Con consideración
Firmado Voltaire
Cotejado
Wenceslao de la Concha.

Bibliografía

Almoina, J. (195): *Yo fui secretario de Trujillo*. Editora y Distribuidora del Plata, Buenos Aires.

Althusser, L. (1980): *La filosofía como arma de la revolución*. Ediciones Pasado y Presente, México, D.F. 10ª.

Andrés, R. (2010): *No sufrir compañía. Escritos místicos sobre el silencio (siglos XVI y XVII)*. Acantilado, Barcelona.

Andújar, C. (1999): *Identidad cultural y religiosidad popular*. Editora Cole, Santo Domingo.

Ariès, Ph. (2000): *Historia de la muerte en Occidente. Desde la Edad Media hasta nuestros días*. El Acantilado, Barcelona.

Aristóteles (1977): *Metafísica*. Editorial Universo, Lima. 2da. ed.

— (1987): *La política*. Editorial Universo, Lima. 2da. ed.

— (1998): *Retórica*. Alianza Editorial, Madrid.

— (2000a): *Política*. Alianza Editorial, Madrid. 1era. ed.: 1986.

— (2000b): *Partes de los animales. Marcha de los animales. Movimiento de los animales*. Editorial Gredos, Madrid.

— (2000c): *Categorías*, en *Tratados de Lógica*, t. I. Gredos, Madrid. 3era. reimpr.

Avelino, F. A. (1966): *Las ideas políticas en Santo Domingo*. Editorial Arte y Cine, Santo Domingo.

Avia, M. D. et Vázquez, C. (1999): *Optimismo inteligente*. Alianza, Madrid. 3era. reimpr.

Bacon, F. (1984): *Novum organum*. Sarpe, Madrid.

Balaguer, J. (1973): *Discursos. Temas históricos y literarios*. Editora Corripio, Santo Domingo.

— (1984): *La isla al revés. Haití y el destino dominicano*. Corripio, Santo Domingo.

— (1988): *Memorias de un cortesano de la Era de Trujillo*. Corripio, Santo Domingo.

— (1990): *La marcha hacia el capitolio*. Corripio, Santo Domingo. 2da. ed.

— (1990): *Los carpinteros*. Corripio, Santo Domingo. 9ª. reimpr.

— (1998): *La palabra encadenada*. Corripio, 1998. 3era. ed

Barrère, J. J. et Roche, Ch. (1999): *El estupidario de los filósofos*. Cátedra, Madrid.

Bécquer, G. A. (1952): *Obras completas*. Editorial Diana, México, D. F.

Beirne, Ch. J. (1976): *El problema de la americanización en las escuelas católicas de Puerto Rico*. UPR, Barcelona.

Bello Peguero, R. (1994): *El Cardenal Beras Rojas*. Amigo del Hogar, Santo Domingo.

Bergua, J. (1998): *Refranero español*. Ediciones Ibéricas. Madrid. 13ª. ed.

Bersani, J. *et al* (1970): *La Littérature en France depuis 1945*. Presses de Firmin-Didot, París.

Bierce, A. (2000): *El diccionario del diablo*. Valdemar, Madrid. 3ª ed.

Blocquerst, A. —editor— (1800): “Novena para implorar La Protección de María Santísima por medio de su imagen de Altagracia”. Imprenta de Andrés Blocquerst, Santo Domingo.

Bono, E. de (1993): *Aprender a pensar*. Plaza y Janés Editores, Barcelona. 5ta. Ed.

Bosch, J. (1961): *Trujillo: causas de una tiranía sin ejemplo*. s/e, Caracas.

— (1965): *Crisis de la democracia de América en la República Dominicana*. Centro de Estudios y Documentación Sociales, México, D. F. 3ª. ed

— (1979): *Hostos, el sembrador*. Alfa y Omega, Santo Domingo.

— (1991a): *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial*, O. C., t. V. Corripio, Santo Domingo.

— (1991b): *Textos históricos y sociales*, O.C., VII. Corripio, Santo Domingo

— (1998): *El PLD. Colección de estudios sociales*. Alfa y Omega, Santo Domingo. (1era. ed.: 1990.)

— (2007): *Obras completas, X: Textos políticos*, O.C., VII. Corripio, Santo Domingo.

Bouthoul, G. (1971a): *Las mentalidades*. Oikos–Tau, S. A. ediciones, Barcelona.

— (1971b): *Biología social*. Oikos-Tau, Barcelona.

Boyer, P. (2002): *¿Por qué tenemos religión? Origen y evolución del pensamiento religioso*. Taurus, México, D. F.

Braudel, F. (1991). *Escritos sobre la Historia*. Alianza, Madrid.

— (1992): *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. 2 Vols. FCE, México, D. F. 2da. Ed., 3era. reimpr.

Brzezinski, Z. (1998): *El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*. Paidós Ibérica, Barcelona.

Burke, E. (2003): *Reflexiones sobre la revolución en Francia*. Alianza Editorial. Madrid.

Burne, Ch. S. (1997): *Manual de folclore*. M. E., Madrid.

Campillo, J. G. (1999): *Dr. Andrés López de Medrano y su legado humanista*. Corripio, Santo Domingo.

Campos, J. G. et Barella, A. (1998): *Diccionario de refranes*. Espasa Calpe, Madrid. 3era. ed., 1era. reimpr.

Camus, A. (1981): *El hombre rebelde*, en *Ensayos*. Aguilar, Madrid.

Cantera Ortiz de Urbina, J. (2005): *Refranero latino*. Akal, Madrid.

Carbonell Basset, D. (2002): *Diccionario panhispánico de refranes*. Editorial Herder, Barcelona.

Castro, A. (1965): *Los españoles: cómo llegaron a serlo*. Taurus Ediciones, Madrid.

Cerutti Guldberg, H. (1997): *Hacia una metodología de la historia de las ideas (filosóficas) en América Latina*. UNAM / M. A. Porrúa, México, D. F. 2da. ed.

Cervantes y Saavedra, M. de (1969): *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de La Mancha*. Editorial Ramón Sopena, Barcelona.

— (1985): *Novelas ejemplares*. Salvat Editores, Navarra.

Céspedes, D. (1994): *Antología de la oratoria en Santo Domingo*. Sociedad Dominicana de Bibliófilos, Santo Domingo.

Chávez, E. A. (1925): *Resumen sintético del sistema de Lógica de John Stuart Mill con notas complementarias*. Librería de Vda. De Ch. de Bouret, París.

Chez Checo, J. –editor- (1998): *Documentos de la Conferencia del Episcopado Dominicano (1991-1997)*. Editora Amigo del Hogar, Santo Domingo.

Chomarat, L. (2008): *La sabiduría de nuestras abuelas*. Ediciones B, Barcelona.

Cicerón, M. T. (1997): *De la invención retórica*. UNAM, México, D. F.

Coatsworth, J. H. y Rico, C. (1989): *Imágenes de México en Estados Unidos*. FCE, México, D. F.

Comesaña, J. M. (2001): *Lógica informal, falacias y argumentos filosóficos*. Eudeba, Buenos Aires. 2da. ed.

Cornford, F. M. (1974): *La filosofía no escrita*. Ariel, Barcelona.

Cornielle, J. L. (2008): *La magia para encastar y entrenar gallos de combate. (sine ed.)*, Santo Domingo.

Corominas, J. (1980): *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*. Editorial Gredos, Madrid. 3ª. ed.

Corominas, J. et Pascual, J. A. (1997): *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, vol. IV. Gredos, Madrid. 4ª reimpr.

Cross, E. A. (1995): *Sarna con gusto no pica y si pica no mortifica. Proverbios e idiotismos dominicanos y quijotescos*. Editorial Torino, Caracas.

Cruz Brache, J.A. (1978): *5,600 refranes y frases de uso común entre los dominicanos*. Editorial Galaxia, Santo Domingo.

De Miguel, A. (2000): *El espíritu de Sancho Panza. El carácter español a través de los refranes*. Editorial Espasa-Calpe, Madrid.

Deive, C. E. (1996): *Vodú y magia en Santo Domingo*. Fundación Cultural Dominicana, Santo Domingo.

— (2002): *Diccionario de dominicanismos*. La Trinitaria – Manatí, Santo Domingo. 2da. ed.

— (2009): *Los dominicanos vistos por extranjeros*. Colección del Banco Central de la República Dominicana, Santo Domingo.

Denis, M. (1984): *Las imágenes mentales*. Siglo XXI de España Editores, Madrid.

Descartes, R. (1966): *Discurso del método seguido de El método, Los principios de la Filosofía, La Metafísica, La Ciencia, La Moral*. Biblioteca Edad, Madrid.

Despradel, A. et Reyes, M. (2010): *Historia de las relaciones domínico-haitianas*. Ediciones Senderos del Mundo, Santo Domingo.

Díaz-Polanco, H. (2009): *Elogio de la diversidad. Globalización, multiculturalismo y etnofagia*. Monte Ávila, Caracas.

— (2010): *Ensayos sobre identidad. Visiones desde México*. Ferilibro, Santo Domingo.

Dinouart, abate (1999): *El arte de callar*. Siruela, Madrid.

Doval, G. (1997): *Refranero temático español*. Del Prado, Madrid.

- Duarte, J. P. (1998): *Escritos*. Instituto Duartiano, Santo Domingo. 3era. ed.
- Epicteto (1995): *El arte de vivir. Manual de vida*. Norma, Bogotá.
- Epicuro (1996): *Obras completas*. Ediciones Cátedra, Madrid. 2da. ed.
- Fernández del Riesgo, M. (1997): *La ambigüedad social de la religión. Ensayo de sociología crítica desde la creencia*. Editorial Verbo Divino, Navarra.
- Figuerero, C. (2003): *Cosas de Hipólito*. Editora Búho, Santo Domingo.
- F.J.T. (1800): «Novena para implorar la protección de María Santísima por medio de su imagen de Altagracia». Imprenta de Andrés Josef Blocquerst, Santo Domingo. (Edición facsimilar, 1983).
- Fleury, J. (2006): *Historia de Nuestra Señora, la Virgen de la Altagracia*. Editora Corripio, Santo Domingo.
- Fraile, G. (1990): *Historia de la filosofía*, t. I. Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid.
- Francia, A. (1999): *Educación en valores con frases y refranes*. San Pablo, Madrid.
- Freud, S. (1984): *Psicología de las masas*. Alianza Editorial, México; D. F.
- Fromm, E. (1986): *El arte de amar*. Paidós, Barcelona.
- García Bacca, J.D. - Trad.- (1972): *Refranero, poemas, sentenciario de los primeros filósofos, griegos*. Editorial Mediterráneo, Caracas-Madrid. 3era. ed.
- García García, E. (2001): *Mente y cerebro*. Síntesis, Madrid.
- Gárfer, J. L. et Fernández, C. (2000a): *Adivinancero culto*. Edimat Libros, Madrid.
- (2000b): *Adivinancero popular*. Edimat Libros, Madrid.

Gimbernard, J. (1971): *Historia de Santo Domingo*. Telleres de Offset Sardá, Santo Domingo.

— (1974): *Acción y presencia del mal*. Editora Taller, Santo Domingo.

González Tirado (1987): *Lenguaje y nacionalismo*. Editorial Gente, Santo Domingo.

Gortari, E. de (2000): *Diccionario de la Lógica*. Plaza y Valdés, México, D. F. 1era. Reimpr.

Gracián, B. (1996): *El arte de la prudencia*. Editora Corripio, Santo Domingo.

Gramsci, A. (1978): *Introducción a la filosofía de la praxis*. Península, Barcelona.

Greene, R. (1999): *Las 48 leyes del poder*. Espasa-Calpe, Madrid.

Guix, X. (2005): *Si no lo creo, no lo veo. Cómo construimos nuestra imagen del mundo y de nosotros mismos*. Granica, Barcelona.

Habermas (1994): *Identidades nacionales y postnacionales*. Tecnos, Madrid. 1era reimpr.

Henríquez Gratereaux, F. (1999): *Un ciclón en una botella. Notas para una teoría de la sociedad dominicana*. Editora Alfa & Omega, Santo Domingo. 2da. ed.

Henríquez Ureña, P. (1982): *El español en Santo Domingo*. Taller, Santo Domingo. (1era. ed.)

— (1998): *Obra dominicana*. Sociedad Dominicana de Bibliófilos en cama.

Herrera Ibáñez, A. (1999): “¿Qué es el Pensamiento Crítico?”, en Morado Estrada (17-20).

Herrera, R. D. (2008): *Américo Lugo en Patria. Selección*. Archivo General de la Nación, Santo Domingo.

Herrero Llorente, V. J. (1985): *Diccionario de expresiones y frases latinas*. Editorial Gredos, Madrid. 2ª ed.

Hesíodo (1990): *Teogonía. Los trabajos y los días. El escudo de Heracles. Idilios de Bion. Idilios de Mosco. Himnos órficos*. Editorial Porrúa, México, D. F.

Hitler, A. (1963): *Mi lucha*. Editora Latino Americana, México, D.F.

Hobsbawm, E. (1998): *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Crítica, Barcelona.

Homero (1970): *La iliada*. Iberia, Barcelona.

Hostos, E. M. de (1976): *Obras*. Casa de las Américas, La Habana.

— (1979): *Páginas dominicanas*. Taller, Santo Domingo.

— (1989): *Tratado de Sociología*. Instituto de Cultura Puertorriqueña – Editorial de la Universidad de Puerto Rico, San Juan.

Hume, D. (1966): *Historia natural de la religión*. Editorial Universitaria de Buenos Aires, Buenos Aires.

Ibarra, J. “Algunos métodos y fuentes para la historia de las mentalidades”, en: Academia Dominicana de la Historia (2004): *Homenaje a Emilio Cordero Michel*. Centro, Santo Domingo.

Inoa, O. (2010): *Diccionario de dominicanismos*. Editorial Letra Gráfica, Santo Domingo.

Jimenes-Grullón, J. I. (1965): *La República Dominicana: una ficción. Análisis de la evolución histórica y de la presencia actual del coloniaje y el colonialismo en Santo Domingo*. Talleres Gráficos Universitarios, Mérida.

— (1974): *La República Dominicana. (Análisis de su pasado y su presente.)* Editora Cosmos, Santo Domingo. 3era. ed.

Jiménez, R. E. (1975): *Al amor del bohío. Tradiciones y costumbres dominicanas*. Sociedad Dominicana de Bibliófilos, Santo Domingo. (ed. facsimilar). T. I

Julia, J. J. (1977): *Antología de Américo Lugo*. Taller, Santo Domingo. 2 vols.

Kant, E. (1985): *Filosofía de la historia*. F.C.E., México, D. F.

Laercio, D. (1984): *Vidas de los filósofos más ilustres et Filóstrato: Vidas de los sofistas*. Editorial Porrúa, México D. F. (2da. ed.)

Lakoff G., et Johnson, M. (1998): *Metáforas de la vida cotidiana*. Ediciones Cátedra, Madrid.

Le Goff, J. (2010): *Héroes, maravillas y leyendas de la Edad Media*. Paidós Orígenes, Madrid.

Lemus, F. et Marty, R. (2010): *Religiosidad popular dominicana*. Amigo del Hogar, Santo Domingo.

Lewis, B. (2000): *Las identidades múltiples de Oriente Medio*. Siglo XXI, Madrid.

Lockward, A. (1987): *Documentos para la historia de las relaciones domínico-americanas, I: 1837-1860*, Corripio, Santo Domingo.

— (1994): *La Doctrina Monroe y Santo Domingo (1823-1868). Documentos para la historia de las relaciones domínico-americanas, II: Documentos del 1861 al 1868*. Taller, Santo Domingo.

López Calera, N. (2000): *¿Hay derechos colectivos? Individualidad y socialización en la teoría de los derechos*. Editorial Ariel, Barcelona.

López, J. R. (1975): *El gran pesimismo dominicano*. UCMM, Santiago de los Caballeros.

López Rodríguez, N. de J. (1986): *Algo de lo que he dicho...* Amigo del Hogar, Santo Domingo.

Lluberes, A., (1998): *Breve historia de la Iglesia dominicana*. Editora Amigo del Hogar, Santo Domingo.

Martínez Kleiser, L. (1993): *Refranero general ideológico español*. Librería y Casa Editorial Hernando, Madrid. 3era. reimpr.

Maceiras, M. (2002): *Metamorfosis del lenguaje*. Síntesis, Madrid.

— (2007): *La experiencia como argumento*. Síntesis, Madrid.

Maceo, P. (1989): *Obras lexicográficas*. Sociedad Dominicana de Bibliófilos, Santo Domingo.

Madariaga, S. de (1942): *Ingleses, franceses, españoles. Ensayo de psicología comparada*. Editorial Losada, Buenos Aires. 2da. ed.

Maquiavelo, N. (1968): *El príncipe. Comentado por Napoleón Bonaparte*. Santiago Rueda Editor, Buenos Aires.

— (1983): *El príncipe*. Alianza, Madrid. 3era ed.

Marías, J. (1976): *La España real*. Espasa-Calpe, Madrid. 4ta. ed.

— (1985): *España inteligible*. Razón histórica de las Españas. Alianza Universidad, Madrid. 3era. reimpr.

— (1987): *Ser español. Ideas y creencias en el mundo hispánico*. Planeta, Barcelona.

— (1993): *La estructura social*. Alianza, Madrid.

Marinas, J. M. (2001): *La fábula del bazar. Orígenes de la cultura del consumo*. La balsa de la Medusa, Madrid.

Martí, J. (1963): *Obras completas*. Editorial Nacional de Cuba, La Habana.

Martínez Kleiser, L. (1993): *Refranero general ideológico español*. Hernando, Madrid. 3era. reimpr.

Matos Moquete, M. (1986): *La cultura de la lengua*. Colección Orfeo, Santo Domingo.

— (2003): *El habla coloquial de Hipólito Mejía. Estudio de un idiolecto*. Instituto Tecnológico de Santo Domingo, Santo Domingo.

Meriño, F. A. (1984): *Elementos de Geografía Física, Política e Histórica de la República Dominicana*. Editora Taller, Santo Domingo. 4ta. Ed.

— (1960): *Obras*. Editorial La Nación, Ciudad Trujillo.

Mieses Burgos, F. (2006): *Obras completas*. Sociedad Dominicana de Bibliófilos, Santo Domingo.

Miller, D. (1997): *Sobre la nacionalidad. Autodeterminación y pluralismo cultural*. Paidós, Barcelona.

- Moncada, A. (1986): *La americanización de los hispanos*. Plaza & Janés, Barcelona.
- Morado Estrada, R —comp.— (1999): *La razón comunicada. Materiales del Taller de Didáctica de la Lógica*. Editorial Torres Asociados, Coyoacán.
- Morla, R. (2010): *Modernidad e Ilustración en Hispanoamérica. Una reflexión en torno al ser latinoamericano*. Editora Búho, Santo Domingo.
- (2011): *Modernidad e Ilustración en Santo Domingo*. Archivo General de la Nación, Santo Domingo.
- Moscoso, F. E. (s/f): *Cartas a Evelina*. s/e, s/l.
- Moya Pons, F. (1977): *Manual de historia dominicana*. Publicaciones de la Academia Dominicana de la Historia e Industrias Gráficas M. Pareja, Barcelona.
- (1992): *Manual de historia dominicana*. Caribbean Publisher, Santo Domingo.
- Negrón de Montilla, A. (1990): *La americanización en Puerto Rico y el sistema de instrucción pública, 1900-1930*. Universidad de Puerto Rico, Río Piedras.
- Nietzsche, F. (1999): *El viajero y su sombra*. Edaf, Madrid.
- Nova, A. B. (1999): “Las refutaciones sofísticas y el Pensamiento Crítico”, en Morado Estrada (103-114).
- Núñez, M. (2001): *El ocaso de la nación dominicana*. Editorial Letra Gráfica, Santo Domingo. 2da. ed.
- (2005): *La lengua española compañera de la nación*. Editorial Letra Gráfica, Santo Domingo.

O'Gorman; E. (1995): *La invención de América*. Fondo de Cultura Económica, México, D. F. 4ta. Reimpr.

Olivier, C. (1971): *De nuestro lenguaje y costumbres*. Impresora Arte y Cine, Santo Domingo. 2ª ed.

O.N.U., (1998): *Carta de las Naciones Unidas y Estatuto de la Corte Internacional de Justicia*. N.U., Nueva York.

Ortega y Gasset, J. (1976): *Historia como sistema*. Espasa Calpe, Madrid.

— (1977): *Origen y epílogo de la filosofía*. FCE, México, D. F.

— (1983): *Obras completas*, t.I. Alianza Editorial – Revista de Occidente, Madrid.

— (1984a): *Meditaciones del Quijote*. Ediciones Cátedra, Madrid.

— (1984b): *¿Qué es filosofía?* Espasa-Calpe, Madrid. 6ta. Ed.

Ortiz de Urbina, J. C. (2005): *Diccionario Akal del refranero latino*. Ediciones Akal, Madrid.

Ortiz-Ossés, A. et al (2004): *Diccionario de Hermenéutica. Una obra interdisciplinar para las ciencias humanas*. Universidad de Deusto, Bilbao.

Osorio Lizarazo, J. A. (1946): *La isla iluminada*. s/e, s/l

Paulino, A. et Castro, A. (2005): *Diccionario de cultura y folklore dominicano*. ABC Editorial, Santo Domingo.

Pedreira, A. S. (1985): *Insularismo*. Alfa & Omega, Santo Domingo.

- Penson, C. N. (1980): *Reseña histórico-crítica de la poesía en Santo Domingo*. Taller, Santo Domingo.
- Peña Battle, M. A. (1954): *Política de Trujillo*. Impresora Dominicana, Ciudad Trujillo.
- Pérez de la Cruz, R. E. (2000): *Historia de las ideas filosóficas en Santo Domingo durante el siglo XVIII*. Publicaciones de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México, D. F.
- Pichardo, J. M. (1985): *Gallos y galleros*. Sociedad Dominicana de Bibliófilos, Santo Domingo.
- Pérez, F. (2000): *Diccionario de gestos dominicanos*. Talleres gráficos de Mediabyte, Santo Domingo.
- Perozo, C. N. (1970): *Horas de buen humor*. Artes Gráficas Poly, s/l.
- Pizzolato, L. (2001): *La idea de la amistad en la antigüedad clásica y cristiana. El vínculo menos explorado y más promisorio*. Océano, México, D. F.
- Platón (1998): *República*. Editorial Gredos, Madrid. 3ª reimpresión.
- (1999): *Leyes*. Editorial Gredos, Madrid.
- Plutarco (1973): *Alejandro y César*. Salvat Editores, Madrid.
- Polanco Brito, H. E. (2011): *Ex votos, promesas y milagros de la Virgen de la Altagracia*. Banco Central de la República Dominicana, Santo Domingo. 2da. ed.
- Popper, K. (1961): *La miseria del historicismo*. Taurus, Madrid.
- Ramírez, S. (1977): *El mexicano, psicología de sus motivaciones*. Editorial Grijalbo, México, D. F. 10ª ed.

Richard, R. – coord. – (2000): *Diccionario de hispanoamericanismos no recogidos por la Real Academia. (Formas homónimas, polisémicas y otras derivaciones morfosemánticas.)* Ediciones Cátedra, Madrid. 2ª ed.

Rodríguez Demorizi, E. (1950): *Refranero dominicano*. Stab. Tipográfico G. Menaglia, Roma.

— (1975): *Lengua y folklore de Santo Domingo*. Editora Educativa Dominicana, Santo Domingo.

— (1977): *Cuentos de política criolla*. Editora Librería Dominicana, Santo Domingo. 2da. ed.

— (1980): *Frases dominicanas*. Editora Taller, Santo Domingo.

— (1983): *Del vocabulario dominicano*. Editora Taller, Santo Domingo.

— (2003): *La imprenta y los primeros periódicos de Santo Domingo*. Sociedad Dominicana de Bibliófilos, Santo Domingo. 4ta. Ed.

Romero, J. L. (1987): *Estudio de la mentalidad burguesa*. Alianza, Madrid.

Rosenberg, J. (1979): *El gagá. Religión y sociedad de un culto dominicano. Un estudio comparativo*. Editora de la UASD, Santo Domingo.

Rousseau, J. J. (2001): *El contrato social*. Ediciones Mestas, Madrid.

Rueda, M. (1970): *Adivinanzas Dominicanas*. Editora del Caribe, Santo Domingo.

Ruiz Vilamor, J. Ma. et Sánchez, J. M. (1999): *Refranero popular manchego y los refranes del Quijote*.

Sáez, J. L. (2008 2 vol.): *La sumisión bien pagada. La Iglesia dominicana bajo la Era de Trujillo 1930-1961*. Archivo General de la nación, Santo Domingo.

— (2011): *El quehacer de la Iglesia dominicana (1511-2011). Historia y antología*. Amigo del Hogar, Santo Domingo. (dos tomos)

Sainz de Robles, F. C. (1964): *Historia y antología de la poesía española (en lengua castellana) del siglo X al XX*. Aguilar, Madrid.

Sainz Ruiz, F. (1995): *Un estudio sobre psicología y educación dominicanas*. Sociedad Dominicana de Bibliófilos, Santo Domingo. 2da. ed.

Sandoval, A. (1997): *El directorio de los santos. Guía para reconocer a los santos patronos*. Aguilar, México, D. F.

Sbarbi, J. M. (1943): *Gran diccionario de refranes de la lengua española*. Joaquín Gil, Editor, Buenos Aires.

Searle, J. (2001): *Mente, lenguaje y sociedad. La filosofía en el mundo real*. Alianza Editorial, Madrid.

Secretaría de Estado de lo Interior (1956): *Libro blanco del comunismo en la República Dominicana*. Editora del Caribe, Ciudad Trujillo.

Sendín Blázquez, J. (2000): *Santos de leyenda, leyendas de santos*. B.A. C., Madrid.

Serra, J. M. (2003): “Apuntes para la historia de los Trinitarios”. Fundación para la Educación y el Arte, Santo Domingo. 7ma. ed.

Solano, A. (1991): *Adivinanzas Dominicanas*. Libreros Dominicanos Unidos, Santo Domingo.

Soto, G. (1997): *La sabiduría criolla. Refranero hispanoamericano*. Veron, Barcelona.

Stamm, A (1997): *Las religiones africanas*. Acento Editorial, Madrid.

Tejeda, D. (2010): *Guía de las festividades de la cultura popular dominicana y símbolos nacionales*. Editora Mediabyte, Santo Domingo.

Tena Reyes, J. (1994): *Duarte en la historiografía dominicana*. Taller, Santo Domingo.

Troncoso de la Concha, M. de J. (1998): *Narraciones dominicanas*. Editorial CENAPEC, Santo Domingo. 7ª ed.

Uribe, M. (1996): *Notas y apuntes lexicográficos. (Americanismos y dominicanismos)*. Editora de colores y Universidad Central del Este, Santo Domingo.

Valentí, E. (2008): *Aurea dicta. Dichos y proverbios del mundo clásico*. Crítica, Barcelona. 4ta. ed.

Vallejo, M. et Paredes, A. (2002): *Diccionario de refranes*. Ediciones del Banco Central de la República Dominicana, Santo Domingo.

Varios (1991): *Los presocráticos*. FCE, México, D. F. 5ta. Reimpr. Trad.: J. D. García Bacca.

Vásquez, F. (2001): *La memoria como acción social. Relaciones, significados e imaginativo*. Editorial Paidós Ibérica, Barcelona.

Vega, W. (2000): *Los documentos básicos de la historia dominicana*. Editora Búho, Santo Domingo. 2da. ed.

— (2010): *Los documentos básicos de la historia dominicana*. Sociedad Dominicana de Bibliófilos, Santo Domingo. 2da. ed.

Villacorta Baños, F. (1993): *Culturas y mentalidades en el siglo XIX*. Síntesis, Madrid.

Vovelle, M. (1985): *Ideologías y mentalidades*. Ariel, Barcelona

— (2000): *Introducción a la Revolución Francesa*. Crítica, Barcelona.

Webster, R. (2001): *Enciclopedia de las supersticiones*. Santillana, México, D. F.

Weyland, K. (2010): *La sociología del alma y el desarrollo de una ciencia interior: Más allá de la subjetividad, el lenguaje y la razón*. Editora Búho, Santo Domingo.

Wittgenstein, L. (1973): *Tractatus Logico-Philosophicus*. Alianza, Madrid.

____ (1988): *Investigaciones filosóficas*. Crítica, Barcelona.

Zaglul, A. (1975): *Apuntes*. Editora Taller, Santo Domingo. 2ª ed.

Zapete, M. (2002): *La sociedad de los platos rotos*. Editora R. Cárdenas, Santo Domingo.

Zea, L. (1992): *Conciencia y posibilidad del mexicano. El Occidente y la conciencia de México. Dos ensayos sobre México y lo mexicano*. Editorial Porrúa, México, D. F.

Zeleny, J. (1974): *La estructura lógica de “El Capital” de Marx*. Ediciones Grijalbo, Barcelona.